

**DAVID
BALDACC**

**PODER
ABSOLUTO**

Lectulandia

Un presidente asesino... Y un testigo incómodo.

Luther Whitney era, dentro de su profesión, un hombre bastante afortunado, pues su índice de «accidentes» había sido satisfactoriamente bajo. La profesión de Whitney era la de ladrón especializado en escalo. Su buena suerte se quebró el día que decidió robar en una lujosa —y por tanto, prometedor— mansión; había logrado localizar un verdadero yacimiento de joyas cuando aparecieron dos visitantes. Uno de ellos, fácil de reconocer: era el presidente de los Estados Unidos; la otra, una dama desconocida. Whitney, desde su escondrijo, se convirtió en forzado testigo de un asesinato que comprometía a la más alta magistratura del país... y a él mismo que, descubierto, se vio condenado a una huida sin destino y sin futuro.

Poder absoluto, primera obra de su autor, es una impresionante novela sobre el abuso del poder, sobre cómo éste no duda en traspasar su propia legalidad cuando se siente amenazado. También es una trepidante narración de amores, persecuciones y fidelidades, necesario contrapunto a un actuar político que, cuanto más alto se considera a sí mismo, más revela su bajeza moral.

Lectulandia

David Baldacci

Poder absoluto

ePub r1.1
algarri 29.12.14

Título original: *Absolute Power*
David Baldacci, 1996
Traducción: Alberto Coscarelli

Editor digital: algarri
Corrección de erratas: sergioc_g
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Michelle, mi más querida amiga, mi amante esposa, mi cómplice en el delito, sin ti este sueño hubiese continuado siendo una luz débil en una mirada fatigada.

A mi madre y a mi padre, ninguno hubiera podido haber hecho más.
A mi hermano y a mi hermana, por haber soportado tanto de su hermano menor y estar siempre a su lado.

«El poder absoluto corrompe absolutamente».

LORD ACTON

Mantuvo las manos apoyadas sobre el volante mientras el coche, con los faros apagados, rodaba un par de metros más y se detenía. Se oyó el ruido de la grava aplastada por los neumáticos y después le envolvió el silencio. Se tomó un momento para habituarse al entorno antes de sacar los viejos y muy usados binoculares de visión nocturna. Hizo girar la ruedecilla poco a poco hasta enfocar la casa. Sin prisas, se acomodó mejor en el asiento. A su lado tenía una mochila. El interior del coche se veía viejo pero limpio.

El auto también era robado, y de un lugar un tanto inverosímil.

Un par de palmeras diminutas colgaban del espejo retrovisor. Una sonrisa severa apareció en su rostro mientras las miraba. Quizá muy pronto estaría en un país de palmeras. Aguas tranquilas, azules, transparentes, puestas de sol espectaculares, levantarse tarde por la mañana. Tenía que bajarse del coche. Era la hora. Aunque se había repetido lo mismo cien veces, esta vez estaba seguro.

Con sesenta y seis años, Luther Whitney ya tenía edad para jubilarse: de hecho, estaba afiliado a la asociación americana de jubilados y pensionistas. A esta edad la mayoría de los hombres habían iniciado una segunda carrera como abuelos, criadores a tiempo parcial de los hijos de sus hijos, cuando las articulaciones cansadas se posaban con cuidado en el sillón favorito y las arterias acaban por cerrarse del todo con el coágulo de los años.

Luther sólo había tenido una carrera en toda su vida: forzar la entrada de las casas y locales de otras personas, a ser posible durante la noche, como ahora, y arramblar con todo lo que pudiera cargar.

Aunque era un fuera de la ley, Luther nunca había disparado un arma o arrojado un cuchillo impulsado por la furia o el miedo, excepto en su participación en una guerra bastante confusa librada en una región donde las dos Coreas estaban unidas por la cadera. Y los únicos puñetazos que había repartido había sido en los bares, y sólo en defensa propia cuando la cerveza convertía a los hombres en más valientes de lo que eran.

Luther sólo tenía un criterio a la hora de escoger a las víctimas: robaba a aquéllos que podían permitirse el lujo de ser despojados. Se consideraba a sí mismo como uno más en las legiones de personas que le hacían la pelota a los ricos para convencerlos de que compraran cosas que no necesitaban.

Buena parte de sus sesenta y pico de años los había pasado en diferentes penitenciarías de seguridad media y alta a lo largo de la costa Este. Como piedras colgadas del cuello, tenía en su haber tres condenas anteriores por robo en tres estados diferentes. Le habían quitado años de su vida. Años importantes. Pero ahora ya no podía hacer nada al respecto.

Había perfeccionado sus habilidades hasta un punto donde las posibilidades de una cuarta condena eran mínimas. No había nada oculto en lo que ocurriría si lo

pillaban otra vez: le condenarían a veinte años. A su edad, veinte años era una condena a muerte. Más valía que le electrocutaran, que era la manera elegida por la mancomunidad de Virginia para acabar con los malhechores más contumaces. Los ciudadanos de este vasto estado histórico eran en su gran mayoría personas temerosas de Dios, y la religión, basada en la idea de la igualdad de la retribución, exigía con firmeza el pago definitivo. La mancomunidad era la tercera en condenas a muerte, y los líderes, Texas y Florida, compartían los sentimientos morales de la hermana sureña. Pero no por robo; incluso los buenos virginianos tenían un límite.

Sin embargo, a pesar del riesgo, era incapaz de apartar la mirada de la casa, aunque lo correcto era calificarla de mansión. Le había fascinado durante meses. Esta noche se acabaría la fascinación.

Middleton. Virginia. Un viaje de cuarenta y cinco minutos en coche en dirección oeste por una carretera recta como una flecha desde Washington, D. C., Región de grandes fincas, coches Jaguar, y caballos cuyos precios eran suficientes para alimentar a los inquilinos de un edificio de pisos en el centro de la ciudad durante un año. Las casas en esta zona disponían de terrenos tan grandes y de tanto esplendor como para merecer nombre propio. La ironía del nombre de su objetivo, *Coppers*^[1], no le pasó inadvertida.

La descarga de adrenalina que acompañaba cada trabajo era insuperable. Imaginaba que se parecía en algo a lo que sentía el bateador mientras trotaba despreocupado de base en base, tomándose todo el tiempo del mundo, después de que la pelota acabara de aterrizar fuera del estadio. La multitud de pie, cincuenta mil pares de ojos clavados en un solo ser humano, todo el aire del mundo concentrado en un solo lugar, y de pronto desplazado por el arco de un glorioso golpe de bate.

Luther echó una larga ojeada al terreno. Su mirada aguda sólo vio alguna que otra luciérnaga, nada más. Escuchó por un momento el canto de las cigarras y después el coro se convirtió en un ruido de fondo, tan omnipresente para toda persona que acostumbraba a vivir en la zona.

Arrancó otra vez, condujo el coche unos metros más por la carretera a oscuras y entró marcha atrás por un sendero de tierra que acababa en un bosquecillo de árboles muy altos y gruesos. Se cubría el pelo canoso con una gorra de esquí negra. Llevaba el rostro curtido pintado de negro con crema de camuflaje; los ojos verdes brillaban por encima de una mandíbula firme y fuerte como la roca. La carne que cubría su esqueleto enjuto se mantenía tan firme como siempre. Parecía el comando que había sido una vez. Luther se apeó del coche.

En cuclillas detrás de un árbol espía el objetivo. *Coppers*, como muchas otras fincas rurales que no eran explotaciones agrícolas o cuadradas, tenía un gran portón de hierro forjado entre dos columnas de ladrillos, pero carecía de cercado. Se podía acceder a la propiedad directamente desde la carretera o los bosques cercanos. Luther entró desde el bosque.

Tardó dos minutos en llegar al límite del maizal adyacente a la casa. Era obvio

que el dueño no necesitaba cultivar verduras, pero al parecer había adoptado a fondo el papel de caballero rural. Luther no tenía motivos de queja, ya que le facilitaba un atajo oculto casi hasta la puerta.

Esperó un momento y después desapareció en la espesura del maizal.

El suelo estaba casi limpio y las zapatillas no hacían ningún ruido, algo muy importante, porque aquí cualquier sonido llegaba muy lejos. Mantuvo la vista al frente; los pies, después de mucha práctica, escogían con gran cuidado el camino entre las hileras, y compensaban las pequeñas diferencias del terreno. El aire de la noche era fresco después del calor sofocante de otro verano de agobio, pero no lo suficiente para transformar el aliento en nubecillas de vapor que podían ser vistas de lejos por ojos inquietos o insomnes.

Luther había cronometrado esta operación varias veces durante el mes pasado, y siempre se había detenido en el borde del maizal antes de entrar en el prado y pasar a la tierra de nadie. Había repasado centenares de veces cada uno de los detalles hasta que el guión exacto de cada movimiento, pausa y nuevo movimiento se había grabado en su mente y en sus músculos.

Se puso en cuclillas donde comenzaba el prado y echó otra larga ojeada; no hacía falta apresurarse. No había perros a los que temer, algo muy importante. Un humano, por muy joven y preparado que estuviera, no corría más rápido que un perro. Pero era el ruido lo que helaba la sangre de hombres como Luther. No había un sistema de seguridad en el perímetro de la finca, sin duda para evitar las innumerables falsas alarmas provocadas por el paso de ardillas, venados y mapaches que abundaban en la región. Sin embargo, Luther no tardaría en enfrentarse con un sistema muy sofisticado, que debía desactivar en treinta y tres segundos, y ello incluía los diez segundos que emplearía en quitar la tapa del panel.

Los guardias de seguridad privados habían pasado por allí treinta minutos antes. Se suponía que los clones de poli debían variar las rutinas y pasar por los sectores de vigilancia cada hora. Pero después de un mes de observaciones, Luther había descubierto la pauta que seguían. Disponía como mínimo de tres horas antes que hicieran la siguiente ronda. No necesitaba ni la mitad de ese tiempo para hacer el trabajo.

La oscuridad era total, y unos arbustos muy espesos, los mejores amigos de los ladrones, se apretaban contra la entrada de ladrillos como un nido de avispas a la rama de un árbol. Miró cada una de las ventanas de la casa: todas estaban oscuras, todas en silencio. Dos días antes había presenciado la marcha de la caravana que transportaba a los ocupantes de la casa en dirección sur, y había tomado debida nota de los integrantes. La mansión más próxima estaba casi a cuatro kilómetros de distancia.

Inspiró con fuerza. Lo había planeado todo, pero en este negocio, la única pega era que nunca podías preverlo todo.

Aflojó los tirantes de la mochila y después cruzó el prado con pasos rápidos y

largos; en diez segundos se encontraba delante de la sólida puerta de madera reforzada con acero y dotada de una cerradura que pasaba por ser la mejor del mercado. Nada de esto le preocupaba en lo más mínimo.

Sacó una copia de la llave del bolsillo y la insertó en la cerradura, aunque no la hizo girar.

Esperó unos segundos. Después se quitó la mochila y se cambió los zapatos para no dejar huellas de barro. Preparó el destornillador eléctrico, que le permitiría abrir la tapa diez veces más rápido que a mano.

Lo siguiente que sacó de la mochila pesaba exactamente ciento sesenta y ocho gramos, era un poco más grande que una calculadora de bolsillo y aparte de su hija era la mejor inversión que había hecho en toda su vida. Bautizada con el nombre de *Ingenio* por su dueño, el pequeño artilugio había ayudado a Luther en sus tres últimos trabajos sin el menor fallo.

Luther ya conocía los cinco dígitos del código de seguridad de la casa y los había introducido en el ordenador. Ignoraba la secuencia correcta, pero ese obstáculo lo salvaría el pequeño compañero de metal, cables y microchips si quería evitar el aullido estridente de las cuatro sirenas instaladas en las esquinas de esta fortaleza de mil metros cuadrados que estaba invadiendo. Después seguiría la llamada a la policía efectuada por un ordenador anónimo al que se enfrentaría en unos segundos. La casa también contaba con ventanas sensibles a la presión, detectores en el suelo y sellos magnéticos en las puertas. Todo esto no serviría de nada si *Ingenio* leía correctamente la secuencia del código del sistema.

Con un movimiento ágil enganchó *Ingenio* en el cinturón para que colgara sin impedimentos. Miró la llave, y la hizo girar atento al sonido que escucharía a continuación, los rápidos pitidos del sistema de seguridad que avisaban del inminente desastre para el intruso si no suministraba el código correcto en el tiempo asignado y no una milésima de segundo más tarde.

Se quitó los guantes de cuero negro y se puso otros de plástico con una segunda capa de guata en las puntas de los dedos y las palmas. No tenía el hábito de dejar atrás ninguna prueba. Luther inspiró con fuerza y abrió la puerta. Le saludaron los pitidos insistentes del sistema de seguridad. Entró en el enorme recibidor y se enfrentó al panel de alarma.

El destornillador eléctrico giró en silencio; Luther recogió los seis tornillos y los guardó en una bolsa sujeta al cinturón. Los cables conectados a *Ingenio* resplandecieron con el rayo de luz de la luna que se filtraba por la ventana junto a la puerta, y entonces Luther comenzó a buscar como un cirujano en el pecho de un paciente, encontró el punto correcto, conectó las pinzas en el lugar, y después encendió el ordenador.

Desde el otro lado del recibidor, le miraba un ojo encendido. El detector de infrarrojos ya tenía registrado el patrón térmico de Luther. A medida que corrían los segundos, el aparato esperaba pacientemente que el «cerebro» del sistema de alarma

decidiera si el intruso era amigo o enemigo.

A una velocidad que el ojo no podía seguir, los números parpadearon en la pantalla ámbar de *Ingenio*; el tiempo corría en una pequeña ventana en la esquina superior derecha de la pantalla.

Pasaron cinco segundos y entonces los números 5, 13, 9, 3 y 11 aparecieron en la pantalla de *Ingenio* y quedaron fijos.

Se interrumpió el pitido en cuanto se desactivó el sistema de alarma, la luz roja se apagó, en su lugar apareció otra verde, y Luther se encontró con el paso expedito. Quitó los cables, atornilló la tapa, guardó el equipo en la mochila y después cerró la puerta.

El dormitorio principal estaba en el tercer piso. Había un ascensor a mano derecha en el vestíbulo, pero Luther optó por las escaleras. Cuanto menos dependiera de algo que no tenía bajo control, mejor. Quedarse encerrado en un ascensor durante semanas no era parte del plan de trabajo.

Miró el detector en una esquina del techo que parecía sonreír con su gran boca rectangular; ahora descansaba. Se dirigió hacia las escaleras.

El dormitorio principal no estaba cerrado. Sacó la linterna y dedicó un momento a echar un vistazo. El ojo verde de un segundo panel de seguridad brillaba junto a la puerta del dormitorio.

La casa la habían construido en los últimos cinco años. Luther había consultado el registro, incluso había tenido acceso a una copia de los planos en la oficina del comisionado de planificación y urbanismo. La construcción era tan grande que había necesitado una autorización especial, como si alguna vez el ayuntamiento se hubiese opuesto a los deseos de los ricos.

No había ninguna sorpresa en los planos. Era una casa enorme y bien hecha, que valía los millones de dólares que el propietario había pagado en efectivo por ella.

Luther ya había visitado la casa en una ocasión anterior, a plena luz del día y con gente por todas partes. Había estado en este mismo salón y visto todo lo que necesitaba. Por eso estaba esta noche allí.

Una corona dorada de veinte centímetros de altura le contempló mientras se arrodillaba junto a la enorme cama con dosel. A un costado de la cama había una mesa de noche con un pequeño reloj de plata, la última novela romántica y un pesado abrecartas antiguo de plata con empuñadura de cuero.

Todo en el lugar era grande y caro. Había tres armarios empotrados, cada uno del tamaño de la sala de estar de Luther. Dos estaban ocupados por ropas de mujer, zapatos, bolsos y los demás complementos femeninos en los que alguien podía racionalmente o no gastarse el dinero. Luther observó con una mirada irónica las fotos sobre la mesa de noche dónde aparecían la veinteañera «mujercita de la casa» junto al marido setentón.

Había loterías de todas clases en el mundo, y no todas las administraba el gobierno.

Varias de las fotos mostraban los encantos de la señora de la casa al máximo, y una rápida inspección al armario reveló que su gusto en materia de ropas era claramente vulgar y de mal gusto.

Observó el espejo de cuerpo entero, estudió las tallas del marco y después revisó los costados de éste. Era un marco muy pesado que, al parecer, estaba encastrado en la pared. Pero Luther sabía que las bisagras estaban ocultas en los rebajos apenas visibles a quince centímetros del suelo y de la parte superior.

Luther volvió a mirar el espejo. Hacía un par de años había visto un modelo como éste, aunque entonces no había pensado vaciarlo. Pero no podía pasar por alto un segundo tesoro sólo porque tenía otro a mano; este segundo tesoro le habría reportado unos cincuenta dólares. El botín que había al otro lado de este espejo sería diez mil veces mayor.

Con una palanca y fuerza bruta podía descerrajar el cierre oculto en el marco pero le llevaría un tiempo precioso. Y, sobre todo, dejaría señales de que el lugar había sido robado. Aunque se suponía que la casa estaría vacía durante varias semanas, nunca se sabía. Cuando saliera de Coppers no habría ninguna evidencia de que hubiera estado allí. Incluso a su regreso, los dueños quizá no entrarían en la caja fuerte durante algún tiempo. En cualquier caso, no era necesario coger el camino más duro.

Se acercó a paso rápido al televisor que estaba junto a una de las paredes de la enorme habitación. El sector estaba arreglado como una sala de estar con sillones de cretona a juego con las cortinas y una mesa de centro grande. Luther miró los tres mandos a distancia que había sobre la mesa. Uno correspondía al televisor, el otro al vídeo y el tercero le reduciría el trabajo de la noche en un noventa por ciento. Todos llevaban el nombre de la marca, los tres eran muy parecidos, pero una prueba rápida demostró que dos hacían funcionar los respectivos aparatos y el tercero no.

Volvió a cruzar el dormitorio, apuntó el mando al espejo y apretó el único botón rojo, situado en la parte inferior. En cualquier otro mando, esta acción correspondía a grabación. En cambio, esta noche y aquí significaba que el banco abría las puertas para un único y muy afortunado cliente.

Luther observó la apertura de la puerta, que giró sin ruido sobre los goznes, que no necesitaban mantenimiento. Por puro hábito dejó el mando en el mismo lugar donde lo había cogido, sacó una bolsa de la mochila y entró en la caja fuerte.

Mientras alumbraba el interior de la cámara acorazada que media casi dos metros por dos le sorprendió ver un sillón en el centro. En uno de los brazos había otro mando a distancia, una medida de seguridad por si alguien se quedaba encerrado por accidente. Entonces se fijó en las estanterías.

Primero metió en la bolsa los fajos de billetes, después el contenido de las cajas que a todas luces no eran joyas de fantasía. Luther contó casi doscientos mil dólares en bonos negociables, dos cajas pequeñas de monedas antiguas y otra de sellos de correo, incluido uno con una figura invertida que le dejó sin aliento cuando lo vio. No

hizo caso de los cheques y las cajas llenas de documentos; para él no tenían ningún valor. En total había recogido un botín de unos dos millones de dólares, quizá más.

Echó otra ojeada, por si acaso se le hubiese pasado algo por alto. Las paredes eran gruesas, supuso que a prueba de incendios. El lugar no era estanco; el aire era fresco, no rancio. Cualquiera podía quedarse encerrado aquí durante días.

La limusina circulaba a gran velocidad por el camino, escoltada por una furgoneta. Los conductores de los vehículos debían ser muy expertos dado que no llevaban los faros encendidos.

En la parte de atrás de la limusina se sentaban un hombre y dos mujeres. Una, casi borracha, hacía todo lo posible por desvestir al hombre y a sí misma, a pesar de la suave resistencia que oponía la víctima.

La otra mujer sentada delante de la pareja mantenía los labios apretados y hacía ver que no tenía ningún interés en aquel espectáculo ridículo, que incluía muchas risitas infantiles y abundantes jadeos, aunque en realidad no, se perdía detalle. Mantenía la mirada en la agenda abierta sobre la falda, donde las citas y las notas peleaban entre sí por el espacio y la atención del hombre que tenía delante. Él, por su parte, aprovechó la oportunidad de que su pareja se estaba quitando los zapatos de tacón alto para servirse otra copa. Su resistencia al alcohol era legendaria. Podía beber el doble de lo que había bebido esta noche y seguir tan fresco, sin impedimentos en el habla ni en las funciones motoras, algo fatal para un hombre en su posición.

Ella le admiraba por ser como era, con sus obsesiones y sus vulgaridades, al tiempo que era capaz de proyectar una imagen al mundo de fuerza y pureza, incluso de grandeza. Lo adoraban todas las mujeres de América, estaban enamoradas de su gallardía, de su seguridad, y también por lo que representaba para cada una de ellas. Y él devolvía esa admiración universal con una pasión que, aunque equivocada, no dejaba de asombrarle.

Por desgracia, esa pasión nunca apuntaba hacia ella a pesar de los sutiles mensajes, los roces prolongados más allá de lo debido, las referencias sexuales en las sesiones de estrategia y las maniobras que hacía por las mañanas para que él la viera con su mejor aspecto.

Pero hasta que llegara ese momento —y no dejaba de repetirse que acabaría por llegar— debía tener paciencia.

Miró a través de la ventanilla. Esto se prolongaba demasiado; estropeaba todo lo demás. Hizo una mueca de disgusto.

Luther oyó la entrada de los vehículos en el camino de la casa. Corrió hasta una de las ventanas y observó el recorrido de la furgoneta que aparcó detrás de la casa donde quedaba oculta de las miradas. Vio bajar a cuatro personas de la limusina y otra de la furgoneta. Pensó en quiénes podían ser. Era un grupo demasiado pequeño

para ser los propietarios de la casa. Demasiados para ser alguien que sólo venía a echar una mirada. No alcanzaba a verles las caras. Por un instante, Luther pensó en si la casa estaba destinada a ser saqueada dos veces en una misma noche. Pero era una coincidencia demasiado grande. En este negocio, como en cualquier otro, se jugaba por porcentajes. Además, los ladrones no se presentaban a robar vestidos con atuendos más propios de una velada de gala.

Pensó rápidamente mientras le llegaban los ruidos, al parecer desde la parte de atrás de la casa. Sólo tardó un segundo en advertir que le habían cortado la retirada y en calcular cuál sería el plan a seguir.

Cogió la bolsa, corrió hacia el panel del sistema de seguridad instalado junto a la puerta del dormitorio y activó la alarma. Agradeció en silencio su buena memoria para los números. Después, Luther entró en la cámara acorazada, y cerró la puerta con mucho cuidado. Se acurrucó todo lo que pudo. Ahora sólo le quedaba esperar.

Maldijo su mala suerte: hasta ahora todo había ido sobre ruedas. Sacudió la cabeza para despejarse y se forzó a respirar con normalidad. Era como volar. Cuanto más se vuela, mayores son las probabilidades de que ocurra algo malo. Ahora no podía hacer más que rogar para que los recién llegados no necesitaran hacer un depósito en este banco privado.

Unas risas seguidas por el ruido de voces se colaron al interior, seguidas por los pitidos agudos del sistema de alarma, que sonaba como el aullido de un avión a reacción directamente encima de su cabeza. Al parecer, se habían confundido al teclear el código de seguridad. El sudor corrió por la frente de Luther que ya se imaginaba el sonido de la alarma y la llegada de la policía dispuesta a revisar cada rincón de la casa sólo por si acaso, empezando por su escondite.

Se preguntó cuál sería su reacción mientras escuchaba cómo se abría la puerta, y la cámara iluminada, sin ninguna posibilidad de ocultarse. Los rostros desconocidos mirando el interior, las armas preparadas, la lectura de sus derechos. Casi se echó a reír. Atrapado como una maldita rata, sin un lugar a donde ir. No fumaba desde hacía treinta años, pero ahora ansiaba un cigarrillo. Dejó la bolsa en el suelo y se irguió poco a poco para que no se le entumecieran las piernas.

Pisadas fuertes en las escaleras de roble. Los visitantes no se preocupaban de disimular su presencia. Luther contó cuatro, quizá cinco. Torcieron a la izquierda y vinieron hacia él.

La puerta del dormitorio chirrió un poco cuando la abrieron. Luther hizo memoria. Lo había recogido todo y lo había dejado otra vez en su sitio. Sólo había tocado los mandos a distancia, y los había puesto en el espacio marcado por la leve capa de polvo. Ahora Luther sólo escuchaba tres voces, un hombre y dos mujeres. Una de las mujeres tenía voz de borracha, la otra muy seria. Entonces desapareció la señora Seria, se cerró la puerta pero no echaron la llave, y la señora Borracha y el hombre se quedaron solos. ¿Dónde estaban los demás? ¿Dónde había ido la señora Seria? Continuaron las risas. Los pasos se acercaron al espejo. Luther se agachó en

un rincón y confió en que el sillón le ocultara de la vista, aunque sabía que no era posible.

Entonces la luz le hirió en los ojos y casi gritó ante la rapidez con que su pequeño mundo pasó de la oscuridad total a la luz del mediodía. Parpadeó varias veces para ajustarse al cambio, las pupilas dilatadas al máximo se cerraron hasta quedar como cabezas de alfileres. Pero no se escucharon gritos, no se vieron rostros desconocidos ni armas.

Por fin, después de un minuto que le pareció eterno, Luther espió por encima del respaldo del sillón y se llevó otra sorpresa. La puerta de la cámara había desaparecido; veía directamente la maldita habitación. Casi se cayó de espaldas, pero se contuvo. De pronto Luther comprendió para qué servía el sillón.

Reconoció a las dos personas en el dormitorio. A la mujer la había visto esta noche, en las fotos: la mujercita que se vestía como una puta.

Al hombre le conocía por una razón muy diferente; desde luego, no era el dueño de esta casa. Luther meneó la cabeza asombrado y soltó el aliento. Le temblaban las manos y le dominó la inquietud. Hizo un esfuerzo para vencer las náuseas y miró el dormitorio.

La puerta de la cámara acorazada también servía de espejo en una sola dirección. Con la luz exterior y la oscuridad en el pequeño recinto, tenía la impresión de estar delante de una gigantesca pantalla de televisión.

Entonces lo vio y una vez más se sintió lleno de angustia; el collar de diamantes en el cuello de la mujer. Su ojo de experto calculó el valor en unos doscientos mil dólares, quizá más. La clase de chuchería que cualquiera guarda en la caja fuerte antes de irse a dormir. Después se relajó al ver que la mujer se quitaba el collar y lo dejaba caer al suelo.

Poco a poco perdió el miedo, se levantó y se instaló en el sillón. Así que el viejo se sentaba aquí y miraba cómo se follaban a la mujercita una legión de tíos. Por la pinta de la mujer, Luther supuso que entre los voluntarios figuraban jóvenes que no tenían ni para comer o que sólo la tarjeta verde les permitía estar en libertad. Pero el visitante de esta noche era un caballero de otra clase.

Luther miró a su alrededor, los oídos atentos a cualquier ruido de los otros visitantes. Pero ¿qué podía hacer? En treinta años de profesión, nunca se había encontrado con nada parecido. Decidió hacer la única cosa a su alcance. Con un par de centímetros de vidrio entre él y el desastre, se arrellanó en el sillón de cuero y esperó.

A tres manzanas de la gran mole blanca del Capitolio de los Estados Unidos, Jack Graham abrió la puerta de su apartamento, tiró el abrigo al suelo y se dirigió al frigorífico sin perder un segundo. Con una cerveza en la mano se dejó caer en el sofá raído de la sala de estar. Echó una rápida ojeada a la pequeña habitación mientras bebía un trago. Un lugar muy diferente al otro donde acababa de estar. Retuvo la cerveza en la boca y después tragó. Los músculos de la barbilla cuadrada se tensaron y a continuación se relajaron. La comezón de la duda desapareció poco a poco, pero no tardaría en reaparecer; siempre lo hacía.

Otra cena importante con Jennifer, su prometida, la familia de la novia y amigos de su círculo social y empresarial. Las personas de ese nivel de sofisticación no tenían amigos sólo para pasar el rato. Cada una realizaba una función particular, y el total era mayor que la suma de las partes. Al menos ésa era la intención, aunque Jack tenía una opinión formada al respecto.

La industria y las finanzas habían estado bien representadas, con nombres que Jack leía en el *Wall Street Journal* antes de buscar las páginas deportivas para saber cómo iban los Skins o los Bullets. Los políticos habían asistido en masa, a la búsqueda de votos futuros y dólares actuales. El grupo se había completado con los omnipresentes abogados, de los cuales Jack era uno, algún doctor como muestra de los vínculos con las viejas costumbres y un par de tipos de interés público para demostrar que los poderosos se preocupaban por los sufrimientos del vulgo.

Acabó la cerveza y encendió el televisor. Se quitó los zapatos, luego los calcetines de cuarenta dólares, regalo de su prometida, que arrojó sobre la pantalla de la lámpara. A este paso, ella no tardaría en comprarle tirantes de doscientos dólares con corbatas pintadas a mano a juego. ¡Mierda! Se hizo un masaje en los dedos de los pies mientras pensaba en beber otra cerveza. La televisión no consiguió retener su interés. Apartó de sus ojos el mechón de pelo oscuro y pensó por enésima vez en el rumbo que seguía su vida, al parecer con la velocidad de un bólido.

La limusina de la compañía de Jennifer había llevado a la pareja hasta la casa de la joven en Northwest Washington donde con toda seguridad él se trasladaría después de la boda; ella detestaba el apartamento de Jack. Faltaban apenas seis meses para el casamiento, un plazo muy corto a juicio de la novia, y él estaba sentado cada vez con más dudas.

Jennifer Ryce Baldwin poseía una belleza espectacular y concitaba las miradas no sólo de los hombres sino también de las mujeres. Además, era inteligente y muy lista, provenía de una familia adinerada y estaba decidida a casarse con Jack. El padre dirigía una de las empresas más grandes de la nación. Centros comerciales, edificios de oficinas, emisoras de radio, filiales, estaba metido en todo lo imaginable, y lo hacía mejor que la mayoría. El abuelo paterno había sido uno de los grandes tiburones de la industria en el Medio Oeste, y la familia de la madre había sido

propietaria de una buena parte del centro de Boston. Los dioses habían tenido a Jennifer Baldwin por una de sus criaturas favoritas. Jack no conocía ni a un sólo tipo que no le envidiara la suerte.

Se retorció en el sillón mientras intentaba frotarse el hombro que le dolía. Llevaba una semana sin hacer deporte. Medía un metro ochenta y dos, e incluso a los treinta y dos años, su cuerpo mostraba la misma firmeza de los años de escuela cuando era un hombre entre los niños en casi todos los deportes, y en el *college*, donde la competición era mucho más dura y sin embargo había destacado como luchador de peso pesado y miembro del equipo de primera. Esto le había permitido ingresar en la facultad de Derecho de la Universidad de Virginia. Se había graduado entre los primeros de la promoción y había aceptado el empleo de defensor público en el distrito de Columbia.

Los compañeros de clase habían preferido las ofertas de los grandes bufetes. Durante un tiempo le habían llamado para darle los teléfonos de los psiquiatras que podían librarlo de su locura. Sonrió mientras se levantaba para ir a buscar la segunda cerveza. Ahora la nevera estaba vacía.

El primer año de Jack como defensor público había sido difícil mientras aprendía el oficio. Había perdido más casos de los que ganó. Con el paso del tiempo le asignaron casos por delitos más graves. Y a medida que volcaba todas sus energías, talento y sentido común en cada uno de ellos, las cosas comenzaron a cambiar.

Los fiscales ya no lo tenían fácil.

Descubrió que su trabajo le sentaba como anillo al dedo, que en los interrogatorios mostraba el mismo talento y habilidad que le habían permitido tumbar sobre la lona a hombres mucho más grandes que él. Era respetado, incluso caía bien como abogado, si es que eso era posible.

Entonces había conocido a Jennifer en un acto. Era la vicepresidenta de desarrollo y comercialización de las empresas Baldwin. Muy dinámica, la muchacha tenía el don de hacer sentirse importantes a sus interlocutores; escuchaba las opiniones aunque no las siguiera. Era una belleza que no dependía sólo de ese valor.

Detrás de la hermosura había mucho más. O al menos daba esa impresión. Jack no hubiese sido humano si no se hubiese sentido atraído. Y ella había dejado bien claro, desde el principio, que la atracción era mutua. Sin dejar de mostrarse impresionada por la tenacidad demostrada en la defensa de los derechos de los acusados en la capital, poco a poco Jennifer había convencido a Jack de que ya había hecho suficiente en beneficio de los pobres, los tontos y los desgraciados, y que quizás era el momento de pensar en sí mismo y en su futuro, y tener en cuenta que tal vez ella deseaba formar parte de ese futuro. Cuando Jack por fin dejó el cargo, la oficina del fiscal le despidió con una fiesta por todo lo alto. Aquello hubiese debido avisarle en el acto de que todavía había muchos pobres, tontos y desgraciados que necesitaban su ayuda. Nunca más sentiría la emoción que había experimentado como defensor público; ocasiones así aparecían una vez en la vida. Había llegado el

momento de seguir adelante; incluso los niños como Jack Graham tenían que crecer algún día. Le había llegado la hora.

Apagó el televisor, cogió una bolsa de cortezas de maíz y fue al dormitorio. Junto a la puerta había montones de ropa sucia. Era lógico que a Jennifer no le gustara el apartamento; él era un patán. Pero lo que más le preocupaba era la certeza de que, incluso impoluto, Jennifer no aceptaría vivir allí. Para empezar estaba en el barrio malo; en Capitol Hill, pero no en la parte rica, ni siquiera cerca.

Después estaba la cuestión del tamaño. La casa de Jennifer tenía unos quinientos metros cuadrados, sin contar el ala del servicio y el garaje para dos coches, donde guardaba el Jaguar y el Range Rover nuevos, como si alguien que viviera aquí, con las carreteras atascadas a toda hora, necesitara un vehículo capaz de subir montañas por la cara vertical.

Él disponía de cuatro habitaciones si contaba el baño. Entró en el dormitorio, se desnudó y se acostó. Al otro lado del cuarto, en un pequeño cuadro que había tenido colgado en el despacho hasta que le dio vergüenza mirarlo, estaba el anuncio de su ingreso en Patton, Shaw amp; Lord. PS amp; L era el bufete número uno de la capital. Atendía los asuntos legales de centenares de empresas de primera fila, incluida la de su futuro suegro, que representaba una cuenta de millones de dólares. A él se le atribuía el mérito de aportar el nuevo cliente y eso, a su vez, le garantizaba ser socio. En Patton, Shaw amp; Lord la condición de socio garantizaba unos ingresos de medio millón de dólares al año. Para los Baldwin esa cifra era calderilla, pero él no era un Baldwin. Al menos por ahora.

Se tapó con la manta. La calefacción del edificio dejaba mucho que desear. Cogió un par de aspirinas y se las tragó con un resto de refresco que tenía sobre la mesa de noche, después contempló el dormitorio que era una leonera. Le recordó su habitación de adolescente. Era un recuerdo agradable. Las casas eran para vivirlas; tenían que acoger los gritos de los niños mientras corrían de habitación en habitación en busca de nuevas aventuras y objetos para romper.

Éste era otro asunto pendiente con Jennifer; ella había dejado claro que tener hijos era un proyecto muy lejano. La carrera en la compañía de su padre era lo primero en su mente y su corazón, quizá por encima incluso de él mismo.

Se dio la vuelta y cerró los ojos. El ruido del cristal de la ventana sacudido por el viento le obligó a abrirlos. Miró en aquella dirección, desvió la mirada, pero después, resignado, miró la caja.

Contenía parte de su colección de viejos trofeos y premios ganados en el instituto y la universidad. Pero esos objetos no le interesaban. En la penumbra tendió la mano para coger la foto, decidió que no, y después volvió a cambiar de opinión.

La sacó. Esto se había convertido casi en un ritual. No tenía motivos para pensar que su novia encontraría este recuerdo porque se negaba a permanecer en su dormitorio más allá de un minuto. Cada vez que se acostaban lo hacían en casa de ella, donde Jack permanecía en la cama mirando el techo a cuatro metros de altura,

pintado con una escena de viejos caballeros y jóvenes doncellas mientras Jennifer se divertía sola hasta que se cansaba y se ponía boca arriba para que él la montara. O en la casa paterna, en el campo, donde los techos eran todavía más altos y los murales había sido traídos desde alguna iglesia románica del siglo XIII, todo lo cual le hacía sentir como si Dios le observara mientras la hermosa y desnuda Jennifer Ryce Baldwin le cabalgaba y que él ardería en el infierno por culpa de unos momentos de placer visceral.

La mujer de la foto tenía el pelo castaño que se curvaba en las puntas. La sonrisa le recordó el día que había tomado la foto.

Una excursión en bicicleta por la campiña del condado de Albemarle. Él acababa de entrar en la facultad de Derecho; ella estaba en el segundo curso del *college* de la universidad Jefferson. Aquélla había sido la tercera cita pero a los dos les parecía que siempre habían vivido juntos.

Kate Whitney.

Pronunció el nombre despacio; su mano siguió instintivamente la curva de la sonrisa, el hoyuelo solitario en lo alto de la mejilla derecha que le daba al rostro un aspecto un tanto sesgado. Los pómulos casi almendrados bordeaban una nariz fina que se curvaba hacia los labios sensuales. La barbilla era afilada y proclamaba terquedad. Jack miró otra vez la cara y se detuvo en los ojos que siempre mostraban un destello travieso.

Se puso boca arriba y colocó la foto sobre el pecho para que ella le mirara directamente. Era incapaz de pensar en Kate sin ver una imagen del padre, con su ingenio agudo y la sonrisa un tanto torcida.

Jack había visitado muy a menudo a Luther Whitney en su casita, en un barrio de Arlington que había conocido tiempos mejores. Se pasaban horas bebiendo cerveza y contando cuentos; casi siempre era Luther el que hablaba y Jack quien escuchaba.

Kate nunca visitaba a su padre, y él jamás intentaba ponerse en contacto con ella. Jack había descubierto su identidad casi por accidente, y a pesar de las protestas de Kate, Jack había querido conocerle. Era difícil que ella no sonriera por una cosa u otra, pero en este asunto se mostraba siempre seria.

Después de que él se licenciara, se trasladaron al distrito de Columbia y ella entró en la facultad de Derecho en Georgetown. La vida era idílica. Kate había asistido a sus primeros juicios cuando él trataba de contener el temblor de las piernas y los quiebros de voz, y no siempre recordaba cuál era su mesa. Pero a medida que aumentó la gravedad de los crímenes de sus clientes, se esfumó el entusiasmo de Kate.

Se separaron al año de haber comenzado él a ejercer.

Las razones eran sencillas: Kate no entendía por qué había escogido defender a las personas que violaban la ley, y no toleraba que a él le gustara su padre.

En el último instante de su vida en común, él recordaba haber estado sentado en esta misma habitación, pidiéndole, suplicándole, que no se marchara. Pero ella se

había ido. Habían pasado cuatro años, y desde entonces él no la había vuelto a ver.

Sabía que trabajaba en la fiscalía de la mancomunidad en Alejandría, Virginia, donde se ocupaba con gran ahínco en meter entre rejas a sus antiguos clientes por quebrantar las leyes de su estado adoptivo. Aparte de eso, Kate Whitney era una extraña para él.

Pero acostado en su cama, con ella mirándole con aquella sonrisa que le revelaba un millón de cosas que nunca había aprendido de la mujer con la que se casaría dentro de seis meses, Jack se preguntó si seguiría siendo una extraña para él; si su vida estaba destinada a convertirse en algo mucho más complicado de lo que deseaba. Cogió el teléfono y marcó un número.

Cuatro timbrazos y escuchó la voz. Tenía un tono que no recordaba, o quizá era nuevo. Sonó el pitido y él comenzó a dejar un mensaje, algo gracioso, lo primero que se le pasó por la cabeza, pero entonces se puso nervioso y colgó, las manos temblorosas, el pulso acelerado. Meneó la cabeza. ¡Caray! Había defendido a cinco criminales acusados de asesinato en primer grado y todavía temblaba como un colegial en su primera cita.

Jack apartó la foto y pensó en lo que Kate hacía en este momento. Quizá seguía en la oficina calculando cuántos años de vida arrebatarle a una persona.

Entonces Jack se preguntó qué sería de Luther. ¿Estaría en este mismo momento metido en alguna casa que no era la suya? ¿O había acabado la faena y se alejaba con el botín?

Vaya familia, Luther y Kate Whitney. Tan distintos y al mismo tiempo tan iguales. No había conocido nunca a nadie tan concentrado como ellos, aunque sus objetivos ocupaban galaxias diferentes. Aquella última noche, después de que Kate saliera de su vida, había ido a ver a Luther para despedirse y tomar la última cerveza juntos. Se habían sentado en el pequeño y bien cuidado jardín, el olor de las flores como un espeso manto sobre ellos.

El viejo se lo había tomado bien, había formulado unas cuantas preguntas y le había deseado lo mejor. Algunas cosas no funcionaban; Luther lo sabía tan bien como cualquiera. Pero mientras se iba, Jack había visto un brillo en los ojos del hombre, y entonces se cerró la puerta tras aquella parte de su vida.

Jack apagó la luz y cerró los ojos, consciente de que le esperaba otro futuro. Estaba un día más cerca de conseguir la gran recompensa de su vida, la fortuna que todos deseaban. Saberlo no le ayudó a dormir.

Mientras Luther miraba a través del espejo, se le ocurrió que los dos formaban una pareja muy atractiva. Era una opinión absurda en estas circunstancias, pero eso no invalidaba la conclusión. El hombre era alto, bien parecido, un cuarentón muy distinguido. La mujer tendría poco más de veinte años; el pelo largo y dorado, el rostro oval y encantador, con unos ojos inmensos azul oscuro que ahora miraban con amor a su acompañante. Él le acarició la mejilla de terciopelo; ella le besó la palma de la mano.

El hombre tenía dos vasos y los llenó con el contenido de la botella que había traído con él. Le dio uno a la mujer. Chocaron los vasos, sin dejar de mirarse; él se bebió el contenido de un trago mientras ella sólo bebía un sorbo. Dejaron los vasos, y se abrazaron. Él deslizó las manos por la espalda de la joven y después las subió hasta los hombros desnudos. Los brazos y hombros de ella eran fuertes y estaban bronceados por el sol. Él le sujetó los brazos, admirado, mientras se inclinaba para besarle el cuello.

Luther desvió la mirada, avergonzado por ser testigo de este encuentro tan personal. Una emoción extraña, si tenía en cuenta que aún se enfrentaba al peligro de ser descubierto. Pero no era tan viejo como para no apreciar la ternura, la pasión que poco a poco se desplegaba ante él.

Cuando volvió a mirar, sonrió por fuerza. La pareja bailaba lentamente por la habitación. Se veía que el hombre tenía mucha práctica; la compañera menos, pero él la guio a través de los pasos sencillos hasta que una vez más acabaron junto a la cama.

El hombre hizo una pausa para llenar su vaso y se lo bebió deprisa. Ahora la botella estaba vacía. Mientras él la abrazaba otra vez, ella se inclinó sobre él, le tironeó de la chaqueta, comenzó a deshacerle el nudo de la corbata. Las manos del hombre buscaron la cremallera del vestido y poco a poco bajaron hacia la cintura. El vestido negro cayó al suelo y ella salió del mismo, sólo con las bragas negras y medias hasta el muslo; no llevaba sujetador.

Tenía el tipo de cuerpo que pone celosas a todas las mujeres que no lo poseen. Cada curva estaba en el lugar adecuado. Una cintura que Luther hubiese podido ceñir con las dos manos. Mientras se inclinaba hacia un lado para quitarse las medias, Luther observó los pechos grandes y redondos. Las piernas eran delgadas y musculosas, sin duda el resultado de muchas horas de ejercicio bajo la mirada atenta de un entrenador personal.

El hombre se quitó el traje y la camisa, y, en calzoncillos, se sentó en el borde de la cama. Contempló a la mujer, que se tomó su tiempo para quitarse las bragas. Tenía el trasero redondo y firme, de un blanco cremoso que resaltaba con el perfecto bronceado. Al verla por fin desnuda del todo, el hombre sonrió. Los dientes blancos y bien alineados. A pesar del alcohol, los ojos aparecían claros y enfocados.

Ella sonrió ante su atención y avanzó sin prisa. En cuanto la tuvo a su alcance, él la sujetó entre los brazos, la apretó contra su cuerpo. La mujer se frotó arriba y abajo contra su pecho.

Una vez más, Luther comenzó a desviar la mirada. Deseaba más que nada en el mundo que el espectáculo acabara lo antes posible y que estas personas se marcharan. Sólo tardaría unos minutos en regresar al coche, y el recuerdo de esta noche permanecería en su memoria como una experiencia única, aunque hubiera podido resultar desastrosa.

Pero entonces el hombre sujetó las nalgas de la mujer y después comenzó a azotarlas, una y otra vez. Luther torció el gesto ante el dolor ajeno; la piel blanca se veía ahora roja. Sin embargo, la mujer estaba demasiado bebida como para sentir el dolor o bien gozaba con este tratamiento, porque mantuvo la sonrisa. Luther sintió la tensión en las tripas al ver como los dedos del hombre se clavaban en la carne suave.

La boca del hombre bailó sobre su pecho; ella pasó los dedos por la espesa cabellera al tiempo que situaba el cuerpo entre sus piernas. La muchacha cerró los ojos, sonrió de placer mientras echaba la cabeza hacia atrás. Después abrió los ojos y le besó.

Los dedos fuertes del hombre abandonaron las nalgas maltratadas y comenzaron a masajearle la espalda con suavidad. Entonces volvió a clavarle los dedos hasta que la mujer se apartó con una mueca. Ella esbozó una sonrisa y él se detuvo mientras la joven le tocaba los dedos con los suyos. Él volvió a dedicarse a los senos y le chupó los pezones. Cerró los ojos y sus jadeos se convirtieron en un gemido. El hombre la besó en el cuello. Tenía los ojos bien abiertos y miraba hacia donde estaba sentado Luther pero sin imaginar que pudiera estar allí.

Luther miró al hombre, a aquellos ojos, y no le gustó lo que vio.

Pozos de sombras rodeados por una aureola roja, como algún planeta siniestro visto a través de un telescopio. De pronto pensó que la mujer desnuda estaba en poder de algo no tan gentil, no tan cariñoso como esperaba.

Por fin la mujer se impacientó y empujó a su amante sobre la cama. Se montó a horcajadas ofreciéndole a Luther una visión por detrás de algo que debería haber estado reservado a su ginecólogo y a su marido. Ella intentó moverse, pero entonces con un impulso brutal él la tumbó a un lado y se subió encima de la mujer, la cogió de las piernas y se las levantó hasta que quedaron perpendiculares a la cama.

Luther se quedó rígido en el sillón ante el siguiente movimiento del hombre. Él la cogió del cuello y le metió la cabeza entre sus piernas. Lo repentino del acto la hizo boquear, sus labios casi pegados al pene. Entonces él se rio al tiempo que le soltaba las piernas. Un tanto mareada, ella atinó a sonreír y se levantó apoyada en los codos mientras él la dominaba con su altura. Él se cogió el pene con una mano y con la otra le separó las piernas. Mientras ella se tendía con languidez para aceptarlo, él la miró con una mirada salvaje.

Pero en lugar de penetrarla, él le cogió los pechos y se los apretó, al parecer con

demasiada fuerza, porque, por fin, Luther escuchó un grito de dolor y la mujer le dio una bofetada. Él la soltó y le devolvió el golpe con saña. Luther vio brotar sangre por una de las comisuras de la boca y derramarse por los labios, cubiertos por una espesa capa de carmín.

—Maldito cabrón.

Ella rodó sobre la cama y se sentó en el suelo. Se pasó los dedos por la boca, probó el gusto de su sangre, por un momento su cerebro borracho recuperó la lucidez. Las primeras palabras que Luther acababa de escuchar con toda claridad hasta ahora le golpearon con la fuerza de un martillo. Dejó el sillón y avanzó hacia el espejo.

El hombre sonrió. Luther se quedó rígido al ver la sonrisa. Se parecía más a la mueca de una bestia dispuesta a matar y no la de un ser humano.

—Maldito cabrón —repitió ella, la voz un poco más baja, las palabras farfulladas.

En el momento que ella se levantaba, él le cogió un brazo, se lo retorció hasta tumbarla en el suelo. El hombre se sentó en la cama con una expresión de triunfo.

Con la respiración agitada, Luther permaneció casi pegado al espejo, abrió y cerró las manos mientras miraba. Rogó para que los demás aparecieran. Echó un rápido vistazo al mando sobre el sillón y después miró el dormitorio.

La mujer se había medio levantado del suelo; poco a poco recuperaba el aliento. Se habían esfumado los sentimientos románticos. Luther lo vio en sus movimientos, cautelosos y deliberados. Al parecer, su compañero no advirtió el cambio en los movimientos ni el destello furioso en los ojos azules, porque si no, no se hubiese puesto de pie, tendiendo una mano para que ella se cogiera, cosa que ella hizo.

La sonrisa del hombre desapareció en el acto cuando el rodillazo hizo blanco entre sus piernas. El impacto le hizo doblarse en dos y acabó con su erección. Ni un sólo sonido escapó de sus labios mientras se derrumbaba, excepto el de un jadeo. La mujer recogió las bragas y comenzó a ponérselas.

Él la sujetó de un tobillo, la hizo caer, con las bragas a media pierna.

—Putas de mierda. —Las palabras sonaron entrecortadas a medida que intentaba recuperar la respiración, sin soltarle el tobillo, arrastrándola hacia él.

Ella volvió a patearle, una y otra vez. Los pies golpearon las costillas, pero él no la soltó.

—Eres una jodida puta del carajo —dijo el hombre.

Al escuchar el tono de amenaza en aquellas palabras, Luther dio un paso hacia el espejo, una de sus manos voló hacia la suave superficie como si quisiera atravesarla, sujetar al hombre, apartarlo.

El hombre se levantó con esfuerzo y a Luther se le puso la piel de gallina al ver su mirada.

Las manos del hombre rodearon la garganta de la mujer.

El cerebro de ella, obnubilado por el alcohol, comenzó a funcionar a toda pastilla. Sus ojos, llenos de miedo, miraron a izquierda y derecha a medida que aumentaba la presión sobre su cuello y no podía respirar. Le arañó los brazos, clavándole las uñas.

Luther vio la sangre manar de la piel del hombre pero él no aflojó la presión.

Ella le pateó las piernas y se retorció, pero él pesaba casi el doble; el atacante no cedió.

Luther miró una vez más el mando a distancia. Podía abrir la puerta. Podía acabar con esto. Pero sus piernas no le respondieron. Miró impotente a través del espejo, el sudor le corría por la frente, manaba de todos los poros de su cuerpo; jadeaba mientras su pecho subía y bajaba con movimientos espasmódicos. Apoyó las dos manos sobre el cristal.

Luther contuvo la respiración cuando la mujer se fijó por un instante en la mesilla de noche. Entonces, con un movimiento frenético, empuñó el abrecartas, y de un golpe lo clavó en el brazo del hombre.

Él lanzó un gruñido de dolor, soltó a su víctima y se sujetó el brazo ensangrentado. Por un instante terrible se miró la herida como si aquello no fuera posible. Acuchillado por esta mujer.

Cuando volvió a mirar a la mujer, Luther casi escuchó el gruñido asesino antes de que escapara de los labios del hombre.

Entonces él la golpeó, con una fuerza que Luther nunca había visto pegarle a una mujer. El puño chocó contra la carne suave y la sangre manó de la nariz y la boca de ella.

Luther no supo si atribuirlo a todo el alcohol consumido o a qué, pero el golpe que hubiese tumbado a cualquiera, sólo sirvió para enfurecerla todavía más. Con una fuerza convulsiva la mujer consiguió levantarse. Cuando se volvió hacia el espejo, Luther vio el horror reflejado en su rostro al descubrir la súbita destrucción de su belleza. Con ojos incrédulos tocó la nariz hinchada; se metió un dedo en la boca para saber cuántos dientes estaban flojos. Se había convertido en un retrato emborronado, su mayor atributo había desaparecido.

La mujer se dio la vuelta para enfrentarse nuevamente al hombre, y Luther vio cómo se tensaban los músculos de la espalda hasta parecer tallados en madera. Con la velocidad del rayo descargó un puntapié en las ingles del hombre. Una vez más, sin fuerzas, con los miembros inútiles y dominado por las náuseas, el hombre se desplomó con un gemido. Adoptó una posición fetal y se protegió los genitales con las manos.

Con el rostro cubierto de sangre, con una mirada que había pasado del horror a la furia homicida, la mujer se dejó caer de rodillas a su lado y levantó el abrecartas por encima de la cabeza.

Luther cogió el mando a distancia y dio un paso hacia el espejo con el dedo apoyado en el botón rojo.

El hombre, al ver que estaba a punto de perder la vida, gritó con toda la fuerza de que fue capaz mientras el abrecartas iniciaba el descenso. La llamada no pasó inadvertida.

Inmóvil como una estatua, Luther dirigió la mirada hacia la puerta que se abrió de

par en par.

Dos hombres, con el pelo cortado casi al rape, con trajes que no disimulaban su físico impresionante, entraron en la habitación con las armas preparadas. Antes de que Luther pudiese dar otro paso, ellos habían evaluado la situación y decidido en consecuencia.

Las dos pistolas dispararon casi al unísono.

En su despacho, Kate Whitney repasó el expediente una vez más.

El tipo tenía cuatro condenas previas, y le habían arrestado en otras seis, aunque al final no se habían presentado cargos porque los testigos se habían negado a hablar por miedo o habían acabado muertos en algún contenedor de basura. El hombre era una bomba de relojería ambulante, lista para explotar contra la próxima víctima, todas ellas mujeres.

Ahora la acusación era por asesinato y violación durante la comisión de un robo, que cumplía el criterio para la pena capital según las leyes de Virginia. Esta vez decidió ir por el máximo: pena de muerte. Nunca la había pedido antes, pero si alguien se la merecía, era este tipo, y la mancomunidad no se andaba con remilgos a la hora de autorizarle. ¿Por qué dejarle vivir si él había acabado de la forma más cruel y salvaje con la vida de una estudiante de diecinueve años que había ido a un centro comercial en pleno día a comprar unas medias y un par de zapatos?

Kate se frotó los ojos, después cogió una goma del montón que tenía sobre la mesa, y se hizo una cola de caballo. Echó una ojeada al sencillo y pequeño despacho; había pilas de expedientes por todas partes y por enésima vez se preguntó si algún día dejarían de crecer. Desde luego que no. Al contrario, empeoraría y ella sólo podía hacer lo que estaba a su alcance para contener el derramamiento de sangre. Comenzaría con la ejecución de Roger Simmons, Jr., veintidós años, y uno de los criminales más duros que había conocido, y ya se había enfrentado a unos cuantos en su corta carrera. Recordó cómo le había mirado él aquel día en el juzgado. Su expresión carecía de cualquier remordimiento, preocupación o cualquier otra emoción positiva. También era un rostro sin esperanza, un hecho sustanciado por sus antecedentes que era la historia de una infancia horrorosa. Pero no era problema de ella. Al parecer, el único que no lo era.

Sacudió la cabeza y miró la hora: medianoche pasada. Fue a buscar otra taza de café, perdía la concentración. El último abogado de la fiscalía se había marchado cinco horas antes. El personal de limpieza había acabado su trabajo hacía tres. Caminó descalza por el pasillo hacia la cocina. Si Charlie Manson estuviese por ahí ocupándose de lo suyo, sólo sería uno de sus casos menores; un aficionado en comparación con los monstruos que rondaban ahora por las calles.

Volvió a la oficina con la taza de café en una mano y se detuvo un momento para contemplar su reflejo en la ventana. En su trabajo la apariencia no tenía demasiada

importancia; caray, no había tenido una cita en más de un año. Pero fue incapaz de desviar la mirada. Era alta y delgada, quizá demasiado en algunas partes, pero no por eso había abandonado la costumbre de correr siete kilómetros cada día mientras disminuía el consumo de calorías. Subsistía a base de café malo y galletas, y sólo fumaba dos cigarrillos al día, sin renunciar a la esperanza de abandonarlo.

Se sintió culpable del abuso a que sometía a su cuerpo con tantas horas de trabajo y el estrés de pasar de un caso terrible a otro horroroso, pero ¿qué podía hacer? ¿Renunciar porque no se parecía a las mujeres de las portadas de *Cosmopolitan*? Se consoló a sí misma con el hecho de que ellas trabajaban las veinticuatro horas del día para mantenerse hermosas. El suyo era ocuparse de que la gente que infringía la ley, que hería a los demás, fuera castigada. Llegó a la conclusión que desde cualquier punto de vista estaba haciendo cosas mucho más productivas con su vida.

Se dio un manotazo en la melena; necesitaba un corte de pelo, pero ¿de dónde sacaría el tiempo? El rostro todavía no reflejaba demasiado el peso de la carga que cada vez le resultaba más difícil arrastrar. A los veintinueve años, después de cuatro de jornadas de diecinueve horas e innumerables juicios, había aguantado. Suspiró al comprender que no duraría mucho. En la facultad había sido objeto de las miradas de todos, la causa de pasiones encendidas y sudores fríos. Pero a punto de entrar en los treinta, era consciente de que aquello que había dado por sentado durante tanto tiempo, que incluso había despreciado en muchas ocasiones, no le duraría para siempre. Y como tantas otras cosas que se dan por sentadas o se descartan como poco importantes, poder silenciar un sala con el mero hecho de entrar era algo que echaría de menos.

Conservar la belleza durante los últimos años era algo notable si tenía en cuenta lo poco que había hecho para preservarla. Buenos genes, ahí estaba la razón; tenía suerte. Entonces pensó en su padre y decidió que no había tenido ninguna suerte en materia de genes. Un hombre que robaba a los demás y después pretendía llevar una vida normal. Un hombre que había engañado a todos, incluidas su mujer y su hija. Un hombre en el que no se podía confiar.

Se sentó ante su escritorio, probó el café caliente, le echó un poco más de azúcar y miró al señor Simmons mientras removía las profundidades oscuras de su estimulante nocturno.

Cogió el teléfono y marcó el número de su casa para escuchar los mensajes. Había cinco: dos de otros abogados, uno del policía que sería testigo en el juicio contra el señor Simmons y uno de un investigador de la fiscalía que llamaba a las horas más intempestivas para darle informaciones inútiles. Tendría que cambiar de número de teléfono. En el último mensaje habían colgado. Pero escuchó el rumor de una respiración, casi entendió una o dos palabras. Algo en el sonido le resultó conocido, pero no consiguió ubicarlo. Gente que no tenía nada mejor que hacer.

El café hizo su efecto, su mirada enfocó otra vez el expediente. Miró el pequeño estante con los libros. Encima había una vieja foto de la madre y Kate cuando tenía

diez años. Había recortado la figura de Luther Whitney. Un gran agujero junto a la madre y la hija. Una gran nada.

—¡Me cago en la gran puta! —El presidente de los Estados Unidos se sentó, con una mano sobre sus flácidas y dolidas partes pudendas, la otra sosteniendo el abrecartas que un momento antes estaba destinado a convertirse en el instrumento de su muerte. Ahora el objeto tenía algo más que sólo su sangre en él—. ¡Me cago en la gran puta, Bill, la has matado! —El objeto de su ira se agachó para ayudarlo a levantarse mientras su compañero comprobaba el estado de la mujer; una verificación inútil, ya que dos proyectiles de grueso calibre le habían volado los sesos.

—Lo lamento, señor, no teníamos tiempo. Lo lamento, señor.

Bill Burton era agente del servicio secreto desde hacía doce años; antes había pertenecido a la policía estatal de Maryland durante ocho, y uno de sus disparos acababa de volarle la cabeza a una joven hermosa. A pesar de su gran preparación temblaba como un niño al que acaban de despertar de una pesadilla.

Había matado antes en cumplimiento del deber un vulgar control de carreteras que se había complicado. Pero el muerto había sido un tipo condenado cuatro veces, con una venganza pendiente contra los policías uniformados y había intentado matarle con una pistola Glock semiautomática.

Miró el pequeño cuerpo desnudo y pensó que iba a vomitar. Su compañero, Tim Collin, adivinó lo que iba a pasar y le cogió del brazo. Burton tragó con fuerza y asintió. Lo tenía controlado.

Entre los dos ayudaron a levantarse con mucho cuidado a Alan J. Richmond, presidente de los Estados Unidos, un héroe político y un líder para todas las generaciones, pero que ahora no era más que un borracho desnudo. El presidente les miró ya recuperado del horror inicial a medida que pasaban los efectos del alcohol.

—¿Está muerta? —Las palabras sonaron borrosas; los ojos parecían moverse en las órbitas como canicas sueltas.

—Sí, señor —respondió Collin. No se dejaba de contestar la pregunta de un presidente, borracho o no.

Burton se mantuvo apartado. Miró una vez más a la mujer y después al presidente. Para eso estaban, hacían su trabajo. Proteger al maldito presidente. Costara lo que costara, esa vida no debía acabar de esa manera. No clavado como un cerdo por una puta borracha.

La boca del presidente esbozó lo que pretendía ser una sonrisa, aunque ni Collin ni Burton lo recordarían así. El presidente comenzó a levantarse.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó.

—Aquí, señor. —Burton volvió a la realidad; se agachó para recoger las prendas. Estaban muy manchadas, todo el cuarto parecía estarlo, con los sesos de ella.

—Bueno, ayúdenme a levantarme, y a vestirme, maldita sea. Tengo que ir a dar un discurso en alguna parte, ¿no es así? —Soltó una risa aguda. Burton miró a Collin y éste a su compañero. Ambos contemplaron cómo el presidente se quedaba dormido

en la cama.

En el momento que sonaron los disparos, Gloria Russell, jefa del gabinete, estaba en el baño del primer piso, lo más lejos posible de aquella habitación.

Había acompañado al presidente en muchas de estas aventuras, pero en lugar de acostumbrarse, le disgustaban cada vez más. Imaginar a su jefe, el hombre más poderoso sobre la faz de la tierra, en la cama con todas esas putas de la alta sociedad, las admiradoras de la política. No conseguía entenderlo, y casi había aprendido a no hacer caso. Casi.

Se subió las bragas, cogió el bolso, abrió la puerta, cruzó el vestíbulo y a pesar de los tacones altos subió los escalones de dos en dos. Cuando llegó a la puerta del dormitorio el agente Burton le cerró el paso.

—Señora, no querrá ver esto, no es agradable.

Ella le apartó, cruzó el umbral y se detuvo. Su primer pensamiento fue el de salir corriendo, bajar las escaleras, meterse en la limusina, salir de allí, salir del estado, salir de este horrible país. No sintió pena por Christy Sullivan, que quería que el presidente se la follara. Ésa había sido su meta durante los últimos dos años. Bueno, algunas veces no siempre se consigue lo que se desea; algunas veces se consigue mucho más.

Russell recuperó el control y se enfrentó al agente Collin.

—¿Qué diablos ha pasado?

Tim Collin era joven, duro y devoto del hombre que le habían asignado proteger. Estaba entrenado para morir defendiendo al presidente, y no tenía ninguna duda de que si llegaba ese momento lo haría. Habían pasado unos años desde que había atrapado a un atacante en el aparcamiento de un centro comercial, donde el entonces candidato presidencial Alan Richmond participaba en un acto. Collin había tumbado al presunto agresor sobre el asfalto y le había inmovilizado antes de que el tipo pudiera desenfundar del todo el arma, antes de que cualquiera de los demás reaccionara. Para Collin, la única misión en su vida era proteger a Alan Richmond.

El agente Collin tardó un minuto en informar a Russell de los hechos, con frases cortas y coherentes. Burton confirmó el relato.

—Era cuestión de elegir entre él o ella, señora Russell. No hay otra manera de decirlo. —Burton miró instintivamente al presidente, que continuaba tendido en la cama, perdido para el mundo. Habían cubierto la parte más estratégica de su cuerpo con una sábana.

—¿Quieren decir que no oyeron absolutamente nada? ¿Ningún sonido violento antes..., antes de esto? —Con un gesto indicó el desastre en la habitación.

Los agentes intercambiaron una mirada. Habían escuchado muchos ruidos procedentes de los dormitorios donde estaba su jefe. Algunos podían ser interpretados como violentos, otros no. Pero antes todos habían salido sanos y salvos.

—Nada extraño —contestó Burton—. Entonces oímos el grito del presidente y entramos. El cuchillo estaba a punto de clavarse en su pecho. La única cosa lo

bastante rápida era una bala.

Se irguió en toda su estatura y le miró a los ojos. Él y Collin habían hecho su trabajo, y esta mujer no iba a convencerlos de lo contrario. Nadie iba a echarles la culpa.

—¿Había un maldito cuchillo en la habitación? —La mujer miró a Burton incrédula.

—Si fuera cosa mía, el presidente no saldría a realizar estas pequeñas excursiones. La mitad de las veces no nos deja comprobar nada antes. No tuvimos oportunidad de revisar la habitación. —La miró—. Él es el presidente, señora —añadió como si eso lo justificara todo. Y para Russell por lo general así era, algo que Burton sabía muy bien.

Russell echó una ojeada a la habitación, sin perder un solo detalle. Había sido profesora de Ciencias Políticas en Stanford y gozaba de una reputación a nivel nacional antes de unirse a la campaña de Alan Richmond para conseguir la presidencia. Él era una fuerza poderosa, todo el mundo quería subir al carro del vencedor.

En la actualidad era jefa del gabinete, y se rumoreaba que se convertiría en secretaria de Estado si Richmond ganaba la reelección, cosa que todos daban por hecho. ¿Quién lo sabía? ¿Por qué no la fórmula Richmond-Russell? Formaban una combinación brillante. Ella era la estrategia, él un político consumado. El futuro de ambos era cada vez más prometedor. Pero ¿ahora? Ahora tenía un cadáver y a un presidente borracho en el interior de una casa que se suponía vacía.

De pronto recuperó el control. Este pequeño montón de basura humana no le estropearía el futuro. ¡Ni por esas!

—¿Quiere que llame a la policía, señora? —preguntó Burton.

Russell le miró como si el agente hubiese perdido el juicio.

—Burton, permítame recordarle que nuestro trabajo es proteger los intereses del presidente en todo momento y que nada, absolutamente nada, está por encima de eso. ¿Está claro?

—Señora, la mujer está muerta. Pienso que...

—Así es. Usted y Collin dispararon contra ella y está muerta. —Las palabras de Russell flotaron en el aire.

Collin se frotó los dedos; una mano tocó instintivamente el arma en la funda. Miró a la difunta señora Sullivan como si pudiera resucitarla.

Burton flexionó los hombros; se acercó un poco a Russell para resaltar la diferencia de estatura.

—Si no llegamos a disparar, el presidente estaría muerto. Ése es nuestro trabajo. Mantener al presidente sano y salvo.

—Muy bien, Burton. Y ahora que ha impedido su muerte, ¿cómo piensa explicarle a la policía, a la mujer del presidente, a sus superiores, a los abogados, al Congreso, a los mercados financieros, al país y al resto del maldito mundo, por qué el

presidente estaba aquí? ¿Qué hacía aquí? ¿Y las circunstancias que le llevaron a usted y al agente Collin a disparar contra la esposa de uno de los hombres más ricos e influyentes de Estados Unidos? Porque si llama a la policía, si llama a cualquiera, eso es lo que tendrá que hacer. Ahora, si está preparado a aceptar la plena responsabilidad de ese cometido, allí tiene el teléfono, llame.

El rostro de Burton cambió de color. Dio un paso atrás, ahora ser más alto no le servía de nada. Collin se había quedado de una pieza mientras presenciaba el enfrentamiento. Nunca había visto a nadie capaz de hablarle así a Bill Burton. El hombre podía partirle el cuello a Russell como quien aplasta una mosca.

Burton miró una vez más el cadáver. ¿Cómo podía explicarlo para que todo saliera bien? La respuesta era fácil: no podía.

Russell le observó de cerca. Burton le devolvió la mirada pero fue incapaz de sostenerla. Ella había ganado. Sonrió bondadosa y asintió. Estaba al mando de la función.

—Vaya y prepare café. Una cafetera llena —le ordenó a Burton, disfrutando por un momento del cambio de poderes—. Después quédese en la puerta principal, no sea que tengamos algún visitante inesperado.

»Collin, vaya a la furgoneta, y hable con Johnson y Varney. No les diga nada de esto. Por ahora sólo dígales que ha habido un accidente, y que el presidente está bien. Eso es todo. Y que permanezcan alerta. ¿Comprendido? Ya llamaré si les necesito. Preciso tiempo para pensar.

Luther no se había movido desde que los disparos habían destrozado la cabeza de la mujer. Tenía miedo. Había superado la conmoción, pero su mirada volvía una y otra vez a lo que había sido un ser humano vivo. En todos los años como delincuente sólo había visto matar a otra persona. Un pedófilo condenado tres veces, al que otro preso le había cortado la médula con un trozo de hierro afilado como una daga. Las emociones que sentía ahora eran muy diferentes, como si fuese el único pasajero de un barco que había atracado en un puerto extranjero. Nada se parecía ni se notaba conocido. Se sentó antes de que las piernas dejaran de sostenerle.

Miró cómo Russell se movía por la habitación, cómo se inclinaba sobre la mujer muerta, pero sin tocarla. Después, cómo cogía el abrecartas por la punta de la hoja con un pañuelo que sacó del bolsillo. La vio observar un buen rato el objeto que casi había acabado con la vida de su jefe y le había costado la vida a la mujer; cómo metía el abrecartas en el bolso de cuero que había dejado sobre la mesa de noche, y guardaba el pañuelo en el bolsillo. Echó una ojeada a los despojos de Christine Sullivan.

Russell reconocía que era admirable la manera en que Richmond realizaba sus tareas extraprofesionales. Todas sus «compañeras» eran mujeres ricas y de una elevada posición social, y todas estaban casadas. Esto garantizaba que nada de su comportamiento adúltero aparecería en los periódicos. Las mujeres con las que se acostaba tenían tanto o más que perder, y lo sabían muy bien.

Y la prensa.

Russell sonrió. En estos tiempos el presidente vivía sometido a un escrutinio incesante. No podía mear, fumarse un puro o eructar sin que el público conociera los detalles más íntimos. Al menos así pensaba el público. Todo esto tenía su origen en una valoración exagerada de la prensa y su capacidad para sacar cualquier historia a la luz, por muy escondida que estuviese. Lo que no comprendían era que si bien la oficina del presidente quizás había perdido parte de su enorme poder a lo largo de los años, a medida que los problemas del mundo escapaban a la capacidad de cualquier persona a enfrentarse a ellos en una base igualitaria, el presidente estaba rodeado por un grupo de personas muy capaces y de una lealtad absoluta. Personas cuya capacidad para las actividades encubiertas estaba a años luz de los muy educados y remilgados periodistas, cuya idea de rastrear algún asunto comprometido era preguntarle a un congresista siempre dispuesto a hablar para los telediarios de la noche. Era un hecho que, si lo deseaba, el presidente Alan Richmond podía moverse con la seguridad de que nadie se enteraría de su paradero. Incluso podía desaparecer de la vista del público todo el tiempo que quisiera, aunque eso sería la antítesis de lo que un político deseaba. Este privilegio se reducía a un común denominador.

El servicio secreto. Eran los mejores entre los mejores. Este grupo de élite lo había demostrado una y otra vez a lo largo de los años, como también al planear esta actividad más reciente.

Poco después del mediodía, Christy Sullivan había salido del salón de belleza en Upper Northwest. Después de caminar una manzana, había entrado en el vestíbulo de una casa de apartamentos, y salido al cabo de treinta segundos envuelta en una capa con capucha que llevaba en el bolso. Las gafas de sol ocultaban sus ojos. Recorrió varias manzanas mirando los escaparates, y después tomó la línea roja hasta Metro Center. Al salir del metro había caminado otras dos manzanas y se había metido por un callejón entre dos edificios condenados. Dos minutos más tarde, un coche con los cristales oscuros salió del callejón. Collin conducía. Christy Sullivan ocupaba el asiento trasero. Después, permaneció en un lugar seguro con Bill Burton hasta que el presidente se reunió con ella al cabo de unas horas.

Habían escogido la mansión Sullivan como el lugar perfecto para el interludio romántico porque, por una de esas ironías del destino, dicha casa era el último lugar en que cualquier persona hubiese esperado ver a Christy Sullivan. Russell sabía que estaba vacía, protegida sólo por un sistema de seguridad que no era ningún obstáculo para sus planes.

Russell se sentó en una silla y cerró los ojos. En la casa tenía con ella y el presidente a dos de los miembros más capacitados del servicio secreto, Y, por primera vez, esto preocupaba a la jefa del gabinete. Los cuatro agentes que les acompañaban esta noche habían sido escogidos por el propio presidente entre el casi centenar destinado a su custodia para estas pequeñas aventuras. Todos eran muy leales y capaces. Cuidaban del presidente y aceptaban sin rechistar cualquier cosa que se les

pidiera. Hasta esta noche, la fascinación del presidente Richmond por las mujeres casadas no había presentado grandes problemas. Pero lo ocurrido lo trastornaba todo. Russell sacudió la cabeza y se forzó a buscar un plan de acción.

Luther estudió el rostro. Era una cara inteligente, atractiva pero también muy dura. Casi se alcanzaba a ver el proceso mental por las arrugas de la frente. Pasó el tiempo y ella no se movió. Entonces Gloria Russell abrió los ojos y su mirada recorrió toda la habitación, sin perder detalle.

Luther se encogió en un acto reflejo cuando la mirada pasó por el espejo como un reflector por el patio de una cárcel. Entonces la mirada se detuvo al llegar a la cama. Durante casi un minuto la mujer contempló al hombre dormido, y en su rostro apareció una expresión que Luther no acababa de entender. Estaba a medio camino entre una sonrisa y una mueca.

Russell se levantó, se acercó al lecho y miró al hombre. Un hombre del pueblo, o al menos así lo creía la gente. El hombre de la época. Ahora no parecía tan grande. Tenía medio cuerpo sobre la cama, las piernas abiertas, los pies casi en el suelo, una posición un tanto ridícula cuando se estaba desnudo.

La mujer paseó la mirada por el cuerpo del presidente, y se recreó en algunas partes, una actividad que a Luther le pareció sorprendente a la vista de lo que yacía en el suelo. Antes de que Gloria Russell entrara y se enfrentara a Burton, Luther había esperado oír sirenas y estar sentado allí mirando a policías, detectives y forenses por todas partes; decenas de unidades móviles de la radio y la televisión aparcadas delante de la casa. Era obvio que esta mujer tenía otros planes.

Luther había visto a Gloria Russell en la CNN y en las principales cadenas, además de en los periódicos. Sus facciones eran muy características: la nariz larga y aquilina entre los pómulos altos, regalo de un antepasado cherokees. El pelo renegrido y lacio hasta los hombros. Los ojos grandes y de un azul tan oscuro como el agua de las profundidades marinas, pozos gemelos llenos de peligros para los descuidados e inconscientes.

Luther se movió en el sillón con mucho cuidado. Mirar a esta mujer delante de una chimenea de la Casa Blanca pontificando sobre los últimos hechos políticos era una cosa, y otra muy distinta verla moverse por una habitación donde había un cadáver y un hombre desnudo y borracho que era el líder del mundo libre. Era un espectáculo que Luther no deseaba ver, aunque no podía apartar la mirada.

Russell miró la puerta, cruzó la habitación, sacó el pañuelo, y cerró la puerta con llave. Volvió a paso rápido junto a la cama para mirar al presidente. Tendió una mano, y por un momento, Luther se puso tenso, pero ella sólo acarició el rostro del presidente. Luther se relajó, pero volvió a tensarse cuando la mano se movió hasta el pecho, y se detuvo por un momento en el vello abundante, antes de continuar hasta el estómago plano que subía y bajaba con normalidad.

Entonces la mano bajó todavía más; la mujer apartó poco a poco la sábana y la dejó caer al suelo. Metió la mano en la entrepierna. Después echó una mirada a la

puerta y se arrodilló delante del presidente. Luther cerró los ojos. No compartía los peculiares gustos por la observación del dueño de la casa.

Pasaron varios minutos. Luther abrió los ojos en el momento que Gloria Russell se quitaba las medias y las bragas, y las dejaba sobre una silla. Después montó a horcajadas al presidente dormido.

Luther volvió a cerrar los ojos. Se preguntó si oirían los crujidos de la cama desde la planta baja. Quizá no, porque era una casa muy grande. Incluso si los oían, ¿qué podían hacer?

Diez minutos más tarde, Luther oyó un jadeo involuntario por parte del hombre, y los gemidos de la mujer. Pero Luther mantuvo los ojos cerrados. No sabía muy bien por qué. En parte era una combinación entre el miedo y el disgusto por la falta de respeto a la muerta.

Por fin, Luther abrió los ojos y se encontró que tenía a Russell delante. El corazón le dejó de latir hasta que el cerebro le informó que no pasaba nada. La mujer se puso las bragas y las medias. Después con toda calma se pintó los labios.

Sonreía, tenía las mejillas arreboladas. Parecía más joven. Luther miró al presidente. Dormía otra vez profundamente después de disfrutar de un sueño muy real y placentero. Luther volvió a mirar a Russell.

Resultaba desconcertante ver a esta mujer que le sonreía, en esta habitación siniestra, sin saber que él estaba allí. Había poder en el rostro de la mujer. Y una mirada que Luther ya había visto antes en este cuarto. Esta mujer era peligrosa.

—Quiero que limpien toda la habitación, excepto eso. —Russell señaló a la difunta señora Sullivan—. Un momento. Es probable que él la tocara por todas partes. Burton, quiero que revise cada centímetro de su cuerpo, y si aparece cualquier cosa ajena hágala desaparecer. Después vístala.

Burton, con las manos enguantadas, se adelantó para cumplir la orden.

Collin, sentado junto al presidente, le obligó a beber otra taza de café. La cafeína ayudaría a despertarle, pero sólo el paso del tiempo borraría todo rastro de resaca. Russell se sentó al otro lado. Cogió la mano del presidente entre las suyas. Le habían vestido, sólo faltaba peinarle. Le dolía el brazo, pero se lo habían vendado lo mejor posible. Gozaba de una salud excelente; la herida cicatrizaría sin problemas.

—¿Señor presidente? ¿Alan? ¿Alan? —Russell le sujetó la barbilla y le volvió el rostro hacia ella.

¿Tenía él alguna idea de lo que le había hecho? Lo dudaba. ¡Él había deseado tanto echar un polvo esta noche! Poseer a una mujer. Ella le había entregado su cuerpo. Objetivamente había cometido una violación. Pero lo que no cabía duda es que había satisfecho los sueños de un hombre. No tenía ninguna importancia que él no recordara el episodio, el sacrificio. Pero ahora sí se enteraría de lo que ella iba a hacer por él.

Los ojos del presidente enfocaban y desenfocaban el rostro de la jefa de gabinete. Collin le masajeó el cuello. Russell miró la hora. Las dos de la madrugada. Tenían

que marcharse. Le dio una bofetada, no muy fuerte, sólo lo necesario para conseguir su atención. Notó que Collin se ponía tenso. Caray, estos tipos eran una cosa increíble.

—¿Alan, hiciste el amor con ella?

—¿Qué...?

—¿Hiciste el amor con ella?

—Qué... No. Creo que no. No recuer...

—Dele más café, métaselo por la garganta si es necesario, pero despiértelo.

Collin asintió y puso manos a la obra. Russell se acercó a Burton, ocupado en revisar todo el cuerpo de la difunta señora Sullivan.

Burton había participado en numerosas investigaciones policiales. Sabía muy bien qué buscaban los detectives y dónde lo buscaban. Nunca hubiese imaginado que utilizaría sus conocimientos de experto para entorpecer una investigación, pero tampoco nunca había imaginado encontrarse en una situación como ésta.

Echó una ojeada a la habitación, estudió las partes que debían limpiar, pensó en las otras habitaciones que habían usado. No podían hacer nada con las marcas en el cuello de la mujer y las otras pruebas físicas microscópicas que sin duda estaban incrustadas en la piel. El forense las descubriría hicieran lo que hicieran. Sin embargo, no se podía relacionar ninguna de estas cosas con el presidente a menos que la policía le identificara como un sospechoso, algo que estaba fuera de toda lógica.

Explicar la incongruencia del intento de estrangulación de una mujer cuya muerte había sido causada por disparos de armas de fuego era algo que dejarían libre a la imaginación de la policía.

Burton volvió la atención otra vez a la muerta. Con cuidado comenzó a subirle las bragas. Sintió un golpecito en el hombro.

—Revísela.

Burton miró a la jefa de gabinete. Comenzó a decir algo.

—¡Revísela! —Russell arqueó las cejas. Burton se lo había visto hacer un millón de veces con el personal de la Casa Blanca. Ellos le tenían pánico. Él no le temía, pero era lo bastante listo como para cubrirse las espaldas cuando la tenía cerca. Sin prisa hizo la revisión. Después colocó el cadáver en la misma posición que había caído. Limitó el informe a una sacudida de cabeza.

—¿Está seguro? —Russell dudaba, aunque sabía por el interludio con el presidente que él no la había penetrado, o si lo había hecho no había eyaculado. Pero podía haber rastros. Era increíble la cantidad de cosas que averiguaban en la actualidad a partir de las muestras más diminutas.

—No soy un maldito ginecólogo. No vi nada y como no llevo un microscopio encima resulta difícil saber si hay algo.

Russell lo dejó correr. Quedaba mucho por hacer y no tenían tiempo.

—¿Varney y Johnson dijeron algo?

Collin, ocupado en servir al presidente la cuarta taza de café, respondió a la

pregunta.

—Se preguntan qué diablos está pasando aquí, si es a eso a lo que se refiere.

—No les...

—Les dije lo que usted me indicó y nada más, señora. —Miró a la mujer—. Son buenos agentes, señora Russell. Llevan con el presidente desde la campaña. No harán nada para perjudicar este asunto, ¿está bien?

Russell recompensó a Collin con una sonrisa. Un chico guapo y, más importante, un miembro leal de la guardia del presidente; le sería muy útil. Burton era más difícil. Sin embargo, ella tenía un triunfo: él y Collin habían apretado el gatillo, quizás en cumplimiento del deber, pero ¿quién lo sabía de verdad? Colofón: estaban metidos en esto hasta el cuello.

Luther observaba la actividad con una actitud que le hacía sentir culpable en estas circunstancias. Estos hombres eran buenos: metódicos, cuidadosos, pensaban las cosas a fondo, y no pasaban nada por alto. No había muchas diferencias entre policías y ladrones profesionales. Las habilidades, las técnicas eran las mismas, sólo el enfoque era distinto, el enfoque marcaba la diferencia.

Habían acabado de vestir al cadáver y lo habían dejado en la posición original. Collin se ocupaba de las uñas. Había inyectado un líquido debajo de cada una, y con un succionador pequeño quitaba los trozos de piel y restos de pelo.

Habían deshecho la cama y puesto sábanas limpias; las sucias ya estaban metidas en un saco para ser quemadas en un horno. Collin se había ocupado de limpiar la planta baja.

Habían limpiado todo lo que habían tocado, excepto una cosa. Burton pasaba la aspiradora por la alfombra y él sería el último en marcharse, lo haría caminando de espaldas mientras borraba las pisadas.

Un momento antes, Luther había visto a los agentes saquear la habitación. Sus intenciones le hicieron sonreír a su pesar. Simular un robo. Habían metido el collar en una bolsa junto con todos los anillos que llevaba la mujer. Harían parecer que la mujer había sorprendido a un ladrón en la casa y que él la había matado, sin saber que dos metros más allá había un ladrón auténtico que miraba y escuchaba todo lo que hacían y decían.

¡Un testigo ocular!

Luther nunca había sido testigo ocular de un robo, aparte de los que él había cometido. Los criminales odiaban a los testigos. Estas personas le matarían si descubrían su presencia; lo tenía claro. Sacrificar la vida de un viejo ladrón, condenado tres veces, no tenía ninguna importancia si era por el bienestar del jefe.

El presidente, todavía bastante borracho, salió de la habitación con la ayuda de Burton. Russell les miró marcharse. No advirtió la búsqueda frenética de Collin. Por fin, la mirada aguda del agente se posó en el bolso de Russell que estaba en la mesa de noche. La empuñadura del abrecartas sobresalía un par de centímetros. Collin utilizó una bolsa de plástico para sacarlo, dispuesto a dejarlo bien limpio. Luther dio

un bote al ver cómo Russell corría a sujetar la mano del agente.

—No lo haga, Collin.

Collin no era tan listo como Burton, y, desde luego, no era rival para Russell. Se mostró desconcertado.

—Esto tiene sus huellas por todas partes, señora. Las de ella también, además de otras cosas. No sé si me entiende, es cuero, está empapado.

—Agente Collin, fui escogida por el presidente como responsable de tácticas y estrategias. Lo que a usted le parece una elección obvia, es para mí un asunto que merece un tratamiento más profundo. Hasta que dicho proceso no acabe, usted no limpiará ese objeto. Lo guardará en un recipiente adecuado y después me lo dará.

Collin comenzó a protestar pero Russell le hizo callar con una mirada. El agente guardó el abrecartas en una bolsa de plástico y se lo alcanzó.

—Por favor, tenga cuidado con eso, señora Russell.

—Tim, siempre voy con cuidado.

Le recompensó con otra sonrisa. Él se la devolvió. Russell nunca le había llamado antes por el nombre; ni siquiera imaginaba que lo supiera. También observó, no por primera vez, que la jefa de gabinete era una mujer muy guapa.

—Sí, señora. —Comenzó a recoger el equipo.

—¿Tim?

Él la miró. La mujer se acercó, miró hacia abajo, y después se cruzaron las miradas. Russell habló en voz baja, y Collin pensó que estaba avergonzada.

—Tim, nos enfrentamos a una situación excepcional. Necesito ir poco a poco. ¿Me comprende?

—Yo también la llamaría una situación excepcional —afirmó Collin—. Me llevé un susto de muerte al ver el abrecartas a punto de clavarse en el pecho del presidente.

Ella le tocó el brazo. Llevaba las uñas largas y bien pintadas. Sostuvo en alto la bolsa con el abrecartas.

—Esto ha de quedar entre nosotros, Tim. ¿De acuerdo? El presidente no debe saberlo. Ni tampoco Burton.

—No sé si...

—Tim, de verdad necesito su apoyo en este asunto. —Le cogió de la mano—. El presidente no sabe lo que ha ocurrido y pienso que, en estos momentos, Burton tampoco lo tiene muy claro. Necesito alguien de confianza. Le necesito, Tim. Esto es muy importante. Lo sabe, ¿verdad? No se lo pediría si no pensara que usted puede hacerlo.

Él sonrió ante el halago, después la miró a los ojos.

—De acuerdo, señora Russell. Lo que usted diga.

Mientras Collin acababa de recoger sus cosas, Russell contempló el trozo de metal de unos veinte centímetros, sucio de sangre, que había estado a punto de acabar con sus aspiraciones políticas. Si el presidente hubiese muerto, no hubiese sido necesario el encubrimiento. Una palabra fea —encubrimiento— pero a menudo muy

necesaria en el mundo de la alta política. Se estremeció al imaginar los titulares: el presidente aparece muerto en el dormitorio de un amigo íntimo. La esposa autora del crimen. Los líderes del partido hacen responsable a la jefa del gabinete Gloria Russell. Pero no había sucedido. No sucedería.

El objeto que tenía en la mano valía más que una montaña de plutonio, más que toda la producción de petróleo de Arabia Saudita. Con esto en su poder, ¿quién sabía lo que podía pasar? ¿Quizás incluso la fórmula Russell-Richmond? Las posibilidades eran infinitas. Sonrió mientras guardaba la bolsa de plástico en el bolso.

El alarido hizo que Luther volviera la cabeza con tanta violencia que casi gritó de dolor.

El presidente entró en el dormitorio medio borracho y enloquecido. Acababa de recordar lo ocurrido en las últimas horas y la conmoción había resultado tremenda.

Burton apareció un segundo más tarde. El presidente se dirigió hacia el cadáver; Russell dejó el bolso sobre la mesa de noche, y acompañada por Collin se interpuso en el camino.

—¡Maldita sea! Está muerta. Yo la maté. Ay, Dios, ayúdame. ¡Yo la maté! — Grito, lloró y volvió a gritar. Intentó pasar entre la pareja que tenía delante pero le faltaron fuerzas. Burton sujetó al presidente por detrás.

Entonces, con una fuerza sacada de la desesperación, Richmond se soltó, atravesó la habitación y chocó de cabeza contra la pared. Mientras se desplomaba empujó la mesa de noche y por fin el presidente de Estados Unidos permaneció tendido en el suelo, gimoteando, junto al cadáver de la mujer con la que había tenido la intención de acostarse aquella noche.

Luther le observó asqueado. Se frotó el cuello al tiempo que meneaba la cabeza. Los hechos ocurridos esta noche eran tan increíbles que resultaba difícil soportarlos.

El presidente se sentó poco a poco. Burton parecía compartir las sensaciones de Luther, pero no dijo nada. Collin miró a Russell en espera de instrucciones. Russell captó la mirada y aceptó complacida el cambio de poderes.

—¿Gloria?

—¿Sí, Alan?

Luther había visto cómo Russell había mirado el abrecartas. Ahora también sabía algo que ignoraban los demás.

—¿Saldrá todo bien? Haz que salga bien, Gloria. Ay Dios, por favor, Gloria.

Ella apoyó una mano sobre el hombro de Richmond para darle ánimos, como había hecho a lo largo de centenares de miles de kilómetros de campaña.

—Todo está bajo control, Alan. Lo tengo todo controlado.

El presidente estaba demasiado borracho como para captar el matiz, pero ella no le dio importancia.

Burton apoyó un dedo sobre el auricular, escuchó con atención por un momento. Se volvió hacia Russell.

—Salgamos de aquí. Varney acaba de ver un coche de patrulla que viene por la

carretera.

—¿La alarma...? —preguntó Russell extrañada.

—Debe ser algún guardia privado —contestó Burton—, pero si ve algo... —No le hizo falta añadir nada más.

Marcharse en limusina de este paraíso de los ricos era la mejor protección de la que podían disponer. Russell agradeció la costumbre que había adoptado de utilizar limusinas alquiladas sin chofer para estas pequeñas aventuras. Los nombres en todos los formularios eran falsos, el depósito y el alquiler se pagaban al contado, y el coche lo recogían y devolvían fuera de horas de oficina. No había rostros vinculados a la operación. El coche lo devolvían limpio de cualquier huella. Sería una callejón sin salida para la policía en el caso muy improbable de que siguieran esta pista.

—¡Vamos! —Russell se dejó llevar un poco por el pánico. Ayudaron a levantarse al presidente. Russell fue con él. Collin recogió las bolsas. Entonces se quedó quieto.

Luther sintió un nudo en la garganta.

Collin fue a la mesa de noche, cogió el bolso de Russell y salió del dormitorio.

Burton puso en marcha la aspiradora, dio la última pasada a la alfombra. Después apagó la luz y salió sin olvidarse de cerrar la puerta.

El mundo de Luther se sumió en las tinieblas.

Ésta era la primera vez que se quedaba a solas con la mujer muerta. Al parecer, los demás se habían acostumbrado a la presencia del cuerpo ensangrentado en el suelo, y sin darse cuenta habían pasado por encima o alrededor del objeto inanimado. Pero Luther no se había habituado a la presencia de la muerte a unos pocos pasos de distancia.

Ya no veía las ropas manchadas ni el cadáver que las llevaba, pero sabía que estaba allí. «Hortera puta rica», sería probablemente el epitafio informal. Era verdad que había engañado al marido, algo que al parecer a él no le habría preocupado. Pero no se merecía morir así. Él no la hubiese matado, eso estaba muy claro. En cambio, de no haber sido por el rápido contraataque, el presidente hubiese sido asesinado.

No podía culpar a los hombres del servicio secreto. Era su trabajo y lo habían cumplido. Ella había escogido al hombre equivocado para un intento de asesinato impulsado por lo que había sentido en aquel momento. Quizás era mejor así. Si la mano hubiese sido un poco más rápida o la respuesta de los agentes un poco más lenta, tal vez habría pasado el resto de su vida en la cárcel, si no la condenaban a muerte por matar a un presidente.

Luther se sentó en el sillón. Tenía las piernas casi dormidas. Se forzó a relajarse. Muy pronto tendría que salir pitando. Necesitaba estar preparado.

También tenía muchas cosas en que pensar, a la vista de que sin pretenderlo, todo se había preparado para convertir a Luther Whitney en el sospechoso número uno en lo que sin duda sería considerado como un infame y horroroso asesinato. La riqueza de la víctima exigiría que todos los enormes recursos de las fuerzas policiales se dedicaran a buscar al culpable. Pero de ninguna manera se les ocurriría buscar la

respuesta en el 1600 de la avenida Pennsylvania. Buscarían en cualquier otra parte, y a pesar de los intensos preparativos de Luther, quizá le encontrarían. Él era bueno, muy bueno, pero nunca se había enfrentado a las fuerzas que se desatarían para resolver este crimen.

Repasó en un segundo todos los pasos del plan hasta esta noche. No encontró ningún fallo, pero por lo general eran los menores de éstos los que acababan por llevar al autor a la cárcel. Tragó saliva, abrió y cerró las manos, estiró las piernas para calmarse. Una cosa a la vez. Aún no había salido de allí. Muchas cosas podían salir mal, y sin duda una o dos fallarían.

Esperaría otros dos minutos. Contó los segundos, mientras imaginaba a aquellas personas subiendo al coche. Calculó que esperarían cualquier avistamiento o sonido del coche patrulla antes de marcharse.

Abrió la bolsa con mucho cuidado. En el interior estaba gran parte del contenido de la caja de seguridad. Casi había olvidado que estaba allí para robar y que lo había hecho. El coche estaba a cuatrocientos metros. Necesitará todo el aire de los pulmones. ¿Cuántos eran los agentes del servicio secreto? Al menos cuatro. ¡Mierda!

La puerta espejo se abrió lentamente y Luther entró en el dormitorio. Apretó el botón rojo del mando y lo arrojó sobre el sillón mientras se cerraba la puerta.

Miró la ventana. Ya había pensado en utilizarla como una vía alternativa. En la bolsa tenía una soga de nailon de treinta metros de largo, con nudos cada quince centímetros.

Dio un amplio rodeo alrededor del cuerpo, atento a no pisar la sangre, se valió de la memoria para guiar sus pasos. Sólo miró una vez el cadáver de Christine Sullivan. No podía devolverle la vida. Luther se enfrentaba ahora a salvar la suya.

Tardó unos segundos en llegar a la mesa de noche, y meter la mano detrás del mueble.

Los dedos de Luther sujetaron la bolsa de plástico. El choque del presidente contra el mueble había volcado el bolso de Gloria Russell. La bolsa y su muy valioso contenido habían caído detrás de la mesa de noche.

Luther tocó con la punta de un dedo la hoja del abrecartas a través del plástico antes de guardarlo en su bolsa. Se acercó a la ventana y espió el exterior. La limusina y la furgoneta seguían allí. Era una mala señal.

Fue hasta el otro extremo del dormitorio, sacó la soga, la ató a la pata de una cómoda que pesaba un quintal y llevó la soga hasta la otra ventana que le permitiría bajar por el lado opuesto de la casa, fuera de la vista de la carretera. Abrió la ventana poco a poco mientras rogaba que no chirriara. La plegaria fue atendida.

Bajó la soga y la observó serpentear contra la pared de ladrillo.

Gloria Russell contempló la fachada de la mansión. Allí había dinero de verdad. Un dinero y una posición que Christine Sullivan no se merecía. Los había ganado exhibiendo las tetas y el culo y con su boca sucia que vaya a saber por qué habían inspirado al viejo Walter Sullivan, despertando alguna emoción enterrada en lo más

profundo de su ser. Dentro de seis meses ya ni la recordaría. Su mundo de riqueza y poder seguiría adelante.

Entonces se dio cuenta.

Russell ya estaba con medio cuerpo fuera de la limusina cuando Collin le cogió del brazo. Le mostró el bolso de cuero que ella había comprado en Georgetown por cien dólares y que ahora valía una fortuna. Se acomodó otra vez en el asiento, y respiró tranquila. Le sonrió a Collin, casi con vergüenza.

El presidente, acurrucado en un estado semicatatónico, no advirtió el intercambio.

Entonces Russell espío el interior del bolso, sólo para estar segura. Abrió la boca asombrada mientras rebuscaba frenética entre las pocas cosas que contenía el bolso. A duras penas consiguió no gritar, al tiempo que miraba horrorizada al joven agente. El abrecartas había desaparecido. Se lo habían dejado en la casa.

Collin corrió hacia las escaleras seguido por Burton, que no entendía nada.

Luther estaba en la mitad del descenso cuando les oyó venir.

Tres metros más.

Entraron en el dormitorio.

Dos metros.

Atónitos, los dos hombres del servicio secreto vieron la soga. Burton fue a por ella.

Sesenta centímetros. Luther se soltó, tocó el suelo y echó a correr.

Burton corrió hacia la ventana. Collin apartó la mesa de noche; nada. Se unió a Burton en la ventana. Luther ya había dado la vuelta a la casa. Burton se dispuso a bajar por la soga. Collin le detuvo. Bajarían antes por las escaleras.

Echaron a correr hacia la puerta.

Luther atravesó el campo de maíz a toda marcha, sin preocuparse por el rastro que dejaba, ahora sólo le preocupaba salvar el pellejo. La bolsa le demoraba un poco, pero había trabajado mucho durante los últimos meses como para marcharse con las manos vacías.

Salió de la protección de las plantas y se encontró en el punto más peligroso de la ruta de escape: noventa metros de campo abierto. Unos nubarrones muy gruesos ocultaban la luna y en el campo no había farolas; vestido de negro resultaba casi invisible. Pero en la oscuridad el ojo humano detectaba mejor el movimiento, y él corría con todas sus fuerzas.

Los dos agentes del servicio secreto se detuvieron por un momento junto a la furgoneta. Se les unió el agente Varney y el grupo corrió a través del campo.

Russell bajó el cristal de la ventanilla y les observó boquiabierta. Incluso el presidente se despertó por un instante, pero ella se apresuró a tranquilizarle y Richmond volvió a hundirse en el sopor.

Collin y Burton se colocaron las gafas de visión nocturna y su visión se

transformó en el acto en lo que parecía un videojuego primitivo. Las imágenes térmicas aparecían en rojo, todo lo demás era verde oscuro.

El agente Travis Varney, alto y delgado, que no sabía qué pasaba, corría delante de ellos. Corría con los movimientos gráciles del fondista que había sido en la universidad.

Varney, que llevaba tres años en el servicio, era soltero, sólo vivía para su profesión, y había elegido a Burton como la figura paterna que reemplazaba al padre muerto en Vietnam. Buscaban a alguien que había hecho algo en la casa. Algo que involucraba al presidente y, en consecuencia, le involucraba a él. Varney sintió pena por lo que le sucedería al fugitivo si daba con él.

Luther oyó los ruidos de los hombres que le perseguían. Habían reaccionado más rápido de lo que pensaba. Su ventaja se había reducido pero seguía siendo suficiente. Habían cometido un error cuando no se montaron en la furgoneta para ir tras él. Tenían que haber sabido que disponía de un coche, que no había llegado en helicóptero. Pero agradeció que no fueran tan listos. Si lo hubieran sido él no viviría para ver salir el sol.

Tomó un atajo a través del bosque; lo había descubierto durante el último recorrido y le permitió ganar casi un minuto. El sonido de los jadeos sonaba como los disparos de una ametralladora. Le pesaba la ropa; como en una pesadilla infantil las piernas parecían moverse en cámara lenta.

Por fin salió de los árboles, vio el coche y una vez más se congratuló por haberlo colocado en posición para salir.

Noventa metros más atrás, una silueta térmica que no era la de Varney apareció en las pantallas de Burton y Collin. Un hombre corriendo a gran velocidad. Sus manos volaron hacia las cartucheras. Ninguna de sus pistolas era efectiva a esta distancia, pero no era el momento de preocuparse por el detalle.

Entonces arrancó un motor y Burton y Collin corrieron como si les persiguiera una fiera hambrienta.

Varney seguía delante de ellos por la izquierda. Disponía de mejor línea de tiro, pero ¿dispararía? Algo les decía que no; no era parte de su entrenamiento disparar contra alguien que ya no era un peligro para la persona que habían jurado proteger. Sin embargo, Varney no sabía lo que estaba en juego. Había toda una institución que no volvería a ser la misma, además de dos agentes del servicio secreto que estaban seguros de no haber hecho nada malo, pero lo bastante inteligentes como para saber que acabarían cargando con el muerto.

Burton nunca había sido buen corredor, pero aceleró el paso mientras pensaba en todo esto, y el joven Collin tuvo que hacer un esfuerzo para seguirle. De todos modos, Burton sabía que era demasiado tarde. Aflojó el ritmo al ver que el coche se ponía en marcha y se alejaba. En un par de segundos les sacó doscientos metros de ventaja.

Burton dejó de correr, hincó la rodilla en tierra, apuntó el arma pero lo único que

vio fue la nube de polvo por el vehículo que huía. Entonces se apagaron las luces traseras y perdió de vista el objetivo.

Al volverse vio que Collin le miraba con una expresión cada vez más grave a medida que tomaba conciencia de lo que se les venía encima. Burton se levantó despacio y guardó el arma. Se quitó las gafas; Collin le imitó.

Intercambiaron una mirada.

Burton inspiró con fuerza; le temblaban las piernas. Por fin el cuerpo reaccionaba al esfuerzo realizado ahora que no había más descargas de adrenalina. Se había acabado, ¿no?

Entonces apareció Varney al trote. Burton observó sólo con un poco de envidia y bastante orgullo que el joven ni siquiera parecía agitado. Él se ocuparía de que Varney y Johnson no sufrieran con ellos. No se lo merecían.

Él y Collin caerían, pero eso sería todo. Lo lamentaba por Collin; sin embargo, no podía hacer nada al respecto. Pero cuando Varney habló, en la oscuridad del futuro apareció una pequeña luz de esperanza.

—Tengo el número de la matrícula.

—¿Dónde diablos estaba? —Russell contempló incrédula el dormitorio—. ¿Qué? ¿Estaba debajo de la maldita cama?

Intentó que Burton bajara la mirada. El tipo no había estado debajo de la cama, ni metido en ninguno de los armarios. Burton había mirado todos esos espacios mientras limpiaba la habitación. Se lo dijo bien claro.

Burton miró la sogá y después la ventana abierta.

—Joder, es como si el tipo nos hubiera estado mirando todo el tiempo; supo exactamente cuándo salimos de la casa. —Burton echó un vistazo a su alrededor como si pudiera haber alguien más escondido. Se fijó por un momento en el espejo, miró otra cosa, se detuvo y volvió a concentrarse en el espejo.

Miró la alfombra delante del espejo.

Había pasado la aspiradora varias veces en aquel trozo hasta dejarlo liso; el pelo de la alfombra, ya bastante espeso, se había esponjado casi un centímetro cuando acabó. Ninguno de ellos había pisado el trozo desde que habían vuelto a la habitación.

Sin embargo mientras se agachaba alcanzó a ver los rastros de unas pisadas. No se había fijado antes porque ahora todo el trozo aparecía aplastado como si le hubieran pasado algo por encima. Se calzó los guantes mientras corría hacia el espejo y comenzaba a tironear del marco. Le gritó a Collin que fuera a buscar algunas herramientas. Russell le miró atónita.

Burton insertó la palanqueta en un costado del marco más o menos a media altura y con la ayuda de Collin tiraron de la herramienta. La cerradura no era muy sólida; el sistema dependía más del engaño que de la fuerza bruta para guardar sus secretos.

Se oyó un chirrido, después algo que se partía y a continuación se abrió la puerta.

Burton se lanzó al interior seguido por Collin. En la pared había un interruptor. El

agente encendió la luz y los dos hombres echaron una ojeada.

Russell espió el interior, vio la silla. Al darse la vuelta, se quedó de una pieza. Veía la cama. La cama donde un momento antes... Se frotó las sienes para aliviar el terrible dolor que sentía en la cabeza.

Un espejo de una sola cara.

Volvió la cabeza y se encontró que miraba por encima de su hombro y a través del espejo. Su comentario de que había habido alguien espiándolos había resultado profético. El agente miró a Russell sin saber qué hacer.

—Debió estar aquí todo el tiempo —dijo Burton—. ¡Todo el tiempo! No me lo puedo creer. —El hombre miró los estantes vacíos—. Al parecer se llevó una buena carga. Dinero en metálico, joyas y bonos canjeables.

—¡Qué más da! —estalló Russell—. El tipo lo vio y escuchó todo, y ustedes le dejaron escapar.

—Tenemos el número de la matrícula. —Collin esperaba otra sonrisa de premio y se quedó con las ganas.

—¿Y qué? ¿Cree que se quedará sentado tranquilamente en su casa a esperar que llamemos a su puerta?

Russell se sentó en la cama. Le daba vueltas la cabeza. Si el tipo había estado allí lo había visto todo. Sacudió la cabeza. Una situación mala pero controlable se había convertido de pronto en un desastre incomprensible y fuera de su control. Sobre todo a la vista de la información que Collin le había transmitido cuando entró en el dormitorio.

¡El muy hijo de puta tenía el abrecartas! La sangre, las huellas digitales, todo; el camino directo a la Casa Blanca.

Miró el espejo y después la cama, donde antes, no hacía mucho, ella había estado montada sobre el presidente. En un gesto involuntario se apretó la chaqueta. De pronto le entraron náuseas. Se sujetó a uno de los postes de la cama. Collin salió de la cámara.

—No olvide que él cometió un delito al estar aquí. Se encontrará metido en un follón si va a la poli. —Esto se le había ocurrido al joven agente mientras revisaba la cámara.

Tendría que haber pensado un poco más.

—No tiene por qué ir y entregarse para sacar tajada —replicó Russell, que contuvo a duras penas el vómito ¿Acaso no ha escuchado hablar del maldito teléfono? Lo más probable es que ya esté llamando al Post. ¡Joder! Y después a los periódicos, y el sábado le veremos con Oprah y Sally charlando tranquilamente desde una isla con la cara borrosa. Después aparecerá el libro y a continuación la película. ¡Mierda!

Russell se imaginó la llegada de un paquete al Post, al edificio J. Edgar Hoover, a la oficina del fiscal general o al despacho del jefe de la minoría en el Senado, todos los posible receptores capaces del máximo daño político, sin mencionar las

repercusiones legales.

La nota que acompañaría al paquete les pediría que compararan las huellas y la sangre con las del presidente de Estados Unidos.

Parecería una broma pero lo harían. Desde luego que lo harían. Las huellas digitales de Richmond ya estaban en los archivos. El ADN sería el mismo. Encontrarían el cadáver, averiguarían el tipo de sangre y les formularían más preguntas de las que podrían contestar.

Estaban muertos, todos estaban muertos y enterrados. El muy cabrón había estado sentado allí, esperando su oportunidad. Sin saber que esta noche le había tocado la lotería. Nada tan sencillo como el dinero. Estaba en sus manos derribar a un presidente, hacerle estrellarse contra el suelo sin ninguna posibilidad de supervivencia. ¿Cuántas veces tenía alguien una oportunidad como ésta? Woodward y Bernstein se habían convertido en superhombres, no podían hacer nada mal. Esto convertía al *Watergate* en algo ridículo. No había manera de controlarlo.

Russell consiguió llegar al baño por los pelos. Burton miró el cadáver y después a Collin. No dijeron nada; sus corazones latían cada vez más rápido a medida que eran conscientes de la enormidad de la situación que se posaba sobre ellos como una lápida de cemento. Dado que no sabían qué más hacer, Burton y Collin buscaron el equipo de limpieza mientras Russell vaciaba el contenido de su estómago. Se marcharon al cabo de una hora.

Cerró la puerta sin hacer ruido.

Luther calculó que en el mejor de los casos dispondría de dos días, o menos. Se arriesgó a encender la luz y de inmediato echó un vistazo a la sala.

Su vida había pasado de la normalidad, o algo cercano, al mundo de las pesadillas.

Descargó la mochila, apagó la luz y se acercó a la ventana.

Nada, todo estaba tranquilo. Escapar de aquella casa había sido la peor experiencia de su vida, peor incluso que verse en medio de un ataque de los norcoreanos. Todavía le temblaban las manos. Durante el viaje de regreso le había parecido que los faros de los otros coches le iluminaban la cara en busca de su secreto. En dos ocasiones se había cruzado con vehículos de la policía, y se había quedado sin respiración y el cuerpo bañado en sudor.

Había devuelto el automóvil al depósito de coches de donde lo había sacado «en préstamo» unas horas antes. La matrícula no les llevaría a ninguna parte, pero alguna otra cosa sí.

Dudaba de que le hubieran visto. Incluso si le habían visto no sabían más que su estatura aproximada y su constitución. La edad, raza y rasgos faciales seguirían siendo un misterio, y sin eso no tenían nada. Además, la velocidad de la carrera les haría pensar que se trataba de un hombre joven. Quedaba un cabo suelto, y él había pensado en cómo manejarlo durante el viaje de regreso. Guardó todo lo que pudo de los últimos treinta años en dos maletas; ya no volvería.

Mañana por la mañana cancelarías las cuentas; eso le daría los recursos suficientes para marcharse bien lejos. Se había enfrentado a demasiados peligros a lo largo de su vida. Pero no era difícil escoger entre enfrentarse al presidente de Estados Unidos o largarse.

El botín de esta noche estaba a buen recaudo. Tres meses de trabajo por un precio que podía acabar matándole. Cerró la puerta con llave y desapareció en la noche.

A las 7 de la mañana se abrieron las puertas doradas del ascensor, y Jack entró en la extensión meticulosamente decorada que era la recepción de Patton, Shaw amp; Lord.

Lucinda no había llegado, así que la mesa de recepción, hecha de teca, que pesaba unos quinientos kilos y costaba unos veinte dólares el kilo, estaba desatendida.

Caminó por los amplios pasillos, iluminados por la luz suave de los apliques de estilo neoclásico, dobló a la derecha, después a la izquierda y un minuto más tarde abrió la puerta de roble de su despacho. A lo lejos oía las campanillas de los teléfonos a medida que la ciudad se despertaba dispuesta a trabajar.

Seis pisos, más de diez mil metros cuadrados en la mejor zona del centro, que albergaban a más de doscientos abogados muy bien remunerados, con una biblioteca de dos plantas, un gimnasio completo, sauna, vestuarios y duchas para hombres y mujeres, dos salas de conferencias, varios centenares de secretarias y personal diverso y, lo más importante, una lista de clientes codiciada por todos los otros grandes bufetes del país, formaban el imperio de Patton, Shaw amp; Lord.

La firma había soportado el triste final de los ochenta, y después había cogido impulso cuando se acabaron los últimos coletazos de la recesión. Ahora funcionaba a toda máquina porque gran parte de la competencia había realizado reconversiones muy profundas. Contaba con algunos de los mejores abogados en casi todos los campos de la ley, o al menos en los campos donde más se ganaba. Muchos procedían de otras grandes firmas, cautivados por los beneficios y las promesas de que no se escatimaría ni un solo dólar a la hora de captar clientes.

Tres de los socios mayores habían pasado a ocupar cargos importantes en el gobierno. La firma les había pagado indemnizaciones superiores a los dos millones de dólares a cada uno, con el acuerdo tácito de que después de su pase por el gobierno volverían al trabajo trayendo con ellos decenas de millones de dólares en asuntos legales conseguidos de los nuevos contactos.

La regla no escrita, pero firmemente cumplida, de la firma era que no se aceptaba a ningún cliente con una facturación inferior a los cien mil dólares. Menos, había decidido el comité de gerencia, sería una pérdida de tiempo. No habían tenido problemas para cumplirla y florecer. En la capital de la nación, la gente buscaba lo mejor y no les importaba pagar por el privilegio.

La firma sólo había hecho una excepción a la regla, y por una de esas ironías había sido por el único cliente que tenía Jack además de Baldwin. Se prometió que pondría a prueba la regla con más frecuencia. Si tenía que estar aquí, lo sería con sus propias condiciones hasta donde fuera posible. Era consciente de que sus victorias serían pequeñas al principio, pero eso no le preocupaba.

Se sentó en su sillón, quitó la tapa al vaso de café y echó una ojeada al Post. Patton, Shaw amp; Lord tenía cinco cocinas y tres mayordomos con sus propios

ordenadores. En la firma se consumían unas quinientas cafeteras al día, pero Jack compraba el suyo en el pequeño bar de la esquina porque no soportaba el café que empleaban aquí. Era una mezcla especial importada, costaba una fortuna y sabía a tierra mezclada con algas marinas.

Se balanceó en el sillón y echó una mirada al despacho. No estaba mal para un asociado, unos cuatro metros por cuatro y una bonita vista a la avenida Connecticut.

En el servicio del defensor público, Jack había compartido la oficina con otro abogado y no tenía ventana, sólo un póster gigante de una playa hawaiana que él había clavado una mañana muy fría y desagradable. A Jack le gustaba más el café del servicio.

Cuando le hicieran socio tendría un despacho nuevo, el doble de grande; quizá no en una esquina, todavía no, pero no tardaría en llegar. Gracias a la cuenta, Baldwin era el cuarto en la lista de los que más trabajo aportaban a la firma. Además, los tres primeros tenían más de cincuenta años y miraban más hacia los campos de golf que al interior de sus despachos. Miró su reloj. Era hora de ganarse los garbanzos.

Él era casi siempre uno de los primeros en llegar, pero no tardarían mucho en aparecer todos los demás. Patton, Shaw pagaban los mejores sueldos de Nueva York dentro del ramo, y por ese dinero esperaban grandes esfuerzos. Los clientes eran gigantes y sus demandas legales tenían el mismo tamaño. Cometer un error podía significar que un contrato de defensa de cuatro mil millones de dólares se fuera al demonio o una ciudad se declarara en quiebra.

Todos los asociados y pasantes que conocía en la firma tenían problemas estomacales; una cuarta parte de ellos estaban sometidos a algún tipo de terapia. Cada día, Jack contemplaba los rostros pálidos y los cuerpos fofos mientras desfilaban por los pasillos immaculados de PS & L cargados con el peso de alguna tarea legal hercúlea. Ésa era la contrapartida de los emolumentos que los colocaban entre el cinco por ciento de los profesionales mejor pagados del país.

Él era el único entre todos ellos que ya tenía la condición de socio en el bolsillo. El control de los clientes era el gran igualador en la abogacía. Sólo llevaba un año en Patton, Shaw como un abogado de empresa bisoño, y sin embargo le trataban con el respeto debido a los miembros más antiguos y experimentados de la firma.

Todo esto le hubiese hecho sentirse culpable y poco digno de no haber sido que se sentía igual de mal respecto al resto de su vida.

Se comió el último donut minúsculo, colocó el sillón en posición normal y abrió un expediente. El trabajo de empresa era bastante monótono y dados sus pocos conocimientos del tema no le tocaban los temas más importantes. La jornada de trabajo consistía en repasar contratos de alquiler, aperturas de negocios, estatutos de sociedades de responsabilidad limitada, acuerdos y otros asuntos, y las jornadas se hacían cada vez más largas, pero él aprendía rápido; debía hacerlo para sobrevivir, aquí sus habilidades para el debate no le servían casi de nada.

La firma no se ocupaba de litigios; prefería encargarse de asuntos empresariales e

impositivos, que eran más duraderos y rentables. Si surgía algún pleito lo traspasaban a un grupo de bufetes selectos especializados en litigios, que a su vez pasaban a Patton, Shaw cualquier asunto que no era de los que ellos atendían. Era un arreglo que funcionaba de maravilla desde hacía años.

A mediodía, Jack había vaciado la bandeja de asuntos pendientes, dictado tres contratos y un par de cartas y atendido cuatro llamadas de Jennifer para recordarle que esa noche asistirían a una recepción en la Casa Blanca.

Alguna organización había escogido a su padre como empresario del año y decía mucho del estrecho vínculo del presidente con la gran empresa el hecho de que esta elección fuese motivo de una fiesta en la Casa Blanca. Pero al menos Jack vería al hombre de cerca. Conocerlo ya era otra cosa, aunque nunca se sabía.

—¿Tienes un minuto? —Barry Alvis asomó la cabeza por la puerta. Era un asociado senior; esto significaba que él le había pasado en el ascenso a socio en más de tres ocasiones y que de hecho nunca daría el siguiente paso. Trabajador brillante, era un abogado que cualquier firma habría deseado tener. Sin embargo, no era un pelota y, por lo tanto, su capacidad para aportar nuevos clientes era nula. Ganaba ciento sesenta mil dólares al año, y otros veinte mil en primas. Su esposa no trabajaba, sus hijos iban a colegios privados, conducía un Beemer, no se esperaba que generara negocios y no tenía motivos de queja.

Como abogado con mucha experiencia y diez años de trabajo de alto nivel a las espaldas, era lógico suponer que estaría resentido con Jack Graham, y lo estaba.

Jack le invitó a pasar. Sabía que no le caía bien a Alvis, comprendía los motivos y no se lo reprochaba. Estaba dispuesto a soportar las envidias de los mejores, pero no dejaría que le pisotearan.

—Jack, hay que ocuparse ya de la fusión Bishop.

Jack se quedó en blanco. Aquel asunto, una auténtica pesadez, estaba muerto y enterrado, o al menos era lo que él creía. Le temblaban las manos cuando cogió un bloc.

—Pensaba que Raymond Bishop no quería acostarse con tcc.

Alvis se sentó, dejó el expediente de treinta centímetros de grosor sobre la mesa de Jack y se reclinó en la silla.

—Los acuerdos mueren, y después resucitan para atormentarnos. Necesitamos tus comentarios sobre los documentos de financiación secundaria para mañana por la tarde.

—Son catorce acuerdos y más de quinientas páginas, Barry. —Jack casi soltó la estilográfica—. ¿Cuándo te has enterado de esto?

Alvis se levantó y Jack vio la sombra de una sonrisa en el rostro del visitante.

—Quince acuerdos, y el número correcto de páginas es seiscientos trece, a un espacio, y sin contar las exposiciones. Gracias, Jack. La empresa te estará muy agradecida. —Se volvió—. Ah, por cierto, que te lo pases bien esta noche con el presidente, y saluda a la señora Baldwin de mi parte.

Alvis salió del despacho.

Jack miró el expediente que tenía delante y se masajeó las sienes. Se preguntó desde cuándo el muy cabrito sabía que el asunto Bishop había resucitado. Algo le decía que no había sido esta mañana.

Miró la hora. Llamó a la secretaria, canceló todos los compromisos para el resto del día, recogió los cuatro kilos de documentos y se fue a la sala de conferencias número nueve, la más pequeña y aislada de todas, donde podía esconderse y trabajar en paz. Trabajaría seis horas, iría a comer algo, volvería, trabajaría toda la noche, tomaría un baño turco, se ducharía y afeitaría aquí, acabaría los comentarios y los tendría sobre la mesa de Alvis a las tres, o como mucho a las cuatro. Hijo de puta.

Seis acuerdos más tarde, Jack comió la última patata, acabó la Coca-Cola, se puso la chaqueta y bajó a pie los diez tramos de escalera hasta el vestíbulo.

El taxi lo dejó en la puerta de su casa. Se quedó de una pieza.

El Jaguar estaba aparcado delante de su edificio. La matrícula privada «success» [Éxito] le informó que su futura esposa le esperaba en el apartamento. Estaría enfadada. Nunca venía al apartamento a menos que estuviese enfadada con él por algún motivo y quería hacérselo saber.

Miró la hora. Estaba un poco retrasado, pero tenía tiempo. Abrió la puerta mientras se tocaba la barbilla; quizá podía pasar sin afeitarse. La vio sentada en el sofá que había cubierto primero con una sábana. Estaba preciosa, una auténtica princesa. Ella se levantó muy seria y le miró.

—Llegas tarde.

—Ya sabes, no soy mi propio jefe.

—Eso no es ninguna excusa. Yo también trabajo.

—Sí, pero la diferencia está en que tu jefe tiene tu mismo apellido, y está chalado por su hija.

—Mamá y papá ya han salido. La limusina vendrá a recogernos dentro de veinte minutos.

—Sobra tiempo. —Jack se desnudó y corrió a la ducha. Apartó la cortina—. Jenn, ¿puedes sacar el traje azul cruzado?

Ella entró en el baño sin disimular el disgusto ante el desorden.

—La invitación decía corbata negra^[2].

—Corbata negra opcional —le corrigió él, mientras se quitaba el jabón de los ojos.

—Jack, no me hagas esto. Es la Casa Blanca, es el presidente.

—Te dan a escoger, corbata negra o no. Sólo ejercito mi derecho a no llevar corbata negra. Además, no tengo esmoquin. —Le sonrió y cerró la cortina.

—Tenías que conseguirte uno.

—Me olvidé. Venga, Jenn, por lo que más quieras. Nadie se fijará en mí, a nadie le importará cómo voy vestido.

—Gracias, muchas gracias, Jack Graham, gracias por hacerme un favor.

—¿Sabes lo que valen esas cosas?

El jabón le irritaba los ojos. Pensó en Barry Alvis, en tener que trabajar todo la noche, en explicárselo a Jenny y después al padre, y su tono se agrió un poco.

—Además, ¿cuántas veces me pondré esa cosa? ¿Una o dos veces al año?

—Después de casarnos iremos a muchos actos donde el esmoquin no es opcional sino obligatorio. Es una buena inversión.

—Antes invertiría mi fondo de pensiones en pipas. —Asomó la cabeza otra vez para demostrarle que no lo decía en serio, pero ella no estaba.

Se secó el pelo con la toalla, se la envolvió alrededor de la cintura y entró en el pequeño dormitorio donde encontró un flamante esmoquin colgado en la puerta. Jennifer reapareció con una sonrisa.

—Con los mejores deseos de empresas Baldwin. Es de Armani. Te quedará precioso.

—¿Cómo sabes mi talla?

—Tienes una cincuenta y dos. Podrías ser modelo. El modelo personal de Jennifer Baldwin. —Ella le pasó los brazos perfumados por los hombros y apretó. Jack sintió la presión de los pechos bastante grandes contra la espalda y maldijo en silencio no tener tiempo para aprovechar esta ocasión. Sólo una vez sin los malditos murales, sin los querubines y las carrozas; quizá sería otra cosa.

Miró con nostalgia la pequeña cama revuelta. Para colmo tenía que trabajar toda la noche. Todo por culpa del maldito Barry Alvis y el gilipollas de Raymond Bishop.

¿Por qué cada vez que veía a Jennifer Baldwin deseaba que las cosas fueran diferentes entre ellos? Por diferente quería decir mejor. Que ella o él cambiaran, o poder encontrarse a medio camino. Era hermosa, tenía todo lo que podía desear. Joder, ¿cómo podía ser tan imbécil?

La limusina circulaba sin problemas entre los restos de la hora punta. Los días de entre semana, después de las siete de la tarde, el centro de Washington siempre está casi vacío.

Jack miró a su prometida. El abrigo liviano pero carísimo no ocultaba la profundidad del escote. Las facciones exquisitamente modeladas estaban cubiertas por una piel sin mácula donde de vez en cuando brillaba una sonrisa. La abundante cabellera castaña que siempre llevaba suelta, esta vez estaba recogida en un peinado alto. Se parecía a una de aquellas súper modelos de un solo nombre.

Él se acercó un poco más. Jennifer le sonrió, comprobó el maquillaje perfecto, y le palmeó la mano.

Él le acarició la pierna, le subió la falda; ella le apartó.

—Quizá más tarde —susurró Jennifer para que el chófer no la oyera.

Jack sonrió; musitó que quizá más tarde le dolería la cabeza. Ella soltó una carcajada y entonces él recordó que hoy no habría un «más tarde».

Se apoyó en el respaldo mullido y miró a través de la ventanilla. No había estado nunca en la Casa Blanca; Jennifer sí, dos veces. No parecía nerviosa; él sí. Se arregló

la pajarita y se pasó la mano por el pelo cuando cruzaron el portón de entrada.

Los guardias de la Casa Blanca verificaron las identidades; como siempre, Jennifer fue objeto de las miradas de todos los hombres y mujeres presentes. Cuando se agachó para acomodarse el zapato, casi se le salieron los pechos del vestido de cinco mil dólares para gran alegría de varios ayudantes de la Casa Blanca. Jack recibió las habituales miradas de envidia por parte de los hombres. Después entraron en el edificio y presentaron las invitaciones al sargento de marina que les escoltó a través del corredor bajo nivel y a continuación por las escaleras hasta la sala Este.

—¡Maldita sea! —El presidente se había agachado para recoger la copia del discurso de esa noche y la punzada de dolor le llegó hasta el hombro—. Creo que me pilló un tendón, Gloria.

Gloria Russell se sentó en una de las amplias y cómodas sillas que la esposa del presidente había escogido para el despacho Oval.

La primera dama por lo menos tenía buen gusto. Era agradable de ver, pero un poco pobre en el aspecto intelectual. No representaba ninguna amenaza al poder del presidente, y ayudaba a ganar votos.

Los antecedentes familiares eran impecables: gente rica de toda la vida, relaciones que venían de antaño. La vinculación del presidente con la riqueza y el sector conservador de la nación no había perjudicado sus relaciones con los liberales en lo más mínimo, aunque esto se debía en buena parte al carisma y a la voluntad de buscar el consenso, y también a que era muy bien parecido, algo cierto, si bien no se quería reconocer.

Un presidente para tener éxito necesitaba cuantos más atributos mejor, y este presidente no se quedaba corto.

—Creo que debo ir a ver al doctor. —El presidente no estaba de buen humor, pero tampoco lo estaba Russell.

—Dime, Alan, ¿cómo piensas explicarle a los periodistas acreditados en la Casa Blanca una herida de arma blanca?

—¿Qué coño ha pasado con la relación médico-paciente? Russell miró al techo. Algunas veces, él parecía estúpido.

—Eres como una de las 500 compañías que aparecen en *Fortune*, Alan, todo lo que te concierne es de interés público.

—Bueno, no todo.

—Eso está por verse, ¿no es así? Esto está muy lejos de acabarse, Alan. —Russell se había fumado tres paquetes de cigarrillos y bebido dos cafeteras enteras desde la noche anterior. En cualquier momento su mundo, su carrera se hundirían para siempre. La policía llamaría a la puerta. Era lo único que podía hacer para no salir corriendo a gritos de la habitación. Ahora mismo, le dominaban las náuseas. Apretó las mandíbulas, clavó las uñas en los brazos de la silla. La imagen de la destrucción total no desapareció de su cabeza.

El presidente echó una ojeada a la copia, memorizó algunos párrafos, el resto lo

improvisaría; tenía una memoria fenomenal, algo que le había ido muy bien.

—Para eso te tengo a ti, Gloria, ¿no es verdad? Para que todo salga bien.

El presidente la miró.

Por un instante ella se preguntó si él lo sabía. Si sabía lo que ella le había hecho. El cuerpo se le puso rígido y después se relajó. No podía saberlo, era imposible. Recordó sus súplicas de borracho; ¡cómo podía cambiar a una persona una botella de whisky!

—Desde luego, Alan, pero hay que tomar algunas decisiones. Debemos desarrollar algunas estrategias alternativas según las situaciones a las que nos podemos ver enfrentados.

—No puedo cancelar mi programa. Además, ese tipo no puede hacer nada.

—No podemos estar seguros —replicó Russell.

—¡Piénsalo! Tendría que admitir el robo para justificar su presencia en el lugar. ¿Te lo imaginas intentando aparecer en las noticias de la noche con esa historia? Lo encerrarían en el psiquiátrico en menos que canta un gallo. —El presidente sacudió la cabeza—. Estoy a salvo. Ese tipo no puede tocarme, Gloria. Ni en un millón de años.

Habían planeado una estrategia en la limusina durante el viaje de regreso a la ciudad. La posición sería sencilla: una negativa categórica. Dejarían que el absurdo de la acusación, si se concretaba, trabajara para ellos. Y era una historia absurda a pesar de ser la pura verdad. La comprensión de la Casa Blanca por el pobre y desequilibrado ladrón y su avergonzada familia.

Desde luego había otra posibilidad, pero Russell había escogido no comentarla con el presidente en estos momentos. De hecho, había llegado a la conclusión de que era la más probable. En realidad era la única cosa que le permitía funcionar.

—Cosa más extrañas han pasado. —Ella le miró.

—Limpiaron el lugar, ¿no? No dejaron nada, excepto a ella, ¿no es así? —Había una nota de nerviosismo en la voz del presidente.

—Así es. —Russell se humedeció los labios. El presidente no sabía que el abrecartas con sus huellas y la sangre estaba ahora en poder del ladrón. Abandonó la silla y comenzó a pasearse arriba y abajo—. Desde luego, no puedo garantizar nada sobre rastros de contactos sexuales. Pero, en cualquier caso, no podrían relacionarlos contigo.

—Caray, ni siquiera recuerdo si lo hicimos o no. Aunque tengo la sensación de que lo hice.

Russell sonrió al escuchar el comentario. El presidente la miró.

—¿Qué hay de Burton y Collin?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Has hablado con los dos? —El mensaje del presidente estaba claro.

—Tienen tanto que perder como tú, ¿no crees, Alan?

—Como nosotros. Gloria, como nosotros. —Él se arregló la corbata delante del espejo—. ¿Alguna pista de nuestro fisgón?

—Todavía no; están investigando la matrícula.

—¿Cuándo crees que notarán su ausencia?

—Con el calor que ha hecho hoy, espero que muy pronto.

—Muy gracioso, Gloria.

—La echarán de menos, harán averiguaciones. Llamarán al marido, irán a la casa.

Al día siguiente, quizá dos, tres como máximo.

—Y entonces la policía comenzará a investigar.

—No podemos hacer nada al respecto.

—Pero no les perderás de vista ¿verdad? —Una sombra de preocupación pasó fugaz por el rostro del político mientras repasaba rápidamente las posibilidades. ¿Se había follado a Christy Sullivan? Esperaba que sí. Así al menos habría aprovechado algo de aquella noche desastrosa.

—Todo lo que podamos sin despertar demasiadas sospechas.

—Eso es fácil. Puedes decir que Walter Sullivan es gran amigo mío además de aliado político. Es lógico que tenga un interés personal en el caso. Piensa las cosas a fondo, Gloria, para eso te pago.

«Y tú te acostabas con su esposa —pensó Gloria—. Vaya amigo».

—Ya había pensado en ello, Alan.

Russell encendió un cigarrillo y soltó el humo poco a poco. No estaba mal. Tenía que mantenerse por delante de él en este caso. Sólo un paso adelante y ella estaría segura. No sería fácil; él era listo, pero también arrogante. Las personas arrogantes por lo general sobrestiman sus capacidades y minusvaloran las de todos los demás.

—¿Alguien sabía que iba a reunirse contigo?

—Pienso que podemos confiar en que fuera discreta, Gloria. Christy no tenía mucho en la cabeza, sus dones estaban un poco más abajo, pero entendía de cuestiones económicas. —El presidente le guiñó el ojo a la jefa del gabinete—. Arriesgaba perder ochocientos millones de dólares si el marido se enteraba de que le ponía los cuernos, incluso con el presidente.

Russell sabía de los extraños hábitos de Walter Sullivan, había visto el sillón y el espejo, pero ¿quién sabía cuál hubiese su reacción ante algún encuentro que él no hubiera presenciado? Gracias a Dios, Sullivan no era el que había estado sentado allí, en medio de la oscuridad.

—Te avisé, Alan, de que algún día tus pequeñas aventuras acabarían metiéndonos en líos.

Richmond miró a Russell con una expresión desilusionada.

—Escucha, ¿crees que soy el primer tipo en este cargo que se busca algún apaño? No seas tan ingenua, Gloria. Al menos soy muchísimo más discreto que algunos de mis predecesores. Asumo las responsabilidades del cargo... y también las ventajas. ¿Está claro?

—Clarísimo. —Russell se masajeó la nuca.

—En cuanto a ese tipo... bueno, no puede hacer nada.

—Sólo hace falta un soplo para derrumbar un castillo de naipes. —¿Sí? Hay un montón de gente viviendo en ese castillo. No lo olvides.

—No lo olvido, jefe.

Llamaron a la puerta. El ayudante de Russell asomó la cabeza.

—Cinco minutos, señor. —El presidente asintió y le despidió con un ademán.

—Todo cronometrado para esta función.

—Ransome Baldwin hizo un gran aporte a la campaña, lo mismo que todos sus amigos.

—No hace falta que me recuerdes mis deudas políticas, cariño.

Russell se acercó al presidente. Le cogió del brazo sano y le miró atentamente. En la mejilla izquierda tenía una pequeña cicatriz. Recuerdo de un trozo de metralla durante su paso por el ejército al final de la guerra de Vietnam. A medida que despegaba su carrera política, la opinión femenina era que aquella diminuta imperfección realzaba su atractivo. Russell miró la cicatriz.

—Alan, haré lo que sea para proteger tus intereses. Saldrás de ésta, pero debemos trabajar juntos. Somos un equipo, Alan, un equipo de cojones. No podrán con nosotros, si trabajamos unidos.

El presidente la miró por un instante, y después la recompensó con la misma sonrisa de rutina que acompañaba los titulares de primera plana. Le dio un beso en la mejilla, la estrechó contra él y Russell le devolvió el abrazo.

—Te quiero, Gloria. Eres magnífica. —Recogió el discurso—. Hora de salir a escena. —Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Russell contempló los hombros anchos, se pasó la mano por la mejilla y le siguió.

Jack admiró la recargada elegancia del inmenso salón del ala Este. El lugar estaba lleno con algunos de los hombres y mujeres más poderosos de la nación. A su alrededor se desarrollaba un intenso juego de intereses y él no podía hacer otra cosa que mirar boquiabierto. Vio a su prometida al otro lado del salón. Tenía arrinconado a un congresista de uno de los estados occidentales; sin duda intentaba conseguir la ayuda del buen legislador para defender los derechos ribereños de la empresa Baldwin.

Su prometida dedicaba mucho tiempo a relacionarse con los poseedores del poder en todos los niveles, desde comisionados de los condados a presidentes de los comités del Senado. Jennifer alimentaba los egos adecuados, untaba las manos convenientes y se aseguraba de que todos los actores importantes estuviesen en su lugar cuando la empresa Baldwin quería conseguir otro negocio gigantesco. La compañía de su padre había duplicado el capital en los últimos cinco años y en buena parte había sido gracias a su cometido. En realidad, ¿había algún hombre a salvo de ella?

Ransome Baldwin, un hombre de un metro noventa y dos de estatura, pelo blanco

y voz de barítono, hacía la ronda, repartiendo fuertes apretones de mano entre los políticos que ya poseía y cortejando a los pocos que todavía no tenía.

La ceremonia de entrega había sido muy breve. Jack miró la hora. Dentro de poco tendría que regresar al despacho. En el trayecto, Jennifer había mencionado una fiesta privada en el hotel Willard a partir de la once. Se rascó la barbilla. Vaya mala suerte.

Estaba a punto de ir a buscar a Jennifer para explicarle las razones de su marcha, cuando el presidente se acercó a ella en compañía del padre, y al cabo de un instante los tres vinieron hacia él.

Jack dejó la copa y carraspeó para tener la voz clara y no quedar como un idiota cuando le tocara hablar. Jennifer y el padre conversaban con el presidente como amigos de toda la vida. Reían, comentaban, se tocaban como si él fuese el primo llegado del campo. Pero él no era un primo, era el presidente de Estados Unidos, joder.

—¿Así que usted es el afortunado? —La sonrisa del presidente era amable. Se estrecharon las manos. Era tan alto como Jack, y éste admiró que se mantuviera en tan buen estado físico con un trabajo como el suyo.

—Jack Graham, señor presidente. Es un honor conocerle, señor.

—Tengo la impresión de que ya le conozco, Jack. Jennifer me ha hablado mucho de usted. Casi todo bueno. —Volvió a sonreír.

—Jack es socio en Patton, Shaw amp; Lord. —Jennifer mantenía el brazo entrelazado con el del presidente. Miró a Jack con una sonrisa encantadora.

—Bueno, socio todavía no, Jenn.

—Es sólo cuestión de tiempo —tronó la voz de Ransome Baldwin—. Con las empresas Baldwin como cliente, tú eres el que fija el precio con cualquier firma del país. No lo olvides. No permitas que Sandy Lord te engañe.

—Hágale caso, Jack. La voz de la experiencia. —Richmond levantó la copa y después apartó el brazo bruscamente en un gesto involuntario. Jennifer se tambaleó al quedarse sin apoyo.

—Perdona, Jennifer. Demasiado tenis. Vuelvo a tener problemas con este maldito brazo. Ransome, por lo que se ve te has conseguido un magnífico *protégé*.

—Más le vale. Tendrá que luchar con mi hija por el imperio. Quizá Jack pueda hacer de reina y Jenn ser el rey. ¿Qué os parece como igualdad de derechos? —Ransome soltó una carcajada a la que se sumaron los demás.

—Sólo soy un abogado, Baldwin —señaló Jack, un poco picado—. No busco ocupar un trono vacío. Hay otras cosas que hacer en la vida.

Jack cogió la copa. Esto no funcionaba como había deseado. Estaba a la defensiva. Jack mordió un cubito. Se preguntó qué pensaba en realidad Ransome Baldwin de su futuro yerno. ¿Ahora mismo? La verdad era que a Jack le traía al fresco.

Ransome dejó de reír y le miró. Jennifer ladeó la cabeza de la manera que acostumbraba cuando él decía algo inconveniente, que era la mayoría de las veces. El

presidente los miró a los tres, sonrió y se disculpó. Se dirigió a un rincón donde estaba una mujer.

Jack le observó alejarse. Conocía a la mujer por la televisión, la había visto defendiendo la postura del presidente en mil y un asuntos. Gloria Russell no parecía muy contenta en este momento, pero con todas las crisis en el mundo, sin duda la alegría era un bien escaso en su trabajo.

Ésta fue una reflexión posterior. Jack había conocido al presidente, le había dado la mano. Le había deseado que mejorara del brazo. Aprovechó el momento a solas con Jennifer para disculparse. Ella no ocultó su disgusto.

—Esto es algo inaceptable, Jack. ¿Te das cuenta de lo importante que es esta noche para papá?

—Eh, para el carro. Soy un trabajador, ¿sabes? Cobraré las horas.

—¡Eso es ridículo! Y tú lo sabes. Nadie de esa firma puede pedirte semejante cosa, y mucho menos un don nadie de asociado.

—Jenn, no es para tanto. Me lo he pasado muy bien. Tu papá ya tiene su premio. Ahora tengo que volver al trabajo. Alvis no es mal tipo. Me maltrata un poco, pero trabaja tanto o más que yo. Ya sabes cómo es eso.

—No me parece justo, Jack. Me plantea un inconveniente.

—Jenn, es mi trabajo. A mí no me preocupa, así que tú no te preocupes. Te veré mañana. Cogeré un taxi.

—Papá se llevará una desilusión.

—Tu padre ni siquiera se dará cuenta. Eh, tómate un copa a mi salud. Y no te olvides de lo que dijiste para más tarde. Te tomo la palabra, quizá por una vez podríamos hacerlo en mi casa.

Ella dejó que la besara. Pero en cuanto Jack se marchó fue en busca de su padre hecha una furia.

Kate Whitney dejó el coche en el aparcamiento de su edificio. La bolsa de la compra le golpeó una pierna, y el maletín cargado hasta los topes en la otra mientras subía los cuatro pisos por las escaleras. Las casas con alquileres a su alcance tenían ascensor, pero no de los que funcionaban siempre.

Se cambió la ropa de calle por otra deportiva, escuchó los mensajes del contestador y volvió a salir. Hizo los ejercicios de calentamiento delante de la estatua de Ulysses S. Grant y comenzó a correr.

Se dirigió al oeste. Pasó por el Museo Aéreo y Espacial, y después por el castillo del Smithsonian que, con las torres, las almenas y el estilo de la arquitectura italiana del siglo XII, parecía más que nada la casa de un científico loco. Las zancadas elásticas y rítmicas la llevaron a través del Mall por su parte más ancha y dio dos veces la vuelta al monumento a Washington.

Ahora respiraba un poco más rápido; el sudor comenzaba a traspasar la camiseta y manchar la sudadera de Georgetown Law que llevaba. La multitud era cada vez mayor a medida que avanzaba por las orillas del Tidal Basin. El inicio del otoño había traído a miles de personas en aviones, autocares y coches de todos los puntos del país dispuestas a visitar la capital sin el agobio de los miles de turistas veraniegos y el calor infame de Washington.

En el momento en que se desviaba para esquivar a un niño chocó con otro corredor que avanzaba en dirección contraria. Cayeron al suelo en un revoltijo de piernas y brazos.

—Mierda. —El hombre rodó sobre sí mismo y se levantó de un salto. Kate se incorporó a medias, le miró, dispuesta a disculparse, y entonces volvió a sentarse con todo el peso. Durante unos instantes ambos permanecieron en silencio mientras a su lado desfilaban familias de Arkansas e Iowa cargadas con cámaras fotográficas.

—Hola, Kate. —Jack le tendió una mano y la ayudó a llegar hasta uno de los cerezos pelados que rodeaban el Tidal Basin. El monumento a Jefferson se veía grande e imponente al otro lado del agua en calma, la elevada silueta del tercer presidente de la nación claramente visible en el interior de la rotonda.

El tobillo de Kate estaba cada vez más hinchado. Se quitó la zapatilla y el calcetín y comenzó a masajearlo.

—Pensaba que ya no tenías tiempo para correr, Jack.

Ella le echó una ojeada: ni sombra de calvicie, nada de barriga, ni una arruga en el rostro. El tiempo no pasaba para Jack Graham. Tenía que admitirlo, estaba guapísimo. Ella, en cambio, estaba hecha unos zorros.

Se maldijo por no haberse cortado el pelo y después volvió a maldecirse por pensarlo. Una gota de sudor le corrió por la nariz, y se la quitó de un manotazo.

—Lo mismo pensaba de ti. Creía que a los fiscales no les dejaban irse a casa antes de medianoche. ¿Escaqueándote?

—Así es. —Ella se frotó el tobillo, que le dolía de verdad. Jack notó su dolor, se agachó y le cogió el pie. Kate se apartó con una mueca.

—Recuerda que casi me ganaba la vida haciendo esto y tú eras mi única y mejor cliente. Nunca he visto a una mujer con los tobillos tan frágiles; en cambio, el resto se ve muy saludable.

Ella se relajó, le dejó trabajar con el tobillo y después con el pie, y no tardó en darse cuenta de que él no había perdido el toque. ¿Qué había querido decir con eso de «tan saludable»? Frunció el entrecejo. Después de todo, ella le había dejado. Y había tenido toda la razón al hacerlo. ¿No?

—Me enteré de tu ingreso en Patton, Shaw. Felicidades.

—Chorradas. Aceptan a cualquier abogado con un cliente multimillonario. —Jack sonrió.

—Sí. También leí en el periódico la noticia de tu compromiso. Otra vez felicidades. —Esta vez él no sonrió. Ella se preguntó por qué. Jack se encargó de ponerle el calcetín y la zapatilla.

—No podrás correr durante un par de días, está muy hinchado. Tengo el coche aquí mismo. Te llevaré.

—Cogeré un taxi.

—¿Prefieres a un taxista de Washington antes que a mí? —Simuló ofenderse—. Además, no veo ningún bolsillo. ¿Piensas negociar una carrera gratis? Te deseo buena suerte.

Kate se miró los pantalones cortos. Llevaba la llave en el calcetín. Él había visto el bulto. Jack sonrió ante su dilema. Con los labios apretados, deslizó la lengua contra el labio inferior. Él recordaba ese hábito. Aunque no se lo había visto hacer en años, de pronto le pareció que nunca habían dejado de estar juntos. Jack estiró las piernas y se levantó.

—Te haría un préstamo, pero no llevo ni un céntimo.

Ella se levantó y apoyó una mano sobre el hombro de Jack mientras probaba la resistencia del tobillo.

—Creía que en la práctica privada se ganaba una pasta.

—Es cierto. Sólo que nunca he sido capaz de administrarme. Tú lo sabes. —Esto era verdad; ella había sido la encargada de cuadrar las cuentas; no había mucho que cuadrar en aquel entonces.

Él le sirvió de báculo para llegar hasta el coche, una familiar Subaru que ya tenía diez años de uso. Kate miró el vehículo asombrada.

—¿Todavía tienes este trasto?

—Cuidado con lo que dices. Todavía le quedan muchos kilómetros por hacer. Además, está cargado de historia. ¿Ves aquella mancha de allá? Tu helado de caramelo, 1986, la noche antes de mi último examen. Yo no quería estudiar más, y tú no podías dormir. ¿Lo recuerdas? Tomaste aquella curva demasiado rápida.

—Tienes una memoria selectiva muy curiosa. Te recuerdo que tú me echaste el

batido por la espalda porque me quejaba del calor.

—Ah, eso también. —Subieron al coche sin dejar de reír.

Kate miró la mancha con un poco más de atención, contempló el interior. Los recuerdos eran como olas espesas. Miró el asiento trasero. Si aquel espacio hablara... Volvió la cabeza, vio la mirada de Jack, y se ruborizó.

El tráfico era escaso mientras se dirigían al este. Kate se sentía nerviosa, pero no molesta, como si no hubiesen pasado cuatro años y sólo hubiesen subido al coche para ir a buscar café, el periódico o a desayunar en el Corner de Charlottesville o en alguna de las cafeterías de Capitol Hill. Pero se recordó a sí misma que aquello era el pasado. El presente era otra cosa muy distinta. Bajó un poco el cristal de la ventanilla.

Jack miraba con un ojo el tráfico y con el otro a ella. El encuentro no había sido fortuito. Kate corría por el Mall, siempre por la misma ruta, desde que se habían trasladado a la capital y vivían en aquel pequeño piso sin ascensor cerca del Eastern Market.

Aquella mañana Jack se había despertado con una desesperación que no sentía desde que Kate le había dejado y él había comprendido al cabo de una semana que ya no volvería. Ahora, con el casamiento cada vez más cerca, había decidido ver a Kate como fuera. Él no podía, no quería, dejar que aquella luz se apagara, todavía no. Era muy probable que él fuera el único de los dos que pensaba así. No había tenido el valor de dejarle un mensaje en el contestador, pero había decidido que si estaba destinado a encontrarla entre la multitud del Mall, la encontraría.

Hasta que chocaron, él llevaba corriendo una hora; miraba a la muchedumbre en busca del rostro de aquella fotografía. La había visto unos cinco minutos antes del choque. Si el ejercicio no le hubiese doblado el número de pulsaciones, el solo hecho de ver cómo corría le habría hecho alcanzar esa marca. No había sido su intención torcerle el tobillo, pero gracias a eso ahora ella estaba sentada en su coche; era la razón por la que la llevaba a su casa.

Kate se recogió el pelo y lo ató en una cola de caballo, utilizando una goma que llevaba en la muñeca.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien. —Él no quería hablar del trabajo—. ¿Cómo está tu padre?

—Tu lo debes saber mejor que yo. —Ella no quería hablar del padre.

—No le veo desde...

—Qué suerte. —Kate no dijo nada más.

Jack se reprochó la estupidez de haber mencionado a Luther. Había esperado la reconciliación entre padre e hija después de todos aquellos años. Era obvio que no había ocurrido.

—Me han dicho que en la fiscalía te ponen por las nubes.

—¿Y qué más?

—Soy un tipo serio.

—¿Desde cuándo?

—Todo el mundo madura, Kate.

—No Jack Graham. Por favor, no.

Jack dobló a la derecha por Constitution, y siguió hacia Union Station. De pronto aminoró la marcha. Sabía cuál era la dirección, pero no quería que ella se diera cuenta.

—Voy un poco perdido, Kate. ¿Por dónde?

—Perdona. Da la vuelta por Capitol, sigue hasta Maryland y dobla a la izquierda en la Tercera.

—¿Te gusta el barrio?

—Con lo que pago ha de gustarme por fuerza. Déjame adivinar. Ahora vives en Georgetown, en uno de aquellos caserones con dependencias de servicio. ¿Me equivoco?

—No me he movido. —Jack encogió los hombros—. Sigo en la misma casa.

—Jack, ¿qué haces con el dinero? —Kate le miró boquiabierta.

—Compro lo que quiero, pero tampoco quiero tanto. —Jack le devolvió la mirada—. Eh, te invito a un helado de caramelo.

—No los venden en esta ciudad. Ya lo intenté.

Jack dio la vuelta en U, sonrió al oír los bocinazos, y aceleró.

—Al parecer, abogada, no buscaste bien.

Media hora más tarde, Jack aparcó el coche en el garaje de la casa de Kate. Bajó a toda prisa y corrió a abrirle la puerta. Tenía el tobillo rígido. Ya casi había acabado el helado.

—Te ayudo.

—No hace falta.

—Te he lesionado el tobillo. Ayudarte me aliviará un poco la culpa.

—Estás perdonado. —El tono le resultó muy conocido, incluso después de cuatro años. Jack sonrió desganado y se apartó. Ella subió los escalones poco a poco. Se detuvo en el rellano. Él estaba a punto de entrar en el coche cuando ella se volvió.

—¿Jack? —Él la miró—. Gracias por el helado. —Entró en la casa.

Jack puso en marcha el coche y salió del aparcamiento sin ver al hombre casi oculto por el pequeño grupo de árboles junto a la entrada.

Luther emergió de las sombras de los árboles y miró el edificio.

El aspecto de Luther había sufrido un cambio drástico en los últimos dos días. Era una suerte que la barba le creciera tan rápido. Se había cortado el pelo muy corto y un sombrero cubría el resto. Llevaba gafas de sol y un abrigo muy voluminoso ocultaba el delgado cuerpo.

Deseaba ver a Kate una vez más antes de marcharse. Le había sorprendido ver a Jack, pero no pasaba nada. Le gustaba Jack.

Se arrebujó en el abrigo. El viento soplaba cada vez más fuerte, y hacía más

fresco de lo habitual en Washington para este tiempo. Miró la ventana del apartamento de su hija.

Apartamento número catorce. Lo conocía muy bien; lo había visitado muchas veces, sin que la hija se enterara, desde luego. La cerradura no presentaba ninguna dificultad, cualquiera tardaría más en abrirla con la llave. Se sentaba en una silla de la sala y miraba el centenar de objetos, todos ellos cargados con años de recuerdos, algunos buenos, pero la mayoría tristes.

Algunas veces cerraba los ojos y apresaba los olores en el aire. Sabía qué perfume usaba: muy poco e indescriptible. Los muebles eran grandes, sólidos y muy usados. El frigorífico estaba siempre vacío. Se desesperaba cuando veía el contenido poco saludable y escaso de los armarios. Mantenía las cosas en orden, pero no perfectas, era una casa donde se vivía como debía ser.

Recibía muchas llamadas. Escuchaba las voces dejando los mensajes. Le hacían desear que ella hubiera escogido otro trabajo. Como delincuente sabía muy bien la cantidad de hijos de puta que andaban sueltos. Pero era demasiado tarde para recomendarle cambiar de carrera a su única hija.

Sabía que la relación con su hija era muy extraña, pero Luther no podía aspirar a más. Recordó a su esposa, una mujer que le había querido y se había mantenido a su lado durante tantos años, ¿para qué? Para sufrir y ser desgraciada. Y después había muerto prematuramente cuando por fin había hecho algo bien; divorciarse. Se preguntó, por enésima vez, por qué había continuado con sus actividades delictivas. No había sido por el dinero. Siempre había vivido con sencillez; gran parte de las ganancias ilícitas las había repartido sin más. Su elección en la vida había trastornado a su esposa y le había hecho perder a la hija. Y también por enésima vez no encontró la respuesta a la pregunta de por qué había continuado robando a los ricos siempre bien protegidos. Quizá sólo para demostrar que podía.

Miró una vez más la ventana. Él no había estado a su lado en su momento, ¿por qué ella iba estarlo con él? Pero era incapaz de cortar el vínculo del todo, aunque ella lo había hecho. Estaba dispuesto a estar con ella si le aceptaba, pero sabía que eso no pasaría.

Luther se alejó a paso rápido; después echó a correr para alcanzar el autobús que le dejaba en Union Station. Siempre había sido una persona independiente que necesitaba muy poco a los demás. Era un solitario y le gustaba serlo. Ahora, Luther se sentía muy solo, y esta vez la sensación no resultaba agradable.

Llovía, y Luther miró a través de la ventanilla trasera mientras el autobús hacía el recorrido hacia la gran estación de ferrocarril, que se había salvado de la demolición gracias a un ambicioso proyecto de reconversión en centro comercial. El agua chorreaba sobre la suave superficie del cristal y emborronaba la visión del lugar donde había estado. Deseó volver allí, pero era pedir un imposible.

Se acomodó en el asiento, se encasquetó un poco más el sombrero, se sopló la nariz. Recogió un periódico abandonado y miró los titulares. Se preguntó cuándo la

encontrarían. Cuando la encontraran, él lo sabría de inmediato; todo el mundo en la ciudad sabría que Christine Sullivan estaba muerta. Cuando mataban a los ricos, siempre eran noticia de primera plana. Los pobres y los don nadie aparecían en la sección de sucesos. Christy Sullivan ocuparía la primera página, arriba y en el centro.

Tiró el periódico al suelo, se inclinó en el asiento. Necesitaba ver a un abogado, y después se marcharía. El autobús continuó el recorrido, y él por fin cerró los ojos, aunque no dormía. Ahora estaba sentado en la sala de su hija, y esta vez, Kate le hacía compañía.

Luther se sentó delante de la mesa en la pequeña sala de conferencias amueblada con una sencillez franciscana. Las sillas y la mesas eran viejas y marcadas por el uso. La alfombra se veía raída y no muy limpia. Sobre la mesa sólo había un tarjetero, aparte de su expediente. Cogió una de las tarjetas: «Servicios Legales, S. A.». Estas personas no eran las mejores del negocio; estaban lejos de los centros de poder. Licenciados en escuelas de Derecho de tercera clase, sin posibilidades de acceder a las firmas tradicionales, vivían su existencia profesional esperando un golpe de fortuna. Pero sus sueños de grandes despachos, grandes clientes y, lo más importante, grandes sumas de dinero se esfumaban con el paso de los años. Aunque Luther no necesitaba lo mejor. Sólo alguien con el título de abogado y los formularios correctos.

—Todo está en orden, señor Whitney. —El chico parecía tener unos veinticinco años, todavía lleno de energías y esperanzas. Este lugar no era su destino final. Era obvio que aún se lo creía. El rostro cansado, fofo y afligido del hombre mayor que tenía detrás no compartía la misma esperanza—. Éste es Jerry Burns, el abogado gerente. Él será el otro testigo del testamento. Tenemos una declaración jurada, por lo cual no es necesaria nuestra presencia en el juzgado para declarar si fuimos o no testigos del testamento. —Una mujer cuarentona, de expresión severa, apareció con el sello de la notaría—. Phyllis es nuestra notaria, señor Whitney. —Todos se sentaron—. ¿Quiere que le lea las disposiciones del testamento?

Jerry Burns parecía estar a punto de morir de aburrimiento. Miraba al vacío, soñando con todos los otros lugares donde le gustaría estar. Jerry Burns, abogado gerente. Tenía toda la pinta de preferir estar cargando estiércol en alguna granja del Medio Oeste. Miró desdeñoso al joven colega.

—Ya las leí —respondió Luther.

—Bien —dijo Jerry Burns—. ¿Por qué no empezamos?

Quince minutos más tarde, Luther estaba en la calle con dos copias originales de su última voluntad y testamento guardadas en el bolsillo del abrigo.

Mierda de abogados, nadie podía mear, cagar o morir sin ellos. Esto ocurría porque los abogados hacían todas las leyes. Tenían a los demás cogidos por los huevos. Entonces Luther pensó en Jack y sonrió. Jack no era así. Era diferente. Después pensó en la hija y dejó de sonreír. Kate tampoco era así. Pero Kate le odiaba.

Entró en una casa de fotografía y compró una Polaroid y un carrito de fotos. No pensaba dejar que nadie revelara las fotos que iba a tomar. Regresó al hotel. Una hora más tarde había hecho diez fotos. Las envolvió en papel y las metió en un sobre que guardó en las profundidades de la mochila.

Se sentó a mirar por la ventana. Transcurrió casi una hora. Al levantarse tropezó y se cayó sobre la cama. Sí que era un tipo duro. No era tan curtido como para permanecer indiferente ante la muerte, a no sentirse horrorizado por un hecho que había arrebatado la vida a alguien que debía haber vivido mucho más. Para colmo, el

presidente de Estados Unidos estaba involucrado. Un hombre al que Luther había respetado, incluso había votado. El hombre que dirigía al país había casi asesinado a una mujer con sus manos de borracho. Si hubiese visto a su pariente más cercano asesinar a alguien a sangre fría, Luther no se hubiese sentido más conmovido o asqueado. Tenía la sensación de que él había sido la víctima, que aquellas manos asesinas le habían apretado el cuello a él.

Pero algo más se apoderó de Luther; algo que no podía afrontar. Apoyó la cabeza contra la almohada, y cerró los ojos en un esfuerzo inútil por dormir.

—Es fantástica, Jenn.

Jack miró la mansión con una fachada de casi setenta metros y más dormitorios que una residencia de estudiantes, y se preguntó para qué habían venido. El sinuoso camino particular acababa en un garaje para cuatro coches detrás del caserón. El prado estaba tan bien cuidado que a Jack le parecía contemplar una enorme piscina de jade. Los terrenos de la parte trasera formaban tres terrazas, cada una con su piscina. Tenía todos los accesorios habituales de los muy ricos; canchas de tenis, establos y diez hectáreas de terreno —un auténtico latifundio para las normas de Virginia— para deambular.

La agente inmobiliaria esperaba junto a la entrada; había aparcado su Mercedes último modelo junto a la gran fuente de piedra cubierta con rosas talladas en granito del tamaño de un puño. Calculaba una y otra vez los dólares de la comisión. ¿No formaban una pareja encantadora? Lo había repetido tantas veces que a Jack le dolía la cabeza.

Jennifer Baldwin le cogió del brazo y comenzaron el recorrido, que acabó dos horas más tarde. Jack caminó hasta el borde de los jardines y admiró el bosque, donde los álamos, olmos, nogales, pinos y robles luchaban por ser los dominantes. Las hojas comenzaban a caer y Jack vio los reflejos rojos, amarillos y naranjas bailar sobre la fachada de la mansión.

—¿Cuánto? —Se sentía con derecho a preguntar. Pero esto estaba totalmente fuera de sus posibilidades. Al menos de las suyas. Debía admitir que estaba bien situada. A sólo cuarenta y cinco minutos de tráfico de hora punta de su oficina. Pero no podían tocar este lugar ni con pinzas. Miró a su prometida que, nerviosa, se retorció un mechón de pelo.

—Tres millones ochocientos.

—¿Tres millones ochocientos mil? —repitió Jack con el rostro gris del susto—. ¿Dólares?

—Jack, vale tres veces más.

—Entonces, ¿por qué diablos la venden por tres millones ochocientos? No los podemos pagar, Jenn. Olvídalo.

Ella le respondió mirando al cielo. Le hizo una seña a la agente, que rellenaba el contrato sentada en el coche.

—Jenn, gano ciento veinte mil al año. Tú ganas lo mismo, quizá un poco más.

—Cuando te hagan socio...

—Vale. Me aumentarán el sueldo, pero no lo bastante para esto. No podemos pagar los plazos de la hipoteca. Además, pensaba que iríamos a vivir a tu casa.

—No es adecuada para un matrimonio.

—¿No es adecuada? Es un maldito palacio. —Caminó hasta un banco pintado de verde y se sentó.

Ella se plantó delante de él, con los brazos cruzados, y una expresión decidida en el rostro. Comenzaba a perder el moreno del verano. Llevaba un sombrero marrón claro, debajo del cual el pelo largo le caía sobre los hombros. Los pantalones a medida realzaban la elegancia de su figura. Calzaba botas de cuero con las cañas ocultas por las perneras.

—No pagaremos ninguna hipoteca, Jack.

—¿De veras? ¿Qué, nos regalan la casa porque somos una pareja tan encantadora?

Jennifer vaciló por un instante.

—Papá la pagará en efectivo, y nosotros se lo devolveremos.

Jack se esperaba algo así.

—¿Devolvérselo? ¿Cómo diablas vamos a devolvérselo, Jenn?

—Nos propone un plan de pagos muy generoso, que toma en cuenta las futuras ganancias. Por amor de Dios, Jack, podría pagar esta casa con los intereses acumulados de cualquiera de mis fondos de inversiones, pero sé que no lo aceptarías. —Se sentó a su lado—. Pensé que si lo hacíamos así no te sentirías tan mal respecto a todo el asunto. Sé lo que piensas del dinero de los Baldwin. Se lo devolveremos a papá. No es un regalo. Es un préstamo con intereses. Venderé mi casa. Me darán unos ochocientos. Tú también tendrás que aportar algún dinero. Esto no es una bicoca. —Ella le apoyó un dedo en el pecho y apretó, para dejar aclarado el punto. Miró hacia la casa—. Es preciosa, ¿verdad, Jack? Aquí seremos muy felices. Estábamos destinados a vivir aquí.

Jack miró la fachada de la casa sin verla en realidad. Sólo veía a Kate Whitney en cada una de las ventanas del monolito.

Jennifer le apretó el brazo, se apoyó contra él. Jack se sintió dominado por el pánico. Su mente se negaba a funcionar. Tenía la garganta seca y los miembros rígidos. Apartó con suavidad el brazo de su prometida, se levantó y caminó en silencio hacia el coche.

Jennifer permaneció sentada unos segundos, la incredulidad dominaba entre las emociones reflejadas en su rostro. Después fue tras él, furiosa.

La agente inmobiliaria, que no había perdido detalle de la discusión, dejó de escribir el contrato y frunció los labios en un gesto de disgusto.

Luther salió del pequeño hotel escondido en los superpoblados barrios residenciales de la parte noroeste de Washington a primera hora de la mañana. Cogió un taxi para ir al centro, pero le pidió al chófer que siguiera otra ruta con el pretexto

de ver algunos de los monumentos de la ciudad. La petición no sorprendió al taxista, que automáticamente siguió el circuito que realizaba mil veces mientras duraba la temporada turística, aunque nunca se podía decir que se había acabado de verdad.

El cielo amenazaba lluvia, pero nunca se sabía si acabaría por llover. Los frentes de tormenta que atravesaban la región algunas veces pasaban de largo o descargaban tremendos aguaceros sobre la ciudad antes de continuar el viaje hacia el Atlántico. Luther contempló la oscuridad, que el sol no acababa de disipar.

¿Estaría vivo dentro de seis meses? Quizá no. Ellos acabarían por encontrarle, a pesar de sus precauciones. Pero pensaba disfrutar a fondo del tiempo que le quedaba.

El metro le llevó hasta el aeropuerto nacional de Washington, donde tomó el autobús hasta la terminal central. Ya había facturado el equipaje en el vuelo de American Airlines que le transportaría hasta Dallas/Fort Worth. Allí haría transbordo para seguir hasta Miami. Pasaría la noche en aquella ciudad, viajaría en otro vuelo hasta Puerto Rico, y finalmente, cogería un avión hasta Barbados. Todo lo había pagado al contado; su pasaporte decía que era Arthur Lanis, de sesenta y cinco años de edad, procedente de Michigan. Tenía otros seis pasaportes, todos hechos por expertos y todos absolutamente falsos. El pasaporte tenía una validez de ocho años y mostraba que era un viajero asiduo.

Se instaló en la sala de espera y simuló leer un periódico. El lugar estaba a rebosar y el ruido era ensordecedor, un típico día de semana en un aeropuerto muy activo. De vez en cuando, Luther espiaba por encima del periódico para ver si alguien se interesaba por él un poco más de la cuenta, pero no vio nada extraño. Llevaba haciendo esto tanto tiempo que si hubiese habido algo anormal se hubiera dado cuenta. Anunciaron su vuelo, le entregaron la tarjeta de embarque y recorrió la rampa hasta el grácil proyectil que al cabo de tres horas le depositaría en el corazón de Texas.

El vuelo Dallas/Fort Worth era uno de los que siempre iban llenos, pero por una de esas casualidades el asiento contiguo al de Luther estaba vacío. Se quitó el abrigo y lo colocó sobre el asiento como desafiando a cualquiera que intentase ocuparlo. Se acomodó en la butaca y miró por la ventanilla.

Durante el carreteo hacia la pista, vio asomar la punta del monumento a Washington sobre el manto de niebla. A un kilómetro y medio de aquel punto su hija se levantaría dentro de un rato para ir a trabajar mientras su padre ascendía entre las nubes para comenzar una nueva vida, un poco antes de hora y con remordimientos de conciencia.

El avión continuó el ascenso en busca de la altitud asignada y Luther contempló el suelo allá abajo; siguió con la mirada los meandros del Potomac hasta que los dejaron atrás. Por un momento pensó en la esposa muerta y después una vez más en la hija. Miró el rostro sonriente y eficaz de la azafata y pidió café. Un minuto más tarde aceptó el sencillo desayuno. Bebió el líquido caliente y después extendió la mano y tocó el cristal de la ventanilla con las extrañas estrías y surcos. Al quitarse las

gafas para limpiarlas se dio cuenta de que lloraba. Echó una ojeada rápida a los demás; la mayoría de los pasajeros estaban acabando de desayunar o se disponían a echar una cabezada antes de aterrizar.

Levantó la bandeja, desabrochó el cinturón de seguridad y fue al lavabo. Se miró en el espejo. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Las bolsas debajo de los ojos se veían enormes, había envejecido diez años en las últimas treinta y seis horas.

Se mojó la cara, dejó que el agua le corriera por las mejillas y después se mojó un poco más. Se secó los ojos otra vez. Le dolían. Se apoyó en el lavabo diminuto, intentó controlar los espasmos.

A pesar de toda su fuerza de voluntad, su mente volvió a aquella habitación donde había visto pegar con saña a una mujer. El presidente de Estados Unidos era un borracho, adúltero y sádico. Sonreía a los periodistas, besaba bebés y flirteaba con las ancianas, mantenía reuniones importantes, volaba por todo el mundo como dirigente de su país, y era un gilipollas que se follaba mujeres casadas, después les pegaba y, por último, las hacía matar.

Menudo ejemplar.

Era un conocimiento que una sola persona no podía soportar. Luther se sintió muy solo. Y muy furioso.

Lo peor de todo era que el cabrón se saldría con la suya.

Luther se repitió una y otra vez que si tuviese treinta años menos enfrentaría la batalla. Pero no los tenía. Sus nervios todavía eran más fuertes que los de la mayoría, pero, como los cantos rodados, se habían erosionado con los años; ya no eran como antes. A su edad, eran otros los que debían librar las batallas para ganarlas o perderlas. Había llegado su hora. Ya no estaba a su altura. Incluso él debía entenderlo, aceptar la realidad.

Luther se miró en el pequeño espejo. Un sollozo desgarrador escapó de su garganta y resonó en el lavabo.

Pero no tenía ninguna excusa para justificar lo que no había hecho. No había abierto la puerta espejo. No había apartado a aquel hombre de Christine Sullivan. La verdad pura y llana era que había estado en sus manos evitar la muerte de la mujer. Ella aún viviría si él hubiese actuado. Había cambiado su libertad, quizá su vida, por otra. Por alguien que necesitaba su ayuda, que luchaba por salvar la vida mientras Luther miraba. Un ser humano que sólo había vivido la tercera parte de los años de Luther. Había sido un acto de cobardía, y este hecho le agobiaba como una losa.

Se inclinó sobre el lavabo cuando le fallaron las piernas. Agradeció el colapso. No soportaba más verse en el espejo. El avión se sacudió en un pozo de aire y Luther vomitó.

Al cabo de un rato, Luther humedeció con agua fría una toalla de papel y se la pasó por la cara y la nuca. A duras penas consiguió volver a su asiento. El avión continuaba el vuelo, y el sentimiento de culpa de Luther aumentaba con cada kilómetro recorrido.

Sonó el teléfono. Kate miró la hora. Las once. Por lo general filtraba las llamadas. Pero algo la impulsó a levantar el auricular antes de que entrara en funcionamiento el contestador automático.

—Hola.

—¿Por qué no estás todavía en la oficina?

—¿Jack?

—¿Cómo está el tobillo?

—¿Sabes qué hora es?

—Sólo llamo a mi paciente. Los doctores nunca duermen.

—Tu paciente está bien. Gracias por preguntar. —Ella sonrió a su pesar.

—Helado de caramelo, es una receta que nunca me ha fallado. —Ah, entonces ¿ha habido otros pacientes?

—Por recomendación de mi abogado no puedo responder a esa pregunta.

—Buen consejo.

Jack la vio en la imaginación sentada allí, enrulando con un dedo las puntas del pelo, como había hecho cuando estudiaban juntos. Él las transmisiones patrimoniales, ella francés.

—El pelo ya se te curva bastante en las puntas sin que lo ayudes.

Ella apartó el dedo, sonrió, y después frunció el entrecejo. La afirmación le había hecho recordar muchas cosas, algunas no muy agradables.

—Es tarde, Jack. Mañana tengo un juicio.

Él se levantó y comenzó a pasear arriba y abajo con el teléfono inalámbrico, mientras pensaba a toda máquina. Necesitaba retenerla en el teléfono. Se sentía culpable, como si le hubiesen pillado cometiendo un delito. Espió por encima del hombro en un acto reflejo. No había nadie, al menos nadie que él pudiera ver.

—Lamento haber llamado tan tarde.

—No pasa nada.

—Y lamento haberte hecho daño en el tobillo.

—Ya te has disculpado antes.

—Sí. ¿Cómo estás? Quiero decir aparte del tobillo.

—Jack, tengo que dormir.

Él esperaba esa respuesta.

—Entonces explícamelo mientras comemos.

—Tengo un juicio.

—Después del juicio.

—Jack, no me parece una buena idea. De hecho, me parece fatal.

Él se preguntó qué había querido decir con eso. Mirar con lupa cada una de las frases de ella siempre había sido una de sus malas costumbres.

—Caray, Kate. Sólo te estoy invitando a comer. No es una propuesta de matrimonio. —Se echó a reír, pero sabía que acababa de meter la pata.

Kate dejó de jugar con el pelo. Ella también se levantó. Vio su imagen reflejada en el espejo del vestíbulo. Se arregló el cuello del camisón. Las arrugas de fruncir el entrecejo resaltaban en su frente.

—Perdona —añadió él en el acto—. Perdona, no quería decir eso. Escucha, invito yo. Tengo que gastar todo ese dinero en algo. —Recibió la llamada por respuesta. En realidad, ni siquiera sabía si ella continuaba al aparato.

Jack había ensayado esta conversación durante dos horas. Todas las preguntas posibles, los intercambios, las desviaciones. Él sería tan cortés, ella tan comprensiva. Todo iría sobre ruedas. Hasta ahora, nada había salido bien. Pasó al plan alternativo. Decidió suplicar.

—Por favor, Kate. Quiero hablar contigo. Por favor.

Ella volvió a sentarse, con las pantorrillas debajo de las posaderas; se masajeó los dedos de los pies. Inspiró con fuerza. No había cambiado tanto como pensaba a lo largo de estos años. ¿Eso era bueno o malo? Ahora mismo, no tenía respuesta a esa pregunta.

—¿Dónde y cuándo?

—¿Morton's?

—¿A comer?

Jack se imaginó la expresión de incredulidad de ella mientras pensaba en el restaurante de superlujo, y se preguntaba en qué clase de mundo vivía él ahora.

—Bueno, ¿qué te parece la fonda en Old Town cerca de Founder's Park? A las dos. Nos evitaremos la cola del mediodía.

—Mejor. Pero no te prometo nada. Te llamaré si no puedo ir.

—Gracias, Kate.

Jack colgó el teléfono y se dejó caer sobre el sofá. Ahora que el plan había funcionado, se preguntó qué diablos estaba haciendo. ¿Qué diría? ¿Qué diría ella? No quería pelear. No mentía, sólo quería hablar con ella y verla. Nada más. Se lo repitió una y otra vez.

Fue al baño, metió la cabeza en el lavabo lleno de agua fría, cogió una cerveza, subió a la piscina de la azotea y se sentó en la oscuridad a mirar el paso de los aviones que realizaban la maniobra de descenso sobre el Potomac para aterrizar en el National. Los guiños de las brillantes luces rojas gemelas del monumento a Washington le consolaron. Ocho pisos más abajo, las calles estaban tranquilas excepto por el sonido ocasional de la sirena de un coche de la policía o una ambulancia.

Jack contempló la superficie inmóvil de la piscina, metió un pie en el agua y miró cómo se extendían las ondas. Se bebió la cerveza, volvió al apartamento y se quedó dormido en un sillón de la sala, delante del televisor. No oyó el teléfono, no dejaron ningún mensaje. Casi a mil seiscientos kilómetros de distancia, Luther Whitney colgó el teléfono y se fumó el primer cigarrillo en más de treinta años.

La furgoneta de Correos circuló lentamente por el solitario camino rural. El conductor miraba los buzones oxidados en busca de la dirección correcta. Nunca había hecho una entrega por aquí. La furgoneta parecía meterse en todos los baches del camino.

Se metió en la entrada de la última casa y dio marcha atrás para volver por donde había venido. Por casualidad se le ocurrió mirar y vio la dirección escrita en un pequeño trozo de madera junto a la puerta. Sacudió la cabeza y sonrió. Algunas veces sólo era cuestión de suerte.

La casa era pequeña, y necesitaba una reparación. Las viejas persianas de aluminio, tan de moda veinte años antes de que él naciera, colgaban de las bisagras, como si estuvieran cansadas y sólo desearan descansar.

La mujer mayor que abrió la puerta llevaba un vestido floreado, y un suéter grueso sobre los hombros. Los tobillos hinchados y rojos revelaban sus problemas de circulación y quizás otros cuantos achaques más. Pareció sorprendida por la entrega, pero firmó el recibo.

El conductor miró la firma: Edwina Broome. Después volvió a la furgoneta y se marchó. Ella le observó marcharse antes de cerrar la puerta.

Sonó un ruido de estática en el *walkie-talkie*.

Fred Barnes llevaba siete años en este trabajo. Hacía la ronda por el vecindario de los ricos, veía las grandes mansiones, los jardines impecables, de vez en cuando un coche de lujo con los ocupantes como maniqués que atravesaba las verjas y desaparecía por el camino particular sin un bache. No había estado nunca en el interior de las casas que le pagaban por vigilar, y no esperaba hacerlo.

Miró el edificio. Era impresionante, valdría unos cuatro o cinco millones de dólares. Ni trabajando quinientos años ganaría tanto dinero. Algunas veces no parecía justo.

Se puso en comunicación por radio. Echaría una ojeada al lugar. No sabía muy bien qué pasaba. Sólo que el propietario había llamado para pedir que enviaran un coche a inspeccionar el lugar.

El aire frío en la cara le hizo soñar con una taza de café caliente y un suizo, y con poder dormir ocho horas antes de tener que volver a subirse al coche y pasar otra noche protegiendo las propiedades de los ricos. La paga no estaba mal, pero las prestaciones eran un asco. Su esposa también trabajaba, pero con tres hijos, los sueldos de los dos apenas alcanzaban. Claro que todos estaban con el mismo problema. Miró la piscina, la pista de tenis, el garaje para cinco coches. Bueno, quizá no todos.

Recorrió todo el frente de la casa y al dar la vuelta vio la soga colgando, y se olvidó en el acto del café y el suizo. Se agachó al tiempo que empuñaba la pistola. Apretó el botón del radiotransmisor y transmitió el informe con voz quebrada. Los polis de verdad llegarían en cuestión de minutos. Podía esperarlos o investigar por su cuenta. Por lo que le pagaban decidió quedarse donde estaba.

El supervisor de Barnes llegó primero en un todoterreno blanco con el escudo de la compañía en las puertas. Treinta segundos más tarde el primero de los cinco coches patrulla aparcó en el camino particular y los demás se colocaron detrás. Parecían un tren estacionado delante de la casa.

Dos agentes cubrieron la ventana. Era probable que los delincuentes se hubieran marchado hacía tiempo, pero las suposiciones siempre eran peligrosas en el trabajo de la policía.

Cuatro agentes se ocuparon del frente, y otros dos de la parte trasera. Divididos en parejas, los cuatro agentes entraron en la casa. Comprobaron que la puerta estaba sin llave y la alarma desconectada. Revisaron toda la planta baja y con mucha cautela comenzaron a subir por las escaleras, los ojos y oídos atentos a cualquier movimiento o sonido.

Cuando llegaron al rellano del segundo piso, el olfato del sargento al mando le avisó de que éste no era un robo vulgar.

Cuatro minutos más tarde estaban en círculo alrededor de una mujer que hasta hacía poco había sido joven y hermosa. El color saludable de cada uno de los hombres se había cambiado por otro blanco verdoso.

El sargento, cincuentón y padre de tres hijos, miró la ventana abierta. Incluso con el aire exterior la atmósfera en el interior de la habitación era irrespirable. Miró una vez más al cadáver y después corrió hasta la ventana para respirar un poco de aire fresco.

Tenía una hija de esa edad. Por un momento, la vio tendida en el suelo, el rostro convertido en un recuerdo, su vida cortada de cuajo. El caso estaba ahora fuera de su jurisdicción, pero deseó una cosa: estar presente cuando atraparan al tipo que había hecho algo tan atroz.

Seth Frank masticaba un trozo de tostada al tiempo que intentaba atar el moño de su hija de seis años, impaciente por ir a la escuela, cuando sonó el teléfono. La mirada de su esposa le dijo todo lo que necesitaba saber. Ella se encargó del moño. Seth sujetó el auricular entre el hombro y la barbilla mientras acababa de hacerse el nudo de la corbata, sin dejar de escuchar la voz tranquila del oficial de transmisiones. Dos minutos más tarde estaba montado en el Ford de la jefatura y aceleraba a fondo, con las luces azules encendidas, por los caminos secundarios casi desiertos del condado.

A los cuarenta y un años, el cuerpo alto y fornido de Frank había comenzado el viaje inevitable hacia la madurez, y su pelo negro y rizado había conocido tiempos mejores. Padre de tres hijas que cada día eran personas más complejas y sorprendentes, había llegado a la conclusión de que no todo tenía sentido en la vida. Pero en el conjunto era un hombre feliz. La vida no le había maltratado, al menos por ahora. Llevaba en la policía los años suficientes para saber que eso podía ocurrir en cualquier momento.

Frank cogió un caramelo, le quitó el papel y lo masticó sin prisa mientras veía desfilar los pinos a gran velocidad. Había comenzado su carrera como policía en uno de los peores barrios de Nueva York, donde aquello que se decía sobre «el valor de la vida» era una soberana estupidez y donde había visto a la gente asesinar de todas las maneras posibles. A su debido tiempo le habían ascendido a detective, algo que entusiasmó a su esposa. Al menos ahora llegaría al lugar del crimen después de la marcha de los malos. Ella dormía mejor por las noches sabiendo que quizá nunca llegaría la llamada que destrozaría su vida. Era todo lo que podía desear al estar casada con un poli.

Por fin a Frank le habían destinado a homicidios, que era el último desafío en su trabajo. Después de unos años llegó a la conclusión de que le gustaba el trabajo y el desafío, pero no a un ritmo de siete cadáveres cada día. Así que puso rumbo al sur, hacia Virginia.

Asumió el cargo de detective en jefe de homicidios del condado de Middleton, algo que sonaba mucho mejor de lo que era en realidad, pues era el único detective de homicidios empleado por el condado. Pero los relativamente inocuos confines del rústico condado de Virginia no le planteaban demasiado trabajo. Las rentas *per capita* en su jurisdicción eran altísimas. Había asesinatos, pero nada más allá de una esposa que mataba al marido o viceversa, o chicos que desesperados por heredar se cargaban a los padres. En estos casos, los autores se descubrían solos, no había que pensar mucho para dar con ellos, sólo había que ir a detenerles. La llamada del oficial de transmisiones prometía un cambio.

La carretera serpenteó por los bosques y después salió a campo abierto donde, en los prados vallados, los pura sangre se enfrentaban al nuevo día. Detrás de los enormes portones y los largos caminos particulares se encontraban las residencias de

los ricos que tanto abundaban en Middleton. Frank llegó a la conclusión de que en este caso no averiguaría nada por los vecinos. Una vez en el interior de sus fortalezas, probablemente no oían ni veían nada de lo que ocurría en el exterior. Era lo que deseaban, y pagaban a gusto por el privilegio.

Poco antes de llegar a la mansión de los Sullivan, Frank se arregló el nudo de la corbata y se pasó la mano por el pelo. No sentía una afinidad especial por los ricos, ni tampoco le disgustaban. Eran partes del rompecabezas. Un acertijo que no se parecía en nada a un juego. Algo que le brindaba la parte más satisfactoria de su trabajo. Porque entre todas las vueltas, revueltas, pistas falsas y simples errores, había una verdad irrefutable: si alguien mataba a otro ser humano, ese alguien caía dentro de su dominio y acabaría por ser castigado. A Frank no le interesaba saber cuál era el castigo. Lo que le interesaba era que alguien fuera llevado a juicio y, si lo condenaban, ese alguien recibiría el castigo merecido. Ricos, pobres y los que estaban en el medio. Sus habilidades quizás estaban un poco oxidadas, pero el instinto no había desaparecido. Al final esto era lo más importante.

Cuando entró en el camino privado se fijó en una máquina que trabajaba en el campo de maíz vecino; el conductor no se perdía detalle de la actividad de la policía. Sus informaciones no tardarían en divulgarse por toda la zona. El hombre no sabía que estaba destruyendo pruebas. Tampoco lo sabía Frank cuando se bajó del coche, se puso la chaqueta y entró en la casa.

Con las manos en los bolsillos, Frank observó sin prisa la habitación. Se fijó en cada detalle del suelo, de las paredes e incluso del techo antes de volver a mirar la puerta espejo y el lugar donde la muerta había permanecido los últimos días.

—Saca muchas fotos, Stu —dijo Frank—. Las vamos a necesitar.

El fotógrafo sacó las fotos desde distintas distancias con el cadáver como punto de referencia para reproducir todos los aspectos de la habitación, incluida la víctima. Después filmarían en vídeo toda la escena del crimen acompañada por una grabación. No era un testimonio válido en un juicio, pero era imprescindible para la investigación. De la misma manera que los deportistas ven películas de competiciones, los detectives utilizan cada día más los vídeos para buscar pistas adicionales que muchas veces sólo se descubren después de diez, veinte o cien visionados.

La soga seguía en la posición original: atada a la cómoda colgaba por la ventana. Sólo que ahora estaba cubierta con un polvo negro empleado para descubrir huellas digitales. No las había, porque cualquiera que se descolgaba por una soga utilizaba guantes, aunque la soga tuviera nudos.

Sam Magruder, el oficial al mando, se acercó a Frank, después de pasar dos minutos en la ventana respirando aire puro. Hacía todo lo posible para no vomitar el desayuno. Habían traído un ventilador portátil y abierto todas las ventanas. Los técnicos de la unidad criminal llevaban mascarillas, pero el hedor era sofocante. La broma final de la naturaleza con los vivos: hermosa en un instante, putrefacta al

siguiente.

Frank repasó las notas de Magruder. Al observar el tono verdoso en el rostro del sargento le comentó:

—Sam, si te mantienes apartado de la ventana, perderás el sentido del olfato en cuatro minutos. Ahora sólo lo empeoras.

—Lo sé, Seth. Me lo dice el cerebro, pero mi nariz no le hace caso.

—¿Cuándo llamó el marido?

—Esta mañana, a las siete cuarenta y cinco hora local.

—¿Y dónde está? —preguntó Frank.

—En Barbados.

—¿Desde cuándo? —Frank inclinó la cabeza.

—Lo estamos confirmando.

—Hazlo.

—¿Cuántas tarjetas de visita han dejado, Laura?

—La pregunta iba dirigida a Laura Simon, la experta en huellas digitales.

—No encuentro gran cosa, Seth.

—Venga, Laura, tiene que haber huellas de ella por todas partes. ¿Qué me dices del marido? ¿De la criada? Esto tiene que estar hasta los topes.

—Pues no las encuentro.

—Estás de broma.

Simon, que se tomaba el trabajo muy en serio y era la mejor experta en huellas que conocía Frank, incluida la policía de Nueva York, le miró compungida. Había polvo de carbón por todas partes, ¿y no habían encontrado nada? En contra de la creencia popular, muchos asesinos dejaban huellas en la escena del crimen. Sólo había que saber dónde buscar. Laura Simon lo sabía y el resultado había sido cero. Con un poco de suerte quizás encontrarían algo cuando hicieran los análisis en el laboratorio. Había huellas, las denominadas latentes, que no se veían a primera vista por mucho que se las iluminara desde cualquier ángulo. Había que espolvorear y recoger en cinta adhesiva todo aquello que quizás habían tocado los delincuentes. Y después confiar en la suerte.

—Tengo unas cuantas cosas empaquetadas para llevarme al laboratorio. Usaré la ninhidrina y al resto le daré una pasada con Super Glue; entonces quizá tenga algo para ti. —Simon volvió a su trabajo.

Frank meneó la cabeza. El Super Glue, un cianoacrilato, era tal vez el mejor método para rociar y encontrar huellas en las cosas más increíbles. El inconveniente era que el proceso tardaba mucho en dar resultado. Un tiempo que no tenían.

—Venga, Laurie, por la pinta del cuerpo los malos ya nos llevan mucha ventaja.

—Tengo otro ester de cianoacrilato que quiero usar desde hace tiempo. Es más rápido. O si no puedo calentar el Super Glue. —Simon sonrió.

—Estupendo —exclamó el detective con una mueca—. La última vez que lo hiciste tuvimos que evacuar el edificio.

—Nada es perfecto en este mundo, Seth.

Magruder carraspeó. Quería intervenir.

—Al parecer nos enfrentamos a unos auténticos profesionales.

—No son profesionales, Sam —le corrigió Seth, muy serio—. Son criminales, son asesinos. No fueron a la universidad para aprender a hacer esto.

—No, señor.

—¿Estamos seguros de que es la señora de la casa? —preguntó Frank.

—Christine Sullivan. —Magruder señaló la foto en el velador—. De todos modos, pediremos una identificación positiva.

—¿Algún testigo?

—Ninguno por ahora. Todavía no hemos visitado a los vecinos. Lo haremos esta mañana.

Frank escribió un relato muy detallado de la habitación y el cadáver, y después hizo un croquis del cuarto y el contenido. Un buen abogado defensor podía dejar como un idiota a cualquier testigo de la acusación que no estuviese bien preparado. La falta de preparación significaba que los culpables salían libres.

Frank había aprendido la lección con sangre cuando era un novato y había llegado el primero a la escena de un robo. Nunca se había sentido tan avergonzado y deprimido en su vida como aquella vez cuando dejó el banquillo de los testigos, su testimonio hecho trizas y utilizado como base para dejar en libertad al acusado. De haber tenido el arma reglamentaria, aquel día el mundo se habría quedado con un abogado menos.

Frank cruzó la habitación para reunirse con el médico forense, un hombre canoso y entrado en carnes que sudaba la gota gorda a pesar del fresco de la mañana. El forense bajó la falda del cadáver. Frank se puso en cuclillas y observó las manos pequeñas de la víctima ahora metidas en bolsas de plástico; después miró el rostro de la mujer que mostraba una coloración negra y azul. La ropa estaba empapada con los fluidos corporales. Con la muerte se producía la relajación casi instantánea de los esfínteres. Los olores eran muy desagradables. Por suerte, la presencia de insectos era mínima a pesar de la ventana abierta. Aunque un entomólogo forense, por lo general, podía fijar la hora de la muerte con más acierto que un patólogo, a ningún detective, a pesar de la precisión, le agradaba examinar un cuerpo humano que se había convertido en alimento para los insectos.

—¿Ya tiene una hora aproximada? —le preguntó Frank.

—El termómetro rectal no servirá de mucho, sobre todo cuando la temperatura corporal baja unas ocho décimas por hora. Setenta y dos a ochenta y cuatro horas. Lo sabré mejor cuando la abra. —El médico se incorporó—. Heridas de bala en la cabeza —añadió, aunque ninguno de los presentes dudaba sobre la causa de la muerte de la mujer.

—Tiene unas marcas en el cuello.

El médico forense dirigió a Frank una mirada alerta y encogió los hombros.

—Así es. Todavía no sé lo que significan.

—Le agradecería que se diera prisa con este caso.

—No se preocupe. Por aquí no abundan los asesinatos. Siempre le damos prioridad. —El detective hizo una mueca al escuchar el comentario—. Espero que disfrute al tratar con la prensa —añadió el forense—. Vendrán como un enjambre de abejas.

—Dirá moscardones.

—Como usted quiera. Yo ya soy demasiado viejo para esas tonterías. Ya se la pueden llevar.

El médico forense acabó de recoger sus cosas y se marchó.

Frank sostuvo la mano pequeña cerca de los ojos, miró las uñas cuidadas por una manicura profesional. Vio las estrías en dos de las cutículas, algo bastante lógico si se había producido una pelea antes de que la mataran. El cuerpo estaba hinchado; las bacterias hacían su trabajo mientras avanzaba el proceso de descomposición. El rigor mortis había desaparecido; esto indicaba que llevaba muerta más de cuarenta y ocho horas. Los miembros eran flexibles por la desaparición de los tejidos blandos. Seth suspiró. El cadáver llevaba aquí mucho tiempo. Algo muy conveniente para el asesino, y malo para los policías.

Todavía le asombraba cómo la muerte cambiaba a las personas. Unos restos hinchados que se parecían muy poco a un ser humano, cuando sólo días antes... De no haber sido porque su sentido del olfato había dejado de funcionar no hubiese podido hacer lo que hacía. Pero eso venía dado por ser detective de homicidios. Todos los clientes estaban muertos.

Levantó con cuidado la cabeza de la víctima y la movió a un lado y a otro para que le diera la luz. Dos pequeños orificios de entrada en el lado derecho, y un boquete de salida dentado en el izquierdo. Balas de gran calibre. Stu había sacado fotos de las heridas desde distintos ángulos, incluida una desde arriba. Los bordes limpios de los orificios y la ausencia de quemaduras o marcas en la piel le indicaron que los disparos habían sido efectuados desde una distancia superior a los sesenta centímetros.

Las heridas de contacto de armas de calibre pequeño, las que se disparaban con el cañón apoyado en la carne, y las heridas de casi contacto, disparos hechos a menos de cinco centímetros del blanco, podían reproducir el tipo de heridas de entrada presentes en la víctima. Pero si era una herida de contacto quedarían residuos de pólvora en los tejidos a lo largo de la trayectoria del proyectil. La respuesta a la pregunta la daría la autopsia.

Después Frank miró la contusión en el lado izquierdo de la mandíbula. Quedaba oculta en parte por la hinchazón natural del cuerpo dentro del proceso de descomposición, pero Frank había visto cadáveres suficientes como para notar la diferencia. La superficie de la piel mostraba una curiosa amalgama de verde, pardo y negro. Eso sólo lo podía hacer un golpe muy fuerte. ¿Un hombre? Esto resultaba

confuso. Llamó a Stu para que tomara unas fotos de la contusión con una escala de colores. Por último volvió a apoyar la cabeza de la víctima en el suelo con el respeto que se merecía, incluso en estas circunstancias tan asépticas.

En la autopsia que le harían a continuación no mostrarían tanta deferencia.

Frank levantó poco a poco la falda. La ropa interior intacta. El informe de la autopsia contestaría la pregunta obvia.

El detective se paseó por el dormitorio mientras los técnicos seguían con su trabajo. Una de las ventajas de vivir en un condado muy rico, aunque rural, era que la base impositiva daba de sobras para mantener una unidad criminal pequeña pero de primera clase, dotada con todos los adelantos tecnológicos que en teoría ayudaban a la detención de los malhechores.

La víctima había caído sobre el lado izquierdo, en dirección opuesta a la puerta. Las rodillas un tanto recogidas, el brazo izquierdo estirado, el otro contra la cadera derecha. El rostro señalaba al este, perpendicular al borde de la cama; estaba casi en posición fetal. Frank se rascó la nariz. Del principio al fin, y de vuelta al principio. Nadie sabía nunca cuando iba a dejar el mundo, ¿no?

Con la ayuda de Simon, Frank trianguló la posición del cuerpo; la cinta métrica chirrió al desenrollarse. El ruido sonó como un sacrilegio en este cuarto de muerte. Miró el umbral y la posición del cuerpo. Entre los dos calcularon una trayectoria preliminar de los disparos. El resultado indicaba que los habían efectuado desde el umbral, algo curioso, porque lo lógico hubiese sido a la inversa si al ladrón le habían sorprendido *in fraganti*. Sin embargo, había otra prueba que confirmaba la presunta trayectoria.

Frank se arrodilló una vez más junto al cuerpo. No había marcas en la alfombra de que hubieran arrastrado el cadáver, y las manchas de sangre junto con la dispersión de las salpicaduras confirmaban que la víctima había recibido los disparos en el lugar donde estaba. Con mucho cuidado tumbó el cadáver y levantó la falda. Después del fallecimiento, la sangre se acumula en las partes más bajas del cuerpo, una condición que se llama *livor mortis*. Pasadas entre cuatro y seis horas, el *livor mortis* se quedaba fijo. En consecuencia, cualquier movimiento del cuerpo no producía cambios en la distribución de la sangre. Frank dejó el cuerpo boca arriba. Todo confirmaba que Christine Sullivan había muerto allí.

La dispersión de las salpicaduras reforzaba la conclusión de que la víctima miraba hacia la cama cuando murió. Si era así, ¿qué diablos miraba? Lo más lógico era que una persona a la que iban a disparar mirara en dirección al atacante, rogara por su vida. Frank estaba seguro de que Christine Sullivan habría rogado. El detective miró el lujoso dormitorio. Ella tenía mucho por qué vivir.

Observó la alfombra con mucha atención, con el rostro a unos centímetros de la superficie. La dispersión de las salpicaduras era irregular, como si hubiese habido algo tendido delante o al costado de la muerta. Esto podía ser importante. Se había escrito mucho sobre la dispersión de las salpicaduras. Frank comprendía su utilidad,

aunque intentaba no ver en ellas cosas que quizá no estaban. Pero si algo había protegido parcialmente la alfombra de la sangre, quería saber qué era. Además, la ausencia de manchas en el vestido le intrigaba. Era un detalle que no debía olvidar; quizá también significaba alguna cosa.

Simon abrió su maletín y, con la ayuda de Frank, tomó muestras de la vagina. A continuación revisaron el pelo de la cabeza y el vello púbico en busca de sustancias extrañas. Después guardaron en una bolsa las ropas de la víctima.

Frank examinó el cuerpo centímetro a centímetro. Miró a Simon. Ella le leyó el pensamiento.

—No habrá ninguna, Seth.

—Por favor, Laurie.

Simon cogió el equipo de huellas dactilares y espolvoreó las muñecas, los senos, el cuello, y la cara interior de los brazos. Al cabo de unos segundos miró a Frank y le dijo que no con la cabeza. Guardó lo que habían encontrado.

Él contempló cómo envolvían el cadáver en una sábana, lo metían en una bolsa, y se lo llevaban hasta la ambulancia que transportaría a Christine Sullivan a un lugar donde todo el mundo rezaba para no ir.

Después estudió la caja fuerte, se fijó en el sillón y el mando a distancia. El polvo del suelo de la cámara estaba removido. Simon ya había cubierto el sector. Había una mancha de polvo en el asiento del sillón. Sin embargo habían forzado la puerta; había marcas en ella y en la pared donde estaba la cerradura. Cortarían el trozo para ver si conseguían una huella de la herramienta. Frank miró a través de la puerta de la caja y sacudió la cabeza. Un espejo de una sola dirección. Muy bonito. Nada menos que en el dormitorio. Cada vez tenía más ganas de conocer al hombre de la casa.

Volvió al dormitorio, miró la foto sobre el velador. Miró a Simon.

—Ya lo hice, Seth —le informó ella. Frank asintió y recogió la foto. Una mujer hermosa, pensó, muy hermosa, con una expresión de ven-y-fóllame. La foto la habían tomado en esta habitación, con la difunta sentada en un sillón junto a la cama. Entonces advirtió la marca en la pared. La habitación tenía paredes enlucidas de verdad en lugar del típico cartón yeso, pero la marca era profunda. También vio que la mesa de noche estaba fuera de su sitio; los pelos de la alfombra señalaban la posición original. Se volvió hacia Magruder.

—Al parecer alguien chocó contra esto.

—Quizá durante la pelea.

—Quizá.

—¿Han encontrado la bala?

—Una todavía la tiene ella, Seth.

—Me refiero a la otra, Sam. —Frank meneó la cabeza impaciente. Magruder señaló la pared junto a la cama, donde había un pequeño orificio apenas visible. Frank asintió—. Corta el trozo, y deja que los chicos del laboratorio la saquen. No intentes sacarla tú.

El año pasado en dos ocasiones las pruebas de balística no habían servido para nada porque un agente llevado por el entusiasmo había escarbado las balas de la pared y estropeado las estrías.

—¿Algún casquillo?

—Nada. Si el arma asesina expulsó los casquillos, los recogieron. —Magruder se dirigió a Simon—. ¿La «Evac» ha encontrado algún tesoro?

La aspiradora de evidencias era una máquina muy potente, dotada de una serie de filtros, que se utilizaba para aspirar de las alfombras y otros materiales, pelos, fibras y otros objetos pequeños que muchas veces daban buenos resultados, porque como los malhechores no los veían, no los quitaban.

—Ojalá mi alfombra estuviese tan limpia —bromeó Magruder.

—¿Habéis encontrado algo, gente? —preguntó Frank a los miembros de la unidad criminal. Todos se miraron sin saber si Frank pretendía hacer un chiste. Todavía se lo preguntaban cuando él salió del dormitorio para ir a la planta baja.

Un representante de la compañía de seguridad conversaba con un agente en la puerta de la casa. Un técnico de la unidad guardaba la tapa y los cables del control de la alarma en bolsas de plástico. El técnico le mostró a Frank el punto minúsculo donde estaba saltada la pintura y una viruta casi microscópica, pruebas de que habían quitado la tapa. En los cables había unas muescas como dientes. El representante contempló admirado el trabajo del ladrón. Magruder se sumó al grupo; ya no estaba tan pálido.

—Sí, es probable que utilizaran un contador —comentó el representante—. Es lo que parece.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Seth.

—Un método asistido por ordenador para cargar un número masivo de combinaciones en la memoria del sistema hasta dar con la combinación correcta. Es muy parecido a lo que hacen para romper las claves de acceso a los ordenadores.

Frank miró el control destripado y después al hombre.

—Me sorprende que una casa como ésta no tenga un sistema más sofisticado.

—Es un sistema sofisticado —afirmó rápidamente el representante a la defensiva.

—Muchos ladrones utilizan ordenadores en estos tiempos.

—Sí, pero la cuestión es que este juguete tiene una base de quince dígitos, y un tiempo de espera de cuarenta y tres segundos. Si no la acierta, se arma la de Dios es Cristo.

Frank se rascó la nariz. Tendría que volver a su casa y ducharse. El olor a muerto calentado durante varios días en una habitación cálida dejaba un rastro indeleble en la ropa, el pelo, y la piel. También en la nariz.

—¿Y? —preguntó Frank.

—Verá, los modelos portátiles que podría usar en un trabajo como éste no pueden procesar el número suficiente de combinaciones en sólo treinta segundos. Mierda, en una configuración basada en quince dígitos hay un billón de combinaciones posibles.

No creo que el tipo cargara con un ordenador normal.

—¿Por qué treinta segundos? —quiso saber Magruder.

—Necesitaba unos segundos para quitar la tapa, Sam —contestó Frank. Miró al hombre de seguridad—. ¿Decía?

—Digo que si el tipo abrió el sistema con un portátil es que debió eliminar varios de los dígitos posibles. Quizá la mitad, o más. Esto significa que se puede conseguir un sistema que lo haga bien, o que se inventaron algo capaz de romper el sistema. Pero no hablamos de ordenadores baratos, ni de unos rateros de la calle que entran en una tienda y salen con una calculadora. Cada día hacen los ordenadores más pequeños y más rápidos pero debe comprender que la velocidad del ordenador no resuelve el problema. Tiene que contar con la velocidad de respuesta del ordenador del sistema de seguridad a la entrada de todas las combinaciones. Es muy probable que sea mucho más lenta que la de su equipo. Y entonces se encuentra metido en un buen follón. Si yo fuera uno de esos tipos querría un margen cómodo. ¿Sabe lo que quiero decir? En su trabajo no hay segundas oportunidades.

Frank miró el uniforme del hombre y después el panel. Si el tipo estaba en lo cierto, él ya sabía lo que significaba. Ya había pensado en esa posibilidad cuando vio que la puerta principal no había sido forzada.

—Me refiero que podemos eliminar esa posibilidad —añadió el representante—. Tenemos sistemas que se niegan a reaccionar hasta la introducción masiva de combinaciones. Dejan de funcionar. El problema con estos sistemas tan sensibles a las interferencias es que también se disparaban cuando los dueños no recordaban los números al primer o segundo intento. Joder, recibíamos tantas falsas alarmas que los departamentos de policía comenzaron a multarnos.

Frank le dio las gracias, y se fue a recorrer la casa. El autor de este crimen sabía muy bien lo que hacía. No iba a ser fácil resolver el caso. Una buena planificación previa significaba un buen plan posterior. Pero no habían contado con matar a la señora de la casa.

Frank se apoyó en el marco de una puerta y pensó en la palabra utilizada por su amigo el médico forense: heridas.

Jack llegó temprano. Sobre la una y media. Se había tomado el día libre, y dedicado casi toda la mañana a decidir qué se pondría; algo que nunca le había preocupado antes, pero que ahora le parecía de una importancia vital.

Se arregló la americana gris, cosió un botón de la camisa de algodón blanca y se ajustó el nudo de la corbata por enésima vez.

Caminó por el muelle y observó a los marineros baldear la cubierta del Cherry Blossom, una nave de recreo que imitaba los viejos barcos del Mississippi. Kate y Jack habían navegado en él durante su primer año en Washington, en una de las pocas tardes que no habían tenido que trabajar. Intentaban disfrutar de todas las atracciones turísticas. Había sido un día templado como el de hoy, pero más despejado. Ahora llegaban los nubarrones por el oeste; en esta época del año llovía casi todas las tardes.

Se sentó en un banco cerca de la pequeña casilla del capitán del muelle y se entretuvo contemplando el vuelo lento de las gaviotas sobre las aguas revueltas. Desde esta posición privilegiada se veía el Capitolio. La estatua de la Libertad, despojada de la capa de mugre acumulada durante ciento treinta años de vivir al aire libre gracias a una reciente limpieza, se erguía majestuosa en lo más alto de la famosa cúpula. La gente de esta ciudad vivía cubierta de mugre, pensó Jack, venía dada por el lugar.

Los pensamientos de Jack se volvieron hacia Sandy Lord, el más prolífico cuerno de la abundancia, y el ego más grande de Patton, Shaw. Sandy era toda una institución en los círculos legales y políticos de la capital. Los otros socios pronunciaban su nombre como si, en aquel mismo momento, acabara de bajar del Sinaí con su propia versión de los diez mandamientos. El primero decía: «Harás que los socios de Patton, Shaw y Lord ganen todo el dinero posible».

Resultaba irónico, pero Sandy Lord había sido parte del atractivo cuando Ransome Baldwin le mencionó la firma. Lord era uno de los mejores, si no el más destacado ejemplo de los abogados del poder que había en la ciudad, y aquí los había por docenas. Las posibilidades de Jack eran ilimitadas. Si estas posibilidades incluían la felicidad personal, eso estaba todavía por verse.

Tampoco tenía muy claro qué esperaba sacar de esta comida. Sí, estaba seguro de querer ver a Kate Whitney. Lo deseaba con toda el alma. Tenía la sensación de que cuanto más se aproximaba la fecha de la boda, más se apartaba él emocionalmente. ¿Había mejor refugio que la mujer con la que había querido casarse hacía cuatro años? Se estremeció al recordarlo. Le aterrorizaba casarse con Jennifer Baldwin. Le espantaba que su vida se convirtiera en algo irreconocible para él.

Algo le hizo volver la cabeza, sin ningún motivo aparente. Entonces la descubrió mirándole desde el borde del muelle. El viento le apretaba la falda larga contra las piernas, el sol luchaba contra los nubarrones, pero daba luz suficiente para brillar sobre su rostro cuando ella se apartó el mechón de pelo de los ojos. Tenía las

pantorrillas bronceadas y la blusa amplia dejaba al descubierto los hombros con las pecas y la pequeña marca de nacimiento en forma de media luna que Jack tenía la costumbre de recorrer con el dedo después de hacer el amor, cuando ella dormía y él la miraba.

Jack sonrió mientras ella se acercaba. Sin duda había ido a su casa a cambiarse. Era obvio que esas prendas presentaban un lado femenino de Kate Whitney que sus oponentes legales nunca llegarían a conocer.

Entraron en el pequeño restaurante, pidieron y dedicaron los primeros minutos a mirar por la ventana el inicio de la tormenta que azotaba los árboles, y a intercambiar miradas tímidas, como si esta fuese la primera cita y les diera vergüenza mirarse a los ojos.

—Gracias por venir, Kate.

—Me gusta el lugar. —Encogió los hombros—. Hace años que no venía por aquí. Es agradable poder salir. Casi siempre como en el despacho.

—¿Galletas y café? —Él sonrió y le miró los dientes. El colmillo que se curvaba un poco hacia dentro, como si quisiera abrazar al vecino. Le gustaba ese diente. Era la única imperfección que tenía.

—Galletas y café. —Kate le devolvió la sonrisa—. Pero ahora sólo fumo dos cigarrillos al día.

—Felicidades.

La lluvia llegó al mismo tiempo que el primer plato.

Kate miró por un instante la comida, después a través de la ventana y, por último, con un gesto brusco, a Jack. Le sorprendió mirándola. Jack sonrió con timidez y se apresuró a beber un trago.

Ella dejó la servilleta sobre la mesa.

—El Mall es un lugar muy grande como para tropezar con alguien por casualidad.

—Desde hace un tiempo tengo una racha de buena suerte —replicó él con la cabeza gacha. Pero después se enfrentó a su mirada. Ella esperó. Él hundió los hombros, derrotado.

—Está bien. No fue casual, sino algo premeditado. Pero no puedes discutir el resultado.

—¿Cuál es el resultado? ¿Comer aquí?

—No miro al futuro. Sólo doy un paso a la vez. Me he prometido cambiar. Cambiar es bueno.

—Al menos ya no defiendes a violadores y asesinos —señaló ella con un tono bastante desdeñoso.

—Ni ladrones —replicó él y lo lamentó en el acto.

El rostro de Kate se puso gris.

—Lo siento, Kate. No quería decir eso.

Ella sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno y le lanzó el humo a la cara. Jack apartó la nube con la mano.

—¿El primero o el segundo del día?

—El tercero. No sé por qué siempre me haces sentir atrevida. —Ella miró al exterior, cruzó las piernas. Uno de sus pies tocó la rodilla de Jack y se apresuró a apartarlo. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó al tiempo que cogía el bolso.

—Tengo que volver al trabajo. ¿Cuánto te debo?

—Te invité a comer. Cosa que no has hecho.

Ella sacó un billete de diez, lo arrojó sobre la mesa y se dirigió hacia la salida.

Jack añadió otros diez y la siguió.

—¡Kate!

La alcanzó un metro más allá de la puerta. Diluviaba y a pesar de que Jack utilizó la chaqueta a modo de paraguas se empaparon en un segundo. Ella no se dio ni cuenta. Se metió en el coche. Jack dio la vuelta y se sentó en el asiento del pasajero. Ella le miró.

—Tengo que volver a la oficina.

Jack inspiró con fuerza, se enjugó el rostro. En el interior del coche el repiqueteo de la lluvia resultaba atronador. Sintió que la situación se le escapaba de las manos. No sabía qué hacer. Pero tenía que decir algo.

—Venga, Kate, estamos hechos una sopa. Vamos a cambiarnos y después al cine. No, mejor al campo. ¿Recuerdas el Windsor Inn? Ella le miró atónita ante sus palabras.

—Jack, ¿por casualidad se te ha ocurrido discutir esto con la mujer con quien te vas a casar?

Jack agachó la cabeza. ¿Qué debía contestar? ¿Que no estaba enamorado de Jennifer Baldwin aunque le había pedido que se casara con él? Ahora mismo ni siquiera recordaba si había llegado a pedírselo.

—Sólo quiero estar un rato contigo, Kate. Nada más. ¿Qué tiene de malo?

—Todo. Absolutamente todo, Jack. —Kate metió la llave en el contacto, pero él le apartó la mano.

—No quiero convertir esto en una pelea.

—Jack, tú tomaste una decisión. Ahora es un poco tarde para cambiarla.

—Perdona —replicó él asombrado—. ¿Mi decisión? Yo tomé la decisión de casarme contigo hace más de cuatro años. Ésa fue mi decisión. Tú decidiste acabar con el asunto.

—Está bien, fue decisión mía. —Kate se apartó el pelo mojado de los ojos. ¿Y ahora qué?

Él se volvió en el asiento, la sujetó por los hombros.

—Escucha, se me ocurrió anoche, así sin más. ¡No, mentira! Lo pienso cada noche desde que te marchaste. Sé que fue un error, ¡maldita sea! Ya no soy un defensor público. Tienes razón. Ya no defiendo a los criminales. Llevo una vida respetable. Yo, nosotros... —Miró el rostro atónito de Kate, y se quedó en blanco. Le

temblaban las manos. La soltó y se derrumbó en el asiento.

Se quitó la corbata mojada, la guardó en un bolsillo y miró el reloj del tablero. Ella se fijó en el velocímetro inmóvil, y después miró a Jack. Le habló con dulzura, aunque el dolor era evidente en sus ojos.

—Jack, la comida ha estado muy bien. Me alegró verte. Pero eso es lo más lejos que podemos llegar. Lo siento. —Se mordió el labio inferior, un gesto que él no vio porque se bajaba del coche.

—Te deseo lo mejor, Kate —dijo Jack que asomó la cabeza antes de cerrar la puerta—. Si alguna vez necesitas cualquier cosa, llámame.

Ella se fijó en las espaldas anchas de Jack mientras él se alejaba bajo la lluvia, se metía en el coche y se marchaba. Permaneció inmóvil durante unos minutos. Una lágrima corrió por su mejilla. Se la quitó con un movimiento brusco, arrancó el coche y se alejó en la dirección opuesta.

A la mañana siguiente, Jack cogió el teléfono y después lo volvió a dejar. No tenía ningún sentido. Llevaba en la oficina desde las seis, había sacado todo el trabajo urgente, y ahora se ocupaba de los proyectos que llevaban semanas pendientes. Miró a través de la ventana. El sol se reflejaba en los edificios de cemento y ladrillo. Le molestó el resplandor y bajó la persiana.

Kate no iba a reaparecer de pronto en su vida y tenía que comprenderlo. Había pasado la noche dándole vueltas a todas las situaciones posibles, la mayoría inverosímiles. Se encogió de hombros. Lo mismo les pasaba a hombres y mujeres cada día en todos los países del mundo. Algunas veces las cosas no funcionaban. Aunque se desearan por encima de todo lo demás. No se podía obligar a una persona amar a otra. Había que seguir adelante. Él tenía dónde ir. Quizás era hora de disfrutar del futuro que le esperaba.

Volvió a sentarse y se ocupó de otros dos proyectos: una cuenta de participación que necesitaba un estudio previo, y el otro para su único cliente aparte de Baldwin, Tarr Crimson.

Crimson, propietario de una pequeña compañía audiovisual, era un genio en gráficos e imágenes generadas por ordenador y se ganaba muy bien la vida con las conferencias audiovisuales para compañías de la industria hotelera. Viajaba en moto, vestía tejanos cortados a medida, fumaba de todo, incluido algún canuto de vez en cuando, y parecía el drogata más pasado del mundo.

Se habían conocido cuando un fiscal amigo de Jack acusó a Tarr de ebriedad y desorden en la vía pública, y perdió el caso. Tarr se presentó en el juicio vestido con traje y chaleco, maletín de ejecutivo, y la barba y el pelo bien cortados y peinados. Había argumentado con mucha persuasión que el testimonio del agente de policía era parcial porque le había detenido a la salida de un concierto de los Grateful Dead, que la prueba era inadmisibile porque el poli no le había comunicado las advertencias legales pertinentes y, por último, que el alcoholímetro utilizado en la prueba no funcionaba correctamente.

El juez, sobrecargado con más de cien detenciones realizadas en el mismo concierto, archivó el caso después de advertir al policía que en el futuro se atuviera estrictamente a las normas. Jack había contemplado el juicio sin salir de su asombro. Impresionado, Jack salió de la sala en compañía de Tarr, tomó una cerveza con él aquella noche, y no tardaron en hacerse grandes amigos.

Excepto por algún roce ocasional y poco importante con la ley, Crimson era un buen, aunque no bienvenido, cliente en las salas de Patton, Shaw. Había sido parte del trato que a Tarr, que había despedido a su último abogado, se le permitiera seguir a Jack a Patton, Shaw como si la firma hubiese puesto alguna pega a un futuro socio que aportaba cuatro millones de dólares en trabajos.

Dejó la estilográfica y volvió a la ventana mientras sus pensamientos se centraban otra vez en Kate Whitney. Se le pasó una idea por la cabeza. Cuando Kate le dejó, Jack fue a ver a Luther. El viejo no tuvo consejos sabios, ni una solución instantánea al dilema de Jack. En realidad, Luther era la persona menos indicada para aconsejar a nadie sobre cómo llegar al corazón de su hija. Sin embargo, él siempre había podido hablar con Luther. De cualquier cosa. El hombre escuchaba. De verdad. No se limitaba a esperar que el otro hiciera una pausa en el relato para endilgarle sus propios problemas. Jack no sabía muy bien qué le diría. Pero sí estaba seguro de que Luther le escucharía. Con eso ya tendría suficiente.

Una hora más tarde escuchó el zumbido de la agenda electrónica. Jack miró la hora y se puso la chaqueta.

Jack caminó de prisa por los pasillos. Comería con Sandy Lord dentro de veinte minutos. Jack se sentía un poco inquieto por tener que comer con el hombre, a solas. Se comentaban muchísimas cosas de Sandy Lord, casi todas ciertas. La secretaria de Jack se lo había dicho esta mañana: él quería comer con Jack Graham. Y lo que Sandy Lord quería iba a misa, le recordó la secretaria con un cuchicheo que molestó a Jack.

Veinte minutos, pero primero Jack tenía que hablar con Alvis de los documentos de Bishop. Jack sonrió al recordar la expresión de Barry cuando depositó los borradores de la fusión sobre la mesa, treinta minutos antes de la hora límite. Alvis les había echado una ojeada sin disimular el asombro.

«Esto pinta muy bien. Me doy cuenta de que te di un plazo demasiado breve. No es algo que me guste hacer —le había dicho Barry, sin mirarle a la cara—. Te agradezco el esfuerzo, Jack. Lamento haber estropeado tus planes».

«No sufras, Barry, para eso me pagan». En el momento que Jack se disponía a marchar, Barry se había levantado.

«Jack, en realidad tú y yo nunca hemos tenido ocasión de hablar desde que estás aquí. Es una firma muy grande. Espero que un día de estos podamos ir a comer juntos».

«Estupendo, Barry. Dile a tu secretaria que le pase a la mía unas cuantas fechas».

En aquel momento Jack se dio cuenta de que Barry no era mal tipo. Le había

estropeado una fiesta, ¿y qué? Comparado cómo trataban los socios a los subordinados, Jack lo había tenido fácil. Además, Barry era un abogado de empresas de primera fila y Jack podía aprender mucho con él.

Jack pasó por delante de la mesa de la secretaria de Barry, pero Sheila no estaba en su puesto.

Entonces Jack vio las cajas amontonadas contra la pared. La puerta del despacho de Barry estaba cerrada. Jack llamó sin obtener respuesta. Abrió la puerta y se quedó de piedra. Cerró los ojos y los volvió a abrir incrédulo. Las librerías estaban vacías, en la pared sólo se veían las manchas más claras donde habían estado colgados los diplomas y certificados.

«¿Qué diablos?». Cerró la puerta y al volverse chocó con Sheila.

La mujer, siempre muy profesional y seria en el trato, sin un pelo fuera de lugar y las gafas bien montadas en el caballete de la nariz, estaba hecha unos zorros. Había sido la secretaria de Barry durante diez años. Miró a Jack con un destello de furia en los ojos que desapareció en un segundo. Le dio la espalda, volvió a su despacho y comenzó a preparar las cajas. Jack la observó atónito.

—Sheila, ¿qué demonios pasa? ¿Dónde está Barry? —Ella no le respondió. Movía las manos cada vez más rápido hasta que llegó un momento en que tiraba las cosas dentro de la caja. Jack se acercó, miró la caja—. ¿Sheila? —repitió—. Dime qué está pasando. ¡Sheila! —Él le cogió una mano. Ella le dio una bofetada, algo que la conmovió tanto que se desplomó en la silla. Poco a poco agachó la cabeza hasta apoyarla en la mesa y se echó a llorar.

Jack miró a su alrededor. ¿Barry estaba muerto? ¿Había sufrido un accidente mortal y nadie se había molestado en avisarle? ¿La firma era tan enorme, tan insensible? ¿Se enteraría por una nota interior? Se miró las manos. Estaban temblando.

Se sentó en el borde de la mesa, tocó con suavidad el hombro de Sheila en un intento por consolarla sin resultado. Jack miró indefenso mientras continuaban los sollozos cada vez más fuertes. Por fin aparecieron dos secretarias de un despacho vecino y se llevaron a Sheila. Las dos miraron a Jack con cara de pocos amigos.

¿Qué diablos había hecho él? Miró la hora. Le quedaban diez minutos para la cita con Lord. De pronto le interesó mucho el encuentro. Lord sabía todo lo que pasaba en la firma, casi siempre antes de que ocurriera. Entonces un pensamiento brotó de las profundidades de su mente, un pensamiento terrible. Recordó la recepción en la Casa Blanca y el enojo de su prometida. Él le había mencionado a Barry Alvis por su nombre. Pero ella no hubiera sido capaz... Jack se marchó casi a la carrera, los faldones de la americana ondeando en el aire.

Fillmore's era el nuevo punto de encuentro obligado de los poderosos. Las puertas eran de caoba maciza con herrajes de latón; las alfombras y cortinas hechas a mano valían una fortuna. Cada mesa era un paraíso autosuficiente de máxima productividad. Había servicios de teléfono, fax y fotocopiadora y se usaban con

profusión. En las sillas como tronos, dispuestas alrededor de las mesas talladas, se sentaba la auténtica elite de los círculos políticos y económicos de Washington. Los precios garantizaban que la clientela seguiría así.

El ambiente del restaurante era sosegado aunque estaba lleno; sus ocupantes no estaban acostumbrados a que les diesen prisa, se movían a su ritmo. Algunas veces la sola presencia en una mesa en particular, el movimiento de una ceja, un carraspeo, una mirada, era para ellos todo un día de trabajo, y les reportaría grandes ganancias para ellos o para aquéllos a los que representaban. El dinero y poder más puro flotaban por el salón en patrones bien definidos que se unían y separaban.

Los camareros, con pechera y pajarita, aparecían y desaparecían en el momento preciso y con toda discreción. Los clientes eran mimados y servidos, se les escuchaba o dejaba solos de acuerdo con el momento. Y las propinas reflejaban el aprecio del cliente.

Fillmore's era el lugar preferido de Sandy Lord a la hora de comer. Miró por encima del menú, y sus ojos grises inspeccionaron rápida y metódicamente el amplio comedor en busca de posibles negocios o quizás algo más. Acomodó su pesado corpachón en la silla y pasó la punta de los dedos por encima de la oreja para arreglarse el pelo. El problema era que las caras conocidas desaparecían con el paso del tiempo, arrebatadas por la muerte o el retiro hacia el sur. Quitó una mota de polvo de uno de los puños de la camisa con sus iniciales y suspiró. Lord ya había esquilado a la gente poderosa de este establecimiento, o quizá de toda la ciudad.

Llamó a su despacho para saber si había algún recado. Walter Sullivan no había llamado. Si el negocio de Sullivan se concretaba, Lord se encontraría con todo un país del antiguo bloque soviético como cliente.

¡Un país entero! ¿Cuánto se le podía cobrar a un país? En condiciones normales una fortuna. Pero el problema estaba en que los excomunistas no tenían dinero, a menos que se contara como tal los rublos, cupones, copecs o lo que utilizaran ahora, aunque quizá todo eso sólo sirviera como papel higiénico.

Esto no le preocupaba. Los excomunistas tenían materias primas en abundancia y eso era lo que quería Sullivan. Por esa razón Lord había pasado tres meses en aquel país. Pero habría valido la pena si Sullivan se salía con la suya.

Lord había aprendido a dudar de todo el mundo. Pero si había alguien capaz de sacar adelante este negocio, ése era Walter Sullivan. Todo lo que tocaba parecía multiplicarse a escala mundial, y los despojos que recibían sus cohortes eran verdaderas fortunas. El viejo, casi con ochenta años, no había bajado el ritmo ni un ápice. Trabajaba quince horas al día, se había casado con una nena de veintitantos que era una ricura. Ahora mismo estaba en Barbados con tres políticos de alto nivel para agasajarlos al mejor estilo del oeste y de paso hacer algún pequeño negocio. Sullivan llamaría. La breve y selecta lista de clientes de Sandy aumentaría en uno, pero qué uno.

Lord se fijó en la joven con una falda que apenas le tapaba el culo y tacones altos

que cruzaba el comedor.

Ella le sonrió; él le respondió con un movimiento de cejas, uno de sus gestos preferidos por la ambigüedad. La joven trabajaba como enlace con el congreso para una de las grandes asociaciones de la calle Dieciséis, pero a él le importaba muy poco su trabajo. Para él lo único importante era que follaba de maravilla.

Verla le recordó muchas cosas agradables. Tendría que llamarla. Escribió una nota recordatoria en la agenda electrónica. Después volvió su atención, como hicieron la mayoría de las señoras presentes, a la figura alta y atlética de Jack Graham que venía hacia él recto como una flecha.

Lord se puso de pie y le ofreció la mano. Jack no la aceptó.

—¿Qué diablos ha pasado con Barry Alvis?

Lord adoptó una expresión de desconcierto y se sentó. Apareció un camarero al que Lord despachó con un ademán. Lord miró a Jack, que seguía de pie.

—No le das a uno ni tiempo para respirar. Directo al hígado. A veces no está mal, pero no siempre.

—No bromeo, Sandy, quiero saber qué está pasando. La oficina de Barry está vacía, su secretaria me mira como si hubiese ordenado que lo mataran. Quiero respuestas. —La voz de Jack subió de tono, y aumentaron las miradas desde las otras mesas.

—No sé qué piensas, pero estoy seguro de que podemos discutirlo con un poco más de dignidad. Siéntate y compórtate cómo corresponde a un socio de la mejor firma de abogados de la ciudad.

Durante cinco segundos cruzaron las miradas hasta que Jack se sentó.

—¿Una copa?

—Cerveza.

Reapareció el camarero y se marchó con el pedido de una cerveza y un *gin tonic* para Sandy. Lord encendió un Raleigh, miró distraído a través de la ventana, y después a Jack.

—Entonces sabes lo de Barry.

—Sólo sé que no está. Quiero que me digas por qué no está.

—No hay mucho que decir. Se decidió despedirle, con fecha de hoy.

—¿Por qué?

—¿Y a ti qué más te da?

—Barry y yo estábamos trabajando juntos.

—Pero no eran amigos.

—Porque todavía no se había presentado la ocasión.

—¿Por qué demonios querías hacerte amigo de Barry Alvis? El tipo sólo servía para asociado. No daba para más, te lo juro. He conocido a cientos como él.

—Era un abogado extraordinario.

—No; técnicamente, era un abogado muy competente, con grandes conocimientos en el tema de transacciones de empresa e impuestos, y experto en la compra de

mutuas de asistencia médica. Nunca aportó ni un solo cliente, ni lo aportará. Eso no es ser un «abogado extraordinario».

—Coño, no me vengas con ésas. Era una persona muy útil para la firma. Necesitas a alguien para que saque adelante el trabajo.

—Tenemos unos doscientos abogados muy bien preparados para sacar adelante el trabajo suficiente. En cambio, sólo tenemos una docena de socios que aportan clientes. Es una proporción a corregir. Demasiados soldados y muy pocos jefes. Tú ves a Barry Alvis como una persona muy útil, nosotros le consideramos un riesgo bastante caro sin el talento suficiente para promocionarse. Facturaba lo suficiente para ganar un buen sueldo. Esto no aporta ningún dinero a los socios. Por lo tanto, se decidió cortar la relación.

—¿Me estás diciendo que no recibiste ninguna insinuación de Baldwin?

En el rostro de Lord apareció una expresión de auténtico asombro. Como abogado con más de treinta y cinco años de experiencia en tramoyas y argucias, era un mentiroso consumado.

—¿Qué coño les importa Barry Alvis a los Baldwin?

Jack escudriñó el rostro obeso por unos instantes y después soltó el aliento poco a poco. Miró a los demás comensales avergonzado por haber hecho el ridículo. ¿Todo esto para nada? ¿Pero y si Lord mentía? Volvió a mirar al hombre impasible. ¿Por qué iba a mentir? Jack pensó en varias razones, pero ninguna tenía mucho sentido. ¿Estaba equivocado? ¿Se había comportado como un burro delante del socio más poderoso de la firma?

—El despido de Barry Alvis forma parte del esfuerzo para quitar lastre en los niveles superiores —añadió Sandy con un tono más suave, casi de consuelo—. Queremos abogados que hagan su trabajo y aporten clientes. Caray, como tú. Es sencillo. Barry no ha sido el primero ni será el último. Llevamos trabajando en esto desde hace tiempo, Jack. Mucho antes de que tú llegaras a la firma. —Lord hizo una pausa, mientras miraba a Jack con mucha atención—. ¿Me ocultas alguna cosa? Dentro de poco seremos socios, no puedes ocultarle cosas a tus socios.

Lord rio para sus adentros. La lista de arreglos secretos con sus clientes era larguísima.

Jack estuvo a punto de morder el cebo, pero se contuvo.

—Todavía no soy socio, Sandy.

—Pura formalidad.

—Las cosas no ocurren hasta que pasan.

Lord se movió incómodo en la silla, apartó el humo del cigarrillo como si fuese una varita mágica. Así que los rumores de que Jack pensaba cambiar de barco eran verdad. Los rumores eran la razón por la que Lord estaba sentado aquí con el joven abogado. Se miraron. En el rostro de Jack apareció la sombra de una sonrisa. Los cuatro millones de dólares en trabajo eran una zanahoria irresistible. Sobre todo porque significaban otros cuatrocientos mil para Sandy Lord; no era que los

necesitara, pero tampoco iba a rechazarlos. Tenía fama de gastar mucho. Los abogados no se jubilaban. Trabajaban hasta que se morían. Los mejores ganaban mucho dinero, pero comparado con los presidentes, estrellas del rock y actores cobraban sueldos de miseria.

—Pensaba que te gustaba nuestra tienda.

—Me gusta.

—¿Y?

—¿Y qué?

La mirada de Sandy paseó otra vez por el salón. Vio a otra mujer conocida vestida con un elegante y muy caro traje chaqueta, debajo del cual Sandy tenía sus buenas razones para creer que no llevaba nada más. Se bebió el resto del *gin tonic*, miró a Jack. Lord estaba a punto de estallar. Estúpido mocosito hijo de puta.

—¿Has estado antes aquí?

Jack sacudió la cabeza mientras leía el menú de varias páginas para saber si servían hamburguesa con patatas fritas. No figuraban. En aquel momento, Lord le arrancó el menú de las manos y se inclinó hacia él, el aliento fuerte y cargado de olor de alcohol.

—Entonces, ¿por qué no echas una ojeada?

Lord levantó un dedo para llamar al camarero y pidió un Dewar's con agua, que le sirvieron casi al instante. Jack se echó hacia atrás en la silla, pero Lord se acercó más, como si quisiera tumbar la mesa.

—Aunque no te lo creas, Sandy, ya he estado antes en un restaurante.

—Pero no en uno como éste, ¿me equivoco? ¿Ves a aquella damita de allá? —Los dedos muy delgados de Lord cortaron el aire. Jack se fijo en la joven enlace—. Me he follado a esa mujer cinco veces en los últimos seis meses. —Lord sonrió al ver la impresión que la joven causaba en Jack.

—Ahora te preguntarás por qué una criatura como ella acepta acostarse con un viejo gordo como yo.

—Quizá le das lástima. —Jack sonrió, pero a Lord no le hizo ninguna gracia.

—Si eso es lo que crees, entonces eres de un ingenuo rayano en la incompetencia. ¿De verdad crees que las mujeres en esta ciudad son más puras que los hombres? ¿Por qué iban a serlo? El hecho de que tengan tetas y vistan faldas no significa que no consigan lo que quieren y que no utilizarán todos los medios a su disposición para conseguirlo.

»Veras, hijo —continuó Lord—, es porque yo tengo lo que quiero, y no me refiero a cuando estamos en la cama. Ella lo sabe, yo lo sé. Puedo abrirle puertas en esta ciudad que sólo un puñado de hombres pueden abrir. La cuestión es que por eso deja que la folle. No es más que una transacción comercial entre dos personas inteligentes y muy sofisticadas. ¿Qué te parece?

—¿Que me parece qué?

Lord se apartó, encendió otro cigarrillo, y sopló anillos de humo perfectos. Se

tironeó del labio mientras se reía.

—¿Algo gracioso, Sandy?

—Sólo pensaba en que, sin duda, te lo pasaste bomba en la facultad poniendo a parir a la gente como yo. Creías que nunca llegarías a ser como yo. Defenderías a los extranjeros ilegales que reclamaban asilo político o te encargarías de las apelaciones de los pobres hijos de puta condenados a muerte por asesinar a media docena de personas, con la justificación de que sus madres les pegaban cuando eran pequeños y se portaban mal. Dime la verdad, lo hacías, ¿no?

Jack se aflojó el nudo de la corbata, bebió un trago de cerveza. Había visto antes a Lord en acción. Se olía una encerrona.

—Tú eres uno de los mejores abogados que hay por aquí, Sandy, todos lo dicen.

—Mierda, hace años que no ejerzo.

—Pero lo que haces te funciona.

—¿Y tú qué quieres hacer, Jack?

Jack notó un leve pero perceptible pinchazo en las tripas al escuchar su nombre en boca de Lord. Sugería un próxima intimidad que le sorprendió, aunque sabía que era inevitable. ¿Socio? Jack encogió los hombros.

—¿Quién sabe lo que querrá ser de mayor?

—Ya eres mayor, Jack, ya tienes edad de pagar billete entero. Por lo tanto, ¿qué quieres hacer?

—No te entiendo.

Lord volvió a inclinarse, con los puños apretados, como un peso pesado en el cuerpo a cuerpo buscando la más mínima abertura. Por un momento, el ataque pareció inminente. Jack se puso tenso.

—Crees que soy un crápula, ¿no es así?

—¿Me recomiendas algún plato en especial? —replicó Jack otra vez con el menú en la mano.

—Venga, no te hagas el tonto. Crees que soy un crápula ambicioso y egocéntrico al que le importa un carajo todo aquello que no me reporte un beneficio. ¿No es así, Jack? —La voz de Lord sonaba cada vez más fuerte a medida que se erguía en la silla. Apartó el menú de Jack de un manotazo.

Jack miró nervioso a su alrededor, pero nadie parecía prestarles atención, prueba evidente de que todas las palabras de la discusión era escuchadas y analizadas. Los ojos enrojecidos de Lord miraron directamente a Jack.

—Lo soy, ¿sabes? Eso es exactamente lo que soy, Jack.

Lord se repantigó en la silla, triunfante. Sonrió. Jack le devolvió la sonrisa a pesar de la repulsión.

Jack se relajó un poco. Como si hubiese notado el pequeño cambio, Lord acercó la silla a la de Jack, hasta casi tocarlo. Por un momento, Jack consideró apartarlo de un puñetazo: todo tenía un límite.

—Así es, soy todas esas cosas, Jack, todas esas cosas y muchas, muchas más.

Pero ¿sabes algo, Jack? Así soy, yo. No intento disfrazarlo ni explicarlo. Todos los hijos de puta que me han conocido saben exactamente quién y cómo soy. Creo en lo que hago. No voy por ahí engañando a la gente. —Lord inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco.

Jack sacudió la cabeza en un intento por despejarse.

—¿Qué me dices de ti, Jack?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Quién eres, Jack? ¿En qué crees, si crees en algo?

—Pasé doce años en una escuela católica. Tengo que creer en algo.

—Me desilusionas. —Lord meneó la cabeza en un gesto de cansancio—. Me han dicho que eres un chico brillante. O mis informes mienten, o tú te limitas a sonreír como un tonto porque tienes miedo de lo que puedas decir.

Jack sujetó la muñeca de Lord con dedos de hierro.

—¿Qué coño quieres de mí?

Lord sonrió y golpeó suavemente la mano de Jack hasta que él le soltó la muñeca.

—¿Te gustan estos lugares? Con Baldwin como cliente comerás en sitios como éste hasta que tengas las arterias duras como la piedra. Dentro de unos cuarenta años, estirarás la pata en alguna trampa de arena en el Caribe y dejarás atrás a una joven y de pronto muy rica tercera esposa, pero morirás feliz, te lo juro.

—Me da lo mismo un lugar que otro.

Lord descargó un manotazo sobre la mesa. Esta vez unos cuantos les miraron. El *maître* les espió de reojo mientras intentaba disimular el nerviosismo detrás del mostacho y un discreto aire de competencia.

—Ahí está el problema, hijo, tu maldita ambivalencia. —Bajó la voz, pero insistió en inclinarse sobre Jack—. No da lo mismo un lugar que otro. Tú tienes la llave para entrar aquí. Tu llave es Baldwin y esa bonita hija suya. Ahora la pregunta es: ¿quieres o no abrir la puerta? Algo que nos lleva de vuelta a la pregunta original. ¿En qué crees, Jack? Porque si no crees en esto —Lord abrió los brazos de paren par —, si no quieres convertirte en el Sandy Lord de la próxima generación, si te despiertas por las noches y te ríes o maldices mis pequeñas idiosincrasias, de que sea un crápula, si de verdad crees que estás por encima de todo esto, si odias tirarte a la señorita Baldwin, y no ves en ese menú ni un solo plato que te apetezca, entonces ¿por qué no me mandas a la mierda? ¿Por qué no te levantas y sales por aquella puerta, con la cabeza alta, la conciencia limpia y las creencias intactas? Porque, francamente, este juego es demasiado importante para los que no se comprometen.

Lord se dejó caer contra el respaldo de la silla, con su masa proyectándose hacia el exterior hasta que ocupó todo el espacio.

Fuera del restaurante hacía un precioso día de otoño. Ni la lluvia ni el exceso de humedad habían empañado el azul puro del cielo; la brisa suave empujaba los periódicos abandonados. El ritmo tórrido de la ciudad parecía haber disminuido un poco. Calle abajo, en el parque LaFayette, los fanáticos del sol permanecían

acostados en la hierba dispuestos a mantener el bronceado antes de la llegada del frío. Los mensajeros en bicicleta aprovechaban la pausa del mediodía para recorrer el parque atentos a disfrutar del espectáculo de piernas desnudas y escotes amplios.

En el interior del restaurante, Jack Graham y Sandy Lord se miraban a los ojos.

—Ya no peleas, ¿verdad?

—No tengo tiempo para eso, Jack. Al menos en los últimos veinte años. Si no creyera que puedes enfrentarte al enfoque directo, te hubiese dicho unas cuantas mentiras y lo hubiese dejado correr.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo único que quiero saber es si estás o no con nosotros. En realidad, con Baldwin, puedes ir a cualquier otra firma de la ciudad. Nos escogiste a nosotros, supongo que porque te agradó lo que viste.

—Baldwin te recomendó.

—Es un hombre listo. Muchas personas seguirían su consejo. Llevas con nosotros un año. Si decides quedarte, te convertirás en socio. Francamente, los doce meses de espera sólo fueron una formalidad para ver si encajábamos. A partir de ahora no tendrás más preocupaciones financieras, sin contar la considerable fortuna de tu futura esposa. Tu principal ocupación será mantener contento a Baldwin, aumentar su cuenta, y traernos a cualquier otro cliente que consigas. Seamos sinceros, Jack, la única seguridad que tiene un abogado son los clientes que controla. Nunca lo mencionan en la facultad y es la lección más importante de todas. Nunca jamás lo olvides. Incluso el trabajo en sí queda en segundo plano. Siempre habrá alguien para ocuparse del papeleo. Tendrás carta blanca para conseguir más clientes. Nadie te pedirá explicaciones, excepto Baldwin. No tendrás que controlar el trabajo legal hecho para Baldwin, otros lo harán por ti. En su conjunto, no es una vida tan desagradable.

Jack se miró las manos. Vio en ellas el rostro de Jennifer. Tan perfecto. Se sintió culpable por haber supuesto que ella había hecho despedir a Barry Alvis. Después pensó en las muchas y pesadas horas de trabajo como defensor público. Por último pensó en Kate, y se controló. ¿Qué había allí? Nada. Miró a Lord.

—Una pregunta estúpida. ¿Podré continuar ejerciendo?

—Si quieres. —Lord le miró con atención—. ¿Debo interpretar la pregunta como un sí?

—El pastel de cangrejo suena tentador —contestó Jack con la mirada en el menú. Sandy soltó una bocanada de humo en dirección al techo y sonrió.

—Me encanta, Jack. Me encanta.

Dos horas más tarde, Sandy estaba en un rincón de su enorme despacho. Miraba a través de la ventana, mientras participaba en una conferencia telefónica que sonaba por el altavoz.

Dan Kirksen entró en el despacho. La pajarita y la camisa almidonada ocultaban su esbelto cuerpo de atleta. Kirksen era el socio gerente de la firma. Tenía un control

sobre todos los de la casa excepto Sandy Lord. Y ahora quizá Jack Graham.

Lord le miró con indiferencia. Kirksen se sentó y esperó pacientemente hasta que todos los participantes en la conferencia se despidieron. Lord cortó la comunicación y se sentó en su sillón. Se echó hacia atrás, miró el techo y encendió un cigarrillo. Kirksen, un fanático de la salud, se apartó unos centímetros de la mesa.

—¿Querías algo? —La mirada de Lord se fijó en el rostro delgado y sin barba de Kirksen. El hombre controlaba desde hacía años una cuenta de seiscientos mil dólares, algo que le garantizaba una larga y segura estancia en PS amp;L, pero esa cifra era calderilla para Lord y él no hacía nada por disimular su desprecio por el socio gerente.

—Nos preguntábamos qué tal había ido el almuerzo.

—Tú te ocupas de los pelotas. Eso es cosa tuya.

—Los rumores eran inquietantes. Además tuvimos que echar a Alvis cuando llamó la señorita Baldwin.

—Todo está resuelto. —Lord hizo un ademán—. Nos quiere. Se queda. Y yo desperdicié dos horas.

—Dada la cantidad de dinero en juego, Sandy, nosotros pensamos que sería para bien si tú podías transmitir la firme impresión de...

—Sí. Yo también entiendo de números, Kirksen, mejor que tú. ¿De acuerdo? El chico se queda. Con un poco de suerte duplicará el volumen del negocio dentro de diez años, y todos nos retiraremos un poco antes. —Lord miró a Kirksen, que parecía cada vez más pequeño ante la mirada del hombretón—. Tiene cojones, sabes. Más cojones que todos mis otros socios.

Kirksen hizo un gesto.

—En realidad, me gusta el chico. —Lord dejó el sillón y se acercó a la ventana, desde donde contempló a un grupo de niños de parvulario cruzar la calle cogidos de una cuerda.

—Entonces, ¿puedo informar al comité de un resultado positivo?

—Puedes informar lo que te salga del pito. Sólo recuerda una cosa: no volváis a molestarme con algo así a menos que sea importante de verdad, ¿está claro?

Lord miró una vez más a Kirksen y después otra vez por la ventana. Sullivan no había llamado. No era una buena señal. Ya podía ver a su país desapareciendo como desaparecían los niños a la vuelta de la esquina.

—Gracias, Sandy.

—Sí.

Walter Sullivan observó el rostro, o lo que quedaba de él. La etiqueta oficial del depósito estaba sujeta al dedo gordo del pie destapado. Mientras la comitiva esperaba afuera, él permanecía sentado solo y en silencio con ella. Ya había cumplido con la formalidad de la identificación. La policía se había marchado a actualizar sus archivos, y los periodistas a escribir sus reportajes. En cambio, Walter Sullivan, uno de los hombres más poderosos de su generación, que había hecho dinero de casi todo lo que tocaba desde los catorce años, se encontraba ahora de pronto carente de energía, de toda voluntad.

La prensa se había cebado con él y Christy, después de que su matrimonio se hubiera acabado con la muerte de su primera esposa tras cuarenta y siete años. Pero a punto de cumplir los ochenta años, él sólo había deseado algo joven y vital. Después de tanta muerte, había querido algo que sin ninguna duda le sobreviviera. La desaparición de tantos amigos y seres queridos le había hecho rebasar su capacidad de sufrimiento. Hacerse viejo no era fácil, ni siquiera para los ricos.

Pero Christy Sullivan no le había sobrevivido. Él pensaba hacer algo al respecto. Por suerte, no sabía nada de lo que le esperaba a los restos de su segunda esposa. Era un proceso necesario que no estaba pensado para ofrecer consuelo a la familia de la víctima.

En cuanto Walter Sullivan saliera del depósito, entraría un técnico y se llevaría a la difunta señora Sullivan a la sala de autopsias. Allí la pesarían y medirían la estatura. Le sacarían fotos, primero vestida, y después desnuda. Seguirían las radiografías y la toma de huellas digitales. Realizarían un examen exterior completo para obtener del cuerpo el máximo posible de pruebas y pistas. Extraerían los fluidos y los enviarían a toxicología para hacer los análisis de drogas, alcohol y otras sustancias. Una incisión en Y abriría el cuerpo de hombro a hombro y del pecho a los genitales. Un abismo espantoso incluso para un observador veterano. Cada órgano sería analizado y pesado, los genitales revisados en busca de rastros de intercambio sexual o lesiones. Buscarían el ADN en cualquier rastro de semen, sangre o pelo ajeno.

Examinarían la cabeza, marcarían las trayectorias de los proyectiles. A continuación y mediante una sierra harían una incisión intermastoidal en el cráneo a través del cuero cabelludo y hasta el hueso. Luego, cortarían el cuadrante frontal para acceder al cerebro y sacarlo. Recuperarían el proyectil, lo marcarían y lo enviarían a balística.

Terminado el proceso devolverían el cuerpo a Walter Sullivan.

Toxicología analizaría el contenido del estómago y verificaría la presencia de sustancias extrañas en la sangre y la orina.

Redactarían el protocolo, consignando la causa de la muerte, todos los hallazgos importantes, y la opinión oficial del médico forense.

El protocolo de la autopsia, junto con todas las fotos, radiografías, fichas con las huellas dactilares, informes de toxicología y cualquier otra información pertinente sería entregado al detective encargado del caso.

Walter Sullivan se levantó, cubrió los restos de la esposa muerta y se marchó.

Detrás de otro espejo de una sola cara, la mirada del detective siguió los pasos del marido desconsolado mientras salía del depósito. Después, Seth Frank se puso el sombrero y se marchó en silencio.

La sala de conferencias número uno, la más grande de la firma, ocupaba un lugar preferente detrás mismo del área de recepción. Ahora, al otro lado de las gruesas puertas corredizas, acababa de comenzar una reunión de todos los socios.

Jack Graham, aunque todavía no era socio, ocupaba una silla entre Sandy Lord y otro socio mayor. Se trataba de un encuentro informal y Lord había insistido.

Los camareros sirvieron café, bollos y pasteles, y después se retiraron.

Todas las miradas se centraron en Dan Kirksen. Éste bebió un trago de zumo, se secó los labios con la servilleta y se levantó.

—Como ya sin duda sabéis todos, una terrible tragedia se ha abatido sobre uno de nuestros más... —Kirksen espió de reojo a Lord— o mejor dicho, nuestro cliente más importante.

Jack miró a los reunidos alrededor de la mesa de mármol de veinte metros de largo. La mayoría miraba a Kirksen, y los demás se enteraban de los hechos por boca de su vecino. Jack había leído los titulares. No había trabajado en ninguno de los asuntos de Sullivan pero sabía que eran tan grandes que ocupaban los servicios de cuarenta abogados casi a tiempo completo. Era, por amplio margen, el mayor cliente de Patton, Shaw.

—La policía investiga el asunto a fondo. Hasta ahora no se han producido novedades en el caso. —Kirksen hizo una pausa, miró otra vez a Lord, y añadió—: Como se pueden imaginar, es un momento muy angustioso para Walter Sullivan. Para facilitarle las cosas en todo lo posible durante este tiempo, hemos pedido a todos los abogados que presten una atención especial a cualquier asunto de sus empresas y que, si es factible, solucionen de raíz cualquier problema antes que pase a mayores. Además, si bien creemos que sólo se trató de un robo con unas consecuencias muy desafortunadas, y que no tiene ninguna relación con los asuntos empresariales de Walter, es recomendable que todos estemos alertas ante cualquier anomalía en los tratos que realizamos en representación de Sullivan. Cualquier actividad sospechosa tendrá que ser comunicada inmediatamente a Sandy o a mí mismo.

Algunos de los presentes se volvieron hacia Lord que, como de costumbre, miraba el techo. En el cenicero que tenía delante había tres colillas y al lado, una copa con los restos de un Bloody Mary.

Ron Day, de la sección de derecho internacional, tenía una pregunta. El pelo bien cortado enmarcaba su cara de lechuza, disimulada en parte por las gafas ovaladas.

—¿No será un asunto terrorista, verdad? Ahora mismo estoy ocupado con la

creación de una serie de empresas mixtas en Oriente Medio para la subsidiaria kuwaití de Sullivan, y esa gente actúa según sus propias reglas. ¿Debo preocuparme por mi seguridad personal? Esta noche vuelo a Riad.

Lord movió la cabeza hasta que su mirada se fijó en Day. Algunas veces le sorprendía comprobar lo cortos, para no decir idiotas, que eran muchos de sus socios. Day era un socio de servicio cuyo mayor atributo, y para Lord el único, era hablar siete idiomas y saber besarle el culo a los saudís.

—Yo no me preocuparía, Ron. Si esto es una conspiración internacional, no eres lo bastante importante como para que se fijen en ti, y si han decidido matarte estarás muerto antes de que te des cuenta.

Day se arregló el nudo de la corbata mientras una risa nerviosa celebraba la salida de Lord.

—Gracias por la aclaración, Sandy.

—De nada, Ron.

—Estamos seguros —señaló Kirksen— de que se está haciendo todo lo posible para resolver este siniestro asesinato. Incluso se comenta que el presidente autorizará la creación de un grupo de investigación especial para que intervenga. Como ya sabéis, Walter Sullivan ha servido en numerosos cargos gubernamentales en varias administraciones, y es amigo íntimo del presidente. Creo que podemos dar por hecho que los asesinos serán detenidos muy pronto. —Kirksen se sentó.

Lord miró a los presentes, enarcó las cejas y aplastó el último cigarrillo. En unos instantes se quedó solo.

Seth Frank hizo girar el sillón. Su despacho era un cubículo de metro ochenta por metro ochenta; el sheriff era el único que disponía de un poco más de espacio en el pequeño edificio de la jefatura. El informe del forense estaba sobre la mesa. Eran las siete y media de la mañana y Frank ya se había leído tres veces cada palabra del informe.

Había asistido a la autopsia. Era lo que los detectives debían hacer, por varias razones. Aunque había estado presente en centenares de autopsias, no se acostumbraba a ver tratar a los muertos como los restos de animales en las clases de biología, en las que los alumnos metían los dedos. Ahora no le entraban náuseas, pero por lo general se iba a pasear en coche durante dos o tres horas antes de volver al trabajo.

El informe mecanografiado constaba de varias hojas. Christy Sullivan llevaba muerta al menos setenta y dos horas, quizá más, cuando la encontraron. La hinchazón y las ampollas del cadáver, junto con las bacterias y la acumulación de gases en los órganos, confirmaban el cálculo horario con bastante precisión. Sin embargo, la temperatura del cuarto era muy alta, cosa que había acelerado la putrefacción del cadáver. Este hecho, a su vez, aumentaba las dificultades de asegurar la hora exacta de la muerte. Pero no era inferior a las setenta y dos horas; el médico forense había sido muy firme en ese punto. Además, Frank contaba con otras informaciones que le

llevaban a creer que Christine Sullivan había muerto la noche del lunes. Esto coincidía con el margen de tres a cuatro días.

Frank frunció el entrecejo. Un mínimo de tres días representaba que el rastro se había enfriado. Cualquiera con dos dedos de frente podía desaparecer de la faz de la tierra en tres o cuatro días. A esto se añadía el hecho de que Christine Sullivan llevaba muerta algún tiempo y la investigación apenas si había avanzado. No recordaba ningún caso sin una sola pista.

No sabían de la existencia de ningún testigo de los hechos ocurridos en la mansión Sullivan, aparte de la víctima y el asesino. Habían publicado anuncios en los periódicos y colocado cárteles en los bancos y centros comerciales. No se había presentado nadie.

Habían hablado con todos los propietarios de casas en un radio de cinco kilómetros. Todos habían manifestado su asombro, repulsa y miedo. Frank había visto el temor reflejado en el movimiento de una ceja, en los hombros encorvados y en la manera de frotarse las manos. La vigilancia sería más estrecha que nunca en el pequeño condado. Pero todas estas emociones no dieron ninguna información útil. Habían interrogado a fondo al personal de cada casa. Otra vía muerta. Habían entrevistado por teléfono a la servidumbre de los Sullivan, que habían ido a Barbados, sin conseguir nada importante. Además, todos tenían coartadas perfectas, aunque esto no significara un obstáculo insalvable. Frank archivó el dato en su memoria.

Tampoco tenían la película del último día de la vida de Christine Sullivan. La habían asesinado en su casa, a altas horas de la noche. Pero si la habían matado un lunes por la noche, ¿qué había hecho durante el día? Esta información tendría que darles alguna pista.

Aquel lunes por la mañana, a las nueve y media, habían visto a Christine Sullivan en una peluquería del centro de Washington, donde a Frank le hubiese costado la paga de dos semanas enviar a su esposa. Si la mujer se preparaba para algún sarao o si esto era algo que los ricos hacían habitualmente era algo por averiguar. Nada sabían de los pasos de Christine después de salir de la peluquería sobre el mediodía. No había regresado a su apartamento en la ciudad ni tampoco, hasta donde sabían, había tomado un taxi.

Si la señora se había quedado en la ciudad cuando todos los demás se iban al soleado sur, Frank supuso que tenía algún motivo. Si aquella noche había estado con alguien, tendría que hablar con él, y quizás arrestarlo.

Por una de esas ironías, el asesinato mientras se cometía un robo no merecía la pena capital en Virginia, pero en cambio merecía esa pena el asesinato cometido en un atraco a mano armada. Si alguien atracaba y asesinaba se le podía condenar a muerte; si robaba y mataba, la condena era de cadena perpetua, algo que en realidad no representaba mucha diferencia dadas las atroces condiciones de la mayoría de las cárceles estatales. Pero Christine Sullivan poseía muchas joyas. Todos los informes

que había recibido el detective confirmaban su entusiasmo por los diamantes, los zafiros, las esmeraldas; las usaba todas. No habían encontrado joyas en el cadáver, aunque eran visibles a simple vista las marcas de los anillos en la piel. Sullivan había confirmado la desaparición de un collar de diamantes. El dueño del salón de belleza también recordaba haber visto el collar el lunes.

Frank estaba seguro de que un buen fiscal podía montar una acusación por atraco con estos hechos. Los autores esperaban al acecho, con premeditación y alevosía. ¿Por qué los honrados ciudadanos de Virginia tenían que pagar miles de dólares al año para alimentar, vestir y albergar a un asesino despiadado? ¿Robo? ¿Atraco? ¿A quién coño le importaba? La mujer estaba muerta. Asesinada por algún imbécil. Las distinciones legales de este tipo le sentaban mal a Frank. Como muchos otros agentes de la ley consideraba que el sistema de justicia criminal favorecía demasiado a los delincuentes. A menudo le parecía que entre el enrevesado proceso —con sus componendas, trampas técnicas y la lengua viperina de los abogados defensores— estaba el hecho de que alguien había violado la ley. Que otro había sido herido, violado o asesinado. Ésta era una equivocación grave. Frank no podía hacer nada para cambiar el sistema, pero podía escarbar en los bordes.

Acercó el informe a los ojos mientras se ponía las gafas para leer. Bebió otro trago de café solo, bien fuerte. «Causa de la muerte: heridas de bala laterales en la región cefálica, causadas por disparos de arma(s) de fuego de gran calibre y alta velocidad. Una bala de punta blanda expansible causó la herida perforante, y una segunda bala de composición desconocida procedente de un arma no identificada causó la herida penetrante». Lo que en idioma normal significaba que le habían volado los sesos con armas de grueso calibre. El informe también consignaba que se trataba de un homicidio, la única cosa clara que Frank veía en todo este caso. Observó que había acertado en su conclusión sobre la distancia desde la cual se habían efectuado los disparos. No había rastros de pólvora en las heridas. Los disparos se habían hecho desde una distancia superior a los sesenta centímetros; Frank calculaba que la distancia se aproximaba al metro ochenta, pero era sólo una intuición. En ningún momento había pensado en un suicidio, y los asesinos a sueldo mataban a sus víctimas disparando a quemarropa. Ese método reducía considerablemente el margen de error.

Frank se apoyó en la mesa. ¿Por qué más de un disparo? Con uno ya bastaba. ¿El agresor era un sádico al que le gustaba vaciar el cargador en el cadáver? Sin embargo, sólo habían encontrado dos orificios de entrada, algo que no cuadraba con las descargas de un loco. Después estaba el tema de las balas. Una *dumdum* y un proyectil misterioso.

Sostuvo en alto la bolsa con su marca. Sólo habían recuperado un proyectil del cadáver. Había entrado por debajo de la sien derecha. En el impacto se había expandido. Después había atravesado el hueso y el cerebro causando una onda de choque en el tejido blando del cerebro, como quien enrolla una alfombra.

Tocó con cuidado el trozo de plomo. El proyectil terrible, diseñado para aplastarse en el impacto y destrozarse todo lo que encontraba a su paso, había funcionado a la perfección con Christine Sullivan. El problema consistía en que ahora había «dumdums» al alcance de cualquiera. El proyectil estaba totalmente deformado. Era inútil buscar estrías.

La segunda bala había entrado un centímetro por encima de la primera. Después de atravesar todo el cerebro había salido por el otro lado. El orificio de salida había dejado un agujero mucho más grande que el de entrada. El daño en el hueso y los tejidos había sido considerable.

Se habían llevado una sorpresa al ver dónde había ido a parar la bala. Un agujero de centímetro y medio en la pared detrás de la cama delataba su presencia. En circunstancias normales, los técnicos, después de cortar el trozo de enlucido y provistos con herramientas especiales, habrían extraído el proyectil con mucha precaución para resguardar las estrías. Estas marcas les permitirían averiguar el modelo de arma utilizado y, si había suerte, relacionar el proyectil con el arma que lo había disparado. Las huellas digitales y las pruebas de balística eran casi lo único fiable en este trabajo.

Excepto en este caso, porque si bien estaba el agujero, no había ninguna bala en el mismo ni en ningún otro lugar de la habitación. Cuando le avisaron del laboratorio, Frank fue a verlo con sus propios ojos y se puso hecho una furia.

¿Por qué se habían tomado la molestia de extraer la bala cuando había otra en el cuerpo? ¿Qué mostraba la segunda bala que la primera no tenía? Esto abría algunas posibilidades.

Frank escribió algunas notas. La bala desaparecida podía ser de otra clase o calibre, algo que demostraría la presencia de dos asaltantes. Aunque era muy imaginativo, Frank no concebía a una sola persona con un arma en cada mano disparando contra la mujer. Por lo tanto tenía a dos sospechosos. Esto también explicaría las dos entradas, salidas y trayectorias diferentes. El orificio de entrada de la dumdum era más grande que el de la otra, así que la segunda no era de punta hueca o blanda. Había atravesado la cabeza dejando un túnel de un diámetro que era la mitad del meñique. La deformación del proyectil probablemente había sido mínima, cosa que no le servía de nada porque no tenía el proyectil.

Echó una ojeada a las primeras notas tomadas cuando llegó a la escena. Estaba en la etapa de recoger información. Esperaba no quedarse varado allí para siempre. Al menos no tenía que preocuparse de que se pasara el plazo legal.

Repasó el informe una vez más y frunció el entrecejo.

Hizo una llamada. Diez minutos más tarde estaba sentado en el despacho del médico forense. El hombre acababa de cortarse las cutículas con un bisturí viejo y miró a Frank.

—Marcas de estrangulamiento. O al menos de intento de estrangulamiento. Verás, la tráquea no estaba aplastada, aunque había una ligera inflamación y hemorragia en

los tejidos, y encontré una pequeña fractura en el hueso hioides. Había rastros de petequia en la conjuntiva de los párpados. Ninguna ligadura. Todo está en el protocolo.

Frank recordó las palabras del informe. La petequia, o pequeñas hemorragias en la conjuntiva, o en la membrana mucosa, de los ojos y los párpados, podía ser causada por el estrangulamiento y la presión resultante en el cerebro.

Se echó hacia delante; miró los diplomas colgados en la pared que certificaban que el hombre sentado al otro lado de la mesa era, desde hacía años, un estudioso de la patología forense.

—¿Hombre o mujer?

El médico forense encogió los hombros ante la pregunta.

—Es difícil de decir. La piel humana no es la mejor superficie para recoger huellas digitales. De hecho, es bastante imposible excepto en unos pocos lugares, y después de mediodía, si es que había alguna, ya no está. Sin embargo, no es fácil imaginar a una mujer estrangulando a otra, aunque ha ocurrido. No hace falta mucha presión para aplastar la tráquea, pero estrangular a alguien con las manos, por lo general, es el método de los machos. En cien casos de estrangulamientos, nunca vi ninguno cometido por una mujer. Además este intento fue de frente. Mano a mano. Hay que tener mucha confianza en las propias fuerzas. ¿Mi suposición? Fue un hombre, pero no es más que eso: una suposición.

—El informe dice que había contusiones y morados en el lado izquierdo de la mandíbula, dientes flojos y cortes en el interior de la boca.

—Como si alguien le hubiese dado un buen puñetazo. Uno de los molares casi le atravesó la mejilla.

—¿La segunda bala?

—El daño producido me lleva a creer que era de gran calibre, lo mismo que la primera.

—¿Alguna suposición respecto a la primera?

—No me hagas mucho caso, pero podría ser del calibre 357 o 41, incluso de 9 mm. Caray, tú viste la bala. Chata como un sello y la mitad dispersa en los sesos y los fluidos. Ni rastros de estrías. Incluso si encuentras el arma no podrás demostrar que disparó esa bala.

—Pero si encontramos la segunda, quizá sabríamos algo.

—Quizá no. El que sacó la bala de aquella pared sin duda estropeó las estrías. Los de balística no descubrirían nada.

—Sí, pero quizás en la punta encontrarían incrustados restos del pelo, sangre y piel. Ésos serían unos restos que me encantaría tener.

—Eso es cierto. —El médico forense se rascó la barbilla—. Pero primero hay que encontrarlo.

—Cosa que no sucederá. —Frank sonrió.

—Nunca se sabe.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, conscientes de que nunca encontrarían la bala. Incluso si la encontraban, no podrían situarla en la escena del crimen si no tenía ningún rastro de la víctima, o dieran con el arma que la había disparado y ubicaran el arma en el dormitorio. Algo a todas luces imposible.

—¿Algún casquillo?

Frank respondió que no con la cabeza.

—Entonces tampoco tienes la marca del percutor, Seth. —El médico forense se refería a la huella que el percutor dejaba en la base del casquillo.

—Nunca dije que sería fácil. Por cierto, ¿los tipos del estado te dejan trabajar tranquilo en este caso? —preguntó Frank.

—No han dicho ni pío. —El médico forense sonrió—. Quizá si se hubiesen cargado a Walter Sullivan, ¿quién sabe? Ya envié una copia a Richmond.

Entonces Frank formuló la pregunta que le interesaba desde el principio.

—¿Por qué dos disparos?

El médico forense dejó de arreglarse la cutícula, puso el bisturí sobre la mesa y miró a Frank.

—¿Por qué no? —Entrecerró los párpados. Estaba en la poco envidiable situación de ser más que competente para las oportunidades ofrecidas en este pequeño condado. Entre los casi quinientos médicos forenses de la mancomunidad, era el único que tenía una consulta privada, pero sentía fascinación por las investigaciones policiales y la patología forense. Antes de instalarse en las comodidades de la vida rural de Virginia había sido delegado del juez instructor en el condado de Los Angeles durante casi veinte años, donde se cometían casi tantos homicidios como en la ciudad de Los Ángeles. Pero éste era uno en los que podía hincar el diente.

—Era obvio que cualquiera de los disparos era mortal. Eso está claro —replicó Frank después de mirar al médico durante unos instantes—. Entonces ¿por qué disparar el segundo? Había muchas razones para no hacerlo. La primera el ruido. La segunda, si quería salir pitando, ¿por qué tomarse la molestia de disparar otra vez? Además, ¿por qué dejar otra bala que podría utilizarse para identificarlo? ¿La señora Sullivan los sorprendió? Si es así, ¿por qué los disparos se realizaron desde la puerta hacia el interior, y no a la inversa? ¿Por qué la línea de tiro es descendente? ¿La mujer estaba de rodillas? Tenía que estarlo a menos que el atacante fuera un gigante. Si estaba de rodillas, ¿por qué? ¿Una ejecución? Pero no había heridas de contacto. Y después están las marcas en el cuello. ¿Por qué intentar primero estrangularla, después desistir, coger un arma y volarle la cabeza? Y volársela otra vez. Se llevan una bala. ¿Por qué? ¿Una segunda arma? ¿Por qué tratar de ocultarlo? ¿Qué significa?

Frank se levantó y se paseó arriba y abajo con las manos en los bolsillos, una costumbre suya cuando se concentraba.

—Y la escena del crimen estaba tan limpia que todavía no me lo puedo creer. No quedaba nada, absolutamente nada. Me sorprende que no la operaran para sacar la

otra bala. El tipo es un ladrón o quizás es lo que quiere aparentar. Pero vaciaron la caja fuerte. Se llevaron unos cuatro millones y medio de dólares. ¿Qué estaba haciendo allí la señora Sullivan? Se suponía que estaba tomando el sol en el Caribe. ¿Conocía al tipo? ¿Tenía un apaño? Si lo tenía, ¿los dos incidentes tienen alguna relación? ¿Por qué coño si entraron por la puerta principal y desconectaron el sistema de alarma, después se descolgaron por la ventana utilizando una soga? Me pregunto una cosa y en vez de conseguir una respuesta aparece otra. —Frank volvió a sentarse. Parecía un poco asombrado por el discurso.

El médico forense se balanceó en la silla, cogió el expediente del caso y lo leyó en menos de un minuto. Se quitó las gafas y las frotó contra la manga de la chaqueta, se tironeó el labio inferior con el pulgar y el índice.

—¿Qué? —Las aletas nasales de Frank se movieron mientras miraba al médico forense.

—A mí también me llamó la atención que, como tú dices, no dejaran nada en la escena del crimen. Tienes razón. Estaba demasiado limpia. —El hombre se tomó su tiempo para encender un Pall Mall. Frank se fijó en que era sin filtro. No conocía ningún patólogo que no fumara. El médico forense lanzó unos cuantos anillos de humo mientras disfrutaba del cigarrillo—. Tenía las uñas demasiado limpias.

Frank le miró intrigado.

—Me refiero a que no había ninguna suciedad, ni laca de uñas, aunque las llevaba pintadas, rojo fuerte, ninguno de los residuos habituales que uno esperaba encontrar. Nada. Era como si se los hubieran quitado con una cuchara, ¿entiendes lo que quiero decir? —Hizo una pausa—. En cambio, encontré restos de una solución. —Otra pausa—. Algo parecido a un líquido limpiador.

—Por la mañana estuvo en un salón de belleza. Para que le hicieran la manicura y todo lo demás.

El médico forense meneó significativamente la cabeza ante la información.

—Entonces lo lógico hubiese sido encontrar más residuos, no menos, con todos los productos que usan.

—¿Qué quieres decir? ¿Que alguien le limpió las uñas?

—Alguien muy escrupuloso para no dejar nada identificable.

—O sea unos paranoicos preocupados porque les pudieran identificar, de alguna manera, por las pruebas físicas.

—La mayoría de los asaltantes lo son, Seth.

—Hasta cierto punto. Pero limpiar las uñas de un cadáver y dejar el lugar tan limpio que la «Evac» no encontró nada es pasarse un poco. —Frank miró el informe—. ¿Encontraste rastros de aceite en las palmas de las manos?

El médico forense asintió sin apartar la mirada del detective.

—Un compuesto preservativo/reparador. Como los que emplean con los tapizados, el cuero, cosas así.

—Entonces, ¿tenía algo en las manos que le dejó el residuo?

—Sí. Aunque no podemos saber en qué momento el aceite llegó a las manos. — El hombre se puso las gafas—. ¿Piensas que conocía a la persona?

—No hay nada que apunte en ese sentido, a menos que ella le invitara a robar la casa.

—Quizás ella organizó el robo —propuso el médico llevado por una inspiración súbita—. Escucha. Se cansa del viejo, trae al amante para que saquee la caja fuerte y después largarse a correr mundo. Frank consideró la teoría y enseguida encontró las pegas. —Excepto que en cambio discutieron o alguien les traicionó, y ella se encontró en el lado malo de las pistolas.

—Los hechos encajan, Seth.

—Según todos a la difunta le encantaba ser la señora de Walter Sullivan —le rebatió el detective—. Más que el dinero, si entiendes lo que quiero decir. Le gustaba codearse, y quizá rozar algunas otras partes, con gente famosa de todo el mundo. Algo muy importante para alguien que cocinaba hamburguesas en un Burger King.

—No lo dirás en serio.

—Los multimillonarios de ochenta años a veces tienen ideas extrañas. —El detective sonrió al ver la incredulidad de su amigo—. Es como aquello de ¿quién le dice que no a King Kong?

El médico forense meneó la cabeza mientras sonreía. ¿Multimillonario? ¿Qué haría él con mil millones de dólares? Miró la hoja de papel secante sobre la mesa. Apagó el cigarrillo, echó otra ojeada al informe, después miró a Frank. Carraspeó.

—Pienso que la segunda bala tenía funda metálica media o entera.

—Bueno. —Frank se aflojó el nudo de la corbata y apoyó los codos sobre la mesa.

—Entró por el parietal derecho y salió por el izquierdo, dejando un orificio de salida más del doble de grande que el de entrada.

—Por lo tanto está claro que fueron dos armas.

—A menos que el tipo utilizara munición de distinto tipo en la misma arma. —El médico forense dirigió a Frank una mirada aguda—. No parece sorprenderte, Seth.

—Lo hubiera hecho hace una hora. Ahora no.

—Así que tenemos a dos asaltantes.

—Dos asaltantes con dos armas. Y una dama ¿cómo de grande?

—Un metro cincuenta y cinco de estatura, cincuenta kilos de peso —respondió el médico de memoria.

—Así que tenemos a una mujer pequeña y a dos asaltantes, probablemente varones, armados con armas de grueso calibre que intentan estrangularla, le pegan y después los dos disparan contra ella y la matan.

El forense se acarició la barbilla. Los hechos eran realmente desconcertantes.

—¿Estás seguro de que las marcas de estrangulamiento y de los golpes son anteriores al fallecimiento?

—Desde luego. —El hombre pareció ofenderse—. Vaya lío, ¿no?

—Ya lo puedes decir —comentó Frank mientras hojeaba el informe—. Ningún intento de violación. ¿No hay nada?

El forense no respondió. Por fin, Frank le miró, se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y se reclinó en la silla mientras bebía un trago del café solo que le habían ofrecido antes.

—El informe no menciona nada de un ataque sexual —le recordó a su amigo, que pareció volver a la realidad.

—El informe es correcto. No hubo ataque sexual. Ni un rastro de líquido seminal, ninguna prueba de penetración, ninguna señal de violencia. Todo esto me llevó a la conclusión oficial de que no hubo un ataque sexual.

—¿Qué pasa? ¿No estás satisfecho con la conclusión? —Frank le miró expectante.

El hombre bebió un trago de café, estiró los brazos por encima de la cabeza hasta sentir un crujido en el interior de su cuerpo y después se inclinó sobre la mesa.

—¿Tu esposa visita al ginecólogo?

—Claro, ¿no lo hacen todas las mujeres?

—No lo creas —replicó el forense con un tono seco—. La cuestiones que si vas a una revisión, por muy bueno que sea el ginecólogo, siempre queda una ligera inflamación y pequeñas heridas en los genitales. Es algo natural. Para hacer bien las cosas tienes que meterte y escarbar.

—¿Qué insinúas? —Frank dejó la taza de café—. ¿Que la visitó el ginecólogo en mitad de la noche justo antes de que se la cargaran?

—Las indicaciones era pequeñas, muy pequeñas, pero estaban allí —contestó el médico. Pensó bien las palabras antes de añadir—: No he dejado de pensar en esto desde que entregué el informe. Compréndeme, quizá no es nada. Se lo pudo hacer ella misma. Cada uno a lo suyo. Pero por lo que vi, no creo que se lo hiciera ella. Pienso que alguien la revisó poco después de muerta. Quizá dos horas más tarde, quizás antes.

—¿La revisó para qué? ¿Para ver si había pasado algo? —Frank no disimuló la incredulidad.

—No hay otros motivos para revisar los genitales de una mujer en aquella situación, ¿no te parece?

Frank le devolvió la mirada. Esta información sólo sirvió para aumentar la fuerza de los martillazos que notaba en las sienes. Sacudió la cabeza. Otra vez la teoría del globo. Si se hunde por un lado se hincha por el otro. Garrapateó unas notas, con el entrecejo fruncido. Bebió otro trago de café sin darse ni cuenta.

El médico forense le observó. No era un caso fácil, pero hasta ahora, el detective había formulado las preguntas correctas. Estaba intrigado, algo lógico, que formaba parte del proceso. Los buenos nunca lo resolvían todo. Pero tampoco se quedaban intrigados para siempre. A la larga, si tenían suerte y eran diligentes, quizá más de lo primero o de lo segundo según el caso, acababan por descubrir la clave y todas las

piezas encajaban. Él deseaba que fuera uno de estos casos, aunque ahora mismo no pintaba bien.

—Estaba bastante borracha cuando la mataron —señaló el detective consultando el informe de toxicología.

—Dos coma uno. No veía esa cantidad desde los años en la facultad.

—Me pregunto dónde consiguió llegar al dos coma uno. —Abunda la bebida en un lugar como ése.

—Sí, excepto que no había copas sucias, ni botellas abiertas, ni botellas vacías en la basura.

—Bueno, quizá se emborrachó en otra parte.

—Entonces, ¿cómo volvió a casa?

El forense pensó durante unos segundos, se frotó los ojos somnoliento.

—En coche. He visto a personas con porcentajes más altos sentados detrás del volante...

—Querrás decir en la sala de autopsias, ¿no? El problema con esa teoría es que ninguno de los coches salió del garaje desde que la familia se marchó al Caribe.

—¿Cómo lo sabes? Un motor no se mantiene caliente durante tres días.

Frank pasó las páginas de su libreta, encontró lo que buscaba y se la pasó a su amigo.

—Sullivan tiene un chófer en la casa. Un tipo mayor llamado Bernie Kopeti. Sabe de coches como el que más, y lleva un registro meticuloso de toda la flota de automóviles de Sullivan. Apunta el kilometraje de cada uno en un libro, y lo actualiza cada día. ¿Te lo puedes creer? Le pedí que comprobara los odómetros de cada uno de los coches del garaje, que presumiblemente eran los únicos al alcance de la señora, y de hecho los únicos coches que había en el garaje cuando se descubrió el cadáver. Además, Kopeti confirmó que no faltaba ningún coche. No había kilómetros adicionales en ninguno de los odómetros. No habían sido utilizados desde que todos se marcharon al Caribe. Christine Sullivan no regresó a casa en uno de sus coches. ¿Cómo volvió a casa?

—¿En taxi?

—No. Hablamos con todas las compañías de taxis que funcionan en esta zona. Aquella noche nadie hizo una carrera hasta la dirección de los Sullivan. No es un lugar que se olvide fácilmente.

—A menos que el taxista se la cargara, y ahora no hable.

—¿Crees que invitó a un taxista a su casa?

—Digo que estaba borracha y probablemente no se dio cuenta de lo que hacía.

—Eso no concuerda con el hecho de que manipularon la alarma, o que hubiera una soga colgada de la ventana del dormitorio. Y ya que hablamos de dos asaltantes, nunca vi un taxi conducido por dos taxistas.

Frank pensó una cosa y se apresuró a anotarla en la libreta. Estaba seguro de que a Christine Sullivan la había llevado a casa alguien que conocía. Dado que esa

persona o personas no se habían presentado, Frank creía saber por qué no lo habían hecho. Descolgarse por la ventana en lugar de salir por donde habían entrado —la puerta principal— significaba que algo había espantado a los asesinos. La razón más obvia era la patrulla de vigilancia privada, pero el guardia de servicio aquella noche no había informado de nada extraordinario. Sin embargo, los atacantes no lo sabían. El mero hecho de ver el coche del guardia les había puesto en fuga.

El forense se balanceó en la silla, sin saber muy bien qué decir. Separó los brazos.

—¿Algún sospechoso?

—Quizá. —Frank acabó de escribir.

—¿Cuál es la historia del marido? Una de las personas más ricas del país.

—Y del mundo. —Frank guardó la libreta, recogió el informe y se bebió el resto del café—. Ella decidió quedarse mientras iban al aeropuerto. Sullivan pensó que se alojaría en el apartamento del edificio Watergate. Este hecho está confirmado. El jet la recogería al cabo de tres días para llevarla a la mansión de los Sullivan en las afueras de Bridgetown, Barbados. Cuando no se presentó en el aeropuerto, Sullivan se preocupó y comenzó con las llamadas. Ésta es su historia.

—¿Ella le dio algún motivo para el cambio de planes?

—No me lo mencionó.

—Los ricos se pueden permitir lo mejor. Hacer que parezca un robo mientras ellos están a seis mil kilómetros de distancia, tumbados en una hamaca y bebiendo piña colada. ¿Crees que es uno de éstos?

Frank contempló la pared durante un buen rato. Recordó a Walter Sullivan sentado en silencio junto al cadáver de su esposa en el depósito. La expresión del rostro cuando no tenía motivos para pensar que le espiaban.

El detective miró al médico forense. Se levantó dispuesto a marcharse.

—No, no lo creo.

Bill Burton estaba en el puesto de mando del servicio secreto en la Casa Blanca.

Dejó el periódico sobre la mesa, el tercero que leía esta mañana. Todos se ocupaban del asesinato de Christine Sullivan, pero no aportaban ningún dato nuevo. Al parecer, las investigaciones de la policía no avanzaban.

Había hablado con Varney y Johnson. El fin de semana, durante una comida al aire libre en su casa. Sólo él, Collin y los dos colegas. El tipo estaba en la caja fuerte, había visto al presidente y a la señora. Había salido, golpeado al presidente, matado a la señora y huido a pesar de los esfuerzos de Burton y Collin. La historia no concordaba mucho con la secuencia real de los hechos de aquella noche, pero los dos agentes habían aceptado de buena fe la versión de Burton sobre lo ocurrido. Los dos también habían manifestado su enojo e indignación ante el hecho de que alguien le hubiera puesto la mano encima al hombre que debían proteger. El atacante se merecía lo que le esperaba. Nadie sabría por boca de ellos que el presidente estaba involucrado.

Después de la marcha de los agentes, Burton se sentó en el patio trasero a beber una cerveza. Si ellos supieran. El problema consistía en que él sí lo sabía. Bill Burton, un hombre honesto durante toda su vida, no disfrutaba con su actual condición de prevaricador.

Burton se bebió la segunda taza de café y miró la hora. Se sirvió otra taza mientras echaba un vistazo a las dependencias del servicio secreto en la Casa Blanca.

Siempre había deseado pertenecer a la elite del cuerpo de seguridad encargado de la protección del individuo más importante del planeta. Poseía la fuerza, la inteligencia y la capacidad necesaria para ser agente del servicio secreto. Saber que en cualquier instante se esperaba de él que sacrificara su vida por la de otro hombre, y de hecho estaba dispuesto a hacerlo, en aras del bien común, estar preparado para realizar un acto de nobleza suprema en un mundo carente cada día más de virtud, había permitido al agente William James Burton levantarse por las mañanas con una sonrisa y dormir con la conciencia tranquila cada noche. Ahora esta sensación había desaparecido. Él había hecho su trabajo, y la sensación había desaparecido. Sacudió la cabeza mientras encendía un cigarrillo.

Estaba sentado sobre un barril de dinamita. Todos lo estaban. Cuanto más se lo explicaba Gloria Russell, más imposible le parecía.

Lo del coche había sido un desastre. Las averiguaciones realizadas con el máximo de discreción lo habían ubicado en un aparcamiento de la policía para vehículos incautados. Era demasiado peligroso pretender averiguar nada más. Russell se había cabreado. Allá ella. Había dicho que lo tenía todo controlado. Y una mierda.

Dobló el periódico y lo dejó a un lado para el próximo agente.

Que le dieran por el culo a Russell. Cuanto más pensaba en el tema más se cabreaba Burton. Pero ahora era demasiado tarde para echarse atrás. Palpó el lado

izquierdo de la chaqueta. Su pistola, rellena de cemento, junto con la 9 mm de Collin estaban en el fondo del río Severn, en el lugar más remoto que pudieran encontrar. Para la mayoría quizá se trataba de una precaución innecesaria, pero para Burton ninguna precaución era innecesaria. La policía tenía una bala inútil y nunca encontraría la otra. Incluso si la encontraba, el cañón de su pistola nueva estaba impecable. El laboratorio de balística de la policía de Virginia no tenía cómo pillarle.

Burton agachó la cabeza mientras los sucesos de aquella noche desfilaban por su memoria. Resumiendo, el presidente de Estados Unidos era un adúltero que le había dado tal paliza a su ligue que ella había intentado matarlo, y los agentes Burton y Collin habían tenido que cargársela.

Y después lo habían tapado todo. Esto era lo que le martirizaba cada vez que se miraba al espejo. El encubrimiento. Habían mentido. Con su silencio habían mentido. Pero ¿él no había mentido todo el tiempo? ¿Cuando escoltaba a su jefe en las citas nocturnas? ¿Cuando saludaba a la primera dama cada mañana? ¿Cuando jugaba con los dos hijos del presidente en el jardín trasero? ¿Cuando no le decía a ellos que el esposo y padre no era tan bueno, agradable ni bondadoso como creían que era? Como creía todo el país.

El servicio secreto. Burton hizo una mueca. Era un buen título para tapar muchos trapos sucios. Las cosas que había visto pasar a lo largo de los años. Y Burton había hecho la vista gorda. Todos los agentes lo habían hecho en un momento u otro. Todos bromeaban o se quejaban en privado, pero nada más. Formaba parte del trabajo, aunque no les gustara. El poder enloquecía a la gente; les hacía sentirse invencibles. Y cuando pasaba algo malo, le tocaba a los del servicio secreto arreglar el desaguisado.

En varias ocasiones Burton había cogido el teléfono para llamar al director del servicio secreto y contarle toda la historia, en un intento por reducir las consecuencias. Pero en cada ocasión había colgado, incapaz de pronunciar las palabras que acabarían con su carrera y, en esencia, con su vida. Con el paso de los días, aumentaban las esperanzas de salir bien librado, aunque el sentido común le decía que no podía ser. Sentía que ya era demasiado tarde para decir la verdad. Hubiese podido explicar la demora de uno o dos días en informar de lo ocurrido, pero ahora no.

Volvió a pensar en la investigación del asesinato de Christine Sullivan. Burton había leído con mucho interés el informe de la autopsia, una cortesía de la policía local ante la petición del presidente, conmovido por la tragedia. Que también a él le dieran por el culo.

La mandíbula rota y las marcas de estrangulación. Los disparos hechos por él y Collin no habían producido esas lesiones. Ella había tenido una buena razón para intentar matarlo. Pero Burton no podía permitir que sucediera, no podía permitirlo en ninguna circunstancia. Había muy pocas cosas inmutables, pero ésa era una de ellas.

Había actuado correctamente, se repitió Burton por enésima vez. El cometido

para el que le habían entrenado durante casi toda su vida adulta. La gente común no podía comprender, nunca conseguiría entender cómo se sentiría o pensaría un agente si algo salía mal durante su turno.

En una ocasión, hacía ya años, había hablado con uno de los agentes de Kennedy. El hombre nunca había superado lo de Dallas. Caminaba junto a la limusina presidencial, no pudo hacer nada. El presidente había muerto. Delante mismo de sus ojos. Él no pudo hacer nada, pero siempre estaba la duda. Una última precaución. Volverse a la izquierda y no a la derecha, mirar un poco más un edificio. Vigilar mejor a la multitud. Aquel tipo nunca más volvió a ser el mismo. Dejó el servicio, se divorció, acabó su existencia en un agujero del Mississippi, pero sin dejar de vivir en Dallas durante los últimos veinte años de su vida.

Esto nunca le ocurriría a Bill Burton. Por eso había saltado delante del antecesor de Alan Richmond hacía seis años y había sufrido el impacto de dos proyectiles del calibre 38 a pesar del chaleco antibalas; uno en el hombro y el otro en el antebrazo. Por un milagro, ninguno de los dos alcanzó un órgano vital o alguna arteria, dejando a Burton sólo con las cicatrices y la gratitud más sincera de toda la nación. Y, lo más importante, la admiración de sus camaradas.

Por eso había disparado contra Christine Sullivan. Y volvería a hacerlo hoy. La mataría todas las veces que fuese necesario. Apretaría el gatillo, miraría cómo el proyectil de noventa y seis gramos chocaba con el costado de su cabeza a una velocidad superior a los cuatrocientos metros por segundo. La vería morir. Había sido decisión de ella, no suya.

Volvió al trabajo. Ahora que podía.

Russell caminó con paso enérgico por el pasillo. Acababa de instruir al jefe de prensa del presidente sobre el enfoque que debía dar al conflicto entre Rusia y Ucrania. Las razones políticas aconsejaban respaldar a Rusia, pero las razones exclusivamente políticas pocas veces influían en la toma de decisiones de la administración Richmond. El oso ruso tenía todas las fuerzas nucleares intercontinentales, pero Ucrania estaba en mejor posición para ser un aliado comercial de los países occidentales. La balanza se inclinaba a favor de Ucrania porque Walter Sullivan, el buen y ahora doliente amigo del presidente, estaba a punto de cerrar un trato importantísimo con aquel país. Sullivan y sus amigos, a través de diversas organizaciones, habían contribuido con casi veinte millones de dólares a la campaña de Richmond, y le habían dado casi todo el respaldo que necesitaba para llegar a la Casa Blanca. No tenía otro medio de devolver parte de ese favor. En consecuencia, los Estados Unidos respaldarían a Ucrania.

Russell miró la hora. Bendijo que hubiera otras razones para respaldar a Kiev frente a Moscú, aunque estaba segura de que Richmond habría adoptado la misma decisión. No olvidaba las lealtades. Los favores había que devolverlos. Un presidente

debía estar en disposición de devolverlos a una escala mundial. Resuelto este problema, se sentó en su despacho y dedicó su atención a la lista interminable de conflictos y crisis políticas.

Después de quince minutos de malabarismos políticos, Russell se levantó y se acercó a la ventana. La vida en Washington era la misma desde hacía doscientos años. Había facciones por todas partes que invertían tiempo, dinero y esfuerzos en la actividad política, que en esencia era darles por el culo a los demás antes de que fuera a la inversa. Russell comprendía el juego mejor que la mayoría. Además, le encantaba. Estaba en su elemento, y disfrutaba de una felicidad que no había tenido en años. Ser soltera y sin hijos había comenzado a preocuparle. Las reuniones con las colegas universitarias se le antojaban muy aburridas. Entonces Alan Richmond había entrado en su vida. Le había hecho ver la posibilidad de ascender al siguiente peldaño. Quizás a un nivel al que ninguna mujer había llegado. Esta posibilidad pesaba tanto en sus pensamientos que, en ocasiones, se estremecía de ansia.

Entonces había pasado aquello. ¿Dónde estaba él? ¿Por qué no se había puesto en comunicación? Sin duda sabía lo que tenía en su poder. Si quería dinero, ella le pagaría. Los fondos reservados a su disposición eran más que suficientes para atender incluso las exigencias más irrazonables, y Russell se esperaba lo peor. Ésta era una de las cosas fantásticas de la Casa Blanca. Nadie sabía a ciencia cierta cuánto dinero costaba mantenerla. Eran muchas las agencias que contribuían con parte de sus presupuestos y personal al funcionamiento de la Casa Blanca. Con semejante desbarajuste financiero, las administraciones casi nunca tenían que preocuparse en conseguir dinero incluso para las compras más extravagantes. No, pensó Russell, el dinero no representaba ningún problema. Pero tenía muchos otros.

¿El hombre estaba enterado de que el presidente no sabía absolutamente nada de la situación? Esto la tenía con el alma en vilo. ¿Qué pasaría si él intentaba comunicarse directamente con Richmond? Se echó a temblar y se sentó en una silla junto a la ventana porque no le sostenían las piernas. Richmond descubriría en el acto las intenciones de Russell. Eso estaba muy claro. Él era arrogante pero no tonto. Y entonces acabaría con ella. Con toda tranquilidad. Ella estaría indefensa. No serviría de nada denunciarle. No tenía pruebas. Sería su palabra contra la de él. La arrojarían con los demás desperdicios políticos, condenada por todos y, lo que era peor, la olvidarían.

Tenía que encontrarle. Transmitirle un mensaje para que actuara a través de ella. Sólo había una persona capaz de ayudarle. Volvió a su escritorio, se rehízo y continuó con el trabajo. No era el momento para dejarse arrastrar por el pánico. Ahora mismo tenía que ser muy fuerte. Podía conseguirlo, controlar el resultado si dominaba los nervios y utilizaba la inteligencia que le había dado Dios. Saldría de este embrollo. Sabía por dónde comenzar.

Su plan habría llamado la atención de aquéllos que la frecuentaban. Pero había una faceta de la jefa de gabinete que desconocían incluso los pocos que creían

conocerla bien. Su carrera profesional siempre había predominado sobre todos los demás aspectos de su vida, incluidas las relaciones personales y sexuales. Sin embargo, Gloria Russell se consideraba a sí misma como una mujer muy deseable; poseía un lado femenino que se daba de bofetadas con su comportamiento oficial. El hecho de que pasaran los años, cada vez más rápido, aumentaba la preocupación por este desequilibrio en su vida. No es que pensara en nada especial, sobre todo a la vista de la amenaza de una catástrofe, pero creía saber la mejor manera de realizar esta misión. Y de paso confirmar sus atractivos. No podía escapar de sus sentimientos como tampoco podía escapar de su sombra. Entonces ¿para qué intentarlo? Además, de nada le servirían las sutilezas con el blanco escogido.

Varias horas después apagó la lámpara de la mesa y pidió su coche. Repasó la lista de agentes del servicio secreto que estaban de guardia y cogió el teléfono. Al cabo de tres minutos, el agente Collin estaba en su despacho con las manos cogidas delante en la pose habitual de todos los agentes. Ella le indicó con un gesto que esperara un momento. Se arregló el maquillaje y formó un óvalo perfecto con los labios mientras se los pintaba. Observó de reojo al hombre alto y delgado junto a la mesa. A cualquier mujer le hubiese sido difícil no fijarse en alguien que parecía un modelo de portada. Que su profesión le llevara a vivir al borde del peligro y que él también podía ser peligroso le hacía aún más interesante. Como los chicos malos del instituto que tanto atraían a las chicas, aunque sólo fuera para escapar, momentáneamente, del aburrimiento de sus vidas. Llegó a la conclusión de que Tim Collin había roto más de un corazón de mujer a lo largo de su relativamente corta vida.

Esta noche era una de las pocas en que su agenda estaba libre. Apartó la silla y se calzó los zapatos. No vio cómo el agente Collin echaba un rápido vistazo a sus piernas antes de volver a mirar al frente. De haberlo hecho, se habría sentido halagada.

—El presidente ofrecerá una conferencia de prensa la semana que viene en el juzgado de Middleton, Tim.

—Sí, señora, a las nueve y treinta y cinco de la mañana. Ya nos estamos ocupando de los preliminares —contestó Tim sin desviar la mirada.

—¿No le parece un poco raro?

—¿En qué sentido, señora? —Esta vez el agente la miró.

—Estamos fuera del horario de trabajo, puede llamarme Gloria. Collin se balanceó incómodo de un pie al otro. Ella le sonrió al ver su inquietud.

—Sabe cuál es el motivo de la conferencia de prensa, ¿no es así?

—El presidente se referirá... —el agente se ahogó por un momento— al asesinato de la señora Sullivan.

—Así es. El presidente ofrecerá una conferencia de prensa para tratar del asesinato de una ciudadana privada. ¿No le resulta curioso? Creo que es la primera vez en la historia de la presidencia, Tim.

—No lo sé, señor... Gloria.

—Ha pasado mucho tiempo con él en estos días. ¿Ha notado algo extraño en el comportamiento del presidente?

—¿Como qué?

—Si le ha visto nervioso, preocupado. Más de lo habitual. Collin meneó la cabeza. No sabía a qué venía esta conversación.

—Pienso que tenemos un pequeño problema, Tim. Quizás el presidente necesitará nuestra ayuda. ¿Está dispuesto a ayudarlo?

—Él es el presidente, señora. Es mi trabajo cuidarle.

—¿Está ocupado esta noche, Tim? —preguntó la mujer mientras buscaba algo en el bolso—. No está de servicio, ¿verdad? Sé que el presidente no saldrá.

Él asintió.

—Ya sabe dónde vivo. Venga en cuanto acabe el turno. Me gustaría continuar esta conversación en privado. Supongo que no le importara ayudarnos a mí y al presidente, ¿no es así?

Esta vez la respuesta de Collin fue inmediata.

—Estaré allí, Gloria.

Jack llamó otra vez a la puerta. Nadie respondió. Las persianas estaban cerradas y no había luz en el interior de la casa. Estaba dormido o había salido. Miró la hora. Las nueve. Recordó que Luther Whitney casi nunca se acostaba antes de las dos o las tres de la madrugada. El viejo Ford estaba aparcado en el camino particular. El portón del garaje estaba cerrado. Jack miró en el buzón junto a la puerta. Lleno hasta los topes. Mala señal ¿Qué edad tenía ahora Luther? ¿Sesenta y pico? ¿Encontraría a su amigo tendido en el suelo, con las manos aferradas al pecho? Jack miró a su alrededor y después levantó una de las esquirlas del macetero más cercano a la puerta. Allí estaba la llave de recambio. Volvió a cerciorarse de que nadie le espía antes de abrir la puerta y entrar.

La sala de estar estaba limpia y en orden. Todo en su lugar.

—¿Luther? —Cruzó el vestíbulo guiado por los recuerdos de la sencilla configuración de la casa. El dormitorio a la izquierda, el baño a la derecha, la cocina en la parte de atrás, una pequeña galería cerrada y un jardín en el fondo. Luther no estaba en ninguna de estas habitaciones. Jack entró en el pequeño dormitorio, que, como el resto de la casa, estaba aseado y en orden.

Sobre el velador había unos cuantos cuadros con fotos de Kate, que le miraban cuando él se sentó en el borde de la cama. Jack se levantó en el acto y salió del dormitorio.

Los pequeños cuartos de la planta alta sólo tenían un par de muebles. Escuchó con atención durante un momento. Nada.

Se sentó en la silla metálica de la cocina. No encendió la luz. Permaneció en la

oscuridad mientras pensaba. Tendió la mano y abrió la puerta de la nevera. Sonrió al ver el contenido; dos cajas de seis cervezas. Siempre se podía contar con Luther para conseguir una cerveza fría. Cogió una y salió por la puerta de atrás.

El pequeño jardín estaba seco. Los helechos y las cintas apenas si se aguantaban, incluso las protegidas por la sombra de un roble, y las clemátides que trepaban por la cerca estaban marchitas. Jack observó los parterres que Luther cuidaba con tanto mimo y vio más víctimas que supervivientes de la canícula.

Se sentó y bebió un trago de cerveza. Era obvio que Luther llevaba ausente desde hacía varios días. ¿Y qué? Era una persona adulta. Podía ir donde le viniera en gana y en el momento que le apeteciera. Pero algo no estaba bien. Claro que habían pasado unos cuantos años. Los hábitos cambian. Reflexionó un poco más. Pero Luther no era de los que cambiaban de hábitos. Él era firme como una roca, una de las personas más confiables que Jack había conocido. Él nunca habría dejado por propia voluntad la correspondencia amontonada en el buzón, el coche fuera del garaje o que se marchitaran las flores. Por propia voluntad.

Jack volvió a entrar. No había ningún mensaje en el contestador automático. Abrió la puerta del dormitorio y una vez más olió el olor a mustio. Echó una ojeada. Sintió que estaba haciendo el ridículo, Él no era un detective. Se rio de sí mismo. Lo más lógico era pensar que Luther se había ido de vacaciones a alguna isla durante un par de semanas, y aquí estaba él haciendo de padre nervioso. Luther era un hombre muy capaz. Además, esto no era asunto suyo. Él ya no tenía nada que ver con la familia Whitney. En realidad, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Intentaba revivir viejos tiempos? ¿Pretendía recuperar a Kate a través del padre? Esa vía sí que era imposible.

Jack salió de la casa, cerró la puerta y guardó la llave debajo del macetero. Echó una última mirada al lugar y fue en busca del coche.

La casa de Gloria Russell estaba al final de una calle sin salida en la parte alta de Bethesda cerca de River Road. El trabajo como consultora de muchas de las más grandes corporaciones del país unido al sueldo de catedrática, y ahora el salario de jefa de gabinete más las ganancias de muchos años de sabias inversiones, le había permitido acumular una considerable cantidad de dinero, y le gustaba estar rodeada de cosas hermosas. La entrada estaba enmarcada por una vieja glorieta cubierta de hiedra. Un muro de ladrillos de poco más de un metro de altura rodeaba todo el patio delantero, arreglado como un jardín privado con mesas y sombrillas. El murmullo del surtidor de una fuente sonaba en la oscuridad, rota ésta sólo por el resplandor que se colaba a través de la gran puerta ventana en el frente de la casa.

Gloria Russell ocupaba una de las mesas del jardín cuando apareció el agente Collin en su convertible, la espalda recta como una escoba, el traje sin una arruga, el nudo de la corbata impecable. La jefa de gabinete tampoco se había cambiado. Saludó al visitante con una sonrisa y juntos caminaron hasta la casa.

—¿Una copa? ¿Bourbon con agua? —Russell miró al agente mientras acababa con la tercera copa de vino blanco. Hacía mucho tiempo que no recibía en su casa a

un hombre joven. Quizá demasiado, pensó, aunque los efectos del vino le impedían pensar con mucha claridad.

—Cerveza, si tiene.

—Ahora mismo. —Ella se quitó los zapatos y fue descalza a la cocina.

Collin echó una ojeada a la amplia sala de estar con las cortinas vaporosas, las paredes empapeladas y las antigüedades, y se preguntó qué hacía allí. Deseó que ella se diera prisa con la cerveza. Atleta de elite, ya había sido seducido antes por las mujeres, desde los años de instituto. Pero esto no era el instituto y Gloria Russell no era una animadora. Necesitaría beber bastante para hacer frente a lo que le esperaba. Hubiera querido comentárselo a Burton antes de venir, pero algo le hizo callar. Burton se mostraba distante y malhumorado desde hacía días. Lo que habían hecho, creía, no estaba mal. Comprendía que las circunstancias resultaban difíciles de explicar, y una acción que en otro momento les habría hecho merecedores de la admiración del país entero tenía que mantenerse en secreto. Lamentaba haber matado a la mujer, pero no hubo más alternativas. La gente moría. A Christine Sullivan le había llegado su hora y punto.

Russell le trajo la cerveza y después se agachó para esponjar uno de los almohadones del sofá antes de sentarse, ocasión que Collin aprovechó para mirarle el trasero mientras se bebía un trago. Ella le sonrió y probó con delicadeza la copa de vino.

—¿Cuánto tiempo lleva en el servicio, Tim?

—Unos seis años.

—Ha ascendido deprisa. El presidente tiene muy buena opinión de usted. Nunca olvidará que le salvó la vida.

—Se lo agradezco.

Ella bebió otro trago de vino mientras le miraba de arriba abajo. Él estaba sentado muy erguido, sin disimular su inquietud. Russell acabó de valorarlo y reconoció estar impresionada. Su interés no había pasado inadvertido para el agente que ahora paseaba su mirada por la sala contemplando los numerosos cuadros que adornaban las paredes.

—Muy bonitos. —Collin señaló los cuadros.

Ella sonrió mientras le veía beber deprisa la cerveza.

«Tú sí que eres bonito», pensó Russell.

—Vamos a sentarnos en un sitio más cómodo, Tim. —Russell dejó el sofá y llevó a Tim por un pasillo largo y angosto hasta otra sala. Un mecanismo automático encendió las luces, y Collin vio que al otro lado de una puerta entreabierta estaba el dormitorio de la jefa de gabinete—. ¿Le molesta si me tomo un minuto para cambiarme? Llevó desde la mañana con este vestido.

Collin la observó mientras ella entraba en el dormitorio sin molestarse en cerrar la puerta. Desde donde estaba sentado se veía parte de la habitación. Miró hacia otro lado en un intento por concentrar su atención en los dibujos de la pantalla de la

chimenea antigua que no tardaría mucho en ser utilizada. Acabó la cerveza y en el acto deseó tomar otra. Se recostó en los mullidos almohadones. Intentó en vano no escuchar los ruidos provenientes del dormitorio. Por fin, no resistió más. Volvió la cabeza y miró a través de la abertura. En el primer instante no vio nada y lo lamentó, pero después ella pasó por delante de la abertura.

Fue sólo un momento, mientras ella se demoraba a los pies de la cama, para recoger una prenda. Ver a la jefa de gabinete Gloria Russell desfilarse desnuda ante su mirada le estremeció, aunque ya se esperaba esto, o alguna cosa parecida.

Ahora que ya sabía cuál era la actividad de la noche, Collin desvió la mirada, quizá no tan rápido como, hubiese deseado. Lamió la tapa de la lata de cerveza para recoger las últimas gotas del líquido ámbar. Sintió la presión de la culata de su nueva arma contra el pecho. El roce del metal contra la piel siempre le daba confianza, pero esta vez sólo le molestaba.

Pensó en las reglas de fraternización. En más de una ocasión se había dado el caso de que los miembros de la familia presidencial habían establecido relaciones muy cercanas con los agentes del servicio secreto. A lo largo de los años se habían comentado muchas cosas, pero la postura oficial al respecto era bien clara. Si al agente Collin le descubrían en esta habitación con la jefa de gabinete desnuda en el dormitorio, ya se podía despedir de su carrera.

Hizo un rápido análisis de la situación. Podía marcharse ahora mismo, informar a Burton de los hechos. Pero ¿qué pensarían? Russell lo negaría todo. Collin quedaría como un tonto, y su carrera se habría acabado de todos modos. Ella le había traído aquí por alguna razón. Había dicho que el presidente necesitaba su ayuda. Se preguntó a quién estaría ayudando en realidad. Y por primera vez el agente Collin se sintió atrapado. Atrapado en una situación donde su fuerza, su ingenio y su pistola de 9 mm no le servían para nada. Intelectualmente no era rival para la mujer. En la pirámide del poder oficial él estaba tan abajo que era mirar desde el fondo de un abismo a través de un telescopio al revés. Ésta sería una noche muy larga.

Walter Sullivan se paseaba arriba y abajo mientras Sandy Lord le observaba. Una botella de whisky ocupaba un lugar destacado en una esquina de la mesa de Lord. En el exterior, el resplandor mortecino de las farolas apenas disipaba en parte la oscuridad. Otra vez hacía calor y Lord había ordenado que no apagaran el aire acondicionado en Patton, Shaw para su invitado especial de esta noche. El visitante dejó de pasearse y miró a la calle donde media docena de manzanas más allá se alzaba el conocido edificio blanco que era el hogar de Alan Richmond, y una de las claves del gigantesco proyecto de Sullivan y Lord. Pero esta noche Sullivan no pensaba en los negocios. En cambio, Lord sí aunque era demasiado astuto como para demostrarlo. Esta noche estaba aquí por su amigo. Para escuchar la pena, el dolor, para permitir que Sullivan descargara el desconsuelo ante la pérdida de su putilla.

Cuanto antes acabaran con este asunto, antes podría ocuparse de aquello que era de verdad importante: el siguiente negocio.

—Fue un servicio precioso, la gente lo recordará durante mucho tiempo. —Lord escogió las palabras con mucho cuidado. Walter Sullivan era un viejo amigo, pero era una amistad basada en la relación abogado-cliente, y, en consecuencia, en cualquier momento podía cambiar. Además, Sullivan era la única persona capaz de ponerle nervioso, se escapaba de su control, y era tanto o más inteligente que él.

—Sí, lo fue. —Constató Sullivan sin apartar la mirada de la calle. Creía haber convencido a la policía de que el espejo de una sola dirección no tenía ninguna relación con el crimen. Si estaban convencidos del todo o no era otra cosa. En cualquier caso había resultado un momento muy embarazoso para un hombre no acostumbrado a justificarse. El detective, Sullivan no recordaba su nombre, no le había tratado con el respeto que se merecía y esto había enojado al anciano. Él se había ganado el respeto de todos. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que Sullivan no tenía ninguna confianza en la capacidad de la policía local para encontrar a los responsables del crimen.

Meneó la cabeza al pensar otra vez en el espejo. Al menos, no se lo habían dicho a los periodistas. Eso hubiese sido algo intolerable. El espejo había sido idea de Christine. Pero reconocía que él le había seguido el juego. Ahora, al recordarlo, le parecía absurdo. Al principio le había fascinado ver a su esposa con otros hombres. Ya había superado la edad para poder satisfacerla por sí mismo, pero no podía negarle los placeres físicos. Pero todo había sido ridículo, incluido el matrimonio. Ahora lo comprendía. Un intento por recuperar la juventud. Había olvidado que la naturaleza no se rendía ante nadie, por muy rico que fuera. Estaba avergonzado y furioso. Por fin se volvió para mirar a Lord.

—No me merece mucha confianza el detective a cargo. ¿Cómo hacemos para que intervengan los federales?

Lord dejó la copa, cogió un puro de la caja oculta en los recovecos de la mesa y se entretuvo con el papel del envoltorio.

—El homicidio de un particular está fuera de la competencia de una investigación federal.

—Richmond se ha involucrado.

—Pura palabrería, si me lo preguntas.

—No —replicó Sullivan—. Parecía preocupado de verdad. —Quizá. No cuentes con que esa preocupación le dure mucho. Tiene que ocuparse de un millón de cosas más.

—Quiero que detengan a los responsables, Sandy.

—Lo comprendo, Walter. No hay nadie que lo entienda mejor. Les atraparán. Tienes que ser paciente. Esos tipos no eran rateros de tres al cuarto. Sabían lo que hacían. Pero todo el mundo comete errores. Recuerda lo que te digo, los juzgarán.

—¿Y después qué? ¿Cadena perpetua? —preguntó Sullivan, despectivo.

—Es probable que no consideren aplicable la pena de muerte. Por lo tanto pedirán cadena perpetua. Pero sin reducción de condena, Walter, eso puedes darlo por hecho. Nunca más verán el aire libre. Una inyección letal en el brazo puede parecer algo muy apetecible después de unos cuantos años dándote por el culo.

Sullivan se sentó y miró a su amigo. Walter Sullivan no quería participar en ningún juicio donde se revelarían todos los detalles del crimen. Arrugó el gesto al pensar en que todo sería repetido. Unos extraños conocerían los intimidades de su vida y la de su esposa difunta. No lo soportaría. Sólo ansiaba que arrestaran a los hombres. Él se encargaría del resto. Lord acababa de decir que la mancomunidad de Virginia condenaría a cadena perpetua a los culpables. Walter Sullivan decidió aquí y ahora que él le evitaría a la mancomunidad el coste de un encierro tan largo.

Russell se acurrucó en un extremo del sofá, con los pies descalzos ocultos debajo de un amplio jersey de algodón que le llegaba un poco más abajo de las rodillas. El profundo escote ofrecía una buena vista del pecho. Collin se había hecho con otras dos cervezas y le sirvió a Gloria otra copa de vino. Notaba la cabeza un poco caliente, como si dentro ardiera una pequeña hoguera. Se había aflojado la corbata; la chaqueta y la pistola estaban en el otro sillón. La mujer la había tocado cuando él se la quitó.

—Es muy pesada.

—Uno se acostumbra. —Ella no formuló la pregunta que le hacían todos. Gloria sabía que había matado a una persona.

—¿De verdad estaría dispuesto a recibir un balazo para salvar al presidente? — Gloria le miró con los párpados entrecerrados. «Debo mantener la concentración», se repitió, aunque esto no le había impedido llevar al joven agente hasta el umbral de su cama. Casi había perdido el control, y ahora estaba obligada a hacer un esfuerzo tremendo por recuperarlo. ¿Qué le pasaba? Se enfrentaba a la crisis más grave de su vida y se comportaba como una puta. No tenía por qué enfocar el tema de esta manera. El impulso provenía de otra parte de su ser e interfería en el proceso de toma de decisiones. Era algo que no podía permitir, no en este momento.

Se cambiaría otra vez de ropa, volverían a la sala de estar, o quizás al estudio donde los colores oscuros de la madera y las paredes cubiertas de libros aplastarían cualquier rumor de inquietud.

—Sí —contestó Collin con una mirada firme.

Ella estaba a punto de levantarse pero desistió.

—También estaría dispuesto a recibirlo por usted, Gloria.

—¿Por mí? —Le falló la voz. Volvió a mirarle con los ojos bien abiertos. Sus planes estratégicos pasaron al olvido.

—Sin pensarlo. Hay muchos agentes secretos y sólo una jefa de gabinete. Así es como funciona. —Él desvió la mirada y añadió en voz baja—: No es un juego, Gloria.

Collin fue a la cocina a buscar otra cerveza. Al volver vio que la mujer se había acercado lo suficiente como para que las rodillas le rozaran el muslo cuando se sentó. Ella extendió las piernas y las apoyó sobre la mesa de centro. El movimiento le subió el jersey dejando al descubierto los muslos rotundos, de un blanco cremoso; los muslos de una mujer mayor y, por cierto, muy atractiva. La mirada de Collin se deleitó con el espectáculo.

—Siempre los he admirado. Me refiero a los agentes en general. —Parecía avergonzada—. Sé que algunas veces llega un momento en que se convierten en algo tan cotidiano que la gente se olvida de ustedes. Quiero que sepa que le aprecio.

—Es un gran trabajo. No lo cambiaría por nada. —Él abrió otra cerveza y se sintió mejor. Respiró más tranquilo.

—Me alegra que haya aceptado la invitación. —Ella le sonrió.

—Lo que sea por ayudar, Gloria. —Su nivel de confianza aumentaba con la ingestión de alcohol. Collin acabó la cerveza y ella apuntó con un dedo tembloroso el bar junto a la puerta. Él preparó las bebidas y volvió a sentarse.

—Tengo la sensación de que puedo confiar en usted, Tim.

—Claro que puede.

—Espero que no me interprete mal, pero no me sucede lo mismo con Burton.

—Bill es un gran agente. El mejor.

Ella le tocó el brazo, y no apartó la mano.

—No lo decía en ese sentido. Sé que es bueno. Sólo que a veces no le entiendo. Es difícil de explicar. No sé, es una reacción instintiva.

—Debe confiar en la intuición. Yo lo hago. —Collin la miró. Parecía más joven, mucho más joven, como una muchacha a punto de acabar la facultad y dispuesta a comerse el mundo.

—Mi intuición me dice que usted es alguien en quien puedo confiar, Tim.

—Lo soy. —Acabó la copa.

—¿Siempre?

Él la observó por un instante; después chocó su copa contra la de ella como si brindara.

—Siempre.

Le pesaban los párpados. Recordó los años de instituto. Después de marcar el tanto que le había dado la victoria a su equipo en el campeonato estatal, Cindy Purket le había mirado así. Con una expresión de entrega total.

Apoyó una mano sobre el muslo de Gloria, y lo acarició. La carne tenía la suavidad precisa para ser muy femenina. Ella no se resistió sino que se acercó un poco más. Collin metió la mano debajo del jersey, siguió el contorno de la barriga firme, rozó apenas la parte inferior de los senos, y apartó la mano. Con el otro brazo le rodeó la cintura, la atrajo hacia él, al tiempo que le sujetaba el trasero y se lo apretaba con fuerza. La mujer suspiró mientras se apoyaba contra el hombro del joven. Él sintió la caricia de los pechos contra el brazo, una masa suave y tibia. Ella

apoyó una mano sobre la bragueta y apretó, al tiempo que rozaba sus labios contra los de él. Luego se apartó y le miró bajando y subiendo los párpados lentamente.

Russell dejó la copa sobre la mesa, y sin prisas, de una forma provocativa, se deslizó fuera del jersey. Él se lanzó sobre ella, metió las manos por debajo de las tiras del sujetador hasta que cedió la hebilla y los senos se volcaron contra su rostro. Después le arrancó la última prenda, unas bragas de encaje negro, y ella sonrió cuando las vio volar contra la pared. Entonces Gloria contuvo el aliento cuando él la levantó en brazos sin ningún esfuerzo y la llevó al dormitorio.

El Jaguar avanzó lentamente por el largo camino particular, se detuvo y bajaron

dos personas.

Jack se alzó el cuello del abrigo. La noche era fresca y el cielo estaba encapotado con nubarrones que amenazaban lluvia.

Jennifer pasó por delante del capó para ir a reunirse con Jack y se apoyaron en el vehículo.

Jack contempló la casa. La hiedra, muy espesa, tapaba toda la parte superior de la entrada. La mansión transmitía una sensación de fortaleza y sosiego que sin duda contagiaría a sus ocupantes. Ahora mismo a él le vendrían muy bien las dos cosas. Tenía que admitirlo: era preciosa. Además, ¿qué tenían de malo las cosas hermosas? Cuatrocientos mil dólares como socio. Si traía más clientes, ¿quién sabía cuánto llegaría a ganar? Lord ganaba cinco veces más, dos millones al año, y ése era el mínimo.

El dinero que ganaban los socios era materia estrictamente reservada y nunca se discutía en la firma, ni siquiera en las circunstancias más informales. Sin embargo, Jack había adivinado la palabra clave que daba acceso al archivo de cuentas de los socios en el ordenador. La palabra era «codicia». La secretaria que la escogió se habría partido de la risa.

Jack observó el prado, que tenía el tamaño de la cubierta de un portaaviones. Tuvo una visión y miró a su prometida.

—Hay lugar de sobra para jugar al fútbol con los chicos —comentó con una sonrisa.

—Sí, así es. —Ella le devolvió la sonrisa y le dio un beso en la mejilla mientras le cogía un brazo para que le rodeara la cintura.

Jack volvió a mirar la casa, de tres millones ochocientos mil dólares, que muy pronto sería su hogar. Jennifer no dejó de observarle, con la sonrisa cada vez más amplia. Sus ojos brillaban, incluso en la oscuridad.

Por su parte, Jack sintió una profunda sensación de alivio. Esta vez sólo veían ventanas.

A doce mil metros de altura, Walter Sullivan se recostó en la mullida butaca y contempló la oscuridad a través de la ventanilla del 747. A medida que avanzaban de este a oeste, Sullivan añadía horas al día, pero los husos horarios nunca le habían preocupado. Cuanto más viejo se hacía menos necesitaba dormir, y además nunca había dormido mucho.

El hombre sentado delante de él aprovechó la ocasión para observar al anciano con atención. Sullivan era conocido en todo el mundo como un empresario honrado, aunque duro de pelar. Honrado. Ésta era la palabra que pasaba una y otra vez por la

cabeza de Michael McCarty. Los empresarios honrados no tenían necesidad (ni ganas) de hablar con los caballeros con una profesión como la de McCarty. Pero cuando a alguien le avisan a través de los canales más discretos que uno de los hombres más ricos de la tierra desea entrevistarse con ese alguien, la persona en cuestión acepta. McCarty no se había convertido en uno de los mejores asesinos del mundo porque le gustara mucho el trabajo. Él disfrutaba con tener dinero y los lujos que el dinero le permitía comprar.

McCarty contaba con la ventaja de parecer él también un empresario, o un universitario, cosa que era verdad porque se había licenciado en política internacional en Dartmouth. Con el pelo rubio ondulado, los hombros anchos y sin una arruga en la cara, cualquiera le hubiese tomado por un empresario en el camino a la cumbre o una estrella de cine. El hecho de que se ganara la vida matando gente, por una tarifa superior al millón de dólares, no empañaba su entusiasmo juvenil o su amor por la vida.

Por fin, Sullivan se fijó en él. McCarty, a pesar de la enorme confianza en sí mismo y su frialdad ante la presión, comenzó a inquietarse ante el escrutinio del multimillonario. De una elite a otra.

—Quiero que mate a alguien por mí —dijo Sullivan, sin inmutarse—. Por desgracia, en este momento, no sé quién es esa persona. Pero con un poco de suerte, algún día lo averiguaré. Hasta que llegue ese día, queda usted contratado y sus servicios estarán a mi disposición.

—Sin duda conoce mi reputación, señor Sullivan —replicó McCarty con una sonrisa al tiempo que meneaba la cabeza—. Existe una gran demanda de mis servicios. Como ya sabe, mi trabajo me obliga a viajar por todo el mundo. Si le dedicase todo mi tiempo a usted hasta que se presente la oportunidad, entonces no cumpliría con los demás compromisos. Me temo que mi cuenta bancaria, junto con mi reputación, resultarían perjudicadas.

—Cien mil dólares al día hasta que surja la oportunidad, señor McCarty —respondió Sullivan en el acto—. Cuando cumpla con éxito el trabajo, le pagaré el doble de la tarifa habitual. No puedo hacer nada para preservar su reputación; sin embargo, confío en que mi oferta evite cualquier perjuicio a su peculio personal.

McCarty abrió los ojos un poco más de la cuenta pero enseguida recuperó la compostura.

—Considero que es una oferta adecuada, señor Sullivan.

—Desde luego, se dará cuenta de que no sólo deposito una gran confianza en su capacidad para eliminar sujetos, sino también en su discreción.

McCarty disimuló una sonrisa. El avión de Sullivan le había recogido en el aeropuerto de Estambul a la medianoche, hora local. La tripulación no sabía quién era. Nunca nadie le había identificado, por lo tanto no le preocupaba que alguien le reconociera. Sullivan, al recibirle personalmente, había eliminado un peligro. Al intermediario, que habría tenido a Sullivan en su poder. Por su parte, McCarty no

tenía ningún motivo para traicionar a Sullivan, más de un millón de razones para no hacerlo.

—Recibirá los detalles cuando estén disponibles —añadió Sullivan—. Se alojará en la zona metropolitana de Washington, aunque su misión podría ser en cualquier parte del mundo. Necesitaré que se mueva al primer aviso. Me informará de su paradero en todo momento y se pondrá en contacto cada día a través de líneas de comunicación seguras que yo le asignaré. Pagaré sus gastos de la cantidad que reciba. El dinero lo recibirá por transferencia a la cuenta que usted nos diga. Mis aviones estarán a su disposición si surge la necesidad. ¿Está claro?

McCarty asintió, un poco desconcertado por las órdenes de su cliente. Pero nadie llegaba a multimillonario sin ser un poco mandón, ¿no? McCarty estaba enterado del asesinato de Christine Sullivan. ¿Quién coño podía culpar al viejo?

Sullivan apretó un botón en el apoyabrazos de la butaca.

—¿Thomas? ¿Cuánto falta para que lleguemos?

—Cinco horas y catorce minutos, señor Sullivan —respondió la voz serena del capitán—, si mantenemos la velocidad y la altura actuales.

—Asegúrese de que así sea.

—Sí, señor.

Sullivan apretó otro botón y apareció un camarero que preparó la mesa y les sirvió una cena que McCarty nunca había tenido oportunidad de probar a bordo de un avión. Sullivan no dijo nada hasta que acabaron de cenar y el joven se levantó mientras el camarero le explicaba cómo llegar a su litera. A un ademán de Sullivan, el camarero dejó solos a los dos hombres.

—Una cosa más, señor McCarty. ¿Alguna vez ha fallado en una misión?

McCarty entrecerró los párpados hasta que sólo se vio una raja mientras miraba a su nuevo patrón. Por primera vez resultó evidente que el tipo con pinta de empresario era muy peligroso.

—Una vez, señor Sullivan. Con los israelíes. Algunas veces parecen sobrehumanos.

—Por favor, que no ocurra otra vez. Muchas gracias.

Seth Frank paseaba por los salones de la casa Sullivan. Las cintas amarillas de la policía seguían colocadas en el exterior, sacudidas por la brisa cada vez más fuerte, mientras el cielo se encapotaba con gruesos nubarrones que prometían nuevos aguaceros. Sullivan se alojaba en su apartamento del Watergate. El personal doméstico se encontraba en la residencia de su patrón en Fisher Island, Florida, sirviendo a los miembros de la familia Sullivan. Los criados no tardarían en regresar a casa para ser sometidos a nuevos interrogatorios.

Se tomó un momento para admirar el lugar. Era como si estuviese de visita en un museo. Tanto dinero... El lugar rezumaba dinero, desde las soberbias antigüedades a

los cuadros pintados con brocha gorda que había por todas partes, con firmas de verdad en una esquina. Caray, en esta casa todo era original.

Entró en la cocina y después en el comedor. La mesa parecía un puente que unía los extremos de la alfombra azul claro que cubría el suelo de parqué, los pies se hundían en el espesor del pelo. Se sentó en la cabecera de la mesa, sin dejar de mirar a todas partes. Por lo que se veía, aquí no había pasado nada. Pasaba el tiempo sin conseguir el menor progreso.

Fuera, el sol se abrió pasó por un instante entre las nubes, y Frank tuvo su primera oportunidad en el caso. Se le habría escapado de no haber sido porque en aquel momento admiraba las molduras en el techo. Su padre había sido carpintero. Las juntas se fundían sin solución de continuidad.

Entonces fue cuando vio el arco iris que se movía por el techo. Se preguntó de dónde surgiría. Su mirada buscó por todo el comedor la vasija llena de oro que, según la leyenda, estaba al final del arco iris. Tardó unos segundos, pero entonces lo encontró. Se arrodilló junto a la mesa y espió debajo de una de las patas. La mesa era una Sheraton, del siglo XVIII, o sea que pesaba una tonelada. Necesitó dos intentos, el sudor le corrió por la frente, una gota le entró en el ojo derecho y le hizo lagrimear, pero por fin consiguió levantar un poco la mesa y sacarlo.

Volvió a sentarse y contempló su nueva posesión, quizá su pequeña vasija de oro. El trozo de material plateado servía como barrera para evitar que las alfombras húmedas dañaran la madera o la tapicería de los muebles. Con la ayuda de la luz del sol, la superficie metalizada había dado origen a la aparición del arco iris. Él tenía un paquete de estas cosas en su casa. Su esposa las usaba cuando se ponía muy nerviosa ante el anuncio de la visita de los suegros y decidía hacer una limpieza a fondo.

Frank sacó su libreta. Los sirvientes llegarían a Dulles al día siguiente por la mañana, a las diez. Dudaba que en esta casa el pequeño objeto hubiese permanecido mucho tiempo debajo de la mesa. Podía no ser nada o serlo todo. Era un margen muy amplio. Si tenía suerte, quizá se encontrara en un término medio.

Se arrodilló otra vez y olió la alfombra, se pasó los dedos por el pelo. Con los productos de limpieza de hoy en día resultaba difícil saber. No dejaban olor, se secaban en un par de horas. No tardaría en averiguar cuándo había sido y si le serviría de algo. Podía llamar a Sullivan, pero por alguna razón, prefería saberlo por alguien que no fuera el dueño de la casa. El anciano no estaba en los primeros puestos de la lista de sospechosos, pero figuraba en la misma. Si ganaba o perdía posiciones, dependería de lo que él descubriera hoy, mañana, o la semana próxima. Cuando lo planteaba así, resultaba muy sencillo. Esto no estaba mal, porque, hasta ahora, nada sobre la muerte de Christine Sullivan era sencillo. Salió del comedor pensando en la caprichosa naturaleza del arco iris y de las investigaciones policiales en general.

Burton observó a la multitud. Collin estaba a su lado. Alan Richmond se abrió paso hacia el podio instalado en los escalones de entrada al juzgado de Middleton, un edificio de ladrillos revocados, con dentículos blancos, escalones de cemento

gastados por el tiempo y la ubicua bandera americana junto a la de Virginia ondeando en la brisa de la mañana. El presidente inició su discurso exactamente a las nueve y treinta y cinco. Detrás de él se encontraban el delgado e impertérrito Walter Sullivan y el muy corpulento Herbert Sanderson Lord.

Collin se acercó un poco más a la multitud de reporteros que se empujaban los unos a los otros sin miramientos al pie de las escaleras como dos equipos de baloncesto esperando que el lanzamiento de falta entre o pegue en el borde del aro. Se había marchado de la casa de la jefa de gabinete a las tres de la mañana. Qué noche había sido, qué semana. Gloria Russell parecía despiadada e insensible en la vida pública, pero Collin había conocido otro aspecto de la mujer, un aspecto que le resultaba muy atractivo. Tenía la sensación de soñar despierto. Se había acostado con la jefa de gabinete del presidente. Esas cosas no ocurrían. Pero le había ocurrido al agente Tim Collin. Habían acordado verse todas las noches. Tenían que ir con cuidado, pero ambos eran cautos por naturaleza. Cómo acabaría todo esto era algo que Collin ignoraba.

Nacido y criado en Lawrence, Kansas, Collin había sido educado en los valores tradicionales del Medio Oeste. Se salía con una chica, se enamoraba, se casaba y tenía cuatro o cinco hijos, todo en ese orden. No veía que esto fuera a ocurrir aquí. Lo único que deseaba era estar con ella otra vez. Miró hacia la tarima y vio a Gloria detrás y a la izquierda del presidente. Con las gafas de sol, el pelo agitado por el viento, parecía tener el dominio total de todo lo que ocurría a su alrededor.

Burton, que vigilaba la multitud, echó una ojeada a su compañero a tiempo para ver la mirada que Collin dirigía a la jefa de gabinete. Frunció el entrecejo. Collin era un buen agente que cumplía con su trabajo, en ocasiones con un exceso de celo. No era el primer agente al que le pasaba, y tampoco era criticable. Pero había que mantener la mirada en la muchedumbre, en todo lo que tenía delante. ¿Qué diablos estaba pasando? Burton espió de reojo a Russell. La mujer miraba al frente, sin prestar ninguna atención a los hombres asignados a la custodia. Burton miró otra vez a Collin. El chico miraba ahora al público cambiando siempre de ritmo, izquierda a derecha, derecha a izquierda, algunas veces arriba, otras directamente al frente, sin establecer una pauta que un posible atacante pudiera utilizar. Sin embargo Burton no olvidaba la mirada que le había dirigido a la jefa de gabinete. Detrás de las gafas de sol, Burton había visto algo que no le gustaba.

Alan Richmond acabó el discurso con una mirada inflexible al cielo sin una nube mientras el viento le desordenaba el peinado impecable. Parecía estar mirando a Dios para implorarle su ayuda, aunque en realidad intentaba recordar si la cita con el embajador japonés sería a las dos o las tres de la tarde. Pero su mirada en lontananza, casi visionaria quedaría muy bien en las noticias de la noche.

En el instante oportuno volvió su atención a Walter Sullivan y dio al desconsolado marido un abrazo digno de alguien de su condición.

—Lo lamento mucho, Walter. Mis más sinceras y profundas condolencias. Si hay

algo, cualquier cosa que pueda hacer por ti. Ya lo sabes.

Sullivan estrechó la mano que le ofrecían. Le temblaron las piernas y de inmediato dos miembros de su comitiva le sostuvieron antes de que nadie se diera cuenta.

—Muchas gracias, señor presidente.

—Alan, por favor, Walter. Ahora de amigo a amigo.

—Gracias, Alan, no sabes cuánto te agradezco por haberte tomado la molestia. Christy se hubiese sentido muy conmovida por tus palabras.

Sólo Gloria Russell, que no se perdía detalle del encuentro entre los dos personajes, captó el leve tirón de una mueca de burla en la mejilla de su jefe.

—Sé que no hay palabras para expresar el dolor que sientes, Walter. Cada día ocurren cosas en este mundo que no tienen ningún sentido. Si no hubiese sido por aquella súbita enfermedad, esto nunca hubiese pasado. No puedo explicar por qué pasan cosas como ésta, nadie puede. Pero quiero que sepas que estoy aquí por ti, siempre que me necesites. En cualquier lugar, en cualquier momento. Hemos pasado muchas cosas juntos. Y, desde luego, tú me has ayudado en momentos muy difíciles.

—Tu amistad siempre ha sido importante para mí, Alan. Nunca olvidaré esto.

Richmond pasó un brazo por los hombros del anciano. En el fondo colgaban los micrófonos sujetos en pértigas. Rodeaban a la pareja como cañas de pescar gigantes a pesar de los esfuerzos de los escoltas de los dos personajes.

—Walter, voy a comprometerme en esto. Algunos dirán que no es mi trabajo y que en mi posición no puedo involucrarme personalmente en nada. Pero maldita sea, Walter, eres mi amigo y no pienso dejar que esto pase como si nada. Los responsables pagarán por lo que han hecho.

Los dos volvieron a fundirse en un abrazo mientras las cámaras de televisión y los fotógrafos registraban la escena. A través de las antenas de seis metros de altura de la flota de unidades móviles, el mundo presenció esta muestra de ternura y amistad. Otro ejemplo de que Alan Richmond era algo más que un presidente. La gente de relaciones públicas de la Casa Blanca se estremecía al pensar en el efecto que tendría en las encuestas preelectorales.

En la pantalla del televisor aparecieron sucesivamente la MTV, grand Ole Opry, los dibujos animados, la GVC, la CNN, Pro Wrestling, y otra vez la CNN. El hombre se sentó en la cama, apagó el cigarrillo y dejó a un lado el mando a distancia. El presidente daba una conferencia de prensa. Se mostraba severo e impresionado por el abominable asesinato de Christine Sullivan, esposa del multimillonario Walter Sullivan, uno de los amigos íntimos del presidente, y el creciente clima de inseguridad en el país. No se mencionó en ningún momento si el presidente hubiera dicho lo mismo en el caso de que la víctima hubiese sido un pobre negro, un hispano o un asiático degollado en algún callejón de la capital. El presidente habló, con voz firme y el tono de rigor exacto, de aplicar mano dura. Había que poner coto a la violencia. La gente debía sentirse segura en sus casas, o en sus mansiones en este

caso particular. Era una escena impresionante. Un presidente atento y considerado.

Los reporteros se lo tragaban todo y formulaban las preguntas correctas.

La televisión mostró a la jefa de gabinete Gloria Russell, vestida de negro, que asentía satisfecha cada vez que el presidente mencionaba sus opiniones sobre el crimen y el castigo. Los votos de la policía y de la asociación de jubilados y pensionistas estadounidenses estaban asegurados para las próximas elecciones. Cuarenta millones de votos bien valían una excursión matinal.

La jefa de gabinete no habría estado tan feliz de haber sabido quién les miraba en aquel instante. Los ojos clavados en el rostro de ella y del presidente, mientras el recuerdo de aquella noche, nunca lejos de la mente, se inflamaba como un volcán dispuesto a sembrar la destrucción.

El vuelo a Barbados había transcurrido con toda normalidad. El Airbus era un aparato inmenso cuyos motores gigantesco habían levantado al avión sin ningún esfuerzo de la pista de San Juan de Puerto Rico, y en unos minutos había alcanzado la altitud de vuelo necesaria, doce mil metros. El avión iba lleno. San Juan era el punto de embarque de los miles de turistas con destino a las islas del Caribe. Los pasajeros de Oregón, Nueva York y de todas las ciudades entre ellas contemplaron los nubarrones negros cuando el avión viró a la izquierda y dejó atrás los restos de una tormenta tropical.

Una escalera metálica les recibió al salir del avión. Un coche, pequeño en comparación con los americanos, llevó a cinco de ellos por el lado equivocado de la carretera cuando dejaron el aeropuerto en dirección a Bridgetown. La capital de la antigua colonia británica conservaba muchos rasgos de la larga colonización en el habla, los vestidos y las costumbres. El conductor, con una voz melodiosa, les informó de las muchas maravillas de la pequeña isla. Les hizo hincapié del barco pirata, con el pabellón de la calavera y las tibias cruzadas, que hacía una excursión por un mar bastante agitado. En la cubierta, los camareros atiborraban a los turistas de piel enrojecida por el sol con tal cantidad de ponche de ron que todos acabarían muy borrachos y/o muy mareados cuando regresaran al muelle al caer la tarde.

En el asiento trasero, dos parejas de Des Moines comentaban entusiasmados todo lo que pensaban hacer. El hombre mayor sentado junto al chofer miraba a través del parabrisas pero sus pensamientos estaban puestos en otro lugar a más de tres mil kilómetros de allí. Un par de veces comprobó la dirección que seguían, en una actitud instintiva para orientarse. Los puntos de referencia eran pocos; la isla tenía unos treinta y cuatro kilómetros de longitud y veintidós en el punto más ancho. La temperatura media de treinta grados resultaba tolerable gracias a la brisa constante, cuyo sonido acaba por fundirse en el subconsciente, aunque siempre estaba allí como un sueño que se resiste a desaparecer.

El hotel era el Hilton americano de costumbre construido en una playa artificial

que sobresalía en un extremo de la isla. El personal estaba bien preparado, cortés y muy dispuesto a dejar en paz al cliente que lo deseara. A diferencia de la mayoría de los huéspedes dispuestos a dejarse mimar, uno de ellos rehuía cualquier contacto, sólo salía de su habitación para pasear por las zonas solitarias de la playa de arena blanca, o por la banda montañosa de la isla que miraba al Atlántico. El resto del tiempo lo pasaba en la habitación, a media luz, la televisión encendida, con las bandejas del restaurante desparramadas por la alfombra y los muebles de mimbre.

El primer día, Luther cogió un taxi en la puerta del hotel para ir a recorrer la parte norte, casi al borde del océano donde, en lo alto de una de las muchas colinas de la isla, se alzaba la mansión Sullivan. Luther no había escogido Barbados porque sí.

—¿Conoce al señor Sullivan? No está aquí. Regresó a América. —La voz cantarina del taxista sacó a Luther del trance. Los sólidos portones de hierro al pie de la colina cubierta de hierba ocultaban un largo y sinuoso camino hasta la mansión, que, con sus paredes estucadas color salmón y las columnas de mármol de seis metros de altura, parecía muy apropiada en medio de tanto verde, como una enorme rosa sobresaliendo entre los arbustos.

—Estuve en su casa —contestó Luther—. En Estados Unidos. El taxista le miró con respeto.

—¿Hay alguien en la casa? ¿Alguien del personal? —preguntó Luther.—No, se fueron todos. Esta mañana.

Luther se recostó en el asiento. La razón era obvia. Habían encontrado a la dueña de la casa.

Luther pasó varios de los días siguientes en la playa entretenido en mirar a los turistas que desembarcaban de los barcos de crucero y se lanzaban sobre las tiendas libres de impuestos que había en el centro de la ciudad. Los buscavidas de la isla hacían sus rondas cargados con sus maletines astrosos donde llevaban relojes, perfumes y demás baratijas falsificadas.

Por cinco dólares americanos, un isleño cortaba una hoja de áloe y volcaba el líquido espeso en una botellita de vidrio para ser utilizado cuando el sol comenzara a picar sobre la tierna piel blanca que permanecía dormida y sin mácula debajo de chaquetas y blusas. Un sombrero de paja hecho a mano costaba cuarenta dólares. Tardaban una hora en confeccionarlo, y había muchas mujeres con los brazos fofos y los tobillos hinchados que esperaban pacientemente sentadas en la arena a recibir el suyo.

La belleza de la isla tenía que haber servido para liberar a Luther, hasta cierto punto, de su melancolía. Y, por fin, el sol, la brisa suave y el ritmo tranquilo de la vida acabaron por apaciguar sus nervios hasta que llegó un momento en que sonreía a algún paseante, respondía con monosílabos a la charla del camarero y se bebía sus combinados tendido en la playa, escuchando el ruido de las olas en la oscuridad que, poco a poco, le arrancaban de la pesadilla. Pensaba marcharse dentro de unos días. Todavía no tenía muy claro a dónde.

Y entonces el cambio de canales se había detenido en la CNN y Luther, como un pez cansado sujeto a un sedal irrompible, fue arrastrado de vuelta, después de gastar varios miles de dólares y viajado miles de kilómetros, al lugar del que pretendía escapar.

Russell dejó la cama y fue hasta el buró a buscar los cigarrillos.

—Te quitarán diez años de vida. —Collin se dio la vuelta en la cama y contempló sus movimientos nerviosos con una expresión divertida.

—Ya me los ha quitado el trabajo. —Encendió un cigarrillo, le dio varias chupadas rápidas, lo apagó y volvió a acostarse sobre el vientre de Collin. Sonrió complacida cuando él la sujetó entre sus brazos largos y musculosos.

—La conferencia de prensa estuvo bien ¿verdad? —Ella casi le oía pensar. Era bastante transparente. Sin las gafas oscuras todos lo eran.

—Siempre que no descubran lo que pasó en realidad.

Ella se volvió para mirarle, pasó un dedo a lo largo de su cuello marcando una uve sobre el pecho suave. El pecho de Richmond era peludo; algunos de los mechones eran grises y enrulados en las puntas. El de Collin era como el culo de un bebé, pero se notaban los músculos fuertes debajo de la piel. Él podía partirle el cuello con la facilidad con que se parte un palillo. Por un segundo se preguntó qué se sentiría.

—Sabes que tenemos un problema.

Collin estuvo a punto de soltar una carcajada pero se contuvo.

—Sí, tenemos a un tipo que corre por ahí con las huellas del presidente y las huellas y la sangre de una mujer muerta en un cuchillo. Sin ninguna duda es un problema muy gordo.

—¿Por qué crees que no ha dicho nada?

Collin encogió los hombros. Él en su lugar habría desaparecido. Hubiera cogido la pasta y adiós. Millones de dólares. Collin era muy leal, pero si hubiese tenido ese dinero eso era lo que hubiese hecho. Largarse. Por un tiempo. Miró a la mujer. ¿Con esa cantidad ella aceptaría irse con él? Entonces volvió a la realidad. Quizás el tipo pertenecía al partido del presidente, quizá le había votado. En cualquier caso para qué buscarse problemas.

—Quizás está asustado —respondió.

—Hay muchas maneras de hacerlo de forma anónima.

—Puede que el tipo no sea muy listo. O quizá no ve ningún beneficio. O a lo mejor le importa una mierda. Tú eliges. Si hubiera tenido la intención de decir algo ya lo habría hecho. En cualquier caso, no tardaremos en saberlo.

Ella se sentó en la cama.

—Tim, todo esto me preocupa. —El tono de su voz hizo que Tim también se sentara—. Yo tomé la decisión de guardar aquel abrecartas sin limpiarlo. Si el presidente descubre... —Ella le miró. El agente interpretó el mensaje en sus ojos. Le acarició el pelo y apoyó una mano contra su mejilla.

—Por mí no lo sabrá.

—Lo sé, Tim, te creo. Pero ¿qué pasará si él, esta persona, intenta comunicarse directamente con el presidente?

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Collin intrigado.

Russell se acomodó en el borde de la cama, dejó que los pies le colgaran a unos cuantos centímetros del suelo. Por primera vez, Collin vio la pequeña marca de nacimiento roja y ovalada en la nuca. Entonces se dio cuenta de que temblaba a pesar del calor que hacía en el dormitorio.

—¿Por qué iba a hacer algo así, Gloria? —repitió Collin. Ella le dio la respuesta a la pared.

—¿Se te ha ocurrido pensar que ese abrecartas es en este momento uno de los objetos más valiosos del mundo? —Ella se volvió, le mesó el pelo, y sonrió al ver cómo cambiaba de expresión a medida que llegaba a la única conclusión posible.

—¿Chantaje?

Ella asintió.

—¿Cómo se hace para chantajear al maldito presidente?

Ella se levantó, se echó una bata sobre los hombros y se sirvió otra copa de la botella casi vacía.

—Ser presidente no te hace inmune a los intentos de chantaje, Tim. Joder, tienes mucho más que perder o ganar.

Russell hizo girar la bebida en la copa sin prisas, se sentó en el sofá y se bebió la copa de un trago. Sintió el calor reconfortante de la bebida que le llegaba al estómago. Desde hacía un tiempo bebía más de lo habitual. Hasta ahora no afectaba a su rendimiento, pero tendría que vigilarlo, sobre todo en este nivel, en este momento crítico. Pero decidió que lo vigilaría a partir de mañana. Esta noche, con el peso de un desastre político a punto de caerle encima y con un hombre joven y apuesto en su cama, bebería. Se sentía quince años más joven. Cada momento con él la hacía sentir más hermosa. No olvidaba su objetivo, pero ¿dónde estaba escrito que no podía divertirse?

—¿Qué quieres que haga?

Russell esperaba esta pregunta. Su joven y apuesto agente del servicio secreto. Un moderno caballero blanco como aquéllos que aparecían en las novelas que leía siendo niña. Ella le miró sosteniendo la copa con la punta de los dedos mientras que con la otra mano se quitaba la bata y la dejaba caer al suelo. Había tiempo de sobra, sobre todo para una mujer de treinta y siete años que nunca había tenido una relación seria con un hombre. Tenía tiempo para todo. La bebida disipó los temores, la paranoia. Y también la cautela que tanta falta le hacía. Pero no esta noche.

—Hay algo que puedes hacer por mí. Te lo diré por la mañana. —Sonrió, se tendió en el sofá y tendió una mano. Él se levantó obediente y fue hacia ella. Unos instantes después sólo se oían los gemidos y el chirriar de los resortes sobrecargados del sofá.

A media manzana de la casa de Russell, Bill Burton permanecía sentado en el Bonneville de su esposa, con una lata de gaseosa sin calorías entre las rodillas. De vez en cuando echaba una ojeada a la casa donde había entrado su compañero a las doce y cuarto de la noche y había atisbado a la jefa de gabinete con un atuendo poco adecuado para una visita de trabajo. Con la cámara equipada con teleobjetivo había sacado dos fotografías de aquella escena que Russell habría matado por tener. Las luces se habían encendido sucesivamente en todas las habitaciones hasta llegar al lado este, cuando todas las luces se apagaron al unísono.

Burton miró los faros traseros apagados del coche del colega. El chico había cometido un error al venir aquí. Se jugaba la carrera, quizá no sólo él, sino también Russell. Burton recordó otra vez aquella noche. Collin que corría de regreso a la casa. Russell blanca como una sábana. ¿Por qué? En medio de la confusión Burton se había olvidado preguntar. Y después habían corrido a través de un maizal persiguiendo a alguien que no tenía que estar allí, pero que estaba.

Collin había vuelto a la casa por algún motivo y Burton decidió que ya era hora de saber cuál era. Tenía el presentimiento de que se gestaba una conspiración. Dado que le habían excluido, llegó a la conclusión de que él no se beneficiaría de la misma. Ni por un momento había creído que a Russell sólo le interesaba lo que había detrás de la bragueta de su compañero. Ella no era de esa clase, ni de lejos. Todo lo que hacía tenía un propósito, un propósito importante. Un buen polvo no era suficiente.

Pasaron otras dos horas. Burton miró la hora y entonces se puso alerta al ver salir a Collin de la casa, bajar poco a poco por la calle, y subir al coche. Cuando pasó a su lado, Burton se agachó, un poco avergonzado por vigilar las actividades de otro agente. Vio la señal del intermitente cuando el Ford dobló por la calle que le sacaba de la zona residencial.

Burton miró otra vez hacia la casa. Se encendió una luz en la que debía ser la sala de estar. Era tarde, pero la señora de la casa funcionaba a tope. Su vigor era legendario en la Casa Blanca. Burton se preguntó si en la cama mostraría la misma resistencia. Dos minutos más tarde la calle quedó desierta. La luz en la casa continuó encendida.

El avión aterrizó y con un poderoso rugido de los motores se detuvo en la corta faja de asfalto que era la pista principal del aeropuerto Nacional, dobló por otra inmediatamente a la izquierda a unos centenares de metros de pequeña cala que la multitud de navegantes de fin de semana utilizaba para acceder al Potomac, y carreteó hasta la puerta número nueve. El guardia de seguridad del aeropuerto que respondía las preguntas de un grupo de turistas no se fijó en el hombre que pasó a toda prisa junto a él. Tampoco tenía motivos para pedir su identificación.

El viaje de regreso de Luther había seguido el mismo circuito de la partida. Una escala en Miami, y después Dallas/Fort Worth.

Cogió un taxi y contempló el tráfico cada vez más denso que se dirigía hacia el sur por la avenida George Washington a medida que la gente regresaba a sus casas. El cielo prometía más lluvia y el viento sacudía los árboles de la avenida que corría paralela al Potomac. Cada pocos minutos pasaba un avión que giraba a la izquierda y desaparecía rápidamente entre las nubes.

Una nueva batalla llamaba a Luther. La imagen del presidente Richmond en el estrado embargado por una justa indignación mientras pronunciaba un apasionado discurso contra la violencia, con su presumida jefa de gabinete a su costado, era una constante en la vida de Luther. El hombre viejo, cansado y temeroso que había escapado del país ya no estaba cansado ni tenía miedo. La sensación de culpa por haber permitido la muerte de una mujer joven había dado paso a un odio tremendo, a una furia que le brotaba por todos los poros del cuerpo. Se convertiría, por decirlo de alguna manera, en el ángel vengador de Christine Sullivan. Realizaría esa tarea con todas las energías y el ingenio que le quedaba.

Luther se acomodó en el asiento, y mientras masticaba una de las galletas que había guardado de la comida en el avión, se preguntó qué tal sería Gloria Russell jugando al gato y al ratón.

Seth Frank miró a través de la ventanilla del coche. Las entrevistas personales con la servidumbre de Walter Sullivan habían revelado dos cosas de interés, la primera de las cuales era la empresa delante de la cual Frank estaba ahora; la segunda podía esperar. Albergada en un gran edificio gris en una zona comercial de Springfield, apenas pasada la carretera de circunvalación, el cartel de la Metro Steam Cleaner proclamaba que llevaba en funcionamiento desde 1949. Esta estabilidad no significaba nada para Frank. Eran muchas las empresas legítimas de toda la vida que ahora se habían convertido en fachadas para el blanqueo de dinero para el crimen organizado como la Mafia, las triadas chinas y sus versiones locales. Y un limpiador de alfombras que atendía casas ricas estaba en la posición ideal para estudiar los sistemas de alarma, averiguar dónde guardaban el dinero y las joyas y saber cuáles

eran los hábitos de las futuras víctimas y sus servidumbres. Frank no sabía si se enfrentaba a un solitario o a toda una organización. Lo más probable era que se estuviera metiendo en un callejón sin salida, pero nunca se sabía. Había dos coches de policía aparcados a tres minutos del lugar, sólo como una medida de precaución. Frank salió del coche.

—Tuvieron que ser Rogers, Budizinski y Jerome Pettis. Sí, el 30 de agosto, a las nueve. Tres pisos. Coñazo de casa. Tres pisos. Enorme, les llevó el día entero —le informó George Patterson después de consultar el libro de registro mientras Frank observaba la oficina mugrienta.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Puede hablar con Pettis. Los otros dos se han marchado.

—¿Para siempre? —Patterson asintió—. ¿Cuánto tiempo llevaban en la empresa?

—Jerome lleva conmigo cinco años —contestó Patterson, que consultó otra vez el libro—. Es uno de mis mejores trabajadores. Rogers estuvo unos dos meses. Creo que se mudó a otra parte. Budizinski trabajó aquí unas cuatro semanas.

—Poco tiempo, ¿no?

—Diablos, así es este negocio. Te gastas mil dólares enseñándoles el trabajo a estos tipos y de un día para el otro se largan. Éste no es un trabajo donde se haga carrera, ya sabe. Es un trabajo sucio y pesado. Y la paga no da como para irte a vivir a la Riviera. ¿Escucha lo que le digo?

—¿Tiene las direcciones? —Frank sacó la libreta.

—Bueno, como le dije, Rogers se mudó. Pettis está aquí si quiere hablar con él. Tiene un trabajo en McLean dentro de media hora. Ahora está cargando el camión.

—¿Quién forma los equipos que van a cada casa?

—Yo.

—¿Siempre?

—Algunas veces tengo gente que está especializada.

—¿Quién está especializado en las zonas ricas?

—Jerome. Ya le dije que es el mejor.

—¿Cómo fue que le asignaron a los otros dos?

—No lo sé. Depende de quien se presenta a trabajar.

—¿Recuerda si alguno de los tres tenía algún interés especial en ir a la casa de Sullivan?

Patterson meneó negativamente la cabeza.

—¿Qué sabe de Budizinski? ¿Tiene la dirección?

Patterson consultó una libreta llena con hojas sueltas y escribió la dirección en un trozo de papel.

—Está en Arlington. No sé si todavía vive allí.

—Quiero los expedientes. Los números de la seguridad social, fechas de nacimiento, antecedentes laborales, todas esas cosas.

—Sally se los dará. Es la chica de la recepción.

—Gracias. ¿Tiene fotos de estos tipos?

—¿Lo dice en serio? Esto no es el FBI.

—¿Puede darme una descripción? —preguntó Frank sin impacientarse.

—Tengo sesenta y cinco empleados y un promedio de renovaciones de más del sesenta por ciento. Por lo general, ni siquiera veo al tipo después de contratarlo. Al cabo de un tiempo todos me parecen iguales. Pettis los recordará.

—¿Recuerda alguna cosa más?

—No. ¿Cree que alguno de ellos mató a la mujer?

—No lo sé. —Frank dejó la silla y se despezó—. ¿Usted qué piensa?

—Aquí hay gente de todas clases. Nada me sorprende.

—Ah, por cierto —dijo Frank cuando estaba a punto de salir del despacho—, quiero la lista de todas las casas y locales de Middleton que limpiaron en los dos últimos años.

—¿Para qué coño la quiere? —gritó Patterson que se levantó como impulsado por un resorte.

—¿Tiene los registros?

—Sí, los tengo.

—Bien, avísame cuando tenga la lista. Que pase un buen día.

Jerome Pettis era un negro alto y cadavérico de unos cuarenta años con un cigarrillo perpetuo en la boca. Frank le observó admirado mientras el hombre cargaba el pesado equipo de limpieza con la eficacia que daban los años de práctica. El mono azul anunciaba que era un técnico superior en la Metro. No miró a Frank, atento a su trabajo. A su alrededor, en el enorme garaje cargaban otras furgonetas blancas. Un par de tipos miraron a Frank por un segundo antes de continuar con el trabajo.

—El señor Patterson dijo que quería hacerme algunas preguntas.

—Unas cuantas. —Frank se sentó en el parachoques delantero de la furgoneta—. Usted hizo un trabajo en la casa de Walter Sullivan en Middleton el 30 de agosto de este año.

—¿Agosto? —Pettis frunció el entrecejo—. Joder, hago cuatro casas al día. No las recuerdo porque no vale la pena recordarlas.

—Ésta le llevó todo el día. Una casa muy grande en Middleton. Rogers y Budizinski estaban con usted.

—Así es. —Pettis sonrió—. La casa más grande que he visto en mi vida y, tío, he visto algunas tremendas.

—Lo mismo pensé cuando la vi. —Frank le devolvió la sonrisa.

—El problema fueron todos aquellos muebles —comentó Pettis mientras encendía un cigarrillo—. Tuvimos que moverlos todos, y algunos pesaban un huevo. Ya no los hacen tan pesados.

—¿Así que estuvieron allí todo el día? —Frank no pretendía formular la pregunta de este modo.

Pettis se puso tenso, dio una chupada al Camel y se apoyó contra la puerta de la

furgoneta.

—¿Cómo es que la poli está interesada en saber cómo se limpian las alfombras?

—Asesinaron a una mujer en aquella casa. Al parecer, sorprendió a unos ladrones. ¿No lee los periódicos?

—Sólo los deportes. ¿Y ahora se pregunta si soy uno de esos tipos?

—Ahora no. Sólo busco información. Todo el mundo que estuvo en la casa en los últimos meses me interesa. Quizás interrogue también al cartero.

—Para ser un poli es divertido. ¿Cree que la maté?

—Creo que sí lo hizo, no sería tan tonto como para quedarse por aquí a esperar que viniera a buscarle. Sobre los dos hombres que estuvieron con usted, ¿qué puede decirme de ellos?

Pettis acabó de fumar y miró a Frank sin contestar. Frank se dispuso a cerrar la libreta.

—¿Quiere un abogado, Jerome?

—¿Lo necesito?

—Por mí no, pero no soy yo el que tiene que llamarlo. No pienso sacar la tarjeta Miranda^[3] si es eso lo que le preocupa.

Pettis miró por un instante el suelo de cemento, aplastó la colilla y miró otra vez a Frank.

—Escuche, llevo mucho tiempo con el señor Patterson. No falto, hago mi trabajo, cojo la paga y me voy a casa.

—Entonces no tiene de que preocuparse.

—Así es. Escuche, me vi mezclado en un asunto hace un tiempo. Cumplí condena. Lo puede averiguar por los ordenadores en cinco segundos. Así que no pienso contarle ningún rollo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tengo cuatro hijos y no tengo mujer. No entré en aquella casa ni le hice nada a aquella mujer.

—Le creo, Jerome. A mí me interesan Rogers y Budizinski.

—Vamos a dar una vuelta —respondió Pettis después de pensárselo un momento.

Los dos hombres salieron del garaje y caminaron hasta un viejo Buick oxidado y grande como un barco. Pettis entró en el coche. Frank le siguió.

—En el garaje los tipos tienen las orejas muy largas.

Frank asintió.

—Brian Rogers. Le decían el Listo porque era un buen trabajador, aprendía rápido.

—¿Qué pinta tiene?

—Un tipo blanco de unos cincuenta años, quizá más. No muy alto, metro setenta, quizá setenta y cinco. Bastante hablador. Trabajaba duro.

—¿Y Budizinski?

—Buddy. Aquí todo el mundo tiene un apodo. Yo soy Ton. Ya sabe, por

Esqueleton. —Frank sonrió al escuchar la explicación—. Otro tipo blanco. Quizá mayor que el Listo. Muy callado. Hacía lo que le decían y nada más.

—¿Quién hizo el dormitorio de los dueños?

—Lo hicimos entre todos. Tuvimos que levantar la cama y la cómoda. Pesaban un par de toneladas cada una. Todavía me duele la espalda. —Jerome estiró el brazo y cogió una fiambrrera del asiento trasero—. No tuve tiempo de desayunar esta mañana —explicó mientras sacaba un plátano y una galleta.

Frank se movió incómodo en el asiento destartalado. Un trozo de metal se le clavó en la espalda. El interior del coche apestaba a tabaco.

—¿En algún momento estuvo alguno de los dos a solas en el dormitorio de los dueños o en algún otro lugar de la casa?

—Siempre había alguien en la casa. El tipo tenía un montón de gente trabajando allí. Cualquiera de los dos pudo ir solo a la planta alta. No les vigilé. No era asunto mío.

—¿Cómo fue que Rogers y Budizinski trabajaron con usted aquel día?

—Ahora que lo pienso no lo sé —contestó Jerome después de una pausa—. Sé que era un trabajo de primera hora. Quizá porque fueron los primeros en llegar. A veces es lo único que hace falta.

—Entonces, si sabían por anticipado que iban a ir allí a primera hora y se presentaron aquí antes que los demás, ¿se podían enganchar con usted?

—Sí, es posible. Mire, sólo buscamos fuerza, ¿entiende lo que le digo? No hace falta ser doctor para hacer esta mierda.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

El hombre arrugó la cara, dio un bocado al plátano.

—Hace un par de meses, quizá más. Buddy se marchó primero, nunca dijo por qué. Los tipos van y vienen. Yo llevo aquí más tiempo que cualquier otro, excepto el señor Patterson. Creo que el Listo se mudó.

—¿Sabe dónde?

—Recuerdo que dijo algo sobre Kansas. Una obra. Era carpintero. Vino a parar aquí por culpa de la crisis. Sabía usar las manos.

Frank escribió la información mientras Jerome acababa de desayunar. Regresaron al garaje juntos. Frank miró en el interior de la furgoneta, las mangueras, los aspiradores, las botellas y el equipo de limpieza pesado.

—¿Ésta es la furgoneta que utilizó para ir a la casa de los Sullivan?

—Es mi furgoneta desde hace tres años. La mejor de la empresa.

—¿Siempre lleva el mismo equipo?

—Así es.

—Entonces le conviene buscarse otra furgoneta por algún tiempo.

—¿Qué? —Jerome se bajó del asiento del conductor.

—Hablaré con Patterson. Se la incauto.

—¿Es coña?

—No, Jerome, me temo que no.

—Walter, te presento a Jack Graham. Jack, Walter Sullivan. —Sandy Lord se sentó con todo el peso en el sillón. Jack estrechó la mano de Sullivan y entonces el hombre se sentó delante de la mesa pequeña de la sala de conferencias número cinco. Eran las ocho de la mañana y Jack llevaba en la oficina desde la seis después de pasarse dos noches en blanco. Ya se había bebido tres tazas de café y se sirvió una cuarta de la cafetera de plata.

—Walter, le conté a Jack el trato con Ucrania. Repasamos toda la estructura. El informe de Hill es muy bueno. Richmond apretó los botones correctos. El Oso está muerto. Kiev se lleva la zapatilla de cristal. Tu muchacho se ha salido con la suya.

—Es uno de mis mejores amigos. Es lo menos que espero de ellos. Pero pensaba que ya teníamos bastantes abogados metidos en este asunto. ¿Intentas hinchar la factura, Sandy? —Sullivan se levantó para mirar a través de la ventana el cielo cristalino de primera hora de la mañana que prometía un día hermoso. Jack le miró de soslayo mientras tomaba notas del curso intensivo sobre el último negocio del millonario. Sullivan no parecía interesado en lo más mínimo en completar la operación multimillonaria. Jack no sabía que los pensamientos del anciano estaban puestos en un depósito de Virginia, recordando un rostro.

Jack se había quedado mudo cuando Lord le había escogido con mucha ceremonia para actuar como su segundo en la mayor transacción que tenía en marcha la firma, saltándose a varios de los principales socios y a una legión de asociados con más antigüedad que la de Jack. Los resentimientos ya circulaban por los pasillos alfombrados. A estas alturas a Jack no le importaba. Ellos no tenían a Ransome Baldwin de cliente. Sin importar cómo lo había conseguido, ahora tenía todo el respaldo del mundo. Estaba harto de sentirse culpable por su posición. Éste era el caso que Lord había elegido para ponerle a prueba, aunque no lo había dicho explícitamente. Bueno, si quería amarrar el trato, Jack lo haría. Aquí no tenía ninguna importancia el rollo filosófico y lo correctamente político. Sólo contaban los resultados.

—Jack es uno de nuestros mejores abogados. Es el lince legal de Baldwin.

—¿Ransome Baldwin? —preguntó el viejo.

—Sí.

Sullivan miró a Jack con otros ojos y después volvió a mirar a través de la ventana.

—Sin embargo, nuestro margen de oportunidad es cada vez más estrecho a medida que pasan los días —continuó Lord—. Necesitamos que firmen y asegurarnos de que Kiev se entere de qué deben hacer.

—¿No te puedes ocupar tú?

Lord miró a Jack y otra vez a Sullivan antes de responder.

—Claro que puedo, Walter, pero no des por hecho que puedes abdicar ahora mismo. Todavía tienes mucho que hacer. Tú fuiste el que les convenció. Tu

participación es absolutamente necesaria desde el punto de vista de todas las partes. —Sullivan no se movió—. Walter, ésta es la culminación de tu carrera.

—Lo mismo dijiste la última vez.

—¿Qué quieres que haga si tú no dejas de superarte? —replicó Lord.

Por fin, casi de una forma imperceptible, Sullivan sonrió, por primera vez desde que la llamada telefónica desde Estados Unidos había destrozado su vida.

Lord se relajó un poco mientras miraba a Jack. Había ensayado el paso siguiente varias veces.

—Te recomiendo que vayas allí con Jack. Reparte unos cuantos apretones de manos, palmea los hombros de la gente adecuada, enséñales que todavía controlas al tigre. Lo necesitan. El capitalismo todavía es un juego nuevo para ellos.

—¿Y qué hará Jack?

Lord le hizo un gesto a Jack. El joven dejó su silla y se acercó a la ventana.

—Señor Sullivan, durante las últimas cuarenta y ocho horas he estudiado todos los aspectos de este asunto. Todos los abogados que trabajan en la casa sólo conocen una parte. Excepto Sandy, no hay nadie más en la firma mejor enterado que yo de lo que quiere conseguir.

—Ésa es una afirmación muy seria.

—Bueno, es un asunto muy serio, señor.

—¿Así que sabe lo que quiero conseguir?

—Sí, señor.

—De acuerdo. ¿Por qué no me lo explica? —Sullivan volvió a su silla, cruzó los brazos y miró a Jack esperando sus palabras. Jack no se demoró en tragar saliva ni en tomar aliento.

—Ucrania tiene una reserva inmensa de recursos naturales, todo lo que la industria pesada del mundo utiliza y quiere. El asunto es cómo sacar los recursos de Ucrania con un coste y un riesgo mínimos, considerando la situación política del país.

Sullivan descruzó los brazos, se irguió en la silla y bebió un trago de café.

—El cebo es que usted quiere que Kiev crea que las exportaciones realizadas por su compañía se verán compensadas con inversiones en Ucrania. Una inversión a largo plazo que, a mi juicio, usted no quiere asumir.

—Durante la mayor parte de mi Vida adulta he tenido pánico de los comunistas. Creo tanto en la perestroika y la glásnost como en las hadas. Considero como deber patriótico despojar a los comunistas de todo lo que pueda. Dejarlos sin medios para dominar al mundo, que es su plan a largo plazo, a pesar de este reciente sarampión democrático.

—Así es, señor. «Despojar» es la palabra clave. Despojarles de lo que tienen antes de que se autodestruyan o ataquen. —Jack hizo una pausa para observar las reacciones de los dos hombres. Lord miraba el techo, con una expresión indescifrable.

—Adelante —le animó Sullivan—. Se acerca a lo más interesante.

—La parte interesante es cómo montar el acuerdo para que Sullivan y Compañía enfrenten un mínimo de riesgos y obtengan los máximos beneficios. Usted podrá actuar como agente intermediario o comprar directamente en Ucrania y vender a las multinacionales. Usted invertirá una parte mínima de las ganancias en Ucrania.

—Correcto. En unos años el país se quedará sin recursos, y yo habré conseguido un beneficio neto de unos dos mil millones.

Jack miró una vez más a Lord, que ahora escuchaba con atención, bien erguido en la silla. Había llegado el momento de lanzar el anzuelo. A Jack se le había ocurrido el día anterior.

—Pero ¿por qué no sacar de Ucrania aquello que los hace peligrosos? —preguntó Jack—. Significaría triplicar sus beneficios.

—¿Cómo? —preguntó Sullivan, que le miró con ojos de águila.

—MBAI. Misiles balísticos de alcance intermedio. Ucrania tiene una carretada. Y ahora que el tratado de no proliferación de 1994 es papel mojado, esos cacharros vuelven a ser un quebradero de cabeza para Occidente.

—¿Qué me sugiere? ¿Que los compre? ¿Qué diablos voy a hacer con ellos?

Jack vio cómo Lord se inclinaba hacia delante muy interesado.

—Los puede comprar a precio de saldo —añadió Jack—, quizá por quinientos millones, utilizando una parte de los beneficios obtenidos con la venta de materias primas. Los comprará con dólares que después Ucrania usará para comprar bienes de consumo en los mercados mundiales.

—¿Por qué a precio de saldo? Todos los países de Oriente Medio intentarán comprarlos a precio de oro.

—Pero Ucrania no se los podrá vender. Los países del G-7 no lo permitirían. Si lo hicieran, les cerrarían el acceso a la UE y a los otros mercados occidentales, y si esto ocurre, ya pueden darse por muertos.

—Muy bien, los compro. ¿A quién se los vendo?

—A nosotros —contestó Jack, con una sonrisa—. Al gobierno de Estados Unidos. Seis mil millones es una estimación a la baja del valor real. Demonios, el plutonio que contienen esos artefactos no tiene precio. El resto del G-7 aportará una parte considerable. Es su relación con Kiev lo que conseguirá hacer funcionar todo este asunto. Le mirarán como su salvador.

Sullivan estaba asombrado. Comenzó a levantarse pero se contuvo. Incluso para él la magnitud de las cifras barajadas era estremecedora. Sin embargo, no era tanto el dinero, sino la posibilidad de eliminar parte de la amenaza nuclear del mundo lo que le afectaba.

—¿De quién es la idea? —Sullivan miró a Lord mientras preguntaba.

Lord señaló a Jack.

Sullivan se reclinó en la silla y contempló al joven. Después se levantó con una rapidez que sorprendió a Jack. El multimillonario le sujetó la mano con una fuerza tremenda.

—Llegará muy lejos, jovencito. ¿Le importa si le acompaño?

Lord mostraba la expresión de un padre orgulloso. Jack no podía dejar de sonreír. Ya casi se había olvidado de lo que era batear una pelota fuera del campo.

En cuanto Sullivan se marchó, Jack y Sandy volvieron a la mesa.

—Reconozco que no era una misión fácil. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiese acostado con la chica más bonita del instituto —respondió Jack—. Siento un hormigueo por todo el cuerpo.

—Será mejor que te vayas a casa y duermas un poco —le recomendó Lord con una carcajada—. Es probable que Sullivan esté llamando a su piloto desde el coche. Al menos hemos conseguido que no piense en aquella puta.

Jack no escuchó la última parte de la frase en la prisa por marcharse. Ahora, por una vez en mucho tiempo, se sentía bien. Nada de preocupaciones, sólo posibilidades. Miles de posibilidades.

Aquella noche se lo contó todo a una muy entusiasta Jennifer Baldwin. Después de cenar una fuente de ostras y champán bien frío, la pareja disfrutó del mejor sexo de todo el noviazgo. Esta vez, los techos altos y los murales no preocuparon a Jack. De hecho, comenzaban a gustarle.

La Casa Blanca recibe millones de cartas no oficiales al año. La estafeta postal de la casa, con la asistencia y supervisión del servicio secreto, selecciona y verifica cada pieza.

Los dos sobres iban dirigidos a Gloria Russell, algo poco habitual, dado que la mayoría de esta correspondencia tenía como destinatarios al presidente o a los miembros de la familia presidencial, o con mucha frecuencia a la primera mascota, que en la actualidad era Barney, un *retriever* dorado.

El nombre del destinatario estaba escrito en letras de imprenta, y los sobres, blancos y baratos, se podían comprar en cualquier parte. Russell recibió las cartas a las doce de un día que hasta ese momento había ido bien.

En uno de los sobres había una hoja de papel y en el otro algo que ella miró durante unos minutos. El texto de la nota escrita en el papel, una vez más en letras de imprenta, era el siguiente:

Pregunta: ¿qué constituyen delitos y faltas? Respuesta: no creo que le interese saberlo. El valioso objeto está disponible, hay más, jefa.

Firmado no un admirador secreto.

Aunque lo esperaba, de hecho había deseado con desesperación recibirla, aún notaba los latidos del corazón como martillazos contra las costillas; tenía la boca tan seca que bebió un vaso de agua y después otro antes de poder sostener la carta sin temblar. Entonces miró el contenido del segundo sobre. Una foto. La foto del abrecartas le había hecho revivir las imágenes de la pesadilla. Se sujetó con todas sus fuerzas a los brazos de la silla. Por fin superó el ataque de angustia.

—Al menos quiere negociar. —Collin dejó la nota y la foto y volvió a su silla. Observó la palidez extrema de la mujer y se preguntó si sería lo bastante fuerte como para pasar por este trago.

—Quizá. También puede ser un montaje.

—No lo creo.

Russell se sentó, se masajeó las sienes, se tomó un Tylenol.

—¿Por qué no?

—¿Por qué hacerlo de esta manera? En realidad, ¿qué necesidad tiene de tendernos una trampa? Tiene las pruebas para hundirnos. Quiere dinero.

—Se llevó un botín de varios millones de la casa de Sullivan.

—Quizá. Pero no sabemos cuánto en efectivo. Tal vez lo escondió y ahora no lo puede recuperar. Quizá es una persona muy codiciosa.

El mundo está lleno de tipos así.

—Necesito una copa. ¿Puedes venir esta noche?

—El presidente tiene una cena en la embajada canadiense.

—Mierda. ¿No tienes a nadie que te reemplace?

—Quizá, si tú mueves los hilos.

—Hecho. ¿Cuándo crees que volveremos a tener noticias de él?

—No parece muy ansioso, aunque quizá sólo es precavido. Yo lo sería en su situación.

—Fantástico. Podré fumar un par de paquetes cada día hasta que volvamos a saber de él. Para entonces ya me habré muerto de cáncer.

—Si quiere dinero, ¿qué vas a hacer? —preguntó Collin.

—Depende de lo que pida, se puede solucionar sin muchos problemas —respondió la mujer más tranquila.

—Tú eres la jefa. —Collin se levantó.

—¿Tim? —Russell se acercó a él—. Abrázame un momento. Él sintió la presión contra la pistola mientras la abrazaba. —Tim, si al final resulta que es algo más que dinero. Si no podemos recuperarlo...

Collin la miró.

—Entonces yo me encargaré del asunto, Gloria. —Apoyó un dedo sobre los labios de la mujer, dio media vuelta y se marchó.

Collin encontró a Burton en el vestíbulo. Burton le miró de arriba abajo.

—¿Cómo lo ha tomado?

—Muy bien. —Collin continuó caminando hasta que Burton le cogió de un brazo y le obligó a darse la vuelta.

—¿Qué coño está pasando, Tim? —Collin apartó la mano del compañero.

—Éste no es el momento ni el lugar, Bill.

—Pues dime tú cuándo y dónde, y estaré allí porque tú y yo tenemos que hablar.

—¿De qué?

—¿Pretendes hacerte el tonto conmigo? —Empujó a Collin sin contemplaciones hasta un rincón—. Quiero que pienses con la cabeza sobre esa mujer. A ella le importa una mierda lo que nos pase a ti, a mí o a cualquier otro. Lo único que le preocupa es salvar el culo. No sé en qué lío te está metiendo, y no sé lo que estáis tramando, pero te digo que vayas con mucho ojo. No quiero verte hundido por su culpa.

—Te agradezco el interés, pero sé lo que hago, Bill.

—¿Lo sabes, Tim? ¿Follarse a la jefa de gabinete entra dentro de las responsabilidades de un agente del servicio secreto? ¿Por qué no me enseñas en qué página del manual lo pone? Me gustaría leerlo. Y ya que hablamos del tema, explícame por qué coño tuvimos que volver a entrar en aquella casa. ¿Dónde está el abrecartas? Porque nosotros no lo tenemos, y creo saber quién lo tiene. Yo también me estoy jugando el culo, Tim. Si me van a joder quiero saber por qué.

Un ayudante atravesó el vestíbulo y miró con curiosidad a los dos agentes. Burton le sonrió y después volvió su atención a Collin.

—Venga, Tim, ¿qué coño harías tú si estuvieras en mi lugar?

El joven miró a su amigo y desapareció de su rostro la expresión dura que mantenía mientras estaba de servicio. Si hubiese estado en la posición de Burton ¿qué

habría hecho? La respuesta era fácil. Sacudir el avispero hasta que la gente comenzara a hablar. Lo que decía su colega sobre Russell era verdad. La ropa interior de seda no era suficiente para hacerle olvidar del todo su capacidad de razonar.

—¿Tomamos un café, Bill?

Frank bajó los dos tramos de escalera, dobló a la derecha y abrió la puerta del laboratorio. El cuarto, pequeño y necesitado de una mano de pintura, estaba muy bien aprovechado, en buena medida gracias a que Laura Simon era una persona muy compulsiva. Frank supuso que mantenía su casa tan limpia y ordenada como este lugar a pesar de tener dos niños pequeños. Contra una pared estaban las cajas que servían para guardar pruebas; los precintos naranjas ponían una nota de color en la pintura gris desconchada. En un rincón había una pila de cajas de cartón, cada una con su etiqueta, y en otro estaba la pequeña caja fuerte donde guardaban los pocos objetos merecedores de medidas de seguridad adicionales. Junto a la caja había una nevera utilizada para guardar pruebas a una temperatura controlada.

Frank observó a la mujer que miraba a través de un microscopio instalado al otro lado de la habitación.

—¿Me has llamado? —Frank se inclinó sobre la mesa. En la platina de cristal había pequeños fragmentos de una sustancia. No se imaginaba a sí mismo dedicado a mirar a través de un microscopio vaya a saber qué cosas, pero era consciente de que el trabajo de Laura Simon tenía una importancia fundamental en el trabajo de la policía.

—Mira esto. —Simon le señaló el aparato. Frank se quitó las gafas, miró a través del microscopio y volvió a levantar la cabeza.

—Laura, ya sabes que nunca sé qué estoy mirando. ¿Qué es?

—Una muestra de la alfombra del dormitorio de Sullivan. No la recogimos en la primera búsqueda, sino después.

—¿Y? ¿Qué tiene de importante? —Frank había aprendido a escuchar con mucha atención las palabras de la experta.

—La alfombra del dormitorio es una de esas que cuestan unos dos mil dólares el metro cuadrado. La alfombra para este dormitorio les debió costar más o menos un cuarto de millón.

—¡Caray! —Frank se metió en la boca otro caramelo. La decisión de dejar de fumar le estaba engordando además de estropearle la dentadura—. ¿Doscientos cincuenta mil por algo que pisas?

—Es muy resistente; puedes pasar por encima con un tanque y el pelo se volverá a levantar. Sólo tiene dos años de uso. Por aquellas fechas hicieron un montón de renovaciones.

—¿Renovaciones? La casa es casi nueva.

—Fue cuando la difunta se casó con Walter Sullivan.

—Ah.

—A las mujeres les gusta arreglar las cosas a su manera, Seth. Por lo menos tenía buen gusto en materia de alfombras.

—Está bien, ¿y dónde nos lleva su buen gusto?

—Mira otra vez las fibras.

Frank suspiró resignado pero obedeció.

—¿Ves las puntas? Presta atención a la sección transversal. Las cortaron. Al parecer con unas tijeras poco afiladas. El corte es bastante desigual, aunque diría que estas fibras son como alambres.

—¿Cortadas? —preguntó Frank extrañado—. ¿Por qué iba alguien a cortar la alfombra? ¿Dónde las encontraste?

—Estas muestras las recogimos en la colcha de la cama. El que las cortó no se dio cuenta de que tenía algunas fibras en la mano. Rozó la colcha y allí se quedaron.

—¿Has encontrado la parte correspondiente en la alfombra?

—Sí. Justo debajo del lado izquierdo de la cama si miras hacia ella, a unos diez centímetros de distancia en la perpendicular. El corte era pequeño pero visible.

Frank se sentó en uno de los taburetes junto a Simon.

—Eso no es todo, Seth. En uno de los fragmentos encontré rastros de un disolvente. Un quitamanchas.

—Quizás el utilizado por los limpiadores de alfombras. O quizá se le derramó un poco a alguna de las criadas.

—No, no. —Simon meneó la cabeza—. La compañía de limpieza utiliza un sistema de vapor. Para quitar las manchas tienen un disolvente especial con base orgánica. Lo comprobé. Éste es un derivado del petróleo, el quitamanchas que venden en cualquier droguería. Y las criadas emplean el limpiador recomendado por el fabricante. También tiene base orgánica. Tienen una buena provisión en la casa. Además, la alfombra lleva un tratamiento químico para impedir que penetren las manchas. Al utilizar un quitamanchas común empeoraron las cosas. Por eso es probable que acabaran cortando el pelo.

—Así que debemos suponer que alguien cortó las fibras porque mostraban alguna cosa, ¿no?

—No en la muestra que tengo, pero quizá cortó un buen trozo sólo para asegurarse de que no se dejaba nada y nosotros tenemos las fibras limpias.

—¿Qué puede haber tan importante en una alfombra como para que se tomen el trabajo de cortar pelos de un centímetro? Debió ser un trabajo de chinos.

Simon y Frank pensaron lo mismo; desde luego, lo pensaban desde hacía un rato.

—Sangre —dijo Simon.

—Y no precisamente de la difunta. Si no recuerdo mal, la suya no estaba cerca de ese punto —añadió Frank—. Creo que tendrás que hacer una prueba más, Laura.

—Me preparaba para ir ahora mismo, pero pensé que era mejor avisarte antes. — La mujer cogió un equipo colgado en la pared.

—Buena chica.

Tardaron una media hora en hacer el viaje. Frank bajó el cristal de la ventanilla y dejó que el viento le azotara el rostro. También ayudaba a disipar el humo. Simon se lo estaba haciendo pasar fatal en ese aspecto.

El dormitorio había permanecido sellado de acuerdo con las órdenes de Frank.

El policía esperó en un rincón del dormitorio de Walter Sullivan mientras Simon preparaba una mezcla de diferentes sustancias químicas y después volcaba la solución en un rociador de plástico. A continuación, Frank le ayudó a poner toallas debajo de la puerta y cinta adhesiva en las ventanas. Echaron las cortinas, para cerrar el paso a la luz natural.

Frank volvió a echar una ojeada a la habitación. Miró el espejo, la cama, la ventana, los armarios y por último la mesa de noche y el agujero que había encima, donde habían quitado el estuco. Entonces volvió la mirada a la foto. La recogió. Recordó una vez más que Christine Sullivan había sido una mujer muy hermosa, algo que nada tenía que ver con el cadáver destrozado que él había visto. En la foto aparecía sentada en una silla junto a la cama. Una esquina del lecho se colaba por la derecha de la foto. Algo irónico si consideraba el uso que le había dado a este vehículo tan particular. Sin duda los muelles necesitaban la revisión de los cincuenta mil kilómetros, aunque después ya no los utilizarían mucho. Recordó la expresión de Walter Sullivan. Allí ya no quedaba nada.

Dejó la foto en su lugar y continuó observando el trabajo de Simon. Echó otra mirada a la foto; algo le preocupaba, pero lo que fuera que se le hubiese ocurrido desapareció de su cabeza tan rápido como había aparecido.

—¿Cómo se llama ese producto, Laura?

—Luminol. Lo venden con diferentes nombres, pero es el mismo reactivo. Estoy preparada.

Simon apuntó con el rociador el trozo de alfombra donde habían cortado los pelos.

—Es una suerte que no tengas que pagar por la alfombra —comentó el detective con una sonrisa.

—No me importaría —replicó Simon que se volvió para mirarle—. Me declararían en quiebra. Me embargarían el sueldo de aquí a la eternidad. Es el gran igualador de los pobres.

Frank apagó la luz, y la habitación quedó sumida en la más total oscuridad. Sonaron unos ruidos a medida que Simon apretaba el gatillo del rociador. Casi en el acto, como un puñado de luciérnagas, una muy pequeña parte de la alfombra brilló con un color azul pálido que se mantuvo por un instante. Frank encendió la luz del techo y miró a Simon.

—Así que ahora tenemos la sangre de alguien más. Estupendo, Laura. ¿Podrás recoger lo suficiente para un análisis, determinar el grupo, fijar el ADN?

—Levantaremos la alfombra para ver si la mancha traspasó, pero lo dudo. En las

alfombras tratadas la cantidad que traspasa es mínima. Además, cualquier residuo estará mezclado con un montón de sustancias. No te hagas ilusiones.

—Vale, tenemos a un malhechor herido —dijo Frank pensando en voz alta—. No mucha sangre, pero una poca. —Miró a Simon para recibir la confirmación y la mujer asintió—. Herido, pero ¿con qué? No tenía nada en la mano cuando la encontramos.

—Y como la muerte fue instantánea —añadió Simon, que le adivinó el pensamiento—, es probable que hablemos de espasmo cadavérico. Para quitárselo de las manos tendrían que haberle roto los dedos.

—Y en la autopsia no se apreció tal cosa —acabó Frank—. A menos que el impacto de las balas le hiciera abrir la mano.

—¿Cuántas veces ocurre?

—Con una es suficiente para este caso.

—Bueno, supongamos que tenía un arma, y ahora el arma ha desaparecido. ¿Qué clase de arma?

Simon pensó en la pregunta mientras guardaba el equipo.

—Podemos descartar las armas de fuego; si hubiese llegado a disparar habríamos encontrado rastros de pólvora en las manos. No las hubiesen podido eliminar sin dejar huellas.

—Bien. Tampoco hay ninguna prueba de que tuviera un arma registrada a su nombre. Además, ya está confirmado que no había armas en la casa.

—Por lo tanto, nada de pistolas. Entonces, quizás un cuchillo. No sabemos el tamaño de la herida, quizá sólo un corte, algo superficial. Por el tamaño del trozo recortado podemos deducir que no hubo hemorragia.

—Así que apuñaló a uno de los autores, en un brazo o en una pierna. Entonces, ¿retrocedieron y dispararon contra ella? ¿O descargó la puñalada mientras agonizaba? —Frank se corrigió a sí mismo—. No, murió en el acto. Apuñaló a uno de ellos en otra habitación, corre hasta aquí y entonces la matan. Mientras permanece a su lado, la sangre del herido cae sobre la alfombra.

—Excepto que la caja fuerte está aquí. Lo más lógico es suponer que ella les sorprendió en plena faena.

—De acuerdo, pero recuerda que dispararon desde la puerta hacia la habitación. Y dispararon hacia abajo. ¿Quién sorprendió a quién? Esto es lo que me tiene sin dormir.

—Entonces, ¿a qué viene llevarse el cuchillo, si fue así?

—Porque podía identificar a alguien.

—¿Huellas digitales? —Simon frunció la nariz como si pudiese oler las pruebas escondidas en la habitación.

—Es lo que creo —afirmó Frank.

—¿La difunta señora de Walter Sullivan tenía la costumbre de llevar cuchillo?

Frank se dio una palmada tan fuerte en la frente que Simon se encogió. Le miró mientras él corría hasta la mesa de noche y cogía la foto. Sacudió la cabeza y se la

alcanzó.

—Ahí tienes tu maldito cuchillo.

Simon miró la foto. Sobre la mesa de noche había un abrecartas con empuñadura de cuero.

—El cuero explica los residuos de aceite en las palmas.

Frank se detuvo un momento en la puerta principal cuando estaba a punto de salir. Miró el panel del control de seguridad, que ya estaba reparado. Sonrió cuando un pensamiento esquivo afloró por fin en su cabeza.

—Laura, ¿tienes una lámpara fluorescente en el coche?

—Sí, ¿por qué?

—¿Te importaría traerla?

Intrigada, Simon fue hasta el coche y volvió con la lámpara. La enchufó en una toma del vestíbulo.

—Alumbra las teclas de los números.

La luz fluorescente puso al descubierto algo que provocó otra sonrisa.

—Caray, esto es muy bueno.

—¿Qué significa? —preguntó Simon con el entrecejo fruncido.

—Significa dos cosas. Primero, que tenemos un cómplice en el interior y, segundo, que nuestros cacos son unos tipos muy creativos.

Frank se instaló en la pequeña sala de interrogatorios. Decidió no encender otro cigarrillo y optó por comerse un caramelo. Miró las paredes hechas con ladrillos de cemento, la mesa metálica y las sillas destartadas y llegó a la conclusión de que era un lugar muy deprimente para ser interrogado. Lo que era conveniente. La gente deprimida era vulnerable, y las personas vulnerables, si se las sabía llevar, tendían a hablar. Y Frank quería escuchar. Estaba dispuesto a escuchar todo el día.

El caso era todavía muy confuso, pero algunos elementos se aclaraban poco a poco.

Buddy Budizinski aún vivía en Arlington y ahora trabajaba en un lavadero de coches en Falls Church. Había admitido estar en la casa Sullivan, se había enterado del asesinato por los periódicos, pero aparte de eso no sabía nada más. Frank no veía motivos para no creerle. El hombre no era ninguna lumbrera, no tenía antecedentes policiales y había pasado su vida adulta realizando trabajos humildes para ganarse el sustento, sin duda obligado por el hecho de que sólo había ido a la escuela hasta quinto grado. Su apartamento era modesto por no decir mísero. Budizinski era un callejón sin salida.

En cambio, Rogers había resultado un filón. El número de la seguridad social que había escrito en la solicitud de empleo era auténtico, la única pega era que correspondía a una empleada del departamento de Estado que se encontraba en Tailandia desde hacía dos años. Sin duda sabía que en la compañía de limpieza de alfombras no se molestarían en comprobarlo. ¿A ellos qué más les daba? La dirección era de un motel en Beltsville, Maryland. Nadie con ese nombre se había registrado en

el motel durante el último año y allí no habían visto a nadie que encajara con la descripción de Rogers. No había antecedentes del hombre en el estado de Kansas. Además, tampoco había cobrado ninguno de los cheques que le había dado la Metro. Esto solo ya resultaba muy significativo.

En estos momentos, un dibujante de la policía preparaba un retrato robot basado en la descripción de Pettis y lo distribuirían por la zona.

Rogers era el tipo. Frank lo intuía. Había estado en la casa, y desaparecido dejando atrás una estela de informaciones falsas. Simon se ocupaba ahora de revisar la furgoneta de Pettis con la ilusión de encontrar alguna huella digital de Rogers en algún recoveco. No habían encontrado huellas en la escena del crimen, pero si conseguían identificar a Rogers, y estaba seguro que tenía antecedentes, entonces el caso de Frank comenzaría a tener una base. Sería un gran paso adelante si la persona que esperaba decidía cooperar.

Por otra parte, Walter Sullivan confirmó que faltaba un abrecartas antiguo del dormitorio. Frank deseaba más que nada en el mundo hacerse con esta prueba tan importante. Había comentado a Sullivan la teoría de que su esposa había herido al atacante con dicho instrumento. El viejo no había reaccionado ante la información y Frank se preguntó si Sullivan no estaría perdiendo facultades.

El detective repasó una vez más la lista de empleados de la residencia Sullivan, aunque ya se la sabía de memoria. Sólo estaba interesado en uno de ellos.

No conseguía apartar de su cabeza la declaración del representante de la compañía de seguridad. Era imposible descubrir con un ordenador portátil un código de cinco dígitos en la secuencia correcta que se generaba con las combinaciones de quince dígitos, máxime si se tenía en cuenta el poco tiempo disponible y la respuesta inmediata a cualquier fallo por parte del ordenador del sistema. Para hacerlo había que eliminar algunas de las posibilidades. Y eso ¿cómo se conseguía?

El examen del teclado mostraba que lo habían rociado con un producto químico —Frank no recordaba el nombre que le había dicho Simon—, sólo visible en cada una de las teclas con luz fluorescente.

Frank se reclinó en la silla y se imaginó a Walter Sullivan —o al mayordomo, o al que le tocaba conectar la alarma— bajar al vestíbulo y marcar el código. El dedo apretaría las teclas correctas, las cinco, y la alarma quedaría conectada. La persona se iría, sin darse cuenta de que ahora llevaba restos de una sustancia química invisible al ojo, e inodora, en la punta del dedo. Y, lo que era más importante, sin apercibirse de que acababa de revelar los números del código secreto. Con una lámpara de luz fluorescente, los ladrones sabrían cuáles eran los números marcados porque la sustancia química aparecía emborronada en las teclas. Con esa información el ordenador podía dar la secuencia correcta, según el empleado de la empresa, en el tiempo asignado, ya que se habían eliminado el 99,9 por ciento de las combinaciones posibles.

Aclarado esto, la pregunta seguía siendo la misma: ¿quién había rociado la

sustancia? Al principio, Frank había pensado que Rogers, o como se llamara en realidad, podía haberlo hecho mientras estaba en la casa, pero los hechos demostraban que no era posible. Primero, en la casa siempre había gente; un extraño rondando el panel de la alarma habría despertado sospechas incluso al más despistado. Segundo, el vestíbulo era grande, abierto y el lugar menos íntimo de la casa. Y tercero, la aplicación habría llevado algún tiempo y cuidado. Rogers no podía permitirse ninguna de las dos cosas. La más mínima sospecha, la mirada más pasajera y el plan se habría desmoronado. La persona que había planeado esto no era de las que corrían esos riesgos. Rogers no lo había hecho. Frank estaba muy seguro de saber quién era.

A primera vista, la mujer se veía tan delgada que daba la impresión de demacrada quizá debido a una enfermedad. Pero después, el color saludable de las mejillas, los huesos finos y la gracia de los movimientos indicaban que pese a la delgadez gozaba de buena salud.

—Por favor, siéntese, señora Broome. Le agradezco que haya venido.

La mujer asintió y se sentó en una de las sillas. Llevaba una falda floreada a media pierna. Un collar de una sola hilera de perlas falsas le rodeaba el cuello. El pelo recogido en un moño; algunas hebras sobre la frente comenzaban a encanecer. Por la tersura de la piel y la ausencia de arrugas, Frank hubiese dicho que tenía unos treinta y nueve años. En realidad tenía unos cuantos más.

—Creía que ya había acabado conmigo, señor Frank.

—Por favor, llámeme Seth. ¿Fuma?

Ella meneó la cabeza negativamente.

—Se me quedaron en el tintero algunas preguntas, nada importante, pura rutina. Usted no es la única. Tengo entendido que deja el trabajo con el señor Sullivan, ¿es cierto?

La mujer tragó saliva, bajó la mirada y después miró otra vez a Frank.

—Tenía una cierta amistad con la señora Sullivan. Ahora es difícil, ya sabe... —
Le falló la voz.

—Ya lo creo, sé cómo son esas cosas. Fue algo terrible. —Frank hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo lleva con los Sullivan?

—Poco más de un año.

—Hace la limpieza ¿y...?

—Ayudo en la limpieza. Somos cuatro, Sally, Rebeca y yo. Karen Taylor se encarga de la cocina. Yo también me encargaba de las cosas de la señora Sullivan. Las ropas y todo lo demás. Era una especie de asistente. El señor Sullivan tiene su propio asistente, Richard.

—¿Le apetece un café?

Frank no esperó la respuesta. Se levantó y abrió la puerta de la sala de interrogatorios.

—Eh, Molly, ¿puedes traerme un par de cafés? —Se volvió hacia la señora

Broome—. ¿Solo o con leche?

—Solo.

—Que sean dos solos, Molly, gracias.

Cerró la puerta y volvió a su silla.

—Hace frío aquí adentro. No consigo entrar en calor. —Tocó la pared desnuda—. Los ladrillos de cemento siempre dan frío. ¿Qué me decía de la señora Sullivan?

—Era muy buena conmigo. Me refiero a que me comentaba cosas. Ella no era... no era, ya sabe, de esa clase de personas, quiero decir la clase alta. Fue al mismo instituto que yo aquí, en Middleton.

—Y supongo que no se llevaban muchos años.

El comentario provocó la sonrisa de Wanda Broome y en un gesto inconsciente levantó una mano para arreglar un mechón de pelo invisible.

—Más de lo que me gustaría admitir.

Se abrió la puerta y les sirvieron el café caliente y recién hecho. Frank no mentía sobre el frío.

—No me atrevería a decir que ella encajaba del todo con esa clase de gente, pero sabía cómo comportarse. No aceptaba tonterías de nadie, si sabe lo que quiero decir.

Frank tenía sus razones para creer que era verdad. Por lo que sabía la difunta señora Sullivan había sido una golfa en muchos aspectos.

—¿Cómo calificaría las relaciones entre los Sullivan: buenas, malas o normales?

—Muy buenas —respondió la mujer sin vacilar—. Sé lo que la gente piensa de las diferencias de edad y todas esas cosas, pero ella era muy buena con él, y él le correspondía. Se lo juro. Él la quería, eso lo sé de seguro. Quizá más como un padre quiere a su hija, pero era amor.

—¿Y ella a él? —preguntó Frank. Esta vez fue evidente el titubeo de Wanda al escuchar la pregunta.

—Debe tener presente que Christy Sullivan era un mujer muy joven, quizá más joven en muchos sentidos que otras mujeres de su edad. El señor Sullivan le abrió un mundo totalmente nuevo y... —Se interrumpió, sin saber cómo continuar.

—¿Qué me dice de la caja fuerte en el dormitorio? —Frank cambió de tema—. ¿Quién lo sabía?

—Yo no. Desde luego que no. Supongo que el señor y la señora Sullivan lo sabían. Quizás el criado del señor Sullivan, Richard, estaba enterado. Pero no lo sé a ciencia cierta.

—¿Así que Christine Sullivan o el marido nunca le mencionaron que había una caja fuerte detrás del espejo?

—Dios mío, no. Yo era amiga de ella, pero no dejaba de ser una empleada. Sólo llevaba con ellos un año. El señor Sullivan nunca habló conmigo. Me refiero a que no es el tipo de cosas que le diría a alguien como yo, ¿no le parece?

—No, supongo que no. —Frank estaba seguro de que mentía, pero no tenía ninguna prueba. Christine Sullivan era la clase de persona a la que le gusta exhibir su

riqueza ante alguien con quien pudiera identificarse, aunque sólo fuera para mostrar lo mucho que había progresado en el mundo.

—¿Por lo tanto, tampoco sabía que se podía mirar a través del espejo hacia el dormitorio?

Esta vez la mujer se quedó boquiabierta. Frank vio el rubor debajo de la fina capa de maquillaje.

—Wanda, ¿puedo llamarle Wanda? ¿Wanda, comprende, no, que el sistema de alarma de la casa fue desactivado por la persona que entró? Fue desactivado utilizando el código correcto. Ahora bien, ¿quién conectaba la alarma?

—Lo hacía Richard —replicó—. Algunas veces, el señor Sullivan.

—Entonces, ¿todos los ocupantes de la casa conocían el código?

—Oh no, desde luego que no. Richard lo sabía, en efecto. Lleva con el señor Sullivan casi cuarenta años. Que yo sepa, él era el único aparte de los Sullivan, que conocía el código.

—¿Alguna vez le vio conectar la alarma?

—Por lo general ya estaba acostada cuando la conectaban. Frank le miró. «Desde luego, Wanda, desde luego».

—¿Usted... usted no sospechará que Richard tuvo algo que ver con esto? —dijo Wanda Broome mirándole asombrada.

—Wanda, de alguna manera, alguien que no podía hacerlo, desconectó el sistema de alarma. Y es lógico que las sospechas recaigan sobre cualquiera que conociera el código.

Por un momento, Wanda Broome dio la impresión de que se echaría a llorar, pero se contuvo.

—Richard tiene casi setenta años.

—Entonces es probable que necesite hacerse con unos ahorrillos. Como comprenderá, todo esto es estrictamente confidencial.

Ella asintió al tiempo que se sonaba la nariz. Cogió la taza de café y se lo bebió a sorbitos.

—Hasta que alguien me explique cómo entraron en el sistema de seguridad —añadió Frank—, he de investigar las pistas que parecen más lógicas.

Mantuvo la mirada sobre la mujer. Había dedicado todo el día anterior a averiguar todo lo posible sobre Wanda Broome. Era una historia bastante habitual excepto en un detalle. Cuarenta y cuatro años, se había divorciado dos veces y tenía dos hijos mayores. Vivía en el ala de los sirvientes junto con el resto de los empleados de la casa. A unos diez kilómetros de allí vivía la madre, de ochenta y un años, en una casa modesta que necesitaba de algunas reparaciones; la anciana cobraba la pensión del marido y un subsidio de la Seguridad Social. Broome, tal como ella misma había dicho, trabajaba para los Sullivan desde hacía más o menos un año, cosa que había llamado la atención de Frank: era la empleada más nueva de la casa. Esto en sí mismo no significaba gran cosa, pero según todos los informes los Sullivan trataban muy

bien a los empleados, y también había que destacar la lealtad del personal bien pagado y con muchos años de antigüedad. Wanda Broome parecía ser alguien muy leal. La pregunta era a quién.

El detalle era que Wanda Broome había estado en prisión, de esto hacía unos veinte años, por desfalco cuando trabajaba de contable para un médico en Pittsburgh. Los demás sirvientes no tenían antecedentes. Ella había quebrantado la ley, y había pasado una temporada entre rejas. En aquel entonces se llamaba Wanda Jackson. Se había divorciado al salir de la cárcel, o mejor dicho él la había dejado. Desde entonces nunca había cometido ningún delito. Con el cambio de nombre y una condena tan lejana, si los Sullivan habían averiguado los antecedentes, quizá no habían encontrado nada, o quizá no les había importado. Según todas las fuentes, Wanda Broome había sido una ciudadana honesta y trabajadora durante estos últimos veinte años.

Frank se preguntó qué le había hecho cambiar.

—¿Hay alguna cosa que recuerde o piense que me pueda servir de ayuda, Wanda? —Frank intentó parecer lo más inocente posible; abrió la libreta e hizo ver que tomaba notas. Si ella era el cómplice en el interior, lo que menos le interesaba era que Wanda alertara a Rogers. Por otro lado, si conseguía que se derrumbara, quizás ella decidiría cambiar de bando.

Se la imaginó quitando el polvo en el vestíbulo. Hubiese sido fácil, tan fácil rociar el paño con el producto químico y después pasarlo por el panel de la alarma. Hubiese parecido tan natural, que nadie, incluso alguien que le hubiese estado mirando mientras lo hacía, hubiese sospechado nada. Sólo una criada eficaz haciendo su trabajo. Después no había tenido más que regresar al vestíbulo cuando todos dormían, iluminar un segundo el panel y ya está.

Desde un punto de vista estrictamente técnico, quizá se le podía considerar cómplice de un asesinato, dado que el homicidio era una de las consecuencias probables del robo a una casa. Pero Frank no pretendía mandar a Wanda Broome a la cárcel de por vida, sino atrapar al que había disparado. Estaba seguro de que esta mujer no había trazado el plan. Ella había interpretado un papel pequeño pero muy importante. Frank quería al maestro de ceremonias. Llamaría al fiscal de la mancomunidad y arreglaría un trato para Wanda a cambio de su ayuda.

—¿Wanda? —Frank se inclinó sobre la mesa y la cogió de una mano, ansioso—. ¿Recuerda algo más? ¿Algo que me ayude a detener a la persona que asesinó a su amiga?

Frank recibió una leve sacudida de cabeza como única respuesta y se echó hacia atrás. No había esperado gran cosa de este encuentro, pero había conseguido transmitir el mensaje. La pared comenzaba a desmoronarse. Estaba seguro de que ella no avisaría al tipo. Se haría con la confianza de Wanda Broome, poco a poco.

Más tarde descubriría que ya había ido demasiado lejos.

Jack dejó el maletín en un rincón, arrojó el abrigo sobre el sofá y se resistió al impulso de echarse a dormir sobre la alfombra. Ucrania y vuelta en cinco días le había hecho polvo. La diferencia horaria de siete horas ya había algo terrible, pero para ser alguien que rondaba los ochenta, Walter Sullivan se había mostrado infatigable.

Les habían hecho pasar por los controles de seguridad con el respeto y la celeridad que se merecían la fortuna y la fama de Sullivan. A partir de aquel momento se había sucedido una serie de reuniones interminable. Habían visitado fábricas, minas, oficinas, hospitales, y después habían ido a cenar y a emborracharse con el alcalde de Kiev. El presidente de Ucrania les había recibido al segundo día, y al cabo de una hora Sullivan le había subyugado. El capitalismo y la libre empresa eran respetados por encima de todo lo demás en la república liberada y Sullivan era un capitalista con C mayúscula. Todos querían hablar con él, estrecharle la mano, como si les fuera a contagiar parte de su capacidad para hacer dinero, y ellos se fueran a hacer ricos en cuestión de días.

El resultado había superado todas las expectativas a medida que los ucranianos aceptaban entusiasmados todos los puntos del acuerdo comercial. La oferta por los misiles vendría después en el momento apropiado. Todos esos cacharros inútiles se convertirían en dinero contante y sonante.

El 747 de Sullivan había hecho el vuelo directo desde Kiev al aeropuerto internacional de Washington y una limusina había llevado a Jack a su casa. Fue a la cocina. Lo único que había en el frigorífico era leche agria. La comida ucraniana no estaba mal pero era pesada, y después del primer par de días sólo había picoteado. Y había bebido demasiado. Al parecer, no se podían hacer negocios sin beber.

Se rascó la cabeza, tenía un sueño brutal, pero estaba demasiado cansado para dormir. En cambio tenía hambre. El reloj interno le decía que eran casi las ocho de la mañana y el que llevaba en la muñeca marcaba las doce pasadas. Si bien la capital del país no podía compararse con la Gran Manzana en la capacidad de atender cualquier apetito o interés las veinticuatro horas del día, había algunos lugares donde Jack podía encontrar una comida decente en una noche de semana a horas intempestivas. Mientras se ponía el abrigo sonó el teléfono. Tenía conectado el contestador automático. Jack abrió la puerta, pero vaciló. ¿Quién llamaba a estas horas? Escuchó el mensaje del contestador seguido por la señal.

—¿Jack?

Se abalanzó sobre el teléfono al escuchar aquella voz que acababa de surgir del pasado como una pelota retenida debajo del agua hasta que se suelta y sale a la superficie con un estallido.

—¿Luther?

El restaurante, uno de los favoritos de Jack, era poco más que una fonducha. Aquí se podía conseguir una comida digna a cualquier hora, de día y de noche. Era un lugar en el que Jennifer Baldwin nunca hubiera puesto los pies y que él y Kate habían frecuentado. Hasta hacía muy poco, los resultados de esta comparación le habrían preocupado, pero ya lo había decidido, y no tenía la intención de volver al tema. La vida no era perfecta, y nadie se podía pasar toda la existencia buscando esa perfección. No pensaba hacerlo.

Jack devoró los huevos revueltos, el beicon y las cuatro tostadas. El café recién hecho le quemaba la garganta. Después de cinco días de café instantáneo y agua mineral, le sabía a gloria.

Miró a Luther, que entre trago y trago de café miraba la calle mal iluminada a través de la ventana sucia.

—Pareces cansado —comentó Jack.

—Tú también, Jack.

—He estado fuera del país.

—Yo también.

Eso explicaba el estado del jardín y la correspondencia. Una preocupación innecesaria. Jack apartó el plato y pidió más café.

—El otro día fui a tu casa.

—¿Para qué?

Jack se esperaba la pregunta. Luther Whitney nunca se iba por las ramas. Pero la anticipación era una cosa: y otra tener la respuesta preparada. Encogió los hombros.

—No lo sé. Sólo quería verte. Ha pasado mucho tiempo.

Luther asintió.

—¿Sales otra vez con Kate?

Jack bebió un trago de café antes de contestar. Notó el latido en las sienes.

—No. ¿Por qué?

—Pensaba que los había visto juntos hace un tiempo.

—Nos encontramos por casualidad. Nada más.

Jack no podía afirmarlo, pero la respuesta parecía inquietar a Luther. El hombre advirtió la mirada atenta de Jack y sonrió.

—Sabes, tú eras el único medio para saber cómo le iban las cosas a mi pequeña. Eras mi canal de información, Jack.

—¿Alguna vez has pensado en hablar con ella directamente, Luther? Sabes que valdría la pena intentarlo. Los años pasan.

Luther descartó la propuesta con un ademán. Volvió a mirar a la calle.

Jack le observó. El rostro se notaba más delgado, los ojos hinchados. Tenía más arrugas en la frente y alrededor de los ojos de las que recordaba. Pero habían pasado cuatro años. Luther había llegado a una edad en que el deterioro era muy rápido, se hacía evidente cada día.

Se descubrió a sí mismo mirando los ojos de Luther. Siempre le habían fascinado.

Verde oscuro, y grandes, como los de una mujer, demostraban una confianza absoluta. Eran los ojos de los pilotos, con una calma infinita sobre la vida en general. Nada les sacudía. Jack había visto la felicidad en aquellos ojos, cuando él y Kate anunciaron su compromiso, pero la mayoría de las veces había visto tristeza. Y sin embargo debajo mismo de la superficie Jack vio dos cosas que nunca había visto antes en los ojos de Luther Whitney. Vio miedo. Vio odio. Y no estaba seguro cuál de las dos cosas le preocupaba más.

—¿Luther, tienes problemas?

Luther sacó el billetero y, a pesar de las protestas de Jack, pagó la cena.

—Vamos a dar un paseo.

Un taxi los llevó hasta el Mall y caminaron en silencio hasta un banco delante del castillo del Smithsonian. El aire de la noche era fresco y Jack se subió el cuello del abrigo. Jack se sentó mientras Luther permanecía de pie y encendía un cigarrillo.

—Eso es nuevo. —Jack miró las volutas de humo que subían lentamente en el aire.

—A mis años... ¿qué más da? —Luther arrojó la cerilla y la hundió en la tierra con el pie. Se sentó en el banco.

—Jack, quiero que me hagas un favor.

—De acuerdo.

—Todavía no sabes cuál es el favor. —Luther se levantó—. ¿Te importaría caminar? Se me agarrotan las articulaciones.

Pasaron por delante del monumento a Washington y caminaban hacia el Capitolio cuando Luther rompió el silencio.

—Estoy metido en un aprieto, Jack. Por ahora no es muy serio, pero tengo la impresión de que no tardará mucho en empeorar. —Luther no le miró, mantenía la vista puesta en la enorme cúpula del Capitolio—. No estoy muy seguro de cómo irá el asunto, pero si va por donde creo, entonces necesitaré un abogado, y te quiero a ti, Jack. No quiero a un picapleitos ni a un principiante. Tú eres el mejor abogado defensor que he visto en toda mi vida, y eso que conozco a muchos bien de cerca y personalmente.

—Ya no me ocupo de esos casos, Luther. Ahora me encargo de documentos, hago tratos. —En aquel momento, Jack se dio cuenta de que era más un empresario que un abogado. Descubrirlo no le hizo ninguna gracia.

—No trabajarás gratis —continuó Luther, como si no le hubiese oído—, te pagaré. Pero quiero alguien en el que pueda confiar, y tú eres el único en el que confío, Jack. —Luther se detuvo y miró al joven a la espera de una respuesta.

—Luther, ¿quieres decirme qué pasa?

Luther sacudió la cabeza con mucho vigor.

—No a menos que me vea obligado. Lo que no sepas no te hará daño a ti ni a nadie. —Miró a Jack con una mirada tan intensa que le hizo sentir incómodo—. Pero te diré algo, Jack, si vas a ser mi abogado, este asunto puede ponerse muy feo.

—¿A qué te refieres?

—A que la gente puede hacerse daño con este asunto, Jack. Daño de verdad, de ése del que no se vuelve.

—Si tienes algunos tipos así detrás tuyo quizá lo mejor sería hacer un trato ahora mismo, conseguir inmunidad y desaparecer en el programa de protección de testigos. Hay muchísima gente que lo hace. No es una idea original.

Luther soltó una ruidosa carcajada. Continuó riendo hasta que se ahogó y acabó vomitando lo poco que tenía en el estómago. Jack le ayudó a enderezarse. Sintió el temblor en los miembros de su amigo. No se dio cuenta de que temblaba de rabia. El estallido era algo tan poco característico en un hombre como que a Jack se le puso la piel de gallina. Sudaba a pesar de que el frío congelaba las nubecillas del aliento.

Luther recuperó la compostura. Inspiró con fuerza un par de veces. Parecía avergonzado.

—Gracias por el consejo, envíame la minuta. Tengo que irme.

—¿Irte? ¿A dónde demonios vas? Quiero saber qué pasa, Luther.

—Si me ocurre alguna cosa...

—Maldita sea, Luther, estoy un poco harto de tanta historia de capa y espada.

Luther entrecerró los párpados. De pronto recuperó la confianza con un toque de ferocidad.

—Todo lo que hago tiene una razón, Jack. Si ahora no te cuento de qué va todo el asunto es porque tengo una razón muy buena. Quizá no lo entiendas ahora, pero lo hago para protegerte hasta donde pueda. No te mezclaría para nada si no necesitara saber que estás dispuesto a representarme si te necesito. Porque si no vas a ayudarme, olvídate de esta conversación, olvídate de que alguna vez me conociste.

—No lo dices en serio.

—Totalmente en serio, Jack.

Los dos hombres se miraron. Los árboles detrás de la cabeza de Luther habían perdido casi todas las hojas. Las ramas desnudas se elevaban hacia el cielo, como rayos negros congelados en el lugar.

—Estaré allí, Luther.

—Luther tocó la mano de Jack y al cabo de un instante Luther Whitney desapareció entre las sombras.

El taxi dejó a Jack delante del edificio de apartamentos. La cabina de teléfonos estaba al otro lado de la calle. Se detuvo por un momento mientras se armaba del valor necesario para lo que se disponía a hacer.

—¿Hola? —dijo una voz somnolienta.

—¿Kate?

Jack contó los segundos hasta que a ella se le despejó la cabeza e identificó la voz.

—Caray, Jack, ¿sabes qué hora es?

—¿Puedo ir a tu casa?

—No, no puedes venir. Pensaba que ya había quedado claro. Hizo una pausa, se preparó para el siguiente paso.

—No se trata de eso. —Otra pausa—. Es sobre tu padre. El prolongado silencio resultó difícil de interpretar.

—¿Qué pasa con él? —El tono no era tan frío como esperaba—. Tiene problemas.

—¿Y? —Ahora había recuperado el tono de antes—. No sé de qué te sorprendes.

—Me refiero a que está metido en un lío muy gordo. Me ha dado un susto de muerte sin llegar a decirme nada concreto.

—Jack, es muy tarde y los problemas en los que pueda estar involucrado...

—Kate, está asustado. Asustado de verdad. Tan asustado que vomitó.

Otra pausa interminable. Jack siguió el proceso mental de Kate mientras ella pensaba en el hombre que los dos conocían tan bien. ¿Luther Whitney asustado? Eso no tenía sentido. Su línea de trabajo exigía nervios de acero. No era una persona violenta, pero había pasado toda su vida adulta al borde del abismo.

—¿Dónde estás?

—Al otro lado de la calle.

Miró hacia el piso de Kate; vio una silueta que se asomaba a la ventana. Levantó una mano.

Llamó a la puerta entreabierta y vio a Kate desaparecer en la cocina. Después oyó un estrépito de ollas, el ruido del agua y el chasquido del mechero cuando encendió el gas. Jack echó un vistazo a la habitación, y esperó junto a la puerta, con la sensación de que hacía el tonto.

Al cabo de un minuto, Kate entró en la habitación. Vestía un albornoz grueso que le llegaba a los tobillos. Iba descalza. Jack le miró los pies. Ella le siguió la mirada y asimismo le miró. Jack levantó la cabeza con un movimiento brusco.

—¿Qué tal está el tobillo? Se ve bien. —Sonrió.

—Es tarde, Jack —replicó Kate, desabrida. Frunció el entrecejo—. ¿Qué pasa con él?

Jack entró en la sala y se sentó. Kate le imitó.

—Me llamó hace un par de horas. Cenamos algo en aquella fonducha cerca de Eastern Market, y después fuimos a dar un paseo. Me pidió un favor. Dijo que estaba metido en un buen lío. Un problema muy serio con algunas personas que le podían hacer un daño irreparable. Irreparable de verdad.

Se oyó el silbido de la tetera. Kate se levantó de un salto. Jack la observó entrar en la cocina. La visión del trasero perfecto que se marcaba contra el albornoz le hizo recordar un montón de cosas que ahora no venían a cuento. Kate volvió a la sala con dos tazas de té.

—¿Cuál era el favor? —La joven bebió un trago de té. Jack dejó su taza en la

mesa.

—Dijo que necesitaba un abogado. Que quizá necesitaría un abogado. Aunque las cosas podían cambiar y entonces no lo necesitaría. Me pidió que yo fuera su abogado.

—¿Eso es todo?

—¿No es suficiente?

—Lo sería para una persona honesta y respetable, pero no es su caso.

—Caramba, Kate, el hombre estaba asustado. Nunca le había visto asustado, ¿y tú?

—Le he visto demasiado. Él escogió cómo vivir su vida y ahora, al parecer, ha llegado el momento de pasar cuentas.

—Por todos los santos, es tu padre.

—Jack, esta conversación no me interesa. —Kate hizo el ademán de levantarse.

—¿Y si le pasa algo? Entonces, ¿qué?

—Pues le pasa y se acabó —replicó Kate, con un tono helado—. No es mi problema.

Jack dejó la silla y caminó hacia la puerta dispuesto a marcharse. Pero se dio la vuelta con el rostro rojo de cólera.

—Ya te contaré cómo fue el funeral, aunque ahora que lo pienso ¿a ti qué más te da? Te enviaré una copia del certificado de defunción para tu libro de recortes.

No sabía que ella pudiera moverse tan rápido, pero sentiría la bofetada al menos durante una semana, como si alguien le hubiese echado ácido en la mejilla, una descripción más ajustada de lo que creyó en aquel momento.

—¿Cómo te atreves? —Los ojos de Kate brillaban furiosos mientras él se frotaba la cara.

Entonces la joven se echó a llorar con tanta fuerza que las lágrimas cayeron sobre el albornoz.

—No mates al mensajero, Kate —le pidió Jack con toda la calma de que fue capaz—. Se lo dije a Luther y te lo digo a ti, la vida es demasiado corta para estas idioteces. Perdí a mis padres hace mucho tiempo. Está bien, tienes tus razones para que no te guste el tipo, estupendo. Eso es cosa tuya. Pero el viejo te quiere y se preocupa, y aparte de lo que puedas pensar sobre cómo te jodió la vida tienes que respetar ese cariño. Éste es mi consejo, tómalo o déjalo.

Una vez más se dirigió a la puerta pero Kate llegó antes que él.

—Tú no sabes nada.

—De acuerdo, no sé nada. Vete a la cama. Estoy seguro de que te dormirás en el acto, no hay nada que te preocupe.

Kate le cogió del abrigo con tanta fuerza que le hizo dar la vuelta, aunque él pesaba casi cuarenta kilos más que ella.

—Tenía dos años cuando le encerraron en la cárcel por última vez. Había cumplido los nueve cuando salió. ¿Tienes idea de la vergüenza que pasa un niño cuyo padre está en la cárcel? ¿Cuando su papá roba las cosas de otras personas para

ganarse la vida? ¿Cuando en la escuela los niños dicen en clase lo que hacen sus padres, y el papá de uno es doctor y el de otro es mecánico, y cuando es tu turno la maestra mira el suelo y le dice a la clase que al papá de Kate se lo llevaron porque hizo algo malo y pasa al niño siguiente?

»Nunca estuvo con nosotras. ¡Nunca! —gritó Kate—. Mamá sufría como una loca por él. Pero siempre mantuvo la esperanza, hasta el último momento. Se lo puso fácil.

—Ella acabó por divorciarse, Kate —le recordó Jack.

—Porque no podía hacer otra cosa. Y cuando comenzaba a reorganizar su vida descubrió un bulto en el pecho y al cabo de seis meses se murió. —Kate se apoyó contra la pared. Parecía extenuada, daba pena verla—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? No dejó de quererle ni por un momento. Después de todo lo que le había hecho pasar. —Kate sacudió la cabeza, le costaba trabajo creer lo que había dicho. Miró a Jack con la barbilla temblorosa.

»Pero no pasa nada. Soy capaz de odiar por las dos —afirmó mientras miraba a Jack con una expresión donde se mezclaban el orgullo y la rectitud.

Jack no sabía si lo que iba a decir era debido al agotamiento que sentía o al hecho de que llevaba años pensándolo. Años de presenciar esta payasada. Y de dejarla a un lado en favor de la belleza y la vivacidad de la mujer que tenía delante. Su idea de la perfección.

—¿Es este tu ideal de la justicia, Kate? ¿Poner odio y amor en una balanza hasta que queden equilibrados?

—¿De qué hablas? —Kate se apartó.

Jack avanzó mientras ella continuaba retrocediendo.

—Estoy hasta las narices de la historia de tu martirio. Te crees la defensora ideal de los dolientes y las víctimas. No hay nada por encima de eso. Ni tú, ni yo, ni tu padre. La única razón para acusar a cualquier pobre hijo de puta que se cruce en tu camino es lo que te hizo tu padre. Cada vez que mandas a la cárcel a alguien es otra puñalada en el pecho de tu padre. —Kate intentó repetir la bofetada. Él le cogió la mano—. Desde que te hiciste mayor no has hecho otra cosa que vengarte. Por todos los errores. Por todo el daño. Por no estar contigo. —Le apretó la mano hasta que la sintió gritar—. ¿Alguna vez te has parado a pensar que quizá tú nunca estuviste con él?

Le soltó la mano mientras ella permanecía inmóvil, con la mirada fija y una expresión que él desconocía.

—¿Eres consciente de que Luther te quiere tanto que nunca intentó ponerse en contacto contigo, nunca intentó ser parte de tu vida, porque es lo que tú quieres? Está totalmente aislado de la vida de su única hija que vive a unos pocos kilómetros de su casa. ¿Alguna vez te has preguntado cómo se siente? ¿Alguna vez el odio te ha permitido planteártelo?

Kate no respondió.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué le quería tu madre? ¿La imagen que tienes de Luther Whitney es tan deformada que no puedes entender por qué le quería? —Jack la cogió de los hombros, la sacudió—. ¿Alguna vez el maldito odio te deja ser compasiva? ¿Alguna vez te permite querer, Kate?

Jack la apartó con un fuerte empujón. Ella trastabilló sin desviar la mirada.

—La verdad es que no te lo mereces. —Hizo una pausa y se decidió a acabar la frase—. No te mereces que te quieran.

En un arrebato de furia, Kate rechinó los dientes, el rostro desfigurado por la cólera. Soltó un grito y se lanzó sobre él. Descargó los puños contra el pecho de Jack, le abofeteó. Jack no sintió los golpes mientras veía rodar las lágrimas por las mejillas de la joven.

El ataque concluyó con la misma rapidez con que había comenzado. Kate se sujetó al abrigo de Jack, los brazos le pesaban como plomo. Fue entonces cuando comenzaron los sollozos y resbaló hasta el suelo, con el rostro bañado en lágrimas; los sollozos resonaban en la pequeña sala.

Jack la levantó y la colocó como un objeto frágil sobre el sofá.

Se arrodilló a su lado, la dejó llorar, y ella lloró durante un buen rato, su cuerpo se tensó y relajó hasta que él sintió que perdía fuerzas, notaba las manos pegajosas. Por fin la abrazó, apoyó el pecho contra el costado de Kate. La joven se cogió al abrigo con sus manos de dedos largos y sus cuerpos se sacudieron al unísono. Cuando pasó la crisis, Kate se sentó poco a poco, con el rostro lleno de manchas rojas.

Jack se apartó.

—Vete, Jack —dijo ella sin mirarle.

—Kate...

—¡Vete! —El grito sonó frágil, derrotado. Kate se cubrió el rostro con las manos.

Él dio media vuelta y salió del apartamento. Mientras caminaba por la calle miró un momento hacia el edificio. La silueta de Kate se recortaba en la ventana, miraba hacia el exterior, pero no le miraba a él. Buscaba algo y Jack no sabía qué podía ser. Quizás ella tampoco lo sabía. Mientras miraba, ella se apartó de la ventana y al cabo de un instante se apagaron las luces de la casa.

Jack se secó los ojos y continuó su camino. Regresaba a casa después de vivir uno de los días más largos de su vida.

—¡Maldita sea! ¿Cuánto tiempo? —Seth Frank estaba junto al coche. Todavía no eran ni las ocho de la mañana.

El joven agente del condado de Fairfax ignoraba la importancia del acontecimiento y se sorprendió ante el estallido del detective.

—La encontramos hace cosa de una hora; un tipo que corría vio el coche y dio el aviso.

Frank caminó alrededor del coche y espió el interior desde el costado del

pasajero. El rostro mostraba una expresión de paz, muy distinta a la del último cadáver que había visto. La larga cabellera suelta caía sobre el asiento y rozaba el suelo. Wanda Broome parecía dormida.

Tres horas después terminaron las investigaciones de la escena del crimen. Encontraron cuatro pastillas en el asiento del coche. La autopsia confirmaría que Wanda Broome había muerto como consecuencia de una sobredosis de digitalina comprada con una receta a nombre de la madre pero que obviamente no había entregado. Llevaba muerta dos horas cuando encontraron el cadáver en un sendero de tierra medio oculto alrededor de un estanque a unos doce kilómetros de la mansión de los Sullivan, apenas pasado el límite del condado. La única otra prueba tangible estaba en la bolsa de plástico que Frank se llevaba a la jefatura después de recibir el permiso de la jurisdicción vecina. La nota estaba escrita en una hoja de papel arrancada de una libreta en espiral. La escritura era femenina, fluida y ornada. Las últimas palabras de Wanda habían sido una súplica de perdón desesperada. Un alarido de culpa en tres palabras.

«Lo siento tanto».

Frank condujo rápidamente entre los árboles casi pelados y el pantano paralelo al sendero sinuoso. Había metido la pata hasta el cuello. ¿Cómo iba a imaginar que la mujer era una suicida en potencia? El historial de Wanda Broome la marcaba como una sobreviviente. Frank no podía menos que sentir pena por la mujer, pero también le enfurecía su estupidez. Él podría haberle conseguido un trato, ¡un trato de fábula! Entonces pensó que sus instintos habían acertado en una cosa. Wanda Broome había sido una persona muy leal. Había sido leal a Christine Sullivan y no podía vivir con la culpa de haber contribuido, aunque fuera sin ninguna intención, a su muerte. Una reacción comprensible si bien lamentable. Pero tras su desaparición, la mejor, y quizás única, oportunidad de Frank para pescar al culpable acababa de desaparecer.

El recuerdo de Wanda Broome pasó a segundo plano mientras se concentraba en cómo atrapar al hombre que ahora era el responsable de la muerte de dos mujeres.

—Maldita sea, Tarr, ¿era hoy? —Jack miró a su cliente sentado en la recepción de Patton, Shaw. El hombre parecía un pulpo en un garaje.

—A las diez y media. Ahora son las once y cuarto. ¿Significa que me corresponden cuarenta y cinco minutos gratis? Por cierto, tienes una pinta espantosa.

Jack se miró el traje arrugado y se pasó la mano por el pelo revuelto. El reloj interno todavía marcaba la hora de Ucrania, y la noche sin dormir no había ayudado a su aspecto.

—Créeme, la pinta no es nada comparado con cómo me siento.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Tarr se había vestido para la ocasión: los tejanos sin agujeros, y llevaba calcetines con las zapatillas de tenis. La chaqueta de pana era una reliquia de principios de los setenta, y el peinado era la maraña de rizados de siempre.

—Eh, si quieres lo dejamos para otro día, Jack. Yo entiendo de resacas.

—De ninguna manera cuando te has vestido de gala. Acompáñame. Sólo necesito comer algo. Te invitaré a comer y no te cobraré la consulta.

Lucinda, muy puesta y seria a la hora de mantener la imagen de la firma, respiró aliviada al verles marchar. Más de un socio de Patton, Shaw había cruzado la recepción con un gesto de espanto al ver a Tarr Crimson. Esta semana habría numerosos memorandos.

—Lo siento, Tarr. Estos días voy a toda pastilla. —Jack arrojó el abrigo sobre una silla y se sentó. Sobre la mesa había una pila de mensajes de un palmo de altura.

—He escuchado por ahí que estabas fuera del país. Espero que en algún lugar divertido.

—No lo era. ¿Qué tal van los negocios?

—Florecientes. Muy pronto podrás considerarme un cliente legítimo. Tus socios se sentirán mejor cuando me vean sentado en la recepción.

—Que les den por el culo, Tarr, tú pagas las facturas.

—Mejor ser un gran cliente que paga algunas de las facturas que no uno pequeño qué las paga todas.

—Nos tienes bien calados, ¿no? —Jack sonrió.

—Eh, tío, cuando ves un algoritmo, los has visto todos. Jack abrió la carpeta de Tarr y le echó una ojeada.

—Tendremos tu nueva corporación lista para mañana. Constitución de una sociedad en Delaware con calificación en el distrito. ¿Conecto?

Tarr asintió.

—¿Cómo piensas capitalizarla?

—Tengo la lista de posibles. —Tarr sacó una hoja de papel—. Lo mismo que la última vez. ¿Tengo descuento en la tarifa? —Tarr sonrió. Le gustaba Jack, pero el negocio era el negocio.

—Sí, esta vez no pagarás el aprendizaje de un asociado demasiado caro y poco informado.

Los dos hombres sonrieron.

—Reduciré la factura al mínimo, Tarr, como siempre. Por cierto, ¿qué hará la nueva compañía?

—Tengo información sobre nuevas tecnologías en el campo de la vigilancia.

—¿Vigilancia? —Jack le miró sorprendido—. Un poco apartado de tu campo habitual, ¿no?

—Eh, tienes que navegar con la corriente. La cosa está parada. Pero cuando se acaba un mercado, un buen empresario como yo busca nuevas oportunidades. En el sector privado la vigilancia siempre ha sido un buen negocio. Ahora lo último en el campo de la seguridad es el Gran Hermano.

—Resulta un tanto irónico para alguien que estuvo en las cárceles de todas las ciudades importantes del país durante los sesenta.

—Tío, aquellas causas eran magníficas. Pero todos nos hacemos grandes.

—¿Cómo funciona?

—De dos maneras. Una, los satélites de órbita baja están conectados a las estaciones de rastreo de la policía. Los pájaros tienen asignados unos sectores de barrido. Ven un problema y envían una señal casi instantánea a la estación de rastreo con la información precisa del incidente. Para la poli es en tiempo real. El segundo método requiere instalar equipos de vigilancia de tipo militar, sensores y artefactos de seguimiento en lo alto de los postes de teléfonos, enterrados con sensores en la superficie o en las fachadas de los edificios. La ubicación exacta será secreta, pero estarían desplegados en las zonas con mayor delincuencia. Si algo va mal, los pájaros llaman a la caballería.

—Me parece que el sistema se salta a la torera unos cuantos derechos civiles.

—Dímelo a mí. Pero es efectivo.

—Hasta que se mueven los malos.

—Es difícil ganarle a un satélite, Jack.

Jack sacudió la cabeza y volvió a leer el expediente.

—Eh, ¿cómo van los planes de la boda?

—No lo sé —respondió Jack—. Intento no meterme en medio.

—Mierda, Julie y yo sólo teníamos veinte dólares para el casamiento incluida la luna de miel. Le pagamos diez dólares a un juez de paz, compramos un cajón de Michelob con el resto, fuimos en la Harley hasta Miami y dormimos en la playa. Nos lo pasamos de coña.

—Creo que los Baldwin piensan en algo más formal —señaló Jack de buen humor—. Aunque lo tuyo me parece mucho más divertido.

Tarr le miró con curiosidad, como si de pronto hubiese recordado alguna cosa referente a Jack.

—Eh, ¿qué se hizo de aquella tía con la que salías cuando defendías a los chorizos de esta virtuosa ciudad? Kate, ¿no?

—Decidimos seguir caminos separados —contestó Jack en voz queda y con la mirada baja.

—Ah. Siempre pensé que formaban una buena pareja.

Jack le miró, se humedeció los labios y después cerró los ojos por un momento antes de responder.

—Bueno, a veces las apariencias engañan.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Después de comer y acabar con parte del trabajo atrasado, Jack devolvió la mitad de las llamadas telefónicas y decidió dejar el resto para el día siguiente. Mientras miraba a través de la ventana volvió sus pensamientos hacia Luther Whitney. Era una adivinanza saber en qué estaba involucrado. Estaba desconcertado porque Luther era

un solitario en la vida privada y en el trabajo. Jack, en su etapa de defensor público, había comprobado los antecedentes de Luther. Trabajaba solo. Incluso en los casos en que no le habían arrestado pero sí interrogado, nunca se habían mencionado cómplices. Entonces, ¿quiénes eran estas otras personas? ¿Una barrera que Luther había saltado? Pero Luther llevaba demasiado tiempo en el negocio como para hacer algo así. No valía la pena. ¿Quizá la víctima? Tal vez no podían probar que Luther había cometido el delito pero de todos modos habían jurado vengarse. Sin embargo, ¿quién era capaz de hacer algo así sólo por haber sido víctima de un robo? Jack podía comprenderlo si alguien había resultado muerto o herido, pero Luther no era capaz de hacerlo.

Se sentó delante de la pequeña mesa de conferencias y recordó lo sucedido la noche antes con Kate. Había sido la experiencia más dolorosa de toda su vida, incluso más que cuando Kate le había dejado. Pero él había dicho lo que debía decir.

Se frotó los ojos. En este momento de su vida los Whitney no eran bienvenidos. Pero se lo había prometido a Luther. ¿Por qué lo había hecho? Se aflojó la corbata. En algún momento tendría que marcar un límite, o cortar la cuerda, aunque sólo fuera por su salud mental. Ahora deseaba no tener que cumplir la promesa.

Fue a la cocina a buscar una gaseosa, volvió al despacho y acabó las facturas del mes anterior. La firma le estaba facturando a empresas Baldwin unos trescientos mil dólares mensuales y el trabajo iba en aumento. Durante la ausencia de Jack, Jennifer había enviado otros dos asuntos que mantendrían ocupada a una legión de asociados durante unos seis meses. Jack calculó el monto de sus beneficios, alrededor de una cuarta parte de la facturación, y silbó por lo bajo al ver la cifra. Era casi demasiado fácil.

Las cosas iban cada vez mejor entre Jennifer y él. La cabeza le decía que no metiera la pata. El órgano en el centro de su pecho no opinaba lo mismo, pero ya era hora de que la cabeza se hiciera cargo de gobernar su vida. No se trataba de ningún cambio en la relación, sino un cambio en sus expectativas. ¿Era esto un compromiso por su parte? Quizá. Pero ¿quién había dicho que se podía vivir sin compromisos? Kate Whitney lo había intentado y así le había ido.

Llamó al despacho de Jennifer. No estaba. No volvería hasta mañana. Miró la hora. Las cinco y media. Si no estaba de viaje, Jennifer Baldwin casi nunca dejaba el despacho antes de las ocho. Jack consultó el calendario: Jennifer estaría en la ciudad toda la semana. Sin embargo, anoche la había llamado desde el aeropuerto y no había dado con ella. Ojalá no pasara nada serio.

Mientras pensaba en dejar la oficina e ir a verla a su casa, Dan Kirksen asomó la cabeza.

—¿Tienes un minuto, Jack?

Jack vaciló. El hombre y sus pajaritas le irritaban, y sabía muy bien por qué. Cortés hasta lo absurdo, Kirksen le habría tratado como basura si no fuera porque él tenía un cliente que aportaba millones en trabajo. Además, Jack sabía que Kirksen

deseaba con toda el alma tratarle como si fuera basura, y esperaba ansioso tener la oportunidad.

—Ya me iba. Desde hace un tiempo que no paro.

—Lo sé. —Kirksen sonrió—. No se habla de otra cosa en esta casa. Sandy tendrá que andarse con ojo. Por lo que se ve, Walter Sullivan está loco por ti.

Jack sonrió para sí mismo. Lord era la única persona a la que Kirksen deseaba darle la patada más que a Jack. Lord sin Sullivan sería vulnerable. Jack leyó los pensamientos del socio gerente de la firma con toda claridad.

—No creo que Sandy tenga ningún motivo de preocupación.

—Desde luego que no. Sólo será un par de minutos. Sala de conferencias número uno. —Kirksen se marchó tan deprisa como había aparecido.

¿Qué diablos pasa ahora?, se preguntó Jack. Recogió el abrigo y mientras atravesaba el vestíbulo se cruzó con un par de asociados que le miraron de reojo. Su curiosidad fue en aumento.

Las puertas corredizas de la sala de conferencias estaban cerradas, algo poco habitual a menos que hubiera alguna reunión. Jack deslizó una de las puertas. La sala a oscuras se iluminó de pronto, y Jack miró asombrado al encontrarse con una fiesta en marcha. La pancarta en la pared más lejana decía: «¡felicidades, socio!»

Lord oficiaba de anfitrión delante de la mesa cubierta de bebidas y platos exquisitos. Jennifer estaba allí en compañía de sus padres.

—Estoy orgullosa de ti, cariño. —La joven ya había consumido varias copas. La mirada tierna y las caricias le avisaron a Jack que esta noche sería de fábula.

—Tenemos que estar agradecidos a tu padre por esto.

—Ah, ah, amor mío. Si no estuvieses haciendo un buen trabajo, papá ya te habría dado puerta. Acepta tus méritos. ¿Crees que Sandy Lord y Walter Sullivan son fáciles de conformar? Cariño, has encantado a Sullivan, incluso sorprendido, y sólo hay un puñado de abogados que lo han hecho.

Jack acabó la copa y pensó en la afirmación. Parecía creíble. Se había marcado un tanto con Sullivan, y ¿quién podía decir que Ransome Baldwin no se hubiese llevado sus asuntos a otra parte si Jack no hubiese dado la talla?

—Quizá tengas razón.

—Desde luego que tengo razón. Si esta firma fuese un equipo de fútbol te habrían elegido el mejor jugador del año. —Jennifer cogió otra copa y rodeó la cintura de Jack con el brazo—. Y además, ahora podrás pagar el estilo de vida que estoy acostumbrada a llevar. —Le pellizcó el brazo.

—Acostumbrada. ¡Genial! Vives así desde que naciste. —Se dieron un beso fugaz.

—Anda y alterna, machote. —Jennifer fue en busca de sus padres.

Jack echó una mirada a la sala. Todos los presentes eran millonarios. Él era el más pobre, pero sus perspectivas superaban las de todos ellos. Su sueldo base acababa de cuadruplicarse. La participación en los beneficios anuales duplicaría esa cantidad.

Pensó que ahora él también era, técnicamente, un millonario. ¿Quién lo hubiese dicho, cuando cuatro años atrás pensaba que un millón de dólares era más dinero del que podía existir en el mundo?

No se había hecho abogado para hacerse rico. Había trabajado más que nunca durante años por calderilla. Pero tenía derecho, ¿no? Éste era el típico sueño americano, ¿verdad? Entonces, ¿qué tenía de malo este sueño que te hacía sentir mal cuando lo conseguías?

Sintió que un brazo pesado le rodeaba los hombros. Se volvió y se encontró ante Sandy Lord, que le miraba con los ojos enrojecidos.

—¿Te sorprendimos, eh?

Jack asintió. El aliento de Sandy olía a una mezcla de alcohol y rosbif. Le recordó el primer encuentro que tuvieron en Fillmore's, un recuerdo poco agradable. Se distanció sutilmente del socio borracho.

—Mira esta sala, Jack. No hay ni una sola persona, con la posible excepción del que habla, que no desee estar en tus zapatos.

—Resulta un tanto sorprendente. Todo ocurrió tan de prisa... —Jack hablaba más para sí mismo que para Lord.

—Coño, estas cosas siempre son así. Pero unos pocos afortunados, van de la nada a la gloria en cuestión de segundos. El éxito inesperado es sólo eso: inesperado. Pero por ello es tan satisfactorio. Por cierto, deja que te estreche la mano por cuidar tan bien de Walter Sullivan.

—Con mucho gusto, Sandy. Me gusta el tipo.

—Ah, antes de que me olvide. El sábado haré una pequeña reunión en mi casa. Vendrán algunas personas que te convendría conocer. A ver si consigues convencer a tu hermosa media naranja para que te acompañe. Quizás encuentre algunas oportunidades para hacer negocio. Esa chica es un lince, como su padre.

Jack estrechó la mano de cada uno de los socios presentes, a algunos más de una vez. A las nueve de la noche, él y Jennifer se fueron a casa en la limusina de la compañía de la joven. A la una de la madrugada ya habían hecho el amor dos veces. A la una y media Jennifer dormía profundamente.

Jack no.

Estaba junto a la ventana mirando los primeros copos de nieve que comenzaban a caer. Un frente de tormentas se había instalado en la zona aunque no se esperaban nevadas copiosas. Pero Jack no pensaba en el tiempo. Miró a Jennifer. Vestía un camisón de seda, y se acurrucaba entre las sábanas de satén, en una cama tan grande como el dormitorio de su apartamento. Contempló a sus viejos amigos los murales. Su nueva casa estaría lista para Navidad, aunque la muy respetable familia Baldwin nunca permitiría la cohabitación abierta hasta que se intercambiaran los votos. Los interiores los estaban rehaciendo bajo la estrecha supervisión de su prometida para acomodarlos a sus gustos particulares y para proyectar firmemente las afirmaciones personales de cada uno, aunque no sabía qué diablos debía ser eso. Mientras

estudiaba los rostros medievales pensó que probablemente se reían de él.

Acababan de hacerle socio de la firma de abogados más prestigiosa de la ciudad, estaba en boca de algunas de las personas más influyentes de la nación, cada una de ellas dispuesta a hacer todo lo posible en pro de su meteórica carrera. Lo tenía todo. Desde la hermosa princesa al suegro rico pasando por su santo aunque despiadado mentor y dinero en el banco. Con toda una legión de poderosos a sus espaldas y un futuro sin límites, Jack nunca se había sentido tan solo como esta noche. Y a pesar de toda su fuerza de voluntad, no podía dejar de pensar en un viejo asustado y furioso y en su hija agotada emocionalmente. Con esas dos bellezas rondándole en la cabeza observó en silencio la suave caída de los copos de nieve hasta que asomaron las primeras luces del alba.

La anciana miró a través de las polvorientas cortinas venecianas de la sala de estar el coche negro que se detuvo delante de la casa. La artritis que le deformaba las rodillas le impedía casi cualquier movimiento más allá de levantarse de la silla. Tenía la espalda doblada y los pulmones apenas tenían un poco de tejido útil después de cincuenta años de alquitrán y nicotina. No le quedaba mucha vida; su cuerpo la había llevado todo lo lejos que había podido. Más de lo que había vivido su hija.

Acarició la carta que guardaba en el bolsillo de la vieja bata rosa, que no alcanzaba a tapar del todo los tobillos rojos y llagados. Sabía que vendrían en algún momento. Después de que Wanda regresara de la comisaría, ella sabía que sólo era cuestión de tiempo para que ocurriera algo así. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando recordó las últimas semanas.

«Fue culpa mía, mamá». Su hija había estado sentada en la cocina diminuta donde, durante la infancia, había ayudado a la madre a preparar rosquillas y envasar tomates y judías verdes cosechadas en el huerto de detrás de la casa. Ella había repetido las mismas palabras una y otra vez inclinada sobre la mesa, el cuerpo convulsionado con cada palabra. Edwina había intentado razonar con su hija, pero carecía de la elocuencia necesaria para atravesar el manto de culpa que rodeaba a la mujer delgada que había comenzado la vida como un bebé regordete de pelo negro y piernas arqueadas. Le había mostrado a Wanda la carta pero no había servido de nada. Estaba más allá de la capacidad de la anciana conseguir que la hija lo comprendiera.

Ahora ella ya no estaba y había venido la policía. Y ahora Edwina debía hacer lo correcto. A los ochenta y un años y temerosa de Dios, Edwina le mentiría a la policía, que era la única cosa que podía hacer.

—Siento mucho lo de su hija, señora Broome. —A la anciana las palabras de Frank le sonaron sinceras. Una lágrima se deslizó por los surcos profundos del rostro.

El policía le dio la nota que había dejado Wanda y Edwina la leyó utilizando una lupa que tenía sobre la mesa al alcance de la mano. Miró el rostro ansioso del detective.

—No me imagino en que pensaba cuando escribió esto.

—¿Sabe que se cometió un robo en la casa de los Sullivan? ¿Que Christine

Sullivan fue asesinada por el que cometió el robo?

—Me enteré por la televisión inmediatamente después de que ocurrió. Aquello fue terrible. Terrible.

—¿Su hija le habló en algún momento de lo ocurrido?

—Desde luego. Estaba muy trastornada. Ella y la señora Sullivan se llevaban muy bien, realmente bien. La destrozó.

—¿Por qué piensa que se suicidó?

—Si pudiera decírselo, se lo diría.

Dejó flotando la afirmación ambigua delante de la cara de Frank hasta que él guardó la nota.

—¿Le comentó algo su hija respecto el trabajo que pudiera arrojar alguna luz sobre el asesinato?

—No. Le gustaba mucho el trabajo. Decía que la trataban muy bien. Vivir en aquella casa tan grande era extraordinario.

—Señora Broome, tengo entendido que Wanda tuvo problemas con la ley hace algún tiempo.

—Hace mucho tiempo, detective. Hace mucho tiempo. Y desde entonces vivió siempre como una persona honrada. —Edwina Broome entrecerró los ojos y apretó los labios mientras miraba a Seth Frank.

—No me cabe la menor duda —se apresuró a añadir Frank—. ¿Wanda trajo a casa a alguien durante los últimos meses? ¿Alguien que quizás usted no conocía?

Edwina sacudió la cabeza. No era necesario mentir.

Frank la miró durante un buen rato. Los ojos enfermos de cataratas le devolvieron la mirada.

—Tengo entendido que su hija se encontraba fuera del país cuando ocurrió el incidente.

—Fue a la isla aquélla con los Sullivan. Me han dicho que van allí todos los años.

—Pero la señora Sullivan no fue.

—Supongo que no, ya que la asesinaron aquí mientras ellos estaban allá, detective.

Frank casi sonrió. La anciana no era tan tonta como quería aparentar.

—¿No tendrá usted ninguna idea sobre por qué la señora Sullivan no fue? ¿Algo que quizá le comentara Wanda?

Edwina volvió a responder que no con la cabeza mientras acariciaba a un gato blanco y plateado que se le había subido a la falda.

—Bueno, gracias por hablar conmigo. Una vez más, lamento lo sucedido a su hija.

—Muchas gracias, yo también lo lamento. Lo lamento mucho.

Se levantó con un gran esfuerzo para acompañarlo hasta la puerta, y en ese instante se le cayó la carta del bolsillo. El corazón se le encogió mientras Frank se agachaba, la recogía sin mirarla y se la alcanzaba.

Ella le observó subir al coche. Se sentó lentamente en la silla junto a la chimenea y abrió la carta.

Estaba escrita con la letra de un hombre que conocía bien: «Yo no lo hice. Pero no me creerías si te dijera quién lo hizo».

Para Edwina Broome era todo lo que necesitaba saber. Luther Whitney era un amigo de toda la vida, y había entrado en aquella casa por Wanda. Si la policía le atrapaba, no sería con su ayuda.

Y lo que su amigo le había pedido que hiciera lo haría. Era la única cosa decente que haría.

Seth Frank y Bill Burton se dieron la mano y se sentaron. Estaban en la oficina de Frank y era muy temprano.

—Le agradezco que me reciba, Seth.

—Es algo poco habitual.

—Muy poco habitual si le interesa mi opinión. —Burton sonrió—. ¿Le molesta si fumo?

—En absoluto. Yo también me fumaré uno. —Los hombres sacaron las cajetillas. Burton quebró en dos la cerilla mientras se reclinaba en la silla.

—Llevo en el servicio secreto mucho tiempo y ésta es la primera vez para mí. Pero lo entiendo. El viejo Sullivan es uno de los mejores amigos del presidente. Le ayudó en sus primeros pasos en la política. Un mentor de verdad. Se conocen desde siempre. Entre usted y yo, no creo que el presidente desee que hagamos nada, aparte de dar la impresión de que nos preocupamos. De ninguna manera pretendemos meternos en sus asuntos.

—Tampoco tienen jurisdicción.

—Así es, Seth. Exacto. Diablos, fui policía estatal durante ocho años. Sé cómo funciona una investigación policial. Lo que menos deseas es tener a alguien mirando por encima del hombro.

La desconfianza comenzó a esfumarse de los ojos de Frank. Un expolicía del estado convertido en agente del servicio secreto. Este tipo era un profesional de tomo y lomo. En el libro de Frank no se podía ir más lejos.

—¿Cuál es su propuesta?

—Veo mi papel como un canal de comunicación con el presidente. Si hay alguna novedad usted llama y yo se lo digo al presidente. Entonces cuando él vea a Walter Sullivan podrá decirle algo sensato sobre el caso. Créame, tampoco es algo para la galería. El presidente tiene un interés especial en el caso. —Burton sonrió para sí mismo.

—¿Sin interferencias de los federales? ¿Nada de juego sucio?

—Joder, yo no soy del FBI. Éste no es un caso federal. Considéreme como el emisario civil de un vip. Nada más allá de una cortesía profesional.

Frank echó una ojeada a la oficina mientras analizaba la situación. Burton siguió la mirada y trató de valorar a Frank con la mayor precisión posible. Burton había

conocido a muchos detectives. La mayoría no eran muy brillantes, lo que, unido a una carga de trabajo cada vez mayor, resultaba en pocos arrestos y un promedio de condenas casi cero. Pero había hecho averiguaciones sobre Seth Frank. El tipo era un exdetective de Nueva York con una hoja de servicios llena de condecoraciones. Desde que había venido al condado de Middleton no había dejado de resolver ni un solo asesinato. Ni uno. Era un condado rural, pero un promedio del ciento por ciento no dejaba de ser impresionante. Todos estos datos tranquilizaban a Burton. Porque aunque el presidente le había pedido a Burton que se mantuviera en contacto con la policía para cumplir con su promesa a Sullivan, Burton tenía sus propios motivos para desear un acceso a la investigación.

—Si surge alguna cosa imprevista, quizá no pueda avisarle en el acto.

—Tampoco pido milagros, Seth, sólo un poco de información cuando le venga bien. Eso es todo. —Burton se levantó. Aplastó la colilla en el cenicero—. ¿Trato hecho?

—Haré todo lo posible, Bill.

—No se puede pedir más. ¿Tiene alguna pista?

—Quizá. —Seth Frank encogió los hombros—. Nunca se sabe dónde saltará la liebre. Ya sabe cómo son estas cosas.

—Dígamelo a mí. —Burton se acercó a la puerta—. Por cierto, si necesita cualquier cosa durante la investigación, acceso a bases de datos, evitar algún trámite, y cosas así, avíseme y su solicitud recibirá alta prioridad. Aquí tiene mi número.

—Se lo agradezco, Bill —respondió Frank deferente, mientras cogía la tarjeta.

Dos horas más tarde, Seth Frank cogió el teléfono y no pasó nada. No tenía tono, no había línea con el exterior. Avisaron a la compañía telefónica.

Al cabo de una hora, Seth Frank volvió a coger el teléfono y escuchó el pitido del tono. El sistema estaba arreglado. La caja de teléfonos estaba siempre cerrada, pero incluso si alguien hubiese mirado en el interior, la masa de cables y otros equipos habrían resultado un galimatías para el lego. Además, la policía no se preocupaba mucho de que alguien le pinchara los teléfonos.

Ahora las líneas de comunicación de Bill Burton estaban abiertas, mucho más de lo que Seth Frank hubiese imaginado.

O pino que es un error, Alan. Pienso que deberíamos distanciarnos, no intentar hacernos cargo de la investigación. —Russell se encontraba junto a la mesa del presidente en el despacho Oval.

Richmond repasaba el articulado de una ley de asistencia sanitaria, un auténtico atolladero en el que no estaba dispuesto a invertir mucho de su capital político antes de las elecciones.

—Gloria, por favor, continúa con el programa. —Richmond estaba preocupado; las encuestas le daban una gran ventaja, pero pensaba que la diferencia tendría que ser aún mayor. Su oponente, Henry Jacobs, era bajo, poco agraciado y mal orador. Su único mérito eran los treinta años de trabajo en pro de los pobres y menesterosos del país. En consecuencia, desde el punto de vista de los medios era un auténtico desastre. En una era de cámaras y micrófonos tener buena pinta y un pico de oro era básico. Jacobs ni siquiera era el mejor entre un grupo bastante flojo que había visto apartados a los dos mejores candidatos por culpa de diversos escándalos, sexuales y de los otros. Todo esto hacía que Richmond se preguntara por qué la ventaja de treinta y dos puntos en las encuestas no eran cincuenta.

Por fin miró a la jefa de gabinete.

—Mira, le prometí a Sullivan ocuparme del asunto. Lo dije delante de audiencia nacional y me consiguió doce puntos en las encuestas que, al parecer, tu bien engrasado equipo electoral no puede mejorar. ¿Tengo que salir y declarar una guerra para que suban las encuestas?

—Alan, tenemos las elecciones en el bote; los dos lo sabemos. Pero tenemos que jugar a no perder. Debemos ser precavidos. Esa persona todavía anda por allí. ¿Qué pasará si le atrapan?

—¡Olvídate de él! —Richmond se levantó enojado—. Si dejaras de pensar en él por un momento, verías que el hecho de haberme vinculado estrechamente al caso le resta a ese tipo cualquier pizca de credibilidad. Si no hubiera proclamado públicamente mi interés, algún reportero entrometido quizá se mostraría dispuesto a investigar cualquier rumor sobre la presunta implicación del presidente en la muerte de Christine Sullivan. Pero ahora que la nación sabe que estoy dispuesto a llevar al criminal ante la justicia, si se hace cualquier acusación, la gente pensará que el tipo me vio en la televisión y que está loco.

Russell se sentó. El problema radicaba en que Richmond no conocía todos los hechos. De haber sabido lo del abrecartas, ¿habría dado estos pasos? ¿De haber sabido que Russell había recibido la carta y la foto? Le estaba ocultando información a su jefe, una información que podía hundirlos a los dos para siempre.

Russell cruzó el vestíbulo en dirección a su despacho sin darse cuenta de que Bill Burton la miraba desde un pasillo. La mirada no era precisamente de afecto.

«Maldita puta». Desde su posición podía haberle metido tres balas en la cabeza.

Sin problemas. La charla con Collin lo había aclarado todo. Si aquella noche hubiese llamado a la policía hubiese habido problemas, pero no para él y Collin. El presidente y su compañera se habrían llevado la peor parte. La mujer le había embaucado. Y ahora todo aquello por lo que había trabajado y sufrido pendía de un hilo.

Sabía mucho mejor que Russell a lo que se enfrentaban. Y fue este conocimiento por lo que había tomado una decisión. No había sido fácil, pero era la única a su alcance. Era la razón por la que había visitado a Seth Frank. También era la causa por la que había hecho pinchar el teléfono del detective. Burton sabía que era dar palos de ciego, pero ahora ya no había nada seguro. Había que jugar con las cartas que tenían y confiar en que la fortuna les sonriese en algún momento.

Una vez más Burton se estremeció de furia por la posición en que le había puesto. La decisión que había tenido que tomar por su estupidez. Era lo único que podía hacer aparte de estrangularla con sus propios manos. Pero se prometió a sí mismo una cosa. Aunque le fuera la vida en ello se aseguraría de que esta mujer sufriera por sus actos. Él se encargaría de arrancarla de la protección de su carrera, la arrojaría a los lobos, y disfrutaría en el proceso.

Gloria Russell se arregló el pelo y la pintura de los labios delante del espejo. Era consciente de que se comportaba como una adolescente enamorada, pero había algo tan ingenuo y, al mismo tiempo, tan masculino en Tim Collin que había comenzado a distraer su atención del trabajo, algo que nunca le había pasado antes. Pero era un hecho histórico que los hombres en el poder siempre disfrutaban de algunas aventuras. Russell, que no era una ferviente feminista, no veía nada de malo en emular a los colegas varones. A su modo de ver, sólo era otra de las ventajas del cargo.

Mientras se quitaba el vestido y la ropa interior y se ponía su camisón más transparente, se recordó una y otra vez los motivos para seducir al joven. Le necesitaba por dos razones. Una, sabía su fallo con el abrecartas y ella necesitaba que mantuviese un silencio absoluto al respecto, y, segundo, necesitaba su ayuda para recuperar la prueba. Motivos racionales y coherentes y, sin embargo esta noche, como en las anteriores, le parecían algo muy distante.

En este momento sentía que podía follarse a Tim Collin todas las noches durante el resto de su vida y no cansarse nunca de las sensaciones que experimentaba después de cada encuentro. Su cabeza le ofrecía mil razones por las que debía dejarlo, pero el resto de su cuerpo, por una vez, no le hacía caso.

La llamada a la puerta llegó antes de lo esperado. Acabó de arreglarse el peinado, comprobó una vez más el maquillaje, y trastabilló mientras se calzaba los zapatos rojos de tacón alto al tiempo que cruzaba el vestíbulo. Abrió la puerta y sintió como si alguien le hubiese clavado un puñal entre los pechos.

—¿Qué diablos hace aquí?

Burton metió la punta del zapato en la abertura y apoyó una de sus manazas contra la hoja.

—Tenemos que hablar.

Russell en un gesto inconsciente miró más allá del visitante en busca del hombre con el que pensaba hacer el amor esa noche.

—Lo lamento, el galán no vendrá esta noche, jefa —dijo Burton al ver la mirada.

Permaneció en la entrada con la mirada puesta en la jefa de gabinete, que ahora intentaba descubrir qué estaba haciendo él allí al mismo tiempo que intentaba cubrir las partes estratégicas de su anatomía. No tuvo éxito con ninguna de las dos.

—¡Váyase, Burton! ¿Cómo se atreve a entrar aquí? Está acabado. Burton entró en la sala de estar; apenas si la rozó al pasar a su lado.

—Hablamos aquí o hablaremos en otra parte. Usted decide.

—¿Qué diablos está diciendo? —preguntó mientras le seguía—. Le repito que se vaya. Al parecer se olvida del lugar que ocupa en la jerarquía oficial, ¿no?

—¿Siempre atiende la puerta vestida así? —replicó él. Comprendía el interés de Collin. El camisón no ocultaba nada de la voluptuosa figura de la jefa de gabinete. ¿Quién lo hubiese pensado? Se hubiese sentido excitado a pesar de los veinticuatro años de matrimonio con la misma mujer y los cuatro hijos producto de aquella unión, de no haber sido que le repelía profundamente la mujer semidesnuda que tenía delante.

—¡Váyase al infierno, Burton!

—Allí es donde acabaremos todos. Vístase, después hablaremos y me iré. Pero hasta entonces no pienso moverme de aquí.

—¿Se da cuenta de lo que hace? Puedo aplastarle.

—¡Estupendo! —Sacó las fotos del bolsillo de la chaqueta y las arrojó sobre la mesa. Russell intentó no mirarlas, pero al final las cogió. Le temblaban tanto las piernas que apoyó una mano en la mesa.

—Usted y Collin hacen una pareja muy bonita. No le miento. Pienso que a los medios les encantará Buen material para la película de la semana. ¿Qué le parece? Un agente del servicio secreto se folla a la jefa del gabinete.

Ella le dio una bofetada con tanta fuerza que le dolió el brazo. Fue como golpear contra un mueble. Burton le cogió la mano y se la retorció hasta que ella lanzó un grito.

—Escuche, señora, sé todo lo que pasa aquí. Todo. El abrecartas. Quién lo tiene. Y lo que es más importante, cómo lo consiguió. Ahora tenemos además las cartas de nuestro pequeño voyeur ladrón. Lo mire por donde lo mire estamos metidos en un follón, y a la vista de que usted ha metido la pata desde el principio, pienso que se impone un cambio de mando. Así que vaya y sáquese esas ropas de puta, y vuelva aquí. Si quiere que le salve ese culo tan bonito, hará exactamente lo que le diga. ¿Está claro? Porque si no lo entiende entonces sugiero que tengamos una charla con el presidente. Usted decide, jefa. —Burton pronunció la última palabra con un tono que

dejaba bien claro la repugnancia que le producía la mujer.

Burton le soltó el brazo pero continuó dominándola con su presencia. El corpachón enorme parecía impedirle pensar. Russell se frotó el brazo y miró a Burton con una expresión casi tímida mientras comenzaba a entender la situación.

Fue al baño y vomitó. Le pareció que tardaba una eternidad. A continuación se lavó la cara con agua fría hasta que desaparecieron las náuseas. Se sentó a descansar un instante y después se dirigió a su dormitorio a paso lento.

Le daba vueltas la cabeza. Se puso pantalones y un jersey grueso. Arrojó el camisón sobre la cama, demasiado avergonzada incluso para mirarlo mientras caía; sus sueños de una noche de placer destrozados de una forma tan violenta como inesperada. Reemplazó los zapatos rojos por unos mocasines marrones.

Se frotó las mejillas ruborizadas, se sentía como si su padre acabara de sorprenderla con la mano de un chico debajo del vestido. Eso ya había ocurrido en su vida, y probablemente había contribuido a su absoluta dedicación a su carrera en detrimento de todo lo demás. Tanta era la vergüenza que había pasado. Su padre le había llamado puta y le había dado tal paliza que no pudo ir a la escuela durante una semana. Ella había rezado para que nunca más tuviera que sentir tanta vergüenza. Hasta esta noche sus plegarias habían sido atendidas.

Se obligó a respirar con normalidad. Cuando regresó a la sala vio que Burton se había quitado la chaqueta y sobre la mesa había una cafetera. Ella miró la pistolera y su mortífero ocupante.

—Crema y azúcar, ¿no?

—Sí —contestó la mujer sin desviar la mirada.

Burton sirvió el café y ella se sentó.

—¿Qué le dijo Ti... Collin?

—¿De ustedes dos? Nada. No es de los tipos que hablan de esas cosas. Creo que está enamorado. Ha follado con su cabeza y su corazón. No está mal.

—Usted no entiende nada, ¿verdad? —exclamó Russell que se levantó como si le hubiese explotado un petardo debajo del culo.

—Hay algo que tengo muy claro —respondió Burton sin perder la calma—. Estamos a punto de caer al precipicio y ni siquiera se ve el fondo. Si quiere saber la verdad, me importa una mierda con quien se acuesta. No es por eso por lo que estoy aquí.

Russell volvió a sentarse y se obligó a beber el café. Ya no tenía el estómago tan revuelto. Burton se inclinó sobre la mesa y le cogió del brazo con toda la suavidad posible.

—Mire, señora. No voy a quedarme sentado aquí y meterle el rollo de que he venido porque me parece la mejor persona del mundo y quiero sacarla de este embrollo, y no hace falta que usted simule que me aprecia. Pero tal como yo lo veo, nos guste o no, estamos juntos en esto. Y la única manera de salir bien librados es trabajar en equipo. Éste es el trato que le ofrezco. —Burton se echó hacia atrás sin

dejar de mirarla.

Russell dejó la taza de café y se secó los labios con la servilleta.

—De acuerdo.

Burton volvió a inclinarse sobre la mesa.

—Sólo para dejar las cosas bien claras. El abrecartas todavía tiene las huellas dactilares del presidente y Christine Sullivan. Y la sangre de los dos. ¿Correcto?

—Sí.

—Cualquier fiscal daría un ojo de la cara por ese objeto. Tenemos que recuperarlo.

—Lo compraremos. Él quiere venderlo. En la próxima carta nos dirá cuánto quiere.

Burton la sorprendió por segunda vez. Puso un sobre en la mesa.

—El tipo es listo, pero en algún momento tendrá que decirnos dónde se hará la entrega.

Russell abrió el sobre, sacó la carta y la leyó. Estaba escrita en letra de imprenta como la anterior. El mensaje era breve:

Coordenadas llegarán pronto. Recomiendo avancen pasos para respaldo financiero. Para ese pago sugiero mitad siete cifras. Analizar bien consecuencias de cualquier fallo. Responder vía personales Post si interesados.

—Tiene un estilo bastante curioso, ¿verdad? Sucinto pero da en el clavo.

Burton sirvió más café. Después sacó otra de las fotos que Russell ansiaba recuperar con auténtica desesperación.

—Sabe cómo provocar, ¿no es así, señora Russell?

—Al menos da la impresión de estar dispuesto a negociar.

—Estamos hablando de mucho dinero. ¿Está preparada para eso?

—Deje eso de mi cuenta, Burton. El dinero no es un problema. —Recuperaba la arrogancia justo a tiempo.

—Supongo que no —asintió Burton—. Por cierto, ¿por qué diablos no dejó que Collin limpiara el abrecartas?

—No tengo por qué responder a eso.

—No, en realidad no, *madam* Presidenta.

Russell y Burton intercambiaron una sonrisa. Quizás ella se había equivocado. Burton era un grano en el culo, pero también era listo y precavido. Ahora comprendió que necesitaba esas cualidades más que la galante ingenuidad de Collin, incluso si iba acompañada de un cuerpo joven y vigoroso.

—Hay una pieza más del rompecabezas, jefa.

—¿Cuál es?

—Cuando llegue el momento de matar a este tipo, ¿se pondrá remilgada conmigo?

Russell se ahogó con el café y Burton tuvo que palmearle la espalda hasta que ella volvió a respirar con normalidad.

—Supongo que eso responde a mi pregunta.

—¿De qué diablos habla, Burton? ¿Matarlo?

—Sigue sin comprender lo que está pasando, ¿no? Pensaba que usted era una profesional brillante y astuta. Al parecer las torres de marfil ya no son lo que eran. O quizá necesita una pequeña dosis de sentido común. Deje que se lo explique de una forma bien sencilla. Ese tipo vio al presidente intentando matar a Christine Sullivan, a Sullivan intentando devolverle el favor, y a mí y a Collin haciendo nuestro trabajo liquidándola antes de que el presidente acabara ensartado como un pollo en el asador. ¡Un testigo ocular! Recuerde el término. Antes de que yo me enterara de la pequeña prueba que usted dejó atrás, pensaba que ya nos habían jodido. El tipo se las apaña para filtrar la historia y la bola comienza a rodar. Hay algunas cosas que no se pueden explicar, ¿verdad?

»Pero no ocurre nada —prosiguió Burton—, y yo supongo que estamos de suerte y el tipo tiene demasiado miedo como para dar la cara. Ahora descubro esta mierda del chantaje y me pregunto qué significa.

Burton miró a Russell para que le diera una respuesta.

—Significa que quiere dinero a cambio del abrecartas. Es su billete de lotería. ¿Qué otra cosa puede significar, Burton?

—No, significa que ese tipo se cachondea de nosotros —replicó el agente—. Nos viene con juegucitos. Significa que tenemos a un testigo ocular en alguna parte que cada vez es más atrevido, más aventurero. Además, sólo un profesional de verdad pudo abrir la caja fuerte de Sullivan. Así que no es de los que se asustan por nada.

—¿Y? Si conseguimos recuperar el abrecartas allá películas. —Russell comenzaba a vislumbrar dónde quería ir a parar Burton, pero todavía no lo tenía claro.

—Si no se queda con las fotos, que pueden acabar en la primera plana del *Post* cualquier día de éstos. Una foto ampliada de la palma del presidente en un abrecartas sacado del dormitorio de Christine Sullivan en la página uno. Material de primera para una serie de artículos muy interesantes. Base suficiente para que los periódicos comiencen a investigar. Incluso el más insignificante rumor de una relación entre el presidente y el asesinato de Sullivan, y esto se acabó. Desde luego diremos que el tipo está majara y que la foto es un montaje, y quizá nos salga bien. Pero que una de esas fotos aparezca en el *Post* me preocupa mucho menos que nuestro otro problema.

—¿Qué es? —Russell se sentó en el filo de la silla, la voz baja, casi ronca, como si intuyera algo muy terrible.

—Parece haber olvidado que este tipo vio todo lo que hicimos aquella noche. Todo. Cómo íbamos vestidos. Los nombres de todos. Cómo limpiamos el lugar, algo que estoy seguro todavía trae de cabeza a los polis. Él puede decirles cuándo llegamos y cuándo nos fuimos. Él puede decirles que busquen en el brazo del presidente las huellas de una herida de arma blanca. Él puede decirles cómo sacamos una bala de la pared y dónde estábamos cuando disparamos. Él puede decirle todo lo

que quieren saber. Y cuando lo haga, primero pensarán que lo sabe todo de la escena del crimen porque estaba allí y es el hombre que apretó el gatillo. Pero después los polis se darán cuenta de que no lo hizo un hombre solo. Se preguntarán cómo sabe todas las otras cosas. Algunas son imposibles de inventar y ellos las verificarán. Investigarán sobre todos aquellos pequeños detalles que no tienen sentido, pero que este tipo puede explicar.

Russell se levantó, fue hasta el bar y se sirvió una copa de whisky. También sirvió otra para Burton. Pensó en lo que el agente había dicho. El hombre lo había visto todo. Incluso a ella y a un presidente borracho perdido haciendo el amor. Intentó borrar la imagen de su cabeza.

—¿Qué necesidad tiene de aparecer después de cobrar?

—¿Quién dice que aparecerá? Puede hacerlo a distancia. Morirse de risa mientras va al banco y hunde una presidencia. Caray, puede escribirlo todo y mandarlo por fax a los polis. Tendrán que investigar y quién nos dice que no encontrarán alguna cosa. Si encuentran alguna prueba física en aquel dormitorio, pelos, saliva, semen, lo único que necesitan es un cuerpo para compararla. Antes no tenían ningún motivo para mirar hacia nosotros, pero ahora ¿quién lo sabe? Si piden una prueba del ADN de Alan Richmond estamos muertos. Muertos. ¿Y qué más da que el tipo no se presente voluntariamente? —añadió el agente—. El detective que lleva el caso no es ningún tonto. El instinto me dice que, con tiempo, acabará por encontrar al hijo de puta. Y un tipo enfrentado a pasar el resto de su vida en la cárcel o condenado a muerte hablará hasta por los codos. Créame, lo he visto infinidad de veces.

Russell se estremeció. Las palabras de Burton eran lógica pura. El presidente había estado muy seguro. Ninguno de los dos había considerado estas posibilidades.

—Además, no sé usted, pero yo no pienso pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro a ver cuándo cae el hacha.

—Pero ¿cómo podemos encontrarlo?

A Burton le resultó divertido ver cómo la jefa de gabinete había aceptado sus planes casi sin discusión. Al parecer, el valor de una vida no significaba mucho para esta mujer cuando estaba en juego el propio bienestar. No había esperado menos.

—Antes de saber lo de las cartas, pensaba que no teníamos ninguna oportunidad. Pero si quiere cobrar el dinero del chantaje tendrá que fijar un punto de encuentro. Allí es donde será vulnerable.

—Pero le bastará con pedir una transferencia. Si lo que usted dice es cierto, ese tipo es demasiado listo como para buscar una maleta llena de dinero en un contenedor de basura. Y no sabremos dónde estará el abrecartas hasta mucho después de que se haya ido —rebatía la mujer.

—Quizá sí, quién sabe. Deje que yo me preocupe de ese tema. Lo más urgente ahora es que le dé largas al tipo. Si quiere cerrar el trato en dos días, usted diga cuatro. Lo que escriba en los anuncios personales lo dejo de su cuenta, profesora, pero que parezca sincero. Necesito que me consiga un poco de tiempo. —Burton se

levantó. Ella le sujetó del brazo.

—¿Qué va usted a hacer?

—Cuanto menos sepa mejor. Pero ¿tiene claro que si este asunto revienta nos hundimos todos, incluido el presidente? En este momento no hay nada que yo pueda o quiera hacer por evitarlo. A lo que a mí respecta, los dos se lo merecen.

—No se anda con rodeos.

—No sirve para nada. —Se puso el abrigo—. Por cierto, ¿es consciente de que Richmond le dio a Christine Sullivan una paliza de cuidado? Por el informe de la autopsia parece que intentó retorcerle el cuello como a una gallina.

—Creo que sí. ¿Tiene alguna importancia?

—Usted no tiene hijos, ¿verdad?

Russell sacudió la cabeza.

—Yo tengo cuatro. Dos hijas, no mucho más jóvenes que Christine Sullivan. Como padre, uno piensa en cosas como ésas. Seres queridos en manos de algún cretino. Sólo quería advertirle qué clase de sujeto es su jefe. Si alguna vez el tipo se pone cachondo, quizá más le valga pensárselo dos veces.

Burton se fue y Russell se quedó sentada en la sala pensando en su vida destrozada.

Mientras subía al coche, Burton se tomó un momento para encender un cigarrillo. Desde hacía unos días, se dedicaba a repasar los últimos veinte años de su vida. El precio que pagaba por preservarlos se estaba volviendo astronómico. ¿Valía la pena? ¿Estaba dispuesto a pagarlo? Podía ir a la poli. Contarles todo. Desde luego, su carrera se habría acabado. Los polis le acusarían de obstrucción a la justicia, conspiración para cometer asesinato, quizás una acusación de homicidio involuntario por matar a Christine Sullivan y algunas cosillas más. Pero todo sumaría. Incluso si llegaba a un arreglo tendría que cumplir una condena bastante larga. Pero lo soportaría. También estaba dispuesto a soportar el escándalo. Toda la mierda que escribirían en los periódicos. Pasaría a la historia como un criminal. Estaría unido para siempre a la corrupta administración Richmond. Y sin embargo era capaz de soportarlo todo si se daba el caso. Lo que el duro Bill Burton no podría soportar sería la mirada de sus hijos. Nunca volvería a ver en sus ojos el respeto y el amor que le profesaban. Y la absoluta y total confianza en que su papá, este hombre grande como una montaña, era, sin lugar a dudas, uno de los buenos. Esto era algo demasiado duro, incluso para él.

Éstos eran los pensamientos que le llenaban la cabeza desde la conversación con Collin. Una parte de él deseaba no haber preguntado. No haberse enterado del intento de chantaje. Porque eso le habría dado una oportunidad. Y las oportunidades iban siempre acompañadas de elecciones. Burton ya había hecho la suya. No estaba orgulloso de la misma. Si las cosas funcionaban según el plan, haría todo lo posible para olvidar que hubiera ocurrido alguna vez. ¿Y si las cosas no funcionaban? Bueno, mala suerte. Pero si él caía, también caerían todos los demás.

Este pensamiento provocó otra idea. Burton abrió la guantera. Sacó una minigrabadora y un puñado de casetes. Miró hacia la casa mientras daba una chupada al cigarrillo.

Puso el coche en marcha. Mientras pasaba por delante de la casa de Gloria Russell pensó que las luces permanecerían encendidas mucho tiempo.

Laura Simon estaba a punto de renunciar a cualquier esperanza de dar con alguna

pista.

La furgoneta había sido espolvoreada por dentro y por fuera en busca de huellas digitales. Incluso habían traído un láser especial de la jefatura de la policía estatal en Richmond, pero cada vez que encontraban una huella, correspondía a la de algún otro. Alguien que ya conocían. Laura se sabía de memoria las huellas de Pettis. El pobre tenía todos arcos, una de las composiciones de huellas más raras, además de una pequeña cicatriz en el pulgar, lo que de hecho había permitido arrestarlo años atrás por robar un coche. Los ladrones con cicatrices en las yemas de los dedos eran un regalo del cielo para los técnicos en identificación de huellas.

Las huellas de Budizinski habían aparecido porque había metido un dedo en disolvente y después lo había apretado contra un trozo de contrachapado que había en la parte de atrás de la furgoneta, una huella tan perfecta como si se la hubiese tomado ella misma.

En total había encontrado cincuenta y tres huellas, pero no le servía ninguna. Se sentó en el centro de la zona de carga y observó cariacontecida el interior. Había repasado todos los lugares posibles donde se pudiera encontrar una huella. Había revisado cada hueco y recoveco del vehículo con el láser portátil y ya no se le ocurría dónde más mirar.

Por enésima vez repasó en la imaginación los movimientos de los hombres cargando la furgoneta, conduciéndola —el espejo retrovisor era el lugar ideal para encontrar huellas—, moviendo el equipo, levantando los bidones, arrastrando las mangueras, abriendo y cerrando las puertas. Para complicar todavía más las cosas, las huellas tendían a desaparecer con el paso del tiempo, según las características de la superficie donde estaban y las condiciones ambientales. El calor y la humedad eran los mejores conservantes, el tiempo frío y seco, el peor.

Abrió la guantera y examinó otra vez el contenido. Cada objeto había sido inventariado y espolvoreado. Pasó las hojas del libro de mantenimiento del vehículo. Las manchas rojizas en el papel le recordaron que hacía falta pedir más reactivos para el laboratorio. Las páginas estaban muy ajadas, aunque la furgoneta había tenido pocas averías en los tres años de uso. Al parecer, la compañía era partidaria de un programa de mantenimiento riguroso. Cada entrada llevaba las iniciales del responsable y la fecha. La compañía tenía sus propios mecánicos.

Mientras pasaba las páginas, le llamó la atención una entrada. Todas llevaban las iniciales de G. Henry o H. Thomas, ambos mecánicos de la Metro. Esta entrada tenía al lado las iniciales J. P. Jerome Pettis. La nota indicaba que había bajado el nivel de aceite de la furgoneta y le habían añadido dos litros. Todo muy rutinario excepto que la fecha correspondía al día que habían limpiado la casa de los Sullivan.

Simon respiró un poco más rápido mientras cruzaba los dedos y se apeaba de la

furgoneta. Abrió el capó y comenzó a mirar el motor. Alumbró con el láser de aquí para allá y la encontró en menos de un minuto. Una huella aceitosa plantada en el costado del depósito de agua del limpiaparabrisas. El lugar lógico para apoyar la mano cuando había que abrir o cerrar el tapón del aceite. Y una ojeada le dijo que no era de Pettis. Tampoco era de cualquiera de los dos mecánicos. Cogió la tarjeta con las huellas de Budizinski. Estaba segura de que no era de él y acertó. Espolvoreó y recogió la huella, relleno la tarjeta y corrió hacia la oficina de Frank. Le encontró con el abrigo y el sombrero puestos, prendas que se quitó en el acto.

—Estás de coña, Laura.

—¿Quieres hacer el favor de llamar a Pettis a ver si recuerda si Rogers añadió el aceite aquel día?

Frank llamó a la compañía de limpieza, pero Pettis ya se había marchado. En su casa nadie atendió el teléfono.

Simon miró la tarjeta con la huella como si fuese la joya más valiosa del mundo.

—Déjalo. La pasaré por nuestros archivos. Me quedaré toda la noche si es necesario. Podemos pedirle a Fairfax que nos dé acceso al AFIS de la policía estatal, nuestra terminal no funciona. —Simon se refería al sistema automático de identificación de huellas digitales instalado en Richmond, donde las huellas encontradas en la escena del crimen se comparaban con las registradas en la base de datos del estado.

—Creo que tengo algo mejor —afirmó Frank.

—¿A qué te refieres?

Frank sacó una tarjeta del bolsillo, cogió el teléfono y marcó un número.

—El agente Bill Burton, por favor.

Burton recogió a Frank y juntos fueron al edificio Hoover del FBI, ubicado en la avenida Pennsylvania. La mayoría de los turistas conocen este edificio mastodóntico y bastante feo que forma parte de las visitas obligadas de la capital federal. Allí funciona el Centro Nacional de Información Criminal, un sistema de información computarizada que maneja catorce bases de datos y dos subsistemas, y que en su conjunto es la mayor base de datos sobre criminales conocidos que funciona en el mundo. El Sistema de Identificación Automática (SIA) que forma parte del CNIC es una herramienta fundamental para el trabajo de la policía. Con decenas de millones de huellas digitales en la memoria, las posibilidades de identificar las que le interesaban a Frank eran muy altas.

Después de dejar la tarjeta en manos de los técnicos del FBI —que tenían instrucciones precisas de procesar este encargo con la mayor urgencia posible—. Burton y Frank tomaron un café junto a la máquina que había en el vestíbulo.

—Esto tardará un poco, Seth. El ordenador dará un montón de probables. Los técnicos tendrán que hacer la identificación a mano. Me quedaré aquí y le avisaré en cuanto sepamos algo positivo —dijo Burton.

Frank miró la hora. Su hija menor participaba en una obra escolar que comenzaba

dentro de cuarenta minutos. Sólo hacía de vegetal, pero ahora mismo era la cosa más importante del mundo para su pequeña.

—¿Está seguro?

—Sólo déjeme un número de teléfono donde pueda localizarle.

Frank se lo dio y se marchó deprisa. La huella podía resultar no ser nada, la de un empleado de alguna gasolinera, pero algo le decía que éste no era el caso. Christine Sullivan llevaba muerta bastante tiempo. Los rastros tan fríos por lo general se mantenían tan fríos como la víctima enterrada a un metro ochenta de profundidad, el metro ochenta más largo al que todos se enfrentarían alguna vez. Pero un rastro frío podía volverse de pronto en una cosa ardiente; si después se apagaba estaría por verse. Por ahora, Frank disfrutaría del calor. Sonrió, y no sólo porque pensaba en su hija de seis años corriendo por el escenario disfrazada de pepino.

Burton le miró marcharse. Él también sonreía pero por un motivo muy diferente. El FBI utilizaba un factor de fiabilidad superior al noventa por ciento cuando procesaba las huellas a través del SIA. Esto significaba que el sistema daría como mucho dos probabilidades, y casi seguro una. Además, Burton había obtenido una prioridad de búsqueda superior a la que le había dicho a Frank. Todo esto le permitiría ganar tiempo, un tiempo precioso.

Unas horas más tarde, Burton miraba un nombre que le era totalmente desconocido.

Luther Albert Whitney.

Fecha de nacimiento 5/8/29. También figuraba el número de la Seguridad Social; los tres primeros dígitos eran 179, que correspondían a Pennsylvania. Según la descripción física, Whitney medía un metro setenta de estatura, pesaba sesenta y cinco kilos, y tenía una cicatriz de cinco centímetros en el antebrazo izquierdo. Esto cuadraba con la descripción de Rogers que había dado Pettis.

Por medio de la base de datos del Índice de Identificación Interestatal del CNIC, Burton también había conseguido una buena composición del pasado del hombre. El informe consignaba tres condenas por robo. Luther Whitney tenía antecedentes en tres estados diferentes. Había estado en la cárcel mucho antes, y había salido en libertad a mediados de los 70. Nada más desde entonces. Al menos nada que supieran las autoridades. Burton había conocido a otros hombres como él. Eran auténticos profesionales que cada vez eran mejores en su actividad. Estaba seguro de que Whitney era uno de éstos.

Una pega, la última dirección conocida correspondía a Nueva York y era de veinte años atrás.

Burton escogió el camino más fácil. Fue a la cabina de teléfonos del vestíbulo y se hizo con todas las guías de teléfono de la región. Primero probó con el distrito capital: no encontró nada. Después intentó Virginia Norte. Había tres Luther Whitney en el listín. La siguiente llamada telefónica fue a la policía estatal de Virginia, donde tenía un contacto. Se consultaron por ordenador los archivos de la dirección de

Tráfico. Dos de los Luther Whitney tenían veintitrés y ochenta y cinco años respectivamente. Sin embargo, el Luther Whitney del 1645 East Washington Avenue, Arlington, había nacido el 5 de agosto de 1929, y el número de la Seguridad Social, utilizado en Virginia como número del carné de conducir, confirmaba que era el hombre. Pero ¿era Rogers? Había una manera de averiguarlo.

Burton sacó su libreta. Frank había sido muy amable al dejarle leer el expediente de la investigación. El teléfono sonó tres veces y a la cuarta respondió Jerome Pettis. Sin precisar mucho, Burton se hizo pasar como alguien de la oficina de Frank, y formuló la pregunta. Durante los cinco segundos siguientes, Burton intentó controlar los nervios mientras escuchaba el jadeo del hombre al otro extremo de la línea. La respuesta bien valió la corta espera.

—Caray, así es. El motor casi se agarrotó. Alguien había dejado flojo el tapón del aceite. Le dije a Rogers que lo hiciera porque estaba sentado sobre la lata de aceite que llevábamos en la parte de atrás.

Burton le dio las gracias y colgó. Miró la hora. Todavía disponía de tiempo antes de dejarle a Frank el mensaje. A pesar de las constancias cada vez mayores, Burton no tenía la certeza absoluta de que Whitney hubiera sido el tipo de la caja fuerte, pero el instinto le decía que Whitney era el hombre. Y aunque no había ningún motivo para que Luther Whitney hubiese vuelto a su casa después del asesinato, Burton quería conocer mejor al tipo y quizás encontrar alguna pista sobre el lugar donde había ido. La mejor manera de hacerlo era visitar la casa donde vivía. Antes que lo hiciera la policía. Marchó a paso rápido a buscar el coche.

El tiempo volvía a ser frío y lluvioso mientras la madre Naturaleza se entretenía en jugar con la ciudad más poderosa del planeta. Los limpiaparabrisas hacían todo lo posible por quitar el agua del cristal. Kate no tenía muy claro por qué estaba allí. Había visitado el lugar sólo una vez en todos estos años. En aquella ocasión se había quedado en el coche mientras Jack entraba a verle. A decirle que él y la única hija de Luther iban a casarse. Jack había insistido, a pesar de las protestas de ella en el sentido de que al hombre le importaba un pimiento. Al parecer, se había equivocado. Él había salido a la galería, le había mirado, sonriente, e incluso había insinuado un movimiento como si quisiera acercarse a ella. Con ganas de felicitarla, pero sin saber muy bien cómo hacerlo dadas las circunstancias tan peculiares. Él había estrechado la mano de Jack, le había dado una palmada en la espalda, y después había vuelto a mirarla como si diera la aprobación.

Ella había mantenido la mirada al frente, los brazos cruzados, hasta que Jack volvió al coche y se marcharon. Por el espejo lateral había visto la pequeña figura mientras se alejaban. Parecía mucho más pequeño de lo que recordaba, casi diminuto. En la memoria, su padre siempre sería un monolito enorme que encarnaba todo lo que ella odiaba y temía en el mundo, que llenaba todo el espacio a su alrededor y le quitaba la respiración con su tamaño sobrecogedor. Aquella criatura era una ficción, pero se negaba a reconocerlo. Pero si bien no había querido tratar nunca más con

aquella imagen, fue incapaz de desviar la mirada. Durante más de un minuto, a medida que el coche aceleraba, mantuvo los ojos en el reflejo del hombre que le había dado la vida para después quitársela junto con la de la madre con una finalidad brutal.

A medida que el coche se alejaba, él había continuado mirándola, con una mezcla de tristeza y resignación en las facciones que la sorprendió. Pero Kate la racionalizó, la atribuyó a otra de sus tretas para hacerle sentirse culpable. Ninguna de sus acciones merecía una calificación benigna. Era un ladrón. No tenía ningún respeto a la ley. Un bárbaro en una sociedad civilizada. En él no existía la sinceridad. Entonces doblaron en la siguiente esquina y la imagen desapareció bruscamente, como si hubiesen dado un tirón a un hilo imaginario que la sujetaba.

Kate aparcó en el camino de entrada. La casa estaba a oscuras. El reflejo de los faros en el maletero de un coche aparcado delante le molestaba en los ojos. Apagó las luces, respiró hondo para calmar los nervios y abandonó el coche.

La nevada había sido escasa, y los pocos restos que quedaban crujieron bajo sus pies mientras avanzaba hacia la puerta. La temperatura prometía heladas durante la noche. Apoyó una mano en el costado del coche para no perder el equilibrio mientras caminaba. Aunque no esperaba encontrar al padre en casa, ella se había peinado con esmero, se había puesto uno de los trajes que sólo usaba en los juicios e incluso se había maquillado un poco más de lo habitual. A su manera, ella había triunfado, y si se daba la ocasión de verse las caras, deseaba demostrarle que, a pesar del abandono paterno, además de sobrevivir había prosperado.

La llave seguía en el mismo lugar donde Jack le había dicho que la encontraría hacía ya muchos años. Resultaba irónico que un ladrón consumado dejara su propiedad tan accesible. Abrió la puerta y entró despacio, sin advertir la aparición de un coche que se detuvo al otro lado de la calle o fijarse en el conductor que la miraba atentamente y que ya había escrito el número de su matrícula.

La casa tenía el olor a moho típico de un lugar abandonado hacía tiempo. En ocasiones, ella se había imaginado cómo sería la casa por dentro. Había imaginado un lugar limpio y ordenado y no estaba desencaminada.

Se sentó en una silla de la sala a oscuras, sin darse cuenta de que era la favorita de su padre e ignorante de que Luther había hecho lo mismo cuando había visitado su apartamento.

La foto estaba sobre la repisa de la chimenea. Tendría unos treinta años. Kate, en los brazos de su madre, abrigada de pies a cabeza, sólo unos cabellos negros visibles debajo del casquete rosa; había nacido con mucho pelo. Su padre, el rostro sereno y con sombrero, estaba junto a la madre y la hija; la mano musculosa acariciaba los dedos de Kate.

La madre de Kate había conservado aquella foto sobre el tocador hasta que murió. Kate la había tirado el día del funeral, mientras maldecía la intimidad entre padre e hija que reflejaba la imagen. La había tirado inmediatamente después de que el padre

se presentara en la casa donde ella le había atacado con una furia que se había hecho cada vez más descontrolada a medida que él no respondía, no contraatacaba, sino que se limitaba a aceptar los improperios. Y cuanto más callado había estado él, más furiosa se había puesto ella hasta abofetearlo, con las dos manos, hasta que intervinieron otros y la apartaron. Y sólo entonces su padre se había puesto el sombrero, había dejado sobre la mesa las flores que había traído y, con el rostro inflamado por las bofetadas y los ojos llenos de lágrimas, se había marchado, cerrando la puerta con mucha discreción.

Ahora, sentada en la silla del padre, Kate pensó que también él había sufrido aquel día. Había sufrido por una mujer a la que aparentemente había amado durante buena parte de su vida y que desde luego le había querido. Sintió un nudo en la garganta y se apresuró a contenerlo con la presión de los dedos.

Se levantó para recorrer la casa. Espiaba en las habitaciones y se apartaba, cada vez más nerviosa a medida que se adentraba en los dominios de su padre. La puerta del dormitorio estaba entreabierta, y por fin se decidió a abrirla del todo. Al entrar se arriesgó a encender la luz, y mientras sus ojos se acomodaban al cambio se fijó en la mesa de noche. Se acercó y acabó por sentarse en la cama.

La colección de fotos era, en esencia, un pequeño relicario dedicado a ella. Desde el nacimiento en adelante, allí estaba recapitulada toda su vida. Cada noche cuando su padre se iba a dormir ella era lo último que veía. Pero lo que le sorprendió más fueron las fotos de mayor. Las de su graduación en el instituto y en la facultad de Derecho. Desde luego su padre no había sido invitado a ninguno de estos acontecimientos, pero allí estaban registrados. Ninguna de las fotos era estática. Aparecía caminando, saludando a alguien o sola sin darse cuenta de la presencia de la cámara. Miró la última foto. Bajaba las escaleras del palacio de justicia de Alexandria. Su primer día en los tribunales, comida por los nervios. Un caso de hurto, una nimiedad para el tribunal general del distrito, pero la sonrisa en su rostro proclamaba la victoria total.

Se preguntó cómo era que no le había visto. Y entonces pensó que quizá sí se había dado cuenta de su presencia pero se había negado a admitirlo.

La reacción inmediata fue de enojo. Su padre la había estado espiando todos estos años. En todos los momentos especiales de su vida. Los había violado. La había violado con su presencia furtiva.

La segunda reacción fue más sutil. Y al tomar conciencia de la misma se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

Ése fue el momento en que topó con el gigante.

—Le ofrezco disculpas una vez más, señora. No pretendía asustarla.

—¿Asustarme? Casi me da un síncope. —Kate se sentó en el borde de la cama. Intentó dominar los nervios, controlar los temblores, pero el frío en la habitación no ayudaba.

—Perdone, pero ¿por qué el servicio secreto está interesado en mi padre?

Miró a Bill Burton con algo parecido al miedo en los ojos. Al menos él lo

interpretó como miedo. La había observado en el dormitorio mientras intentaba hacer una rápida valoración de los motivos, de los propósitos a partir de los sutiles movimientos corporales. Una habilidad desarrollada a lo largo de años de observar multitudes en busca de una o dos personas que pudieran representar un peligro auténtico. La conclusión: padre e hija distanciados. Por fin ella había venido a buscarlo. Las cosas comenzaban a aclararse, y quizá de una forma muy favorable para él.

—No estamos muy seguros, señora Whitney. Pero la policía del condado de Middleton lo tiene clarísimo.

—¿Middleton?

—Sí, señora. Sin duda está enterada del asesinato de Christine Sullivan. —No agregó nada más a la espera de una reacción. Recibió la esperada. La incredulidad más total.

—¿Piensa que mi padre está mezclado en ese asunto? —Era una pregunta legítima, y no formulada a la defensiva. Burton la consideró importante y también favorable al plan que había comenzado a elaborar en cuanto la vio.

—Es lo que piensa el detective a cargo del caso. Al parecer su padre, como miembro de un equipo de limpiadores de alfombras, y con un nombre falso, estuvo en la casa de los Sullivan poco antes del asesinato.

Kate contuvo la respiración. ¿Su padre limpiando alfombras? Desde luego, había estado recogiendo información como había hecho muchas veces antes. Nada había cambiado. Pero ¿asesinato?

—No puedo creer que haya matado a esa mujer.

—De acuerdo, pero considera posible que intentara robar aquella casa, ¿no es así, señora Whitney? Me refiero a que no es la primera vez ni la segunda.

Kate se miró las manos. Después sacudió la cabeza.

—La gente cambia, señora. No sé lo unidos que estaban ustedes en los últimos tiempos —Burton no pasó por alto el estremecimiento en el rostro de la muchacha—, pero las pruebas sugieren que estuvo involucrado. Y la mujer está muerta. Usted ha conseguido condenas con menos pruebas.

—¿Cómo sabe quién soy? —Kate le miró con suspicacia.

—Veo a una mujer que se cuele en la casa de un hombre buscado por la policía y hago lo que hace cualquier agente de la ley, paso el número de matrícula por el ordenador. Su reputación la precede, señora Whitney. La policía del estado la pone por las nubes.

—No está aquí. —Kate miró la habitación—. Por lo que parece lleva tiempo sin venir.

—Sí, señora, lo sé. Por alguna casualidad no sabe dónde está, ¿verdad? ¿Ha intentado ponerse en contacto con usted?

Kate pensó en Jack y su visitante nocturno.

—No. —La respuesta fue demasiado rápida para el gusto de Burton.

—Le convendría entregarse voluntariamente, señora Whitney. Si se encuentra con uno de esos polis a los que les gusta apretar el gatillo... —El agente enarcó las cejas en un gesto muy expresivo.

—No sé dónde está, señor Burton. Mi padre y yo... llevábamos distanciados... mucho tiempo.

—Pero ahora está aquí y sabía dónde guardaba una llave auxiliar.

—Ésta es la primera vez que pongo los pies en esta casa —replicó Kate, con la voz un poco más aguda.

Burton observó la expresión y comprendió que decía la verdad. El desconocimiento de la casa era una prueba de la afirmación y también de que estaban distanciados.

—¿Tiene manera de ponerse en contacto con él?

—¿Por qué? No quiero verme involucrada en esto, señor Burton. —Bueno, creo que, hasta cierto punto, ya lo está. Le convendría colaborar.

Kate se levantó y cogió el bolso.

—Escuche, agente Burton, no me venga con faroles. Llevo muchos años en este negocio. Si la policía quiere perder su tiempo interrogándome, figuro en la guía telefónica. En las páginas de abogados de la mancomunidad. Hasta la vista.

Caminó hacia la puerta.

—¿Señora Whitney?

Ella dio media vuelta, preparada para la discusión. Perteneciera o no al servicio secreto no pensaba aguantar más tonterías de este tipo.

—Si su padre cometió un asesinato, entonces tendría que ser juzgado por un jurado y condenado. Si es inocente saldrá libre. Así es como funciona el sistema. Lo sabe mejor que yo.

Kate estaba a punto de responder cuando miró las fotos. Su primer día en los juzgados. Le pareció que había pasado un siglo desde entonces y con más cosas de las que estaba dispuesta a admitir. Aquella sonrisa, los sueños del principio, la perfección como única meta. Hacía mucho tiempo que había vuelto a la realidad.

La réplica cortante que iba a darle al agente se perdió en la sonrisa de una mujer joven con toda una vida por delante.

Bill Burton la observó marcharse en silencio. Miró por un segundo las fotos y después el umbral vacío.

Joder, Bill, no tendría que haberlo hecho. Dijo que no se entrometería en la investigación. Coño, tendría que meterlo en la cárcel. Eso le haría quedar de maravilla con su jefe. —Seth Frank cerró el cajón de un golpe y se levantó, furioso con el hombretón que tenía delante.

Bill Burton dejó de pasearse arriba y abajo y se sentó. Ya esperaba la bronca.

—Tiene razón, Seth. Pero, caray, fui poli durante mucho tiempo. Usted no estaba disponible. Me acerqué hasta allí sólo para echar una ojeada. Vi a una tía que entraba. ¿Usted qué hubiese hecho?

Frank no respondió.

—Mire, Frank, puede darme una patada en el culo, pero se lo digo, compañero, esta mujer es nuestro comodín. Con ella cogeremos al tipo.

La expresión de Frank se relajó, poco a poco se calmó su furia.

—¿De qué habla?

—La chica es la hija. Su adorada hija. De hecho la única hija. Luther Whitney ha estado tres veces en la cárcel, es un ladrón profesional que al parecer mejoró con los años. La esposa acabó por divorciarse de él, no le soportaba más. Cuando comenzaba a rehacer su vida, se murió de cáncer.

Hizo una pausa.

—Continúe —le pidió Seth Frank que ahora era todo oídos.

—Kate Whitney se sintió destrozada por la muerte de la madre. A su modo de ver resultado de la traición del padre. Se sintió tan destrozada que rompió toda relación con su padre. No sólo eso, sino que se licenció en abogacía y después entró a trabajar como una de las fiscales de la mancomunidad, donde disfruta de la fama de ser implacable, sobre todo en los delitos contra la propiedad: robos, hurtos. Siempre pide la máxima para esos tipos. Y por lo general lo consigue.

—¿De dónde diablos consiguió toda esta información?

—Unas cuantas llamadas a las personas adecuadas. A la gente le gusta hablar de las desgracias ajenas, les hace sentir que sus propias vidas no son tan malas cuando en realidad no es así.

—¿Y de qué nos sirve todo este follón familiar?

—Seth, piense en las posibilidades. La chica odia a su viejo. Lo odia con O mayúscula y subrayada.

—Lo que propone es utilizarla de cebo. Pero ¿cómo lo hacemos si no tienen ningún trato?

—Ahí está la trampa. Según todas las versiones, el odio y el rencor son algo exclusivamente de ella. No de él. El padre la adora. La quiere más que nada en el mundo. Hasta tiene un maldito relicario de fotos de ella en el dormitorio. Se lo digo, el tipo está a punto para esto.

—Sí, y para mí es un sí muy grande, si ella está dispuesta a cooperar, ¿cómo se

pondrá en contacto con él? Desde luego, el tipo no va a estar pegado al teléfono de su casa esperando que le llamen.

—No, pero me juego la cabeza que escucha los mensajes. Tendría que ver la casa. El tipo es muy ordenado, todo está en su lugar, incluso debe pagar las facturas por anticipado. Y no tiene ni puñetera idea de que vamos a por él. Al menos por ahora. Seguro que escucha los mensajes una o dos veces al día. Como una medida de precaución.

—¿Así que ella le deja un mensaje, concierta un encuentro y nosotros le pillamos?

Burton se levantó, sacó dos cigarrillos del paquete y le dio uno al detective. Se tomaron un momento para encenderlos.

—Yo lo veo así, Seth. A menos que usted tenga una idea mejor. —Todavía tenemos que convencerla. Por lo que dice, ella no parece estar muy dispuesta.

—Pienso que debe hablar con ella. Sin que yo esté presente. Quizá fui demasiado duro. Tengo tendencia a propasarme.

—Lo haré mañana por la mañana. —Frank se puso el abrigo y el sombrero—. Escuche, Bill, no pretendía meterle una bronca.

—Claro que sí —replicó Burton, con una sonrisa—. Yo, en su lugar, hubiese hecho lo mismo.

—Le agradezco la ayuda.

—A mandar.

Seth se dirigió a la salida.

—Eh, Seth, un pequeño favor para un expoli plasta.

—¿De qué se trata?

—Invíteme al arresto. Quiero verle la cara cuando le pillen.

—Hecho. Le llamaré después de hablar con ella. Este poli se va a casa con la familia. Le recomiendo que haga lo mismo, Bill.

—En cuanto acabe de fumar me largo.

Frank se marchó. Burton acabó de fumar sin darse ninguna prisa y apagó la colilla en el resto de café que quedaba en el vaso de plástico.

Podía haber ocultado el nombre de Whitney. Decirle a Frank que el FBI no había podido identificar la huella. Pero hubiese sido una jugada peligrosa. Si Frank se enteraba, y el detective podía saberlo a través de un centenar de fuentes, Burton quedaría al descubierto. Sólo la verdad podría explicar el engaño, y eso era algo que no era posible. Además, Burton necesitaba a Frank para conocer la identidad de Whitney. El plan del agente secreto se basaba en que el policía encontrara al exconvicto. Encontrarlo, sí; arrestarlo, no.

Burton se puso el abrigo. Luther Whitney. El lugar equivocado, el momento equivocado, la gente equivocada. Bueno, al menos no se enteraría. Ni siquiera oiría el disparo. Habría muerto antes de que las sinapsis se lo avisaran al cerebro. Así estaban las cosas. Unas veces a favor y otras en contra. Ahora, si se le ocurría cómo dejar

segura la posición del presidente y de la jefa de gabinete podría irse a dormir tranquilo. Pero eso estaba fuera de su alcance.

Collin aparcó el coche calle abajo. Las pocas hojas multicolores que quedaban en los árboles cayeron suavemente sobre él arrastradas por la brisa. Iba vestido de modo informal: vaqueros, jersey de algodón y una cazadora de cuero. No había ningún bulto debajo de la cazadora. El pelo húmedo de la ducha. Los zapatos sin calcetines. Tenía el aspecto de un estudiante que va a la biblioteca para quedarse a estudiar hasta tarde, o dispuesto a irse de discotecas después de jugar el partido del sábado por la tarde.

Mientras caminaba hacia la casa comenzó a inquietarse. No esperaba la llamada. La voz de ella le había sonado normal, sin tensión ni enfado. Según Burton, se lo había tomado bastante bien dadas las circunstancias. Pero él sabía lo duro que Burton podía llegar a ser y esto le preocupaba. Haberle dejado ir a la cita en su lugar no había sido muy inteligente de su parte. Claro que había mucho en juego. Burton le había abierto los ojos.

Tocó el timbre, la puerta se abrió en el acto y él entró. Se volvió en el momento que se cerraba la puerta y allí estaba ella, vestida con un salto de cama blanco que era demasiado corto y demasiado ceñido en los puntos importantes. Gloria se puso de puntillas para besarle en los labios. A continuación, le cogió de la mano y le llevó hacia el dormitorio.

Ella le indicó con un ademán que se tendiera en la cama. De pie delante de Tim desató las cintas de la prenda transparente y dejó que cayera al suelo. Después se quitó las bragas. Él intentó levantarse, pero ella se lo impidió con delicadeza.

Se montó lentamente sobre el hombre, y pasó los dedos entre sus cabellos. Deslizó una mano sobre la bragueta y le rascó el pene con las uñas a través de la tela. Él casi gritó al sentir el miembro apretado por los pantalones. Una vez más él intentó tocarla pero Gloria le retuvo. Le desabrochó el cinturón y le quitó los vaqueros que cayeron al pie de la cama. Después le liberó el miembro que se alzó como un resorte y ella lo acogió entre las piernas, apretándolo muy fuerte entre los muslos.

Gloria le rozó los labios con los suyos y luego apoyó la boca contra la oreja.

—Tim, me deseas, ¿no es así? Estás loco por follarme, ¿verdad? Él respondió con un gemido y la sujetó por las nalgas, pero ella le apartó las manos en el acto.

—¿No es así?

—Sí.

—La otra noche yo también te deseaba. Y entonces apareció él. —Lo sé, y lo siento. Hablamos y...

—Sí, me lo dijo. Me comentó que no le dijiste nada sobre nosotros. Que eres un caballero.

—No era asunto suyo.

—Así es, Tim. No era asunto suyo. Y ahora quieres follarme, ¿verdad?

—Sí, Gloria, sí.

—Tanto que no aguantas más.

—Estoy a punto de reventar, te lo juro, a punto de reventar.

—Follas tan bien, Tim, follas tan bien.

—Venga, cariño, venga. Está vez será increíble.

—Lo sé, Tim. No hago otra cosa que pensar en hacer el amor contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Collin sentía tanto dolor que se le saltaban las lágrimas. Ella le lamió las lágrimas, casi con ganas de echarse a reír.

—¿Y estás seguro de que me deseas? ¿Absolutamente seguro?

—¡Sí!

Collin lo presintió antes de que la mente registrara el hecho. Fue como una ráfaga de viento helado.

—Vete.

Lo dijo sin prisa, con premeditación, como si lo hubiese ensayado hasta conseguir el tono preciso, la inflexión correcta. Ella se apartó pero sin dejar de apretarle el miembro hasta que se escapó entre las rodillas.

—Gloria.

Recibió el golpe de los vaqueros en la cara mientras permanecía tumbado en la cama. Cuando los apartó, ella se había tapado con una bata.

—Sal de mi casa. Ahora.

Él se vistió a la carrera, avergonzado, ante la mirada de Gloria. Ella le siguió hasta la puerta principal, la abrió y en el momento en que él ya salía le dio un empujón y cerró dando un portazo.

Collin miró atrás por un instante; se preguntó si ella reía o lloraba detrás de la puerta o permanecía impasible. No había pretendido hacerle daño. Era obvio que la había avergonzado. No tendría que haberlo hecho de aquella manera. Ella, desde luego, se había vengado de la vergüenza, llevándole hasta el umbral de la eyaculación, manipulándole como si se tratara de un experimento de laboratorio, para después dejarle con un palmo de narices.

Pero mientras caminaba de regreso hacia el coche, el recuerdo de la expresión en el rostro de Gloria le hizo agradecer el final de su relación.

Por primera vez desde que trabajaba en la fiscalía de la mancomunidad, Kate llamó para decir que estaba enferma. Sentada en la cama y con la manta hasta el cuello, contemplaba el cielo gris a través de la ventana. Cada vez que había intentado levantarse, la imagen de Bill Burton aparecía ante ella como una enorme mole de granito que amenazaba con aplastarla.

Se deslizó por el colchón como si se metiera en una bañera de agua caliente, justo por debajo de la superficie donde no podía oír ni ver nada de lo que ocurría a su alrededor.

No tardarían en aparecer. Como le había pasado a su madre, tantos años atrás. Gente que entraba con prepotencia y hacía preguntas que la madre de Kate no podía responder. Buscaban a Luther.

Pensó en el estallido de Jack de la otra noche y cerró los ojos bien fuerte, en un intento por borrar las palabras.

Maldito.

Estaba cansada, nunca en ningún juicio se había cansado tanto. Y esto se lo había hecho él, como se lo había hecho a su madre. La había atraído a la telaraña a pesar de que ella no quería, le detestaba e incluso la destruiría si pudiese.

Se volvió a sentar, le faltaba el aire. Se apretó la garganta con los dedos, bien fuerte, para evitar otro ataque de angustia. Cuando se calmó, se puso de costado y miró la foto de su madre.

Él era lo único que le quedaba. Casi se echó a reír. Luther Whitney era su única familia. Que Dios se apiadara de ella.

Se acostó a esperar. A esperar que llamaran a la puerta. De madre a hija. Ahora era su turno.

En aquel momento, a sólo diez minutos de distancia, Luther repasaba una vez más el viejo recorte de periódico. Junto al codo tenía una taza de café. Al fondo se oía el zumbido del aparato de aire acondicionado. En la pantalla del televisor aparecía la CNN. Por lo demás, el cuarto estaba en absoluto silencio.

Wanda Broome había sido una amiga. Una buena amiga. Desde que se habían conocido por casualidad en una pensión de Filadelfia, después de que Luther cumpliera la última condena y Wanda su primera y única. Y ahora ella también había muerto. Se había quitado la vida, decía el periódico, tumbada en el asiento delantero de su coche con un puñado de pastillas en el estómago.

Para Luther esto ya era demasiado. Le parecía vivir en una pesadilla continua. Se despertaba y cuando se miraba en el espejo, las facciones cada vez más hundidas y grises, era consciente que de ésta no se libraría.

Resultaba una ironía, a la sombra de la trágica muerte de Wanda, que robar en la casa de los Sullivan hubiera sido idea de ella. Una idea triste y lamentable vista en retrospectiva, pero que había surgido de su fértil imaginación. Una idea a la que se había aferrado con uñas y dientes a pesar de las serias advertencias de su madre y de Luther.

Lo habían planeado y él lo había puesto en práctica. Así de sencillo. Además, él había querido hacerlo. Representaba un desafío, y un desafío combinado con una gran recompensa resultaba una tentación imposible de resistir.

¿Qué había sentido Wanda al ver que Christine Sullivan no bajaba de aquel avión? Y sin poder avisar a Luther que la costa no estaba tan despejada como creían.

Ella había sido amiga de Christine Sullivan. En eso había sido muy sincera. Un

recordatorio de la gente real en medio del sibaritismo de la vida de Walter Sullivan, donde todos no sólo eran hermosos, como lo había sido Christine Sullivan, sino educados, con buenas relaciones y muy sofisticados, cosas éstas que Christine Sullivan no era ni nunca sería. Y por esa amistad cada vez más íntima, Christine Sullivan le había dicho a Wanda cosas que nunca tendría que haber mencionado, incluido, finalmente, la existencia y el contenido de la caja fuerte detrás de la puerta espejo.

Wanda estaba convencida de que los Sullivan tenían tanto que no echarían a faltar tan poco. Luther sabía que el mundo no funcionaba así, y probablemente Wanda también, pero ahora eso ya no tenía importancia.

Después de toda una vida de penurias, donde siempre faltaba el dinero, Wanda había buscado el premio gordo. Como había hecho Christine Sullivan, y ninguna de las dos se había dado cuenta del precio que pagarían.

Luther había viajado a Barbados para transmitirle un mensaje a Wanda, pero ella ya se había marchado. Entonces le envió la carta a su madre. Sin duda, Edwina se la había dado. Pero ¿le había creído? Incluso en el caso afirmativo, habían sacrificado la vida de Christine Sullivan. Para Wanda, en su mentalidad, había sido un sacrificio a su codicia y el deseo de poseer a lo que no tenía derecho. Luther se imaginó esos pensamientos desfilando por la cabeza de su amiga mientras iba sola, en el coche, hasta aquel lugar desierto; mientras quitaba la tapa del frasco para sacar las pastillas; mientras se hundía en el sueño mortal.

Ni siquiera había podido asistir al funeral. No podía decirle a Edwina Broome lo mucho que lo sentía, sin correr el riesgo de arrastrarla a la pesadilla. Había estado tan unido a Edwina como lo había estado a Wanda, en algunas cosas quizá más. Edwina y él habían pasado muchas noches intentando disuadir a Wanda sin conseguirlo. Y sólo cuando ambos comprendieron que ella lo haría con o sin Luther, Edwina le pidió a Luther que cuidara de su hija. Que no dejara que la volvieran a llevar a la prisión.

Por fin buscó los anuncios personales del periódico y sólo tardó unos segundos en encontrar lo que quería. Lo leyó muy serio. Como Bill Burton, Luther no creía que Gloria Russell tuviese ninguna cualidad que la redimiera.

Rogó para que ellos creyeran que hacía esto únicamente por dinero. Cogió una hoja de papel y comenzó a escribir.

—Rastree la cuenta. —Burton estaba sentado delante de la jefa de gabinete en el despacho de ésta.

—Es lo que hago, Burton. —Russell volvió a colarse el pendiente mientras colgaba el teléfono.

Collin permanecía sentado en un rincón sin decir palabra. La jefa de gabinete no se había dado por enterada de su presencia aunque el joven había entrado con Burton hacía ya unos veinte minutos.

—¿Cuándo dijo que quería el dinero? —preguntó Burton.

—Si la transferencia no llega a la cuenta a la hora del cierre de las operaciones,

no habrá mañana para ninguno de nosotros. —Russell se fijó por un segundo en Collin y después en Burton.

—Mierda. —Burton se puso de pie.

—Pensaba que usted se ocupaba de esto, Burton —le reprochó Russell con una mirada de furia.

—¿Cómo entregará el paquete? —preguntó Burton sin hacer caso de la mirada.

—En el momento que reciba el dinero comunicará el lugar donde estará el objeto.

—¿Así que tenemos que confiar en él?

—Así es.

—¿Cómo sabe que usted recibió la carta? —Burton comenzó a pasearse arriba y abajo.

—La encontré en el buzón esta mañana. El reparto de correo en mi zona es por la tarde.

—¡En su buzón! —Burton se dejó caer sobre una silla—. ¿Quiere decir que estuvo delante mismo de su casa?

—Dudo mucho que hubiera confiado la entrega de este mensaje tan especial a cualquier otra persona.

—¿Cómo se le ocurrió mirar en el buzón?

—La bandera estaba levantada. —Russell casi sonrió.

—El tipo tiene cojones. Eso se lo reconozco, jefa.

—Al parecer mucho más grandes que cualquiera de ustedes dos. —La mujer remató el comentario con una larga mirada a Collin que, avergonzado, agachó la cabeza.

Burton sonrió para sí mismo ante el enfrentamiento. No pasaba nada, el chico se lo agradecería dentro de unas semanas. Por haberle salvado de las redes de la viuda negra.

—Ya nada me sorprende, jefa. Ya no. ¿Y a usted? —Miró primero a la mujer y después a Collin.

—Si no se hace la transferencia —señaló Russell, sin hacerle caso—, entonces podemos esperar que haga pública la información en cualquier momento. ¿Qué haremos al respecto?

La tranquilidad de la jefa del gabinete no era una farsa. Había decidido dejar de llorar, de vomitar cada vez que se acordaba, y que ya le habían herido y avergonzado para el resto de sus días. Lo que pudiese pasar a partir de ahora le traía un poco sin cuidado. Era una sensación agradable.

—¿Cuánto pide? —quiso saber Burton.

—Cinco millones.

—¿Y usted tiene tanto dinero? —exclamó Burton, atónito—. ¿Dónde?

—Eso no es asunto suyo.

—¿El presidente lo sabe? —Burton hizo la pregunta aunque sabía la respuesta.

—Eso tampoco es asunto suyo.

—Me parece bien —comentó Burton—. Respecto a la pregunta de antes, le diré que estamos haciendo algo. Yo en su lugar intentaría recuperar ese dinero. Cinco millones de dólares no le servirán de mucho a alguien que esté muerto.

—No se puede matar lo que no se encuentra —replicó Russell.

—Muy cierto, jefa, muy cierto. —Burton se acomodó en la silla y recapituló su conversación con Seth Frank.

Kate abrió la puerta ya vestida, convencida de que la entrevista se prolongaría si lo hacía en bata, y que parecería más vulnerable con cada nueva pregunta. Lo último que deseaba era parecer vulnerable, que era como se sentía ahora.

—No sé muy bien qué quiere de mí.

—Sólo información, nada más, señora Whitney. Sé que pertenece a la fiscalía y, créame, no me gusta hacerle pasar por esto, pero en este momento su padre es mi sospechoso número uno en un caso muy importante. —Frank le dirigió una mirada de preocupación.

Estaban sentados en la pequeña sala de estar. Frank había sacado su libreta. Kate se mantenía bien erguida en el filo del sofá intentando parecer tranquila, aunque la denunciaban sus dedos, que no dejaban de retorcer la cadena que le rodeaba el cuello.

—Por lo que me ha dicho, teniente, no tiene gran cosa. Si yo fuera el fiscal asignado al caso pensaría que no dispongo de motivos suficientes para pedir una orden de arresto, y mucho menos conseguir que aprobaran la orden de acusación.

—Quizá no, quién sabe. —Frank la miró jugar con la cadena. No estaba aquí para recoger información. Probablemente sabía más de su padre que ella. Pero debía conseguir que entrara en la trampa. Porque, cuanto más lo pensaba, más le parecía eso, una trampa. Para cazar a otro. Además, ¿a ella qué más le daba? En realidad le hacía sentirse mejor pensar que a ella no le importaba.

—Sin embargo, le citaré algunas coincidencias interesantes —añadió el teniente—. Encontramos una huella dactilar de su padre en el vehículo de la compañía de limpieza que sí sabemos que estuvo en la mansión de los Sullivan poco antes del asesinato. En realidad sabemos que él estuvo en la casa y en el dormitorio donde se cometió el asesinato, poco antes de que sucediera. Tenemos dos testigos. Además, su padre utilizó el alias, una dirección falsa y un número de la seguridad social también falso cuando solicitó el trabajo. Sin contar que ahora al parecer ha desaparecido.

—Tiene antecedentes —replicó Kate—. Es lógico suponer que no utilizó los datos auténticos por temor a que no le dieran el trabajo. Dice que ha desaparecido. ¿No se le ha ocurrido pensar que quizás esté de viaje? Incluso los expresidarios se toman vacaciones. —El instinto de abogado criminalista la había llevado automáticamente a defender al padre, algo increíble. Sintió un dolor agudo en la cabeza. Se frotó la sien.

—Otro descubrimiento interesante es que su padre era muy amigo de Wanda

Broome, la doncella personal y confidente de Christine Sullivan. Lo comprobé. Su padre y Wanda Broome tuvieron el mismo agente de libertad condicional en Filadelfia. Según algunas fuentes se mantuvieron en contacto durante todos estos años. Me jugaría el cuello a que Wanda conocía la existencia de la caja fuerte en el dormitorio.

—¿Y?

—Así que hablé con Wanda Broome. Era obvio que ella sabía más del tema de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Entonces, ¿por qué no habla con ella en lugar de estar sentado aquí? Quizás ella es la autora del crimen.

—En aquel momento se encontraba fuera del país. Hay un centenar de testigos para corroborarlo. —Frank hizo un pausa para carraspear—. Además, no puedo hablar con ella porque se suicidó. Dejó una nota diciendo que lo lamentaba.

Kate se levantó y miró sin ver a través de la ventana. Tenía la sensación de que algo helado le rodeaba.

Frank esperó unos segundos sin dejar de mirarla, al tiempo que se preguntaba cuáles serían sus emociones ante las evidencias contra la persona que le había dado la vida para después abandonarla. ¿Todavía le quedaba algo de amor? El detective esperaba que no. Al menos, lo deseaba desde el punto de vista profesional. Como padre de tres hijas, se preguntó si ese sentimiento desaparecería alguna vez, pasara lo que pasara.

—¿Señora Whitney, se siente bien?

Kate se apartó lentamente de la ventana y miró al policía.

—¿Podemos ir a alguna parte? Hace horas que no pruebo bocado y aquí no hay comida.

Acabaron en el mismo lugar donde Jack y Luther se habían encontrado. Frank comió con apetito, pero Kate ni probó su plato.

—Usted eligió el lugar —comentó Frank—. Pensé que le gustaba la comida. No es nada personal pero no le vendría mal engordar un poco.

—¿Así que también es consejero dietético? —replicó Kate con la sombra de una sonrisa en el rostro.

—Tengo tres hijas. La mayor tiene dieciséis años, pesa cincuenta kilos y jura que es obesa. Es casi tan alta como yo. Si no fuera porque tiene las mejillas sonrosadas diría que es anoréxica. Y mi esposa, caray, siempre está haciendo dieta. Para mí está preciosa, pero supongo que debe haber una figura ideal que todas las mujeres intentan conseguir.

—Todas excepto yo.

—Coma, por favor. Es lo que les digo a mis hijas todos los días. Coma.

Kate cogió el tenedor y consiguió comerse la mitad de la comida. Mientras ella bebía su té y Frank sostenía con las dos manos el tazón de café, la conversación volvió a Luther Whitney.

—Si piensa que tiene lo suficiente para detenerlo, ¿cómo es que todavía no lo ha hecho?

Frank sacudió la cabeza. Dejó sobre la mesa el tazón de café.

—Usted estuvo en su casa. Hace tiempo que no va por allí. Es probable que huyera inmediatamente después del crimen.

—Si él lo hizo. No tiene más que un montón de pruebas circunstanciales. Eso ni siquiera se aproxima a lo que se llama una duda razonable, teniente.

—¿Puedo hablarle con franqueza, Kate? Por cierto, ¿puedo llamarle Kate?

Ella asintió. Frank apoyó los codos en la mesa y la miró.

—Dejemos de lado tantas tonterías, y vayamos al grano. ¿Por qué le resulta tan difícil creer que su padre mató a la mujer? Le condenaron tres veces. Por lo que parece, siempre ha vivido rozando la ilegalidad. Le han interrogado una docena de veces por otros robos, aunque no pudieron probarle nada. Es un ladrón profesional. Usted sabe cómo son. La vida de los demás les importa una mierda.

Kate bebió un trago de té antes de contestar. ¿Un ladrón profesional? Claro que lo era. No tenía ninguna duda de que su padre había continuado robando durante todos estos años. Lo tenía metido en la sangre. Como un adicto a la cocaína. Incurable.

—No es un asesino —respondió en voz baja—. Puede robar a la gente, pero nunca hizo daño a nadie. No hace las cosas de esa manera.

¿Qué había dicho Jack exactamente? Su padre estaba asustado. Tenía tanto miedo que vomitaba. Nunca le había tenido miedo a la policía. Pero ¿y si había matado a la mujer? Quizás había sido un accidente, se había disparado el arma y la bala había acabado con la vida de Christine Sullivan. Todo podía haber pasado en cuestión de segundos. Sin tiempo para pensar. Sólo actuar. Para evitar ir a la prisión. Todo era posible. Si su padre había matado a la mujer, estaría asustado, aterrorizado, vomitaría.

Entre todo el dolor, el recuerdo más claro que tenía de su padre era su gentileza. Sus manos grandes rodeando las suyas. Era callado con las demás personas hasta el punto de parecer grosero. Pero con ella hablaba. No hablaba superficialmente como hacían la mayoría de adultos. Conversaba con ella de las cosas que eran interesantes para una niña pequeña. Las flores, los pájaros y los cambios de color repentinos en el cielo. Y de vestidos, cintas para el pelo y de dientes flojos que ella no dejaba tocar. Eran momentos breves y sinceros entre padre e hija, encajados entre la violencia súbita de las condenas, de la cárcel. A medida que se había hecho mayor, aquellas conversaciones habían perdido espontaneidad, en tanto que la ocupación del hombre detrás de las carantoñas y las manos grandes había dominado su vida, su perspectiva de Luther Whitney.

¿Cómo podía decir que este hombre no mataría?

Frank no pasó por alto el parpadeo. Allí había una brecha. Lo intuía. Se echó más azúcar en el café.

—¿Así que según usted es inconcebible que él haya matado a la mujer? Pensaba que ustedes dos no mantenían ningún contacto.

—No digo que sea inconcebible. Sólo digo que... —Sintió vergüenza. Había interrogado a centenares de testigos y ninguno se había comportado con tanta torpeza como ella.

Abrió el bolso y buscó el paquete de Benson & Hedges. Frank echó mano de los caramelos en cuanto vio los cigarrillos. Ella soltó el humo a un lado mientras miraba los caramelos.

—¿También intenta dejarlo? —preguntó con un tono comprensivo.

—Lo intento en vano. ¿Decía?

Kate dio otra calada al cigarrillo. La distracción le ayudó a serenar los nervios.

—Hace años que no veo a mi padre. No nos tratamos. Es posible que haya podido matar a la mujer. Cualquier cosa es posible. Pero eso no sirve en un juicio. Lo único que cuenta son las pruebas. Punto.

—Y nosotros intentamos disponer de todos los elementos para acusarle.

—¿Tienen alguna prueba física que lo relacione con la escena del crimen? ¿Huellas dactilares? ¿Testigos? ¿Alguna cosa así?

—No —respondió Frank, después de pensarlo por un instante.

—¿Han conseguido relacionar algo de lo robado con él?

—No.

—¿Qué dice el informe de balística?

—Nada. Un proyectil inservible y no tenemos el arma.

Kate se acomodó mejor en la silla, mucho más tranquila a medida que la conversación se centraba en el análisis legal del caso.

—¿Es lo único que tiene? —preguntó Kate con los ojos entrecerrados.

—Eso es todo —respondió Frank, que se encogió de hombros. Entonces, no tiene nada, detective. ¡Nada!

—Tengo mis instintos y mis instintos me dicen que Luther Whitney estuvo aquella noche en la casa y en el dormitorio. Lo que quiero saber es dónde está ahora.

—En eso sí que no puedo ayudarle. Se lo dije a su compañero la otra noche.

—Pero usted fue allí. ¿Por qué?

Kate se encogió de hombros. Había decidido no mencionar su conversación con Jack. ¿Ocultaba evidencias? Quizá.

—No lo sé. —Eso, en parte, era verdad.

—Tengo la impresión, Kate, de que es una de esas personas que siempre saben por qué hacen las cosas.

El rostro de Jack apareció por un instante en su mente. Lo apartó enojada.

—Se sorprendería, teniente.

Frank cerró la libreta con mucha ceremonia y se inclinó sobre la mesa.

—De verdad que necesito su ayuda.

—¿Para qué?

—Esto es entre nosotros dos, no es oficial, o como quiera llamarle. Me interesan más los resultados que las sutilezas legales. —Algo muy curioso de decirle a una

fiscal.

—No digo que no me atenga a las reglas. —El teniente acabó por ceder y encendió un cigarrillo—. Lo único que digo es que, si está a mi alcance, busco el punto más débil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Según la información de que dispongo si bien usted no mantiene ninguna relación con su padre, él no deja de preocuparse por usted.

—¿Quién se lo dijo?

—Caray, soy detective. ¿Es verdad o no?

—No lo sé.

—Maldita sea, Kate, no me venga con rollos. ¿Es verdad o no?

—¿Es verdad! ¿Satisfecho? —Kate aplastó la colilla.

—Todavía no, pero no falta mucho. Tengo un plan para hacerle salir a la luz, y quiero que me ayude.

—No veo en qué puedo ayudarle. —Kate intuyó lo que vendría a continuación. Lo vio en los ojos de Frank.

El detective tardó diez minutos en explicárselo. Ella rehusó tres veces. Media hora más tarde seguían discutiendo. Frank se apoyó por un momento en el respaldo y después volvió a inclinarse bruscamente sobre la mesa.

—Mire, Kate, si no nos ayuda, no tendremos ninguna oportunidad de cogerle. Si es como usted dice y no tenemos una acusación en firme, entonces él quedará en libertad. Pero si él lo hizo, y nosotros podemos probarlo, entonces usted será la última persona en este mundo que querrá ver que no recibe su castigo. Ahora, si cree que estoy equivocado, la llevaré de regreso a su casa y me olvidaré de que nos conocimos, y su padre podrá continuar robando... o quizá matando. —Frank la miró a los ojos.

Kate abrió la boca pero no dijo ni una palabra. Miró más allá del detective donde la llamaba una visión surgida del pasado, una visión que se esfumó bruscamente.

A punto de cumplir los treinta, Kate Whitney ya no era el bebé que reía cuando su padre la lanzaba al aire, o la niña pequeña que le contaba al padre secretos muy importantes que no le revelaba a nadie más. Era una persona mayor, una adulta madura, que vivía por su cuenta desde hacía muchos años. Además, era funcionaria de la administración de justicia, una fiscal que había jurado cumplir con las leyes y la constitución de la mancomunidad de Virginia. Era su trabajo asegurar que las personas que quebrantaban las leyes recibieran el castigo merecido con independencia de quienes eran o del vínculo que tuvieran.

Entonces otra imagen apareció en su mente. Su madre mirando la puerta mientras esperaba que él llegara, preguntándose si estaría bien, visitándole en la prisión, haciendo listas de cosas para hablar con él. Hacía vestir a Kate para las visitas, y su entusiasmo iba en aumento a medida que se acercaba la fecha de su salida de la cárcel, como si se tratara de un gran héroe que acabara de salvar al mundo, y no de un

ladrón. Revivió el dolor producido por las palabras de Jack. Él le había acusado de vivir una mentira. Él esperaba que sintiera cariño por el hombre que la había abandonado. Como si Luther Whitney fuera el inocente y ella la culpable. Bueno, Jack podía irse al infierno. Dio gracias a Dios por no haberse casado con él. Un hombre capaz de decirle cosas tan malas no se la merecía. En cambio, Luther Whitney se merecía lo que le esperaba. Quizá no había matado a la mujer. O quizá sí. Ella no decidía. Su trabajo consistía en exponer los hechos y que los miembros del jurado tuvieran la oportunidad de tomar la decisión correcta.

Su padre era carne de presidio. Allí, al menos, no haría daño a nadie. No podría arruinar más vidas.

Con este último pensamiento aceptó entregar a su padre a la policía.

Frank se sintió culpable cuando salieron del restaurante. No había sido sincero con Kate Whitney. De hecho, le había mentado con todo descaro sobre la parte más crítica del caso, aparte de no saber dónde estaba Luther Whitney. No se sentía muy bien consigo mismo. A veces la policía tenía que mentir como todo el mundo. Sin embargo, no por esto le resultaba fácil de tragar, sobre todo si tenía en cuenta que Kate era una persona que le merecía todo su respeto y por la que ahora sentía una profunda compasión.

Kate hizo la llamada aquella noche; Frank no quería perder tiempo. La voz en el contestador automático la asombró; era la primera vez en años que escuchaba aquel tono. Tranquilo, eficaz, medido como el paso de un soldado veterano. Se echó a temblar a medida que sonaba la voz y tuvo que apelar a toda su voluntad para pronunciar las pocas palabras destinadas a atraparlo. Se recordó a sí misma lo astuto que era su padre. Ella quería verle, hablar con él. Cuanto antes. Se preguntó si él olería la trampa, y entonces recordó la última vez que se habían visto; comprendió que él no se daría cuenta. Nunca desconfiaría de la niña que le había hecho partícipe de su más preciosa información. Incluso ella tenía que reconocerlo.

No había pasado ni una hora cuando sonó el teléfono. Levantó el auricular mientras deseaba no haber aceptado nunca la petición de Frank. Estar sentada en un restaurante planeando cómo atrapar a un presunto asesino era muy distinto a participar de verdad en un engaño destinado únicamente a entregar a su padre a la policía.

—Katie. —Ella notó el pequeño quiebro en la voz mezclado con un ligero toque de incredulidad.

—Hola, papá. —Agradeció que las palabras salieran solas. En aquel momento le resultaba imposible articular el pensamiento más sencillo.

El apartamento de ella no era el lugar adecuado. Él lo comprendía. Demasiado íntimo, demasiado personal. A su casa no podían ir, por razones obvias. Luther sugirió encontrarse en un lugar neutral. Sería lo mejor. Ella quería hablar, y él quería escuchar. Estaba dispuesto a hacerlo con auténtica ansiedad.

Fijaron la hora, al día siguiente, a las cuatro de la tarde, en un pequeño café cerca de la oficina de Kate. A esa hora no habría nadie, estarían tranquilos; tendrían todo el tiempo del mundo. Él estaría allí. Kate estaba segura de que nada excepto la muerte le impediría a Luther ir a la cita.

Colgó y llamó a Frank. Le comunicó la hora y el lugar. Al escucharle a sí misma comprendió por fin lo que acababa de hacer. Notó como si el mundo se desmoronara a su alrededor sin poder hacer nada por evitarlo. Tiró el teléfono y se echó a llorar con unas sacudidas y unos sollozos tan tremendos que cayó al suelo. Le temblaban todos los músculos. Sus gemidos llenaban el pequeño apartamento como el helio que hincha un globo; todo amenazaba con una explosión brutal.

Frank se había quedado en el teléfono un segundo más y deseó no haberlo hecho. Le gritó pero ella no podía oírle, aunque tampoco hubiese servido de nada. Ella había hecho lo correcto. No tenía nada de qué avergonzarse, nada por lo que sentirse culpable. Cuando por fin desistió y colgó, su momento de euforia por estar cada vez más cerca de la presa se había apagado como una cerilla.

Su pregunta había sido contestada. Ella aún le quería. Al teniente esto no le preocupaba pues podía controlarlo. En cambio, como padre de tres hijas, se le

llenaron los ojos de lágrimas y de pronto su trabajo no le pareció tan agradable.

Burton colgó el teléfono. El detective Frank había cumplido la promesa de dejar que el agente participara en la cacería.

Al cabo de unos minutos, Burton estaba en la oficina de Russell.

—No quiero saber cómo piensa hacerlo —dijo Russell preocupada. Burton sonrió para sí mismo. Tal como suponía, ahora ella se hacía la remilgada. Quería que hicieran el trabajo, pero no quería ensuciarse las manos tan bonitas.

—Lo único que debe hacer es decirle al presidente dónde le detendrán. Y después asegúrese de que se lo comunique a Sullivan antes de que ocurra. Tiene que avisarle.

—¿Por qué? —preguntó Russell intrigada.

—Deje que yo me preocupe de esa parte. Sólo haga b que le digo. —Burton se marchó antes de que Russell pudiera replicarle.

—¿La policía está segura de que es él? —La voz del presidente tenía un punto de ansiedad mientras miraba a la jefa de gabinete que se paseaba por el despacho.

—Alan, doy por hecho que si no es el tipo no se tomarían tantas molestias para arrestarlo.

—Ya han cometido errores otras veces, Gloria.

—Eso sí. Como todos nosotros.

El presidente cerró la carpeta y se puso de pie. Contempló los jardines de la Casa Blanca a través de la ventana.

—¿O sea que el hombre no tardará en estar detenido? —Richmond se volvió para mirar a Russell.

—Así parece.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo que a veces los mejores planes no salen como se esperaba.

—¿Burton lo sabe?

—Al parecer Burton es el que ha organizado todo el montaje.

El presidente se acercó a Russell; apoyó una mano suavemente sobre su hombro.

—¿De qué hablas?

Russell informó a su jefe de los acontecimientos de los últimos días. El presidente se rascó la barbilla.

—¿Qué se trae Burton entre manos? —La pregunta de Richmond iba más dirigida a sí mismo que a la mujer.

—¿Por qué no le llamas y se lo preguntas? Sólo insistió en que avisaras a Sullivan ahora mismo.

—¿Sullivan? ¿Por qué demonios...? —El presidente no acabó la pregunta. Llamó a Burton pero le informaron que acababa de marcharse al hospital porque no se encontraba bien. Richmond clavó la mirada en la jefa de gabinete—. ¿Burton hará lo que pienso que va a hacer?

—Depende en lo que tú estés pensando.

—Corta el rollo, Gloria. Sabes muy bien a que me refiero.

—Si te refieres a que Burton pretende que este individuo no entre en una comisaría, te diré que sí, ya se me había ocurrido.

Richmond cogió el pesado abrecartas que tenía sobre la mesa, se sentó otra vez y miró hacia la ventana. Russell se estremeció al ver el objeto. Ella había tirado el suyo.

—¿Alan? ¿Qué quieres que haga? —Le miró la nuca. Él era el presidente. No podía hacer otra cosa que sentarse y esperar, aunque tuviera ganas de estrangularle.

Por fin, él giró el sillón. Sus ojos se veían oscuros, fríos e imperiosos.

—Nada. No quiero que hagas nada. Será mejor que llame a Sullivan. Dime otra vez el lugar y la hora.

Russell pensó lo mismo que había pensado antes cuando le dio la información. «Vaya un amigo».

El presidente cogió el teléfono. Russell estiró la mano y la puso sobre la del hombre.

—Alan, los informes mencionan que Christine Sullivan tenía golpes en la mandíbula y marcas en el cuello correspondientes a un intento de estrangulamiento.

—¿De veras? —replicó Richmond sin mirarla.

—¿Qué pasó en aquel dormitorio, Alan?

—Bueno, por lo poco que recuerdo ella quería jugar un poco fuerte. ¿Las marcas en el cuello? —Hizo una pausa y dejó el teléfono—. Cómo te lo puedo explicar. A Christy le gustaban las cosas raras, Gloria. Incluida la asfixia sexual. Ya sabes, hay gente a la que le gusta quedarse sin respiración mientras se corre.

—Estoy enterada de esas cosas, Alan. Sólo que nunca se me había ocurrido que tú accedieras a hacerlo. —El tono era duro.

—No olvides cuál es tu lugar, Russell —le advirtió Richmond, tajante—. No tengo que responder ante ti ni ante nadie por mis acciones.

—Desde luego, lo siento, señor presidente —contestó Russell en el acto mientras se apartaba.

Richmond relajó las facciones; se levantó y abrió los brazos en un gesto de resignación.

—Lo hice por Christy, Gloria, qué más puedo decir. Las mujeres a veces causan un efecto extraño en los hombres. Yo, desde luego, no soy inmune.

—Entonces, ¿por qué intentó matarte?

—Ya te lo dije, ella quería jugar un poco fuerte. Estaba borracha y perdió el control. Por desgracia, esas cosas pasan.

Gloria miró hacia la ventana más allá del presidente. El encuentro con Christy no había «pasado». El tiempo y la planificación invertidos en aquella cita habían sido los mismos de una campaña electoral. Sacudió la cabeza mientras recordaba las imágenes de aquella noche.

El presidente se acercó por detrás, la sujetó por los hombros y le hizo darse la vuelta.

—Fue una experiencia terrible para todos, Gloria. Desde luego, no quería ver a

Christy muerta. Era la última cosa en el mundo que hubiese deseado. Fui allí con la intención de pasar una discreta velada romántica con una mujer muy hermosa. Dios, no soy un monstruo. —En su rostro apareció una sonrisa encantadora.

—Lo sé, Alan, pero son todas esas mujeres a todas horas. Algo malo tenía que pasar tarde o temprana.

—Como te dije antes, no soy el primer hombre en este cargo que se dedica a estas actividades extra oficiales. —Richmond se encogió de hombros—. Tampoco seré el último. —Cogió a Gloria de la barbilla—. Tú conoces mejor que nadie las exigencias que soporto, Gloria. No hay otro trabajo igual en todo el mundo.

—Sé que las presiones son enormes. Me doy cuenta, Alan.

—Así es. Es un trabajo que requiere más de lo que uno humanamente puede dar. Algunas veces hay que enfrentarse a esa realidad aliviando parte de la presión, escapándote por unas horas de la tenaza que te oprime. Es importante saber cómo me alivio de la presión, porque eso dicta cómo serviré a las personas que me han elegido, que han depositado su confianza en mí. —Regresó a su mesa—. Además, disfrutar de la compañía de mujeres hermosas resulta una manera bastante inofensiva de combatir la presión.

Gloria le miró furiosa a sus espaldas. Como si él esperara que ella, entre tanta gente, se tragara el rollo patriótico.

—Desde luego que no fue inofensiva para Christine Sullivan.

Richmond se volvió hacia ella. Esta vez no sonreía.

—De verdad que no quiero hablar más de este asunto, Gloria. Lo que pasó ya ha pasado. Comienza a pensar en el futuro. ¿Entendido? Ella asintió muy seria y salió del despacho.

El presidente cogió el teléfono. Le daría todos los detalles de la operación policial a su buen amigo Walter Sullivan. Richmond sonrió mientras esperaba la comunicación. No tardarían mucho. Ya casi lo tenían. Podía contar con Burton. Contar con él para que hiciera lo correcto. Por el bien de todos.

Luther miró la hora. La una. Se dio una ducha, se cepilló los dientes y se arregló la barba. Se demoró en el peinado hasta que lo dejó a su gusto. Hoy tenía mejor aspecto. La llamada de Kate había obrado maravillas. Había escuchado el mensaje cien veces, sólo para disfrutar del sonido de su voz, de las palabras que nunca había esperado volver a oír. Se había arriesgado a ir a una sastrería del centro para comprar unos pantalones nuevos, una americana y zapatos de cuero. Había pensado incluso en comprarse una corbata pero desistió.

Se probó la americana nueva. Le sentaba bien. Los pantalones le venían un poco grandes de cintura; había adelgazado. Tendría que comer más. Quizá podía comenzar invitando a su hija a una cena temprana. Si ella aceptaba. Tendría que pensarlo; no quería apresurar las cosas.

¡Jack! Tenía que haber sido Jack. Él le había hablado de su encuentro. Que su padre estaba metido en problemas. Ahí estaba la conexión. ¡Desde luego! Había sido un estúpido al no verlo desde el principio. Pero ¿qué significaba esto? ¿Que ella se preocupaba? Sintió un temblor que le comenzó en el pecho y acabó en las rodillas. ¿Después de tantos años? ¡Maldita inoportunidad! Pero había tomado una decisión y no la cambiaría. Ni siquiera por su hija. Algo tan terrible debía ser castigado.

Luther estaba convencido de que Richmond no sabía nada de las cartas a la jefa de gabinete. La única esperanza de la mujer era comprar discretamente lo que Luther tenía y asegurarse de que nunca más nadie vería el objeto. Comprarle, con la esperanza de que él desapareciera para siempre. Luther ya había comprobado que el dinero había ingresado en la cuenta. Lo que había pasado con el dinero sería la primera sorpresa.

La segunda les haría olvidar la primera. Lo mejor de todo era que Richmond ni siquiera se lo imaginaba. En realidad dudaba que el presidente fuera a la cárcel. Pero si esto no era suficiente para que le destituyeran, entonces ya no sabía qué más hacía falta. Esto convertía el caso *Watergate* en una inocentada. Se preguntó qué hacían los expresidentes destituidos. Esperaba que se consumieran en las llamas de su propia destrucción.

Luther sacó la carta del bolsillo. Lo arreglaría todo para que ella la recibiera en el momento en que esperaba las últimas instrucciones. La venganza. Ella recibiría su merecido. Como todos los demás. Valía la pena dejarla sufrir como si él supiera que ella tenía todo este tiempo.

Por mucho que lo intentaba no conseguía olvidar el recuerdo del plácido encuentro sexual de la mujer delante de un cadáver todavía caliente, como si la mujer muerta hubiese sido un montón de basura que no merecía ninguna consideración. Y Richmond. ¡El borracho hijo de la gran puta! Una vez más le enfureció el recuerdo. Apretó las mandíbulas, y de pronto sonrió.

Aceptaría cualquier trato que Jack pudiera conseguir. Veinte años, diez años, diez días. Ya no le importaba. Que le dieran por el culo al presidente y a todos los que le rodeaban. Que le dieran por el culo a toda la ciudad, los hundiría.

Pero primero pasaría algún tiempo con su hija. Lo demás ya no le interesaba.

Iba hacia la cama cuando se estremeció. Se le acababa de ocurrir otra cosa. Algo que dolía, pero que comprendía. Se sentó en la cama y bebió un vaso de agua. ¿Si era verdad cómo podía culparla? Además podía matar dos pájaros de un tiro. Mientras descansaba un rato pensó que las cosas demasiado buenas para ser verdad nunca lo eran. ¿Merecía algo mejor de parte de ella? La respuesta era clara: no.

En el momento que la transferencia llegó al banco, las instrucciones automáticas se encargaron en el acto de repartir y enviar los fondos a cinco centrales bancarias diferentes; cada transferencia era por un importe de un millón de dólares. A partir de ese momento, los fondos siguieron un largo circuito hasta que la suma total volvió a reunirse en otro lugar.

Russell, que había colocado un rastro en el flujo de dinero desde el inicio, no tardaría en descubrir qué había pasado. No se sentiría muy contenta y mucho menos le agradaría el próximo mensaje.

El Café Alonzo llevaba abierto poco más de un año. Tenía la típica terraza con mesas y sombrillas de colores instalada en un pequeño espacio de la acera marcada con una verja de hierro negro de un metro cincuenta de altura. Servían varios tipos de café y tanto la bollería como los bocadillos eran muy populares entre la clientela del desayuno y la comida. A las cuatro menos cinco sólo había una persona sentada en la terraza. Hacía fresco y las sombrillas plegadas parecían una columna de pajitas gigantes.

El local estaba ubicado en la planta baja de un moderno edificio de oficinas. A la altura del segundo piso colgaba un andamio. Tres trabajadores cambiaban un cristal roto. Toda la fachada del edificio estaba hecha con vidrios espejo que daban una imagen completa de la acera opuesta. El cristal era pesado y voluminoso, e incluso los tres hombres fornidos tenían que esforzarse para moverlo.

Kate se arrebujo en el abrigo y probó el café. El sol de la tarde calentaba bastante a pesar de la brisa, pero no tardaría en desaparecer. Las sombras cada vez más largas se extendían poco a poco sobre las mesas. Sintió una molestia en los ojos al mirar el sol sobre los techos de las casas cerradas en diagonal al café al otro lado de la calle. No tardarían en demolerlas para dar espacio a la renovación de la zona. No advirtió que una de las ventanas del primer piso de una de aquellas casas estaba abierta. La casa vecina tenía dos ventanas rotas. La puerta de otra estaba hundida.

Kate miró la hora. Llevaba sentada allí unos veinte minutos. Habituada al ritmo frenético de la oficina del fiscal, el día se le había hecho interminable. Tenía claro que había docenas de policías en la vecindad preparados para lanzarse sobre él en cuanto apareciera. Entonces pensó en una cosa. ¿Tendrían ocasión de decirse algo? ¿Qué diablos iba a decirle? ¿Hola, papá, te han pillado? Se pasó la mano por las mejillas ardientes y esperó. Él aparecería a las cuatro en punto. Ahora era demasiado tarde para hacer nada. Demasiado tarde para cualquier cosa. Pero ella estaba haciendo lo correcto, a pesar de la culpa que sentía, a pesar de la crisis después de hablar con el detective. Cruzó las manos y las apretó. Estaba a punto de entregar a su padre a las autoridades, y él se lo merecía. No lo pensó más. Ahora sólo quería que todo acabara de una vez.

McCarty no estaba conforme. En absoluto. Su rutina era seguir al objetivo, a veces durante semanas, hasta que el asesino comprendía los patrones de comportamiento mejor que la propia víctima. Esto simplificaba el trabajo. Además el tiempo adicional le permitía a McCarty planear la fuga, estudiar las peores situaciones posibles. Esta vez no tenía ninguna de estas ventajas. El mensaje de Sullivan había sido terminante. El hombre ya le había pagado una suma enorme a cuenta, y le pagaría otros dos millones al acabar el trabajo. Ahora le tocaba a él cumplir con su parte. Excepto en su primer asesinato, cometido hacía muchos años,

McCarty no recordaba estar tan nervioso. No le ayudaba mucho saber que había polis por todas partes.

Se repitió a sí mismo que las cosas saldrían bien. Había aprovechado el poco tiempo disponible después de la llamada de Sullivan para hacer un reconocimiento de la zona. De inmediato se le ocurrió la idea de apostarse en una de las casas vacías. Era el único lugar lógico. Estaba allí desde las cuatro de la mañana. La puerta trasera daba a un callejón. El coche alquilado estaba aparcado en la esquina. Tardaría quince segundos desde el momento de efectuar el disparo, dejar el fusil, bajar la escalera, salir al callejón y subir al coche. Estaría a casi cuatro kilómetros de distancia antes de que la policía se diera cuenta de lo ocurrido. Un avión le esperaba a los cuarenta y cinco minutos en un aeropuerto privado a quince kilómetros al norte de Washington. Él sería el único pasajero del vuelo a Nueva York. Dentro de cinco horas, McCarty estaría a bordo del Concorde que aterrizaba en Londres.

Repasó el fusil y la mira telescópica por enésima vez, de un papirotazo apartó una mota de polvo del cañón. Un silenciador no le habría venido mal, pero aún no había encontrado ninguno aplicable a un fusil, y mucho menos a uno que disparaba proyectiles de alta velocidad como el suyo. Contaba con la confusión para enmascarar el disparo y la huida. Miró al otro lado de la calle y comprobó la hora. Faltaban unos minutos.

McCarty era un asesino experto pero no tenía modo de saber que otro fusil apuntaría a la cabeza del objetivo. Y que detrás de ese fusil habría un par de ojos tan agudos o más que los suyos.

Tim Collin se había calificado como tirador de primera en los marines y su sargento mayor había escrito en la evaluación que nunca había visto a un tirador de tanta calidad. Ahora, el objeto de estas alabanzas observaba a través de la mira telescópica del fusil; después se relajó. Collin miró el interior de la furgoneta. Habían aparcado el vehículo en la esquina opuesta al café, desde donde tenía un tiro directo al objetivo. Apuntó otra vez. Kate Whitney apareció por un momento en la retícula. Collin abrió la ventanilla lateral de la furgoneta. Estaba en la sombra de los edificios detrás de él. Nadie veía lo que hacía. Además tenía la ventaja de saber que Seth Frank y un grupo de policías del condado estaban ocultos a la derecha del café mientras que otros esperaban en el vestíbulo del edificio de oficinas. Varios coches sin identificación estaban aparcados a lo largo de la manzana. Si Whitney intentaba escapar no llegaría muy lejos. Pero el agente sabía que no tendría ocasión.

Después del disparo, Collin desarmaría el fusil y lo ocultaría en la furgoneta, saldría con la pistola y la placa y se uniría con los demás en la discusión sobre qué diablos había pasado. Nadie pensaría en revisar un vehículo del servicio secreto en busca del arma o del tirador que acababa de matar a su presa.

El plan de Burton le había parecido muy sensato. Collin no tenía nada en contra de Luther Whitney, pero había mucho más en juego que la vida de un delincuente profesional de sesenta y seis años. Muchísimo más. Matar al viejo no era algo que

podiera disfrutar; de hecho, intentaría olvidarlo cuanto antes. Pero así era la vida. Le pagaban por hacer su trabajo, en realidad había jurado hacerlo. ¿Quebrantaba la ley? Desde un punto de vista legal cometería un asesinato. En realidad hacía lo que había que hacer. Daba por sentado que el presidente lo sabía, Gloria Russell lo sabía y Bill Burton, el hombre al que respetaba más que a ningún otro, le había ordenado que lo hiciera. El entrenamiento de Collin le impedía no hacer caso a la orden. Por otro lado, el viejo había entrado en la casa. Le caerían veinte años. No viviría veinte años. ¿Quién quería estar en la cárcel a los ochenta años? Collin le evitaría un montón de sufrimientos. En esas mismas circunstancias, Collin hubiese preferido que le pegaran un balazo.

El agente miró a los trabajadores montados en el andamio que luchaban para enderezar el panel de cristal. Un hombre sujetó la soga de la polea y comenzó a tirar. El cristal subió poco a poco.

Kate dejó de mirarse las manos y en aquel momento le vio.

Caminaba con gracia por la acera. El sombrero y la bufanda ocultaban casi todo el rostro, pero el andar era inconfundible. De pequeña siempre había deseado flotar sobre el suelo como su padre, sin ningún esfuerzo, con tanta confianza. Hizo el ademán de levantarse y se contuvo. Frank no había dicho en qué momento actuaría, aunque Kate pensaba que no tardaría mucho.

Luther se detuvo delante del café y la miró. No había estado tan cerca de su hija desde hacía más de diez años, y no sabía muy bien qué hacer. Ella notó la vacilación y se obligó a sonreír. Sin perder un instante, Luther se acercó a la mesa y se sentó, de espaldas a la calle. Pese al frío se quitó el sombrero y guardó las gafas de sol en el bolsillo.

McCarty apuntó a través de la mira telescópica. El pelo canoso apareció con toda nitidez. Quitó el seguro y acercó el dedo al gatillo.

Unos noventa metros más allá, Collin repetía los mismos movimientos. No tenía tanta prisa como McCarty porque sabía el momento exacto en que aparecerían los policías.

McCarty comenzó a tirar del gatillo. Se había fijado un par de veces en los trabajadores montados en el andamio pero ahora era como si no existieran. Fue el segundo error en todos sus años de asesino.

El cristal se movió hacia arriba bruscamente cuando tiraron de la polea y quedó apuntado hacia McCarty. La luz del sol se reflejó en la superficie, que devolvió los rayos directamente a los ojos de McCarty. Sintió un dolor momentáneo en las pupilas y su mano se sacudió instintivamente en el momento que disparaba. Masculló un insulto y lanzó el fusil al suelo. Llegó a la puerta trasera cinco segundos antes de lo previsto.

La bala dio en el palo de la sombrilla y lo partió antes de rebotar e incrustarse en el suelo. Kate y Luther se arrojaron cuerpo a tierra, y el padre protegió a la muchacha con el cuerpo. Unos segundos más tarde, Seth Frank y una docena de policías, con las

armas en las manos, formaron un semicírculo alrededor de la pareja, escrutando cada rincón de la calle.

—¡Que cierren toda la zona! —le gritó Frank al sargento, que transmitió la orden por radio. Los policías se desplegaron, los coches sin identificación fueron a ocupar nuevas posiciones.

Los trabajadores miraron la calle desde el andamio, sin saber de su participación involuntaria en los hechos que sucedían abajo.

Levantaron a Luther, le pusieron las esposas y todo el grupo entró en el vestíbulo del edificio de oficinas. Seth Frank, entusiasmado, miró al detenido por un momento y después le leyó sus derechos. Luther contempló a su hija. En el primer instante Kate fue incapaz de responder a la mirada, pero decidió que era lo menos que podía hacer por él. Sus palabras le dolieron más que cualquier reproche.

—¿Estás bien, Katie?

Ella asintió y se echó a llorar, y esta vez, a pesar de que se apretó la garganta con mano de hierro, no pudo contener las lágrimas mientras se caía de rodillas.

Bill Burton permaneció junto a la puerta de entrada. En el momento que apareció Collin con cara de asombro, la mirada de Burton amenazó con desintegrarlo. Pero se calmó al escuchar lo que Collin le susurró al oído.

Burton asimiló la información en el acto y descubrió la explicación a lo ocurrido. Sullivan había contratado a un pistolero. El viejo había hecho lo que Burton había intentado atribuirle falsamente. El multimillonario subió puntos en la estimación del agente. Burton se acercó a Frank.

—¿Tiene alguna idea de lo que acaba de pasar? —preguntó el teniente.

—Quizá —respondió Burton.

El agente se volvió. Por primera vez, él y Luther Whitney se miraron cara a cara. Luther recordó todos los episodios de aquella noche. Pero conservó la calma.

Burton admiró su actitud. Pero también fue un motivo de mucha preocupación para él. Era obvio que Whitney no se sentía angustiado por el arresto. Sus ojos le dijeron a Burton —un hombre que había participado en miles de arrestos, cosa que normalmente involucraba a adultos que lloraban como bebés— todo lo que necesitaba saber. El tipo pensaba ir a la policía desde el principio. Burton no entendía por qué y tampoco le importaba.

El agente no dejó de mirar a Luther mientras Frank hablaba con los policías. Entonces Burton miró a la mujer arrodillada en un rincón. Luther había intentado acercarse a ella, pero sus captores se lo impidieron a viva voz. Una mujer policía procuraba consolarla sin éxito. Por las mejillas del padre corrían lágrimas ante el sufrimiento de su hija.

Al advertir que tenía a Burton a su lado, Luther le dirigió una mirada asesina hasta que el agente dirigió los ojos otra vez hacia Kate. Las miradas de los hombres volvieron a cruzarse. Burton enarcó las cejas y las volvió a bajar como apuntando a la cabeza de Kate. Burton había hecho bajar la mirada a algunos de los peores

criminales de la región y sus facciones podían ser amenazantes, pero lo que les dejaba helados era la absoluta sinceridad de su rostro. Luther Whitney no era un raterillo, eso se veía a la legua. Tampoco era un cobarde. Pero la pared de cemento que formaban los nervios de Luther Whitney se desmoronaba. Desapareció en cuestión de segundos y los restos se fueron hacia la mujer que lloraba en un rincón.

Burton dio media vuelta y se marchó.

Gloria Russell estaba en la sala de su casa. Le temblaba la mano en la que sostenía la carta. Miró la hora. La había traído justo a tiempo un hombre mayor con turbante en un Subaru destartalado. En la puerta del pasajero, el logotipo de Metro Rush Couriers. Muchas gracias, señora. Despídase de su vida. Ella había esperado tener por fin en sus manos la llave para borrar todas las pesadillas que había sufrido, todos los riesgos que había afrontado.

El viento aullaba en la chimenea. Un buen fuego ardía en el hogar. La casa estaba confortable y escrupulosamente limpia gracias a los esfuerzos de Mary, la mujer de la limpieza, que se acababa de marchar. A Russell la esperaban a cenar a las ocho en la casa del senador Richard Miles. Miles era muy importante para las aspiraciones políticas personales de Gloria y ya había dado los primeros pasos en su apoyo. Las cosas volvían a ir bien. Había recuperado el impulso. Después de todos aquellos momentos de humillación. Pero y ¿ahora? Ahora ¿qué?

Miró otra vez el mensaje. La incredulidad la tenía atrapada como una enorme red de pesca que la arrastraba hacia el fondo, donde ya no se movería.

«Gracias por la donación benéfica. Será muy apreciada. También aprecio darme sogas para colgarla. Sobre el objeto en discusión ya no está en venta. Ahora que lo pienso, los polis lo necesitarán para el juicio. Ah, por cierto, ¡que le den por el culo!».

¿Soga para colgarla? Russell no entendía nada, no podía pensar, estaba bloqueada. Lo primero que se le ocurrió fue llamar a Burton, pero recordó que no estaría en la Casa Blanca. Entonces cayó en la cuenta. Corrió hacia el televisor. En el informativo de las seis estaban dando una noticia de última hora. Una arriesgada operación policial realizada conjuntamente por el departamento de policía del condado de Middleton y la policía de la ciudad de Alexandria había conseguido detener a un sospechoso en el asesinato de Christine Sullivan. Un pistolero desconocido había efectuado un disparo. Se suponía que el blanco era el sospechoso.

Russell contempló las escenas filmadas en la comisaría de Middleton. Vio a Luther Whitney, con la mirada al frente, subir las escaleras sin intentar ocultar el rostro. Era mucho mayor de lo que pensaba. Parecía un director de escuela. Aquél era el hombre que la había mirado. Ni siquiera se le ocurrió pensar que a Luther le habían arrestado por un crimen que no había cometido. Aunque tampoco hubiera hecho nada. En un momento vio a Bill Burton con Collin detrás de él mientras escuchaban al detective Seth Frank que hacía una declaración a la prensa.

¡Vaya pareja de cabrones incompetentes! Luther estaba arrestado. Le habían arrestado y ella tenía un mensaje en la mano que garantizaba que el tipo se encargaría de hundirlos a todos. Había confiado en Burton y Collin, el presidente había confiado

en ellos, y habían fracasado de la peor manera. No podía creer que Burton pudiera estar tan tranquilo mientras el mundo entero estaba a punto de estallar en llamas, como una estrella que de pronto se convierte en una nova.

Su próxima acción fue una sorpresa incluso para ella. Corrió al baño, abrió el botiquín y cogió el primer frasco que vio. ¿Cuántas pastillas harían falta? ¿Diez? ¿Cien?

Intentó abrir la tapa pero le temblaban tanto las manos que no lo consiguió. Insistió hasta que las pastillas se volcaron en el lavabo. Recogió un puñado y entonces se detuvo. Se miró en el espejo. Por primera vez se dio cuenta de lo mucho que había envejecido. Tenía los ojos opacos, las mejillas hundidas y el pelo como si encaneciera por segundos.

Miró el montón de pastillas verdes que tenía en la mano. No podía hacerlo. Aunque se hundiera el mundo, no podía hacerlo. Arrojó las pastillas al inodoro, apagó la luz. Llamó a la oficina del senador. Una súbita indisposición le impediría asistir a la cena. Acababa de acostarse cuando llamaron a la puerta.

Primero le pareció como un lejano redoble de tambores. ¿Traerían una orden judicial? ¿Qué tenía en su poder que pudiera ser una prueba en su contra? ¡La nota! La sacó del bolsillo y la arrojó al fuego. En cuanto la vio arder, se arregló la bata, se calzó las chinelas y salió de la sala.

Por segunda vez sintió un dolor agudo en el pecho cuando abrió la puerta y se encontró con Bill Burton. Sin decir ni una palabra, el agente entró, arrojó el abrigo sobre una silla y fue directamente hacia el bar.

Ella cerró de un portazo.

—Gran trabajo, Burton. Brillante. Lo ha hecho todo de maravilla. ¿Dónde está su compinche? ¿Ha ido al oculista?

—Cállese y escuche —le replicó Burton mientras se sentaba con la copa en la mano.

En cualquier otro momento la réplica le habría enfurecido. Pero el tono del agente la dejó helada. Se fijó en la pistolera. De pronto comprendió que estaba rodeada de gente armada. Parecían estar por todas partes. Se habían efectuado disparos. Se había mezclado con un grupo de gente muy peligrosa. Se sentó y le miró boquiabierta.

—Collin no llegó a disparar.

—Pero...

—Pero alguien lo hizo. Lo sé. —Burton se bebió de un trago la mitad de la copa. Russell pensó servirse una, pero desistió—. Walter Sullivan. Ese hijo de puta. Richmond se lo dijo, ¿no?

—¿Cree que Sullivan estaba detrás de esto?

—¿Quién si no? Piensa que el tipo mató a su esposa. Tiene el dinero para contratar a los mejores tiradores del mundo. Él era la única otra persona que sabía exactamente dónde y cuándo lo iban a detener. —El agente miró a la jefa de gabinete y sacudió la cabeza en un gesto de disgusto—. No sea estúpida, señora, no tenemos

tiempo para estupideces.

Burton se levantó para pasearse arriba y abajo.

—Pero el hombre está detenido —insistió Russell al recordar lo que había visto en la televisión—. Se lo diré todo a la policía. He pensado que eran ellos los que llamaban a la puerta.

—El tipo no le diré nada a la policía. Al menos por ahora —afirmó Burton que dejó de pasearse por un momento.

—¿De qué está hablando?

—Hablo de un hombre que hará cualquier cosa para que su niña continúe con vida.

—¿Usted le amenazó?

—Le transmití el mensaje con toda claridad.

—¿Cómo lo sabe?

—Los ojos no mienten, señora. Él conoce el juego. Si habla, adiós a su hija.

—Usted, usted no puede...

Burton tendió las manos, sujetó a la jefa de gabinete, y la levantó en el aire como si fuera una pluma hasta el nivel de sus ojos.

—Mataré a cualquier cabrón que pueda joderme, ¿está claro? —El tono era feroz. La arrojó sobre la silla.

Ella le miró, con el rostro sin sangre, los ojos aterrorizados.

—Usted fue la que me metió en esto —añadió Burton, furioso—. Yo quería llamar a la policía desde el primer momento. Hice mi trabajo. Quizá maté a la mujer, pero ningún jurado en el mundo me hubiera encontrado culpable. Pero usted me engañó como a un chino, señora, con todo aquel rollo del desastre mundial y la preocupación por el presidente, y yo me lo tragué como un imbécil. Y ahora mismo estoy a un paso de perder veinte años de mi vida y no me hace nada feliz. Si no lo entiende, allá usted.

Permanecieron sentados sin hablar durante un momento. Burton sostenía la copa y miraba la alfombra, mientras pensaba. Russell le vigilaba de reojo al tiempo que hacía todo lo posible por dominar los temblores. No se atrevía a mencionarle a Burton la nota que había recibido. ¿Para qué? Bill Burton era muy capaz de sacar la pistola y matarla allí mismo. La idea de estar tan cercana a una muerte violenta le heló la sangre.

Russell consiguió sentarse en la silla. El tictac de un reloj sonaba al fondo; parecía contar los últimos instantes de su vida.

—¿Está seguro de que él no diré nada? —Miró a Burton.

—No estoy seguro de nada.

—Pero acaba de decir...

—Dije que el tipo hará cualquier cosa para asegurarse de que no maten a su hija. Si consigue eliminar la amenaza, entonces dormiremos durante el resto de nuestras vidas en la cárcel.

—¿Cómo haré para eliminar la amenaza?

—Si supiera la respuesta, no estaría tan preocupado. Pero le garantizo que en este momento Luther Whitney está sentado en la celda pensando cómo hacerlo.

—¿Qué podemos hacer?

Bill Burton recogió el abrigo y después sujetó a Russell por un brazo y la obligó a levantarse.

—Vamos, es hora de hablar con Alan Richmond.

Jack repasó las notas y después miró a los que estaban sentados alrededor de la mesa. Su equipo consistía en cuatro asociados, tres pasantes y dos socios. El éxito de Jack con Sullivan era la comidilla de la firma. Cada uno de los presentes miraba a Jack con asombro, respeto y un poco de miedo.

—Sam, tú coordinarás las ventas de materias primas a través de Kiev. El tipo que tenemos allí es un listillo de cuidado; no le pierdas de vista pero déjale que se encargue de hacer las cosas.

Sam, socio desde hacía diez años, cerró su maletín.

—Hecho —respondió.

—Ben, he revisado tu informe sobre los contactos con los *lobbys*. Estoy de acuerdo contigo. Creo que nos conviene insistir con la gente de relaciones exteriores. No nos vendrá mal tenerlos de nuestro lado. —Jack abrió otra carpeta—. Tenemos un mes para montar y poner en marcha la operación. Nuestra preocupación principal es la delicada situación política de Ucrania. Hay que tenerlo todo atado lo antes posible. No vaya a ser que los rusos se anexionen a nuestro cliente. Ahora quiero dedicar unos minutos...

Se abrió la puerta y la secretaria de Jack asomó la cabeza. Parecía inquieta.

—Lamento mucho interrumpir.

—Está bien, Martha, ¿qué pasa?

—Le llaman por teléfono.

—Le avisé a Lucinda que retuviera todas las llamadas excepto en caso de emergencia. Mañana devolveré todas las llamadas.

—Pienso que ésta es una emergencia.

—¿Quién es? —preguntó Jack.

—Una tal señora Kate Whitney.

Cinco minutos más tarde, Jack estaba en su coche; un flamante Lexus 300 color cobre. Pensaba a todo máquina. Kate estaba histérica.

Lo único que había entendido era que Luther estaba detenido. Por qué, no lo sabía.

Kate abrió la puerta a la primera llamada, y casi se desplomó en sus brazos. Pasaron varios minutos antes de que pudiera respirar con normalidad.

—¿Kate, qué pasa? ¿Dónde está Luther? ¿De qué le acusan?

Ella le miró, con el rostro tan hinchado y enrojecido como si le hubiesen dado una paliza.

Cuando por fin consiguió pronunciar la palabra, Jack se sentó atónito.

—¿Asesinato? —Miró a su alrededor sin darse cuenta de lo que veía—. Eso es imposible. ¿A quién coño creen que ha asesinado?

Kate se irguió en la silla y se apartó el pelo de la cara. Le miró a los ojos. Esta vez sus palabras fueron claras, directas y se clavaron en Jack como astillas de cristal.

—Christine Sullivan.

Jack permaneció inmóvil durante unos instantes y después se levantó de un salto. Miró a la joven, intentó hablar pero no pudo. Se acercó tambaleante a la ventana, la abrió y dejó que el frío le golpeará. Sintió el ácido en el estómago; le llegó a la garganta como si fuera fuego. Lentamente, las piernas recuperaron las fuerzas. Cerró la ventana y volvió a sentarse junto a ella.

—¿Qué pasó, Kate?

Ella se secó los ojos con un pañuelo de papel hecho una bola. Tenía el pelo revuelto. No se había quitado el abrigo. Los zapatos estaban junto a una silla, donde habían ido a parar cuando se los quitó a puntapiés. Se rehízo lo mejor que pudo. Apartó un mechón de pelo que le caía sobre la boca, y por fin miró a Jack. Las palabras salieron de su boca, entrecortadas.

—Le han detenido. La policía cree que entró en la casa de los Sullivan. Se suponía que allí no había nadie. Pero, en realidad, estaba Christine Sullivan. —Hizo una pausa para inspirar con fuerza—. Piensan que Luther la mató. —En cuanto pronunció estas últimas palabras cerró los ojos; los párpados parecieron bajar arrastrados por un peso insoportable. Sacudió la cabeza, la piel de la frente arrugada mientras el dolor iba en aumento.

—Eso es una locura, Kate. Luther nunca mataría a nadie.

—No lo sé, Jack. Ya no sé qué pensar.

Jack se levantó y recogió el abrigo. Se pasó una mano por el pelo mientras intentaba pensar con claridad. La miró.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cómo coño le pillaron?

Kate se sacudió como una hoja. El dolor era tan fuerte que parecía visible, flotaba sobre ella antes de hundirse una y otra vez en su cuerpo delgado. Se tomó un momento para limpiarse el rostro con otro pañuelo. Tardó mucho en volverse hacia él, centímetro a centímetro, como si fuera una anciana inválida. Mantuvo los ojos cerrados mientras hacía un esfuerzo por expulsar el aire viciado de los pulmones.

Por fin abrió los ojos. Movié los labios sin que saliera ningún sonido. Entonces consiguió pronunciar las palabras, lentamente, como si quisiera absorber al máximo los golpes que acompañaban a cada una de ellas.

—Yo le entregué.

Luther, vestido con el uniforme naranja de los presos, se hallaba sentado en la misma sala de interrogatorios donde había estado Wanda Broome. Seth Frank, al otro lado de la mesa, le observó con atención. Luther mantuvo la mirada al frente. No estaba en las nubes. El tipo pensaba en otra cosa.

Entraron dos hombres. Uno de ellos colocó un magnetófono en el centro de la mesa y lo puso en marcha.

—¿Fuma? —Frank le ofreció un cigarrillo. Luther aceptó y los dos hombres dieron un par de caladas en silencio.

Frank le leyó a Luther la advertencia Miranda. Esta vez no habría ningún error de procedimiento.

—¿Comprende sus derechos?

Luther hizo un gesto vago con el cigarrillo.

El tipo no era como esperaba Frank. Desde luego era un delincuente. En los antecedentes aparecían tres condenas, pero en los últimos veinte años había estado limpio. Eso no significaba mucho. Tampoco que no aparecieran actos violentos en los antecedentes. Pero había algo en el tipo que no encajaba.

—Necesito que responda sí o no a la pregunta.

—Sí.

—Está bien. ¿Comprende que está arrestado en relación con el asesinato de Christine Sullivan?

—Sí.

—¿Y está seguro de que desea renunciar a su derecho a tener un abogado que le represente? Podemos traerle un abogado, o usted puede llamar uno.

—Estoy seguro.

—¿Y comprende que no tiene ninguna obligación a formular declaración alguna a la policía? ¿Que cualquier declaración que haga puede ser utilizada en su contra?

—Lo comprendo.

Los años de experiencia le habían enseñado a Frank que las confesiones obtenidas en el primer momento podían resultar un desastre para la acusación. Incluso una confesión voluntaria podía ser rebatida por la defensa con el resultado de que todas las pruebas obtenidas a través de esa confesión quedaban contaminadas y perdían todo valor. El asesino podía llevar a la policía hasta el cadáver y al día siguiente salir en libertad acompañado por su abogado que sonreiría a los polis al tiempo que rogaría interiormente que al cliente nunca se le ocurriera volver a pisar el vecindario. Pero Frank ya tenía todo lo necesario. Lo que dijera Whitney era relleno. Se centró en el detenido.

—Entonces, le formularé unas cuantas preguntas. ¿De acuerdo?

—Sí.

Frank dictó el mes, el día, el año y la hora para el expediente y a continuación le

pidió a Luther que diera el nombre completo. Hasta ahí llegaron. Se abrió la puerta. Un agente asomó la cabeza.

—Tenemos a su abogado en el pasillo.

Frank miró a Luther; apagó el magnetófono.

—¿Qué abogado?

Antes de que Luther pudiera responder, Jack apartó al agente de la puerta y entró.

—Jack Graham, soy el abogado del detenido. Saquen ese magnetófono de aquí. Si me perdonan, caballeros, quiero hablar con mi cliente a solas.

—Jack —exclamó Luther con voz aguda.

—Cállate, Luther. —Jack miró a los policías—. ¡A solas!

Los hombres salieron de la sala. Frank y Jack intercambiaron una mirada y después se cerró la puerta. Jack dejó el maletín sobre la mesa pero no se sentó.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué diablos está pasando?

—Jack, no te metas en esto. Te lo digo de verdad.

—Me llamaste. Me hiciste prometer que sería tu abogado. Ahora, maldita sea, me tienes aquí.

—Estupendo, ya has cumplido, ahora vete.

—De acuerdo, me voy, y después tú ¿qué harás?

—Eso no te concierne.

—¿Qué harás? —insistió Jack.

—¡Me declararé culpable! —Luther elevó la voz por primera vez.

—¿Tú la mataste?

Luther desvió la mirada.

—¿Tú mataste a Christine Sullivan? —Luther no respondió. Jack le sujetó por el hombro—. ¿Tú la mataste?

—Sí.

Jack le miró a la cara. Después recogió el maletín.

—Soy tu abogado, lo quieras o no. Y hasta que no descubra por qué me mientes, ni se te ocurra hablar con los polis. Si lo haces, conseguiré que alguien certifique que estás loco.

—Jack, te agradezco lo que haces, pero...

—Mira, Luther, Kate me dijo lo que pasó, lo que hizo y por qué lo hizo. Pero a ver si entiendes una cosa. Si te enchironan por esto, tu bonita hija no se recuperará nunca más. ¿Lo entiendes?

Luther cerró la boca. De pronto la sala pareció encogerse a un tamaño diminuto. No se dio cuenta de la marcha de Jack. Permaneció sentado con la mirada perdida. Por una vez en su vida, no sabía qué debía hacer.

Jack se acercó a los hombres reunidos en el vestíbulo.

—¿Quién está al mando?

—Yo. Teniente Seth Frank.

—Bien, teniente. Sólo para que conste, mi cliente no renuncia a sus derechos

Miranda, y usted no intentará hablar con él sin mi presencia. ¿Entendido?

—De acuerdo —respondió Frank, que se cruzó de brazos. —¿Quién es el fiscal asignado?

—El fiscal ayudante George Gorelick.

—Supongo que tiene la orden de acusación.

—Aprobada por el gran jurado la semana pasada.

—Le creo. —Jack se puso el abrigo.

—Puede olvidarse de la fianza, aunque supongo que ya lo sabe. —Por lo que he escuchado, me parece que estará más seguro con ustedes. Cuídelo por mí, ¿de acuerdo?

Jack le dio su tarjeta a Frank y se marchó con paso decidido. Desapareció la sonrisa del teniente al escuchar el comentario de despedida. Miró la tarjeta, después hacia la sala de interrogatorios y por último a la figura del abogado defensor que se marchaba.

Kate se había dado una ducha y cambiado de ropa. El pelo húmedo le caía suelto sobre los hombros. Llevaba un suéter azul oscuro con una camiseta blanca debajo. Los vaqueros desteñidos le venían grandes en las caderas estrechas. No llevaba zapatos, sólo calcetines de lana gruesa. Jack le miró los pies mientras ella se movía con paso ágil por la habitación. Parecía estar un poco mejor. Pero el espanto se mantenía en la mirada, y la actividad física era una manera de disiparlo.

Jack se sirvió un vaso de gaseosa y volvió a su silla. Tenía los hombros rígidos. Como si hubiese notado la tensión del hombre, Kate dejó de pasear y comenzó a darle un masaje.

—No me dijo nada de la orden de acusación —comentó furiosa—. ¿Crees que los polis no utilizan a la gente para conseguir lo que les interesa?

Kate hundió los dedos con fuerza en los músculos agarrotados; la sensación era maravillosa. El pelo húmedo de la joven cayó sobre el rostro de Jack mientras ella trabajaba en los puntos más duros. Jack cerró los ojos. En la radio pasaban una canción de Billy Joel: Río de sueños. ¿Cuál era su sueño?, se preguntó Jack. El objetivo se le escapaba como las manchas de sol que había intentado atrapar cuando era un niño.

—¿Cómo está? —La pregunta de Kate le devolvió a la realidad. Se bebió de un trago el resto de la gaseosa.

—Confuso. Cabreado. Nervioso. Nunca pensé verle así. Por cierto, encontraron el fusil. En el primer piso de una de aquellas casas viejas al otro lado de la calle. Él que disparó ya debe estar muy lejos. Joder, estoy seguro que a la poli no le importa.

—¿Cuándo será la vista?

—Pasado mañana, a las diez. —Arqueó el cuello y le cogió una mano—. Pedirán la pena capital, Kate.

Ella interrumpió el masaje.

—Eso es una idiotez. El homicidio mientras se comete un robo es un delito de

clase uno, asesinato en primer grado como máximo. Dile al fiscal que revise el estatuto.

—Eh, ése es mi trabajo, ¿no? —Intentó hacerle sonreír sin éxito—. La teoría de la mancomunidad es que entró en la casa y la mujer le sorprendió cometiendo el acto. Utilizarán las pruebas físicas —el estrangulamiento, la paliza y los dos disparos en la cabeza— para separarlo del robo. Creen que eso les permitirá situarlo en el ámbito de un acto vil y depravado. Además cuentan con la desaparición de las joyas de Sullivan. El asesinato mientras se comete un robo a mano armada equivale a la pena capital.

Kate se sentó y se masajeó los muslos. No llevaba maquillaje y siempre había sido una de esas mujeres que no lo necesitaba. Sin embargo, las huellas de la tensión se hacían patentes en las ojeras, las mejillas hundidas y los hombros caídos.

—¿Qué sabes de Gorelick? Es el fiscal del caso. —Jack se metió un cubito de hielo en la boca.

—Es un gilipollas arrogante, pomposo, intolerante y un abogado criminalista de cojones.

—Estupendo. —Jack dejó su silla y fue a sentarse junto a Kate. Le cogió una pierna y le hizo un masaje en el tobillo. Ella se hundió en el sofá; echó la cabeza hacia atrás. Siempre había sido así entre ellos, tan relajados, tan cómodos en la compañía del otro, como si los últimos cuatro años no hubieran existido.

—Las pruebas que me mencionó Frank no eran suficientes para conseguir una orden de acusación. No lo entiendo, Jack.

Jack le quitó los calcetines y le masajeó los pies con las dos manos; le gustaba tocar los huesos finos y delicados.

—La policía recibió una llamada anónima. Alguien les dio el número de la matrícula de un coche avistado en las proximidades de la casa Sullivan durante la noche del crimen. El vehículo lo encontraron en un aparcamiento para coches incautados por la policía.

—¿Así qué? La pista era falsa.

—No. Luther me comentó en más de una ocasión lo fácil que era llevarse un coche de uno de esos aparcamientos. Haces el trabajo y lo devuelves.

Kate no le miró; parecía estar observando el techo.

—Bonitas charlas tenían los dos. —El tono recuperó el reproche de antaño.

—Venga, Kate.

—Lo siento. —La voz volvió a sonar fatigada.

—La policía revisó la moqueta del coche. Encontraron fibras de la alfombra del dormitorio de los Sullivan. También había rastros de una tierra muy especial. Resultó ser el mismo compuesto utilizado por el jardinero de los Sullivan en el maizal vecino a la casa. La tierra era una mezcla especial hecha para Sullivan; no encontrarás el mismo compuesto en ninguna otra parte. Hablé con Gorelick. Está muy seguro de sí mismo. Todavía no me han enviado los informes. Mañana presentaré el recurso.

—Una vez más, ¿así qué? ¿Cómo se relaciona todo eso con mi padre?

—Consiguieron una orden de registro para la casa y el coche de Luther. Encontraron la misma mezcla de tierra en la moqueta del coche. Y otra muestra en la alfombra de la sala.

—Estuvo en aquella casa limpiando las malditas alfombras. —Kate abrió los ojos—. Las fibras se engancharon en aquel momento. —¿Y después corrió a través del maizal? Venga.

—Quizás algún otro llevó la tierra a la casa y él la pisó. —Eso es lo que yo hubiese dicho excepto por una cosa.

—¿Cuál?

—Junto con las fibras y la tierra, también encontraron un disolvente. La policía tomó muestras del producto en la alfombra durante la investigación. Piensa que el autor lo utilizó para limpiar huellas de sangre, su sangre. Estoy seguro de que tienen un montón de testigos dispuestos a jurar que no se utilizó ese producto antes o en el momento que limpiaron las alfombras. Por lo tanto, Luther sólo pudo mancharse con el disolvente si estuvo en la casa después de lo ocurrido. Tierra, fibras y disolvente. Ahí tienes el vínculo.

Kate se desplomó otra vez en el sofá.

—Por otra parte, dieron con el hotel donde Luther se alojó en la ciudad. Encontraron un pasaporte falso que les permitió seguirle el rastro hasta Barbados. Dos días después del asesinato voló a Texas, después a Miami, y de allí a la isla. Es lo que haría un sospechoso que huye, ¿no te parece? Tienen la declaración jurada de un taxista que llevó a Luther hasta la casa de los Sullivan en la isla. Luther mencionó haber estado en la casa de los Sullivan en Virginia. Asimismo tienen testigos dispuestos a declarar que Luther y Wanda Broome fueron vistos juntos varias veces antes del asesinato. Una mujer, muy amiga de Wanda, declaró que Wanda le dijo que necesitaba dinero con urgencia. Y que Christine Sullivan le había hablado de la caja. Esto demuestra que Wanda Broome le mintió a la policía.

—Ahora comprendo por qué Gorelick fue tan generoso con la información. Sin embargo, no deja de ser circunstancial.

—No, Kate, es el ejemplo perfecto de un caso donde no hay pruebas directas que relacionen a Luther con el crimen, pero con las suficientes evidencias indirectas como para que el jurado piense: «Venga, hijo de puta, a quién quieres engañar. Tú lo hiciste». Intentaré parar los golpes, pero así y todo nos zurrarán de lo lindo. Y si Gorelick se hace con los antecedentes de tu padre, quizás estemos acabados.

—Son demasiado viejos. No sirven para nada. Él no los mencionará. —Kate habló con una seguridad que no sentía. Después de todo, ¿cómo podía estar segura de nada? Sonó el teléfono. Vaciló antes de atender—. ¿Le has dicho a alguien que venías aquí?

Jack negó con la cabeza.

Kate atendió la llamada. Escuchó una voz monótona, profesional.

—Señora Whitney, Robert Gavin del *Washington Post*. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su padre. Si está de acuerdo, ¿me concedería una entrevista?

—¿Qué quiere?

—Oiga, señora Whitney, su padre es noticia de primera página. Usted es fiscal del estado. En mi opinión es una historia estupenda. Kate colgó. Jack miró a su exprometida.

—¿Quién era?

—Un reportero.

—Caray, sí que se mueven rápido.

Ella volvió a sentarse con un aire de cansancio que le sorprendió. Jack se acercó a Kate y le cogió de la mano. De pronto Kate le miró asustada.

—Jack, no puedes llevar este caso.

—Claro que sí. Soy miembro activo del colegio de abogados de Virginia. He participado en media docena de juicios por asesinato. Estoy bien preparado.

—No me refiero a eso. Sé que estás preparado. Pero Patton, Shaw no se ocupa de juicios criminales.

—¿Y? Hay que empezar por alguna parte.

—Jack, no bromees. Sullivan es su principal cliente. Tú has trabajado para él. Lo leí en el *Legal Times*.

—Aquí, ahora, no se plantea ningún conflicto. No me enteré de nada en mi relación abogado-cliente con Sullivan que pueda ser utilizado en este caso. El juicio no es contra Sullivan. Somos nosotros contra el estado.

—Jack, no te dejarán que lleves caso.

—Estupendo, entonces renunciaré. Montaré mi propia barraca.

—No puedes hacer eso. Ahora las cosas te van de perlas. No puedes dejarlo como si tal cosa. No por esto.

—Entonces, ¿por qué? Sé que tu padre no le dio una paliza a esa mujer y después le voló la cabeza. Es probable que fuera a la casa para robarla, pero no mató a nadie, eso sí lo sé. Estoy seguro. ¿Quieres saber algo más? Estoy convencido de que sabe quién la mató; eso es lo que lo tiene aterrorizado. Vio algo en aquella casa, Kate. Vio a alguien.

Kate soltó el aliento mientras calaban en ella las palabras. Jack suspiró y se miró los zapatos.

Se levantó, cogió el abrigo y, con ánimo juguetón, metió los dedos en la cintura del pantalón de Kate y tironeó.

—¿Cuánto hace que no comes?

—No lo recuerdo.

—Pues yo recuerdo cuando llenabas los pantalones de una forma hartamente agradable para cualquier hombre.

—Muchas gracias —respondió ella con una sonrisa.

—Todavía no está todo perdido, aún podemos hacer algo al respecto.

Kate miró los cuatro rincones del apartamento. No tenía ningún atractivo.

—¿Qué has pensado?

—Costillas, patatas y alguna cosa más fuerte que una gaseosa. ¿Hecho?

—Espera que busque mi abrigo —contestó Kate sin vacilar.

En la calle, Jack le abrió la puerta del Lexus. Se fijó en cómo Kate no se perdía ni un solo detalle del coche de lujo.

—Seguí tu consejo. Decidí gastar un poco del dinero ganado con el sudor de la frente. —No había acabado de sentarse cuando apareció un hombre en la puerta del pasajero, con barba canosa y bigotito.

Llevaba un sombrero de fieltro, y el abrigo marrón abotonado hasta el cuello. En una mano sostenía una minigrabadora y en la otra una credencial de prensa.

—Bob Gavin, señora Whitney. Creo que se cortó la comunicación. —Miró a Jack y frunció el entrecejo—. Usted es Jack Graham. Le vi en la comisaría. El abogado de Luther Whitney.

—Felicitaciones, señor Gavin, tiene una vista excelente y una sonrisa encantadora. Adiós.

—Espere un minuto, venga, sólo un minuto —rogó Gavin mientras se sujetaba a la puerta—. El público tiene derecho a saber la historia de este caso.

Jack comenzó a decir algo, pero Kate le interrumpió.

—Lo sabrá, señor Gavin. Para eso son los juicios. Estoy segura de que usted tendrá un asiento en primera fila. Buenas noches.

El Lexus arrancó. Gavin pensó en correr detrás del coche pero desistió. A los cuarenta y seis años y en deficiente estado físico era un candidato firme al infarto. Además, todavía era muy pronto. Ya les pillaría. Se arrebujo en el abrigo para protegerse del viento y se marchó.

Era casi medianoche cuando el Lexus se detuvo delante del edificio de Kate.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Jack?

—Demonios, nunca me gustaron los murales, Kate.

—¿Qué?

—Vete a dormir. Los dos necesitamos descansar.

Ella apoyó una mano en la puerta y entonces vaciló. Se volvió para mirar a Jack al tiempo que, con un ademán nervioso, se arreglaba el pelo detrás de la oreja. Esta vez no había dolor en la mirada. Era otra cosa. Jack no acababa de adivinarlo. ¿Quizás alivio?

—Jack, las cosas que dijiste la otra noche...

Él sintió una opresión en la garganta, apretó el aro del volante con las dos manos. Hacía tiempo que se preguntaba cuándo surgiría el tema.

—Kate, he pensado en...

Ella le tapó la boca con la mano. Un pequeño suspiro escapó de sus labios.

—Tenías razón, Jack, sobre un montón de cosas.

Él esperó que entrara en la casa y después se marchó.

Cuando llegó a su casa el casete del contestador automático se había acabado. El intermitente rojo estaba fijo. Decidió que lo más sensato era no hacerle caso. Desconectó el teléfono, apagó las luces e intentó dormir.

No era fácil.

Había actuado con mucha confianza delante de Kate. Pero ¿a quién pretendía engañar? Hacerse cargo del caso por su cuenta, sin hablar con nadie de Patton, Shaw amp; Lord era un suicidio profesional. Sin embargo, ¿habría servido para algo? Ya sabía la respuesta. En el caso de poder escoger, sus socios se hubieran cortado las venas antes de tener a Luther Whitney de cliente.

Pero él era abogado y Luther necesitaba uno. Los temas importantes como éste nunca eran sencillos, por eso se esforzaba en la medida de lo posible en que las cosas fueran blancas o negras. Buenas. Malas. Correctas. Erróneas. No era fácil para un abogado preparado para buscar lo gris en todo. Un abogado en cualquier posición dependía de quién era el cliente para comer cada día.

Él había tomado su decisión. Un viejo amigo luchaba por salvar la vida y le había pedido que le ayudara. A Jack no le importaba que su cliente pareciera ahora dispuesto a rechazarlo. Los acusados en muy poco dados a colaborar. Bueno, Luther le había pedido ayudar y la recibiría, la quisiera o no. En este asunto no había grises. No había vuelta atrás.

Dan Kirksen abrió el *Washington Post* mientras acercaba el vaso de zumo de naranja a la boca. No llegó a probarlo. Gavin se las había apañado para escribir un artículo sobre el caso Sullivan con el único hecho concreto de la participación de Jack Graham, flamante socio de Patton, Shaw amp; Lord, como defensor del acusado. Kirksen llamó de inmediato a la casa de Jack. No obtuvo respuesta. Se vistió, pidió su coche y a las ocho y media entraba en el vestíbulo de la firma. Pasó por delante de la vieja oficina de Jack donde se amontonaban las cajas y objetos personales. El despacho nuevo de Jack estaba un poco más allá, al otro lado del que ocupaba Lord. Una belleza de seis metros por seis con un bar, muebles antiguos y una vista panorámica de la ciudad. Mucho más bonito que el suyo, pensó Kirksen amargado.

El sillón estaba de espaldas a la puerta. Kirksen no se molestó en llamar. Entró y arrojó el periódico sobre la mesa.

Jack se giró en el sillón lentamente. Miró el periódico.

—Bueno, al menos han escrito el nombre de la firma correctamente. Estupenda publicidad. Nos conseguiremos casos de primera.

Kirksen se sentó sin apartar la mirada de Jack. Replicó al comentario de Jack con voz pausada y muy clara, como si hablara con un niño.

—¿Te has vuelto loco? No nos ocupamos de casos criminales. No nos ocupamos de ninguna clase de litigios. —Kirksen se levantó con un movimiento brusco, le brillaba la calva, su cuerpo diminuto temblaba de rabia—. Sobre todo cuando el animal ha asesinado a la esposa del principal cliente de la firma —añadió con voz chillona.

—Eso no es del todo correcto. No nos ocupábamos de casos criminales pero ahora sí. Además, en la facultad me enseñaron que el acusado es inocente hasta que se demuestre lo contrario, Dan. Quizá lo has olvidado. —Jack miró a Kirksen muy tranquilo. «Cuatro millones contra tus seiscientos mil. Cállate, gilipollas».

Kirksen sacudió la cabeza y miró al techo con el aire de quien se enfrenta a una situación absurda.

—Jack, quizá no tienes muy claros los procedimientos que se siguen en la firma antes de aceptar cualquier asunto nuevo. Mi secretaria te enviará una copia de los pasos a seguir. Mientras tanto, haz lo que sea necesario para desvincular inmediatamente a la firma y a ti mismo de este caso.

Con un aire de desprecio, Kirksen dio media vuelta dispuesto a marcharse. Jack dejó el sillón.

—Escucha, Dan, he aceptado el caso, lo defenderé en el juicio y no me importa lo que tú o la política de la empresa digan al respecto. Cierra la puerta cuando salgas.

Kirksen volvió a girarse y observó a Jack con una mirada muy atenta.

—Jack, ve con cuidado. Soy el socio gerente de la firma.

—Sé quién eres, Dan. Seguro que siendo tan responsable, sabrás cerrar la puerta

cuando salgas.

Kirkxen, sin decir ni una palabra más, giró sobre los talones y salió sin olvidarse de cerrar la puerta.

Poco a poco desapareció el dolor de cabeza y Jack volvió a su trabajo. Le faltaba poco para completar los documentos. Quería presentarlos antes de que nadie intentara detenerlo. Imprimió los documentos, los firmó y llamó a un mensajero. Hecho esto descansó unos momentos en el sillón. Eran casi las nueve. Tenía que ponerse en marcha, la cita con Luther era a las diez. Tenía que formular un sinnúmero de preguntas. Entonces recordó aquella noche. La noche helada en el Mall. La mirada de Luther. Jack haría las preguntas, pero sólo podía confiar en que sería capaz de aceptar las respuestas.

Se puso el abrigo, y unos minutos más tarde, iba en su coche camino a la cárcel del condado de Middleton.

Según la constitución de la mancomunidad de Virginia y el estatuto de procedimiento criminal, el estado debe entregar al acusado cualquier evidencia. No hacerlo significa el fin fulminante de la carrera del fiscal, además de permitir que el acusado resultara absuelto en la apelación.

Estas normas traían de cabeza a Seth Frank. Pensaba en el detenido sentado en la celda a unos pocos pasos de su oficina. Su apariencia tranquila no preocupaba a Frank. Algunos de los criminales más salvajes que había arrestado después de haberle abierto la cabeza a alguien por diversión, parecían chicos del coro de la iglesia. Gorelick estaba montando un buen caso, recolectaba metódicamente un saco de pequeñas hebras que tejidas todas juntas delante de un jurado, se convertirían en una soga bien sólida para colgar a Luther Whitney. Esto tampoco preocupaba a Frank.

Lo que le preocupaban era las pequeñas cosas que no encajaban. Las heridas. Las dos armas. Una bala arrancada de la pared. El lugar limpio como una sala de operaciones. El hecho de que Luther estuviera en Barbados y hubiese vuelto. El tipo era un profesional. Frank había dedicado cuatro días a averiguar todo lo posible sobre Luther Francis Whitney. Había resuelto un crimen complicadísimo que excepto por un golpe de suerte habría quedado impune. Un botín de millones, los polis sin una pista; estaba fuera del país, y el muy hijo de puta regresa. Los profesionales no hacían estas cosas. Frank hubiese comprendido que regresara por la hija, pero lo había comprobado en la compañía aérea. Luther Whitney había regresado a Estados Unidos con un nombre falso mucho antes de que Frank urdiera la trampa con Kate.

Y lo más grave: ¿debía creer que Luther Whitney tenía algún motivo para revisar la vagina de Christine Sullivan? Para colmo alguien había intentado matar el tipo. Ésta era una de las pocas ocasiones en que Frank tenía más preguntas sin responder después de arrestar al sospechoso que antes de pillarlo.

Sacó el paquete de cigarrillos. Había renunciado a los caramelos. Intentaría dejar de fumar el año que viene. Cuando levantó la mirada se encontró con Bill Burton delante de su mesa.

—Que quede claro, Seth, que no puedo probar nada, pero en mi opinión tuvo que ser de esa manera.

—¿Está seguro de que el presidente se lo dijo a Sullivan?

Burton asintió. Se entretuvo por un momento con una taza vacía que estaba sobre la mesa del teniente.

—Acabo de estar en una reunión con él. Supongo que fue culpa mía no decirle que se lo callara. Lo siento, Seth.

—Joder, es el presidente, Bill. ¿Quién le dice al presidente lo que debe hacer?

—Entonces, ¿qué le parece?

—Tiene sentido. No puedo dejarlo correr, eso se lo advierto desde ahora. Si Sullivan estuvo detrás de esto iré a por él. No me importan sus razones. Aquel disparo pudo matar a cualquiera.

—Quizá, pero sabiendo cómo actúa Sullivan, no encontrará gran cosa. Es probable que el tirador esté en alguna isla del Pacífico con una cara nueva y disponga de un centenar de testigos dispuestos a jurar que nunca estuvo en Estados Unidos.

Frank acabó de escribir en el libro de registro.

—¿Consiguió sacarle algo a Whitney?

—¡Ni una palabra! Su abogado le ha dicho que no abra la boca.

—¿Quién es? —Burton disimuló su interés.

—Jack Graham. Trabajaba en la oficina del defensor público del distrito. Ahora es uno de los socios de uno de esos grandes bufetes de postín. En este momento está reunido con Whitney.

—¿Es bueno?

Frank hizo una pausa. Retorció el palo de la cerilla.

—Sabe lo que hace —contestó.

—¿Cuándo formalizarán la acusación?

—Mañana a las diez.

—¿Llevará a Whitney?

—Sí. ¿Quiere venir, Bill?

—No quiero saber nada más de este asunto —contestó Burton que se tapó los oídos con las manos.

—¿Cómo es eso?

—No quiero que nada pueda llegar a oídos de Sullivan.

—¿Cree que lo intentarán de nuevo?

—Lo único que sé es que no sé la respuesta a esa pregunta y usted tampoco. Yo en su lugar adoptaría unas cuantas medidas especiales. Frank le miró con atención.

—Cuide de nuestro muchacho, Seth. Tiene una cita con la cámara de ejecución en Greenville.

Burton se marchó.

Frank permaneció sentado un rato más. Lo que había dicho Burton tenía sentido. Quizá lo intentarían otra vez. Cogió el teléfono, marcó un número, habló durante un

par de minutos y colgó. Había tomado todas las precauciones necesarias para transportar a Luther. Esta vez Frank confiaba en que no habría filtraciones.

Jack dejó a Luther en la sala de interrogatorios y cruzó el vestíbulo para ir a la máquina de café. Delante de él tenía a un tipo fornido, con un buen traje y paso ágil. El hombre se dio vuelta en el momento que Jack pasaba a su lado. Tropezaron.

—Perdone.

Jack se frotó el hombro donde se había golpeado contra el arma.

—No es nada.

—Usted es Jack Graham, ¿no?

—Depende de quién lo pregunte. —Jack miró al tipo; a la vista de que iba armado no podía ser un reportero. Por la manera que mantenía las manos listas para actuar al instante y la mirada que se fijaba en todo sin que pareciera hacerlo debía ser un poli.

—Bill Burton, servicio secreto de Estados Unidos.

Se dieron la mano.

—Soy una especie de correveidile del presidente en esta investigación.

—Ahora le recuerdo. Estuvo en la conferencia de prensa. Bueno, supongo que su jefe estará muy contento esta mañana.

—Lo estaría si no fuera por el follón que hay en el resto del mundo. En cuanto a su cliente, vaya, en mi opinión sólo se es culpable cuando lo dice el jurado.

—Estupendo. ¿Quiere estar en mi jurado?

—Tranquilo. —Burton sonrió—. Ha sido un placer hablar con usted.

Jack dejó los dos vasos de café sobre la mesa y miró a Luther. Después se sentó y acomodó por enésima vez el bloc de notas impoluto.

—Luther, si no me das alguna información tendré que improvisar sobre la marcha.

Luther bebió un trago de café mientras miraba a través de la ventana el roble pelado y solitario que había junto al edificio. La nevada era espesa. Bajaba la temperatura y la circulación era un desastre.

—¿Qué quieres que te diga, Jack? Consígueme un arreglo, evítanos a todos las molestias del juicio y acabemos con este asunto.

—Me parece que no lo entiendes, Luther. Éste es el arreglo que ofrecen. Te atarán en una camilla, te meterán una aguja en la vena, te llenarán de veneno y dirán que eres un experimento de química. Aunque creo recordar que la comunidad permite que el condenado escoja. La inyección o asarte en la silla eléctrica. Eso es lo que ofrecen.

Jack se levantó y fue a mirar por la ventana. Por un momento pasó por su cabeza la imagen de una encantadora velada delante de un buen fuego en la chimenea de la mansión mientras los pequeños Jack y Jennifer correteaban por el patio. Tragó saliva, sacudió la cabeza y volvió a mirar a Luther.

—¿Has escuchado lo que acabo de decir?

—Te he oído. —Por primera vez, Luther devolvió la mirada de Jack.

—Luther, ¿quieres por favor decirme qué pasó? Quizás estabas en aquella casa,

quizá robaste el contenido de la caja fuerte, pero nunca, nunca conseguirás hacerme creer que tú mataste a la mujer. Te conozco, Luther.

—¿De veras, Jack? —Luther sonrió—. Eso está bien, quizás uno de estos días podrás decirme quién soy.

—Te declararé no culpable —afirmó Jack al tiempo que guardaba el bloc en el maletín—. Quizá recuperes la sensatez antes de que comience el juicio. —Hizo una pausa y añadió—: Así lo espero.

Se volvió dispuesto a marcharse. Sintió la mano de Luther que se posaba sobre su hombro. Miró al viejo y vio cómo le temblaba el rostro.

—Jack. —Luther tragó con dificultad, le parecía tener la lengua hinchada como un balón—. Si pudiera decírtelo te lo diría. Pero eso no serviría de nada, ni a ti, ni a Kate o a cualquier otro. Lo siento.

—¿Kate? ¿De qué hablas?

—Ya nos veremos, Jack. —Luther miró otra vez por la ventana. Jack miró a su amigo, sacudió la cabeza, y golpeó la puerta para llamar al guardia.

Los gruesos copos de nieve habían sido reemplazados por el granizo que repiqueteaba contra los ventanales como una lluvia de guijarros. Kirksen no prestó atención al tiempo sino que miró directamente a Lord. La pajarita del socio gerente estaba un poco torcida. Se dio cuenta al verse reflejado en el cristal y la enderezó con un ademán furioso. Le brillaba la calva por culpa de la rabia y la indignación. El mierda de Jack iba a recibir su merecido. Nadie le hablaba a él de esa manera.

Sandy Lord contempló la masa oscura de los edificios en el horizonte. Un puro humeaba en su mano derecha. Se había quitado la chaqueta y la enorme barriga tocaba la ventana. Los tirantes rojos resaltaban sobre el blanco immaculado de la camisa almidonada. Miró con atención a una figura que cruzaba la calle a la carrera detrás de un taxi.

—Está socavando la relación que tiene esta firma, y la tuya, con Walter Sullivan. No quiero imaginar lo que debe haber pensado Sullivan esta mañana cuando vio el periódico. Su propia firma, su abogado representando a esta persona. ¡Dios mío!

Lord sólo escuchaba en parte el discurso de Kirksen. No tenía noticias de Sullivan desde hacía varios días. Las llamadas a la oficina ya su casa no habían sido contestadas. Nadie sabía dónde estaba. Éste no era un comportamiento habitual. Su viejo amigo siempre se había mantenido en contacto permanente con un reducido círculo de personalidades del que Sandy Lord formaba parte.

—Sugiero, Sandy, que tomemos una decisión inmediata contra Graham. No podemos dejarlo correr. Sentaría un precedente nefasto. Me importa un comino que Baldwin sea su cliente. Caray, Baldwin es conocido de Walter. Debe estar furioso con toda esta situación. Podemos convocar una reunión del comité de dirección para esta noche. No creo que tardemos mucho en adoptar una decisión. Entonces...

Por fin Lord levantó una mano para interrumpir la palabrería de Kirksen.

—Yo me encargaré del asunto.

—Pero, Sandy, como socio gerente creo que...

Lord se volvió para mirarle. Los ojos enrojecidos se clavaron en la figura canija de Kirksen como dos puñales.

—Dije que me encargaré del asunto.

Lord miró otra vez por la ventana. Le traía sin cuidado ofender a Kirksen. Lo único que le preocupaba era que alguien había intentado matar al hombre acusado de asesinar a Christine Sullivan. Y que nadie podía hablar con Walter Sullivan.

Jack aparcó el coche, miró al otro lado de la calle y cerró los ojos. Esto no le sirvió de nada porque la matrícula privada parecía estar impresa en la retina. Salió del coche y esquivó a los vehículos mientras cruzaba el pavimento resbaladizo.

Metió la llave en la cerradura, se armó de valor y abrió la puerta.

Jennifer le esperaba sentada en una silla junto al televisor. La falda corta negra hacía juego con los zapatos de tacón alto negros y las medias caladas del mismo color. La blusa blanca abierta; en el cuello un collar de esmeraldas refulgía como un faro en la pequeña habitación. Había un abrigo largo de marta cibelina bien doblado sobre el sofá cubierto con una sábana. La joven repiqueteaba con las uñas contra el televisor cuando él entró. Jennifer le miró sin decir palabra. Los labios pintados color rubí formaban una línea recta.

—Hola, Jenn.

—No hay duda de que has estado muy ocupado en las últimas veinticuatro horas, Jack. —Ella no sonrió; continuó repiqueteando con las uñas.

—Tengo que ganarme la vida, ya lo sabes. —Se quitó el abrigo y la corbata; fue a la cocina a buscar una cerveza y cuando volvió se sentó en el sofá—. Sabes, he conseguido un caso.

Jennifer metió una mano en el bolso, sacó un ejemplar del *Post* y lo arrojó sobre el sofá.

—Estoy enterada.

Él miró los titulares.

—Tu firma no te dejará hacerlo.

—Mala suerte, ya lo he hecho.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Qué diablos se te ha metido en la cabeza?

—Jenn, conozco al tipo, ¿está bien? Le conozco, es amigo mío. No le creo capaz de matar a nadie y voy a defenderlo. Es algo que hacen los abogados todos los días en todos los lugares donde hay acusados, y en este país los encuentras hasta debajo de las piedras.

—Se trata de Walter Sullivan, Jack —le recordó Jennifer—. Piensa en lo que haces.

—Sé que Walter Sullivan está por medio, Jenn. ¿Y qué? ¿Luther Whitney no se merece una buena defensa porque alguien dice que mató a la esposa de Walter Sullivan? Perdona, pero ¿dónde está escrito?

—Walter Sullivan es tu cliente.

—Luther Whitney es mi amigo y le conozco desde mucho antes que a Walter Sullivan.

—Jack, el hombre que defiendes es un criminal vulgar. Ha estado en la cárcel buena parte de su vida.

—Hace veinte años que no ha pisado una cárcel.

—Es un ladrón convicto.

—Pero nunca le condenaron por asesinato —replicó Jack.

—En esta ciudad hay más abogados que asesinos. ¿Por qué no se puede ocupar del caso otro abogado?

—¿Quieres una cerveza?

—Responde a mi pregunta.

Jack se levantó y arrojó la botella contra la pared.

—¡Porque él me lo pidió!

Jenn le miró, la expresión de miedo que apareció en su rostro se esfumó en cuanto los trozos de cristal y la cerveza cayeron al suelo. Recogió el abrigo y se lo puso.

—Estás cometiendo un error muy grave y espero que recuperes la sensatez antes de que el daño sea irreparable. A mi padre casi le dio un ataque cuando leyó el artículo.

Jack apoyó una mano sobre el hombro de la muchacha y la obligó a volverse.

—Jenn, esto es algo que debo hacer —dijo en voz baja—. Confiaba en que tú me apoyarías.

—Jack, ¿por qué no dejas de beber cerveza y comienzas a pensar en cómo quieres vivir el resto de tus días?

Jennifer se marchó y Jack se apoyó contra la puerta masajeándose las sienas hasta que le pareció que la piel se le desprendería por la presión ejercida por los dedos. Observó a través de los cristales sucios de la ventana cómo desaparecía el coche en la nevada. Se sentó en el sofá y releyó los titulares.

Luther quería hacer un trato pero no había trato posible. El escenario estaba preparado. Todo el mundo quería asistir al juicio. Los informativos de televisión había hecho un análisis detallado del caso; decenas de millones de personas habían visto la foto de Luther. Las encuestas sobre la inocencia o culpabilidad de Luther marcaban que el público le consideraba culpable por amplia mayoría. Y Gorelick se relamía los labios pensando que ésta era la oportunidad de oro para aspirar al cargo de fiscal general en unos pocos años. En Virginia, los fiscales generales solían presentarse, y ganaban, a las elecciones a gobernador.

Bajo, calvo y gritón. Gorelick era tan mortífero como una cascabel rabiosa. Juego sucio, ética dudosa, siempre dispuesto a clavar el puñal en la espalda a la primera ocasión. Así era George Gorelick. Jack sabía que le aguardaba una pelea muy dura.

Mientras tanto, Luther no hablaba. Tenía miedo. ¿Qué tenía que ver Kate con ese miedo? Nada encajaba. Mañana se presentaría ante el juez y solicitaría la absolución de Luther cuando no tenía nada para demostrar que no era culpable. Pero probarlo era

trabajo del estado. El problema radicaba en que podían hacerlo. Jack podía buscarle los tres pies al gato, pero su cliente había estado tres veces en la cárcel aunque en los últimos veinte años no aparecían más delitos en sus antecedentes. A ellos les tenía sin cuidado. ¿Por qué iban a preocuparse? El tipo era el final perfecto para una historia trágica. El ejemplo ideal de la regla de las tres condenas.

Arrojó el periódico al otro lado de la habitación, recogió los cristales rotos y limpió la cerveza derramada. Se frotó la nuca, tenía los músculos rígidos. Fue al dormitorio y se puso un chándal.

La YMCA estaba a diez minutos de su casa. Jack tuvo la suerte de encontrar un hueco delante mismo del local y aparcó el coche. El sedán negro que venía detrás no tuvo la misma suerte. El conductor dio varias vueltas a la manzana hasta que se decidió a aparcar en la acera opuesta. Limpió el vaho de la ventanilla del pasajero y miró el edificio de la YMCA. Al cabo de un instante salió del coche y subió las escaleras. Echó una ojeada a su alrededor, observó el Lexus y después entró en el local.

Tres partidos de baloncesto más tarde, Jack estaba empapado de sudor. Se sentó en el banco mientras los adolescentes continuaban jugando con el vigor inagotable de la juventud. Jack gimió cuando uno de los larguiruchos chicos negros, vestido con unos pantalones cortos que le venían grandes, camiseta de tirantes y unas zapatillas enormes, le lanzó la pelota. Se la devolvió.

—Lo siento, tíos, ya es suficiente.

—¿Qué pasa, tío, estás cansado?

—No, sólo viejo.

Jack se masajeó las pantorrillas para aliviar las agujetas y abandonó la cancha.

En el momento que salía del edificio sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

Jack conducía el coche. Miró de reojo a su acompañante. Seth Frank miraba con admiración el interior del Lexus.

—Me han contado maravillas de estos coches. ¿Cuánto le costó si no le molesta que pregunte?

—Cuarenta y nueve mil quinientos.

—¡Diablos! No los gano en todo el año.

—Tampoco yo hasta hace poco.

—Creo que los defensores públicos no ganan mucho.

—Así es.

Permanecieron en silencio durante un par de minutos. Frank era consciente de que estaba infringiendo todas las reglas y Jack también lo sabía. Por fin, Jack le miró.

—Escuche, teniente, doy por hecho que no está aquí para hablar del coche. ¿Quiere alguna cosa?

—Gorelick tiene un caso ganador contra su cliente.

—Quizá. Tal vez no. No tengo intención de tirar la toalla si es eso lo que quiere averiguar.

—¿Pedirá la absolución?

—No, voy a llevarlo hasta el centro correccional de Greenville y yo mismo me encargaré de inyectarle la mierda. Siguiendo pregunta.

—Bueno, me lo merezco —reconoció Frank con una sonrisa—. Usted y yo tenemos que hablar. Hay algunas cosas en este caso que no concuerdan. No sé si favorecen o hunden más a su cliente. ¿Está dispuesto a escuchar?

—De acuerdo, pero no crea que será un intercambio de información.

—Conozco un lugar donde la carne la puedes cortar con el tenedor y el café es pasable.

—¿Es un lugar discreto? No creo que le sienta bien el uniforme.

—Siguiendo pregunta —contestó Frank sonriente.

Jack le devolvió la sonrisa, y se acercaron hasta su casa para cambiarse.

Jack pidió otra taza de café mientras Frank continuaba con la primera. La carne rellena resultó deliciosa, y el lugar estaba tan aislado que Jack ni siquiera tenía claro dónde se encontraba. En alguna parte del sur de Maryland. Echó una ojeada a los pocos comensales del restaurante. Nadie se fijaba en ellos. Se volvió hacia su compañero de mesa que le miraba con una expresión risueña.

—Tengo entendido que usted y Kate Whitney mantuvieron una relación hace tiempo.

—¿Se lo dijo ella?

—Qué va, no. Vino a la comisaría unos minutos después de que usted se marchara. El padre no quiso verla. Hablé con ella un rato. Me disculpé por cómo habían ido las cosas. —Los ojos de Frank brillaron por un momento, y añadió—: No tendría que haber hecho lo que hice, Jack. Utilizarla para cazar al padre. Nadie se lo merece.

—Funcionó. Algunas personas le dirían que no se debe lamentar el éxito.

—Está bien. La cuestión es que hablamos de usted. No soy tan viejo como para no ver un destello en los ojos de una mujer.

La camarera trajo el café de Jack. Él bebió un trago. Los dos hombres miraron a través de la ventana. Había cesado la nevada y el campo aparecía cubierto de un grueso y esponjoso manto blanco.

—Escuche, Jack, sé que el caso contra Luther es circunstancial, pero en muchas ocasiones ha sido suficiente para enviar a mucha gente a la cárcel.

—No lo dudo.

—La verdad, Jack, es que hay un montón de cosas que no encajan.

—Le escucho.

Frank echó una ojeada al salón y después miró otra vez a Jack.

—Sé que me estoy jugando el tipo, pero no me hice policía para enviar gente a la

cárcel por delitos que no cometieron. Ya tienen bastantes culpables ahí dentro.

—¿Qué es lo que no encaja?

—Algunas cosas las verá usted mismo cuando reciba todos los informes, pero la cuestión es que estoy convencido de que Luther Whitney cometió el robo en la casa, y también estoy convencido de que no mató a Christine Sullivan. Pero...

—Pero piensa que vio al que lo hizo.

—¿Cuánto hace que lo piensa? —le preguntó el teniente que se echó para atrás en la silla y le miró sorprendido.

—No hace mucho. ¿Alguna idea al respecto?

—Creo que a su hombre casi le pillaron con las manos en la masa y entonces tuvo que meterse dentro.

Jack le miró extrañado. Frank se tomó unos pocos minutos para hablarle de la caja fuerte, la incongruencia de las pruebas materiales y sus propias dudas.

—Así que Luther está metido en la caja fuerte mirando lo que hacen la señora Sullivan y el tío que está con ella. Entonces pasa alguna cosa y la matan. Después, Luther ve cómo limpian todas las huellas.

—Es lo que creo, Jack.

—Él no se presenta a la policía porque no puede hacerlo sin acusarse a sí mismo.

—Eso explica muchas cosas.

—Excepto quién lo hizo.

—El único sospechoso es el marido, y no creo que fuera él.

—De acuerdo —asintió Jack que, por un instante, pensó en Walter Sullivan—. Entonces, ¿quién no es tan obvio?

—La persona que estuvo con ella aquella noche.

—Por lo que me cuenta de la vida sexual de la difunta, eso nos reduce la búsqueda a un par de millones.

—Nunca dije que sería fácil.

—La intuición me dice que no es un cualquiera.

—¿Por qué no?

Jack bebió un trago de café y miró la porción de pastel de manzana.

—Mire, teniente...

—Seth.

—Bueno, Seth, sé que estoy caminando por la cuerda floja. Le escucho y le agradezco la información. Pero...

—Pero no sabe a ciencia cierta si confiar en mí, y en cualquier caso, no quiere decir nada que pueda perjudicar a su cliente.

—Algo así.

—Me parece justo.

Pagaron la cuenta y se marcharon. En el viaje de regreso comenzó a nevar con tanta fuerza que los limpiaparabrisas se veían desbordados.

Jack miró al detective, que mantenía la mirada al frente, ensimismado en sus

pensamientos, o quizá sólo a la espera de que Jack dijera algo.

—Está bien, correré el riesgo. No tengo mucho que perder, ¿no?

—Creo que no —contestó Frank sin desviar la mirada del parabrisas.

—Aceptemos por el momento que Luther estaba en la casa y vio el asesinato de la mujer.

Esta vez, Frank miró a Jack con una expresión de alivio en el rostro.

—Bien.

—Hay que conocer a Luther, saber cómo piensa, comprender cómo reaccionaría ante algo así. Es la persona más serena que conozco. Aunque sus antecedentes no lo mencionen, es digno de toda confianza y muy responsable. Si yo tuviera hijos y necesitara dejarles con alguien, los dejaría con Luther porque sé que nada malo podría pasarles mientras estuvieran con él. Es muy capaz. Luther lo ve todo. Es un maniático del control.

—Excepto que su hija le metiera en una trampa.

—Así es, excepto eso. No lo habría descubierto. Ni en mil años.

—Sé a la clase de persona que se refiere, Jack. Algunos de los tipos que he arrestado, aparte del hábito de robar cosas a la gente, eran las personas más dignas que he conocido en mi vida.

—Le juro que si Luther vio el asesinato de la mujer habría buscado la manera de entregar al asesino a la poli. No lo habría dejado correr. ¡No le habría dejado salirse con la suya! —Jack miró muy serio a través del parabrisas.

—¿A no ser?

—A no ser que tuviera un motivo muy justificado. Quizá conocía al asesino o había escuchado hablar de él.

—¿Se refiere a la clase de persona a la que nadie creería capaz de hacer algo así y entonces Luther pensó que no valía la pena intentarlo?

—Tiene que haber algo más, Seth. —Jack dobló en la esquina siguiente y aparcó el coche delante de la YMCA—. Nunca había visto a Luther tan asustado antes de que ocurriera todo esto. Ahora está asustado. Aterrorizado. Se ha resignado a aceptar la culpa y no sé por qué. Me refiero a que incluso se había ido del país.

—Y regresó.

—Así es, y sigo sin saber por qué. Por cierto, ¿tiene la fecha del regreso?

Frank buscó en la libreta y le dijo la fecha.

—¿Qué pasó después del asesinato de Christine Sullivan que le llevó a volver?

—Podría ser cualquier cosa —opinó Frank, que se encogió de hombros.

—No, fue una cosa determinada y si pudiéramos descubrir qué fue, quizá podamos encontrar la solución a todo este asunto.

Frank guardó la libreta y pasó una mano sobre el tablero mientras pensaba. Jack se acomodó mejor en el asiento.

—Además no sólo está asustado por lo que le pueda pasar. Le espanta lo que le pueda pasar a Kate.

—¿Cree que alguien amenazó a Kate?

—No. Ella me lo habría dicho —contestó Jack—. Creo que alguien le hizo llegar el mensaje a Luther. Si hablas me la cargo.

—¿La misma gente que intentó matarle?

—Quizá. No lo sé.

Frank unió las manos y las apretó con fuerza. Observó la calle por un momento, inspiró con fuerza y miró a Jack.

—Mire, tiene que conseguir que Luther hable. Si nos entrega al asesino de Christine Sullivan, recomendaré la libertad condicional y trabajos sociales a cambio de su cooperación; no tendrá que ir a la cárcel. Joder, hasta es probable que Sullivan le deje quedarse con el botín a cambio del asesino.

—¿Recomendará?

—Digamos que se lo haré tragar a Gorelick. ¿Le parece bien? —Frank le ofreció la mano.

Jack se la aceptó mientras miraba al detective a los ojos.

—Me parece bien.

Frank salió del coche pero volvió a asomar la cabeza antes de cerrar la puerta.

—Por lo que a mí respecta, el encuentro de esta noche nunca ocurrió y lo que me ha dicho es algo que no saldrá a la luz, sin excepciones. Ni siquiera en el banco de los testigos. En serio.

—Gracias, Seth.

Seth Frank caminó sin prisa hacia el lugar donde tenía aparcado el coche mientras el Lexus pasaba junto a él, doblaba en la esquina y desaparecía de la vista.

Tenía muy claro qué clase de persona era Luther Whitney. ¿Qué podía aterrorizar tanto a un tipo así?

Eran las siete y media de la mañana cuando Jack entró con el Lexus en el aparcamiento de la comisaría de Middleton. El día era despejado pero muy frío. Entre los vehículos policiales cubiertos de nieve había un sedán negro con el capó frío. Seth Frank se levantaba temprano.

Luther tenía un aspecto distinto; el uniforme naranja de los presos había sido reemplazado por un traje marrón, y la corbata a rayas era discreta. Con el pelo gris bien cortado y los restos del moreno de las islas podía pasar por un vendedor de seguros o un socio mayor de un bufete de abogados. Algunos abogados defensores habrían reservado el traje para el juicio donde el jurado tendría ocasión de ver que el acusado no era mala persona, sino un incomprendido. Pero Jack estaba dispuesto a insistir en el asunto; estaba convencido de que Luther no se merecía ir vestido de naranja brillante. Quizás era un delincuente, pero no la clase de malhechor que hacía temblar a la gente o capaz de atacar a cualquiera. Esos tipos merecían que les vistieran de naranja para que los demás vieran en todo momento dónde estaban.

Esta vez Jack no se molestó en abrir el maletín. Ya conocía la rutina. Le leerían a Luther los cargos de la acusación. El juez le preguntaría a Luther si entendía los cargos y entonces Jack presentaría la solicitud de absolución. A continuación, el juez formularía toda una serie de preguntas para determinar si Luther comprendía lo que significaba la solicitud de absolución, y si Luther estaba satisfecho con su representante legal. La única cosa que preocupaba a Jack era que Luther le enviara a tomar por el culo y se declarara culpable. Esto ya había ocurrido en otras ocasiones. ¿Y quién sabía lo que podía pasar? El juez quizá lo aceptara. Pero lo más probable era que el juez se atuviera al reglamento, porque, en un caso de asesinato donde se pedía la pena capital, cualquier fallo en los procedimientos podía dar pie a una apelación. Y las apelaciones en las condenas a muerte podían durar años. Jack tendría que confiar en que las cosas salieran bien.

Con un poco de suerte, todo el procedimiento duraría cinco minutos. Fijarían la fecha del juicio y entonces comenzaría la diversión.

Dado que la mancomunidad ya disponía de una orden de acusación contra él, Luther no tenía derecho a una audiencia preliminar. A Jack no le hubiera servido de mucho, pero al menos habría tenido la ocasión de echarle una ojeada al caso de la mancomunidad y de hacerles algunas preguntas a los testigos de la acusación, aunque los jueces del circuito por lo general no dejaban que los defensores utilizaran las audiencias preliminares para averiguar alguna cosa.

También podría haber aceptado la orden de procesamiento, pero la intención de Jack era hacerles luchar por cada punto. Quería a Luther ante el jurado, para que todos le vieran, y quería que la solicitud de absolución se escuchara con toda claridad. Después pretendía tumbar a Gorelick con la petición de cambio de juzgado y sacar el caso de la jurisdicción del condado de Middleton. Con un poco de suerte

nombrarían a otro fiscal y el señor Futuro Fiscal General se pillaría un cabreo que le duraría décadas. Y a continuación conseguiría que Luther hablara. Kate tendría protección. Luther contaría su historia y entonces llegarían al arreglo del siglo. Jack miró a Luther.

—Tienes buena pinta.

Los labios de Luther se torcieron en una mueca de burla.

—Kate quiere verte antes del proceso.

—No. —La respuesta de Luther sonó como un disparo.

—¿Por qué no? Ya está bien, Luther. Primero querías recuperar tu relación con ella, y ahora que, por fin, Kate parece dispuesta, tú te cierras. Maldita sea, hay veces que no te entiendo.

—No la quiero cerca de mí.

—Mira, ella lamenta lo que hizo. Está destrozada, te lo juro.

—¿Cree que estoy enojado con ella? —preguntó Luther.

Jack se sentó. Por primera vez había conseguido la atención de Luther. Se reprochó no haber probado antes con este tema.

—Claro que sí. ¿Por qué otro motivo no querrías verla?

Luther miró la vulgar mesa de pino y meneó la cabeza, disgustado.

—Dile que no estoy enojado. Ella hizo lo correcto. Díselo.

—¿Por qué no se lo dices tú?

Luther se levantó con un movimiento brusco caminó por el cuarto antes de detenerse delante de Jack.

—¿Sabes una cosa? Este lugar tiene muchos ojos. ¿Me comprendes? Alguien la ve aquí conmigo, entonces ese alguien piensa que ella sabe algo que no sabe. Créeme, eso no es bueno.

—¿De quién hablas?

—Sólo transmítele lo que te digo. —Luther se sentó—. Dile que la quiero, que siempre la he querido y la querré. Convéncela, Jack. Lo demás no importa.

—¿Me estás diciendo que ese alguien pensará que me has dicho algo aunque no me lo hayas dicho?

—Te dije que no aceptarás el caso, Jack, pero no quisiste escucharme.

Jack encogió los hombros, abrió el maletín y sacó un ejemplar del *Post*.

—Mira los titulares.

Luther echó una ojeada a la primera página. Entonces en un arrebato de cólera arrojó el periódico contra la pared.

—¡Maldito cabrón! ¡Maldito cabrón! —Las palabras explotaron de la boca del viejo.

Se abrió la puerta de la habitación y un guardia gordo asomó la cabeza, con una mano puesta sobre el arma reglamentaria. Jack le indicó con un ademán que no pasaba nada y el poli se apartó lentamente sin quitar la mirada de Luther.

Jack dejó la silla y fue a recoger el periódico. En la primera plana aparecía una

foto de Luther tomada delante de la comisaría. El titular, en letras enormes, reservadas casi siempre para noticias como «Los Skins ganan la Super Bowl», decía: «Hoy se presenta ante el juez el presunto asesino de Sullivan». Jack observó el resto de la página. «Más muertes en la antigua Unión Soviética mientras continuaba la limpieza étnica. El departamento de Defensa preparaba otro recorte presupuestario». La mirada de Jack pasó por encima pero sin darse cuenta en el anuncio del presidente Alan Richmond sobre la reforma de la asistencia sanitaria y una foto del primer mandatario en un centro infantil de los barrios pobres del sudeste de la capital.

El rostro sonriente había sido como un mazazo en la frente de Luther. Con un bebé negro en los brazos para que todo el mundo le viera. Mentiroso cabrón hijo de puta. En sus recuerdos, el puño machacaba el rostro de Christine Sullivan. La sangre volaba por el aire. Las manos se cerraban sobre la garganta como una serpiente, arrancándole la vida sin ningún remordimiento. Era un ladrón de vidas. Besaba bebés y asesinaba mujeres.

—¿Luther? ¿Luther? —Jack apoyó una mano sobre el hombro de Luther. El viejo se sacudía como una máquina que necesitaba una puesta a punto, amenazaba con saltar hecho pedazos, sin poder contenerse por más tiempo en el interior de una cáscara que se resquebrajaba. Por un momento, Jack se preguntó si Luther habría matado a la mujer, si su amigo se habría vuelto loco. Sus temores se disiparon cuando Luther volvió a mirarle. Los ojos aparecían serenos una vez más.

—Sólo dile a Kate lo que te he dicho, Jack. Acabemos de una vez con esto.

El juzgado de Middleton había sido desde siempre el centro del condado. El edificio, construido hacía ciento noventa y cinco años, había sobrevivido a la guerra contra los ingleses en 1812, a los yanquis y a los confederados en la guerra de la agresión nortea o la guerra civil según el lado de la línea Mason-Dixon en que estuviera la persona que respondiera. Las obras de reforma de 1947 lo habían remozado y los ciudadanos honrados esperaban que siguiera en pie para disfrute de sus biznietos, y que lo visitaran de cuando en cuando por cosas no mucho más serias que una infracción de tráfico o solicitar una licencia de matrimonio.

Al principio el edificio se erguía solo al final de la calle de doble dirección que era la zona comercial de Middleton, pero ahora compartía el espacio con tiendas de antigüedades, restaurantes, un mercado, un hostel enorme y una gasolinera que era toda de ladrillo, para mantener el estilo arquitectónico de la zona. Apiñadas a muy poca distancia del juzgado había una serie de oficinas donde colgaban los carteles de muchos abogados rurales de prestigio.

Era un lugar tranquilo excepto los viernes por la mañana, que era el día de registro de sumarios de procedimientos civiles y criminales, pero en esta ocasión el juzgado de Middleton ofrecía un espectáculo que hubiera hecho remover en sus tumbas a los fundadores de la ciudad. A primera vista daba la impresión de que los rebeldes y los chaquetas azules de la Unión habían vuelto para dirimir sus diferencias de una vez para siempre.

Seis camiones de la televisión con las letras de sus cadenas pintadas a los costados blancos habían tomado posición delante de las escaleras del juzgado. Los grandes mástiles de las antenas se desplegaban lentamente. Una multitud de diez en fondo se apiñaba y empujaba contra la barrera de alguaciles, reforzada con agentes de la policía estatal de Virginia que miraban imperturbables a la masa de reporteros que agitaban libretas, micrófonos y bolígrafos delante de sus caras.

Por fortuna, el edificio tenía una entrada lateral, que en este momento estaba protegida por un semicírculo de policías, provistos con armas antidisturbios y escudos, que desafiaban a cualquiera que intentara acercarse. La furgoneta que transportaba a Luther se detendría aquí. Por desgracia, el juzgado no disponía de un garaje interior. Pero la policía consideraba que tenía controlada la situación. Luther sólo estaría expuesto durante unos segundos.

Al otro lado de la calle, más agentes con fusiles recorrían las aceras atentos a cualquier destello metálico, a una ventana abierta sin ningún motivo.

Jack miró a través de la pequeña ventana del juzgado que daba a la calle. La sala era tan grande como un auditorio, con un estrado tallado a mano de dos metros cuarenta de alto y casi cinco metros de ancho. Las banderas de Estados Unidos y Virginia ocupaban cada uno de los extremos. Un alguacil solitario ocupaba una mesa pequeña delante del estrado, igual a un remolcador delante de un transatlántico.

Jack miró la hora, observó las posiciones de las fuerzas de seguridad y después miró al grupo de periodistas. Los reporteros eran los mejores amigos o la peor pesadilla de los abogados defensores. Muchas cosas dependían de lo que los reporteros pensaran sobre un acusado o un crimen en particular. Un buen reportero pondría el grito en el cielo respecto a su objetividad en el tratamiento informativo al mismo tiempo que crucificaba al acusado en la última edición, mucho antes de que se llegara a un veredicto. Las mujeres periodistas tendían a ser generosas con los acusados de violación, ya que intentaban demostrar que no tomaban partido por razones de sexo. Por la misma razón, los hombres se inclinaban por las mujeres maltratadas que, por fin, se defendían. Luther no tendría esa suerte. Los expresidarios asesinos de mujeres jóvenes, ricas y hermosas, recibían los palos de todos los plumíferos, con independencia del sexo.

Jack había recibido una docena de llamadas de productoras de Los Ángeles que pedían a gritos la historia de Luther. Antes de que el tipo tuviera oportunidad de pedir la absolución. Querían la historia y pagarían por ella. Pagarían bien. Quizá Jack tendría que aceptar, pero con una condición. «Si él les dice algo avísenme, porque ahora mismo, no tengo nada».

Miró al otro lado de la calle. La presencia de los agentes armados le tranquilizaba un poco. Aunque la última vez también había polis por todas partes y no sirvió de nada. Al menos ahora la policía estaba sobre aviso. Tenían las cosas controladas. Pero no habían contado con algún imprevisto, y éste venía ahora por la calle.

Jack volvió la cabeza mientras miraba al pelotón de reporteros y a la multitud de

curiosos volverse en masa y correr hacia la caravana de coches. En un primer momento pensó que llegaba Walter Sullivan, hasta que vio a los motoristas de la policía seguidos por las furgonetas del servicio secreto, y por último los dos banderines estadounidenses en la limusina.

El ejército que acompañaba a este hombre empequeñecía al que se preparaba para recibir a Luther Whitney.

Vio a Richmond salir del vehículo. Detrás de él se situó el agente con el que había hablado en una ocasión. Burton. Ése era el nombre del tipo. Un tipo duro, muy serio. Su mirada recorría la zona como un radar. Mantenía una mano casi pegada al presidente, listo para tirarle al suelo en el acto. Las furgonetas del servicio secreto aparcaron al otro lado de la calle. Una aparcó en un callejón delante mismo del juzgado y Jack volvió a mirar al presidente.

Se montó un podio improvisado y Richmond comenzó la inesperada conferencia de prensa mientras se disparaban las cámaras y cincuenta adultos, todos periodistas licenciados, intentaban apartar al colega para situarse en primera fila. Un pequeño grupo de ciudadanos más discretos y sensatos revoloteaban por el fondo; dos, con cámaras de vídeo, grababan lo que para ellos era, en efecto, un momento muy especial.

Jack se volvió y casi chocó con el alguacil, un gigante negro, que estaba detrás de él.

—Llevo aquí veintisiete años y nunca vi antes a ese tipo por aquí. Ahora ha venido dos veces en el mismo año. Las cosas que se ven.

—Bueno, si tiene un amigo que invirtió diez millones en su campaña estoy seguro de que usted también estaría ahí fuera —comentó Jack con una sonrisa.

—Tiene a un montón de tíos muy grandes contra usted. —No pasa nada. Traigo un bate gigante...

—Samuel, Samuel Long.

—Jack Graham, Samuel.

—Lo necesitará, Jack, espero que esté cargado con plomo.

—¿Usted qué opina, Samuel? ¿Cree que aquí mi cliente recibirá un trato justo?

—Si me lo hubiera preguntado hace dos o tres años, le habría contestado que sí, desde luego. Sí, señor. —Miró a la multitud que se apiñaba en el exterior—. Si me lo pregunta ahora, le diré que no lo sé. No tiene importancia el juzgado que sea. El Tribunal Supremo, el de tráfico. Las cosas están cambiando. No sólo en los juzgados. En todas partes. En todo el mundo. Todo está revuelto y yo ya no sé nada.

Ambos volvieron a mirar por la ventana.

Se abrió la puerta y apareció Kate. Jack se dio la vuelta por instinto y la miró. No vestía para actuar de fiscal. Llevaba una falda negra plisada sujeta a la cintura con un cinturón negro. La blusa era sencilla y abotonada hasta el cuello. Se había peinado para atrás y el pelo le caía sobre los hombros. Tenía las mejillas rojas por el frío y llevaba el abrigo en el brazo.

Se sentaron juntos en la mesa de la defensa. Samuel desapareció discretamente.

—Ya es casi la hora, Kate.

—Lo sé.

—Escucha, Kate, es tal como te lo dije por teléfono, no es que no quiera verte, está asustado. Tiene miedo por ti. Tu padre te quiere por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

—Jack, si no se decide a hablar, tú ya sabes las consecuencias.

—Quizá, pero tengo algunas pistas. El caso del estado no es tan perfecto como parece creer la mayoría.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí ¿Has visto al presidente?

—Es imposible no verle. A mí me vino bien. Nadie se fijó en mí cuando entré.

—Es obvio que la gente sólo se fija en él.

—¿Luther ya está aquí?

—Dentro de unos minutos.

Kate abrió el bolso y buscó con manos torpes el paquete de caramelos. Jack le apartó las manos con una sonrisa, cogió el paquete y se lo dio.

—¿Puedo hablar con él por teléfono?

—Veré qué puedo hacer.

Jack cogió la mano de Kate y juntos miraron el enorme estrado. Dentro de muy poco comenzaría la audiencia. Por ahora no podían hacer otra cosa que esperar. Juntos.

La furgoneta blanca apareció por la esquina, pasó entre el semicírculo de agentes y se detuvo a un par de metros de la puerta lateral. Frank aparcó el coche detrás de la furgoneta y se apeó, con el radio-transmisor en la mano. Dos agentes salieron de la furgoneta y observaron el lugar. No vieron nada anormal. La muchedumbre se concentraba delante del edificio atenta sólo a lo que decía el presidente. El oficial al mando les hizo una seña a los agentes que se encontraban en el interior del vehículo. Un instante después apareció Luther Whitney, con las manos esposadas y grilletes en los tobillos, con un abrigo oscuro sobre el traje marrón. Pisó el suelo y, con un agente delante y otro detrás, caminó hacia el juzgado.

En aquel momento, la muchedumbre llegó a la esquina. Seguía al presidente que caminaba por la acera en dirección a la limusina, respondiendo a los gritos y aplausos del público. Cuando pasó por el lateral del juzgado, Richmond miró hacia donde estaba la policía. Como si presintiera su presencia, Luther, que hasta ese momento miraba al suelo, levantó la cabeza. Sus miradas se cruzaron por un momento terrible. Las palabras escaparon de los labios de Luther antes de saber qué pasaba.

«Mentiroso cabrón hijo de puta». Lo dijo sin gritar, pero los agentes escucharon algo, porque se volvieron para mirarle cuando el presidente pasaba a unos treinta metros de distancia. Se sorprendieron. Y entonces sólo pensaron en una cosa.

A Luther no le aguantaban las piernas. En un primer instante, los agentes

pensaron que intentaba resistirse, pero entonces vieron la sangre que le caía por una de las mejillas. Uno soltó una maldición al tiempo que sujetaba a Luther por el brazo. El otro desenfundó el revólver y lo movió trazando un arco hacia el lugar desde donde pensaba que habían disparado. Los hechos que se sucedieron a continuación fueron muy confusos para la mayoría. El sonido del disparo no se escuchó con claridad entre el griterío. Sin embargo, los agentes del servicio secreto sí lo escucharon. En una fracción de segundo Richmond estaba en el suelo protegido por un escudo de veinte agentes armados con armas automáticas.

Frank vio salir del callejón la furgoneta del servicio secreto que se situó como una barrera entre la muchedumbre histérica y el presidente. Un agente salió del vehículo con una metralleta en la mano y observó la calle, sin dejar de dar instrucciones por radio.

El teniente ordenó a sus hombres que cerraran la zona; instalarían barreras en los cruces y realizarían una búsqueda casa por casa. Traerían unos cuantos centenares de agentes más, pero Frank sabía que era tarde.

Un segundo después Frank estaba junto a Luther. Miró incrédulo la sangre que se derramaba sobre la nieve formando un repugnante charco rojo. Una ambulancia llegaría en cuestión de minutos. Pero el teniente también sabía que no serviría de nada. El rostro de Luther tenía la palidez de la muerte, los ojos velados, los dedos agarrotados. Luther Whitney tenía dos agujeros más en la cabeza, y una bala había abierto un agujero en la furgoneta después de atravesar al hombre. Alguien no había querido correr ningún riesgo.

Frank cerró los ojos del muerto y después miró a su alrededor. El presidente ya estaba de pie y caminaba hacia la limusina. En un par de segundos, la limusina y las furgonetas habían desaparecido. Los reporteros se acercarán en masa a la escena del crimen, pero Frank les hizo una seña a sus hombres y los periodistas toparon con una barrera de policías furiosos y avergonzados que esgrimían las porras con ganas de descargarlas contra cualquiera que intentara pasar.

Seth Frank miró el cadáver. Se quitó la chaqueta a pesar del frío y la colocó sobre el pecho y el rostro de Luther.

Jack se había acercado a la ventana en cuanto comenzó el griterío. El corazón le latía desbocado y tenía la frente empapada de sudor.

—Quédate aquí, Kate. —La miró. La muchacha parecía una estatua. La expresión de su rostro registraba algo que Jack deseaba con toda el alma que no fuera verdad.

Samuel apareció en el sala.

—¿Qué es todo ese griterío?

—Por favor, Samuel, quédese con ella.

Samuel asintió y Jack salió a la carrera.

En el exterior había más hombres armados de los que ya había visto en su vida a no ser en una película de guerra. Corrió hacia la entrada lateral y un agente estaba a punto de abrirle la cabeza con la porra cuando se escuchó el grito de Frank.

Jack se acercó cauteloso. Parecía tardar una eternidad en cada paso. Sentía las miradas que se clavaban en él. La figura acurrucada debajo de la chaqueta. La sangre que empapaba la nieve. La expresión de angustia y de atónita irritación se reflejaba en las facciones del detective Seth Frank. Recordaría cada una de estas imágenes durante muchas noches de insomnio, quizá durante el resto de su vida.

Por fin se arrodilló junto a su amigo. Tendió las manos para apartar la chaqueta, pero se detuvo. Se volvió para mirar hacia donde había venido. El grupo de reporteros se había dividido. Incluso la pared de policías se había apartado lo justo para dejarla pasar.

Kate permaneció allí durante un minuto que se hizo eterno. El viento helado que soplaba en el callejón la sacudía como una hoja. Mantenía la mirada tan perdida que parecía no ver nada y verlo todo al mismo tiempo. Jack intentó levantarse, ir hacia ella, pero las piernas no le respondieron. Tan sólo unos minutos antes había estado listo para plantear una batalla, furioso con un cliente que se negaba a colaborar. Ahora no le quedaban fuerzas.

Frank le ayudó a ponerse de pie. Jack caminó tembloroso hacia Kate. Por una vez en su vida, los reporteros no intentaron hacer preguntas. Los fotógrafos se olvidaron de las cámaras. Mientras Kate se arrodillaba junto a su padre y apoyaba con mucha suavidad una mano sobre el hombro, los únicos sonidos fueron el viento y el aullido de la sirena de la ambulancia que se acercaba. Durante un par de minutos, el mundo se detuvo ante el juzgado del condado de Middleton.

Alan Richmond se arregló la corbata y se sirvió una copa en la limusina que le llevaba de regreso a la ciudad. Pensó en los titulares de los periódicos. Los periodistas de las grandes cadenas de televisión estarían impacientes por entrevistarle, y él los aprovechada al máximo. Mantendría la actividad habitual del día. El presidente firme como una roca. Disparaban a su alrededor y él ni pestañeaba, continuaba con su cometido de gobernar al país, de liderar a la gente. Se imaginaba las encuestas. Subirían diez puntos. Todo había sido muy fácil. ¿Cuándo iba a enfrentarse a un auténtico reto?

Bill Burton miró al presidente. Luther Whitney acababa de morir atravesado por una bala capaz de destrozarse a un elefante, y el tipo se estaba tomando un copa tan tranquilo. Burton sintió náuseas. Y esto todavía no había acabado. Nunca olvidada lo ocurrido, pero quizás aún llegada a vivir el resto de sus años como un hombre libre. Un hombre respetado por sus hijos, aunque él ya no se respetaba a sí mismo.

Mientras continuaba mirando al presidente, Burton pensó que el muy hijo de puta parecía orgulloso de sí mismo. Había visto antes esta serenidad en medio de una violencia extrema y calculada. Ningún remordimiento por el sacrificio de una vida humana. Al contrario: sensación de euforia, de triunfo. Recordó las marcas en el cuello de Christine Sullivan, la mandíbula rota, los terribles sonidos que había oído al otro lado de las puertas de otros dormitorios. El hombre del pueblo.

Burton recordó la reunión con Richmond en la que había informado a su jefe de

todos los hechos. Aparte de ver sufrir a Russell no había sido una experiencia agradable.

Richmond les había mirado. Burton y Russell sentados uno al lado del otro. Collin de pie junto a la puerta. Estaban reunidos en los alojamientos privados de la familia presidencial. Una parte de la Casa Blanca vedada al público. El resto de la familia estaba de vacaciones. Mejor así. El miembro más importante no estaba de buen humor.

El presidente, por fin, conocía todos los hechos. El más grave era que un abrecartas manchado de sangre y con sus huellas digitales estaba en poder del intrépido ladrón, testigo ocular. Richmond se había quedado de una pieza cuando Burton se lo dijo. Mientras el agente pronunciaba las palabras, Richmond se había vuelto para mirar a Gloria Russell.

Cuando Collin mencionó que Russell le había ordenado que no limpiara el abrecartas, el presidente se dirigió amenazador hacia la jefa de gabinete, que se hundió en la silla como si quisiera fundirse con el tapizado. La mujer acabó por taparse los ojos con las manos. La blusa estaba manchada en las axilas de sudor.

Richmond volvió a sentarse. Había mirado a través de la ventana mientras masticaba el cubito del cóctel. Todavía llevaba la ropa que había vestido en una recepción pero había deshecho el nudo de la corbata. Sin dejar de mirar por la ventana había preguntado:

—¿Durante cuánto tiempo, Burton?

—¿Quién lo sabe? —contestó Burton, que dejó de mirar al suelo—. Quizá para siempre.

—Puedes ser más preciso. Quiero tu opinión profesional.

—No tardará mucho. Ahora tiene un abogado. En algún momento encontrará la manera de decírselo a alguien.

—¿Tenemos alguna idea de dónde está el objeto?

—No, señor. —Burton se frotó las manos inquieto—. La policía buscó en la casa, en el coche. Si hubieran encontrado el abrecartas me habría enterado.

—¿Pero saben que falta de la casa de Sullivan?

—La policía está enterada de su importancia. Si aparece sabrán qué hacer con él.

El presidente se levantó. Se entretuvo unos instantes pasando los dedos por la colección de figurillas góticas de su esposa que estaban sobre una mesa. A él le parecían muy feas. Junto a las figurillas se hallaban las fotos de la familia. No se fijó en los semblantes. Lo único que veía en los rostros eran las ruinas de su gobierno. Su rostro parecía enrojecer ante la conflagración invisible. La historia estaba a punto de ser reescrita, y todo por culpa de un ratero cabrón y una jefa de gabinete tan estúpida como ambiciosa.

—¿Sabemos a quién contrató Sullivan?

Una vez más le tocó responder a Burton. Russell ya no era una igual. Collin sólo estaba allí para hacer lo que le mandaran.

—Podría ser cualquiera en una lista de veinte o treinta profesionales de primera. De todos modos, ya no estará por aquí.

—¿Pero se lo has insinuado a nuestro detective?

—Sabe que usted le dijo a Walter Sullivan «con toda inocencia» dónde y cuándo. El tipo es muy listo; con eso tiene suficiente.

Richmond cogió de pronto una de las figurillas y la arrojó contra la pared donde se hizo pedazos. Las esquirlas de cristal volaron por toda la habitación; la expresión de odio y rabia en el rostro del presidente atemorizó incluso a Burton.

—¡Maldita sea, si no hubiera fallado, todo habría salido perfecto!

Russell miró los trozos de cristal en la alfombra. Ahí estaba su vida. Tantos años de estudio, de esfuerzos, de semanas de cien horas. Para esto.

—La policía investigará a Sullivan. Me aseguré de que el detective a cargo del caso comprendiera su posible participación —añadió Burton—. Pero aunque sin duda es el sospechoso más obvio, Sullivan lo negará todo. No tengo muy claro de qué nos servirá todo esto, señor.

Richmond comenzó a caminar arriba y abajo por la habitación. Podía estar preparando un discurso o disponiéndose a estrechar las manos de un pelotón de *boy scouts* de algún estado del medio oeste. En realidad, pensaba en cómo matar a alguien de forma tal que ni la más leve sombra de sospecha recayera sobre él.

—¿Qué pasará si lo intenta otra vez? ¿Ahora con éxito?

—¿Cómo podemos controlar los actos de Sullivan? —preguntó el agente, intrigado.

—Haciéndolo nosotros.

Nadie dijo nada por un par de minutos. Russell miró incrédula a su jefe. Toda su vida acababa de irse a tomar viento y ahora se veía obligada a participar en una conspiración para cometer un asesinato. Había estado aturrida emocionalmente desde que había comenzado todo esto, convencida de que las cosas no podían ser peores. Ahora comprobaba su equivocación.

—No sé si la policía se cree que Sullivan pueda estar loco —aventuró Burton—. Sin duda sabe que se husmean algo, aunque no se lo puedan probar. Si nos cargamos a Whitney, no tengo muy claro que vayan a por él.

El presidente dejó de moverse. Se detuvo delante de Burton.

—Dejemos que la policía llegue a esa conclusión, si es que llega.

La realidad era que Richmond ya no necesitaba a Walter Sullivan para mantenerse en la Casa Blanca. Quizá lo más importante era que así se libraría de respaldar el trato de Sullivan con Ucrania en contra de los intereses rusos; una decisión que cada día era más arriesgada. Si Sullivan se veía implicado incluso de forma remota en la muerte del asesino de su esposa, ya no haría más negocios a escala mundial. Richmond le retiraría su apoyo con toda discreción. La gente que contaba comprendería la retirada silenciosa.

—¿Alan, quieres que Sullivan cargue con la responsabilidad de un asesinato? —

Ésta era la primera vez que Russell decía algo desde el inicio de la reunión. Su rostro reflejaba el asombro que sentía.

Richmond la miró sin disimular su desprecio.

—Alan, piensa en lo que dices. Se trata de Walter Sullivan, no de un ratero muerto de hambre que no le importa nada a nadie.

Richmond sonrió. La estupidez de la mujer le resultaba graciosa. Ella que se había mostrado tan brillante, tan capaz cuando él le dio el cargo. Se había equivocado. Hizo unos cálculos aproximados. En el mejor de los casos había una posibilidad de cinco a uno de que Sullivan resultara acusado por el asesinato. En circunstancias similares, Richmond habría aceptado esa posibilidad. Sullivan era un tipo listo, sabía cuidar de sí mismo. ¿Y si fallaba? Bueno, para eso estaban las cárceles. Miró a Burton.

—¿Burton, lo has entendido?

El agente no respondió.

—Estabas dispuesto a matar al tipo, Burton —añadió el presidente, con voz enérgica—. En lo que a mí respecta, lo que está en juego no ha cambiado. De hecho, la situación es más grave. Para todos nosotros. ¿Lo entiendes, Burton? —Richmond hizo una pausa, y después repitió la pregunta.

—Lo comprendo —contestó Burton en voz baja.

Durante las dos horas siguientes se dedicaron a trazar los planes. En el momento que los dos agentes del servicio secreto y Russell se disponían a salir, el presidente miró a la mujer.

—Dime una cosa, Gloria, ¿qué pasó con el dinero?

—Fue donado en forma anónima a la Cruz Roja —respondió Russell sin vacilar—. Tengo entendido que una de las mayores donaciones que han recibido en toda su historia.

Se cerró la puerta y el presidente sonrió. «Bonita jugada, Luther Whitney. Disfrútala mientras puedas, maldito cabrón».

Walter Sullivan se acomodó en un sillón con un libro pero no llegó a abrirlo. Su mente volvió al pasado, a unos hechos que parecían cada vez más etéreos, sin ninguna relación con su persona. Había contratado a un hombre para matar. Para matar a alguien acusado de asesinar a su esposa. El encargo había sido un fracaso. Un hecho que Sullivan agradecía en lo más íntimo porque su pesar había disminuido hasta el punto de hacerle comprender que había actuado de forma errónea. Una sociedad civilizada debía respetar una serie de normas si pretendía seguir siendo civilizada. Y por encima de todo lo demás, él era un hombre civilizado. Cumpliría las normas.

Fue entonces cuando miró el periódico. Era un ejemplar de varios días atrás, y la información de portada no dejaba de machacar en su cabeza. Los grandes titulares en letras negras resaltaban contra la página blanca. Mientras su atención se concentraba en la primera plana, las tenues sospechas que le rondaban por la cabeza comenzaron a cristalizar. Walter Sullivan no sólo era multimillonario sino que poseía una mente brillante y muy aguda. Era capaz de ver todos los detalles junto con el panorama general.

Luther Whitney estaba muerto. La policía no tenía ningún sospechoso. Sullivan había comprobado la solución obvia. McCarty se encontraba en Hong Kong el día de autos. La última orden de Sullivan había sido acatada. Walter Sullivan había ordenado el fin de la cacería. Pero alguien había seguido la caza en su lugar. Y Walter Sullivan era la única persona que lo sabía.

Aparte de McCarty.

Sullivan miró la hora en su viejo reloj de bolsillo. Eran las siete de la mañana y llevaba levantado más de cuatro horas. El día de veinticuatro horas no tenía sentido para él. Cuanto más viejo se hacía menos importancia tenían los parámetros del tiempo. A las cuatro de la mañana de un día cualquiera podía estar bien despierto a bordo de un avión sobre el Pacífico, o a las dos de la tarde estar en la mitad del sueño del día.

Repasó los numerosos hechos a gran velocidad. Una de las pruebas realizadas en el último chequeo médico había señalado que su cerebro mantenía el vigor y la juventud de un joven de veinte años. Y esta inteligencia brillante seguía un proceso deductivo que le daría una conclusión sorprendente. Cogió el teléfono que tenía sobre la mesa y contempló el revestimiento de madera de cerezo del estudio mientras marcaba el número.

En un instante le pusieron en comunicación con Seth Frank. Aunque en un primer momento el hombre no le había producido una buena impresión, Sullivan había reconocido sus méritos cuando arrestó a Luther Whitney. Pero ¿ahora?

—Diga, señor Sullivan. ¿Qué puedo hacer por usted?

Sullivan carraspeó. Su voz adoptó un tono humilde que no tenía ninguna relación

con el habitual. Incluso a Frank le llamó la atención.

—Quiero preguntarle una cosa sobre la información que le di referente a por qué Christy, humm, Christine no me acompañó en el viaje a nuestra finca en Barbados.

—¿Ha recordado alguna cosa? —Frank se sentó muy erguido en la silla.

—En realidad quiero verificar si mencioné alguna razón para explicar que no me acompañara en el viaje.

—Creo que no le entiendo.

—Supongo que la edad comienza a hacer sus efectos. Mucho me temo que no sólo mis huesos sufren un proceso de deterioro, aunque no me gusta reconocerlo, teniente. Creía haberle dicho que ella se había sentido indispuesta y por eso había vuelto a casa. Quiero decir que pensaba que eso era lo que le había dicho.

Seth tardó un momento en coger el expediente, aunque estaba seguro de la respuesta.

—Usted no mencionó ningún motivo, señor Sullivan. Sólo que ella decidió no ir, y que usted no insistió.

—Ah, bien, todo aclarado. Gracias, teniente.

Frank se levantó. Cogió la taza de café dispuesto a beber un trago, pero volvió a dejarla sobre la mesa.

—Espere un momento, señor Sullivan. ¿Por qué pensó que me había dicho que su esposa estaba indispuesta? ¿Lo estaba?

—No, teniente Frank. —El millonario tardó un momento en contestar—. Era una mujer con una salud excelente. En cuanto a su pregunta, pensaba que le había dicho otra cosa porque, y se lo digo con toda sinceridad, aparte de mis lapsos de memoria, creo que he pasado los últimos dos meses intentando convencerme de que Christine se quedó por algún motivo. Cualquiera.

—¿Señor?

—Así quedaría justificado lo que le ocurrió. Que no fue sólo una coincidencia. No creo en el destino, teniente. Para mí, todo tiene un propósito. Supongo que quería convencerme a mí mismo de que Christine había tenido un motivo para quedarse.

—Ah.

—Le pido perdón si las tonterías de un viejo han dado pie a una curiosidad injustificada.

—En absoluto, señor Sullivan.

Frank colgó el teléfono y se pasó cinco minutos con la mirada puesta en la pared. ¿A qué diablos venía toda esta historia?

Atento a la sugerencia de Bill Burton, Frank había comenzado a averiguar con mucha discreción la posibilidad de que Sullivan hubiese contratado a un asesino profesional para que el presunto autor de la muerte de su esposa no llegara vivo al juicio. La investigación avanzaba lentamente; había que tener mucho cuidado en este terreno. Frank tenía que pensar en su carrera y en su familia, los hombres como Walter Sullivan tenían un legión de amigos muy influyentes en el gobierno que

podían hundir en un visto y no visto a un detective profesional.

Al día siguiente del asesinato de Luther Whitney, Frank había indagado de inmediato las actividades de Sullivan, aunque no pensaba que el viejo hubiera apretado el gatillo del cañón que había enviado a Luther al otro mundo. Pero contratar a un asesino era un acto muy perverso y si bien quizás entendía las razones del multimillonario, la verdad era que, probablemente, se habían equivocado de tipo. La conversación que acababa de tener con Sullivan le planteaba nuevas preguntas sin darle ninguna respuesta.

Seth Frank se sentó mientras se preguntaba si en algún momento se acabaría esta pesadilla.

Media hora más tarde, Sullivan llamó a una de las emisoras de televisión locales de la que era accionista mayoritario. Su petición fue sencilla y concreta. En menos de una hora, un mensajero llegó a su casa con un paquete. En cuanto una de las criadas le entregó la caja cuadrada, el anciano cerró la puerta con llave, y apretó un botón en una de las paredes. Una tapa corrediza se deslizó en silencio y quedó al descubierto un equipo de sonido y un televisor de pantalla panorámica. Christine había visto el equipo en una revista y se había encaprichado en tenerlo, aunque sus gustos en materia de video se centraban exclusivamente en la pornografía, y los culebrones, dos temas que sacaban muy poco partido de las capacidades sonoras y visuales de los aparatos de alta tecnología.

Sullivan desenvolvió con mucho cuidado la cinta y la insertó en el lector; la puerta se cerró automáticamente y el aparato se puso en marcha. Sullivan escuchó con atención. Cuando oyó las palabras sus facciones no cambiaron de expresión. Las esperaba. Le había mentado con todo descaro al detective. Gozaba de una memoria excelente. No podía decir lo mismo de su visión. Porque en realidad se había comportado como un ciego ante esta realidad. La emoción que por fin penetró en la línea inescrutable de su boca y en las profundidades de sus ojos grises era furia. Una furia que no había experimentado en muchos años. Ni siquiera ante la muerte de Christy. Una furia que sólo podía aliviarse a través de la acción. El multimillonario creía que la primera andanada debía ser también la última, había que acabar con el enemigo antes de que el enemigo acabara con uno, y él no solía perder.

El funeral se realizó en un marco muy discreto y sólo tres personas además del sacerdote asistieron al mismo. Se habían tomado todas las precauciones para evitar la presencia de los reporteros. El féretro de Luther estaba cerrado. La visión de la cabeza destrozada no era un recuerdo que los seres queridos hubiesen deseado llevarse consigo.

Ni los antecedentes del difunto ni la causa de su muerte tenían importancia para el sacerdote, y el servicio tuvo la dignidad apropiada. El trayecto hasta el cementerio cercano fue tan corto como el cortejo. Jack y Kate fueron en el mismo coche, escoltados por Frank. El detective había estado en los últimos bancos de la iglesia, avergonzado e incómodo. Jack le había estrechado la mano; Kate ni siquiera le había

mirado.

Jack se apoyó contra el coche y contempló a Kate sentada en una silla plegable junto a la tumba donde yacía su padre. Jack miró el entorno. Aquí no había grandes mausoleos. Sólo había un puñado de lápidas verticales, la mayoría eran planas; un rectángulo oscuro con el nombre del dueño y las fechas de llegada y salida del mundo de los vivos. Algunas incluían «a la memoria de», pero en la mayoría nadie había dejado un epitafio.

Jack volvió a mirar a Kate y vio a Frank que caminaba hacia ella; entonces, el detective cambió de opinión y se acercó al Lexus. Frank se quitó las gafas de sol.

—Bonito servicio —comentó.

—No hay nada bonito en que te maten —replicó Jack. Aunque no compartía la postura de Kate en el tema, no había perdonado del todo a Frank por la muerte de Luther Whitney.

Frank guardó silencio, admiró el acabado del Lexus, sacó un cigarrillo, lo guardó otra vez en el paquete, metió las manos en los bolsillos y miró a lo lejos.

Había asistido a la autopsia de Luther Whitney. El agujero hecho por la bala era enorme. La onda expansiva se había disipado radialmente a partir de la trayectoria y desintegrado la mitad del cerebro de la víctima. No era de extrañar. La bala extraída del asiento de la furgoneta de la policía era un monstruo. Una Magnum calibre 460. El forense informó a Frank que era la munición utilizada en la caza mayor. El proyectil había golpeado la cabeza de Luther con fuerza superior a los cuatro mil kilos. Era como si alguien hubiese dejado caer un camión sobre el pobre tipo. Caza mayor. Frank sacudió la cabeza en un gesto de cansancio. Y había ocurrido durante su turno, delante mismo de sus narices. Nunca lo olvidaría.

Frank contempló el amplio campo verde donde estaban enterradas más de veinte mil personas. Jack siguió la mirada del teniente.

—¿Alguna pista?

—Algunas. Pero no conducen a ninguna parte. —Frank escarbó el suelo con la punta del zapato.

Ambos se irguieron cuando Kate dejó la silla, colocó un pequeño ramo de flores sobre la tumba y después permaneció inmóvil con la mirada perdida en la distancia. Ya no soplaba viento, y aunque hacía frío, el sol era brillante y cálido. Jack se abrochó el abrigo.

—¿Y ahora qué? ¿Caso cerrado? Nadie le culpará.

Frank sonrió mientras sacaba un cigarrillo.

—Ni lo piense, jefe.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

Kate se volvió y caminó hacia el coche. Frank se puso el sombrero y sacó las llaves de su coche.

—Muy sencillo. Buscaré al asesino.

—Kate, sé cómo te sientes, pero créeme. Él no te culpaba. Nada de esto fue culpa

tuya. Tú misma reconoces que te viste involucrada de forma involuntaria. No querías que ocurriera. Luther lo tenía muy claro.

Viajaban de regreso a la ciudad en el coche de Jack. El sol estaba cada vez más bajo. Habían estado en el cementerio aún otras dos horas porque ella no quería marcharse. Como si creyera que esperando el tiempo suficiente, él acabaría por salir de la tumba para reunirse con ellos.

Kate abrió un poco la ventanilla y el aire frío entró en el coche, disipando el olor a nuevo con el de la humedad que presagiaba tormenta.

—El detective Frank no ha cerrado el caso, Kate. Está decidido a dar con el asesino de Luther.

—No me importa lo que diga que piensa hacer —replicó ella. Se tocó la nariz, que tenía roja, hinchada y le dolía muchísimo.

—Vamos, Kate. El tipo no quería que mataran a Luther.

—¿De veras? ¿Qué tenían? Un caso que se habría venido abajo en el juicio dejando a todos los implicados, incluido el detective a cargo, como un hatajo de idiotas. En cambio, ahora tienen un cadáver y un caso cerrado. Ahora dime, ¿qué quiere el gran detective?

Jack detuvo el coche ante un semáforo rojo. Sabía que Frank era sincero, pero también comprendía que no tenía manera de convencer a Kate. Cambió el disco y reanudó la marcha. Miró la hora. Tenía que ir al despacho, si es que aún lo tenía.

—Kate, pienso que no tendrías que estar sola en estos momentos. ¿Qué te parece si me quedo en tu casa durante un par de noches? Tú preparas el café por la mañana y yo me encargo de las cenas. ¿Qué dices?

Jack se esperaba una negativa instantánea y rotunda, e incluso tenía preparada la réplica. Sin embargo, le esperaba una sorpresa.

—¿Estás seguro?

Jack se volvió. Kate le miraba con los ojos muy abiertos e hinchados. Los nervios de su cuerpo parecían a punto de estallar. De pronto comprendió que, preocupado en las propias vivencias de la tragedia, no era consciente del dolor y la culpa que experimentaba Kate. Fue algo que le dejó pasmado, mucho más que el sonido del disparo mientras estaban cogidos de la mano, cuando supo incluso antes de que sus dedos se separaran que Luther estaba muerto.

—Lo estoy.

Aquella noche él se acostó en el sofá, con la manta hasta el cuello para protegerse del relente que se colaba por una rendija de la ventana. Entonces oyó el chirrido de la puerta y ella salió del dormitorio. Llevaba la misma bata de antaño, y el pelo recogido en un moño bien apretado. Su rostro se veía fresco y limpio; sólo una pátina rojiza en las mejillas revelaba el dolor interno.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Estoy bien. Este sofá es mucho más cómodo de lo que parece. Todavía conservo el mismo que teníamos en nuestro apartamento de Charlottesville, y eso que

ya no le quedan muelles. Creo que se han jubilado.

Ella no sonrió, pero se sentó junto a él.

En los años que habían vivido juntos, ella se bañaba todas las noches. Cuando se acostaba olía tan bien que Jack casi se volvía loco. Olía como un bebé, no había nada imperfecto en ella. Y jugaba a hacerse la tonta durante un rato hasta que él se quedaba exhausto encima de ella y entonces ella le sonreía con aire perverso y le acariciaba mientras Jack pensaba durante un rato lo fácil que resultaba a las mujeres dirigir el mundo.

Descubrió que los instintos básicos afloraban cada vez con más fuerza mientras ella apoyaba la cabeza contra su hombro. Pero el agotamiento que se manifestaba en el rostro de Kate, la apatía, acabaron por dominar rápidamente las inclinaciones de Jack y se sintió un tanto culpable.

—No creo que vaya a ser muy buena compañía —dijo Kate. ¿Había intuido lo que él sentía? ¿Cómo era posible? Sus pensamientos estaban sin duda muy lejos de aquí.

—Ser agasajado no forma parte del trato. Puedo cuidar de mí mismo, Kate.

—Te agradezco lo que haces.

—No se me ocurre nada más importante.

Kate le apretó la mano. En el momento que se levantaba del sofá se le abrió la bata y Jack vio algo más que las piernas largas y delgadas. Se alegró de que esta noche ella durmiera en otro cuarto. Permaneció despierto hasta casi el alba pensando en caballeros de armaduras blancas con grandes manchas oscuras en las corazas impolutas, y en abogados idealistas que dormían solos.

La tercera noche se acostó una vez más en el sofá. Y, como en las ocasiones anteriores, ella salió del dormitorio, y Jack, al oír el ruido de la puerta, dejó a un lado la revista que estaba leyendo. Pero esta vez ella no se acercó al sofá. Jack volvió la cabeza y vio que Kate le miraba. Esta noche no parecía apática. Y esta noche no llevaba la bata. La joven dio media vuelta, y regresó a su dormitorio. La puerta quedó abierta.

Por un instante, Jack permaneció inmóvil. Después se levantó, se acercó a la puerta y asomó la cabeza. En la penumbra vio la silueta de Kate acostada. La sábana estaba al pie de la cama. Su cuerpo, en otros tiempos tan conocido para él como el propio, le hacía frente. Ella le miraba. Jack veía sus ojos. Kate no le tendió la mano; nunca lo había hecho.

—¿Estás segura de esto? —Jack no quería sentimientos heridos por la mañana ni palabras agrias.

Como única respuesta, ella se levantó y le arrastró a la cama. El colchón era firme, tibio en el lugar donde ella había estado. Él se desnudó en un instante. En un movimiento instintivo recorrió con un dedo el contorno de la media luna, pasó la mano alrededor de la boca, que ahora tocó la suya. Kate tenía los ojos abiertos, y esta vez, desde hacía mucho tiempo, no había lágrimas sino sólo la mirada que tan bien

recordaba, la que deseaba ver durante el resto de su vida. Jack la estrechó entre los brazos.

La casa de Walter Sullivan había recibido las visitas de muchas personalidades de alto rango. Pero la reunión de esta noche era especial incluso comparada con las anteriores.

Alan Richmond alzó la copa de vino y ofreció un breve pero elocuente brindis al anfitrión mientras las otras cuatro parejas escogidas con mucho esmero chocaban las copas. La primera dama, muy elegante con su sencillo vestido negro, y el pelo rubio plateado que enmarcaba unas facciones que soportaban muy bien el paso de los años, sonrió al multimillonario. Acostumbrada desde pequeña a estar rodeada de riqueza, inteligencia, y refinamiento, ella, como la mayoría de la gente, aún se sentía impresionada ante hombres como Walter Sullivan, aunque sólo fuera por los pocos que había en el mundo.

Sullivan, a pesar de que aún estaba de luto, se mostraba como un anfitrión muy ameno. Mientras tomaban el café en la biblioteca, la conversación abordó temas como las oportunidades empresariales a escala mundial, las últimas medidas de la Reserva Federal, las posibilidades de victoria del equipo de los Skins frente a los San Francisco 49ers, en el partido del domingo, y las elecciones presidenciales del próximo año. Ninguno de los presentes pensaba que Alan Richmond cambiaría de ocupación después del recuento electoral.

Todos excepto una persona.

En el momento de las despedidas, el presidente se inclinó sobre Walter Sullivan para abrazarle y decirle algunas palabras en privado. El anciano sonrió al escuchar los comentarios del presidente. Entonces Sullivan se tambaleó, y tuvo que sujetarse a los brazos de Richmond para recuperar el equilibrio.

Cuando se marcharon los invitados, Sullivan encendió un puro. Las luces de la caravana presidencial se perdían a lo lejos cuando se acercó a la ventana. En su rostro apareció una sonrisa. La imagen del leve gesto de dolor en los ojos del presidente en el momento de apretarle el antebrazo le había deparado un momento de gloria. Había sido un disparo al azar, pero algunas veces daba resultado. El detective Frank no se había comedido a la hora de explicarle sus teorías sobre el caso. Una de ellas había sido muy interesante para Walter Sullivan. Frank había mencionado la posibilidad de que Christine hubiera herido al agresor con el abrecartas, quizás en el brazo o en la pierna. Sin duda el corte había sido más profundo de lo que pensaba la policía. Tal vez había afectado algún nervio. Una herida superficial habría cicatrizado sin problemas después de tanto tiempo.

Sullivan apagó la luz y salió del estudio a paso lento. El presidente Alan Richmond había sentido un dolor leve cuando los dedos del millonario se hundieron en la carne. Pero como en los infartos, después de un dolor leve venía otro mucho más fuerte. Sullivan sonrió complacido mientras consideraba las posibilidades.

Sullivan contempló la pequeña casa de madera con el techo de cinc pintado de

verde desde lo alto de la loma. Arregló la bufanda para protegerse las orejas. El frío era intenso en las colinas del sudoeste de Virginia en esta época del año y las predicciones meteorológicas anunciaban fuertes nevadas.

Con la ayuda de un bastón bien grueso bajó a paso lento por el terreno helado en dirección a la casa, mantenida en perfecto estado. Le invadió una profunda sensación de nostalgia a medida que se acercaba a este trozo de su pasado.

Woodrow Wilson estaba en la Casa Blanca y el mundo se estremecía con las sangrientas batallas de la Gran Guerra cuando Walter Patrick Sullivan vio el primer destello de luz con la ayuda de una comadrona y la firme decisión de su madre, Millie, que había perdido a los tres hijos anteriores, dos en el parto.

Su padre, minero del carbón —por aquel entonces los padres de todo el mundo aparentemente era mineros en aquella parte de Virginia— había vivido hasta que su hijo cumplió doce años, y entonces murió sin más, a consecuencia de una serie de enfermedades producidas por el exceso de polvo de carbón y el agotamiento físico. Durante años, el futuro multimillonario había visto a su padre entrar tambaleante en la casa, exhausto hasta la médula, el rostro negro como el manto del perro labrador que jugaba en el patio, y se desplomaba en el camastro instalado en la habitación trasera. Sin fuerzas para comer, o jugar con el niño que cada día esperaba recibir un poco de atención pero que nunca la recibía de un padre cuyo perpetuo agotamiento era tan penoso contemplar.

La madre había vivido lo suficiente para ver al retoño convertido en uno de los hombres más ricos del mundo, y él, como un buen hijo, se había preocupado de ofrecerle todas las comodidades. Como un tributo a su difunto padre, Sullivan había comprado la mina que le había matado. Cinco millones al contado. Había pagado una indemnización de cincuenta mil dólares a cada uno de los mineros, y después la había cerrado en un acto solemne.

Abrió la puerta y entró en la casa. La estufa de gas calentaba la habitación y evitaba depender de la leña. En la despensa tenía alimentos para seis meses. Aquí era autosuficiente. No permitía que nadie estuviera aquí con él. Éste había sido su hogar. Las únicas personas con derecho a estar aquí, aparte de él mismo, habían muerto. Estaba solo y no deseaba otra cosa.

Preparó una comida sencilla que comió sin prisa mientras contemplaba malhumorado a través de la ventana el círculo de olmos pelados próximos a la casa; las ramas parecían saludarle con sus movimientos suaves y melódicos.

El interior de la casa no tenía nada que ver con la disposición original. Aquí había nacido pero no había sido una infancia feliz en medio de la permanente miseria. El ansia surgida en aquella época le había servido muy bien a Sullivan durante su carrera; le había dado la voluntad, la fuerza capaz de vencer cualquier obstáculo.

Fregó los platos, y fue al pequeño cuarto que había sido el dormitorio de sus padres. Ahora había un sillón muy cómodo, una mesa y una biblioteca que contenía una colección de libros muy selectos. En un rincón había un catre, porque la

habitación también le servía de dormitorio.

Sullivan cogió el teléfono móvil que estaba sobre la mesa. Marcó un número que sólo conocían un puñado de personas. Atendieron la llamada y una voz le dijo que esperara. Un instante después se oyó otra voz.

—Por Dios, Walter, sé que trabajas hasta las tantas, pero tendrías que bajar un poco el ritmo. ¿Dónde estás?

—A mi edad no puedes parar, Alan. Si lo haces, quizá no puedas volver a ponerte en marcha. Prefiero reventar en un torbellino de actividad que esfumarme poco a poco en el olvido. Espero no haber interrumpido algo importante.

—Nada que no pueda esperar. Estoy aprendiendo a priorizar las crisis mundiales. ¿Necesitas algo?

Sullivan se tomó un momento para conectar una minigrabadora al teléfono. Nunca se sabía qué podía pasar.

—Sólo quería hacerte una pregunta, Alan. —Sullivan hizo una pausa. Pensó que disfrutaba con todo esto. Entonces recordó el rostro de Christy en el depósito y su expresión recuperó la seriedad.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué esperaste tanto para matar al hombre?

En el silencio que siguió, Sullivan escuchó la respiración al otro lado del teléfono. Para mérito de Alan Richmond, éste no comenzó a jadear; de hecho, la respiración continuó normal. El multimillonario se sintió impresionado y también un poco decepcionado.

—¿Qué has dicho?

—Si tus hombres hubiesen errado, ahora mismo estarías reunido con tus abogados, planeando tu defensa contra la destitución. Reconoce que te ha ido un poco justo.

—¿Walter, estás bien? ¿Te ocurre algo? ¿Dónde estás?

Sullivan apartó el teléfono de la oreja por un instante. El aparato tenía un codificador que hacía imposible rastrear el origen de la llamada. Si en este momento intentaban situar su posición, como estaba seguro que estaban haciendo, se encontrarían con una docena de lugares posibles, y ninguno estaría cerca del sitio real. El artefacto le había costado diez mil dólares, pero sólo era dinero. Volvió a sonreír. Podía hablar todo el tiempo que quisiera.

—En realidad, hace tiempo que no me sentía tan bien.

—Walter, lo que dices no tiene sentido. ¿A quién mataron?

—Sabes, no me sorprendió que Christy no quisiera ir a Barbados. La verdad es que pensaba que quería quedarse para divertirse con algunos de los jóvenes que conoció durante el verano. Me hizo gracia cuando dijo que no se sentía bien. Recuerdo que estaba sentado en la limusina pensando cuál sería la excusa. La pobre no tenía mucha imaginación. Su tos sonaba tan artificial. Supongo que en la escuela siempre contaba el mismo cuento cuando no hacía los deberes.

—Walt...

—Lo extraño fue cuando la policía me preguntó por qué no me había acompañado. Entonces caí en la cuenta de que no podía decirles que Christy había pretextado una enfermedad. Quizá recuerdes que los periódicos insinuaban que ella vivía una serie de aventuras. Sabía que si les decía que ella no me había acompañado a Barbados porque no se sentía bien, los periódicos sensacionalistas habrían inventado el cuento de que estaba preñada con el hijo de otro hombre aunque la autopsia hubiera confirmado lo contrario. A la gente le encanta pensar lo peor y lo más sucio, Alan, tú lo sabes. Cuando te destituyan también lo pensarán de ti. Y con toda razón.

—Walter, ¿tendrás la bondad de decirme dónde estás? Es obvio que no estás bien.

—¿Quieres escuchar la cinta, Alan? La que grabaron en la conferencia de prensa donde dijiste aquella frase tan conmovedora sobre las cosas que suceden sin ningún sentido. Fue algo muy bonito. Un comentario privado entre dos viejos amigos que fue recogido por varias emisoras de televisión y radio presentes pero que nunca se emitió. Creo que no lo emitieron como un tributo a tu popularidad.

Estuviste tan encantador, tan comprensivo, que nadie se preocupó porque dijeras que Christy estaba enferma. Y tú lo dijiste, Alan. Me dijiste que si Christy no se hubiera sentido enferma no la habrían asesinado. Se hubiera ido a la isla conmigo y hoy estaría viva. Yo era el único al que Christy le dijo que estaba enferma, Alan. Yo no se lo dije ni siquiera a la policía. Así que, ¿cómo lo sabías?

—Me lo debiste decir tú.

—No nos vimos ni hablamos antes de la conferencia de prensa. Eso es fácil de comprobar. Mi agenda está medida al minuto. En cuanto a ti, todo lo que haces es de conocimiento público. Da la casualidad que la noche que mataron a Christy, tú no estabas en ninguno de los lugares habituales. Estabas en mi casa, y más exactamente, en mi dormitorio. Durante la conferencia de prensa estábamos rodeados por una multitud de reporteros. Todo lo que dijimos está grabado. No lo supiste por mí.

—Walter, por favor, dime dónde estás. Quiero ayudarte.

—Christy nunca supo tener la boca cerrada. Sin duda se sintió muy orgullosa de su mentira. Supongo que te lo comentó muy ufana, ¿no es así? Había engañado al viejo. Mi difunta esposa era la única persona en el mundo que pudo haberte hablado de su enfermedad fingida. Y tú repetiste sus palabras delante de mí sin pensarlo. No sé por qué tardé tanto en descubrir la verdad. Quizá porque estaba tan obsesionado con encontrar al asesino que acepté la teoría del ladrón sin preguntar. Tal vez fue una negativa inconsciente. Porque siempre supe que Christy te deseaba. Pero supongo que me resistía a creer que fueras capaz de hacerme semejante faena. Tendría que haber pensado lo peor y habría acertado. Pero como dicen, más vale tarde que nunca.

—¿Walter, por qué me has llamado?

La voz de Sullivan bajó de volumen pero no perdió nada de su fuerza, nada de su intensidad.

—Porque, maldito cabrón, quería decirte cuál será tu nuevo futuro. En él habrá abogados, juicios y más publicidad de la que llegarías a tener en toda tu vida como presidente. Porque no quiero que te sorprendas cuando la policía llame a tu puerta. Y sobre todo, porque quiero que sepas a quien le tienes que dar las gracias.

—Walter, si quieres que te ayude, lo haré —replicó Richmond, con voz tensa—. Pero soy el presidente de Estados Unidos. Y aunque eres uno de mis más viejos amigos, no toleraré esta clase de acusaciones de ti o de cualquier otro.

—Muy bien, Alan, muy bien. Has deducido que estoy grabando esta conversación. No es que tenga importancia. —Sullivan hizo una pausa—. Eras mi protegido, Alan. Te enseñé todo lo que sabía, y has aprendido bien. Lo suficiente para tener el cargo más poderoso del mundo. Por fortuna, tu caída también será la más grande.

—Walter, has estado sometido a una gran tensión. Por última vez, por favor, deja que te ayude.

—Es curioso, Alan, es lo mismo que te recomiendo.

Sullivan cortó la comunicación y apagó la grabadora. El corazón le latía demasiado de prisa. Apoyó una mano sobre el pecho, se obligó a relajarse. No podía permitirse tener un infarto. Necesitaba vivir para cumplir con su plan.

Miró a través de la ventana y después contempló la habitación. Su pequeño hogar. Su padre había muerto en esta misma habitación. Esto le consoló aunque pareciera extraño.

Se reclinó en el sillón y cerró los ojos. Llamaría a la policía por la mañana. Les contaría todo y les entregaría la cinta. Después se sentaría a esperar. Incluso si no condenaban a Richmond, su carrera estaba acabada. Lo que equivalía a decir que el hombre estaba muerto, profesional, mental y espiritualmente. ¿Qué más daba que el cuerpo siguiera vivo? Mucho mejor. Sullivan sonrió. Había jurado vengar el asesinato de su esposa. Y lo había hecho.

Fue la súbita sensación de que su mano se levantaba lo que le hizo abrir los ojos. Después sintió que la mano se cerraba alrededor de un objeto duro y frío. No reaccionó hasta que el cañón se apoyó en su cabeza, y entonces ya fue demasiado tarde.

El presidente dejó de mirar el teléfono durante un segundo para mirar la hora. Ahora ya se habría acabado. Sullivan le había enseñado bien. Demasiado bien para desgracia del maestro. Había tenido la certeza de que Sullivan le llamaría antes de anunciar al mundo la culpabilidad del presidente. Esto había simplificado las cosas. Richmond salió del despacho y se dirigió a sus aposentos privados. Ya no pensaba en el difunto Walter Sullivan. No era eficaz ni productivo pensar en el enemigo derrotado. Impedía pensar con claridad en el próximo desafío. Eso también se lo había enseñado Sullivan.

El joven observó la casa a la luz del crepúsculo. Oyó el disparo, pero sus ojos no dejaron de mirar ni por un momento la débil luz en la ventana.

Bill Burton se reunió con Collin al cabo de unos segundos. Ni siquiera se atrevió a mirar al compañero. Dos agentes del servicio secreto convertidos en asesinos de muchachas y viejos.

En el camino de regreso, Burton se hundió en el asiento. Por fin se había acabado. Habían matado a tres personas, incluida Christine Sullivan. ¿Y por qué no incluirla? Marcaba el comienzo de toda esta pesadilla.

Burton miró su mano. Apenas si alcanzaba a comprender que acababa de cerrarla alrededor de la empuñadura de un arma, apretado el gatillo y acabado con la vida de un hombre. Con la otra mano había cogido la grabadora y el casete. Ahora los tenía en el bolsillo y acabarían en el incinerador.

Cuando escuchó la conversación telefónica del multimillonario con Seth Frank, Burton no entendió a qué se refería el viejo con aquello de la «enfermedad» de Christine Sullivan. Pero cuando se lo comentó al presidente, Richmond miró a través de la ventana durante unos minutos, un poco más pálido de lo que había estado cuando Burton entró en el despacho. Entonces llamó a la oficina de prensa de la Casa Blanca. Al cabo de unos diez minutos ya habían escuchado la grabación de la conferencia de prensa improvisada en la entrada del juzgado de Middleton. Las palabras de consuelo del presidente a su viejo amigo; las referencias a los caprichos de la vida, a que Christine Sullivan aún estaría viva si no se hubiera sentido enferma, sin recordar que Christine Sullivan se lo había dicho el día de su muerte. Algo que se podía probar. Un hecho que podía hundirlos a todos.

Burton se desplomó en una silla, y contempló atónito a su jefe, que miraba en silencio el casete como si quisiera borrar las palabras con el pensamiento. Burton sacudió incrédulo la cabeza. Había muerto por la boca, como correspondía a un político.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? ¿Nos largamos en el Fuerza Aérea Uno? —Burton sólo bromeaba mientras contemplaba la alfombra. Estaba demasiado aturdido para pensar. Por un instante miró al presidente y descubrió que Richmond le miraba fijo.

—Walter Sullivan es la única persona viva, aparte de nosotros, que conoce el significado de esta información.

Burton abandonó la silla sin desviar la mirada.

—Mi trabajo no incluye matar gente sólo porque usted me lo mande.

—Walter Sullivan es ahora una amenaza directa para todos nosotras —insistió el presidente—. Además, se está cachondeando de nosotros y no me gusta que la gente se divierta a costa mía. ¿Y a ti?

—Tiene una buena razón, ¿no le parece?

Richmond cogió un bolígrafo y lo hizo girar entre los dedos.

—Si Sullivan habla lo perdemos todo. Todo. —El presidente chasqueó los dedos—. Así, como si nada. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para evitarlo.

—¿Cómo sabe que ya no lo ha hecho? —preguntó Burton con un fuego abrasador en el vientre.

—Porque conozco a Walter —contestó Richmond—. Lo hará a su manera. Será algo espectacular y bien premeditado. No es un hombre dado a las prisas. Pero cuando actúa, los resultados son rápidos y aplastantes.

—Estupendo. —Burton se cogió la cabeza con las manos, su mente era un torbellino. Años de entrenamiento le habían dado una habilidad casi innata de procesar información en el acto, de pensar sobre la marcha, a actuar una fracción de segundo antes que cualquier otro. Ahora su cerebro era como un lodazal, espeso y pegajoso, nada estaba claro. Miró al presidente—. Pero ¿matarlo?

—Te garantizo que Walter Sullivan está pensando ahora mismo en cómo acabar con nosotros. Eso es algo que no me entusiasma. —Richmond se reclinó en el sillón—. Es obvio que el hombre ha decidido luchar contra nosotros. Y uno tiene que vivir con las consecuencias de las decisiones que adopta. Walter Sullivan lo sabe mejor que nadie. —La mirada de Richmond se clavó otra vez en el agente—. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a defendernos?

Collin y Burton habían pasado los últimos tres días siguiendo al multimillonario. Cuando el coche le dejó en medio de la nada, Burton no podía creer en su suerte, y sintió una profunda pena por la víctima, que ahora se había convertido en un blanco fijo.

Marido y mujer eliminados. Mientras el coche regresaba a la capital a toda velocidad, Burton se frotó las manos en un gesto inconsciente; intentaba quitar la suciedad que sentía en cada arruga. Lo que le helaba la piel era saber que nunca conseguiría borrar los sentimientos que experimentaba en estos momentos, la realidad de lo que había hecho. Todo esto le acompañaría durante el resto de sus días. Había cambiado su vida por otra. Otra vez. Su moral, durante tanto tiempo firme como una roca, se había convertido en plastilina. La vida le había enfrentado al desafío supremo y él había fracasado.

Hundió los dedos en el apoyabrazos y contempló la oscuridad a través del parabrisas.

El aparente suicidio de Walter Sullivan no sólo conmovió a la comunidad financiera. A las exequias fúnebres asistieron los grandes y poderosos de todo el mundo. En la solemne y espléndida ceremonia realizada en la catedral de San Mateo en Washington, el difunto fue ensalzado por media docena de dignatarios. Los más famosos habían hablado durante veinte minutos sobre las virtudes humanas de Walter Sullivan, de la gran presión que había sufrido y de cómo esa presión hacía que algunas personas adoptaran decisiones que nunca habrían adoptado en otro momento. Cuando Alan Richmond acabó su discurso, todo el mundo lloraba, y las lágrimas que corrían por las mejillas del presidente parecían auténticas. Él mismo siempre se asombraba de su capacidad para la oratoria.

La larga caravana mortuoria se puso en marcha, y, al cabo de tres horas y media, llegó a la pequeña casa donde Walter Sullivan había comenzado, y acabado, su vida. Mientras las limusinas buscaban espacio en la angosta carretera cubierta de nieve, Walter Sullivan fue trasladado y enterrado junto a sus padres, en la pequeña loma desde donde se disfrutaba de la mejor vista del valle.

El sepulturero comenzó a rellenar la fosa, y los amigos de Walter Sullivan iniciaron el camino de regreso al mundo de los vivos. Seth Frank, apostado a unos metros de la tumba, observó todos los rostros. Se fijó en el presidente que caminaba hacia su limusina. Bill Burton le vio y por un instante pareció sorprendido de verle. Después le saludó con un ademán. Frank le devolvió el saludo.

En cuanto se marcharon todos, Frank volvió su atención a la casa. Las cintas amarillas de la policía cerraban el paso y había dos agentes que vigilaban el lugar.

Frank se acercó, les mostró su placa y entró.

Resultaba el colmo de la ironía que uno de los hombres más ricos del mundo hubiera elegido un lugar como éste para morir. Walter Sullivan había sido la encarnación del personaje de los relatos de Horatio Alger. Frank admiraba al hombre que había sido capaz de llegar a la cumbre gracias a sus méritos, valentía y decisión. ¿Quién no?

Miró una vez más la silla donde habían encontrado el cuerpo, con el arma a su lado. El arma se había apoyado en la sien izquierda de Sullivan. La herida, enorme y desgarrada, había precedido al estallido cerebral que había acabado con la vida del hombre. El arma se hallaba en el suelo en el lado izquierdo. La presencia de la herida de contacto y las quemaduras de pólvora en la palma del difunto habían llevado a la policía local a clasificar el caso como un suicidio, los hechos eran claros y evidentes. Walter Sullivan, dolido, había vengado el asesinato de su esposa y después se había quitado la vida. Sus allegados habían confirmado que Sullivan llevaba varios días sin ponerse en contacto con nadie, algo poco habitual en él. Casi nunca venía a este lugar y cuando lo hacía, siempre había alguien que sabía dónde encontrarle. El periódico encontrado junto al cadáver publicaba la noticia de la muerte del presunto asesino de

su esposa. Todo indicaba que el hombre había decidido acabar con su vida.

Lo que preocupaba a Frank era un pequeño detalle que no había compartido con nadie. Había conocido a Walter Sullivan el día que había ido al depósito. Durante aquel encuentro, Sullivan había firmado diversos documentos relacionados con la autopsia y un inventario de los pocos objetos personales que su esposa llevaba en el momento de la muerte.

Sullivan había firmado aquellos papeles con la mano derecha.

No era una prueba concluyente. Sullivan podría haber empuñado el arma con la mano izquierda por cualquier motivo. Sus huellas digitales aparecían en la culata con toda claridad, quizá con demasiada claridad, pensó Frank.

En cuanto al arma resultaba imposible rastrear la procedencia. Habían borrado los números de serie con tanta habilidad que ni siquiera con el microscopio había encontrado ningún rastro. Un arma absolutamente anónima. Como la que se podía encontrar en la escena de un crimen. Pero ¿por qué Walter Sullivan se iba a preocupar de que alguien pudiera identificar el arma con la que pensaba suicidarse? La respuesta era negativa. Sin embargo, una vez más el hecho no era concluyente. Quizá la persona que le había dado el arma a Sullivan la había conseguido de forma ilegal, aunque Virginia era uno de los estados en los que más fácil resultaba comprar un arma, para desesperación de la policía en la faja noreste del país.

Frank acabó con el interior y salió de la casa. El terreno estaba cubierto por una gruesa capa de nieve. Sullivan había muerto antes de que comenzara a nevar; la autopsia lo había confirmado. Había sido una suerte que sus allegados conocieran la ubicación de la casa.

Cuando fueron a buscarle y encontraron el cuerpo, habían transcurrido unas doce horas del fallecimiento.

No, la nieve no le ayudaría. El lugar estaba tan aislado que no encontraría a nadie para preguntarle si había visto algo extraño aquella noche.

Su colega del departamento del condado salió del coche y caminó hacia él. Traía una carpeta con papeles. Él y Frank conversaron durante un rato; después, Frank le dio las gracias, subió a su coche y se marchó.

El informe de la autopsia decía que la muerte de Walter Sullivan había ocurrido entre las once y la una de la madrugada. Pero a las doce y diez, Walter Sullivan había hecho una llamada.

En los pasillos de PS amp;L reinaba un silencio poco habitual. Los capilares de un bufete próspero son los teléfonos que suenan, el zumbidos de los fax, los movimientos de labios y el ruido de los teclados. Lucinda, encargada únicamente de los teléfonos directos, atendía una media de ocho llamadas por minuto. Hoy pasaba las horas leyendo Vogue. La mayoría de las puertas estaban cerradas para ocultar de las miradas ajenas las intensas y acaloradas discusiones que mantenían la mayoría de los abogados de la firma.

La puerta del despacho de Sandy no sólo estaba cerrada, sino que tenía echado el

cerrojo. Los pocos socios que habían tenido la osadía de llamar habían recibido una descarga de insultos a cual más obsceno por parte del único y malhumorado ocupante del despacho.

Estaba sentado en su sillón, con los pies descalzos sobre la mesa, sin corbata, sin afeitar y con una botella de su whisky más fuerte casi vacía al alcance de la mano. Los ojos de Sandy Lord eran dos manchas rojas. En la iglesia había mirado con aquellos ojos el brillante ataúd de latón que contenía los despojos mortales de Sullivan, aunque en esencia guardaba los restos mortales de los dos.

Durante muchos años, Lord había anticipado la desaparición de Sullivan y, con la ayuda de una docena de especialistas de PS & L, había organizado una intrincada serie de salvaguardias que incluía los contactos con un grupo leal en la junta de directores de la compañía madre de las empresas Sullivan, lo cual aseguraba la continuidad de la representación de la inmensa red de filiales por PS & L en general y por Lord en particular. La vida seguiría su curso. El tren de la PS & L continuaría avanzando arrastrado por la locomotora intacta e incluso reforzada. Pero había ocurrido algo inesperado.

Los mercados financieros comprendían que la muerte de Sullivan era algo inevitable. Pero lo que las comunidades empresariales y financieras aparentemente no habían podido aceptar era la muerte del hombre, por su propia mano, unida a los rumores, cada vez más insistentes, de que Sullivan había ordenado matar al presunto asesino de su esposa, algo que después de conseguido, le habría impulsado a suicidarse. El mercado no estaba preparado para estas revelaciones. Algunos economistas sostenían que un mercado sorprendido a menudo reaccionaba de una forma salvaje y precipitada. Dichos economistas vieron cumplidas sus predicciones. Las acciones de las empresas Sullivan perdieron el sesenta y un puntos en la bolsa de Nueva York a la mañana siguiente del descubrimiento del cadáver, en la sesión de mayor venta de las acciones de una misma empresa en los últimos diez años.

Con las acciones vendiéndose a seis dólares por debajo del valor contable no tardaron mucho en aparecer los buitres.

La oferta de Centrus Corp fue rechazada por la junta de directores a instancias de Lord. Sin embargo, todos los indicios indicaban que los accionistas, asustados al ver que gran parte de su dinero había desaparecido de la noche a la mañana, estaban dispuestos a aceptar la oferta. Era probable que la batalla por los votos de los apoderados y la toma de la compañía acabara en un par de meses. Los asesores de Centrus, Rhoads, Director & Minor, una de las más grandes firmas de abogados del país, tenían expertos en todas las áreas del derecho.

El colofón estaba bien claro. Los servicios de PS & L no serían necesarios. Perderían a su principal cliente, más de veinte millones de facturación, casi un tercio de la actividad legal, desaparecía. Ahora mismo, medio mundo intentaba ponerse a salvo. Varios grupos buscaban meterse en Rhoads, avalando sus pretensiones con la experiencia al servicio de Sullivan. Un veinte por ciento de los abogados de PS

amp;L ya habían presentado la renuncia, y por el momento, no había señal de que las dimisiones disminuyeran en número.

Lord acercó la mano a la botella, la cogió y acabó con el resto de la bebida. Hizo girar el sillón para mirar por la ventana, y mientras contemplaba el cielo encapotado, sonrió para sí mismo.

No tenían nada para él en Rhoads, Director amp; Minor y, como consecuencia, por fin había ocurrido: Lord era vulnerable. Había visto a sus clientes morder el polvo con una rapidez alarmante, sobre todo en la última década cuando se podía ser un multimillonario de papel en un momento y pobre desgraciado al siguiente. Sin embargo, nunca había imaginado que su propia caída, si llegaba alguna vez, sería tan rápida y tan completa.

Ése era el problema de tener a un cliente de ocho cifras. Requería todo el tiempo y la atención del mundo. Los viejos clientes se secaban y morían. No se buscaban nuevos clientes. Su complacencia había acabado por darle una patada en el culo.

Hizo un cálculo rápido. Durante los últimos veinte años había ganado unos treinta millones de dólares. Por desgracia, se las había apañado para gastar no sólo los treinta millones sino muchísimo más. Había comprado una serie de casas de lujo, una residencia de vacaciones en Hilton Head Island, un nido de amor en Nueva York donde había llevado a sus amantes casadas. Tenía coches de lujo, colecciones propias de un hombre de buen gusto y de recursos, una bodega pequeña pero selecta, incluso un helicóptero, pero tres divorcios, ninguno de ellos amistoso, habían acabado por hacer mella en su fortuna.

La residencia que acababa de dejar parecía sacada de las páginas del *Architectural Digest*, pero la hipoteca no le iba a la zaga en su pasmosa opulencia. Y el problema era que no tenía efectivo. Carecía de liquidez, en PS amp;L cada uno comía lo que cazaba y los socios de PS amp;L no eran muy dados a cazar en manada. Por este motivo, Lord ganaba mensualmente mucho más que todos los demás. Ahora el cheque mensual apenas si cubriría gastos menores; sólo el pago de la tarjeta de crédito rondaba las cinco cifras.

Por un momento pensó en los otros clientes. Un cálculo aproximado le dio una factura de medio millón al año, si los exprimía a fondo, si hacía el circuito, algo que no quería hacer, que no deseaba hacer. Sería una deshonra. Había sido un excelente negocio hasta que el bueno de Walter había decidido que no valía la pena vivir a pesar de tener miles de millones. «Joder. Todo por una putilla de mierda...»

¡Quinientos mil! Eso era menos de lo que ganaba el pequeño gilipollas de Kirksen. Lord frunció el entrecejo cuando se dio cuenta.

Una vez más giró el sillón, y contempló el cuadro colgado en la pared más lejana. Entre las pinceladas de un artista menor del siglo XIX encontró el motivo que reavivó su sonrisa. Le quedaba una opción. Aunque su principal cliente le había dado por el culo, a él todavía le quedaba un filón para explotar. Cogió el teléfono.

Fred Martin empujó el carrito a paso rápido por el pasillo. Era su tercer día de

trabajo, y la primera vez que repartía el correo a los abogados de la firma. Martin quería hacer la tarea con rapidez y eficacia. Era uno de los diez mozos contratados por la firma, y ya el supervisor le metía prisa para que cogiera el ritmo. Después de recorrerlas calles durante cuatro meses sin nada más que su licenciatura en historia obtenida en Georgetown, Martin había decidido que la única manera de prosperar era asistir a la facultad de derecho. ¿Y qué mejor lugar para calibrar las posibilidades de esa carrera que uno de los más prestigiosos bufetes de la ciudad? Las innumerables entrevistas de trabajo le habían convencido de que nunca era demasiado tarde para intentar algo nuevo.

Consultó el plano con los nombres de los abogados escritos en cada uno de los cuadrados que marcaban la oficina de dicha persona. Martin había cogido el plano de la mesa de su despacho, sin darse cuenta de que la versión actualizada estaba sepultada debajo de una pila de cinco mil páginas correspondientes a una operación multinacional, que tendría que encuadernar esa tarde.

Dio la vuelta en una esquina, se detuvo y miró la puerta cerrada. Hoy todas las puertas estaban cerradas. Cogió el paquete de Federal Express, verificó el nombre en el plano, y lo comparó con el que figuraba en la etiqueta del paquete. Era el mismo. No había ninguna placa con el nombre del ocupante de la oficina. Esto le confundió.

Llamó, esperó un momento, volvió a llamar y después abrió la puerta.

Asomó la cabeza. El lugar era una leonera. Había cajas por todas partes, ningún mueble estaba en su sitio. Había papeles dispersos sobre la mesa. La primera intención fue llamar al supervisor. Quizás había un error. Miró la hora. Llevaba diez minutos de retraso. Cogió el teléfono y llamó al supervisor. No obtuvo respuesta. Entonces vio la foto de la mujer sobre la mesa. Alta, rubia, muy bien vestida. Ésta tenía que ser la oficina del tipo. Sin duda se estaba instalando. ¿Quién iba a dejar la foto de una chica tan guapa olvidada en una mesa? Tras esta deducción, Fred dejó el paquete sobre el sillón del escritorio, donde el destinatario tendría que encontrarlo por narices. Cerró la puerta al salir.

—Lamento mucho lo de Walter, Sandy. Te lo juro. —Jack contempló la vista panorámica de la ciudad. Un ático en la parte alta. El lugar debía costar una fortuna y otro tanto se había invertido en la decoración. Por todas partes había cuadros originales, sillones de cuero y esculturas. Dedujo que no había muchos Sandy Lord en el mundo y que debían tener una casa en alguna parte.

Lord se sentó junto al fuego que ardía en el hogar. Vestía una bata de lana con dibujos de colores vivos y pantuflas de cuero. La lluvia azotaba la cristalera. Jack se acercó al fuego, su mente parecía crepitar y saltar al compás de las llamas; una chispa cayó sobre el suelo de mármol y se apagó al cabo de un instante. Jack agitó el contenido de su copa mientras miraba a su socio.

La llamada no le había pillado por sorpresa. «Tenemos que hablar, Jack, cuanto antes mejor para mí. En mi casa...»

A su llegada, el viejo mayordomo de Lord se hizo cargo de su abrigo y de los

guantes y desapareció discretamente en las profundidades de la casa.

Los dos hombres se encontraban en el estudio revestido en caoba, un lujoso refugio masculino que Jack envidió con un sentimiento de culpa. La imagen de una mansión de piedra apareció por un momento en su cabeza. Tenía una biblioteca muy parecida a ésta. Con un esfuerzo prestó atención a Lord.

—Me han jodido, Jack.

A Jack le entraron ganas de sonreír al escuchar las primeras palabras de Lord. Apreciaba el candor del hombre. Pero se contuvo. El tono en la voz de Lord exigía un poco de respeto.

—La firma saldrá adelante, Sandy. No vamos a perder muchos más. Subarrendaremos alguno de los pisos, no es tan grave.

Lord se levantó y fue al bar bien provisto instalado en un rincón. Llenó la copa hasta el borde y se la bebió sin respirar.

—Perdona, Jack, quizá no me he expresado con la suficiente claridad. La firma ha recibido un golpe, pero no tan fuerte como para hundirla. Tienes razón, Patton, Shaw sobrevivirá. Pero yo me refiero a si Patton, Shaw y Lord vivirán para luchar otro día.

Lord cruzó la habitación y se dejó caer sobre el sofá de cuero. Jack siguió con la mirada la hilera de tachones de latón que ribeteaban el mueble. Bebió un trago mientras observaba el rostro obeso de su socio. Los ojos parecían dos rajadas en la cara.

—Tú eres el líder de la firma, Sandy, no veo que eso haya cambiado aunque tu lista de clientes haya sufrido un golpe.

Lord gimió desde su posición horizontal.

—¿Un golpe? ¿Un golpe? Me han metido una bomba atómica en el culo. El campeón del mundo de los pesos pesados no podría haberme golpeado más fuerte. Me han noqueado. Rondan los buitres, y vienen a por mí; el cerdo relleno con una manzana en la boca y la diana en el culo.

—¿Kirksen?

—Kirksen, Packard, Mullins, el cabrón de Townsend. Sigue contando, Jack, hasta acabar con la lista de socios. Debo admitir que mantengo una extraña relación odio-odio con mis socios.

—Pero no con Graham, Sandy. No con Graham.

Lord se incorporó un poco, se sujetó del respaldo para mirar a Jack.

El joven se preguntó por qué le caía tan bien este hombre. La respuesta quizás estaba en la comida en Fillmore's. Nada de rollos. Un baño en el mundo real que había significado la lección más importante de su vida. Ahora el hombre estaba metido en problemas. Jack tenía los medios para protegerle. Mejor dicho, quizá los tenía; sus relaciones con los Baldwin no eran muy sólidas en este momento.

—Sandy, si van a por ti, primero tendrán que enfrentarse conmigo. —Ya estaba, lo había dicho. Y no mentía. También era verdad que Lord le había dado la oportunidad de estar con los tipos importantes, le había arrojado directamente al fuego. Pero ¿qué otra manera había para saber si valías o no? La experiencia tenía un

precio.

—Nos encontraremos nadando en aguas muy revueltas, Jack.

—Soy buen nadador, Sandy. Además, no mires esto como algo únicamente altruista. Tú eres una inversión en la firma de la que soy socio. Tú eres el que consigue el trabajo. Ahora estás pasando por un bache, pero te recuperarás. Te apuesto quinientos dólares a que en menos de un año vuelves a ser el número uno. No pretendo perder al tipo que trae el dinero.

—No olvidaré esto, Jack.

—No dejaré que lo olvides.

Jack se marchó. Lord cogió la botella para servirse otra copa pero no lo hizo. Miró las manos temblorosas y dejó la botella y la copa en el bar. Alcanzó a llegar al sofá antes de que se le aflojaran las piernas. El espejo encima de la chimenea reflejó su imagen. Hacía veinte años que no lloraba. Desde la muerte de su madre. Pero ahora lloraba a mares. Había llorado por su amigo, Walter Sullivan. Durante años, Lord se había obligado a creer que el hombre no era más que un cheque millonario a final de mes. El precio de aquel engaño lo había pagado en el funeral, cuando Lord lloró con tanta emoción que tuvo que permanecer en el coche hasta la hora de enterrar a su amigo.

Ahora se frotó las mejillas otra vez para secarse las lágrimas. Maldito cabrón. Lord lo había planeado todo hasta el último detalle. Su discurso sería perfecto. Había pensado en todas las respuestas posibles excepto la que había recibido. Se había equivocado. Había supuesto que Jack haría lo mismo que habría hecho él en la misma situación: conseguir todo tipo de ventajas a cambio del enorme favor que pedía.

No era sólo culpa lo que sentía. Era vergüenza. Lo comprendió mientras le entraban náuseas y se inclinaba para vomitar sobre la alfombra. Vergüenza. Era algo que tampoco sentía desde hacía mucho tiempo. Cuando acabó de vomitar y se miró al espejo, Lord se prometió a sí mismo que no defraudaría a Jack. Volvería a situarse en la cumbre. Y no olvidaría.

Frank nunca había imaginado que pudiera estar sentado en aquel lugar.

Miró la habitación y comprobó que, efectivamente, tenía forma ovalada. El mobiliario era sólido, conservador, pero con una nota de color aquí, una raya allá, un par de zapatillas caras colocadas en un estante bajo, daban testimonio de que al ocupante de la habitación le faltaban años para el retiro. Frank tragó saliva y se obligó a respirar con normalidad. Era un policía veterano y éste era sólo otro interrogatorio de rutina. Sólo seguía una pista, nada más. En cuestión de minutos habría acabado y se marcharía.

Pero su cerebro le recordó que la persona a la que estaba a punto de interrogar era el actual presidente de Estados Unidos. Se sintió nervioso como un colegial cuando se abrió la puerta y él se puso de pie en el acto, dio media vuelta y miró durante un momento la mano extendida hasta que por fin reaccionó y la estrechó.

—Gracias por venir, teniente.

—No ha sido ninguna molestia, señor. Tiene usted cosas más importantes que hacer que estar metido en un atasco de tráfico, señor presidente, aunque supongo que a usted no le afectan los atascos.

Richmond ocupó su sitio detrás de la mesa e indicó a Frank con un gesto que volviera a sentarse. Un Bill Burton impasible, al que Frank no había visto hasta ahora, cerró la puerta y saludó al detective con un ademán.

—Mis rutas están establecidas de antemano. Es verdad que no me veo metido en muchos atascos pero le quita toda espontaneidad al asunto. —El presidente sonrió y Frank notó que respondía a la sonrisa de una forma automática.

El presidente se inclinó hacia delante y miró a Frank. Unió las manos, frunció el entrecejo y en su semblante apareció una expresión seria.

—Quiero darle las gracias, Seth. —Miró a Burton—. Bill me ha comentado su buena disposición a la hora de mantenerme informado sobre la investigación del asesinato de Christine Sullivan. Se lo agradezco, Seth. Algunos no habrían estado tan bien dispuestos o habrían intentado convertir el tema en un circo en beneficio propio. Esperaba otra cosa de su parte y no me ha defraudado. Una vez más, muchas gracias.

Frank se sintió como un escolar al que la maestra le acaba de nombrar el mejor de la clase.

—Dígame, ¿ha averiguado algo concreto sobre la presunta relación entre el suicidio de Walter y la muerte del criminal?

Frank volvió a la realidad y miró con ojos serenos las facciones bien marcadas de Richmond.

—No se asombre, teniente. Todos los círculos oficiales o no de Washington no hacen otra cosa en este momento que discutir sobre si Walter Sullivan contrató a un asesino para vengar la muerte de su esposa y después se suicidó. No puede evitar los cotilleos de la gente. Sólo quiero saber si en sus investigaciones ha encontrado algo

que dé crédito al rumor de que Walter ordenó matar al asesino de su esposa.

—Mucho me temo, señor, que no pueda decirle nada. Espero que lo entienda, pero es una investigación policial en marcha.

—No se preocupe, teniente, no quiero entrometerme. Pero quiero decirle que ha sido un hecho muy doloroso para mí. Pensar que Walter Sullivan pudiera llegar a suicidarse. Uno de los hombres más brillantes de su época, de todas las épocas.

—Es la opinión general.

—Pero entre usted y yo, conociendo a Walter como le conocía, no tendría nada de extraño que hubiese adoptado medidas precisas y concretas para ocuparse del asesino de su esposa.

—Presunto asesino, señor presidente. Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

—Tenía entendido que el caso estaba listo y bendecido.

—Hay algunos abogados de la defensa que les encantan los casos así —opinó Frank. Se rascó la oreja—. Verá, señor presidente, la mayoría de las veces cuando escarban un poco encuentran que están llenos de agujeros.

—¿El defensor de este caso era uno de éstos?

—En efecto, señor. No soy un jugador, pero creo que sólo teníamos un cuarenta por ciento a nuestro favor de conseguir una condena. Nos veíamos enfrentados a una auténtica batalla.

El presidente se reclinó en el sillón y pensó un momento antes de mirar a Frank.

El teniente por fin se dio cuenta de que Richmond esperaba sus preguntas y abrió la libreta. Se tranquilizó al leer las anotaciones.

—¿Sabía que Walter Sullivan le llamó momentos antes de su muerte?

—Hablé con él. No sabía que fue inmediatamente antes de suicidarse.

—Me sorprende que no nos diera antes esta información.

—Lo sé. A mí también me sorprende un poco —respondió Richmond con una expresión compungida—. Supongo que lo hice para proteger a Walter, o al menos a su memoria, de más sufrimientos. Aunque sé que la policía acabaría por descubrir la llamada. Lo lamento, teniente.

—Necesito saber los detalles de la conversación.

—¿Quiere beber alguna cosa, Seth?

—Un taza de café no me vendría mal, gracias.

Burton cogió el teléfono que estaba en un rincón y un minuto más tarde apareció un camarero con una bandeja de plata con el café.

El detective probó el café caliente. Richmond miró la hora, y entonces vio que Frank le miraba.

—Lo siento, Seth. Concedo a su visita la importancia que se merece, pero tengo una comida con una delegación del congreso dentro de unos minutos. No es que me apetezca mucho. Aunque parezca ridículo, no me entusiasman los políticos.

—Lo comprendo. Sólo tardaré unos minutos. ¿Cuál era el propósito de la

llamada?

—La definiría como la llamada de un hombre desesperado —contestó Richmond, después de una breve pausa—. No era el mismo de siempre. Parecía desequilibrado, fuera de control. Hacía unas pausas muy largas. No sonaba como el Walter Sullivan que conocía.

—¿De qué habló?

—De todo y de nada en concreto. Algunas veces sólo balbuceaba. Mencionó la muerte de Christine y también habló del hombre, el hombre que usted arrestó por el asesinato. Del odio que le profesaba, de cómo había destruido su vida. Resultaba penoso escucharle.

—¿Usted qué le dijo?

—Le pregunté varias veces dónde estaba. Quería encontrarle, enviarle ayuda. No me lo dijo. Creo que no escuchó ni una sola palabra. Estaba perdido.

—¿Le dio la impresión de que podía suicidarse, señor?

—No soy psiquiatra, teniente, pero si quiere mi opinión de lego sobre su estado mental, diría que sí, Walter Sullivan hablaba aquella noche como un suicida. Fue una de las pocas veces durante mi presidencia que me sentí impotente. De verdad, después de la conversación que mantuve con él, no me sorprendí cuando me comunicaron su muerte. —Richmond miró el rostro impasible de Burton y una vez más a Frank—. Por eso le pregunté si había algo de verdad en el rumor de que Walter tenía algo que ver con el asesinato de esta persona. Después de la llamada de Walter, reconozco que esa idea pasó por mi cabeza.

—Supongo que no tendrá grabada la conversación, ¿verdad? —le preguntó Frank a Burton—. Sé que graban algunas conversaciones.

—Sullivan llamó a mi línea privada, teniente —contestó Richmond—. Es una línea segura y nadie está autorizado a grabar las conversaciones.

—Comprendo. ¿Hizo alguna manifestación directa sobre una posible vinculación con la muerte de Luther Whitney?

—No, directamente no. Era obvio que no pensaba con claridad. Pero leyendo entre líneas, por la rabia que sentía, me molesta hacer cualquier comentario sobre un hombre que está muerto, yo diría que había mandado matar al asesino. No tengo ninguna prueba, pero es lo que saqué en claro.

—Una conversación la mar de incómoda.

—Sí, sí, muy incómoda. Ahora si me disculpa, teniente, las obligaciones me llaman.

—¿Por qué cree que le llamó, señor? —preguntó Frank, sin moverse—. ¿A esa hora de la noche?

El presidente volvió a sentarse. Dirigió una mirada rápida a Burton.

—Walter era uno de mis amigos más íntimos. Nunca hacía mucho caso de los horarios habituales, lo mismo que yo. No tenía nada de extraño que llamara a esa hora. No había tenido ocasión de verle mucho en los últimos meses. Como usted

sabe, estaba sometido a una fuerte tensión personal. Walter era de los que sufren en silencio. Ahora, Seth, con su permiso.

—Me resulta muy extraño que entre toda la gente a la que podía llamar, le llamara a usted. Quiero decir que lo más probable era que no le encontrara. Las agendas de viaje de los presidentes son muy ajetreadas. Me pregunto en qué pensaría.

Richmond se reclinó en el sillón, unió las puntas de los dedos y miró al techo. «El poli quiere demostrar lo listo que es». Miró a Frank con una sonrisa.

—Si pudiera leer en la mente de los demás no dependería tanto de las encuestas.

—No creo que necesite ser telépata para saber que será presidente por otros cuatro años, señor.

—Se lo agradezco, teniente. Lo único que puedo decirle es que Walter me llamó. Si pensaba suicidarse, ¿a quién iba a llamar? No mantenía ninguna relación con su familia desde que se casó con Christine. Conocía a mucha gente, pero tenía sólo un puñado de amigos íntimos. Walter y yo nos conocíamos de toda la vida, y para mí era como un padre. Como usted sabe me interesé a fondo por la investigación del asesinato de su esposa. Todo esto puede explicar la llamada, sobre todo si pensaba suicidarse. Es todo lo que sé. Lo lamento, no puedo ayudarle más.

Se abrió la puerta. Frank no sabía que era en respuesta a la llamada del pequeño botón oculto en la mesa del presidente. Richmond miró a la secretaria.

—Ahora mismo voy, Lois. Teniente, si puedo hacer algo más por usted, no vacile en llamar a Bill. Por favor.

—Muchas gracias, señor —contestó Frank mientras guardaba la libreta.

Richmond contempló la puerta durante un momento después de la marcha de Frank.

—¿Cómo se llamaba el abogado de Whitney, Burton?

—Graham. Jack Graham.

—El nombre me suena.

—Trabaja en Patton, Shaw. Es uno de los socios.

La mirada del presidente se congeló en el rostro de Burton.

—¿Qué pasa?

—No estoy muy seguro. —Richmond abrió uno de los cajones de la mesa y sacó una libreta donde había anotado toda una serie de datos referentes al asunto—. No pierdas de vista el hecho de que, hasta el momento, no ha aparecido una prueba muy importante y por la que pagamos cinco millones de dólares.

El presidente pasó las páginas de la libreta. Allí figuraban todos los individuos involucrados en el drama. Si Whitney le había dado a su abogado el abrecartas junto con un relato de lo ocurrido, a estas alturas ya sería del conocimiento público. Richmond recordó la entrega del premio a Ransome Baldwin en la Casa Blanca. Graham no era un pipiolo. Era evidente que no lo temía. ¿A quién, si es que lo había hecho, se lo habría dado Whitney?

A medida que su mente analizaba todos los datos disponibles, un nombre se

destacó entre los muchos escritos en la libreta. El de una persona de la que nadie se había preocupado.

Jack aguantó la caja con un brazo, el maletín con el otro, y se las apañó para sacar la llave del bolsillo. Antes de que pudiera meterla en la cerradura, se abrió la puerta. Jack se sorprendió.

—No esperaba encontrarte en casa.

—No hacía falta que te demoraras a comprar comida. Podía haber preparado cualquier cosa.

Jack entró, dejó el maletín en la mesa de centro y se dirigió a la cocina. Kate le siguió con la mirada.

—Eh, tú también trabajas todo el día. ¿Por qué ibas a cocinar?

—Las mujeres lo hacen todos los días, Jack. Mira a tu alrededor.

—No lo pongo en duda. —Jack asomó la cabeza—. ¿Qué prefieres? ¿Cerdo agridulce o ternera con salsa de ostras? También hay una ración doble de rollitos de primavera.

—Lo que tú no vayas a comer. No tengo mucha hambre. Jack salió de la cocina con dos platos colmados.

—Sabes, si no te decides a comer un poco más se te llevará el viento. A veces me dan ganas de meterte unas cuantas piedras en los bolsillos.

Se sentó en el suelo junto a ella con las piernas cruzadas. Kate picoteo la comida mientras él devoraba la suya.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo? Podrías haberte tomado unos días más de descanso. Te exiges demasiado.

—Mira quién habla. —Kate cogió un rollito de primavera, pero lo dejó otra vez en el plato. Jack dejó de comer y la miró.

—Te escucho.

Kate se levantó del suelo para sentarse en el sofá, y permaneció callada por unos instantes mientras jugaba con el collar. Vestida con las prendas de trabajo, la joven parecía exhausta, como una flor marchita.

—Pienso mucho en lo que le hice a Luther.

—Kate...

—Jack, déjame terminar. —Su voz sonó como un latigazo. Se serenó en el acto y añadió más tranquila—: He llegado a la conclusión de que nunca conseguiré superarlo, así que más me vale aceptarlo. Quizá hay mil razones que justifiquen lo que hice. Pero no estuvo bien al menos por un motivo. Él era mi padre. Por estúpido que parezca, ése es un buen motivo. —Retorcó el collar hasta convertirlo en un montón de nudos pequeños—. Creo que ser abogada, al menos el tipo de abogada que soy, me ha convertido en alguien que no me gusta mucho. No resulta agradable cuando vas a cumplir los treinta.

Jack le sujetó las manos para que no temblaran. Ella no las apartó. Él sintió el latido de las venas.

—Dicho esto, creo que se impone un cambio radical. De carrera, de vida, de todo.

—¿De qué hablas? —Jack se levantó para sentarse a su lado. El corazón le iba a cien por hora mientras adivinaba lo que vendría a continuación.

—Dejaré de ser fiscal, Jack. De hecho, tampoco seré abogada. Esta mañana presenté la dimisión. Reconozco que se llevaron una sorpresa. Me dijeron que lo pensara. Les respondí que ya lo había hecho detenidamente.

—¿Has dejado tu trabajo? —preguntó Jack incrédulo—. Hostia, Kate, has invertido mucho en tu carrera. No puedes tirarlo todo por la borda.

Ella se levantó de un salto, fue hasta la ventana y miró al exterior.

—De eso se trata, Jack. No estoy tirando nada por la borda. Los recuerdos de lo que he hecho durante los últimos cuatro años son sólo una pesadilla espantosa. No tienen nada que ver con lo que pensaba en mi primer año de derecho, cuando discutíamos sobre los grandes principios de la justicia.

—No te juzgues tan mal. Las calles son mucho más seguras gracias a tu trabajo.

—Ya ni siquiera consigo parar la corriente —afirmó Kate—. Me arrastró al mar hace mucho tiempo.

—¿Qué vas a hacer? Eres una abogada.

—No, te equivocas. Sólo he sido una abogada durante un período muy corto de mi vida. Me gustaba mucho más cómo vivía antes de serlo. —Se detuvo y le miró con los brazos cruzados sobre el pecho—. Tú me lo hiciste ver con toda claridad, Jack. Me hice abogada para vengarme de mi padre. Tres años de facultad y cuatro años de no vivir fuera del juzgado es un precio demasiado caro. —Un suspiro profundo emergió de su garganta, y su cuerpo se sacudió antes de que recuperara la compostura—. Además, creo que ya me he tomado la revancha.

—Kate, no fue culpa tuya. —Jack se interrumpió al ver que ella le volvía la espalda.

Se estremeció cuando escuchó las siguientes palabras de Kate.

—Me marchó, Jack. Todavía no sé dónde. Tengo algunos ahorros. El sudoeste parece un lugar agradable. O quizá Colorado. Quiero ir a un lugar que no se parezca en nada a esto.

—¿Marcharte? —Jack pronunció la palabra casi para sí mismo—. ¿Marcharte? —Repitió la palabra como si quisiera borrarla al mismo tiempo que pretendía desmenuzada y conseguir un significado que no fuera tan doloroso.

—No hay nada que me retenga aquí, Jack —murmuró Kate mientras se miraba las manos.

Él la miró y sintió más que escuchó la respuesta furiosa que salió de su boca.

—¡Maldita sea! ¿Cómo te atreves a decir eso?

Kate le miró. Él sintió el quiebro en la voz cuando ella le respondió.

—Creo que es mejor que te vayas.

Jack se sentó en su despacho, sin ninguna gana de enfrentarse a la montaña de trabajo y la pequeña montaña de mensajes escritos en papel rosa, y se preguntó si la situación podía llegar a ser peor. En aquel momento, Dan Kirksen entró en el despacho. Jack gimió para sus adentros.

—Dan, de verdad...

—No estuviste en la reunión de los socios de esta mañana.

—Nadie me avisó de que había una.

—Se envió un nota, claro que tus horarios de oficina han sido un tanto erráticos en los últimos tiempos. —Miró con un gesto de enfado el desorden en la mesa de Jack. En su escritorio nunca había ni un papel; era una muestra del poco trabajo legal que hacía.

—Ahora estoy aquí.

—Me han dicho que tú y Sandy se reunieron en su casa.

—Por lo que veo ya no hay nada privado —comentó Jack con ironía.

—Los asuntos de los socios deben ser discutidos en presencia de todos —afirmó Kirksen furioso—. Lo que no queremos son camarillas que debiliten esta firma más de lo que ya está.

Jack estuvo a punto de soltar una carcajada. Dan Kirksen, el rey indiscutido de las camarillas.

—Creo que hemos superado lo peor.

—¿Lo crees, Jack? ¿De verdad? —se burló Kirksen—. Que yo sepa no tienes mucha experiencia en esta clase de cosas.

—Si te preocupa tanto, Dan, ¿por qué no te marchas?

La mueca de burla desapareció en el acto del rostro del hombre.

—Llevo en esta firma casi veinte años.

—Entonces creo que es hora de un cambio. Quizá te haga bien.

Kirksen se sentó. Se quitó las gafas, limpió los cristales y volvió a ponérselas.

—Te daré un consejo de amigo, Jack. No hagas causa común con Sandy. Si lo haces cometerás un error grave. Está acabado.

—Gracias por el consejo.

—Lo digo en serio, Jack, no pongas en peligro tu situación en un intento inútil, aunque bien intencionado, por salvarle.

—¿Poner en peligro mi situación? Te refieres a Baldwin, ¿no?

—Es tu cliente, por ahora.

—¿Piensas en un cambio de capitán? Si es así, te deseo suerte. Durarás un minuto.

—Nada es para siempre, Jack. —Kirksen se levantó—. Incluso Sandy Lord te lo diría. Lo que toca, toca. Puedes quemar los puentes de la ciudad, sólo que antes te debes asegurar de que no queda nadie vivo en esos puentes.

Jack abandonó la silla, rodeó el escritorio y se acercó a Kirksen dominándolo con

su estatura.

—¿Eras así de pequeño, Dan, o te convertiste en una mierda de mayor?

—Te lo repito, nunca se sabe, Jack —replicó Kirksen con una sonrisa, al tiempo que iba hacia la puerta—. Las relaciones con el cliente son siempre muy tenues. Mira la tuya, por ejemplo. Se basa en tu futuro matrimonio con Jennifer Ryce Baldwin. Ahora, si la señorita Baldwin descubriera, es un decir, que no has ido a tu casa por la noche sino que has compartido el apartamento con una mujer joven, quizá no se mostraría tan dispuesta a tenerte como abogado, y mucho menos a convertirse en tu esposa.

Fue cuestión de un segundo. Kirksen se encontró cogido por el cuello contra la pared y Jack tan cerca que el aliento del joven le empañaba las gafas.

—No cometas ninguna tontería, Jack. Por muy importante que te creas, los socios no verán con buenos ojos una agresión física. Todavía tenemos algunas normas en Patton, Shaw.

—Nunca más se te ocurra entrometerte en mi vida privada, Kirksen. Jamás. — Jack le arrojó contra la puerta como quien arroja un muñeco y volvió a su mesa.

Kirksen se arregló la camisa y sonrió para sus adentros. Eran fáciles de manipular. Todos estos tipos grandes y apuestos. Fuertes como mulas y sin sesos. Sofisticados como un ladrillo.

—Sabes, Jack, tendrías que saber en qué te has metido. Por alguna razón que ignoro parece confiar en Sandy Lord. ¿Te contó la verdad de lo ocurrido con Barry Alvis? ¿Te lo dijo, Jack?

Jack se volvió para mirarle con ojos opacos.

—¿Utilizó la historia del asociado permanente y que no aportaba clientes a la firma? ¿O te dijo que Alvis había hundido un gran proyecto?

Jack continuó mirándole.

Kirksen sonrió con aire triunfal.

—Una llamada, Jack. La hija llama para quejarse de que el señor Barry Alvis había tenido la osadía de molestar a su padre y a ella. Y Alvis desaparece. Es así como funciona el juego, Jack. Quizá no te guste jugar. Si es así nadie te impedirá marcharte.

Kirksen llevaba planeando esta estrategia desde hacía tiempo. Tras la desaparición de Sullivan, él podía prometerle a Baldwin que su trabajo recibiría un trato preferente, y Kirksen aún tenía el mejor grupo de abogados de la ciudad. Si sumaba los cuatro millones de facturación a los que ya tenía se convertiría en el socio principal de la firma. Y el nombre de Kirksen por fin aparecería en el placa de la puerta, en sustitución de otro que sería defenestrado. El socio gerente le sonrió a Jack.

—Puede que no te caiga bien, Jack, pero te digo la verdad. Eres un adulto, ahora te toca a ti actuar.

Kirksen salió del despacho y cerró la puerta.

Jack permaneció de pie durante un segundo más y entonces se desplomó en la

silla. Se inclinó hacia delante, apartó de un manotazo los papeles que había encima de la mesa y apoyó la cabeza sobre la superficie.

Seth Frank miró al viejo. Bajo, con una gorra de fieltro en la cabeza, pantalones de pana, un suéter grueso y botas de invierno, el hombre parecía inquieto y muy excitado por estar en una comisaría. En la mano llevaba un objeto rectangular envuelto en papel marrón.

—No acabo de entenderle, señor Flanders.

—Verá, yo estaba allí. El día aquél, en el tribunal. Ya sabe, cuando mataron al hombre. Sólo fui a ver de qué iba todo aquel escándalo. Vivo allí desde que nací. Nunca vi nada parecido, se lo aseguro.

—Eso lo entiendo —señaló Frank, con un tono seco.

—Yo tenía mi Camcorder nueva, canela fina, tiene una pantalla visor y toda la pesca. No tienes más que aguantar, mirar y rodar. Algo de primera. Así que la parienta dijo que viniera.

—Eso está muy bien, señor Flanders. ¿Y cuál es el motivo de su visita? —Frank le miró esperando una respuesta sensata.

La expresión en el rostro de Flanders demostró que había comprendido qué se esperaba de él.

—Oh, disculpe, teniente. Aquí estoy charlando por los codos, tengo tendencia a hacerlo, pregúnteselo a la parienta. Me jubilé hace un año. Nunca hablaba mucho en el trabajo. Trabajaba en una cadena de montaje. Ahora me gusta hablar. También me gusta escuchar. Me paso horas en aquel café que está detrás del banco. El café es bueno y sirven unos bollos estupendos bien cargados de mantequilla.

Frank le miró impaciente. Flanders se dio prisa.

—Verá, vine para mostrarle esto. En realidad, para dárselo. Yo tengo una copia, desde luego. —Le alcanzó el paquete.

Frank lo abrió. Miró la cinta de vídeo.

Flanders se quitó la gorra; era calvo y tenía unos mechones como trozos de algodón sobre las orejas.

—Como le dije, filmé algunas tomas muy buenas. Del presidente y del tipo cuando lo matan. Lo tengo todo. Claro que sí. Verá, yo seguía al presidente. Me metí justo en medio de todo el follón.

Frank miró al hombre.

—Ahí está todo, teniente. A ver si le sirve. —Miró la hora—. Vaya, debo irme. Llego tarde a comer. A la parienta no le gusta que llegue tarde. —Caminó hacia la puerta. Frank miró la cinta—. Ah, teniente, una cosa más.

—Sí.

—Si sacan algo de provecho de mi cinta, ¿cree que mencionarán mi nombre cuando escriban sobre ella?

—¿Escribir sobre qué?

—Sí, ya sabe, los historiadores —contestó el viejo entusiasmado—. Quizá la

llamen la cinta Flanders o algo así. O el vídeo Flanders. Ya sabe, como la otra vez.

—¿Como la otra vez? —Frank se masajeó las sienes.

—Sí, teniente. Ya sabe, como Zapruder con Kennedy.

Por fin, Frank entendió lo que intentaba decir el hombre.

—Me encargaré de mencionar su nombre, señor Flanders. Por si acaso, para la posteridad.

—Eso es. —Radiante de orgullo, Flanders le señaló con un dedo—. Posteridad, me gusta la palabra. Que pase un buen día, teniente.

—¿Alan?

Richmond con un ademán ausente le indicó a Russell que entrara y después continuó con la lectura de las notas en su libreta. Al cabo de unos momentos, cerró la libreta y miró a la jefa de gabinete con una mirada impasible.

Russell vaciló, observó la alfombra, con la manos cruzadas delante de ella. Después cruzó la habitación a paso rápido y se dejó caer más que sentarse en una de las sillas.

—No sé muy bien qué decir, Alan. Comprendo que no hay excusas para mi comportamiento, algo absolutamente inapropiado. Si pudiese, alegraría locura temporal.

—Entonces, ¿no tienes intención de justificarlo diciendo que fue en favor de mis intereses? —Richmond se reclinó en el sillón, sin desviar la mirada de Russell.

—No lo haré. Estoy aquí para presentar mi renuncia.

—Quizá te he subestimado, Gloria —comentó el presidente con una sonrisa. Dejó el sillón, rodeó el escritorio y se apoyó contra el mueble, delante de la mujer—. Aunque no lo creas, tu comportamiento fue el más apropiado. Yo, en tu lugar, habría hecho lo mismo.

Russell le miró con una expresión de asombro.

—No me malinterpretes, Gloria. Espero lealtad como haría cualquier otro ser humano. Sin embargo, no espero que los seres humanos sean algo más que eso, me refiero a humanos, con todas las debilidades e instintos de supervivencia que eso conlleva. Después de todo, somos animales. He conseguido mi posición en la vida sin perder nunca de vista el hecho de que la persona más importante en el mundo soy yo mismo. En cualquier situación, ante cualquier obstáculo, nunca he olvidado ese principio básico. Lo que hiciste aquella noche demuestra que tú compartes la misma creencia.

—¿Sabes lo que pretendía?

—Desde luego, Gloria. No te condeno por haber intentado sacar el máximo de provecho de aquella situación. Caray, es la base sobre la que se sustenta la nación y esta ciudad en particular.

—Pero cuando Burton te dijo...

El presidente alzó una mano para interrumpirla.

—Admito que aquella noche sentí ciertas emociones. Quizá la traición era la más fuerte. Pero desde entonces, he llegado a la conclusión de que tú demostraste tu fuerza, y no la debilidad, de carácter.

—¿Debo pensar que no quieres mi renuncia? —preguntó la jefa de gabinete mientras se esforzaba por entender en qué acabaría todo aquello.

—Ni siquiera recuerdo que hayas mencionado la palabra, Gloria. —Se inclinó para coger una de sus manos—. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza interrumpir nuestra relación después de haber llegado a conocernos tan bien. No hablemos más del asunto, ¿de acuerdo?

Russell se levantó dispuesta a marcharse. El presidente volvió a su sillón.

—Ah, Gloria, quiero repasar una serie de temas contigo esta noche. La familia está de viaje. Así que quizá trabajaremos en mis habitaciones. —La jefa de gabinete le miró—. Quizá se nos haga la madrugada. Trae ropa para cambiarte. —El presidente no sonrió. Su mirada pareció atravesar el cuerpo de la mujer. Después volvió a su trabajo.

A Russell le temblaban las manos mientras cerraba la puerta.

Jack aporreó la puerta con tanta fuerza que se hizo daño en los nudillos. El ama de llaves abrió la puerta y Jack pasó junto a ella sin darle oportunidad de abrir la boca.

Jennifer Baldwin bajó las escaleras y cruzó el vestíbulo. Llevaba un elegante vestido de noche muy escotado, y el pelo le caía sobre los hombros. Su expresión era seria.

—Jack, ¿qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo.

—Jack, voy a salir. Tendrás que esperar.

—¡No! —Él la sujetó de una mano, miró a su alrededor, abrió la puerta que tenía más cerca y la arrastró a la biblioteca. Jennifer apartó la mano.

—¿Te has vuelto loco, Jack?

Él miró la habitación con las estanterías hasta el techo llenas de libros encuadernados en cuero y lomos dorados. Sólo servían de muestra, nadie los había abierto. No eran más que parte del decorado.

—Sólo quiero que me respondas a una pregunta y después me iré.

—Jack...

—Una pregunta. Y después me iré.

La joven le miró con suspicacia; cruzó los brazos.

—¿De qué se trata?

—¿Llamaste o no a mi firma y les dijiste que despidieran a Barry Alvis porque me hizo trabajar la noche que estuvimos en la Casa Blanca?

—¿Quién te lo dijo?

—Sólo responde a la pregunta, Jenn.

—Jack, ¿por qué es tan importante?

—¿Entonces hiciste que le despidieran?

—Jack, quiero que dejes de pensar en eso y pienses más en nuestro futuro. Si...

—¡Responde a la puñetera pregunta!

—¡Sí! —gritó Jennifer—. Sí, hice que despidieran a ese cretino. ¿Y qué? Se lo merecía. Te trató como a un subalterno. Y se equivocó. Él no era nada. Jugó con fuego y se quemó. No siento ninguna pena por él. —Jennifer le miró sin una pizca de remordimiento.

En cuanto escuchó la respuesta que va se esperaba, Jack se sentó en una silla y miró el gran escritorio al otro extremo de la habitación. El sillón de respaldo alto miraba hacia el otro lado. Contempló los óleos originales colgados en las paredes, las ventanas enormes con unas cortinas que debían valer una fortuna, el trabajo de marquetería, las esculturas de metal y mármol. El techo estaba pintado con una legión de personajes medievales. El mundo de los Baldwin. Se lo podían meter donde les cupiera. Cerró los ojos.

Jennifer se echó hacia atrás el pelo, y miró a su prometido, un tanto angustiada. Por un momento, vaciló. Después se acercó a él, se arrodilló a su lado y le tocó el hombro. Él se sintió envuelto por el aroma de su perfume. La muchacha le habló en voz baja, con la boca casi pegada a su oreja.

—Jack, te lo dije antes, no tienes que aguantar esa clase de comportamientos. Ahora que se ha acabado ese ridículo caso de asesinato podemos continuar con nuestras vidas. Nuestra casa está lista, es algo fantástico, de veras. Y tenemos que acabar con los preparativos de la boda. Cariño, ahora todo puede volver a la normalidad. —Le tocó el rostro, lo volvió hacia ella. Jennifer le dedicó su mirada más seductora y después le besó con ansiedad, y cuando apartó los labios lo hizo muy lentamente. Sus ojos buscaron los de Jack. No encontró lo que buscaba.

—Tienes razón, Jenn. Se acabó el ridículo caso de asesinato. Le volaron los sesos a un hombre al que respetaba y quería. Caso cerrado, es hora de pasar a otra cosa. Tengo que amasar una fortuna.

—Sabes qué quiero decir. Nunca tendrías que haberte implicado en ese asunto. No era tu problema. Si no hubieras cerrado los ojos te habrías dado cuenta de que estaba por debajo de ti.

—Y también molesto para ti, ¿no?

Jack se puso de pie. Estaba agotado más que cualquier otra cosa.

—Que disfrutes de una vida muy hermosa, Jenn. Te diría que ya nos veremos pero de verdad que no me lo imagino. —Se dirigió hacia la puerta, pero ella le cogió de la manga.

—Jack, por favor, ¿puedes decirme qué hice que es tan terrible?

Él vaciló por un instante y entonces se enfrentó a ella.

—¿Y encima lo preguntas? ¡Joder! —Sacudió la cabeza, cansado—. Cogiste la vida de un hombre, Jenn, un hombre al que ni siquiera conocías y la destrozaste. ¿Por

qué lo hiciste? Porque algo que él hizo te «molestó». Así que borraste de un plumazo diez años de su carrera. Con una llamada. Sin pensar en lo que podía pasarle a él, a su familia. Podía haberse volado la cabeza, su mujer podía haberle pedido el divorcio. Para ti eso no tenía la menor importancia. Ni siquiera pensaste en ello. La conclusión final es que yo no puedo amar, no puedo pasar mi vida con alguien capaz de hacer algo así. Si no lo comprendes, si de verdad piensas que no hiciste nada malo, eso es razón más que suficiente para que nos digamos adiós ahora mismo. Es mucho mejor que hablemos de las diferencias irreconciliables antes del matrimonio. Así evitaremos a todo el mundo un montón de problemas y pérdidas de tiempo. —Abrió la puerta y sonrió—. Todos los que conozco seguramente dirán que estoy loco por hacer esto. Que tú eres la mujer perfecta: rica, hermosa, inteligente, y tú lo eres, Jenn. Dirán que hubiéramos sido la pareja ideal. Que lo teníamos todo. ¿Cómo no íbamos a ser felices? Pero la cuestión es que no podría hacerte feliz porque no me interesan las mismas cosas que a ti. No me interesan los millones en trabajo para la firma, ni las casas del tamaño de edificios de apartamentos o los coches que cuestan el sueldo de un año. No me gusta esta casa, no me gusta tu estilo de vida, no me gustan tus amigos. Y puestos a decir, tampoco me gustas tú. Probablemente soy el único hombre del planeta que diría eso. Pero soy un tipo bastante simple, Jenn, y la única cosa que no haría sería mentirte. No nos engañemos, dentro de un par de días una docena de tipos que te convienen mucho más que Jack Graham llamarán a tu puerta. No estarás sola.

Jack hizo una pausa y la miró. Sintió un poco de pena al ver la expresión de asombro en el rostro de la joven.

—Si alguien te pregunta, tú me has dejado. No daba la talla para pertenecer a la familia Baldwin. Un pelagatos. Adiós, Jenn.

Ella permaneció en la biblioteca durante unos minutos más. Una serie de emociones distintas se reflejaron en su rostro sin que ninguna llegara a dominar. Por fin salió de la habitación. El sonido de los tacones altos en el mármol del vestíbulo se apagó en la alfombra de la escalera.

En la biblioteca reinó el silencio. Entonces, se movió el sillón del escritorio y Ransome Baldwin contempló la puerta por la que acababa de salir su hija.

Jack miró por la mirilla, casi convencido de que vería a Jennifer Baldwin con un arma. Enarcó la cejas al ver quién era.

Seth Frank entró y se quitó el abrigo mientras contemplaba con una mirada de aprecio el desorden reinante en el pequeño apartamento.

—Compañero, esto me trae recuerdos de una gran época de mi vida, se lo aseguro.

—Deje que adivine. Fraternidad de los Delta, generación del 75. Era el vicepresidente encargado del funcionamiento del bar.

—Le ha faltado poco para la verdad —señaló Frank con una sonrisa—. Disfrútelo mientras pueda, amigo mío. Sin pretender faltar a lo políticamente correcto, una

mujer no le permitiría vivir así.

—Entonces quizá soy un hombre afortunado.

Jack entró en la cocina y reapareció cargado con botellas de cerveza.

Se sentaron cada uno con su botella.

—¿Problemas con el futuro matrimonio, abogado?

—En una escala de uno a diez, un uno o diez según por dónde la mire.

—¿Por qué pienso que la chica Baldwin no acaba de dar la talla?

—¿Nunca deja de ser detective?

—No si puedo evitarlo. ¿Quiere hablar del tema?

—Quizá le dé la lata en otra ocasión, pero esta noche no.

—Avíseme. —Frank encogió los hombros—. Yo traeré la cerveza.

—¿Un regalo? —preguntó Jack, al ver el paquete sobre el regazo de Frank.

—Supongo que tiene un vídeo debajo de toda esta morralla —dijo el detective mientras sacaba la cinta del paquete.

Las primeras imágenes de la cinta aparecieron en la pantalla del televisor. Frank miró a Jack.

—Esta película no es apta para todos los públicos. Se lo aviso. Lo muestra todo, incluido lo que le pasó a Luther. ¿Está preparado?

—¿Cree que veremos algo que nos ayude a capturar al que lo hizo?

—Eso es lo que espero. Usted le conocía mucho mejor que yo.

—Quizá vea algo que yo no vi.

Aunque estaba sobre aviso, Jack no estaba preparado. Frank le observó atentamente a medida que se acercaba el momento. Jack se echó hacia atrás, con una expresión de horror en el rostro, cuando sonó el disparo. El policía paró el vídeo.

—Se lo advertí —dijo, preocupado.

Jack se había derrumbado en la silla. Su respiración era irregular, tenía la frente bañada en sudor. Se estremeció por un instante y poco a poco recuperó la compostura. Sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—¡Coño!

El comentario de Flanders cuando mencionó el ejemplo de Kennedy no había sido exagerado.

—Si quiere, Jack, podemos dejarlo.

—¡Y una mierda! —replicó Jack, decidido.

Jack apretó la tecla de rebobinado una vez más. Habían visto la cinta una docena de veces. Ver cómo estallaba la cabeza de su amigo resultaba muy duro, pero la pena era mitigada en parte por la rabia cada vez más intensa que sentía con cada nuevo visionado.

—Es mala suerte que el tipo no filmara en la otra dirección —opinó el detective—. Quizá hubiéramos visto al tirador. —Sacudió la cabeza—. Supongo que eso hubiese sido mucho pedir. ¿Tiene café? Me cuesta pensar sin cafeína.

—Hay café preparado en la cafetera. Yo también me tomaré una taza. Están sobre

el fregadero.

Frank volvió de la cocina con dos tazas de café humeantes. Jack miraba a Alan Richmond pronunciando su discurso en la tarima improvisada delante del juzgado.

—Ese tipo va como una moto.

—Le conocí el otro día —dijo Frank.

—¿Sí? Yo también. Fue cuando iba a unirme en matrimonio a la gente rica y famosa.

—¿Qué opina del tipo?

Jack bebió un trago de café, cogió la bolsa de galletas de mantequilla de cacahuete que estaba sobre el sofá, le ofreció una a Frank, que la aceptó, y después apoyó los pies sobre la mesa de centro destartalada. El abogado volvía a adoptar con toda naturalidad los hábitos menos formales de los solteros.

—No lo sé. —Jack se encogió de hombros—. Me refiero a que él es el presidente. Siempre pensé que estaba hecho para el cargo. ¿Y usted qué opina?

—Es listo. Muy listo. Es de esa clase de tipos con el que no te puedes enfrentar a menos que estés muy seguro de tu propia capacidad.

—Supongo que es bueno que esté de nuestra parte.

—Sí. —Frank miró la pantalla—. ¿Algo le ha llamado la atención?

—Una cosa. —Jack apretó un botón del mando a distancia—. A ver qué le parece. —La cinta avanzó a doble velocidad. Las figuras se movían como los actores en una película muda—. Atento.

Las imágenes mostraron a Luther cuando salía de la furgoneta. Miraba el suelo; los grilletes le dificultaban la marcha. De pronto, el presidente seguido por una columna de gente apareció en la pantalla. Luther quedó parcialmente oscurecido. Jack congeló la imagen.

—Mire.

Frank observó la imagen, mientras masticaba una galleta y se acababa el café. Sacudió la cabeza.

—Mire la cara de Luther —le indicó Jack—. Allí, entre los trajes. Mire su cara.

Frank se inclinó hasta casi tocar la pantalla con la nariz. De pronto se echó hacia atrás, con los ojos bien abiertos.

—Maldita sea, parecía decir algo.

—No, parece como si le estuviera diciendo algo a alguien.

—¿Cree que reconoció a alguien, quizás al tipo que le mató? —preguntó el detective.

—Dadas las circunstancias, no pienso que estuviese de charla con algún desconocido.

Frank volvió a ensimismarse en la contemplación de la imagen. Por fin sacudió la cabeza.

—Necesitaremos la ayuda de algún talento especial. —Se levantó—. Vamos.

—¿Dónde? —preguntó Jack, al tiempo que cogía el abrigo.

Frank sonrió mientras rebobinaba la cinta. Después se puso el sombrero.

—Primero lo llevaré a cenar. Soy un hombre casado, más viejo y más gordo que usted. Por lo tanto, no me basta con un puñado de galletitas. Después iremos a la comisaría. Quiero presentarle a una persona.

Dos horas más tarde, Seth Frank y Jack entraron en la comisaría de Middleton, ahitos de comida. Laura Simon les esperaba en el laboratorio con el equipo preparado.

Después de las presentaciones, Laura metió la cinta en el magnetófono. Las imágenes aparecieron en la pantalla de cuarenta y seis pulgadas del televisor instalado en un rincón del laboratorio. Frank avanzó la cinta hasta el lugar apropiado.

—Allí —señaló Jack—, allí está.

Frank congeló la imagen.

Laura se sentó delante de un teclado y escribió una serie de órdenes. En la pantalla, la parte del encuadre correspondiente a la imagen de Luther se separó del resto y se amplió como un globo que se hincha, hasta que el rostro de Luther ocupó casi toda la pantalla.

—Es el máximo que da la máquina. —Laura hizo girar la silla y le hizo una seña a Frank. El teniente apretó un botón del mando a distancia y las imágenes volvieron a moverse.

La banda sonora era muy confusa: los alaridos, los gritos, el ruido del tráfico y el rumor de la multitud impedían entender lo que decía Luther. Miraron mientras sus labios se abrían y cerraban.

—Está cabreado. No sé qué dice, pero está cabreado. —Frank sacó un cigarrillo, pero lo guardó al ver la mirada de Simon.

—¿Alguien sabe leer los labios? —preguntó Laura.

Jack miró la pantalla. ¿Qué coño decía Luther? Ya había visto antes la expresión de su cara. Si pudiera recordar cuándo... Había sido hacía poco, estaba seguro.

—¿Ve algo que nosotros no vemos? —preguntó Frank.

Jack miró al detective.

—No lo sé —contestó. Se pasó la mano por la cara—. Allí hay algo, pero no consigo recordar qué es.

Frank le dijo a Simon que apagara el equipo. Dejó la silla y se despezó.

—Bueno, váyase a dormir. Si mañana cuando se despierte recuerda algo, llámeme. Gracias por venir, Laura.

Los dos hombres se marcharon juntos. Frank miró a Jack, extendió una mano y le tocó la nuca.

—Caray, tiene los músculos a punto de estallar.

—Vaya, no sé por qué. No me casaré con la mujer con quien estaba prometido, la mujer con la que me quiero casar me acaba de decir que desaparece para siempre de mi vida, y estoy casi seguro que mañana ya no tendré trabajo. Ah y eso sin mencionar que asesinaron a una persona que estimaba y que quizá nunca encontraremos al

asesino. Coño, mi vida no podría ser más perfecta.

—Quizás ahora venga la buena racha.

—Sí. —Jack abrió la puerta del Lexus—. Por cierto, si conoce a alguien que quiera comprar un coche casi nuevo, avíseme.

—Lo siento, no conozco a nadie que pueda permitírselo —contestó el detective con una mirada pícaro.

—Yo tampoco —afirmó Jack con una sonrisa.

En el camino de regreso, Jack miró la hora en el reloj del coche. Era casi medianoche. Pasó por delante del edificio de Patton, Shaw, vio las oficinas a oscuras, y decidió entrar. Utilizó la tarjeta para abrir la puerta del garaje, saludó con la mano a la cámara de seguridad instalada junto a la puerta, y al cabo de unos minutos subía en uno de los ascensores.

No sabía muy bien por qué estaba allí. Sus días en Patton, Shaw estaban contados. Sin Baldwin como cliente, Kirksen le echaría a patadas. Sintió un poco de pena por Lord. Le había prometido protección. Pero no pensaba casarse con Jennifer Baldwin sólo para que Lord siguiera cobrando un salario estupendo. Además, le había mentado respecto a la marcha de Barry Alvis de la firma. Pero Lord se salvaría. Jack creía con toda sinceridad que Lord saldría adelante. Cualquier bufete le contrataría de inmediato. El futuro de Lord era mucho mejor que el de Jack.

Se abrieron las puertas del ascensor y Jack entró en la recepción de la planta. Sólo estaban encendidas las lámparas de pared y la penumbra le hubiera intranquilizado un poco de no haber sido por su ensimismamiento. Caminó por el pasillo hacia su oficina, y se detuvo un momento en la cocina para servirse un vaso de gaseosa. Por lo general, incluso a medianoche, siempre había unas cuantas personas ocupadas en acabar algún trabajo urgente. Esta noche el lugar se veía desierto.

Jack encendió la luz de su oficina y cerró la puerta. Echó una ojeada a su nuevo dominio conseguido gracias a su ascenso a socio. Su reino, aunque sólo fuera por un día más. Era impresionante. El mobiliario de primera calidad, la alfombra y el tapizado de las paredes, de lujo. Se paseó delante de sus diplomas enmarcados. Algunos los había conseguido con esfuerzo, otros se los habían concedido sólo por ser abogado. Vio que habían recogido los papeles desparramados por el escritorio, obra de la eficaz cuadrilla de limpieza acostumbrada al desorden de los abogados y a sus ocasionales rabieta.

Se sentó en el sillón de cuero y se echó hacia atrás. Era mucho más cómodo que su cama. Se imaginó a Jennifer hablando con su padre. Ransome Baldwin se pondría rojo de furia ante lo que interpretaría como un insulto imperdonable a su preciosa hijita. El hombre llamaría por teléfono mañana por la mañana y su carrera como abogado de empresa se habría acabado.

No le importaba en lo más mínimo. Lo único que lamentaba era no haberlo hecho antes. Con un poco de suerte le aceptarían otra vez en la oficina del defensor público. Aquello era lo suyo. Nadie se lo impediría. Sus problemas habían comenzado cuando

intentó ser alguien que no era. No cometería el mismo error nunca más.

Pensó en Kate. ¿Dónde iría? ¿Iba en serio lo de dejar el trabajo? Jack recordó la expresión fatalista en su rostro y llegó a la conclusión de que sí, ella lo había dicho en serio. Él había vuelto a suplicarle. Como había hecho cuatro años antes. Le había suplicado que no se fuera, que no volviera a desaparecer de su vida. Pero había habido algo imposible de atravesar. Quizás era la culpa que sentía. O quizá se trataba sencillamente de que ella no le quería. ¿Alguna vez se lo había planteado? La verdad era que no. Al menos conscientemente. Le ponía los pelos de punta pensar en la respuesta. Sin embargo, ahora ¿qué más daba?

Luther estaba muerto; Kate se marchaba. Su vida no había cambiado mucho a pesar de la reciente actividad. Por fin, los Whitney le habían abandonado para siempre.

Miró la pila de mensajes rosados. Pura rutina. Entonces apretó un botón del teléfono para escuchar el contestador automático, cosa que no había hecho en un par de días. Patton, Shaw permitía a sus clientes la elección de dejar los anticuados mensajes escritos u optar por el moderno contestador. A los clientes más quisquillosos les encantaba este último. Al menos así no tenían que esperar para despacharse a gusto.

Había dos llamadas de Tarr Crimson. Le buscaría a Tarr otro abogado. Patton, Shaw era demasiado caro para él. Había otros cuantos relacionados con los Baldwin. Bien. Éstos podían esperar al próximo tipo que le cayera en gracia a Jennifer Baldwin. El último mensaje despertó su atención inmediata. Era la voz de una mujer. Suave, tímida, mayor, incómoda por tener que hablar con el contestador. Jack lo escuchó otra vez.

«Señor Graham, usted no me conoce. Me llamo Edwina Broome. Era amiga de Luther Whitney». ¿Broome? El nombre le sonaba. «Luther me dijo que si le pasaba alguna cosa tenía que esperar un poco y entonces enviarle el paquete. Me dijo que no lo abriera y no lo hice. Dijo que era como una caja de Pandora. Si miraba en su interior podía pasar una desgracia. Dios bendiga su alma, Luther era un buen hombre. No tuve noticias tuyas, aunque no las esperaba. Pero se me ocurrió que debía llamarle y averiguar si usted había recibido el paquete. Nunca había enviado nada por este sistema, creo que lo llaman servicio inmediato. Y pienso que lo hice bien, pero no lo sé. Si no lo ha recibido, por favor llámeme. Luther dijo que era muy importante. Y Luther nunca decía nada que no fuera verdad».

Jack escuchó el número de teléfono y lo anotó. Verificó la hora de la llamada. El día anterior por la mañana. Buscó en la oficina. No había ningún paquete. Fue al trote por el pasillo hasta la mesa de su secretaria. Tampoco estaba allí. Volvió a su oficina. «Dios mío, un paquete de Luther. ¿Edwina Broome?». Se pasó la mano por el pelo, se

rascó la cabeza, se obligó a pensar. Entonces recordó el nombre. La madre de la mujer que se había suicidado. Frank la había mencionado. La presunta cómplice de Luther.

Jack marcó el número. Le pareció que sonaba una eternidad.

—¿Ho... hola? —La voz sonaba somnolienta, lejana.

—¿Señora Broome? Soy Jack Graham. Perdona por llamarla tan tarde.

—¿Señor Graham? —La voz cambió de tono. Sonó alerta, vivaz. Jack se imaginó a la mujer sentada en la cama, con el camisón cerrado hasta el cuello, mientras miraba nerviosa el teléfono.

—Lo siento, acabo de recibir su mensaje. No recibí el paquete, señora Broome. ¿Cuándo lo envió?

—Déjeme pensar un minuto. —Jack oyó la respiración laboriosa—. Hoy hace cinco días.

—¿Tiene el recibo con el número?

—El hombre me dio un papel. Tendré que ir a buscarlo.

—Esperaré.

Repqueteó con los dedos sobre la mesa. Intentó no perder el control. «Aguanta, Jack. Aguanta un poco más».

—Ya lo tengo, señor Graham.

—Por favor, llámeme Jack. ¿Lo envió por Federal Express?

—Así es, sí.

—Muy bien, ¿cuál es el número de rastreo?

—¿El qué?

—Perdón. El número que está en la esquina superior derecha del papel. Es una hilera de números muy larga.

—Ah, sí. —La mujer los leyó. Jack los anotó y se los repitió para confirmarlos. También confirmó la dirección de la firma.

—Jack, ¿esto es muy serio? Me refiero a la forma en que murió Luther y todo eso.

—Aparte de mí, ¿la ha llamado alguien que no conozca?

—No.

—Bueno, si le llaman quiero que avise a Seth Frank, del departamento de policía de Middleton.

—Le conozco.

—Es una buena persona, señora Broome. Puede confiar en él.

—Está bien, Jack.

Jack colgó y llamó a Federal Express. Oyó el ruido del teclado del ordenador al otro lado de la línea. La voz de la mujer era profesional y concisa.

—En efecto, señor Graham, lo entregaron en las oficinas de Patton, Shaw amp; Lord el jueves a las diez y dos minutos de la mañana y el recibo lo firmó la señora Lucinda Alvarez.

—Muchas gracias. Supongo que estará por alguna parte. —Estaba a punto de colgar cuando escuchó la pregunta de la mujer.

—¿Hay algún problema en particular con la entrega del paquete, señor Graham?

—¿Un problema particular? —repitió Jack, extrañado—. No, ¿por qué?

—Según los datos que aparecen en pantalla preguntaron por el paquete hoy mismo.

—¿Hoy? —Jack se puso tenso—. ¿A qué hora?

—A las seis y media de la tarde.

—¿Dieron algún nombre?

—Eso es lo extraño. Según el registro, la persona también se identificó como Jack Graham. —Por el tono quedaba muy claro que dudaba mucho de la verdadera identidad de su interlocutor.

Jack sintió un sudor frío. Colgó el teléfono. Alguien, no sabía quién, compartía su interés por el paquete. Y ese alguien sabía que estaba destinado a él. Le temblaban las manos cuando volvió a coger el teléfono. Llamó a Seth Frank, pero el detective se había ido a su casa. La persona no quiso darle el número particular, y Jack recordó que se había dejado el número en el apartamento. Después de mucho insistir, la persona llamó a la casa del teniente, sin obtener respuesta. Maldijo por lo bajo. Una llamada a información no dio resultado; el número era privado.

Jack se reclinó en el sillón, su respiración era cada vez más agitada. Sentía una fuerte opresión en el pecho. Siempre se había considerado como una persona muy valiente. Ahora no lo tenía tan claro.

Se obligó a centrarse en el asunto. Habían entregado el paquete. Lucinda había firmado el recibo. La rutina en Patton, Shaw era estricta; la correspondencia tenía una importancia vital para cualquier firma de abogados. Los paquetes traídos por Federal Express los repartían los mozos con la otra correspondencia del día. La transportaban en un carrito. Todos sabían dónde estaba la oficina de Jack. Incluso si no lo sabían, la firma imprimía un plano que se actualizaba periódicamente. Si utilizaban el plano correcto, pensó Jack.

Jack corrió hacia la puerta, la abrió y siguió su carrera por el pasillo. A la vuelta de la esquina, en la dirección opuesta, se encendió la luz en la oficina de Sandy Lord.

Encendió la luz en su vieja oficina. Sin perder ni un segundo, buscó entre las papeles, carpetas y otros objetos amontonados sobre la mesa; nada. Entonces apartó la silla para sentarse y vio el paquete en el asiento. Jack lo recogió. En un gesto instintivo miró a su alrededor, vio las persianas abiertas y se apresuró a cerrarlas.

Leyó la etiqueta: Edwina Broome a Jack Graham. Era el paquete. Parecía ser una caja, pero pesaba poco. Una caja dentro de otra, eso era lo que ella había dicho. Comenzó a abrirlo, y se detuvo. Ellos sabían que el paquete estaba aquí. «¿Ellos?». No se le ocurría ninguna otra denominación. Si ellos sabían que el paquete estaba aquí, de hecho habían llamado hoy mismo, ¿qué harían? Si lo que había dentro era tan importante, y hubiese estado abierto ellos ya sabrían que contenía. Como no era

así, ¿qué harían?

Jack volvió otra vez a su oficina, con el paquete bien sujeto bajo el brazo. Se puso el abrigo, recogió las llaves del coche con tanta prisa que volcó el vaso de gaseosa, y se dispuso a salir. Se quedó de piedra.

Un ruido. Resultaba difícil precisar dónde; resonaba suavemente en el pasillo, como el chapoteo de agua en un túnel. No era el ascensor. Estaba seguro de que hubiera oído el ascensor. ¿Lo estaba? Era un lugar muy grande. El ruido de fondo del ascensor era algo habitual. Además, había estado con toda la atención puesta en la llamada telefónica. No, no estaba seguro. Por otra parte, quizá sólo era algún abogado de la firma que venía a trabajar o a recoger alguna cosa. El instinto le avisó que era una conclusión errónea. Éste era un edificio seguro. Pero ¿hasta qué punto era seguro un edificio público? Cerró la puerta.

Ahí estaba otra vez. Sus oídos se esforzaron para ubicarlo sin éxito. Los intrusos se movían lentamente, con mucho sigilo. Nadie de los que trabajaban aquí hubiera hecho eso. Se acercó a la pared, apagó la luz, esperó un momento y después abrió la puerta con mucho cuidado.

Asomó la cabeza. El pasillo se veía desierto. ¿Por cuánto tiempo? El problema táctico era obvio. El espacio de la planta estaba configurado de tal manera que si optaba por una dirección había que seguirla. Además, no había muebles en los pasillos. Si se cruzaba con alguien no tendría dónde esconderse.

Una consideración práctica le pasó por la cabeza y buscó con la mirada en la penumbra de la oficina. Por fin su mirada se posó en un pesado pisapapeles de granito, uno de los muchos regalos recibidos cuando le hicieron socio. Utilizado correctamente podía hacer mucho daño. Jack estaba seguro de que sabría usarlo. Si iba a caer no se lo pondría fácil. Esta postura fatalista le ayudó a fortalecer su decisión. Esperó unos segundos antes de aventurarse al pasillo; no olvidó cerrar la puerta. Los que le buscaban tendrían que abrir todas las puertas para dar con su oficina.

Caminó agachado cuando se acercó a una esquina. Ahora deseó con toda el alma que la planta estuviera a oscuras. Inspiró con fuerza y espió. El camino estaba despejado, al menos por ahora. Pensó deprisa. Si había más de un intruso, sin duda se separarían para reducir a la mitad el tiempo de la búsqueda ¿Sabrían que estaba en el edificio? Quizá le habían seguido hasta aquí. Eso era preocupante. Tal vez en este momento le rodeaban, se acercaban desde direcciones opuestas.

El sonido se acercaba. Pisadas. Afinó el oído al máximo. Le pareció escuchar la respiración de otra persona, o al menos se lo imaginó. Tenía que decidirse. Su mirada se posó en algo que había en la pared, algo que brillaba: la alarma de incendios.

Estaba a punto de lanzarse cuando una pierna asomó por la esquina al otro extremo del pasillo. Jack retrocedió sin esperar a ver el resto. Caminó a paso ligero en la dirección opuesta. Dio la vuelta en la esquina, cruzó el vestíbulo, y llegó a la puerta de la escalera. La abrió de un tirón; el chirrido de las bisagras resonó por todo el piso.

Oyó el ruido de pies que corrían.

—¡Mierda! —Cerró de un portazo y corrió escaleras abajo.

Un hombre apareció en la esquina. Llevaba la cabeza cubierta con un pasamontañas y empuñaba una pistola en la mano derecha.

Se abrió la puerta de una oficina y Sandy Lord salió al pasillo, en camiseta y los pantalones bajados hasta las rodillas. Lord tropezó y se llevó por delante al hombre. Ambos cayeron al suelo. En la desesperación por sujetarse, Lord le arrancó el pasamontañas.

Lord se puso de rodillas; le chorreaba sangre de la nariz.

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Quién coño es usted? —Lord miró furioso al desconocido. Entonces vio el arma y se quedó inmóvil.

Tim Collin le devolvió la mirada al tiempo que sacudía la cabeza como si lamentara su mala suerte. Ahora ya no podía escoger. Levantó la pistola.

—¡Virgen santa! ¡Por favor, no! —chilló Lord e intentó apartarse.

Sonó el disparo y la sangre brotó en el centro de la camiseta.

Lord jadeó una vez, con los ojos vidriosos y su cuerpo cayó contra la puerta que se abrió del todo. En el interior, una joven casi desnuda miraba atónita el cadáver del abogado. Collin maldijo por lo bajo. Miró a la muchacha.

Ella sabía lo que le esperaba, Collin lo veía en sus ojos aterrorizados.

—Lo siento, señora. En el lugar equivocado, a la hora equivocada.

La pistola disparó por segunda vez y el cuerpo delgado salió despedido hacia atrás. Con las piernas abiertas, los puños abiertos, los ojos miraron sin ver el techo; su noche de placer se había convertido bruscamente en su última noche en la Tierra.

Bill se acercó a la carrera al compañero arrodillado y observó la carnicería con una expresión de asombro que cambió por otra de furia en un segundo.

—¡Estás loco! —gritó.

—Me vieron la cara, ¿qué coño iba a hacer? ¿Pedirles que prometieran silencio? ¡A la mierda con ellos!

Los nervios de los dos hombres estaban al rojo vivo. Collin apretó con fuerza la culata del arma.

—¿Dónde está? ¿Era Graham? —preguntó Burton.

—Sí. Bajó por las escaleras de incendios.

—Le perdimos.

—Todavía no. —Collin se levantó—. No he matado a dos personas para que se largue.

Antes de que pudiera dar un paso, Burton le sujetó.

—Dame la pistola, Tim.

—Coño, Bill, ¿te has vuelto loco?

Burton meneó la cabeza, sacó su pistola y se la dio a Collin al tiempo que cogía la del joven.

—Ahora ve a por él. Yo intentaré controlar los daños.

Collin corrió hacia la puerta y desapareció por la escalera.

Burton miró los dos cadáveres. Reconoció a Sandy Lord y contuvo el aliento. «Maldita sea, maldita sea», murmuró. Dio media vuelta y regresó de prisa a la oficina de Jack. Mientras seguía a su compañero, había dado con ella cuando sonó el primer disparo. Abrió la puerta y encendió la luz. Echó una ojeada. El tipo se había llevado el paquete. Estaba claro. Richmond había acertado con Edwina Broome. Whitney le había confiado el paquete. Mierda, habían estado cerca. ¿Quién se iba a pensar que Graham o cualquier otro estaría aquí tan tarde?

Echó otra mirada al contenido de la habitación, después se fijó en lo que había sobre la mesa. En unos segundos ya tenía un plan. Ya era hora de que les sonriera la suerte. Se acercó a la mesa.

Jack llegó al primer piso y tiró de la manija. No se movió. Se le heló el corazón. Ya habían tenido el mismo problema antes. En los simulacros de incendio las puertas habían permanecido cerradas. El problema estaba resuelto según el administrador. ¡Estupendo! Sólo que ahora su error le costaría la vida. Y no por culpa de un incendio.

Miró escaleras arriba. Bajaban deprisa, ya no les preocupaba el silencio. Jack subió al segundo piso, y musitó una plegaria antes de coger la manija. Casi gritó de alivio al sentir que giraba. Dobló la esquina, y al llegar al ascensor apretó el botón. Después corrió de vuelta hasta la esquina y se ocultó.

¡Venga! Oyó el ruido del ascensor que subía. Entonces pensó en algo terrible. El perseguidor podía estar en el ascensor. Quizá había descubierto las intenciones de Jack y pretendía adelantarse.

El ascensor llegó al piso. En el momento que se abrían las puertas Jack oyó el golpe de la puerta de la escalera de incendios contra la pared. Corrió hacia el ascensor, saltó entre las puertas que estaban a punto de cerrarse con tanta violencia que se estrelló contra la pared de la cabina. Se levantó de un salto y apretó el botón del garaje.

Jack notó la presencia al instante, el sonido de la respiración agitada. Vio algo negro, después el arma. Tiró el pisapapeles contra el desconocido y se acurrucó en un rincón.

Oyó un grito de dolor cuando las puertas se cerraron.

En cuanto llegó al garaje corrió en la penumbra hasta llegar al coche y al cabo de unos momentos atravesó la puerta automática y pisó el acelerador. El coche salió disparado. Jack miró por el retrovisor. Nada. Se miró en el espejo. Tenía el rostro bañado en sudor. Notó el cuerpo rígido por la tensión. Se masajeó el hombro que se había golpeado contra la pared del ascensor. Se había librado por los pelos.

Se preguntó dónde iría. Le conocían, al parecer lo sabían todo de él. Era obvio que no podía volver a su casa. Entonces, ¿dónde? ¿A la policía? No. No hasta que supiera quién le perseguía. El mismo que había podido matar a Luther a pesar de todos los polis. El que parecía saber lo mismo que sabían los polis. Esta noche se

quedaría en algún lugar de la ciudad. Tenía las tarjetas de crédito. Por la mañana, a primera hora, llamaría a Frank. Entonces se acabarían los problemas. Miró el paquete. Pero esta noche echaría una ojeada a aquello que casi le había costado la vida.

Russell se tapó con la sábana. Richmond había acabado encima de ella. Después de haberla utilizado, se había ido sin decir palabra. La mujer se frotó las muñecas magulladas por las manos del presidente. También le dolían los pechos maltratados. Recordó la advertencia de Burton. Christine Sullivan también había sido destrozada, y no sólo por las balas de los agentes.

Movió la cabeza lentamente, mientras luchaba por contener las lágrimas. ¡Había deseado esto con tantas ganas! Había deseado que Alan Richmond le hiciera el amor; lo había imaginado como algo romántico, idílico. Dos personas inteligentes, dinámicas y poderosas. La pareja ideal. Qué maravilloso hubiera sido. Y entonces la visión del hombre la devolvió a la realidad; la había poseído con el rostro inexpresivo como si hubiese estado masturbándose en el baño con el último *Penthouse*. Ni siquiera la había besado, no había dicho ni una palabra. Se había limitado a desnudarla en cuanto ella entró en el dormitorio, y después de penetrarla se había marchado. No había tardado ni diez minutos. Y ahora estaba sola. ¡Jefa de gabinete! Puta jefa era más exacto. Le entraron ganas de gritar: «¡Te follé! ¡Cabrón! ¡Te follé aquella noche en aquel dormitorio y no pudiste hacer nada por evitarlo, hijo de puta!».

Sus lágrimas mojaron la almohada y se reprochó a sí misma su debilidad. Había estado tan segura de sus habilidades, de su capacidad para controlarle... Cómo había podido ser tan tonta... El hombre había mandado matar. Walter Sullivan. Walter Sullivan había sido asesinado, con el conocimiento, con la bendición del presidente de Estados Unidos. Cuando se lo contó, a ella le pareció increíble. Había dicho que deseaba mantenerla informada de todo. Tendría que haber dicho aterrorizada. Ella no sabía lo que el hombre se traía entre manos. Russell ya no era una pieza básica de la campaña, y dio gracias a Dios por no serlo.

Se sentó en la cama, se tapó como pudo con el camisón roto. Se estremeció de vergüenza. Ahora se había convertido en su puta particular. Pero también era algo más. Y como una consideración por esto, lo único que había obtenido era la promesa tácita de que no la aplastaría. Pero ¿eso era todo? ¿De verdad no había nada más?

Se envolvió con la manta y miró la habitación en penumbras. Ella era una cómplice. Pero también era algo más. Era un testigo. Luther Whitney también había sido un testigo y ahora estaba muerto. Richmond había ordenado con toda tranquilidad la ejecución de uno de sus más viejos y queridos amigos. Si podía hacer eso, ¿qué valía su vida? La respuesta estaba clara.

Se mordió una mano hasta que se hizo daño. Miró la puerta por la que él había salido. ¿Estaba allí, escuchando agazapado en la oscuridad? ¿Planeaba qué hacer con ella? Tembló de miedo. Estaba atrapada. Por una vez en la vida no tenía opciones. Ni

siquiera estaba segura de que sobreviviría.

Jack dejó la caja sobre la cama, se quitó el abrigo, miró a través de la ventana de la habitación del hotel y después se sentó. Estaba seguro de que no le habían seguido. Había salido de aquel edificio como alma que lleva el diablo. Había decidido, en el último momento, abandonar el coche. No sabía quiénes eran los perseguidores, pero daba por hecho que contaban con los medios para rastrear el paradero del coche.

Miró la hora. El taxi le había dejado delante del hotel hacía un cuarto de hora. Era un lugar común, un hotel donde se alojaba el turismo barato que recorría la ciudad para conocer unos cuantos monumentos históricos antes de regresar a casa. Estaba apartado del centro, cosa que agradecía.

Jack contempló la caja y decidió que ya había esperado demasiado. La abrió y un segundo después miraba el objeto metido en una bolsa de plástico.

¿Un cuchillo? Lo miró con más atención. No, era un abrecartas de modelo antiguo. Sostuvo la bolsa por las puntas y examinó el objeto centímetro a centímetro. No era un especialista forense y por lo tanto no se dio cuenta de que las manchas negras en la empuñadura y la hoja eran sangre muy seca. Tampoco advirtió las huellas digitales en el cuero.

Dejó la bolsa con mucho cuidado y se reclinó en la silla. Esto tenía algo que ver con el asesinato de la mujer. Estaba seguro. Pero ¿qué? La miró otra vez. Sin duda era una prueba muy importante. No era el arma asesina; a Christine Sullivan la habían muerto a tiros. Sin embargo, para Luther había tenido un valor fundamental.

Jack se irguió en la silla. ¿Porque identificaba al asesino de Christine Sullivan! Cogió la bolsa y la sostuvo a la luz para escudriñarla a fondo. Ahora las vio, como una espiral de hilos negros. Huellas. El objeto tenía las huellas dactilares de la persona que lo había utilizado. Jack continuó con el examen. Sangre. También en la empuñadura. No podía ser otra cosa. ¿Qué le había dicho Frank? Hizo un esfuerzo por recordar. Sullivan había apuñalado al atacante. En el brazo o en la pierna con un abrecartas, el mismo de la foto del dormitorio. Al menos ésta era una de las teorías que el detective había compartido con Jack. El objeto que tenía en la mano parecía sustentar esa teoría.

Guardó la bolsa en la caja y la ocultó debajo de la cama.

Se acercó a la ventana para mirar al exterior. Arreciaba el viento. La ventana vibraba y hacía ruidos.

Si Luther se lo hubiese dicho, si hubiese confiado en él. Pero estaba asustado por Kate. ¿Cómo habían convencido a Luther de que Kate estaba en peligro?

Hizo memoria. Luther no había recibido nada mientras estuvo en el calabozo de la comisaría. Jack estaba seguro. Entonces, ¿cómo? ¿Alguien se había acercado a Luther y le había dicho tranquilamente: habla y tu hija morirá? ¿Cómo habían averiguado que tenía una hija? Los dos no habían compartido una habitación en años.

Jack se tendió en la cama y cerró los ojos. No, estaba equivocado. Había habido un momento en que aquello hubiera sido posible. El día que arrestaron a Luther. Aquélla había sido la única vez que padre e hija habían estado juntos. ¿Era posible que, sin decir una palabra, alguien le transmitiera el mensaje a Luther, sólo con la mirada, y nada más? Jack había tenido casos en que los testigos tenían miedo de declarar. Nadie les había dicho nada. Era únicamente una amenaza tácita. Un terror silencioso, no tenía nada de nuevo.

Entonces, ¿quién había estado allí y fue capaz de hacerlo? ¿Transmitir un mensaje que había hecho cerrar la boca a Luther como si se la hubiesen cosido? Pero las únicas personas presentes, por lo que Jack sabía, eran polis. A menos que fuera la persona que había disparado contra Luther. Si era él, ¿por qué se había quedado? ¿Cómo había podido esa persona entrar en el lugar, acercarse a Luther, y transmitirle el mensaje con la mirada, sin que nadie se diera cuenta?

Jack abrió los ojos.

A no ser que esa persona fuera un poli. El pensamiento inmediatamente posterior fue como un puñetazo en el pecho.

Seth Frank.

Lo descartó en el acto. No había ningún motivo. Por mucho que le diera vueltas, no podía imaginar al detective y a Christine Sullivan metidos en una aventura amorosa, porque ése era realmente el motivo. El amante de Sullivan la había matado y Luther lo había visto todo. No podía ser Seth Frank porque contaba con el hombre para salir de esta situación. Pero ¿qué pasaría si mañana Jack le entregaba a Frank el objeto que había estado buscando con tanta desesperación? Se le cae, abandona la habitación, Luther sale de la caja fuerte, lo recoge y escapa. Era posible. El lugar estaba tan limpio que sólo lo podía haber hecho un profesional. Un profesional. Un detective de homicidios con experiencia, que sabía cómo limpiar la escena del crimen.

Jack sacudió la cabeza. ¡No! ¡Maldita sea, no! Tenía que creer en algo, en alguien. Tenía que ser otra cosa. Otra persona. Ahora estaba cansado. Comenzaba a desvariar. Seth Frank no era un asesino.

Volvió a cerrar los ojos. Por ahora estaba a salvo. Al cabo de unos minutos se hundió en un sueño intranquilo.

El frío de la mañana era tonificante. La tormenta de la noche había barrido el aire viciado y húmedo.

Jack estaba despierto; había dormido vestido y las prendas lo evidenciaban. Se lavó la cara en el baño, se peinó un poco, apagó la luz y regresó al dormitorio. Se sentó en la cama y miró la hora. Frank no tardaría mucho en llegar a su oficina. Sacó la caja de debajo de la cama, la dejó a su lado. Tenía la sensación de estar sentado junto a una bomba de relojería.

Encendió el pequeño televisor de color que había en un rincón. Emitían el primer informativo de la mañana. La rubia vivaracha, sin duda con la ayuda de grandes cantidades de cafeína mientras esperaba su oportunidad en la hora de máxima audiencia, resumía los titulares.

Jack esperaba ver la letanía habitual de las crisis mundiales. Oriente Medio merecía un minuto cada mañana. Quizás un nuevo terremoto en el sur de California. La disputa del presidente con el congreso.

Pero hoy sólo había una noticia. Jack prestó toda su atención cuando apareció en la pantalla un lugar que conocía muy bien.

Patton, Shaw amp; Lord. El vestíbulo de PS amp;L. ¿Qué decía la mujer? ¿Gente muerta? ¿Sandy Lord asesinado? ¿Muerto a tiros en su despacho? Jack cruzó la habitación de un salto y subió el volumen. Vio atónito cómo sacaban dos camillas del edificio. Un foto de Lord apareció en la esquina superior derecha de la pantalla. Ofrecieron un rápido resumen de su brillante carrera. Pero estaba muerto. Alguien le había asesinado en su oficina.

Jack volvió a sentarse en la cama. ¿Sandy había estado allí anoche? ¿Quién era la otra persona? ¿La que habían sacado cubierta con una sábana? No lo sabía. No podía saberlo. Pero creía saber lo que había pasado. El hombre que le perseguía, el hombre con la pistola. Vaya a saber cómo, Lord se había tropezado con él. Ellos iban a por Jack y Lord se había cruzado en el camino.

Apagó el televisor, fue hasta el baño y se lavó la cara con agua fría. Le temblaban las manos, tenía la garganta seca. Todo lo ocurrido le resultaba inverosímil. Demasiado inesperado. No era culpa suya, pero se sentía culpable por la muerte de su socio. Culpable, como Kate. Era una emoción aplastante.

Cogió el teléfono y marcó el número.

Seth Frank llevaba en la oficina casi una hora. Un amigo en la sección de homicidios de la capital le había comunicado todo lo que sabían del doble asesinato en la firma de abogados. Frank no sabía si estaban relacionados con Sullivan. Pero había un denominador común. Un denominador común que le había provocado un dolor de cabeza tremendo, y apenas eran las siete de la mañana.

Sonó el teléfono directo. Atendió la llamada y en su rostro apareció una expresión incrédula.

—Jack, ¿dónde diablos está?

Había una dureza en el tono del detective que Jack no esperaba oír.

—Buenos días a usted también.

—Jack, ¿sabe lo que ha pasado?

—Acabo de verlo en la televisión. Yo estuve allí anoche, Seth. Me perseguían; no sé cómo pero Sandy debió cruzarse en su camino y ellos le mataron.

—¿Quiénes? ¿Quiénes le mataron?

—¡No lo sé! Yo estaba en la oficina, oí un ruido. Después un tipo armado con una pistola me persiguió por todo el edificio y tuve suerte de salir de allí con la cabeza

intacta. ¿La policía tiene alguna pista?

Frank inspiró con fuerza. La historia sonaba fantástica. Creía en Jack, confiaba en él. Pero ¿quién podía poner la mano en el fuego por nadie en estos tiempos?

—¿Seth? ¿Seth?

Frank se mordió las uñas mientras pensaba a toda máquina. Según lo que hiciera a continuación podrían ocurrir dos cosas muy distintas. Por un momento pensó en Kate Whitney. En la trampa que le había tendido a ella y al padre. Todavía no lo había olvidado. Era un poli, pero también era un ser humano. Confiaba en que aún le quedara algo de decencia.

—Jack, la policía tiene una pista. De hecho, una pista muy buena. —De acuerdo. ¿Cuál es?

—Es usted, Jack —respondió Frank, tras una pausa—. Usted es la pista. El tipo que la policía de todo el distrito está buscando en este mismo momento por toda la ciudad.

A Jack se le cayó el auricular de la mano. Le pareció que la sangre no le circulaba por las venas.

—¿Jack? Jack, maldita sea, hábleme. —Las palabras del detective no se registraron en la mente del abogado.

Jack miró a través de la ventana. Afuera había personas que querían matarle y otras que querían arrestarlo por asesinato.

—¡Jack!

—Yo no maté a nadie, Seth —contestó por fin con un esfuerzo. Las palabras sonaron como si se derramaran por un desagüe, a punto de ser arrastradas.

Frank escuchó lo que deseaba escuchar con desesperación. No eran las palabras —la gente culpable siempre mentía— sino el tono con que fueron dichas. Desaliento, incredulidad, horror, una mezcla muy explosiva.

—Le creo, Jack —dijo Frank, en voz baja.

—¿Qué demonios está pasando, Seth?

—Por lo que me han dicho, los polis le tienen grabado en una cinta entrando en el garaje a medianoche. Al parecer, Lord y una amiga ya se encontraban en el edificio.

—No los vi.

—No estoy muy seguro de que tuviera que verles. —Frank sacudió la cabeza y continuó—: Al parecer, les encontraron semidesnudos, sobre todo la mujer. Supongo que acababan de hacer lo que les había llevado allí.

—¡Vaya!

—También aparece en el vídeo cuando sale del garaje después de los asesinatos.

—¿Qué hay del arma? ¿Encontraron el arma?

—Sí. En un contenedor de basura en el garaje. —¿Y?

—Sus huellas estaban en el arma, Jack. Eran las únicas que había. Después de verle en el vídeo, los polis de Washington buscaron sus huellas en el archivo de abogados del estado de Virginia. Vieron que eran las mismas.

Jack se hundió en la silla.

—Nunca toqué ningún arma, Seth. Alguien intentó matarme y salí corriendo. Le pegué al tipo, con un pisapapeles que cogí de mi mesa. Eso es lo único que sé. — Hizo una pausa—. ¿Qué hago ahora?

Frank esperaba la pregunta. Honestamente, no sabía qué contestar. Desde un punto de vista técnico, al hombre le buscaban por asesinato. Su deber como agente de la ley estaba muy claro, pero se daba el caso de que no era así.

—Quiero que se quede donde está. Haré unas cuantas averiguaciones. Pero bajo ninguna circunstancia vaya a ninguna parte. Llámeme dentro de tres horas. ¿De acuerdo?

Jack colgó y pensó en su situación. La policía le buscaba por el asesinato de dos personas. Sus huellas dactilares aparecían en un arma que no había tocado. Era un fugitivo de la justicia. Y acababa de hablar con un policía. Frank no le había preguntado dónde estaba. Pero podían rastrear la llamada. Podían haberlo hecho con toda facilidad. Sólo que Frank no lo haría. Entonces Jack pensó en Kate.

Los polis nunca decían toda la verdad. El detective había engañado a Kate. Después lo había lamentado, o al menos había dicho que lo lamentaba.

Un sirena sonó en la calle y a Jack se le paró el corazón por un instante. Corrió a la ventana y miró, pero el coche de la policía siguió su camino hasta que las luces azules se perdieron de vista.

Pero quizás ya estaban de camino. Venían a buscarle ahora mismo. Cogió el abrigo y se lo puso. Entonces miró la cama.

La caja.

No le había dicho ni una palabra a Frank del objeto. Anoche había sido la cosa más importante de su vida, pero ahora había pasado a un segundo plano.

—¿No tienes bastante trabajo en el campo? —Craig Miller era detective de homicidios en Washington con muchos años de servicio. Fornido, con una abundante cabellera negra y ondulada, y una cara que traicionaba su afición al buen whisky. Frank le conocía desde hacía años. Eran unos buenos amigos que compartían la creencia de que el crimen siempre debía ser castigado.

—Nunca lo suficiente como para impedirme venir hasta aquí y saber si vales para el trabajo de detective —replicó Frank, con una sonrisa severa.

Miller le devolvió la sonrisa. Se encontraban en la oficina de Jack. La unidad criminal estaba acabando el trabajo.

Frank echó una ojeada a la amplia y lujosa habitación. Jack ahora estaba muy lejos de esta clase de vida, pensó para sí mismo. Miller le miró mientras recordaba una cosa.

—Este tipo, Graham, estaba involucrado en el caso Sullivan, ¿no?

—Era el abogado del sospechoso.

—¡Eso es! Vaya cambio. De abogado defensor a futuro acusado. —Miller volvió a sonreír.

—¿Quién encontró los cuerpos?

—La encargada de la limpieza. Entra a trabajar sobre las cuatro de la mañana.

—¿Te ha pasado por la cabezota algún motivo?

—Venga —dijo Miller con una mirada de suspicacia—. Son las ocho de la mañana. Has venido hasta aquí desde el medio de la nada para escarbar en mi cabeza. ¿Qué pasa?

—No lo sé. —Frank se encogió de hombros—. Conocí al tipo durante el caso. Me quedé de piedra cuando vi su cara en las noticias del a mañana. No lo sé. Llámalo intuición.

Miller le miró con atención durante un instante y decidió no insistir.

—Por lo que parece, el motivo está claro. Walter Sullivan era el principal cliente del muerto. Este tipo, Graham, sin hablar con nadie de la firma, aparece y representa al chorizo acusado de matar a la esposa del tipo. Eso, obviamente, no le sentó bien a Lord. Según parece, los dos tuvieron una reunión en la casa de Lord. Quizás intentaron resolver las cosas, o quizá las empeoraron más.

—¿Cómo te has enterado de todo esto?

—El socio gerente de la firma. —El detective abrió la libreta—. Daniel J. Kirksen. Me contó todos los dimes y diretes de la historia.

—¿Y eso qué tiene que ver con que Graham entrara aquí para matarlos?

—No digo que fuera premeditado. Los horas que aparecen en las grabaciones muestran que el difunto llegó aquí varias horas antes de que apareciera Graham.

—¿Entonces?

—Así que los dos no sabían que el otro estaba aquí, o quizá Graham vio la luz encendida en la oficina de Lord cuando pasaba por la calle. La oficina da a la calle, cualquiera hubiera podido ver si había alguien.

—Sí, excepto si el hombre y la mujer estaban follando. No tengo claro que quisieran mostrarse al resto de la ciudad. Seguramente tenían las persianas cerradas.

—Correcto, pero escucha, Lord no estaba muy en forma así que dudo que estuvieran follando todo el tiempo. La luz de la oficina estaba encendida cuando les encontraron y las persianas estaban subidas un poco. En cualquier caso, por accidente o no, los dos se encontraron. Resurge la discusión. Se calientan los ánimos, quizá se amenazan. Y entonces, ¡bam! Un pronto. Quizá Lord sacó un arma. Pelean. Graham le quita la pipa al viejo. Dispara. La mujer lo ve todo, también recibe un balazo. Todo se acaba en segundos.

—Perdona que te lo diga, Craig, pero suena muy cogido de los pelos.

—¿Ah, sí? Tenemos al tipo saliendo de aquí más blanco que una sábana. La cámara lo filmó de frente. Vi la película, ni gota de sangre en la cara del tipo, Seth, te lo juro.

—¿Cómo es que no aparecieron los de seguridad?

—¿Seguridad? —Miller soltó una carcajada—. Mierda. La mitad del tiempo esos tipos ni siquiera miran los monitores. Graban las cintas y tienes suerte si alguna vez

las ven. En estos edificios de oficinas, la gente entra como Pancho por su casa, fuera del horario de trabajo.

—Entonces, quizás alguien lo hizo.

—No lo creas, Seth. —Miller sonrió mientras movía la cabeza—. Ése es tu problema. Buscas una respuesta difícil cuando tienes lo más obvio delante de las narices.

—Entonces, ¿cómo apareció el arma?

—Hay mucha gente que tiene armas en la oficina.

—¿Mucha? ¿Cuánta, Craig?

—Te sorprenderías, Seth.

—¡Quizá! —replicó Frank.

—¿Qué mosca te ha picado con este asunto? —preguntó Miller curioso.

Frank no miró a su amigo. Observó la mesa.

—No lo sé. Ya te lo dije. Conozco al tipo. No tiene pinta de asesino. ¿Sus huellas estaban en el arma?

—Dos huellas perfectas. El pulgar y el índice derecho. Nunca había visto unas huellas tan claras.

Algo en las palabras de su amigo sacudió a Frank. Contemplaba la mesa. En la superficie pulida aparecía una marca de agua.

—Entonces, ¿dónde está el vaso?

—¿El qué?

—El vaso que dejó esa marca. —Frank la señaló—. ¿Lo tienes tú?

—No he mirado en la cocina, si es eso lo que quieres saber. Ahora iremos.

Miller se volvió para firmar un informe. Frank aprovechó para mirar la mesa más de cerca. En el medio de la mesa había un pequeño cuadrado de polvo. Allí había habido algo. Cuadrado, de unos diez centímetros de ancho. El pisapapeles. Frank sonrió.

Seth Frank se marchó al cabo de unos minutos. El arma tenía impresas unas huellas perfectas. Demasiado perfectas. Frank también había visto el arma y el informe de la policía. Un arma del calibre 44, con los números de serie borrados, imposible de identificar. Como el arma encontrada junto al cadáver de Walter Sullivan.

El teniente se permitió una sonrisa. Había acertado en lo que había hecho, o mejor dicho en lo que no había hecho.

Jack Graham le había dicho la verdad. No había matado a nadie.

—¿Sabes, Burton? Estoy un poco cansado de dedicar tanto tiempo y atención a este asunto. Por si lo has olvidado, te recuerdo que tengo que dirigir un país. —Richmond se sentó en una silla del despacho Oval delante de la chimenea. Mantenía los ojos cerrados y las manos unidas formando una pirámide. Antes de que Burton pudiera responder, el presidente añadió—: En lugar de tener el objeto a buen recaudo, sólo has conseguido darle más trabajo a los detectives de homicidios, y el abogado de

Whitney sigue suelto por allí con una prueba que nos hundirá a todos. Me emociona tanta eficacia.

—Graham no irá a la policía a menos que le guste la comida de la cárcel y quiera tener a un gigantón peludo como novia durante el resto de su vida. —Burton miró al presidente inmóvil. Él se estaba jugando el culo para salvarlos a todos, y el muy cabrón se quedaba tranquilamente en la retaguardia. Y ahora encima criticaba. Como si al agente secreto le encantara haber visto a otras dos personas inocentes asesinadas.

—En eso te tengo que felicitar —señaló Richmond—. Demuestras buenos reflejos. Sin embargo, no creo que podamos fiarnos de ello como una solución a largo plazo. Si la policía arresta a Graham, él les entregará el abrecartas, si es que lo tiene.

—Pero he conseguido un poco más de tiempo.

El presidente se levantó para apoyar las manos en los hombros fuertes de Burton.

—Sé que aprovecharás ese tiempo para encontrar a Jack Graham y persuadirle de que emprender cualquier acción en contra de nuestros intereses resultará muy perjudicial para los suyos.

—¿Quiere que se lo diga antes o después de volarle la cabeza?

—Eso lo dejo a tu juicio profesional. —Richmond sonrió antes de volver a su mesa.

Burton miró la espalda del presidente. Por un instante, Burton se imaginó disparando con su arma contra la nuca de Richmond. La mejor manera de acabar con este asunto ahora mismo. Si alguien se merecía un tiro, era este tipo.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

—No, pero tengo una fuente bastante segura. —Burton no mencionó la llamada de Jack a Seth Frank a primera hora de la mañana. Tarde o temprano, acabaría por decírselo al detective. Y entonces Burton entraría en acción.

El agente inspiró con fuerza. No había mejor desafío que éste para los amantes de las situaciones peligrosas. Era como patear un penalty. ¿Metería la pelota entre los palos o la mandarían a las gradas?

Mientras salía del despacho, parte de él deseó que ocurriera esto último.

Seth Frank esperaba impaciente en su oficina, sin apartar la mirada del reloj. En el momento que el segundero pasaba las doce sonó el teléfono.

Jack estaba en una cabina. Dio gracias a Dios porque en el interior hiciera tanto frío como afuera. El grueso anorak que había comprado al salir del hotel encajaba a la perfección con la multitud. Sin embargo, no conseguía librarse de la sensación de que todo el mundo le miraba.

Frank atendió la llamada, y en el acto oyó el ruido de fondo.

—¿Dónde coño está? Le dije que no saliera de donde se hallaba. Jack no respondió.

—¿Jack?

—Oiga, Seth, no me gusta quedarme sentado a esperar que me maten. Tampoco estoy en una situación como para confiar a fondo en nadie. ¿Entendido?

Frank abrió la boca para protestar, pero después se echó atrás. El tipo tenía más razón que un santo.

—Muy justo. ¿Quiere saber cómo hicieron el montaje?

—Le escucho.

—Había un vaso en la mesa. Al parecer, usted se había servido algo de beber. ¿Lo recuerda?

—Sí, una gaseosa, ¿y qué?

—Si no me equivoco el que le perseguía se tropezó con Lord y la mujer tal como usted dijo y tuvo que matarles. Usted se escapó. Sabían que en el vídeo del garaje aparecería saliendo del edificio más o menos a la hora de la muerte de ambos. Levantaron las huellas del vaso y las transfirieron al arma.

—¿Se puede hacer?

—Claro que se puede, si se sabe cómo hacerlo y se tiene el equipo necesario, algo que probablemente encontraron en la sala de mantenimiento de la firma. Si tuviéramos el vaso podríamos demostrar que fue un falsificación. De la misma manera que las huellas dactilares de una persona son irrepetibles, sus huellas en el arma no pueden coincidir en todos los detalles con las del vaso. La presión aplicada y todo lo demás.

—¿Los polis de Washington aceptarían la explicación?

—Yo no contaría con eso, Jack. Yo no lo haría. Lo único que quieren es cogerle. Dejarán que otras personas se preocupen de todo lo demás.

—Estupendo. Entonces, ¿qué?

—Vamos por orden. En primer lugar, ¿por qué le buscaban? Jack estuvo a punto de darse bofetadas por tonto. Miró la caja. —Recibí un envío especial de una persona. Edwina Broome. Es algo que seguramente despertará su entusiasmo cuando lo vea.

Seth se levantó con el deseo de poder tender la mano a través del teléfono y cogerlo.

—¿Qué es?

Jack se lo dijo.

Sangre y huellas digitales. Simon se lo pasaría en grande.

—Me encontraré con usted dónde y a la hora que sea.

Jack pensó de prisa. Resultaba irónico, los lugares públicos parecían más peligrosos que los privados.

—¿Qué le parece la estación del metro de Farragut West, en la boca de la calle 18, alrededor de las once de esta noche?

—Allí estaré —prometió Frank, mientras anotaba la dirección y la hora.

Jack colgó el teléfono. Iría a la estación del metro antes de la hora señalada. Sólo por si acaso. Si veía algo mínimamente sospechoso pasaría a la clandestinidad hasta donde pudiera. Contó el dinero que le quedaba. Cada vez menos. No podía utilizar las

tarjetas de crédito. Se arriesgaría con los cajeros automáticos. Conseguiría algunos cientos de dólares. Serían suficientes, al menos por un tiempo.

Salió de la cabina, miró la muchedumbre. Era la típica multitud de Union Station. Nadie demostró el menor interés en él. Jack se estremeció. Una pareja de policías caminaba en su dirección. Entró una vez más en la cabina y esperó hasta verles pasar.

Compró hamburguesas y patatas fritas en uno de los bares del vestíbulo y después cogió un taxi. Comió mientras el taxi le llevaba a través de la ciudad. Aprovechó el respiro para pensar en sus opciones. Una vez entregado el abrecartas a Frank, ¿se acabarían los problemas? Al parecer, las huellas y la sangre corresponderían con las de la persona que había estado aquella noche en casa de los Sullivan. Entonces la mente de abogado defensor de Jack entró en juego. Desde ese punto de vista comprendió que había unos cuantos obstáculos casi insalvables para llegar a una decisión tan diáfana. Primero, las pruebas físicas podían ser no concluyentes. Quizá no podrían identificarlas porque el ADN y las huellas dactilares de la persona no estaban en los archivos. Jack recordó una vez más la expresión de Luther la noche aquélla en el Mall. Era alguien importante, alguien que la gente conocía. Aquí tenía otro obstáculo. Si acusaba a una persona así, más le valía tener pruebas concluyentes o el caso nunca vería la luz pública.

Segundo, se enfrentaban a un grave problema de custodia gigantesco. ¿Podían probar que el abrecartas provenía de la casa de los Sullivan? Sullivan estaba muerto; el personal quizá no podría jurar que era el mismo. Christine Sullivan lo había tocado. Tal vez el asesino lo había tenido en su poder durante un breve período. Luther lo había guardado durante un par de meses. Ahora lo tenía Jack y, con un poco de suerte, se lo entregaría al detective. Por fin cayó en la cuenta.

El valor del abrecartas como prueba era nulo. Incluso si encontraban a la persona, cualquier abogado defensor competente demostraría que no tenía ningún valor. Ni siquiera podrían conseguir una orden de acusación basada en la prueba. La evidencia contaminada no servía como prueba.

Dejó de comer de repente y se reclinó en el sucio asiento de vinilo.

¡Pero coño! ¡Habían intentado recuperarlo! Habían matado para hacerse con el objeto. Estaban dispuestos a asesinar a Jack para recuperarlo. Para ellos era muy importante, como si se jugaran la vida. Así que aparte de la importancia legal, tenía un valor. Y algo valioso podía ser aprovechado. Quizá le quedaba una oportunidad.

Eran las diez cuando Jack bajó por la escalera de la estación del metro de Farragut West. La estación, que formaba parte de las líneas naranja y azul del metro de Washington, era un lugar muy concurrido debido a su cercanía con la zona del centro donde funcionaban miles de oficinas. Sin embargo, a las diez de la noche, se veía casi desierta.

Jack salió de la escalera mecánica y echó una ojeada. Las estaciones del metro eran grandes túneles con los techos abovedados y suelos de ladrillos hexagonales. Un ancho pasillo con una de las paredes cubierta con carteles de cigarrillos, y la otra con

máquinas expendedoras de tarjetas y billetes, conducía hasta la taquilla en el centro del vestíbulo, con los torniquetes a cada lado. Junto a las cabinas de teléfonos había un enorme plano del metro con los horarios de los trenes y el precio de los billetes.

En el interior de la taquilla, un empleado aburrido se balanceaba en la silla. Jack observó el lugar y después miró la hora en el reloj colocado encima de la taquilla. Volvió a mirar hacia la escalera y se quedó inmóvil al ver a un agente de policía. Jack se obligó a actuar con naturalidad y caminó sin separarse mucho de la pared hasta las cabinas de teléfonos. Entró en la primera. Se apretó contra el teléfono, oculto tras el plástico azul. Se arriesgó a espiar. El agente se acercó a las máquinas, saludó al taquillero con un ademán y contempló el vestíbulo. Jack volvió a ocultarse. Esperaría. El agente no tardaría en marcharse; tenía que hacerlo.

Pasó el tiempo. Una voz fuerte interrumpió los pensamientos de Jack. Asomó la cabeza. Un mendigo bajaba por la escalera. Vestido con harapos, llevaba un manta enrollada sobre el hombro. La barba y el pelo sucios y despeinados. El rostro curtido y tenso. Afuera hacía frío. El calor de las estaciones de metro era un paraíso para los indigentes hasta que los echaban. Los portones de hierro eran para impedir la entrada a personas como él.

Jack echó un vistazo. El agente había desaparecido. Quizá recorría el andén, o estaba tomando un café con el empleado del metro. Miró hacia la taquilla. El hombre no estaba.

Volvió a mirar al mendigo, que se había acurrucado en un rincón, y hacía un inventario de sus pocas pertenencias. Se frotaba las manos protegidas con unos guantes roñosos para mantener la circulación.

Jack sintió el aguijón de la culpa. El número de mendigos era cada vez mayor. Una persona generosa podía vaciar los bolsillos en el trayecto de una manzana. Jack lo había hecho en más de una ocasión.

Una vez más miró el túnel y el vestíbulo. Nadie. No pasaría otro tren hasta dentro de quince minutos. Salió de la cabina y observó al mendigo. El hombre no parecía hacerle caso; su atención estaba enfocada en su pequeño mundo, muy apartado de la realidad normal. Pero entonces Jack pensó que su propia realidad tampoco era normal, si es que lo había sido alguna vez. Él y el mendigo al otro lado del pasillo estaban librando sus propias luchas, y la muerte podía reclamar a cualquiera de ellos, en cualquier momento. Excepto que la muerte de Jack sería un tanto más violenta, un tanto más repentina, aunque quizás era preferible a la muerte lenta que le esperaba al otro.

Sacudió la cabeza para despejarla. Estos pensamientos le perjudicaban. Si quería sobrevivir debía mantener la concentración, tenía que creer en su capacidad para vencer a las fuerzas lanzadas en su contra.

Jack dio un paso hacia delante y se detuvo. La descarga de adrenalina fue como una bomba; sintió que se le iba la cabeza.

El mendigo llevaba zapatos nuevos. Unos zapatos de cuero marrón que costaban

más de ciento cincuenta dólares. Destacaban entre los andrajos como un enorme diamante azul en una playa de arena blanca.

El hombre le miró. Sus ojos se clavaron en el rostro de Jack. Le resultaban conocidos. Debajo de la masa de arrugas, pelo sucio y mejillas curtidas por el viento, había visto antes aquellos ojos; estaba seguro. El mendigo comenzó a incorporarse. Parecía tener mucha más energía que antes.

Jack miró a su alrededor, desesperado. El lugar parecía un sepulcro. El suyo. Miró atrás. El hombre caminaba hacia él. Jack retrocedió, con la caja apretada contra el pecho. Recordó la fuga por los pelos en el ascensor. El arma. No tardaría en verla. Le apuntaría al pecho.

Jack caminó por el pasillo hacia la taquilla. El hombre metió la mano debajo del abrigo, una prenda que perdía el relleno de lana a cada paso. Oyó pasos. Miró al hombre mientras decidía si echaba a correr para subir al tren. Entonces apareció.

Jack casi gritó de alegría.

El agente apareció en una esquina. Jack corrió hacia él, al tiempo que señalaba al mendigo que ahora permanecía inmóvil en el pasillo.

—Aquel hombre no es un mendigo. Es un impostor. —Jack había pensado en la posibilidad de ser reconocido por el poli, pero el agente no pareció darse cuenta de que estaba delante de un fugitivo.

—¿Qué? —El poli miró a Jack, desconcertado.

—Mire los zapatos. —Jack comprendió que parecía un imbécil, pero ¿cómo podía explicarle al policía toda la historia?

El agente miró hacia el túnel, vio al mendigo y adoptó una expresión severa. Confuso, optó por las preguntas habituales.

—¿Le ha molestado, señor?

—Sí —contestó, tras vacilar por un instante.

—¡Eh! —le gritó el policía al hombre.

Jack miró mientras el agente echaba a correr. El mendigo dio medio vuelta y huyó. Llegó a las escaleras mecánicas, pero la de subida no funcionaba. Se volvió para correr por el túnel, llegó a una esquina y desapareció, perseguido por el policía.

Jack se quedó solo. Miró hacia la taquilla. El empleado del metro seguía ausente.

Jack sacudió la cabeza. Había oído algo. Le pareció un grito de dolor que procedía del lugar donde habían desaparecido los dos hombres. Se adelantó. Mientras lo hacía, el policía, casi sin aliento, apareció en la esquina. Miró a Jack, y levantó un brazo en un gesto cansino para indicarle que se acercara. El tipo parecía indispuerto, como si hubiese visto o hecho algo repugnante.

Jack se reunió con el agente. El poli respiraba afanoso.

—¡Maldita sea! ¡No sé qué coño está pasando aquí, señor! —El poli se esforzó todavía más en llevar aire a los pulmones. Apoyó una mano contra la pared para aguantarse.

—¿Le pilló?

—Claro que sí.

—¿Qué pasó?

—Vaya y véalo usted mismo. Tengo que informar a la comisaría. —El poli se irguió y señaló a Jack en un gesto de advertencia—. No se mueva de aquí. No voy a explicar yo solo todo este asunto y me parece que usted sabe mucho más de lo que dice. ¿De acuerdo?

Jack asintió sin rechistar. El poli se alejó. Jack caminó hasta la esquina. No moverse. El poli le había dicho que no se moviera. Que esperara a que vinieran a detenerle. Tenía que escapar ahora. Pero no podía. Quería saber quién era el presunto mendigo. Estaba seguro de que le conocía. Tenía que verle.

Jack miró al frente. Éste era un camino de servicio para el personal del metro y los equipos de mantenimiento. En la penumbra, bastante lejos, se divisaba un bulto de ropa. Jack forzó la vista al máximo. A medida que se acercaba comprobó que se trataba del mendigo. Permaneció quieto durante unos segundos. Quería que aparecieran los polis. El lugar era muy oscuro, muy silencioso. El bulto no se movió. Tampoco parecía respirar. ¿Estaba muerto? ¿El poli había tenido que matarle?

Por fin, Jack se adelantó. Se arrodilló junto al hombre. Qué disfraz tan bueno. Pasó una mano por las greñas. Incluso el olor agrio de la mugre era auténtico. Entonces vio el reguero de sangre que goteaba de la cabeza del falso mendigo. Apartó el pelo. Vio un corte, bastante profundo. Ése era el sonido que había oído. Habían peleado y el poli le había tumbado con la porra. Se había acabado. Habían querido cazar a Jack y habían acabado cazados. Le entraron ganas de quitarle la peluca y el resto del disfraz, ver quién coño había sido el perseguidor. Pero tendría que esperar. Quizás era una suerte la intervención de la policía. Les daría el abrecartas. Confiaría en la poli.

Se incorporó, dio media vuelta y vio al policía que se acercaba por el pasillo a paso ligero. Jack sacudió la cabeza. Menuda sorpresa se llevaría este tipo. «Ya puedes contarle como tu día de suerte, muchacho», pensó.

Jack salió al encuentro del poli y se detuvo en el acto al verle desenfundar una pistola del calibre 9 milímetros.

—Señor Graham —dijo el poli con una mirada alerta.

Jack se encogió de hombros y sonrió. Por fin, el tipo le había identificado.

—El mismo que viste y calza. —Le mostró la caja—. Tengo algo para ustedes.

—Lo sé, Jack. Es lo que venía a buscar.

Tim Collin vio cómo se esfumaba la sonrisa de Jack. Su dedo se cernió sobre el gatillo mientras avanzaba.

Frank notó que se le aceleraba el pulso mientras se acercaba a la estación. Por fin tendría algún indicio. Se imaginó a Simon más feliz que un niño con zapatos nuevos. Tenía la certeza casi absoluta de que encontrarían la huella del asesino guardada en alguna base de datos. Entonces el caso se abriría como un huevo lanzado desde lo alto del Empire State. Y finalmente las preguntas, las malditas preguntas tendrían

respuestas.

Jack miró el rostro, sin pasar por alto ningún detalle. No es que le fuera a servir de mucho. Echó una ojeada a las prendas andrajosas, a los zapatos nuevos en los pies del cadáver. El tipo se había calzado sus primeros zapatos nuevos en años y ahora no los disfrutaría. Jack volvió a mirar a Collin.

—El tipo está muerto —afirmó furioso—. Usted le mató. —Deme la caja, Jack.

—¿Quién coño es usted?

—Qué más da. —Collin abrió un estuche sujeto al cinto y sacó un silenciador que se apresuró a atornillar en el cañón de la pistola.

Jack observó la pistola que le apuntaba al pecho. Recordó el momento en que sacaban las camillas con los cadáveres de Lord y la mujer. Su turno le llegaría en el periódico de mañana. Jack Graham y un mendigo. Otras dos camillas. Desde luego lo arreglarían para que Jack apareciera como asesino del mendigo. Jack Graham, de socio de Patton, Shaw a asesino múltiple muerto.

—A mí me importa.

—¿Y a mí qué? —Collin avanzó empuñando el arma con las dos manos.

—¡Coño, tenga! —Jack lanzó la caja contra la cabeza de Collin en el momento que apretaba el gatillo. La bala destrozó una esquina de la caja, y se incrustó en la pared. En el mismo instante, Jack dio un salto adelante y chocó contra el pistolero. Collin era puro músculo y hueso pero también lo era Jack. Además tenían casi el mismo tamaño. Jack sintió cómo el aire escapaba de los pulmones de Collin cuando su hombro golpeó contra el diafragma. Instintivamente, los movimientos de la lucha libre volvieron a sus miembros. Jack levantó y después estrelló el cuerpo del agente contra el suelo de ladrillo. Cuando Collin consiguió levantarse, Jack ya había desaparecido a la vuelta de la esquina.

Collin recogió la pistola y la caja. Se detuvo a descansar un instante porque tenía náuseas. Le dolía la cabeza del golpe contra el suelo. Se arrodilló hasta recuperar el equilibrio. Jack estaba fuera de su alcance pero él tenía lo que buscaba. Por fin lo tenía. Apretó la caja con fuerza.

Jack pasó como una exhalación junto a la taquilla, saltó los molinetes, bajó la escalera y atravesó el andén. No se daba cuenta de las miradas de la gente. Se le había caído la capucha. Su rostro era visible. Alguien gritó a su paso. El tipo de la taquilla. Pero Jack continuó corriendo y salió de la estación por la boca de la calle 17. No creía que el hombre estuviera solo. Y lo que menos le interesaba era que alguien le siguiera. Sin embargo, dudaba que tuvieran cubiertas las dos salidas. Quizás habían dado por hecho que no saldría vivo de la estación. Le dolía el hombro del choque y el aire frío le quemaba en los pulmones. Estaba a dos manzanas de la estación cuando dejó de correr. Se ajustó el abrigo. Y entonces se dio cuenta. Se miró las manos vacías. ¡La caja! Se había dejado la caja. Se apoyó contra la ventana de un

McDonald's cerrado.

Vio que se acercaba un coche. Caminó deprisa y dobló la esquina. Unos minutos más tarde se subió a un autobús, sin preocuparse en averiguar dónde iba.

El coche dobló en la calle L y siguió por la 19. Seth Frank fue hasta Eye y allí giró para tomar la 18. Aparcó en la esquina delante de la boca del metro, salió del coche y fue hasta la escalera mecánica.

Al otro lado de la calle, Bill Burton montaba guardia oculto detrás de una montaña de escombros, basuras y alambres inservibles, correspondientes a la demolición de un edificio. Maldijo por lo bajo al ver al detective, apagó el cigarrillo y sin perder ni un segundo fue tras él.

En cuanto salió de la escalera, Frank echó una ojeada al vestíbulo y miró la hora. No había llegado tan temprano como pensaba. Se fijó en un montón de basura acumulada contra la pared. Entonces advirtió que en la taquilla no había nadie. Tampoco se veía a ningún viajero. Todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo. El radar de peligro de Frank se encendió en el acto. Con un movimiento automático desenfundó su arma. Sus oídos acababan de captar un sonido ala derecha. Avanzó a paso rápido por el pasillo lejos de los torniquetes. Fue a dar a un túnel en penumbra. Al principio no vio nada. Después, a medida que sus ojos se acomodaban a la falta de luz vio dos cosas. Una se movía, la otra no.

Frank miró, mientras el hombre se erguía lentamente. No era Jack. El tipo vestía de uniforme, llevaba un arma en una mano y una caja en la otra. El detective acercó el dedo al gatillo sin perder de vista el arma del desconocido. Frank avanzó con cautela. Llevaba años sin hacer esto. La imagen de su esposa y sus tres hijas apareció en su mente hasta que consiguió borrarla. Necesitaba el máximo de concentración.

Por fin llegó a la distancia adecuada. Rogó para que la respiración agitada no le traicionara. Apuntó a la espalda del hombre.

—¡Quieto! Soy agente de policía.

El hombre se quedó inmóvil.

—Ponga el arma en el suelo, por la culata. No quiero ver su dedo cerca del gatillo. Si lo veo le volaré la cabeza. ¡Hágalo! ¡Ya!

El arma bajó hacia el suelo poco a poco. Frank vigiló la bajada, centímetro a centímetro. Entonces su visión se volvió borrosa. Le pareció que le estallaba la cabeza, se tambaleó y luego se desplomó.

Al oír el ruido, Collin se dio la vuelta. Vio a Bill Burton que sujetaba la pistola por el cañón. Miró a Frank.

—Vamos, Tim.

Collin se levantó con las piernas flojas, miró al detective y acercó la pistola a la cabeza de Frank. Burton le apartó la mano.

—Es un poli. No matamos polis. Ya no mataremos a nadie más, Tim. —Burton

miró a su colega. Le invadió una fuerte inquietud al ver la facilidad con que el joven agente se había convertido en un asesino despiadado.

Collin se encogió de hombros y guardó el arma.

Burton cogió la caja, miró al detective y después el cadáver del mendigo. Miró a su socio y sacudió la cabeza en un gesto de desdén mientras le dirigía una mirada de reproche.

Seth Frank recuperó el conocimiento al cabo de unos minutos, soltó un gemido, intentó levantarse y volvió a desmayarse.

Kate se había acostado pero le resultaba imposible conciliar el sueño. Por el techo del dormitorio desfilaban una serie de imágenes a cual más terrorífica. Miró el reloj despertador. Las tres de la madrugada. Por el hueco de las persianas entreabiertas veía la oscuridad exterior. La lluvia golpeaba contra el cristal. El ruido, en otras ocasiones tranquilizador, ahora sólo aumentaba su dolor de cabeza.

No se movió cuando sonó el teléfono. Sentía los miembros tan pesados que no se veía con ánimo de moverlos, como si se hubieran quedado sin sangre. Por un instante pensó que había sufrido un infarto. Por fin, al quinto timbrazo, levantó el auricular.

—¿Sí? —Le temblaba la voz, no tenía voluntad ni para hablar—. Kate, necesito ayuda.

Cuatro horas más tarde estaban sentados en el salón del pequeño local de comidas en Founder's Park, el lugar de su primer encuentro después de muchos años de separación. El tiempo había empeorado. La nevada era tan fuerte que casi no circulaban coches y caminar era un aventura de locos.

Kate miró a Jack. Se había quitado la capucha, pero la gorra de lana, la barba de varios días y las gafas con unos cristales gruesos como culo de botella desfiguraban tanto sus facciones que Kate le miró dos veces antes de reconocerlo.

—¿Estás segura de que nadie te siguió? —preguntó Jack, ansioso.

El vapor de la taza de café molestaba la visión de Kate, pero así y todo ella veía la tensión en el rostro del hombre. Tenía los nervios a flor de piel.

—Hice lo que me dijiste. El metro, dos taxis y el autobús. Si alguien me siguió con este tiempo, es que no es humano.

—Por lo que he visto es probable que no lo sean —contestó Jack que dejó la taza de café después de beber un trago.

No había mencionado el nombre del punto de encuentro en la llamada. Daba por hecho que ellos lo escuchaban todo, que vigilaban a cualquiera relacionado con él. Sólo había mencionado el lugar de costumbre, en la confianza de que Kate le entendería, y ella le había entendido. Jack miró a través de la ventana. Cada peatón era una amenaza. Le deslizó un ejemplar del *Post*. La primera plana lo explicaba todo. Jack había temblado de furia cuando la leyó.

Seth Frank sufría una conmoción cerebral y según un portavoz del hospital universitario George Washington, su estado era estacionario. El mendigo, todavía sin identificar, no había tenido tanta suerte. En un recuadro se hablaba de Jack Graham, el asesino múltiple. Kate le miró cuando acabó de leer.

—Tenemos que mantenernos en movimiento —dijo Jack; acabó el café y salieron del local.

Un taxi les dejó delante del motel de Jack en las afueras del casco antiguo de

Alexandria. Jack miró a izquierda y derecha, y después atrás mientras iban a la habitación. Cerró la puerta con llave y echó el pasador antes de quitarse la gorra y las gafas.

—Jack, lamento verte involucrado en este asunto. —Kate se estremeció con tanta fuerza que Jack se dio cuenta desde el otro extremo de la habitación. Se apresuró a abrazarla y la mantuvo contra su pecho hasta que sintió cómo se relajaba su cuerpo.

—Me ligué a este asunto porque quise. Ahora sólo tengo que desligarme. — Intentó sonreír, pero no sirvió para disminuir el miedo que sentía Kate; el terrible temor de verle muerto como su padre.

—Te dejé una docena de mensajes en el contestador automático.

—No tuve ocasión de escucharlos, Kate. —Jack dedicó la media hora siguiente al relato de los hechos ocurridos en los últimos días. La mirada de Kate reflejó el horror que la dominaba con cada nueva revelación.

—¡Dios mío!

Permanecieron en silencio por un instante.

—Jack, ¿tienes alguna idea de quién está detrás de todo esto?

Jack negó con la cabeza, y el movimiento le hizo soltar un gemido.

—Hay montón de cosas sueltas que me bailan por la cabeza pero nada concreto. Espero que la situación cambie. Y pronto.

La finalidad con que pronunció esta última palabra a Kate le sentó como una bofetada. Los ojos se lo revelaron. El mensaje era claro. A pesar de los disfraces, las precauciones en los desplazamientos, a pesar de todo su empeño por evitarlo, ellos le encontrarían. La poli o las personas que intentaban matarlo. Solo era una cuestión de tiempo.

—Pero ahora ya tienen lo que buscaban. —La voz de Kate se apagó mientras le dirigía una mirada de súplica.

Él se acostó en la cama, y estiró los miembros exhaustos. Le parecía que no eran suyos.

—No es algo en lo que pueda confiar siempre, Kate. —Se sentó en la cama y contempló la habitación. El cuadro barato de Jesús colgado en la pared. No le vendría mal una dosis de intervención divina. Le bastaría con un milagro.

—Tú no mataste a nadie, Jack. Dijiste que Frank lo tenía claro. Los polis de Washington acabarán por llegar a la misma conclusión.

—¿Lo crees? Frank me conoce, Kate. Me conoce y todavía escucho la duda en su voz cuando hablamos la primera vez. Encontró el vaso, pero no hay ninguna prueba de que alguien manipulara el vaso o el arma. Por otro lado tienen una prueba válida que me señala como autor de dos asesinatos. Tres si cuentas el de anoche. Mi abogado me recomendaría negociar un trato de veinte años a cadena perpetua con la posibilidad de conseguir la libertad condicional. Yo se lo recomendaría a cualquier cliente. Si voy a juicio no tengo nada para defenderme. Sólo un montón de conjeturas que pretenden ligar a Luther, a Walter Sullivan y a todos los demás en una

conspiración, y en esto estarás de acuerdo, de proporciones monumentales. El juez se reirá en mis narices. El jurado nunca me escuchará. Aunque en realidad no hay nada que escuchar.

Se levantó para apoyarse en la pared con las manos en los bolsillos. No miró a Kate. El pesimismo sobre sus perspectivas a corto y largo plazo se reflejaba claramente en su rostro.

—Moriré de viejo en la cárcel, Kate. Eso, si tengo la suerte de llegar a viejo, algo que, en estos momentos, pongo en duda.

Kate se sentó en la cama, con las manos sobre la falda. Un gemido sordo brotó de su garganta mientras se hundía en la desesperación, como una piedra arrojada en aguas turbulentas.

Seth Frank abrió los ojos. Al principio sólo vio manchas. En su mente veía algo parecido a una gran tela blanca sobre la que habían lanzado unos cuantos litros de pintura negra, blanca y gris para formar un pastiche que enfermaba al espectador. Al cabo de unos momentos comenzó a distinguir los contornos de la habitación del hospital con los cromados, las ángulos bruscos y el blanco brillante. Cuando intentó levantarse, una mano firme se lo impidió.

—No, no, teniente. No tenga tanta prisa.

Frank vio el rostro de Laura Simon. La sonrisa de la mujer no alcanzaba a disimular del todo las arrugas de preocupación alrededor de los ojos. Su suspiro de alivio sonó con toda claridad.

—Su esposa acaba de marcharse para atender a los niños. Pasó aquí toda la noche. Le dije que en cuanto se fuera usted se despertaría.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital George Washington. Veo que tuvo la precaución de buscar un lugar cercano a un hospital para que le rompieran el cráneo. —Simon se inclinó sobre la cama para que Frank no tuviera que mover la cabeza. Él la miró—. Seth, ¿recuerda lo que pasó?

Frank pensó en la noche pasada. ¿Era la noche pasada?

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—Entonces ocurrió anoche.

—Alrededor de las once. Ésa fue la hora en que le encontraron. Y también al otro tipo.

—¿El otro tipo? —Frank hizo un movimiento brusco y sintió un dolor intenso en el cuello.

—Tranquilo, Seth. —Laura acomodó una almohada debajo de la cabeza del teniente—. Había otro tipo. Un mendigo. Todavía no le han identificado. El mismo tipo de golpe en la nuca. Murió en el acto. Usted tuvo suerte.

Frank se tocó las sienes con mucha precaución. No se sentía tan afortunado.

—¿Alguien más?

—¿Qué?

—¿Si encontraron a alguien más?

—Ah, no. Pero no se creará lo que le voy a decir. ¿Recuerda al abogado que vio la cinta de vídeo con nosotros?

—Sí. Jack Graham. —Frank se puso tenso.

—El mismo. El tipo mató a dos personas en la firma donde trabaja y después le vieron salir corriendo de la estación del metro a la misma hora en que le aporrearon a usted y al otro tipo. Es una pesadilla ambulante. Pensar que parecía míster América.

—¿Le han encontrado? ¿A Jack? ¿Están seguros de que escapó?

—Salió de la estación del metro si es lo que pregunta. —Laura le miró intrigada—. Pero sólo es una cuestión de tiempo. —Miró a través de la ventana y cogió su bolso—. Los polis de Washington quieren hablar con usted cuanto antes.

—No creo que pueda ayudarles mucho. No recuerdo gran cosa, Laura.

—Amnesia temporal. No tardará en recordarlo todo. —Se puso la chaqueta—. Alguien tiene que vigilar el condado de Middleton para que los ricos y famosos vivan tranquilos mientras usted se da la gran vida. —Sonrió—. No se acostumbre a esto, Seth. Nos molestaría mucho tener que contratar a un nuevo detective.

—¿Dónde encontrarán a alguien tan agradable como yo?

—Su esposa volverá dentro de unas horas —contestó Laura, que rio con ganas—. Necesita descansar. —Caminaba hacia la puerta cuando se dio la vuelta para hacerle otra pregunta—: Por cierto, Seth, ¿qué hacía en la estación de Farragut West a esa hora de la noche?

Frank tardó en responder. No tenía amnesia. Recordaba los sucesos de la noche con toda claridad.

—¿Seth?

—No estoy seguro, Laura. —Cerró los ojos por un momento—. Sencillamente, no lo recuerdo.

—No se preocupe, recuperará la memoria. Mientras tanto, ellos cogerán a Graham. Eso permitirá aclararlo todo.

Laura se marchó, pero el teniente no aprovechó la soledad para descansar. Jack estaba ahí fuera. Con toda seguridad, al principio habría pensado que Frank le había tendido una trampa, aunque si Jack había leído los periódicos ya sabría que el detective había caído en la trampa preparada para el abogado.

Ahora ellos tenían el abrecartas. Eso era lo que contenía la caja. No podía ser otra cosa. Y, sin esa prueba, ¿cómo pillarían a esa gente?

Frank repitió el intento de levantarse. Tenía la aguja del suero insertada en un brazo. La presión en la cabeza le obligó a tenderse en el acto. Tenía que salir del hospital, ponerse en contacto con Jack. En estos momentos no sabía cómo conseguir ninguna de las dos cosas.

—Dijiste que necesitabas mi ayuda. ¿Qué puedo hacer? —Kate miró a Jack a la cara. No había ninguna reserva en su semblante.

Jack se sentó en la cama junto a la joven. Parecía preocupado.

—Tengo mis serias dudas respecto a meterte en este asunto. Me preguntó si fue sensato llamarte.

—Jack, he estado rodeada de violadores, asaltantes y asesinos durante los últimos cuatro años.

—Lo sé. Pero al menos sabías quiénes eran. Esta vez puede ser cualquiera. Están matando gente a diestro y siniestro, Kate. Esto es muy serio.

—No voy a marcharme a menos que me permitas ayudarte. Jack vaciló, sus ojos miraron a otra parte.

—Jack, si no confías en mí, te entregaré. Creo que estarás más seguro en manos de la poli.

—Serías capaz de hacerlo, ¿verdad?

—Claro que sí. Estoy quebrantando no sé cuántas leyes al estar aquí. Si dejas que te ayude, olvidaré este encuentro. Pero si no lo haces...

Había una mirada en sus ojos que, a pesar de todas las horribles amenazas que le acechaban, le hizo sentirse afortunado de estar con ella.

—De acuerdo. Serás mi contacto con Seth. Aparte de ti, él es la única persona en la que puedo confiar.

—Pero perdiste el paquete. ¿Cómo te puede ayudar? —Kate no pudo disimular su desagrado hacia el detective.

Jack se levantó para pasearse por la habitación. Por fin se detuvo y miró a la joven.

—¿Recuerdas lo maniático que era tu padre con el control? ¿Que nunca se olvidaba de preparar un plan de emergencia?

—Lo recuerdo —contestó Kate, en un tono seco.

—Pues ahora estoy pensando en esa virtud.

—¿De qué hablas?

—Que Luther tenía un plan de emergencia para este caso. Ella le miró, boquiabierta.

—Señora Broome.

La puerta se abrió un poco más mientras Edwina espiaba a su visitante.

—Me llamo Kate Whitney. Luther Whitney era mi padre. Kate se tranquilizó al ver que la anciana la saludaba con una sonrisa.

—Sabía que le había visto antes. Luther siempre me mostraba fotos suyas. Es mucho más bonita que en las fotos.

—Muchas gracias.

—No sé en qué estoy pensando —dijo la anciana al tiempo que abría la puerta—.

Debe estar muerta de frío. Por favor, pase.

Edwina la guio hasta una pequeña sala de estar donde un trío de gatos dormían en diversos muebles.

—Acabo de preparar té. ¿Quiere una taza?

Kate vaciló. Tenía poco tiempo. Entonces miró el reducido confín de la casa. En un rincón había un viejo piano vertical cubierto de polvo. Kate se fijó en los ojos cansados de la mujer; ya no podía disfrutar del pasatiempo musical. Su marido había muerto hacía años, su hija se había suicidado. ¿Cuántos venían a visitarla?

—Sí, muchas gracias.

Las dos mujeres se instalaron en el viejo pero cómodo sofá. Kate probó el té fuerte y comenzó a animarse. Se apartó el pelo de la cara y miró a la anciana que la observaba con una expresión de pena.

—Lamento mucho lo de su padre, Kate. Se lo juro. Sé que ustedes dos tenían sus diferencias. Pero Luther era el hombre más bueno que conocí en toda mi vida.

—Muchas gracias.

La mirada de Edwina se posó en una mesa pequeña junto a la ventana. Kate siguió la mirada. Sobre la mesa había muchas fotos de Wanda Broome que formaban un relicario; la mostraban en sus momentos más felices. Se parecía mucho a la madre.

Un relicario. Sorprendida, Kate recordó la colección de fotos de sus triunfos que había guardado Luther.

—Señora Broome, lamento ser brusca pero no dispongo de mucho tiempo —dijo Kate mientras dejaba la taza.

—Se trata de la muerte de Luther y de mi hija, ¿no es así? —preguntó Edwina que adelantó expectante el cuerpo.

—¿Por qué lo dice? —replicó Kate, sorprendida.

Edwina se inclinó todavía más, su voz se convirtió en un susurro.

—Porque sé que Luther no mató a la señora Sullivan. Lo sé como si lo hubiera visto con mis propios ojos.

—¿Tiene usted alguna idea...? —comenzó a preguntar Kate intrigada, pero se interrumpió al ver que Edwina sacudía la cabeza.

—No, no la tengo.

—Entonces, ¿cómo sabe que mi padre no lo hizo?

Esta vez la anciana hizo una pausa para pensar. Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Cuando los abrió, Kate seguía sin mover un músculo.

—Es la hija de Luther y creo que tiene derecho a saber la verdad. —Bebió un trago de té y se secó los labios con una servilleta. Un gato persa negro saltó sobre su falda y en un segundo se quedó dormido.

—Conocía a su padre. Me refiero a su pasado. Él y Wanda se conocieron. Ella se metió en problemas hace años y Luther la ayudó, la ayudó a recuperarse y a llevar una vida decente. Le estaré agradecida por el resto de mi vida. Cada vez que Wanda o yo necesitábamos algo, él estaba disponible. El hecho es, Kate, que su padre no

habría puesto el pie en aquella casa de no haber sido por Wanda.

Edwina habló durante unos minutos. Cuando acabó, Kate se dio cuenta de que contenía el aliento. Lo soltó con un ruido que resonó en la habitación.

La anciana no dijo nada sino que miró a la joven con su mirada triste. Por fin se movió. Con una mano arrugada palmeó la rodilla de Kate.

—Luther la quería, hija mía. Más que a nada en el mundo.

—Lo sé.

—Él nunca la culpó por lo que sentía —añadió Edwina que movió la cabeza apesadumbrada—. Decía que estaba en todo su derecho de sentirse así.

—¿Él dijo eso?

—En efecto. Se sentía tan orgulloso de usted, de que fuera abogada y de sus méritos. Siempre me decía: «Mi hija es abogada, y muy buena por cierto. La justicia es lo único que le interesa y tiene razón, toda la razón del mundo».

Kate notó que se mareaba. Sentía emociones para las que no estaba preparada. Se masajeó la nuca y se tomó un momento para mirar a través de la ventana. Un coche negro pasó por la calle y desapareció. Una vez más volvió la atención a Edwina.

—Señora Broome, aprecio que me diga todas estas cosas. Pero mi visita obedece a una razón concreta. Necesito su ayuda.

—Haré lo que sea.

—Mi padre le envió un paquete.

—Sí. Y se lo envié al señor Graham, como me dijo Luther.

—Sí, lo sé. Jack recibió el paquete. Pero alguien... alguien se lo quitó. Ahora nos preguntamos si mi padre le envió otra cosa, algo que pueda ayudarnos.

Los ojos de Edwina ya no parecían tristes. Ahora brillaban con fuerza. Miró a Kate.

—Detrás suyo, Kate, en la banqueta del piano. En el libro de himnos de la izquierda.

Kate levantó la tapa de la banqueta y sacó el libro de himnos. Había un paquete oculto entre las páginas. Lo miró.

—Luther era el hombre más precavido que he conocido. Dijo que si pasaba cualquier cosa con el envío del primer paquete, le enviara éste al señor Graham. Estaba a punto en enviarlo cuando me enteré de lo ocurrido por la televisión. ¿Tengo razón al creer que el señor Graham no hizo ninguna de esas cosas?

—Ojalá todo el mundo creyera lo mismo —dijo Kate.

La joven se dispuso a abrir el paquete, pero se detuvo al escuchar la voz aguda de Edwina.

—No lo abra, Kate. Su padre dijo que sólo el señor Graham debía ver lo que guarda. Sólo él. Creo que es mejor obedecer su voluntad.

Kate vaciló. Le costó vencer la curiosidad pero cerró el paquete.

—¿Le dijo alguna otra cosa? ¿Sabía quién mató a Christine Sullivan?

—Lo sabía.

—¿Pero no le dijo quién? —Kate miró a la anciana, que sacudió la cabeza con mucho vigor.

—Sin embargo me dijo una cosa.

—¿Qué le dijo?

—Que si me decía quién lo había hecho no le creería.

Kate volvió a sentarse y pensó a toda máquina.

—¿Qué quiso decir con eso?

—A mí me sorprendió mucho, se lo juro.

—¿Por qué? ¿Por qué se sorprendió?

—Porque Luther era el hombre más sincero que he conocido. Cualquiera cosa que me hubiera dicho la habría creído. Para mí todo lo que me decía iba a misa.

—Por lo tanto, la persona que vio debió ser alguien tan por encima de toda sospecha que incluso a usted le hubiera parecido increíble.

—Así es. Eso es lo que pensé.

—Muchas gracias, señora Broome. —Kate se levantó.

—Por favor, llámeme Edwina. Es un nombre curioso pero es el único que tengo.

—Después de que acabe todo esto, Edwina, me gustaría volver a visitarla si no le importa. Hablar un poco más de las cosas.

—Estaré encantada. Ser vieja tiene cosas buenas y malas. Ser vieja y estar sola es muy malo.

Kate se puso el abrigo y caminó hacia la puerta. Guardó el paquete en el bolso.

—Eso facilitará la búsqueda, ¿no le parece, Kate?

—¿Qué? —preguntó Kate.

—Buscar a alguien tan inverosímil. Que yo sepa no abundan mucho esa clase de personajes.

El guardia de seguridad del hospital era alto, corpulento y ahora estaba rojo de vergüenza.

—No sé cómo pasó. Dejé la vigilancia durante dos, tres minutos como máximo.

—No tendría que haberse ausentado del puesto ni por un segundo, Monroe. —El supervisor, un tipo pequeño, se encaró con Monroe y el gigantón sudaba.

—Ya se lo dije, la señora me pidió que la ayudara con la bolsa, y yo la ayudé.

—¿Qué señora?

—Se lo dije, una señora. Joven, bonita, bien vestida. —El supervisor le volvió la espalda, enfadado. No podía saber que la señora en cuestión era Kate Whitney, y que ella y Seth Frank estaban ya a cinco manzanas de distancia en el coche de Kate.

—¿Le duele? —Kate le miró sin mucha compasión en las facciones o en la voz.

—¿Lo dice en serio? —Se tocó con cuidado el vendaje de la cabeza—. Mi hija de seis años pega más fuerte. —Buscó algo con la mirada en el interior del coche—. ¿Tiene cigarrillos? ¿Desde cuándo no dejan fumar en los hospitales?

Kate buscó en el bolso y le ofreció un paquete abierto. El teniente cogió uno, lo encendió y después la miró entre una nube de humo.

—Por cierto, muy buena su actuación con el guardia. Tendría que trabajar en el cine.

—¡Estupendo! Estoy dispuesta a un cambio de carrera. —¿Cómo está nuestro muchacho?

—A salvo. Por ahora. Intentemos que siga así. —Giró en la esquina siguiente y miró con dureza al detective.

—Verá, no entraba dentro del plan permitir que a su viejo se lo cargaran delante de mí.

—Lo mismo me dijo Jack.

—¿Pero usted no se lo cree?

—¿Qué más da lo que yo crea?

—Para mí es importante, Kate.

Kate frenó al ver el semáforo en rojo.

—Está bien. Se lo explicaré de otra manera. Poco a poco me voy haciendo a la idea de que usted no quería que ocurriera. ¿Le parece bien?

—No, pero me conformaré por ahora.

Jack dobló en la esquina e intentó relajarse. El último frente de tormenta se había alejado, pero aunque ya no nevaba ni llovía, la temperatura rozaba el bajo cero y el viento soplaba con saña. Se echó el aliento sobre los dedos ateridos y se frotó los ojos hinchados por la falta de sueño. Entre los edificios vio la luna en cuarto creciente. Echó una ojeada al lugar. El edificio al otro lado de la calle estaba desierto. El local delante del cual se encontraba había cerrado las puertas hacía mucho tiempo. Salvo algún que otro transeúnte dispuesto a enfrentarse con la inclemencia del viento, Jack estuvo solo la mayor parte del tiempo. Por fin, se refugió en el portal del edificio.

A tres manzanas de distancia, un taxi destartado se arrimó al bordillo, se abrió la puerta de atrás y un par de zapatos de tacón bajo pisó la acera de cemento. El taxi arrancó sin perder un segundo y, al cabo de un momento, la calle volvió a estar desierta. Kate se ciñó el abrigo mientras caminaba a paso rápido. En el momento que llegaba a la segunda manzana, un coche, con las luces apagadas, dobló la esquina y la siguió. Kate, ensimismada en sus pensamientos, no miró atrás.

Jack le vio aparecer en la esquina. Miró en todas las direcciones antes de moverse, un hábito que acababa de adquirir y que esperaba abandonar cuanto antes. Fue a su encuentro a paso ligero. La calle estaba en silencio. Ninguno de los dos vio asomar el morro del coche por la esquina. En el interior, el hombre enfocó a la pareja con el aparato de visión nocturna que el catálogo de venta por correo anunciaba como el último invento de la tecnología soviética. Los excomunistas no tenían idea de cómo dirigir una sociedad democrática y capitalista, pero eso no les impedía fabricar productos militares de primera calidad.

—Caray, estás helado. ¿Cuánto tiempo llevas esperando? —preguntó Kate que se

estremeció al tocarle la mano.

—Mucho. Me ahogaba en la habitación del motel. Tenía que salir. Voy a ser un preso terrible. ¿Y bien?

Kate abrió el bolso. Había llamado a Jack desde un teléfono público. No le había dicho qué tenía, sólo que tenía algo. Jack compartía la opinión de Edwina Broome. Él asumiría todos los riesgos. Kate ya había hecho más que suficiente.

Jack cogió el paquete. No era difícil adivinar el contenido. Fotografías.

«Gracias, Luther. No me has desilusionado».

—¿Estás bien? —Jack miró a la joven.

—Sí.

—¿Dónde está Seth?

—Por ahí. Me llevará a casa.

Intercambiaron una mirada. Jack era consciente de que Kate debía irse, quizás abandonar el país durante un tiempo, hasta que el asunto estuviera aclarado o a él le mandaran a la cárcel por asesinato. Si ocurría esto último, entonces las intenciones de Kate de empezar de nuevo en otra parte eran un buen plan.

Él no quería que se marchara.

—Muchas gracias. —Las palabras le parecieron poco adecuadas, como si ella acabara de traerle la comida, o la ropa de la lavandería.

—Jack, ¿qué piensas hacer ahora?

—Todavía no lo tengo resuelto. Ya lo decidiré. Sin embargo, no pienso rendirme sin pelear.

—Sí, pero ni siquiera sabes contra quién peleas. No es justo.

—¿Quién dijo que debía ser justo?

Jack sonrió mientras miraba volar las hojas de un periódico arrastradas por el viento.

—Es hora de que te vayas. Éste no es un lugar seguro.

—Tengo mi aerosol de defensa personal.

—Buena chica.

Kate se dio le vuelta para marcharse, pero después le cogió brazo.

—Jack, por favor, ten cuidado.

—Siempre tengo cuidado. Esto es pan comido.

—Jack, no bromeo.

—Lo sé. Te prometo que seré el hombre más precavido del mundo —afirmó Jack. Avanzó un paso y se quitó la capucha.

Las gafas de visión nocturna se fijaron en las facciones de Jack. Unas manos temblorosas buscaron el teléfono móvil.

La pareja se abrazó. Jack deseaba besarla pero, dadas las circunstancias, se conformó con rozarle el cuello con los labios. En cuanto se separaron, Kate sintió las lágrimas en sus ojos. Jack se alejó a paso rápido.

Kate se fue por donde había venido sin ver el coche hasta que el vehículo cruzó la

calle y frenó con las ruedas sobre el bordillo. Retrocedió al ver que la puerta del conductor se abría violentamente. En el fondo sonaban una multitud de sirenas cada vez más cercanas. Venían a por Jack. En un gesto instintivo miró atrás. Había desaparecido. Cuando se dio la vuelta, se encontró con un hombre que contemplaba con aires de triunfo.

—Nuestros caminos vuelven a cruzarse, señora Whitney. Kate miró al hombre. No le reconoció. Esto pareció desilusionarlo.

—Bob Gavin. Del *Post*.

Ella se fijó en el coche. Lo había visto antes. En la calle donde vivía Edwina Broome.

—Me ha estado siguiendo.

—Así es. Supuse que acabaría por llevarme hasta Graham.

—¿La policía? —Volvió la cabeza cuando un coche con la sirena en marcha apareció en la calle—. Usted la llamó.

Gavin asintió, sonriente. Estaba muy complacido consigo mismo.

—Ahora, antes de que los polis lleguen aquí pienso que podremos hacer un trato. Usted me da la exclusiva. Todos los trapos sucios de Jack Graham y yo cambio la historia lo suficiente para presentarla como un testigo inocente de este episodio en lugar de cómplice de un fugitivo.

Kate miró al hombre. La rabia acumulada en su interior después de un mes de horrores estaba a punto de estallar. Y Bob Gavin estaba directamente en el epicentro.

El periodista miró el coche que se acercaba. Más atrás aparecieron otros dos.

—Venga, Kate —dijo inquieto—, no tiene mucho tiempo. Usted no va a la cárcel y yo consigo el *Pulitzer* que me merezco y mis quince minutos de fama. ¿Qué me dice?

Kate apretó las mandíbulas. Después respondió muy tranquila, como si hubiese ensayado la respuesta durante meses:

—Lo único que tendrá será dolor, señor Gavin. Quince minutos de dolor.

Mientras él la miraba, Kate sacó el bote de aerosol, apuntó al rostro del periodista y apretó el gatillo. El gas irritante dio de lleno en los ojos y la nariz de Gavin, al tiempo que le teñía la cara con un tinte rojo. Cuando los polis se bajaron del coche, Bob Gavin estaba en el suelo con las manos en el rostro en un intento inútil por arrancarse los ojos.

La primera sirena hizo que Jack se lanzara a correr por una calle lateral.

Se apoyó contra la pared de un edificio para recuperar el aliento. Le dolían los pulmones. El barrio desierto donde estaba se había convertido en una gran desventaja táctica. Podía moverse, pero era como una hormiga negra en un papel blanco. Sonaban tantas sirenas a la vez que le resultaba imposible saber por dónde venían.

En realidad venían por todas partes. Y estaban cada vez más cerca. Corrió hasta la

siguiente esquina, se detuvo y asomó la cabeza. El panorama no era alentador. Se fijó en el control policial instalado al final de la calle. La estrategia de la policía resultaba evidente. Tenían una idea aproximada de su posición. Acordonarían toda la zona y después irían estrechando el cerco. Tenían gente y tiempo para hacerlo.

Lo único que tenía Jack era un buen conocimiento de la zona. Muchos de sus clientes como abogado público habían sido de aquí. No soñaban con ir a la universidad, un buen trabajo, una familia cariñosa y una casa adosada, sino en cuánto dinero conseguirían vendiendo bolsitas de crack, en la subsistencia de cada día. Sobrevivir. Era el impulso más fuerte del ser humano. Jack confiaba en que el suyo también lo fuera.

Mientras corría por el callejón, no sabía qué le esperaba, aunque suponía que la inclemencia del tiempo mantendría a la mayoría de los delincuentes en casa. Casi se echó a reír. Ni uno solo de sus antiguos socios en Patton, Shaw se hubiera acercado a este lugar ni protegidos por un batallón acorazado. Era como correr por la superficie de Plutón.

Saltó la alambrada y se tambaleó al aterrizar. Tendió la mano para apoyarse en la pared de ladrillos sin revocar y en aquel momento oyó dos sonidos. El de su respiración y el de pies que corrían. Varios pares. Le habían visto. Cada vez le tenían más cerca. A continuación traerían los K9 y no se podía correr delante de los polis de cuatro patas. Corrió hacia la avenida Indiana.

Jack se desvió por otra calle mientras oía el ruido de los neumáticos que volaban hacia él. Incluso mientras corría en la nueva dirección, un nuevo grupo de perseguidores apareció por el flanco. Ahora sólo era cuestión de tiempo. Buscó el paquete en el bolsillo. ¿Qué haría con las fotos? No podía confiar en nadie. En cuanto le trasladaran a la jefatura harían un inventario de las pertenencias que llevaba encima, con las firmas y garantías necesarias, todo lo cual no significaba nada. Alguien capaz de cometer un asesinato en medio de cientos de polis y desaparecer sin dejar rastro, conseguiría la lista de pertenencias personales del detenido en menos que canta un gallo. Lo que tenía en el bolsillo representaba su única oportunidad. En Washington capital no tenían la pena de muerte pero la condena sin posibilidad de libertad condicional no era mejor e incluso parecía mucho peor.

Corrió entre dos edificios, y al salir a la calle resbaló en una placa de hielo. Incapaz de recuperar el equilibrio embistió un montón de cubos de basura y fue a dar con los huesos en el suelo. Se levantó con un esfuerzo, mientras se frotaba el codo. Le ardía la rozadura, y notaba una debilidad en las rodillas que era algo nuevo. Volvió a sentarse y entonces se quedó inmóvil.

Los faros de un coche venían directamente hacia él. La luz azul en el techo le cegó cuando las ruedas frenaron a unos centímetros de su cuerpo. Se desplomó en la acera. Ya no tenía fuerzas para dar un paso más.

Se abrió la puerta del pasajero. Jack miró extrañado. Entonces también se abrió la del conductor. Unas manazas le sujetaron por las axilas.

—Coño, Jack, mueva el culo.
Jack vio el rostro de Seth Frank.

Bill Burton asomó la cabeza en el puesto de mando del servicio secreto en la

Casa Blanca. Tim Collin ocupaba una de la mesas. Repasaba un informe.

—Ven, Tim.

Collin le miró intrigado.

—Le tienen arrinconado cerca del edificio del tribunal —añadió Burton, en voz baja—. Quiero estar allí. Sólo por si acaso.

El coche de Frank avanzó por la calle a gran velocidad, la luz azul colocada en el techo conseguía la respuesta inmediata de unos conductores poco acostumbrados a respetar a los demás automovilistas.

—¿Dónde está Kate? —Jack estaba tendido en el asiento trasero, cubierto con una manta.

—Es probable que ahora le estén leyendo sus derechos. Después la encerrarán acusada de una serie de cargos accesorios por ayudarle.

—Tenemos que regresar, Seth —afirmó Jack que se sentó en el acto—. Me entregaré. Tendrán que soltarla.

—Sí, ¿y qué más?

—Lo digo en serio, Seth. —Jack intentó pasar al asiento delantero.

—Yo también, Jack. Si vuelve y se entrega, no le hará ningún favor a Kate y estropeará lo poco que le queda para conseguir reconducir su vida a la realidad.

—Pero Kate...

—Yo me ocuparé de Kate. Llamé a un colega local. La estará esperando. Es un buen tipo.

—Mierda. —Jack se sentó.

Frank abrió la ventanilla para quitar la lámpara del techo. La arrojó en el asiento del pasajero.

—¿Qué coño pasó? —quiso saber Jack.

—No estoy muy seguro —contestó Frank, que le miró por el espejo retrovisor—. Supongo que en algún momento alguien comenzó a seguir Kate. Yo recorría la zona. Habíamos quedado en encontrarnos en el Convention Center después de la cita con usted. Oí por la emisora de la poli que le habían visto. Seguí la persecución por radio, e intenté adivinar dónde podía ir. Tuve suerte. No me lo podía creer cuando le vi salir del callejón. Casi le atropello. ¿Qué tal está?

—Mejor que nunca. Tendría que hacer esta mierda un par de veces al año para mantenerme en forma. Podría presentarme a las olimpiadas de criminales prófugos.

—Todavía está vivito y coleando, amigo mío —señaló Frank, con una risa—. Es un tipo con suerte. ¿Recibió algún regalo bonito? Jack maldijo por lo bajo. Se había preocupado tanto de eludir a la policía que ni siquiera lo había abierto. Sacó el paquete.

—¿Hay luz?

Frank encendió la luz del techo.

Jack miró las fotos.

—¿Qué tenemos? —preguntó Frank, sin apartar la mirada del espejo.

—Fotos. Del abrecartas, cuchillo o como quiera llamarlo.

—Vaya. No es ninguna sorpresa. ¿Ve algo en particular?

—No mucho —contestó Jack, que hacía un esfuerzo por ver los detalles pese a la poca luz—. Ustedes deben tener algún aparato que permita ver mejor qué tenemos.

—Le seré sincero, Jack, a menos que consigamos alguna otra cosa no podremos hacer nada —comentó Frank, con un suspiro—. Incluso si logramos sacar algo que se parezca a una huella digital, ¿quién podrá decir de dónde vino? Y no se puede hacer la prueba del ADN de una puñetera foto, al menos que yo sepa.

—Lo sé. No pasé cuatro años como defensor público tocándome los cojones.

Seth aminoró la velocidad. Circulaban por la avenida Pennsylvania y el tráfico era más denso.

—¿Qué propone?

Jack se peinó un poco, se apretó el muslo con las dos manos hasta que disminuyó el dolor de la rodilla y entonces se acostó en el asiento.

—El que va detrás del abrecartas lo quiere con auténtica desesperación. Tanto como para estar dispuesto a matarlo a usted, a mí y a cualquiera que se interponga en el camino. Es un caso de paranoia aguda.

—Cosa que encaja con nuestra teoría de que es algún pez gordo con mucho que perder si esto trasciende al público. ¿Y bien? Ya lo tienen. ¿Dónde nos deja eso, Jack?

—Luther no hizo las fotos sólo como una precaución por si algo le ocurriera al artículo original.

—¿De qué habla?

—Volvió al país, Seth, no lo olvide. No hemos conseguido averiguar la razón.

Frank frenó al ver que el semáforo se ponía rojo. Se dio la vuelta en el asiento.

—De acuerdo. Regresó. ¿Cree que sabe el motivo?

Jack se sentó y mantuvo la cabeza gacha para que no asomara por encima de la línea de la ventanilla.

—Creo que sí. Le dije que Luther no era la clase de tipo que dejaría correr una cosa así. Si estaba a su alcance haría algo al respecto.

—Pero se marchó del país. En el primer momento.

—Lo sé. Quizás era el plan original. Tal vez lo tenía decidido desde el principio si el golpe salía de acuerdo al plan. La cuestión es que regresó. Algo le hizo cambiar de idea y regresó. Y tenía estas fotos. —Jack las desplegó en abanico.

Cambió el semáforo y Frank puso el coche en marcha.

—No lo entiendo, Jack. Si quería pillar al tipo, ¿por qué no se limitó a enviar el objeto a la policía?

—Pienso que ése era el último objetivo. Pero le comentó a Edwina Broome que si le decía quién era el sujeto, no le creería. Si ella, una amiga íntima, no creería su

historia, y para convencer a alguien de su veracidad tendría que reconocer su participación en el robo, lo más lógico es que su credibilidad fuera cero.

—De acuerdo, tenía un problema de credibilidad. ¿Dónde encajan los fotos?

—Digamos que hace un intercambio directo. Dinero en efectivo a cambio de cierto objeto. ¿Cuál es la parte más difícil?

—El pago —respondió Frank en el acto—. Cómo conseguir el dinero y evitar que te maten o te atrapen. Las instrucciones para la recogida del objeto siempre se pueden enviar más tarde. El problema es hacerse con el dinero. Por eso ha bajado tanto el número de secuestros.

—Entonces, ¿qué haría?

—A la vista de que hablamos de un pago procedente de personas que no llamarán a la policía, me preocuparía por la rapidez —contestó el detective después de pensar un momento—. Correría el mínimo riesgo personal, y me aseguraría el tiempo para escapar.

—¿Cómo se consigue?

—A través de las transferencias electrónicas de fondos. Una transferencia. Una vez, cuando estaba en Nueva York, investigué el caso de una estafa bancaria. El tipo lo hacía todo a través del departamento de transferencias de su propio banco. No se creería la cantidad de dólares que pasan cada día por esos lugares. Y tampoco se creería la cantidad de dinero que se pierde en el trasiego. Un tipo listo cogería un poco de aquí y otro de allá y cuando lo descubrieran ya se habría marchado hacía tiempo. Se envían las instrucciones de la transferencia. Se transfiere el dinero. Sólo se tarda unos minutos. Muchísimo más cómodo que buscar en un contenedor de basura en el parque donde cualquiera le puede volar la cabeza con una pistola.

—Pero el ordenante de la transferencia puede rastrear el dinero. —Desde luego. Tiene que identificar el banco al que va dirigida.

Le asignan un número de ruta y necesita una cuenta en el banco.

—Por lo tanto, el ordenante, si es listo, puede rastrearla. Y después, ¿qué?

—Después seguirán el camino del dinero. Quizá consigan alguna información de la cuenta. Aunque nadie es tan estúpido como para utilizar el nombre o el número de la seguridad social. Además, un tipo listo de verdad como Whitney dejaría unas instrucciones prefijadas. En cuanto los fondos llegan al primer banco, se transfieren de inmediato a otro, después a otro y a otro. Es probable que el rastro acabe por desaparecer. No olvide que es dinero en el acto. Fondos disponibles al instante.

—Parece lógico. Estoy seguro de que Luther hizo algo así.

Frank se rascó la cabeza en el borde del vendaje. Llevaba el sombrero calado hasta las orejas y todo el conjunto le resultaba muy incómodo.

—Lo que no acabo de entender es por qué tomarse tanto trabajo. No necesitaba dinero después de robar a Sullivan. Podía quedarse en el extranjero y seguir desaparecido. Dejar que el asunto se enfriara. Al cabo de unos meses pensarían que se había retirado para siempre. No me molestes y yo no te molesto.

—Tiene razón. Podía haberlo hecho. Retirarse. Renunciar. Pero regresó, y más que eso, regresó con la intención aparente de chantajear a la persona que mató a Christine Sullivan. Y si, como pensamos, no lo hizo por dinero, ¿por qué lo hizo?

—Para hacerles sufrir —respondió Frank, tras una pausa—. Para que supieran que está en alguna parte. Con las pruebas para destruirlos.

—Pero no estaba seguro de que las pruebas fueran suficientes.

—Porque el asesino era muy respetable.

—Muy bien. Con todos estos datos, ¿usted qué haría?

Frank se acercó al bordillo y aparcó el coche. Se dio la vuelta.

—Intentaría conseguir alguna prueba más. Eso es lo que haría.

—¿Cómo? ¿Si está chantajeando a alguien?

—Renuncio —dijo Frank que levantó las manos.

—Dijo que el ordenante podía rastrear la transferencia.

—¿Y?

—¿Qué pasaría si se hace en el otro sentido? El que recibe hace el camino inverso.

—Soy un imbécil. —Frank se olvidó por un momento del golpe en la cabeza y se dio una palmada en la frente—. Whitney marcó la transferencia en el otro sentido. La persona que envía el dinero piensa en todo momento que está jugando al gato y al ratón con Whitney. Él es el gato y Luther el ratón. Él está oculto, listo para escapar.

—Sólo que Luther no mencionó que estaba en favor de un cambio de personajes. Él era el gato y ellos el ratón.

—Y que el rastro acabaría por descubrir a los malos, por muchas protecciones que pusieran en el camino, si es que se les ocurrió poner alguna. Todas las transferencias del país pasan obligatoriamente por la Reserva Federal. Si consigue un número de referencia de la Reserva o del propio banco, ya tiene algo seguro. Incluso si Whitney no siguió el camino inverso, el hecho de recibir el dinero, una cantidad cualquiera, ya es bastante perjudicial. Si das la información a los polis junto con el nombre del ordenante y ellos lo comprobaban...

—Entonces de pronto lo increíble se hace verdad —dijo Jack, que acabó la frase por el detective—. Las transferencias no mienten. Se envió el dinero. Si se trata de una cantidad considerable, como creo que fue en este caso, entonces no habrá cómo explicar el envío. Es una prueba casi definitiva. Los pilló con su propio dinero.

—Se me acaba de ocurrir otra cosa, Jack. Si Whitney estaba reuniendo pruebas contra esa gente, entonces es que tenía pensado ir a la policía. Iba a entrar en la primera comisaría, y entregarse junto con las pruebas.

—Por eso me necesitaba —afirmó Jack—. Sólo que ellos reaccionaron con la rapidez necesaria para utilizar a Kate como una garantía de su silencio. Después apelaron a una bala para conseguirlo.

—Así que pensaba entregarse.

—En efecto.

—¿Sabe lo que pienso? —preguntó Frank mientras se rascaba la barbilla.

—Que él lo vio venir —contestó Jack en el acto. Los dos hombres intercambiaron una mirada.

Frank habló primero, lo hizo en voz baja, casi en susurros.

—Sabía que Kate era el cebo. Sin embargo, asistió a la cita. Y yo que me creía tan listo.

—Sin duda pensó que era la única manera de poder volver a verla.

—Mierda. Sé que el tipo se ganaba la vida robando, pero le diré una cosa, mi respeto hacia él crece por momentos.

—Sé lo que quiere decir.

Frank puso el coche en marcha y siguieron viaje.

—Está bien, ¿dónde nos llevan todas estas conjeturas?

—No lo sé —contestó Jack, que volvió a recostarse en el asiento—. Me refiero a que mientras no tengamos una pista para saber quién es, no sé qué podemos hacer.

—Pero tenemos pistas —exclamó Jack, que se levantó como impulsado por un resorte, pero después volvió a tenderse como si hubiese gastado toda su fuerza en aquel único movimiento—. Sólo que no le encuentro el sentido.

Los hombres guardaron silencio durante unos minutos.

—Jack, sé que le parecerá ridículo viniendo de un policía, pero pienso que es hora de que considere la posibilidad de largarse de aquí. ¿Tiene algún dinero ahorrado? Quizá le convenga la jubilación anticipada.

—¿Y qué más? ¿Dejar que Kate cargue con el muerto? Si no pillamos a esos tipos, ¿qué le espera? ¿Una condena de diez a quince años por complicidad? No pienso irme, Seth, por nada del mundo. Prefiero que me achicharren antes que permitir semejante cosa.

—Tiene razón. Lamento haber tocado el tema.

Mientras Seth miraba por el retrovisor el coche que circulaba por el carril vecino éste intentó hacer una vuelta en U directamente delante de ellos. Frank pisó el freno y el coche derrapó hasta chocar contra el bordillo con una fuerza tremenda. El otro vehículo, con matrícula de Kansas, continuó la marcha como si no hubiera pasado nada.

—¡Turistas gilipollas! ¡Cabrones hijos de puta! —Frank apretó el volante con fuerza mientras intentaba recuperar la respiración. El cinturón de seguridad había cumplido su función, pero se había clavado en la carne. Le dolía la cabeza—. ¡Cabrones hijos de puta! —gritó Frank una vez más sin dirigirse a nadie en particular. Entonces recordó que llevaba un pasajero y se apresuró a mirar el asiento trasero—. Jack, Jack, ¿está bien?

Jack estaba con el rostro pegado a la ventanilla. Estaba consciente: de hecho, lo que hacía era mirar algo con mucha atención.

—¿Jack? —Frank se desabrochó el cinturón de seguridad y sujetó a Jack por el hombro—. ¿Se encuentra bien? ¡Jack!

Jack miró a Frank y después otra vez por la ventanilla. El detective se preguntó si el golpe le habría producido una conmoción. Comenzó a buscar alguna herida en la cabeza de Jack hasta que el joven le sujetó la mano y señaló a través de la ventanilla. Frank miró hacia la dirección indicada.

Incluso para alguien tan curtido como él resultó una sorpresa. La parte trasera de la Casa Blanca ocupaba todo su campo visual.

La mente de Jack funcionaba a toda máquina; las imágenes desfilaban ante sus ojos como en un montaje de vídeo. La visión del presidente que se apartaba de Jennifer Baldwin con la excusa de que le dolía el brazo de tanto jugar al tenis. Sólo que no había sido el uso de la raqueta sino el pinchazo de un abrecartas que había desencadenado esta locura. El desusado interés del presidente y el servicio secreto por la muerte de Christine Sullivan. La oportuna aparición de Alan Richmond en el traslado de Luther al juzgado. «Llebadme hasta él». El autor del vídeo había informado al detective que ésas habían sido las palabras del presidente. «Llebadme hasta él». También explicaba la presencia de asesinos que podían matar en medio de un ejército de policías y marcharse tan tranquilos. ¿Quién podía detener a un agente secreto que protegía al presidente? Nadie. No era de extrañar que Luther hubiera dado por hecho que nadie le creería. El presidente de Estados Unidos.

Había habido un hecho importante antes de que Luther decidiera volver al país. Alan Richmond había dado una conferencia de prensa donde había manifestado su pesar por el trágico asesinato de Christine Sullivan. Sin duda el tipo se había estado follando a la mujer, a saber cómo ella acabó muerta, y el muy cabrón había aprovechado para ganar votos demostrando que era un gran amigo, una persona dispuesta a enfrentarse con dureza a los criminales. Había sido una actuación de primera. Una auténtica representación teatral. Una mentira de principio a fin. La habían transmitido a todo el mundo. ¿Qué había pensado Luther cuando vio la noticia? Jack creía saberlo. Ahí estaba la razón del regreso de Luther. Para ajustar las cuentas.

Todas las piezas del rompecabezas encajaron sin problemas en cuanto apareció el catalizador.

Jack miró una vez más la mansión presidencial.

Tim Collin, desde un coche aparcado junto a una farola, echó otra ojeada al pequeño accidente de tráfico, pero los faros de los vehículos que circulaban por la calle le impidieron ver con claridad ningún detalle. Junto a él, Bill Burton también contemplaba la escena. Collin se encogió de hombros, y después subió el cristal de la ventanilla. Burton colocó la luz de emergencia en el techo, encendió la sirena, y, sin más pérdidas de tiempo, atravesó el portón trasero de la Casa Blanca para dirigirse a la zona de los tribunales en persecución de Jack.

Jack miró a Seth Frank y sonrió mientras reflexionaba sobre el exabrupto del detective. La misma frase había salido de la boca de Luther, en el segundo anterior a que le mataran. Por fin recordó dónde la había escuchado antes. El periódico arrojado contra la pared del calabozo. La fotografía del presidente en primera plana.

Delante del juzgado, mientras miraba al hombre. Las mismas palabras habían salido de la boca del viejo con toda la furia que había sido capaz de reunir.

—Cabrón hijo de puta —repitió Jack.

Alan Richmond miró por la ventana de su despacho mientras se preguntaba si su destino era estar rodeado de incompetentes. Gloria Russell parecía estar en trance, inmóvil en una silla. Se había acostado con la mujer media docena de veces y ya no le despertaba el menor interés. Se la quitaría de encima en el momento apropiado. En el próximo período presidencial formaría un equipo mucho más capacitado. Subalternos que le dejarían tiempo para ocuparse de su visión particular del país. No había aspirado a la presidencia para preocuparse de los detalles.

—Veo que no hemos avanzado ni una décima en las encuestas. —No miró a la mujer. Incluso ya sabía la respuesta.

—¿Tiene alguna importancia ganar por el sesenta o el setenta por ciento?

—Sí —afirmó Richmond, que se dio la vuelta furioso—. Sí, maldita sea, es importante.

—Haremos otro esfuerzo, Alan —dijo la jefa de gabinete, sin ánimos para discutir—. Quizá podamos hacer algo en el colegio electoral.

—Es lo mínimo que podemos hacer, Gloria.

La mujer desvió la mirada. Después de las elecciones, se iría de viaje. Daría la vuelta al mundo. Donde no conociera a nadie y fuera una desconocida para todos. Un nuevo comienzo. Eso era lo que necesitaba. Entonces todo iría bien.

—Bueno, al menos nuestro pequeño problema está solucionado. —Richmond la miró, con las manos a la espalda. Alto, delgado, muy bien vestido. Parecía el comandante de una armada invencible. Pero la historia había demostrado que las armadas invencibles eran mucho más vulnerables de lo que la gente pensaba.

—¿Te has deshecho del abrecartas?

—No, Gloria, lo tengo guardado en un cajón de mi escritorio. ¿Quieres verlo? Quizá quieras llevártelo otra vez. —Su desprecio era tan evidente que ella sintió la necesidad imperiosa de acabar con la reunión. Se levantó.

—¿Hay algún otro asunto pendiente?

Richmond negó con la cabeza y volvió a mirar por la ventana. Russell se disponía a sujetar la manija de la puerta cuando vio que ésta se movía.

—Tenemos un problema —anunció Bill Burton mientras miraba a la pareja.

—¿Qué es lo que quiere? —El presidente miró la fotografía que le había dado Burton.

—La nota no lo dice —se apresuró a responder el agente—. Supongo que al tener a los polis pegados al culo busca hacerse con algún dinero.

—Me asombra el hecho de que Jack Graham supiera dónde mandar la fotografía —comentó Alan Richmond con la mirada puesta en Russell.

Burton no pasó por alto la mirada malévola del presidente, y si bien no le interesaba defender a Russell, tampoco podía perder tiempo en un análisis erróneo de la situación.

—Es probable que Whitney se lo dijera —contestó Burton.

—Si es así, se ha tomado su tiempo para ponerse en contacto con nosotros —replicó el presidente.

—Quizá Whitney nunca se lo dijo a las claras. Graham puede haberlo deducido por sí mismo. Atar cabos.

El presidente arrojó la foto. Russell desvió la mirada en el acto. La sola visión del abrecartas la había paralizado.

—Burton, ¿en qué medida puede afectarnos? —El presidente le miró como si quisiera escarbar en lo más profundo de la mente del hombre.

Burton buscó una silla donde sentarse, se acarició la barbilla con la palma de la mano.

—Ya lo he pensado. Puede ser que Graham intente sujetarse a un clavo ardiendo. Se ve enfrentado a una situación desesperada. Y a su amiguita la tienen encerrada en un calabozo. Yo diría que no ve salidas. De pronto tiene una idea, suma dos y dos y decide arriesgarse a enviarnos esto, con la ilusión de que le pagaremos su precio, sea el que sea.

Richmond bebió un trago de café.

—¿Hay alguna manera de encontrarlo? ¿Que sea rápida?

—Siempre hay maneras. Lo que no sé es cuánto tardaremos.

—¿Qué pasará si no hacemos caso de la nota?

—Quizá no haga nada, huir y ver qué pasa.

—Pero una vez más nos enfrentamos a la posibilidad de que le detenga la policía...

—... y hable hasta por los codos —Burton acabó la frase de su jefe—. Sí, es una posibilidad, una posibilidad real.

El presidente se agachó para recoger la foto.

—Sólo tiene esto para respaldar la historia. —En su rostro apareció una expresión de incredulidad—. ¿Por qué preocuparnos?

—No es el valor testimonial de lo que hay en la foto lo que me preocupa.

—Lo que te preocupa es que las acusaciones aunadas a las ideas o pistas que la policía pueda desarrollar a partir de la foto puedan dar pie a unas preguntas muy molestas.

—Algo así. Recuerde, son las revelaciones las que pueden hundirlo. Piense en lo que representaría para la reelección. Seguramente, el tipo cree que tiene un comodín. Tener mala prensa en estos momentos sería fatal.

El presidente consideró lo dicho por el agente. Nada ni nadie interferirían en la

reelección.

—Comprarle no serviría de nada, Burton. Lo sabes. Mientras Graham ronde por ahí, es peligroso. —Richmond miró a Russell, que no había pronunciado palabra. Permanecía sentada con las manos sobre la falda y la cabeza gacha. El presidente le clavó la mirada. Era tan débil... Volvió a su mesa y comenzó a revisar unos papeles. Después, sin mirar al agente, añadió—: Hazlo, Burton, y hazlo pronto.

Frank miró la hora en el reloj de pared. Se levantó para ir a cerrar la puerta del despacho y cogió el teléfono. Le dolía la cabeza, pero según los médicos se recuperaría sin problemas.

—Executive Inn —dijo una voz en el teléfono.

—Con la habitación 233, por favor.

—Un momento.

Pasaron los segundos y Frank se puso nervioso. Se suponía que Jack estaba en su habitación.

—¿Hola?

—Soy yo.

—¿Cómo va la vida?

—Mejor que la suya.

—¿Cómo está Kate?

—Ha salido en libertad bajo fianza. Le han dejado salir bajo mi custodia.

—Estoy seguro de que ella está encantada.

—No me atrevería a decir tanto. Escuche, las cosas están que arden. Siga mi consejo y lárguese pitando. Está perdiendo un tiempo muy valioso que después lamentará haber malgastado.

—Pero Kate...

—Venga, Jack, sólo tienen el testimonio de un tipo que la acosaba para conseguir una exclusiva. Es su palabra contra la suya. Nadie más le vio a usted. Está bien claro que no pueden acusarla de nada. Hablé con el fiscal ayudante. Piensa desestimar el caso.

—No lo sé.

—Maldita sea, Jack. Kate saldrá mejor parada que usted de todo este asunto si no se involucra en su propio futuro. Tiene que largarse cuanto antes. No sólo es mi opinión. Ella está de acuerdo.

—¿Kate?

—Hoy hablé con ella. No estamos de acuerdo en casi nada, pero en este punto no hay discusión.

—Está bien, ¿dónde voy y cómo salgo de aquí? —preguntó Jack, que suspiró mucho más tranquilo.

—Acabo el turno a las nueve. A las diez estaré en su habitación. Tenga las maletas preparadas. Yo me encargaré del resto. Mientras tanto, ni se le ocurra moverse.

Frank colgó el teléfono e intentó relajarse. Se estaba jugando la carrera. Más le valía no pensar en ello.

Jack miró la hora y echó una ojeada a la maleta que había sobre la cama. No necesitaba gran cosa para la huida. Miró el televisor colocado en una esquina, pero pensó que ninguno de los programas le entretendría. Le entró sed, sacó unas cuantas monedas del bolsillo, abrió la puerta de la habitación y asomó la cabeza. La máquina de bebidas estaba al final del pasillo. Se puso la gorra de béisbol, las gafas y salió al pasillo. No oyó que se abría la puerta de la escalera en el otro extremo del pasillo. También se olvidó de cerrar la puerta con llave.

Cuando volvió a entrar en la habitación, le sorprendió ver la luz apagada. La había dejado encendida. En el momento que tendía la mano hacia el interruptor, alguien cerró la puerta y lo arrojaron sobre la cama. Se levantó de un salto y se encontró ante la presencia de dos hombres. Esta vez no llevaban máscaras, algo muy significativo.

Jack intentó lanzarse sobre ellos pero se detuvo al ver las armas que le apuntaban. Se sentó en la cama mientras miraba sus rostros.

—Qué coincidencia. Tuve el placer de conocerles a cada uno de ustedes por separado. —Señaló a Collin—. Usted intentó volarme la cabeza. —Se volvió hacia Burton—. Y usted intentó engañarme. Admito que lo consiguió. Burton, ¿no? Bill Burton. Nunca olvido un nombre. —Miró a Collin—. Sin embargo, no sé el suyo.

Collin miró a su compañero y después otra vez a Jack.

—Agente del servicio secreto, Tim Collin. Tiene buen físico, Jack, y sabe usarlo. ¿Jugaba en el equipo de fútbol en la universidad?

—Sí, todavía me duele el hombro.

Burton se sentó en la cama junto a Jack, que le miró.

—Creía haber cubierto mi rastro bastante bien. Me sorprende que hayan podido encontrarme.

—Nos lo dijo un pajarito, Jack —contestó Burton que miró al techo.

—Escuchen —dijo Jack mirando a los dos agentes—, me voy de la ciudad y no tengo la intención de volver. No creo necesario que me añadan a la lista de cadáveres.

Burton miró la maleta sobre la cama, después se levantó y guardó el arma en la funda. Con un movimiento inesperado sujetó a Jack y lo lanzó contra la pared. El agente no dejó ni un lugar del cuerpo de Jack sin revisar. A continuación, Burton dedicó otros diez minutos a buscar aparatos de escuchas y otros objetos de interés por toda la habitación, y acabó con la maleta de Jack. Sacó el sobre con las fotos y las contó.

Satisfecho, Burton las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y le sonrió a Jack.

—Perdone, pero en mi trabajo la paranoia es algo habitual. —Volió a sentarse en la cama—. Hay algo que quiero saber, Jack. ¿Por qué le envié aquella foto al presidente?

—Bueno, dado que aquí no tengo nada más que hacer —contestó Jack, que se encogió de hombros—, pensé que su jefe querría contribuir a mi fondo para el viaje. No les costaba nada enviarme una transferencia, como hicieron con Luther.

Collin sacudió la cabeza y sonrió divertido al oír la respuesta.

—El mundo no funciona así, Jack, lo lamento. Tendría que haber buscado otra solución a su problema.

—Quizá tendría que haber seguido su ejemplo —replicó Jack, con un tono mordaz—. ¿Tienes un problema? Mátalo.

La sonrisa de Collin desapareció como por ensalmo. Sus ojos dirigieron una mirada sombría al abogado.

Burton dejó la cama y comenzó a pasearse por la habitación. Sacó un cigarrillo, pero después lo aplastó con el puño y guardó los restos en el bolsillo. Se volvió hacia Jack.

—Tendría que haberse largado pitando, Jack —dijo en voz baja—. Quizás habría conseguido escabullirse.

—No con ustedes dos pisándome los talones.

—Nunca se sabe. —Burton se encogió de hombros.

—¿Cómo saben que no envié una de las fotos a la poli?

Burton sacó el sobre con las fotos y volvió a contarlas para que Jack lo viera.

—Cámara Polaroid. El rollo de película es de diez fotos. Whitney le envió dos a Russell. Usted le envió otra al presidente. Aquí quedan siete. Lo lamento, Jack, mala suerte.

—Quizá le conté a Seth Frank todo lo que sé.

—Si lo hubiera hecho mi pequeño pajarito me lo hubiese dicho. —Burton sacudió la cabeza—. Pero si le interesa insistir en el tema podemos esperar a que llegue el teniente y se una a la fiesta.

Jack se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Ya casi tenía la mano sobre el pomo, cuando un puño de hierro le golpeó en los riñones. Jack cayó al suelo. Un instante después, le levantaron para arrojarle otra vez sobre la cama.

Jack miró el rostro de Collin.

—Ahora estamos a mano, Jack —dijo el agente.

Jack soltó un gemido y se tendió de espaldas en la cama, mientras intentaba dominar las náuseas que le había provocado el golpe. Descansó un momento, y poco a poco recuperó el aliento a medida que disminuía el dolor.

Por fin consiguió levantar la cabeza y su mirada buscó el rostro del agente Burton. Sacudió la cabeza, con una expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó Burton que le devolvió la mirada.

—Creía que ustedes eran los buenos —respondió Jack en voz baja.

Burton permaneció en silencio durante un buen rato.

Collin agachó la cabeza y miró al suelo.

Burton respondió finalmente al comentario. Lo hizo con voz débil, como si

tuviera algo que le molestara en la garganta.

—Yo también, Jack. Yo también. —Hizo una pausa, tragó con dificultad y añadió —: Por nada en el mundo hubiera deseado verme metido en este lío. Si Richmond hubiese sabido mantener la bragueta cerrada no hubiera ocurrido nada de todo esto. Pero ocurrió. Y nosotros tenemos que arreglarlo. —El agente se puso de pie, y miró su reloj—. Lo siento, Jack, lo lamento de todo corazón. Sé que le parecerá ridículo pero es lo que siento.

Miró a Collin y asintió. Collin le indicó a Jack que se tendiera en la cama.

—Espero que el presidente aprecie lo que hacen por él —dijo Jack con un tono de amargura.

—Digamos que lo espera, Jack. —Burton mostró una sonrisa triste—. Quizá todos lo hacen, de una manera u otra.

Jack se tendió en la cama sin dejar de mirar el cañón del arma que se acercaba cada vez más a su rostro. Olió el metal. Imaginó el humo, el proyectil saliendo del cañón a una velocidad que la mirada no podía seguir.

Entonces se sintió el ruido de un impacto tremendo contra la puerta. Collin se dio la vuelta. El segundo golpe echó la puerta abajo y media docena de policías entraron en la habitación con las armas en las manos.

—Quietos. Todo el mundo quieto. Las armas al suelo. Ya.

Collin y Burton acataron la orden sin perder ni un segundo, y dejaron las pistolas en el suelo. Jack no se movió de la cama; mantuvo los ojos cerrados. Se tocó el pecho, el corazón parecía a punto de estallar. Burton miró a los hombres de azul.

—Pertenece al servicio secreto de Estados Unidos. Tenemos las placas en el bolsillo interior derecho de las chaquetas. Buscábamos a este hombre. Ha amenazado con atentar contra el presidente. Nos disponíamos a entregarlo a la policía.

Los polis cogieron las placas y comprobaron la identidad de los dos agentes. Otros dos agentes levantaron a Jack de la cama sin muchos miramientos. Uno comenzó a leerle sus derechos mientras el otro le esposaba.

Devolvieron las placas a los agentes.

—Bien, agente Burton, tendrá que esperar hasta que nosotros hayamos acabado con el señor Graham aquí presente. El asesinato tiene prioridad incluso sobre las amenazas al presidente. Quizá la espera resulte un poco larga a menos que este tipo tenga nueve vidas.

El policía miró a Jack y después a la maleta sobre la cama.

—Tendría que haber escapado cuando tuvo la oportunidad, Graham. Aunque tarde o temprano habríamos dado con usted. —Hizo una señal a sus hombres para que se llevaran al detenido. Después miró a los agentes boquiabiertos y sonrió de buena gana—. Recibimos un chivatazo. La mayoría de los chivatazos no sirven para una mierda. Pero éste sí. Éste me conseguirá el ascenso que me merezco desde hace tanto tiempo. Que pasen un buen día, caballeros. Denle recuerdos al presidente de mi parte.

Los policías se marcharon con el detenido. Burton miró a Collin y después sacó el sobre con las fotos. Ahora Graham no tenía nada. Podía contarle a la policía todo lo que le había dicho y ellos le meterían en una celda acolchada. Pobre cabrón. Una bala hubiera sido mucho mejor que el destino que le esperaba. Los dos agentes recogieron las armas y salieron de la habitación.

La habitación quedó en silencio. Al cabo de diez minutos, se abrió la puerta que comunicaba con la habitación vecina y entró un hombre. El desconocido se acercó al televisor y desmontó la tapa trasera. El aparato parecía un televisor normal pero no lo era. El hombre metió las manos en el interior y sacó una cámara. Después empujó el cable de conexión por un agujero de la pared hasta que desapareció de la vista.

El hombre volvió a la otra habitación. Había un magnetófono sobre una mesa arrimada a la pared. Recogió el cable y lo guardó en una bolsa. Por último sacó la cinta de vídeo del magnetófono.

Diez minutos más tarde el hombre, cargado con una mochila de grandes dimensiones, salió por la puerta principal del Executive Inn, dobló a la izquierda y caminó hasta el final del aparcamiento donde había un coche con el motor al ralentí. Tarr Crimson pasó junto al coche y sin mirar arrojó la cinta de vídeo a través de la ventanilla abierta sobre el asiento delantero. Siguió su marcha hasta donde estaba aparcada su Harley-Davidson 1200, la niña de sus ojos; se montó en la moto, la puso en marcha y se alejó a todo gas. Instalar el sistema de vídeo había sido un juego de niños. Una cámara activada por la voz. Casete de vídeo VHS. No sabía qué había grabado en la cinta, pero debía ser algo importante. Jack le había prometido un año de servicios legales gratis por hacerlo. Mientras volaba por la autopista, Tarr sonrió al recordar el último encuentro en el que Jack se había quejado de los avances en vigilancia electrónica.

En el aparcamiento, el conductor del coche arrancó con una mano en el volante y la otra sobre el videocasete. Seth Frank tomó la calle principal. No era muy aficionado al cine pero se moría de ganas por ver esta película.

Bill Burton estaba en el dormitorio pequeño y acogedor que había compartido con su esposa mientras criaban a sus cuatro hijos tan queridos. Veinticuatro años juntos. Aquí habían hecho el amor mil veces. En el rincón junto a la ventana, Burton se había sentado en la vieja mecedora para darle el biberón a sus cuatro retoños antes de marcharse al trabajo, para dejar que su esposa se tomara unos pocos minutos del descanso que tanto necesitaba.

Habían sido años muy buenos. Nunca había ganado mucho dinero, pero no le había dado mucha importancia. Su esposa había vuelto a estudiar para acabar la carrera de enfermería después de que el hijo menor entrara en el instituto. Tener más ingresos no estaba mal, pero lo mejor era ver que alguien que había sacrificado sus metas personales a beneficio de los demás, por fin había hecho algo para sí mismo. En su conjunto había sido una vida muy buena. Un casa bonita en un barrio tranquilo y seguro, alejado de las guerras de pandillas que se extendían por otras partes.

Siempre había habido gente mala. Y también siempre había habido gente buena como Bill Burton para combatirlos. O gente como había sido Burton.

Miró a través de la ventana del dormitorio. Hoy era su día libre. Vestido con vaqueros, una camisa de franela roja y borceguíes Timberland, podía pasar fácilmente por un rudo leñador. Su esposa estaba descargando el coche. Hoy era el día de la compra semanal. El mismo día durante los últimos veinte años. Contempló su figura con admiración mientras se agachaba para descargar los paquetes. Chris, de quince años, y Sidney, de diecinueve, piernas largas y una auténtica belleza, que estudiaba en John Hopkins, con sus miras puestas en la facultad de medicina, la ayudaban. Los otros dos vivían por su cuenta y les iba muy bien. De vez en cuando llamaban al padre para pedirle consejo sobre la compra de un coche o una casa. Metas a largo plazo. Y a él le encantaba. Él y su esposa habían tenido cuatro joyas y le hacían sentirse bien.

Se sentó delante de la pequeña mesa de despacho, abrió el cajón y sacó una caja. Levantó la tapa y apiló los cinco casetes que sacó junto a la carta que había escrito aquella mañana. El nombre del destinatario estaba escrito en letras grandes y claras. «Seth Frank». Coño, se lo debía.

Oyó las risas y volvió a acercarse a la ventana. Sidney y Chris libraban una guerra con bolas de nieve con Sherry, su esposa, pillada entre los dos bandos. Todos sonreían y la batalla concluyó con los tres tumbados sobre una montaña de nieve al costado del camino de entrada.

Se apartó de la ventana e hizo algo que no recordaba haber hecho nunca antes. Ni siquiera durante los ocho años en la policía, cuando había tenido en sus brazos a bebés asesinados a golpes por aquéllos que debían protegerles y amarles, durante días y días de enfrentarse a lo peor de la humanidad. Las lágrimas eran saladas. Lloraba como una Magdalena. Su familia no tardaría en entrar. Esta noche saldrían a cenar. Por una de esas ironías del destino, hoy era el cumpleaños de Bill Burton. Cuarenta y cinco años.

Se apoyó sobre la mesa, y con un movimiento rápido, sacó el revólver de la cartuchera. Una bola de nieve golpeó la ventana. Querían que el padre se reuniera con ellos.

«Lo siento. Las quiero. Ojalá pudiera estar aquí. Lamento todo lo que hice. Por favor, perdonar a papá». Antes de que pudiera arrepentirse se metió el cañón del arma en la boca todo lo que pudo. Era frío y pesado. Una de las encías comenzó a sangrarle.

Bill Burton había hecho todo lo posible para que nunca nadie pudiera averiguar la verdad. Había cometido crímenes; había matado a personas inocentes y estaba involucrado en otros cinco homicidios. Y ahora, cuando todo parecía resuelto, que el horror ya pertenecía al pasado, después de meses de rechazo hacia aquello en que se había convertido y de una noche de insomnio junto a la mujer que había amado con todo su corazón durante más de veinte años, Burton se había dado cuenta de que no

podía aceptar lo que había hecho, ni podía vivir con el peso de la culpa.

Había comprendido que sin respeto a sí mismo, sin su orgullo, no valía la pena vivir. Y el amor inquebrantable de su familia no le ayudaba en nada, sólo empeoraba las cosas. Porque el objeto de aquel amor, de aquel respeto, sabía que no se lo merecía.

Miró el montón de casetes. Su póliza de seguro. Ahora se convertirían en su legado, en su grotesco epitafio. Algún bien saldría de todo esto. Gracias a Dios.

Sus labios formaron una sonrisa casi imperceptible. El servicio secreto. Esta vez los secretos los conocería todo el mundo. Pensó por un segundo en Alan Richmond y le brillaron los ojos. «Espero que te condenen a cadena perpetua sin libertad condicional y que vivas hasta los cien años, gilipollas».

Curvó el dedo sobre el gatillo.

Otra bola de nieve se estrelló contra la ventana. El sonido de las voces entró en el dormitorio. Volvió a llorar cuando pensó en lo que dejaría atrás. «Maldita sea». Las palabras escaparon de sus labios, como la expresión de una culpa y una angustia que ya no podía soportar.

«Lo siento. No me odiéis. Por favor, no me odiéis».

Al oír el disparo, se interrumpió el juego mientras tres pares de ojos se volvían como uno solo hacia la casa. Un minuto más tarde estaban dentro. Sólo pasó otro minuto antes de que sonaran los gritos que rompieron la tranquilidad del vecindario.

La llamada a la puerta fue inesperada. El presidente Alan Richmond mantenía una reunión muy tensa con su gabinete. La prensa criticaba desde hacía algún tiempo las políticas internas y quería saber el motivo. No porque sintiera un interés particular por las mismas. Lo que le preocupaba era la impresión que transmitían. En el esquema general, las impresiones eran lo único importante. Ése era el primer axioma de la política.

—¿Quiénes son? —El presidente miró furioso a la secretaria—. Me da lo mismo, no están en la agenda del día. —Miró a los presentes. Coño, su jefa de gabinete ni siquiera se había presentado al trabajo. Quizá había hecho algo inteligente y se había tomado un frasco de pastillas. Eso le perjudicaría a corto plazo, pero él podía sacar grandes beneficios del suicidio. Además, ella había acertado en una cosa: llevaba tanta ventaja en las encuestas que no tenía sentido preocuparse.

La secretaria entró con paso tímido. Su asombro era evidente.

—Es un grupo de hombres muy numeroso, señor presidente. El señor Bayliss del FBI, varios policías, y un caballero de Virginia que no quiso decir su nombre.

—¿La policía? Dígales que se marchen y presenten la petición para una cita. En cuanto a Bayliss que me llame esta noche. A estas horas estaría en alguna delegación del FBI en el culo del mundo si no le hubiese propuesto como director. No toleraré esta falta de respeto.

—Son muy insistentes, señor.

El presidente se levantó con el rostro rojo como un tomate.

—Dígales que se vayan a tomar por el culo. Estoy ocupado, idiota.

La mujer retrocedió a toda prisa. Antes de que pudiera salir, se abrió la puerta. Entraron cuatro agentes del servicio secreto, Johnson y Varney entre ellos, seguidos por un grupo de la policía local, incluido el jefe de policía Nathan Brimmer, y el director del FBI Donald Bayliss, un hombre bajo y corpulento con el rostro más blanco que la casa donde se encontraba ahora, vestido con un traje cruzado.

El último en entrar fue Seth Frank, que cerró la puerta. Traía un maletín marrón. Richmond miró a cada uno de los recién llegados, y su mirada se centró por fin en el detective de homicidios.

—El detective... Frank ¿no? En el caso de que no se haya dado cuenta, está interrumpiendo una reunión confidencial del gabinete. Tendré que pedirles que se retiren. —Miró a los cuatro agentes del servicio secreto, enarcó las cejas y movió la cabeza para señalarles la puerta. Los agentes le devolvieron la mirada sin moverse de su sitio.

Frank se adelantó. Con toda discreción sacó un papel del bolsillo, lo desplegó y se lo entregó al presidente. Richmond miró el papel mientras el gabinete contemplaba asombrado la escena. El presidente miró una vez más al detective.

—¿Es una broma?

—Esto es una copia de una orden de arresto a su nombre por asesinatos cometidos en la mancomunidad de Virginia. El jefe Brimmer tiene una orden similar por asesinato en el distrito. Será efectiva después de que la mancomunidad acabe con usted.

El presidente miró a Brimmer, que le devolvió la mirada mientras asentía con una expresión severa. La mirada fría del jefe de policía reflejaba claramente su opinión sobre el jefe del ejecutivo.

—Soy el presidente de Estados Unidos. No pueden servirme nada que no sea café. Ahora salgan de aquí. —El presidente les volvió la espalda y caminó hacia su sillón.

—Es probable que sea cierto. Sin embargo, no me importa. En cuanto acabe el proceso de destitución ya no será el presidente Alan Richmond sino Alan Richmond a secas. Y cuando eso ocurra volveré. Puede estar seguro.

El presidente se dio la vuelta, con el rostro blanco como la leche.

—¿Destitución?

Frank avanzó hasta quedar frente a frente con el hombre. En cualquier otro momento esto habría provocado la respuesta inmediata por parte de los agentes del servicio secreto. Ahora, los cuatro no se movieron. Era imposible saber por sus expresiones lo que cada uno de ellos sufría por la pérdida de un colega muy respetado. Johnson y Varney estaban furiosos por el engaño de que habían sido objeto en relación con los episodios ocurridos en la casa de los Sullivan. Ahora el hombre al que consideraban responsable se desmoronaba ante ellos.

—Basta de rollos. Hemos detenido a Tim Collin y a Gloria Russell. Ambos han renunciado a sus derechos y han realizado una declaración detallada de todos los hechos en relación con los asesinatos de Christine Sullivan, Luther Whitney, Walter Sullivan y otras dos muertes en Patton, Shaw. Creo que ambos han llegado a un acuerdo con los fiscales, que sólo están interesados en usted. Si me permite decirlo, este caso ayudará mucho a la carrera de cualquier fiscal.

El presidente se tambaleó al dar un paso atrás, pero recobró el equilibrio en el acto.

Frank abrió el maletín y sacó una cinta de vídeo y cinco casetes.

—Estoy seguro de que a sus abogados defensores les interesará ver esto. El vídeo muestra a los agentes Burton y Collin cuando intentaron asesinar a Jack Graham. Los casetes corresponden a varias reuniones en las que usted estuvo presente y se organizaron los asesinatos que tuvieron lugar. Son más de seis horas de testimonios, señor presidente. Se han enviado copias al congreso, al FBI, a la CIA, al Post, al fiscal general, al departamento de abogados de la Casa Blanca y a todos aquéllos en los que pensé. No hay saltos en las cintas. También se incluye el casete grabado por Walter Sullivan de la conversación telefónica que mantuvo con usted la noche en que le asesinaron. No coincide mucho con la versión que usted me dio. Todo con los saludos de Bill Burton. Dijo en su nota que era el cobro de su póliza de seguros.

—¿Dónde está Burton? —preguntó el presidente, furioso.

—Le declararon muerto en el hospital Fairfax a las diez y media de esta mañana. Suicidio.

Richmond consiguió llegar a la silla a duras penas. Nadie le ofreció ayuda. Miró a Frank.

—¿Algo más?

—Sí. Burton dejó otro papel. Su voto para las próximas elecciones. Lamento comunicarle que no votó por usted.

Uno a uno los miembros del gabinete salieron de la habitación. El miedo al suicidio político por asociación era algo muy presente en la capital de la nación. Los policías y los agentes del servicio secreto les siguieron. El presidente se quedó solo. Sus ojos contemplaban la pared fijamente.

Seth Frank asomó la cabeza.

—Recuerde, nos veremos muy pronto —dijo, y cerró la puerta.

Epílogo

Las cuatro estaciones en Washington siguen un patrón conocido, y una sola semana de primavera con temperaturas tolerables y una humedad por debajo del cincuenta por ciento da paso abruptamente a un ascenso meteórico del termómetro y un porcentaje de humedad que garantiza tener el cuerpo empapado apenas se sale a la calle. Cuando llega julio, el washingtoniano típico está adaptado hasta donde es posible a un aire que es difícil de respirar y a los movimientos que nunca alcanzan la lentitud suficiente para evitar el súbito estallido de transpiración debajo de la ropa. Pero en toda esta desgracia había noches en las que, si no se estropeaban con la repentina aparición de un aguacero acompañado por el retumbar de los truenos y las descargas eléctricas que parecían tocar el suelo, la brisa era fresca, el aire dulce y el cielo claro. Aquélla era una de esas noches.

Jack estaba sentado en el borde de la piscina instalada en la azotea del edificio. Los pantalones cortos color caqui dejaban al descubierto las piernas musculosas y morenas, el pelo rizado por el sol. Se le veía mucho más delgado, la grasa acumulada durante la etapa de trabajo en la oficina la había consumido a lo largo de meses de esfuerzos físicos. La camiseta blanca no ocultaba los músculos bien formados de la espalda y el pecho. Llevaba el pelo corto y su rostro se veía tan moreno como las piernas. El agua ondulaba alrededor de sus pies. Miró al cielo y se llenó los pulmones con el aire fresco. Tres horas antes el lugar había estado a rebosar con el personal de las oficinas que sumergían sus cuerpos obesos y blancos en el agua tibia. Ahora Jack estaba solo. No le reclamaba ninguna cama. Ningún despertador perturbaría su sueño por la mañana.

La puerta que daba a la piscina se abrió con un leve chirrido. Jack se dio la vuelta y vio un traje de verano beige, arrugado y que parecía incómodo. El hombre llevaba una bolsa de papel marrón.

—El portero me dijo que había vuelto. —Seth Frank sonrió—. ¿Le importa si le hago compañía?

—No si en la bolsa trae lo que pienso.

Frank se sentó en una silla y le arrojó a Jack una lata de cerveza. Abrieron las latas, hicieron un brindis y bebieron un trago muy largo.

—¿Qué tal era el sitio donde estuvo? —preguntó Frank.

—No estaba mal. Fue un placer irse pero también lo es estar de vuelta.

—Éste parece un buen lugar para meditar.

—Se llena a partir de las siete durante un par de horas. El resto del día casi siempre está así.

El detective miró la piscina con una expresión de deseo y después comenzó a quitarse los zapatos.

—¿Le importa?

—Sírvase.

Frank se subió los pantalones, puso los calcetines en los zapatos y se sentó junto a Jack para sumergir las piernas blancas como la leche en el agua hasta las rodillas.

—Caray, qué gustillo. Los detectives rurales con tres hijas y una hipoteca casi nunca tienen contacto con una piscina.

—Es lo que me han dicho.

Frank se hizo un masaje en las pantorrillas y miró a su amigo.

—La vida de vagabundo le sienta de perlas. Quizá piense en no dejarla.

—Es algo que pienso desde hace tiempo. La idea me resulta cada vez más atractiva.

Frank miró el sobre que estaba junto a las piernas de Jack.

—¿Algo importante? —Señaló el sobre.

Jack lo recogió, y volvió a leer la carta.

—Es de Ransome Baldwin. ¿Lo recuerda?

—¿Qué, ha decidido demandarle por abandonar a su nena? Jack sacudió la cabeza mientras sonreía. Acabó de beber la cerveza y sacó otra lata fría de la bolsa. Le pasó otra a Frank.

—Nunca se sabe cómo reaccionará la gente. En resumen el tipo dice que yo era demasiado bueno para Jennifer. Al menos, en este momento. Que ella necesita madurar. La envía al extranjero para que trabaje en las misiones de la fundación de caridad Baldwin durante un año o dos. Dice que si necesito cualquier cosa que le avise. Incluso dice que me admira y me respeta.

—Vaya. —Frank bebió otro trago, esta vez más corto—. Tampoco dice mucho.

—Sí. Baldwin ha nombrado a Barry Alvis como abogado jefe de todos sus asuntos. Alvis era el tipo que Jenn hizo echar de Patton, Shaw. Sin perder ni un segundo, Alvis fue al despacho de Dan Kirksen y retiró toda la cuenta. Creo que a Dan le vieron por última vez en la cornisa de un rascacielos.

—Leí que la firma cerró.

—A todos los abogados buenos los contrataron en el acto en otros bufetes. Los malos tendrán que ganarse la vida en otra cosa. El edificio ya está alquilado. Toda la firma ha desaparecido sin dejar rastro.

—Lo mismo le pasó a los dinosaurios. Sólo que con los abogados se tarda un poco más. —Descargó un golpe suave en el brazo de Jack.

—Gracias por venir a alegrarme la velada —dijo Jack y se rio.

—Diablos, no me lo hubiera perdido por nada en el mundo. Jack le miró y en su rostro apareció una expresión seria.

—¿Qué pasó?

—No me diga que sigue sin leer los periódicos.

—Desde hace meses. Después del enjambre de reporteros, los conductores de tertulias, los equipos de acusadores particulares, los productores de Hollywood y centenares de curiosos a los que tuve que enfrentarme, decidí pasar de todo y no saber nada de nada. Cambié el número de teléfono una docena de veces y los

cabrones seguían encontrándome. Por eso, los dos últimos meses han sido tan dulces. Nadie me conocía.

Frank se tomó unos instantes para poner en orden sus pensamientos.

—Bueno, veamos. Collin se declaró culpable de conspiración, dos asesinatos en segundo grado, obstrucción a la justicia y media docena de cargos menores. Esto en lo referente a la jurisdicción de la capital. Creo que el juez le tuvo lástima. Collin era un chico de Kansas, marine, agente del servicio secreto. Sólo seguía órdenes. Lo llevaba haciendo la mayor parte de su vida. Me refiero a que el presidente te dice que hagas algo, y lo haces. Le condenaron a veinte años, cosa que en mi opinión es una ganga, pero a cambio dio a la fiscalía toda la información. Quizá valió la pena. Es probable que salga en libertad cuando cumpla los cincuenta. La mancomunidad decidió no procesarle en reconocimiento a su cooperación contra Richmond.

—¿Qué pasó con Russell?

Frank casi se ahogó con la cerveza.

—Bien, la tía cantó hasta por los codos. Se gastaron una fortuna en horas extraordinarias para los reporteros asistentes al juicio. No había manera de hacerle callar. Consiguió el mejor arreglo de todos. Ni un solo día de cárcel. Miles de horas de trabajo comunitario. A prueba durante diez años. Por conspiración criminal. ¿Se lo puede creer? Entre nosotros, la pobre estaba chalada. Trajeron a un psiquiatra designado por el tribunal. Es posible que pase unos cuantos años en algún hospital antes de que pueda salir a la calle. Pero tengo que decirlo, Richmond la martirizó. Física y emocionalmente. Si la mitad de lo que dijo es cierto, fue algo horripilante. Sacado del mismísimo infierno.

—¿Y qué hicieron con Richmond?

—Dígame la verdad, estuvo en Marte, ¿no? El juicio del milenio y usted tan tranquilo durmiendo.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Luchó hasta el final. Eso se lo reconozco. Se debió gastar hasta el último céntimo. El tipo metió la pata en el banquillo. Se mostró tan arrogante, sin importarle un rábano mentir como un bellaco. Rastrearón la transferencia hasta la Casa Blanca. Russell había sacado los fondos de una multitud de cuentas pero cometió el error de reunir los cinco millones en una sola antes de enviarla. Quizá tuvo miedo de que si el dinero no aparecía entero Luther iría a la poli. El plan funcionó aunque él no lo vio. Richmond no supo contestar a eso ni a muchas otras cosas. Le hicieron pedazos. Trajo un Quién es quién de la grandeza americana, y no le sirvió de nada. Hijo de puta. Un tipo peligroso y enfermo si quiere saber mi opinión.

—El tipo encargado de los códigos nucleares. Muy bonito. ¿Cuál fue la condena?

Frank contempló las ondulaciones del agua antes de responder.

—Le condenaron a muerte, Jack.

—Y una mierda. —Jack le miró atónito—. ¿Cómo se las apañaron?

—Un procedimiento un tanto dudoso desde un punto de vista estrictamente legal.

Le acusaron según el estatuto de contratar a un asesino. Es el único caso donde no se aplica la regla del autor material.

—¿Cómo demonios hicieron para sostener la acusación?

—Argumentaron que Burton y Collin eran subordinados a sueldo cuya única misión era hacer aquello que les mandaba el presidente. Él ordenó los asesinatos. Como si fueran pistoleros de la Mafia. Parece un poco exagerado, pero el jurado dictó el veredicto y la sentencia, y el juez los aceptó.

—¡Diablos!

—Eh, sólo porque el tipo era el presidente no quiere decir que merezca un trato diferente al de los demás. No veo por qué debemos sorprendernos por lo que pasó. ¿Sabe la clase de persona que se necesita ser para llegar a presidente? No son normales. Empiezan bien, pero cuando llegan a ese nivel venden el alma al diablo y aplastan a tanta gente que acaban por no parecerse en nada a usted y a mí, ni por los pelos. —Frank observó las profundidades de la piscina antes de añadir—: Pero nunca le ejecutarán.

—¿Por qué no?

—Los abogados apelarán, los opositores a la pena de muerte harán campaña, el gobierno recibirá peticiones de clemencia de todo el mundo. El tipo está hundido a nivel de popularidad, pero todavía conserva amigos muy poderosos. Encontrarán algún fallo en el proceso. Además, el país quizás está de acuerdo en ejecutar a la escoria. Pero no tengo muy claro si los Estados Unidos serán capaces de ejecutar al tipo que votaron como presidente. No quedaría muy bien desde una perspectiva global. A mí me inquieta, aunque el cabrón se lo merece.

Jack recogió agua en el cuenco de la mano y se la echó por los brazos. Miró a la distancia.

—También han salido algunas cosas positivas de todo esto —continuó el detective, que miró preocupado a su amigo—. Fairfax quiere nombrar al aquí presente jefe de división. Me han hecho ofertas de una docena de ciudades para que sea jefe de policía. El fiscal jefe en el caso Richmond, según dicen, ganará de calle los comicios para fiscal general. —Frank bebió un trago de cerveza—. ¿Qué me dice de usted, Jack? Usted fue el que los pilló. Engañar a Burton y al presidente fue idea suya. Muchacho, cuando descubrí la línea de teléfono pinchada casi me da un ataque. Usted tenía razón. ¿Qué sacará de todo esto?

—Estoy vivo —respondió Jack—. Ya no soy un abogado para ricos en Patton, Shaw y no me casaré con Jennifer Baldwin. Creo que es suficiente.

—¿Tiene alguna noticia de Kate? —preguntó Seth mientras miraba las venas azules de las piernas.

—Está en Atlanta —Jack acabó la cerveza—. Al menos estaba allí la última vez que escribó.

—¿Se quedará allí?

—No está muy segura. —Jack se encogió de hombros—. La carta no lo decía

muy claro. Luther le dejó la casa en herencia.

—Me sorprendería si la acepta. Comprada con dinero ilícito.

—El padre de Luther se la dejó, comprada y pagada con buen dinero. Luther conocía a su hija. Pienso que le quería dejar alguna cosa. Un hogar no está nada mal.

—¿Sí? Un hogar necesita dos personas, si quiere mi opinión. Y después, pañales sucios y biberones para estar completo. Jack, ustedes estaban hechos el uno para el otro. Se lo juro.

—No estoy muy seguro de que eso tenga importancia, Seth. —Se secó los brazos—. Ha pasado por muchos sufrimientos. Quizá demasiados. Yo estoy vinculado a toda esa historia. No puedo culparla por querer apartarse de todo. Hacer borrón y cuenta nueva.

—Usted no era el problema, Jack. Por lo que vi era todo lo demás. Jack miró a un helicóptero que atravesaba el cielo.

—Estoy un poco cansado de ser siempre el que da el primer paso, Seth. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Lo adivino. —Frank miró su reloj.

—¿Tiene que ir a alguna parte? —le preguntó Jack al ver el movimiento.

—Sólo pensaba en que necesitamos algo más fuerte que la cerveza. Conozco un lugar muy bonito cerca de Dulles. Costillares largos como mi brazo, mazorcas asadas de medio kilo y tequila hasta que sale el sol. Y algunas camareras de muy buen ver si quiere probar suerte, aunque yo como un hombre casado me limitaré a observar desde una distancia respetuosa cómo hace el tonto. Cogeremos un taxi para ir a casa porque los dos estaremos borrachos y tendrá que dormir en mi casa. ¿Qué me dice?

—¿Me firmará un vale? —replicó Jack, con una sonrisa—. Suena tentador.

—¿Está seguro?

—Lo estoy. Gracias, Seth.

—Pues ya lo tiene. —Frank se levantó, desenrolló las perneras de los pantalones y fue a buscar los zapatos y los calcetines.

—¿Qué le parece venir a mi casa el sábado? Haremos una barbacoa, hamburguesas, patatas fritas y perritos calientes. También tengo entradas para el Camden Yard.

—Hecho.

Frank acabó de atarse los cordones y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se volvió para mirar a su amigo.

—Eh, Jack, no piense demasiado, ¿vale? Algunas veces no es saludable.

—Gracias por la cerveza —respondió Jack levantando la lata.

Se marchó el detective y Jack se tendió en el suelo de cemento. Contempló el cielo que parecía tener más estrellas que números. Algunas veces se despertaba de un sueño muy profundo, y se daba cuenta de que había estado soñando las cosas más extrañas. Pero lo que había soñado le había ocurrido en realidad. No era muy agradable. Sólo aumentaba la confusión que, a su edad, esperaba haber eliminado de

su vida.

Un vuelo de una hora y media hacia el sur era, sin duda, el mejor remedio a sus males. Kate Whitney podía o no regresar. Sólo tenía claro que no iría tras ella. Esta vez sería responsabilidad de Kate volver a formar parte de su vida. Y no era por resentimiento que Jack lo consideraba necesario. Kate tenía que tomar una decisión. Sobre su vida y cómo quería vivirla. El trauma emocional que había experimentado con su padre había sido superado por la culpa y la pena que soportó con su muerte. La mujer tenía que pensar en muchas cosas.

Y Kate había dejado bien claro que quería hacerlo sola. Llevaba razón.

Se quitó la camiseta, se zambulló en la piscina y nadó tres largos a ritmo rápido. Sus brazadas cortaron el agua con fuerza y cuando acabó de nadar, se sentó otra vez en el borde. Cogió la toalla y se la puso sobre los hombros. El aire de la noche era fresco y cada gota de agua era como un cubito contra la piel. Miró una vez más el cielo. Ni un mural a la vista. Pero tampoco estaba Kate.

Pensaba en volver al apartamento para dormir un rato cuando volvió a oír el chirrido de la puerta. Frank que se había olvidado algo. Echó una ojeada. Por unos segundos se quedó inmóvil. Permaneció sentado con la toalla sobre los hombros con miedo de hacer ningún ruido. Lo que sucedía quizá no era real. Otro sueño que se esfumaría con el alba. Por fin, se levantó lentamente y caminó hacia la puerta.

En la calle, Seth Frank permaneció junto a su coche durante unos momentos para admirar la belleza de la noche; olió el aire que recordaba más a una primavera lluviosa que a un verano húmedo. No sería demasiado tarde cuando llegara a casa. Quizá la señora Frank querría ir al Dairy Queen del barrio. Los dos solos. Le habían recomendado mucho los cucuruchos bañados en caramelo. Sería magnífico para acabar el día. Subió al coche.

Como padre de tres, Seth Frank sabía lo hermoso que era vivir. Como detective de homicidios había aprendido que un bien preciado como la vida podía ser destrozado con la mayor brutalidad. Miró por un instante hacia la azotea del edificio y sonrió mientras arrancaba. Pero eso era lo mejor de estar vivo. Hoy quizá las cosas no iban bien. Pero mañana habría la posibilidad de arreglarlas.

Agradecimientos

A Jennifer Karas, por ser una amiga estupenda, una partidaria ferviente, y volver a poner la pelota en juego cuando hacía falta. A Karen Spiegel, mi mayor fan en la costa Oeste, que haya muchas grandes películas y pequeñas estatuillas en tu futuro. A Jim y Everne Spiegel, por todo el apoyo y aliento.

A Aaron Priest, el hombre que me sacó de la oscuridad, mi amigo y agente de por vida, y encima un tipo encantador. Y a su ayudante, Lisa Vance, que respondió con diligencia a cada una de mis preguntas, por descabelladas que fueran. Y a la editora de Priest Agency, Frances Jalet-Miller, cuyas observaciones y meditados comentarios me hicieron profundizar en los personajes y de paso mejorar el libro.

A mi editora, Maureen Egen, por convertir mi primera experiencia como escritor en algo tan indoloro y gratificante. Y a Larry Kirshbaum que vio algo en estas páginas y cambió mi vida para siempre.

A Steven Wilmsen, un colega escritor, que sabe muy bien lo difícil que es, y que en todo momento me dio buenos consejos y todo el aliento del mundo. Muchas gracias, amigo mío.

A Steve y Mary Jennings, por los consejos técnicos, la documentación, y por ser los mejores amigos que cualquiera puede desear.

A Richard Marvin y Joe Barry, por la asesoría técnica en sistemas de seguridad.

Y a Art, Lynette, Ronni, Scott y Randy por todo su afecto y apoyo. Aquí, las palabras ya me fallan.

∞



DAVID BALDACCI (Richmond, Virginia, 5 de agosto de 1960). Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D. C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de *Poder absoluto*. Cuando se publicó en 1996, fue un *best-seller* internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La*

pura verdad, Saving Faith, Buena suerte, El último hombre, The Christmas Train, Split Second, El juego de las horas, Camel Club, Los coleccionistas, Una fracción de segundo, Frío como el acero, Toda la verdad, Justicia divina, True Blue, Deliver Us From Evil, Hell's Corner, su último thriller sobre King y Maxwell, *El sexto hombre*, y dos novelas para adolescentes de la serie *Freddy and the French Fries*. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el *Year 2000 «Month of the Thriller»* de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, «*The Mighty Johns*», incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post, Men's Health, Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en *best-sellers* nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de *best-sellers*. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues, Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Éste será su tercer libro para niños después de la serie *Freddy and the French Fries*. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo episodios transmitidos en *The History Channel, Discovery Channel* e «*ID Discovery*».

Notas

[1] Polizones (N. del T.). <<

[2] Esmóquin. «Corbata blanca» sería frac. (N. del T.). <<

[3] Se refiere a la ley Miranda, que establece los derechos del detenido. (N. del T.). <<